Retrato de una dama

Henry James

Volumen 1

1

Era la hora dedicada a la ceremonia del té de la tarde y sabido es que, en determinadas circunstancias, hay en la vida muy pocas horas que puedan compararse a ésa por el agrado y atractivo que ofrece a quienes saben disfrutarla. Hay momentos en los cuales, se tome o no se tome té -cosa que, desde luego, algunos no hacen jamás-, la situación constituye por sí misma una verdadera delicia. Las personas que están presentes en mi imaginación al intentar escribir la primera página de esta sencilla historia ofrecían a la vista un cuadro admirablemente ilustrador del disfrute de tan inocente pasatiempo. Los utensilios de ágape tan parco e íntimo se hallaban dispuestos sobre el tierno césped de una antigua casa de campo inglesa durante una hora que yo calificaría de momento supremo de una espléndida tarde de verano. Se había desvanecido parte de dicha tarde, pero aún quedaba de ella bastante, que era precisamente su parte de más bella y extraordinaria calidad. Faltaban todavía algunas horas para el verdadero atardecer, mas el torrente de intensa luz de verano había empezado ya a decrecer, se había vuelto más suave el aire, y las sombras, como desperezándose, se iban estirando poco a poco sobre la tupida y tierna hierba. Era, como decimos, pausado su alargamiento, y el escenario de la naturaleza contribuía a favorecer el nacimiento de ese estado de ánimo, de solaz y abandono, que constituye la fuente principal de placer en semejante actividad y a semejante hora. Puede decirse que el intervalo de tiempo comprendido entre las cinco y las ocho de la tarde de un día estival es a veces una pequeña eternidad; mas en momentos como éste cabe afirmar que es y no puede ser más que una eternidad de placer. Los participantes en la misma parecían estar disfrutando tranquilamente de él, y, por añadidura, no eran de los pertenecientes al sexo que se supone proporciona el mayor número de adeptos a tales ceremonias. Sobre el perfecto prado se recortaban unas sombras rectas y angulosas, que eran la de un hombre ya viejo, sentado en un profundo sillón de mimbre cerca de la mesa donde se había servido el té, y las de un par de jóvenes que iban de un lado para otro en presencia del anciano mientras mantenían con él una conversación, por parte de ellos completamente deshilvanada. Sostenía el viejo la taza de té en la mano; una taza desacostumbradamente grande, de forma distinta de la del resto del servicio y pintada de brillantes colores. Sorbía su contenido con gran calma, manteniéndola durante largo rato cerca de su barbilla, con el rostro vuelto hacia la casa. Los jóvenes que le acompañaban habían ya terminado de tomar el té, o acaso sentían una gran indiferencia hacia el privilegio que tal ceremonia implicaba, y preferían fumar exquisitos cigarrillos mientras continuaban su ir y venir ante el apacible anciano. Uno de ellos le miraba con gran curiosidad cada vez que pasaba ante él, sin que el bueno del viejo se diese cuenta, como lo demostraba el que no apartara sus ojos de la fachada de su mansión coloreada de rojo. La casa, que se alzaba al otro lado de la pradera, era un edificio merecedor del tributo de admiración que parecía estársele rindiendo y el objeto más característico del cuadro netamente inglés que estoy intentando describir.

La casa señoreaba la cima de un altozano próximo al caudaloso río -el Támesis-, y se hallaba a unas cuarenta millas de Londres. Era espaciosa su fachada de ladrillo rojo coronada de aleros y sobre la cual el paso del tiempo y las inclemencias de las estaciones parecían haberse complacido en dejar toda suerte de pinceladas y retoques pictóricos, no para estropearla sino para mejorarla, embellecerla y darle un aire señorial con sus gualdrapas de hiedra, el enjambre de sus chimeneas y sus numerosas ventanas ahogadas de enredadera. Tenía la mansión su nombre y su historia; y cabe suponer el agrado con que el viejo que la contemplaba se habría puesto a explicar el uno y la otra. Seguramente hubiera contado con

sumo gusto que su construcción databa de la época de Eduardo VI; que en ella había pasado una noche la gran Isabel (que se había dignado estirar sus augustos miembros en aquel lecho imponente, magnífico, y terriblemente inclinado que constituía la más preciada joya de los dormitorios de la señorial mansión); que durante las guerras de Cromwell fue víctima de deterioros y daños, para ser después, y durante la Restauración, remodelada y agrandada hasta llegar al siglo dieciocho, que se encargó de desfigurarla al querer modernizarla, dejándola en el estado actual, en que pasó a poder y diligente cuidado de un sagaz banquero norteamericano -quien la adquirió en primer lugar porque, debido a circunstancias difíciles y penosas de explicar, se la ofrecieron como una verdadera ganga-, el cual, al adquirirla, refunfuñó hasta cansarse por su fealdad, su antigüedad, su incomodidad, y que, en cambio ahora, al cabo de veinte años, había terminado por descubrir su verdadero valor, concibiendo una verdadera pasión estética por ella, hasta el extremo de conocerla en todos sus detalles y aspectos y de poder decir dónde debía uno ponerse para apreciarlos en conjunto a tal o cual hora, cuando las sombras de todos sus salientes, al caer suavemente sobre la superficie cálida y desgastada de su ladrillo, ofrecían las proporciones requeridas para la contemplación placentera. Aparte de ello, como he dicho, habría podido enumerar a la mayoría de sus antiguos moradores, los nombres de muchos de los cuales habían sonado en el mundo por obra de la trompeta de la fama, y, seguramente, lo habría hecho de manera que, como quien no quiera la cosa, habría aparecido el del último y actual morador de la misma como uno de sus no menos prestigiosos. La fachada de la casa que daba a esa parte de la pradera que nos interesa no era precisamente la del frente de la mansión, que caía hacia otro lado. Aquí podía estarse en la más completa intimidad, y la extensa alfombra de césped que parecía derramarse hacia abajo desde la cima del altozano hubiérase dicho que de la misma casa salía y colgaba. Los grandes e inmóviles robles y las numerosas hayas proyectaban también hacia abajo una sombra tan densa como la de pesados cortinajes de terciopelo, y el amplio espacio hubiérase dicho amueblado como una habitación, con sus mullidos asientos, sus esteras de abigarrados colores, los libros y periódicos que yacían esparcidos sobre el césped. No lejos discurría el río, en cuya ribera podía decirse que terminaba el prado, y el paseo por dicho prado hasta la orilla del río no era de los menos placenteros que esos parajes ofrecían.

El anciano caballero de la mesa del té, que había venido de Norteamérica treinta años atrás, había traído consigo, como parte más importante de su equipaje, su fisonomía típicamente americana, y no sólo la había traído, sino que también la había conservado en perfecto estado por si se presentaba el caso de tener que volver a su país con ella. A pesar de todo, en esos momentos no se sentía en disposición de viajar; se habían acabado ya sus días de transhumancia, y ahora disfrutaba del breve descanso que precede inevitablemente al descanso definitivo. Tenía nuestro hombre una cara enjuta y perfectamente rasurada, de rasgos apacibles y expresión de plácida agudeza. Era evidentemente uno de esos rostros que no disponen de una gran gama de expresiones, de modo que su aire de satisfecha sagacidad era aún más meritorio. Al contemplarlo, hubiérase dicho que estaba pregonando el éxito que su poseedor había logrado en la vida, mas parecía pregonarlo de suerte que no se lo tomara por un éxito ofensivo y exclusivo, sino que se pudiera considerar que tenía la inofensividad del fracaso.

El personaje había, en efecto, tenido una gran experiencia en el trato de los hombres, pero mostraba una sencillez casi rústica en aquella desmayada sonrisa que se extendía sobre sus anchas y huesudas mejillas en el momento en que depositaba cuidadosamente su tazón en la mesa. Iba pulcramente vestido de negro y con el traje bien cepillado. Sobre las rodillas tenía, plegado, un chal y calzaba unas gruesas zapatillas bordadas. Un hermoso pastor escocés yacía a sus pies en la hierba, la cara vuelta hacia la de su amo, al que contemplaba con mirada casi tan tierna como la de aquél al contemplar la autoritaria fachada de su mansión. Un revoltoso e hirsuto perrillo terrier jugueteaba con los otros contertulios.

Uno de los dos caballeros mencionados era un hombre de treinta y cinco años de edad aproximadamente, muy bien constituido físicamente, con una cara tan inglesa como poco inglesa era la del anciano que acabo de describir: rostro verdaderamente hermoso, de frescos colores, noble y franco, de rasgos correctos y bien dibujados, ojos grises muy vivos, y encuadrado por una barba de suave color castaño. Ofrecía tal caballero el aspecto de ser persona excepcionalmente brillante y afortunada, y tenía aire de poseer un fuerte temperamento fertilizado por una refinada civilización que habría sido la envidia de cualquier observador ocasional. Calzaba altas botas con espuelas, pues acababa de desmontar después de una larga cabalgada. Su blanco sombrero parecía demasiado ancho para él. Llevaba las manos cruzadas a la espalda, y en uno de sus blancos, anchos y bien modelados puños apretaba un par de ricos guantes de piel de cerdo.

Su compañero, que marchaba a su lado a lo largo del prado, ofrecía un aspecto completamente distinto, y, si bien habría suscitado en cualquiera una gran curiosidad al verle, no era capaz, como el otro, de provocar en nadie el deseo de cambiarse por él. Alto y delgado, desgalichado, era de rostro feo, enfermizo, vivo, simpático, provisto, aunque no pueda decirse que decorado, de bigote ralo y patillas. Parecía muy inteligente y achacoso, combinación nada oportuna por cierto, y llevaba una chaqueta de terciopelo de color castaño oscuro. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, de una manera tan natural que demostraba que esa postura era en él habitual. Su porte era extraño, pues andaba con paso vacilante e indeciso, como si no se sintiera firme sobre sus piernas. Como ya dije, cada vez que pasaba ante el anciano posaba en él los ojos, y si uno se fijaba en ellos dos en tal instante y examinaba los rostros de ambos, no le era difícil darse cuenta de que eran padre e hijo. El padre se percató al fin de la mirada de su hijo y correspondió a ella con una amable sonrisa, diciendo:

-Me siento perfectamente bien.

-¿Has tomado ya tu té? -le preguntó el hijo.

-Sí; lo he tomado y lo he saboreado.

-¿Quieres que te sirva un poco más?

El anciano, después de pensarlo un momento, respondió:

-Te diré. Me parece que prefiero esperar y ver... Al hablar, se le notaba un acento marcadamente americano.

-¿Tienes frío? -preguntó el hijo.

El padre se frotó suavemente las piernas y dijo:

-La verdad, no lo sé. No podré decirlo hasta que lo sienta. El joven, sonriendo, replicó:

-Tal vez otro pueda sentirlo por ti.

-Claro. Espero que haya siempre quien pueda sentir algo por mí. Lord Warburton, ¿no siente usted algo por mí?

-¡Oh, sí, muchísimo! -replicó apresuradamente el caballero a quien se acababa de llamar lord Warburton-. Pero me inclino a creer que se siente usted admirablemente.

-No digo que no lo esté en muchos aspectos -dijo el anciano y, acariciando suavemente el chal que tenía sobre sus rodillas, añadió-: Lo cierto es que me he sentido tan bien durante tantos años que estoy por creer que me he acostumbrado de tal manera a ello que ya no lo noto.

A lo que replicó lord Warburton:

-Ése es el inconveniente del bienestar: que únicamente lo conocemos cuando nos sentimos mal. Su compañero dijo:

-Me llama la atención ver lo extraños que somos. Lord Warburton murmuró:

-Oh, sí; verdaderamente somos muy extraños. Durante un rato permanecieron en silencio los tres hombres, los dos más jóvenes en pie y mirando al anciano sentado, el cual

pidió un poco más de té. Lord Warburton, verdad es que no le perturba gran cosa. Apenas si recuerdo haberle visto tan pesimista como ahora. Muchas veces es él quien trata de animarme.

El joven de quien tal se decía miró a lord Warburton y se echó a reír. Dijo:

-¿Qué encierran tus palabras: encendido panegírico o acusación de ligereza? ¿Es que quieres que saque a relucir mis teorías, papá?

Lord Warburton exclamó:

-¡La de cosas estrambóticas que tendríamos que oír, Santo Dios!

-Supongo que no se te ocurrirá adoptar ese tono -dijo el anciano.

-El de Warburton es mucho peor todavía que el mío; él presume de estar ya aburrido. Yo, en cambio, no lo estoy, en absoluto; por el contrario, la vida me parece sumamente interesante.

-¡Ah, conque sumamente interesante! Pues no deberías admitir que lo es, ya sabes.

-Cuando vengo aquí, nunca me aburro. Aquí se puede disfrutar de una conversación desusadamente excelente -apuntó lord Warburton.

-¿Es otra clase de chiste eso que está diciendo? -preguntó el anciano-. No tiene usted derecho a aburrirse, sea donde fuere. Cuando yo tenía sus años, no oía , jamás hablar de semejante cosa.

-Seguramente habrá tardado mucho en madurar, en desarrollarse.

-Todo lo contrario, crecí con gran rapidez. A los veinte años ya estaba desarrollado por completo en lo físico y en lo moral. Trabajaba ya con toda mi alma, con uñas y dientes. Cuando se tiene algo que hacer no se puede estar aburrido, pero ustedes los jóvenes de ahora son demasiado perezosos. Piensan demasiado en sus propios placeres, son demasiado exigentes, indolentes y ricos.

-¡Ah, vamos! -dijo lord Warburton-. -¡No es usted el más indicado para acusar a los demás de ser demasiado ricos!

-¿Lo dice usted porque soy banquero? -preguntó el anciano.

-Quizá sea por eso, y, además, porque posee usted... ¿es o no cierto?... medios ilimitados.

El otro joven dijo, como quien pide disculpas:

-No es tan extraordinariamente rico. Ha donado ya una enorme cantidad de dinero.

-Sería porque era suyo, digo yo -exclamó lord Warburton-, y, si así es, ¿qué mayor y mejor prueba de riqueza quiere usted? Los bienhechores de la humanidad no deberían meterse con los amantes del placer.

-Mi padre se apasiona por el placer... de los demás. El anciano movió la cabeza como negando tal afirmación y dijo:

-Pero yo no presumo de haber contribuido en nada a la diversión de mis contemporáneos.

-Querido papá, eres demasiado modesto.

-Eso es otro chiste -dijo lord Warburton.

-Ustedes, la gente joven -dijo el anciano-, tienen siempre demasiados chistes a flor de labios. Cuando se les acaban, no les queda nada.

A lo que el joven feo replicó:

-Por fortuna, siempre los hay nuevos.

-No lo creo así. Por lo contrario, creo que las cosas van siendo más serias cada día. Ustedes, los jóvenes, llegarán también a convencerse de ello con el tiempo.

-¡La seriedad cada día mayor de las cosas! He ahí un gran pretexto, una gran oportunidad para nuevos chistes.

-Pues puedo asegurar que no tendrán nada de graciosos -replicó el anciano-. Por mí parte, estoy convencido de que van a producirse grandes cambios... y, por desgracia, no para bien.

-Estoy completamente de acuerdo con usted -dijo lord Warburton-. Yo también tengo la seguridad de que va a haber cambios profundos y van a suceder cosas verdaderamente estrafalarias. Por eso me está resultando tan difícil poner en práctica el consejo que me dio usted el otro día, al decirme que debo agarrarme a algo. La verdad, uno no se siente con ánimos de agarrarse a algo que a los pocos minutos puede volar por los aires.

A esto, su compañero replicó:

-De lo que debes posesionarte es de una hermosa mujer. Está viendo si consigue enamorarse -añadió dirigiéndose a su padre y como explicación de sus anteriores palabras.

Pero lord Warburton exclamó:

-Las mujeres serían las primeras que podrían salir despedidas por los aires.

-No, nada de eso, no lo crea usted -contestó el viejo caballero-. Ellas se quedarán firmemente donde están, los cambios políticos y sociales a que antes me he referido no llegarán a afectarlas.

-¿Quiere usted decir que no serán abolidas? Perfectamente. Entonces, le echaré mano a una de ellas lo antes posible y me la ceñiré al cuello a manera de salvavidas.

El anciano respondió:

-Pues no le quepa duda de que las mujeres serán quienes nos salven; es decir, las mejores de entre ellas..., pues yo creo que se diferencian mucho unas de otras.
Conquiste a una mujer buena, hágala su esposa y su vida cobrará en el acto mayor interés.

Se produjo un momentáneo silencio que tal vez expresaba la condescendiente magnanimidad del auditorio respecto del discurseador, toda vez que ni para el hijo ni para el visitante era un secreto que el matrimonio del que así acababa de hablar no había sido un camino de rosas. Mas, como él mismo manifestara, establecía entre ellas una diferencia; lo cual podía interpretarse como una confesión de su propio error al respecto, aunque, como es obvio, ninguno de sus dos oyentes estaba calificado para declarar que la dama de su elección no había sido de las mejores.

Al cabo de un momento, preguntó lord Warburton:

-¿Quiere usted decir que, si me caso con una mujer interesante, sentiré interés por vivir? Su hijo no presentó mi caso con exactitud. No tengo muchas ganas de contraer matrimonio, pero quién sabe lo que podría hacer por mí una mujer interesante.

Su amigo dijo:

-Me gustaría ver qué idea tienes tú de lo que es una mujer interesante.

-Pero, amigo mío, no puedes aspirar a ver las ideas... sobre todo las que son de índole tan etérea e impalpable como las mías. Ya quisiera poder verlas yo mismo... lo cual supondría de por sí un gran progreso.

El anciano intervino, diciendo:

-Está bien; usted puede enamorarse de quien mejor le parezca, pero no de mi sobrina.

El hijo prorrumpió en una alegre carcajada.

-¡Lo va a tomar como una provocación de parte tuya! Querido papá, has estado viviendo entre ingleses durante treinta años y has logrado pescar muchas de las cosas que dicen, pero todavía no has llegado a aprender las cosas que se callan.

Sin alterarse un ápice, el viejo replicó severamente:

-Yo digo lo que me place.

Por su parte, lord Warburton dijo:

-No tengo el honor de conocer a su sobrina: hasta creo que es la primera vez que la oigo nombrar.

-Es sobrina de mi esposa. La señora Touchett la trae consigo a Inglaterra.

El joven señor Touchett tuvo a bien explicar el caso diciendo:

-Mi madre, como ya sabes, ha pasado el invierno en América y la estamos esperando de vuelta de un momento a otro. Nos ha escrito diciendo que ha descubierto a una sobrina suya y que la ha invitado a venir aquí con ella.

Lord Warburton dijo:

-Ah, claro... muy gentil por su parte. ¿Y es interesante esa joven dama?

-Apenas sabemos de ella más de lo que acabas de oír, porque mi madre no ha entrado en detalles. Se comunica con nosotros principalmente por medio de telegramas, que son muchas veces indescifrables. Hay quien dice que las mujeres no saben redactar telegramas, pero eso no va seguramente con mi madre, que ha logrado la suprema maestría en el arte de resumir. Por ejemplo, para que veas los telegramas que solemos recibir de ella, éste es el último que nos ha llegado. Dice así: «Cansada América, horrible temporada de verano, vuelvo Inglaterra con sobrina, primer barco camarote decente». Pero, antes de éste hubo otro, en el que, según creo, se hacía por primera vez mención de la sobrina, y que decía: «Cambiado " hotel, malísimo, administrador desvergonzado, escríbeme aquí. Tomado hija hermana muerta año pasado, va Europa, ambas hermanas muy independientes». Al leer esto, tanto mi padre como yo nos pusimos a darle vueltas y más vueltas al asunto, que, como ves, se presta a múltiples interpretaciones.

-A mí entender -dijo el anciano-, hay sólo una cosa verdaderamente clara en él, y es que le echó un buen rapapolvo al administrador del hotel.

-No comparto tu opinión, papá, desde el momento en que él se ha quedado y ha sido ella quien ha debido mudarse de hotel. Al principio creíamos que la mencionada hermana era la hermana de tal administrador, pero la mención posterior de la sobrina parece indicar que tal alusión era relativa a una de mis tías. Entonces quedaba en pie la cuestión de saber quiénes eran aquellas dos hermanas mencionadas; tal vez serían dos hijas de mi difunta tía. Pero se presentaba otra cuestión: ¿quién es muy independiente y en qué sentido se emplea tal palabra?... Y he aquí algo que aún no ha podido ser dilucidado. ¿Se aplica tal expresión concretamente a la joven adoptada por mí madre o es susceptible de aplicarse asimismo a sus hermanas?... Y, otra cosa: ¿tal expresión ha sido empleada en el sentido moral o en el financiero? ¿Querrá significar que se las ha abandonado a sus propios recursos, o que no quieren someterse a obligación alguna, o simplemente que les gusta hacer su santa voluntad?

El señor Touchett hizo notar:

-Sea lo que fuere, lo más seguro es que signifique eso último.

-En fin, ya lo verán ustedes mismos -comentó lord Warburton-. ¿Cuándo llega la señora Touchett?

-También estamos a oscuras a este respecto. En cuanto pueda encontrar un camarote decente. A lo mejor lo está esperando todavía. Y nadie dice que no haya podido desembarcar ya en Inglaterra.

-Pero, en tal caso, lo más probable es que les hubiese telegrafiado.

A lo que el anciano replicó:

-Ella no telegrafía nunca cuando uno se lo espera... solamente lo hace cuando es del todo inesperado. Lo que le encanta es aparecer de improviso para sorprenderme haciendo algo que a ella se le antoja que está mal. Aún no lo ha conseguido, pero no desespera de lograrlo algún día.

-En ella es un rasgo familiar esa independencia de que habla -arguyó el hijo, cuya opinión acerca del asunto parecía más favorable-. Sea cual fuere el temperamento de esas jóvenes, no hay duda de que han de casar muy bien con el suyo, porque a ella le gusta hacer todo por sí misma y no cree que los demás puedan ni sean capaces de ayudarla en nada. A mí me considera tan inútil como un sello de correos sin engomar y jamás me perdonaría que se me ocurriese ir a Liverpool a buscarla.

Pero lord Warburton insistió:

-Bien, conformes. Y ahora, ¿puede usted, al fin, decirme cuándo llegará su prima?

A lo que replicó el señor Touchett:

-Se lo diré con una sola condición, la que ya he dicho antes: que usted no ha de enamorarse de ella. -Casi estoy por sentirme ofendido. ¿Es que no me considera usted bueno para el caso?

-Lo que le considero es demasiado bueno... porque no quisiera que ella se casase con usted. Se me antoja que no viene aquí en busca de marido. Muchas jóvenes han dado en hacerlo hoy día, como si en su país no hubiese candidatos. También puede ser que esté comprometida, pues, según creo, las jóvenes americanas suelen estar comprometidas. Por lo demás, no estoy seguro de que, a fin de cuentas, haya de ser usted un buen marido.

-Desde luego, es probable que esté ya comprometida. He conocido a muchas jóvenes americanas y siempre daba la casualidad de que ya lo estaban, pero les doy mi palabra de que jamás vi que ello tuviera la menor importancia ni supusiera diferencia alguna... -Y, después de un momento, el distinguido visitante del señor Touchett prosiguió-: Por lo que respecta a mi capacidad para ser un buen marido, la verdad, yo tampoco estoy muy convencido; pero nada cuesta probar.

-Pruebe todo lo que quiera, pero no pruebe con mi sobrina -dijo el anciano con una amable sonrisa que dejaba adivinar que su oposición era puramente humorística.

-Bueno, como usted quiera -dijo lord Warburton, con mayor sentido del humor todavía-. A lo mejor, después de todo, tampoco vale la pena probar con ella...

2

Mientras tenía lugar tal intercambio de frases ingeniosas entre los dos personajes, Ralph Touchett se apartó un poco de ellos, andando siempre con su porte cabizbajo, su paso vacilante, las manos en los bolsillos y su pequeño terrier en pos de él royéndole los talones. Tenía el rostro vuelto hacia la casa, pero la mirada meditabunda estaba clavada en el verde prado, de modo que la persona que acababa de aparecer en lo alto, en el umbral de la espaciosa puerta, pudo observarlo antes de que él la viera. Y si él la vio fue porque su perrillo se lanzó a la carrera emitiendo una andanada de agudos ladridos cuyo sonido tenía más visos de bienvenida que de desafío. La persona en cuestión era una joven, que pareció interpretar debidamente la acogida del chillón terrier. Éste llegó corriendo hasta los mismos pies de ella y, una vez allí, miró hacia arriba, ladrando con más fuerza y decisión que antes; en vista de lo cual, la joven se agachó amablemente y, sin dudar un instante, tomó al diminuto can en sus manos y lo alzó hasta tenerlo cara a cara mientras él continuaba su alborotadora vocería. Como el dueño de Bunchic (que así se llamaba el perrillo) lo había seguido de cerca, descubrió que el nuevo amigo de su compañero era una muchacha alta, vestida de negro, que a primera vista se le antojó agraciada. Llevaba la cabeza descubierta, como si estuviera morando en la casa, hecho que no pudo por menos de producir cierta perplejidad en el ánimo del hijo de su propietario, pues conocía la consigna contra la admisión de nuevos visitantes, establecida por la precaria salud de su padre, como regla inquebrantable de aquella morada. Mientras tanto, los otros dos personajes, que no se habían movido del sitio donde se hallaban, habían percibido también a la recién llegada. Al verla, el señor Touchett exclamó:

-¡Caramba! ¿Quién es esa mujer desconocida?

Lord Warburton tuvo la ocurrencia de sugerir:

-Tal vez sea la sobrina de la señora Touchett... la joven independiente de que hablamos. Por lo visto, debe de ser ella; así lo creo a juzgar por la manera como se las entiende con el perro.

A su vez, el pastor escocés se había fijado en la reciente aparición y corría ya en pos de la dama ante la portalada de la mansión, meneando un poco la cola. El anciano murmuró:

-¿Pero dónde diablos está entonces mi mujer?

-Supongo que la joven la habrá dejado en alguna parte. Eso entra en los cánones de la independencia.

La muchacha, que seguía sosteniendo al perrito, sonrió a Ralph, ya cercano a ella, y le preguntó sonriendo:

-¿Es suyo este perrito, señor?

-Hasta hace poco lo era, pero parece que usted ha adquirido ya un extraordinario derecho de propiedad sobre él.

-¿No podríamos poseerlo pro indiviso? -preguntó la joven-. Es un animalito tan precioso...

Ralph se quedó mirándola un segundo en silencio, y cayó en la cuenta de que era insospechadamente bonita. Ya convencido de ello, sólo le restó replicar:

-Puede considerarlo suyo.

Aunque la joven parecía poseer una gran confianza en sí misma e incluso en los demás, tal súbita e inesperada generosidad no pudo por menos de sonrojarla y, dejando al perrillo en tierra, contestó:

-Ante todo, considero mi deber decirle que probablemente soy su prima...

-Y, como el perro del anciano se acercara a ellos en aquel instante, añadió apresuradamente-: ¡Ah, pero hay otro!

El joven exclamó, riendo de buen humor:

-¿Probablemente? Entonces, no hay más que hablar, ya sé a qué atenerme. ¿Ha llegado usted con mi madre?

-Sí. Hará cosa de una media hora.

-¿Es que ella la ha dejado a usted aquí y ha vuelto a marcharse enseguida?

-No. Fue directamente a su habitación y me encargó le dijera a usted, si le veía, que lo espera allí a las siete menos cuarto.

El joven miró su reloj y se limitó a decir:

-Muy agradecido; seré puntual. -Y, alzando los ojos al rostro de ella y deleitándose en su contemplación, añadió-: Sea usted bienvenida. Encantado de conocerla.

Ella lo observaba todo con una mirada que denotaba una clara percepción de las cosas y los seres: miró a su compañero, a los dos perros, a los dos señores allá bajo los árboles y al hermoso escenario natural que la circundaba, y dijo:

-En mi vida he visto nada tan delicioso como este sitio. Ya he andado por toda la casa: esto es verdaderamente encantador.

-Deploro que haya usted estado tanto tiempo aquí sin que lo supiéramos.

-Su madre me dijo que en Inglaterra la gente tenía la buena costumbre de llegar sin hacer ruido, y me pareció que eso es lo que yo debía hacer. ¿Es su padre alguno de aquellos dos señores?

-Sí, el más viejo, el que está sentado.

La joven, soltando una carcajada, replicó:

-Ya suponía que no era el otro. Y ese otro, ¿quién es?

-Un amigo nuestro... Lord Warburton..

-¡Ah! Me imaginaba que debía de haber algún lord, igual que en las novelas. -Y, deteniéndose de repente y tomando de nuevo al perrito que, con su mirada, parecía implorárselo, exclamó-: ¡Oh, qué chuchito tan precioso!

Permaneció ella donde estaban, sin iniciar movimiento alguno que indicara su deseo de acercarse o de hablar al viejo señor Touchett; por lo cual el hijo, al verla así, demorándose junto al quicio de la puerta con aquel aire tan atractivo y esbelto, pensó que acaso esperaba que el anciano se levantase y acudiese a saludarla y a ofrecerle sus respetos. Sabía que las muchachas norteamericanas estaban acostumbradas a que se tuviese con ellas toda clase de deferencia y ya se les había advertido de antemano que ella era una joven muy decidida. Ralph adivinó por su expresión que estaba precisamente esperando tal pleitesía. Sin embargo, armándose de valor, se atrevió a insinuar:

-¿Quiere venir conmigo para conocer a mí padre? Es un anciano, está inválido y no se levanta de su sillón. -¡Pobrecillo! ¡Cuánto lo siento! -exclamó ella echando a andar en el acto hacia donde el viejo se hallaba-. Por lo que su madre me ha dicho, tenía la impresión de que más bien era hombre de gran actividad.

Ralph permaneció un instante en silencio y luego se limitó a decir:

-Hace un año que no le ve.

-Menos mal que tiene un hermoso lugar donde poder sentarse -dijo ella-. Vamos, perrillo precioso.

Él, mirándola de soslayo, contestó:

-Cierto, es un viejo y muy hermoso lugar.

-¿Cómo se llama? -preguntó ella, fija de nuevo su atención en el terrier.

-¿Cómo se llama mi padre?

-Sí -replicó ella, a quien pareció divertir esa pregunta-. Pero no le diga que yo se lo he preguntado.

Cuando llegaron donde se encontraba el anciano señor Touchett y éste se levantó con gran esfuerzo para presentarse a sí mismo, le dijo su hijo:

-Mi madre ha llegado. Te presento a la señorita Archer. El viejo puso ambas manos sobre los hombros de la joven, la miró un instante con suma benevolencia y la besó amablemente, diciendo:

-Es un gran placer para mí verla en esta casa, pero habría preferido que nos hubiese proporcionado la oportunidad de ir a recibirla.

La muchacha replicó:

-Ya nos recibieron. Había como una docena de criados en el vestíbulo a nuestra llegada. Una vieja señora salió a la puerta a darnos la bienvenida.

-Si nos hubieran avisado... habríamos hecho algo mejor que eso. -El anciano permaneció de pie, sonriendo, frotándose las manos, mirándola y moviendo lentamente la cabeza-. Pero la señora Touchett es enemiga de los grandes recibimientos.

-Se fue derecha a su habitación.

-Sí... y se encerró en ella con llave. Es lo que hace siempre. Bueno, tal vez tenga la suerte de poder verla la semana entrante -dijo el señor Touchett, y volvió a sentarse, adoptando su anterior postura.

-¡Oh! ¡Mucho antes! -exclamó la señorita Archer-. Va a bajar a cenar a las ocho. -Y, volviéndose hacia Ralph, añadió con una sonrisa-: No lo olvide, ya sabe, a las siete menos cuarto.

-¿Qué va a ocurrir a las siete menos cuarto?

-Es la hora en que podré ver a mi madre -contestó Ralph.

-¡Dichoso tú! -comentó el anciano. Luego se dirigió a la sobrina de su esposa-: Pero, haga el favor de sentarse y tomar un taza de té.

-Ya me lo sirvieron en cuanto llegué a mi cuarto -contestó la joven. Y, mirando afablemente a su venerable anfitrión, exclamó-: Es una lástima que esté usted enfermo.

-¡Bah! Soy un anciano, querida. Ya tengo años para estarlo; pero ahora, con usted aquí, voy a sentirme mejor. Ella se había puesto a observar de nuevo cuanto la rodeaba: el

prado verdeante, los altos árboles, el plateado Támesis bordeado de juncos, la antigua y bella mansión, sin excluir de su contemplación a sus compañeros de aquel instante; esa capacidad de observación era de esperar en una joven como ella, a todas luces inteligente y en esos momentos tan receptiva a todas las emociones. Dejó al perrito en tierra, se sentó y entrelazó sus blancas manos en su ' regazo sobre el negro traje. Con la cabeza erguida y la mirada viva, movía de un lado para otro el esbelto busto a medida que iba recogiendo con avidez las impresiones que de todos lados le iban llegando y que eran numerosas y agradables según reflejaba su radiante y suave sonrisa.

-No he visto en toda mi vida nada tan bello -exclamó.

El viejo señor Touchett contestó:

-Verdaderamente, lo es. Me doy cuenta de cómo la impresiona, pues a mí me sucedió lo mismo. Pero también usted es muy bella. -Estas últimas palabras no respondían a una tosca jovialidad, sino a una cortesía que se deleitaba en el privilegio que su edad le otorgaba, a pesar de que la joven pudiera en cierto modo alarmarse al oírlo.

No hace falta analizar hasta qué punto experimentaba ella semejante alarma. Lo cierto es que en el acto se levantó y se ruborizó, si bien su rubor no parecía responder a ningún tipo de desagrado por lo que acababa de oír.

Riendo amablemente, dijo:

-Oh, bueno, soy bastante bonita. -Pero enseguida preguntó-: ¿Es muy antigua la casa? ¿Es de la época de la reina Isabel?

Ralph Touchett contestó:

-Es Tudor, de los primeros tiempos.

Ella se volvió y mirándole directamente a los ojos, contestó:

-¡Ah! ¿Tudor antiguo? ¡Deliciosa! Supongo que habrá otras parecidas.

-Hay algunas mucho mejores.

Al oírlo, el anciano protestó:

-Hijo, no digas semejante cosa. No hay nada mejor que esto.

-Yo poseo una también admirable, que considero en muchos aspectos mejor que ésa -dijo lord Warburton, que hasta aquel entonces había permanecido en silencio aunque observando atentamente a la señorita Archer. Al decirlo le dedicó una sonrisa y una leve inclinación, pues tenía una exquisita manera de tratar a las mujeres. De ello se dio inmediatamente cuenta la joven, que además no se había olvidado de que era lord Warburton. Éste añadió-: Sería para mí un gran placer poder mostrársela.

-No le crea -exclamó el anciano-. Es una vieja barraca en absoluto comparable con ésta.

La joven sonrió a lord Warburton.

-No puedo ser juez en esta discusión porque no la conozco.

Ralph Touchett no tomó parte en esta breve escaramuza domiciliaria y prefirió permanecer con las manos en los bolsillos con una expresión que mostraba claramente que le agradaría mucho renovar su interrumpido diálogo con aquella prima recién descubierta. Para entablar de nuevo la conversación, preguntó:

-¿Le gustan a usted mucho los perros?... Inmediatamente cayó en la cuenta de que, para un hombre inteligente, había sido una manera bastante tonta de reanudar la conversación.

-Muchísimo, naturalmente.

-Entonces debe quedarse con el perrito -dijo sin lograr salir de la insignificancia del tema.

-Bueno. Lo conservaré con mucho gusto, mientras me encuentre aquí.

-Espero que será por mucho tiempo.

-Es usted muy amable. Lo cierto es que no tengo la menor idea de ello. Eso es cosa que mi tía resolverá. -Yo me encargaré de arreglarlo con ella... a las siete menos cuarto -aseguró dirigiendo otro vistazo a su reloj.

La muchacha contestó:

-Por lo pronto estoy encantada de encontrarme aquí.

-Pero me imagino que usted no será de las que consienten que los demás les arreglen sus cosas.

-Pues sí, lo soy; claro que siempre que las arreglen a mi gusto.

-Yo lo arreglaré a mi manera -dijo Ralph-. Es verdaderamente imperdonable que no la hayamos conocido a usted hasta ahora.

-Pues, yo estaba allí... No tenía usted más que haber ido para conocerme.

-¿Allí, dónde? ¿En qué sitio quiere usted decir?

-En Estados Unidos: en Nueva York, en Albany, y en otras partes de Norteamérica.

-Debo confesar que he estado allí, he recorrido todo el país y... no la vi jamás.

Después de un instante de reflexión, la señorita Archer dijo:

-Eso es debido a que durante algún tiempo hubo cierto desacuerdo entre su madre y mí padre después de la muerte de mi madre, cuando yo era una niña. El resultado de todo ello fue que perdimos la esperanza de verle a usted.

-¡Ah! Pero yo no tengo nada que ver con los desacuerdos de mi madre -exclamó el joven Ralph. Y prosiguió-: ¿Hace poco que perdió a su padre?

-Poco más de un año. Después de ello, mi tía se mostró muy cariñosa conmigo; fue allí para verme y me propuso que la acompañase a Europa.

-Vamos, ya caigo -dijo Ralph-. Por lo visto, la ha adoptado a usted.

-¿Adoptado?... -La muchacha se sobresaltó, vivamente ruborizada, y por sus bellos ojos pasó una ráfaga de dolor que causó verdadera alarma en su interlocutor.

Éste había subestimado el efecto que podían causar sus palabras. Lord Warburton, que parecía constantemente deseoso de ver más de cerca a la señorita Archer, se adelantó hacia los dos primos, y la joven posó en él la mirada de sus ojos muy abiertos antes de proseguir-: ¡Adoptarme! ¡Oh, no, nada de eso! No me ha adoptado. Yo no soy precisamente una candidata a la adopción.

-Le pido mil perdones -murmuró Ralph-. Quise decir... lo que quería decir...

La verdad era que ignoraba lo que había querido decir.

-Lo que usted quiso decir es que se ha encargado de mí. Eso es cierto, pues le gusta hacerlo. Ya le dije que se ha portado muy bien conmigo, pero... -agregó con visible empeño en ser explícita-, sobre todo yo aprecio mi libertad.

El anciano, desde su sillón, preguntó elevando la voz:

-¿Estáis hablando de la señora Touchett? Ven aquí, querida sobrinita, y dime algo de ella. Siempre quedo agradecido a los que informan de algo.

La muchacha dudó de nuevo, sonriendo.

-Verdaderamente, es muy bondadosa. -Y se dirigió hacia su tío, cuyo regocijo aumentó al escuchar semejantes palabras.

Lord Warburton se quedó solo con Ralph Touchett, al que dijo al cabo de un momento:

-Hace poco quería usted saber cómo me imaginaba yo a una mujer interesante. Ahí la tiene.

3

Sin duda alguna, la señora Touchett era mujer de numerosas y singulares rarezas, un ejemplo de las cuales lo constituía su particular comportamiento a su vuelta a la casa de su marido tras varios meses de ausencia. Tenía un modo especial de hacer cuanto hacía; ésta es la descripción más sencilla de un personaje que, aunque no carente por completo de ímpetus bondadosos, rara vez conseguía dar una impresión de dulzura. Por mucho bien que hiciera, la señora Touchett no lograba agradar. Esa peculiar manera de obrar a su antojo, a la que tan fuertemente se aferraba, si bien no era en sí intrínsecamente ofensiva, se diferenciaba por completo y bien a las claras de la manera de proceder de los demás. Sus líneas de conducta eran tan tajantes que a los ojos de las personas sensibles aparecían como cortadas con agudo cuchillo. Tal dureza cortante fue lo primero que se puso de manifiesto en ella durante las primeras horas que siguieron a su regreso de América, cuando cabía presumir que se hubiese apresurado a intercambiar los habituales saludos con su hijo y su esposo. Pero, en semejantes momentos, por motivos que sólo a ella parecían excelentes, la señora Touchett acostumbraba a encerrarse en una absoluta reclusión, posponiendo toda ceremonia sentimental hasta que lograba reparar el desarreglo de su atuendo con una precisión cuya importancia era irrelevante, ya que no afectaba en absoluto ni a la belleza ni a la vanidad. La señora Touchett, mujer de edad avanzada, carecía tanto de gracia física como de una exquisita elegancia, pero profesaba un respeto extraordinario hacia sí misma por motivos que le eran muy caros y que condescendía fácilmente a explicar cuando se le rogaba que lo hiciera como favor especial, en cuyo caso siempre se ponía de manifiesto que los motivos que la impulsaban eran totalmente distintos de los que le habían atribuido. Aunque de hecho vivía separada de su marido, se diría que tal situación no le parecía irregular en modo alguno. Desde los primeros momentos de su vida en común se hizo patente que jamás llegarían a desear la misma cosa en el mismo momento, y tal convicción la había predispuesto a evitar cualquier enojo o desagrado que pudiera sobrevenirle en el vulgar ámbito de lo accidental. Había hecho todo lo posible para erigir tal norma en ley, dándole a ésta su aspecto más ejemplar al irse a vivir a Florencia, donde compró una casa y fijó su residencia, y al dejar que su marido se quedase solo al frente de la sucursal inglesa de su banco. Semejante arreglo la complacía sobremanera por lo definido y preciso que era, aspecto bajo el que también se presentaba a los ojos del marido en su oscura casa de una neblinosa plaza de Londres, donde a veces era lo único realmente definido y preciso que alcanzaba a vislumbrar a pesar de que a todas luces habría preferido que cosas tan absurdas como las que le sucedían por lo menos aparentasen mayor vaguedad. Conceder, ponerse de acuerdo en no estar de acuerdo, había llegado a costarle un verdadero esfuerzo, pues se sentía dispuesto a admitir cualquier cosa menos aquélla y no hallaba razón alguna para que, consentidor o renuente él, los hechos hubieran de poseer tan terrible consistencia. Por su parte, la señora Touchett no se enfrascaba en cavilaciones ni lamentos de ninguna especie y seguía su costumbre de ir a pasar, cada año, un mes con su marido, espacio de tiempo que empleaba en tratar de convencerle de que ella había adoptado el método razonable. En realidad, no le gustaba el sistema de vida inglés, y solía esgrimir dos o tres razones que aunque no hacían referencia sino a puntos de menor importancia, en su opinión eran más que sobradas para justificar su voluntad de no residir en el país. Entre otras cosas, detestaba la salsa blanca, que, según sus propias palabras, parecía una cataplasma y sabía a jabón; se oponía al consumo de cerveza por parte de sus doncellas personales y aseguraba que las lavanderas inglesas -pues la señora Touchett tomaba muy en serio todo cuanto afectaba a su ropa blanca- desconocían su oficio. A intervalos fijos hacía una visita a su país, pero esta última había sido más prolongada que ninguna de las anteriores.

Que se había hecho cargo de la tutela de su sobrina era algo que no cabía poner en duda. Una triste y húmeda tarde, cuatro meses antes del suceso que acabo de relatar, se hallaba la señorita Archer sentada en su habitación, con un libro. Afirmar que estaba así ocupada es tanto como decir que su soledad no la agobiaba, pues su ansia de conocimientos era de índole verdaderamente fecunda, y el poder de su imaginación, muy grande. Sin embargo, por aquel entonces se sentía necesitada de algo fresco y nuevo, necesidad que vino a colmar una inesperada visita. La persona en cuestión no se había hecho anunciar y la joven la oyó cuando ya estaba en la habitación contigua. Sucedió ello en una antigua casa de Albany, una casa amplia, cuadrada, doble, con un cartelito en las ventanas del piso inferior donde se anunciaba que se hallaba en venta. Tenía dos entradas, una de las cuales estaba fuera de uso desde hacía mucho tiempo, si bien no había sido eliminada. Ambas eran exactamente iguales: grandes puertas blancas con marco y moldura arqueados y anchos ventanales adjuntos, sobre sendas pequeñas escalinatas de piedra roja que descendían hacia los laterales hasta el pavimento de ladrillo de la calle. Formaban estas casas gemelas un solo edificio, cuya pared medianera había sido demolida a fin de que se comunicasen. En el piso superior había numerosas habitaciones, todas pintadas de un blanco amarillento que, con el tiempo, se había desvaído. El tercer piso albergaba una especie de pasaje en arco que servía de enlace entre los dos lados de la casa y que, de pequeñas, Isabel y sus hermanas solían llamar el túnel, pues, aunque era corto y estaba bien iluminado, a la joven le pareció siempre solitario y siniestro, sobre todo en las tardes de invierno. Ella había pasado temporadas en la casa en distintas épocas de su niñez, especialmente mientras vivía su abuela. Después había permanecido ausente durante diez años y su regreso a ella se debió a la necesidad de acudir al lecho de muerte de su padre.

Su abuela, la anciana señora Archer, había sido sumamente hospitalaria, sobre todo con personas de la familia y durante la niñez de las muchachas, que pasaban a veces con ella semanas enteras, de las que siempre guardaron el mejor recuerdo. Allí, la manera de vivir era por completo distinta de la observada en su propia casa: más holgada, cómoda y alegre. La disciplina impuesta a los niños era lo bastante vaga para que ellos no la sintiesen gran cosa, y la oportunidad de poder escuchar las conversaciones de las personas mayores era casi ilimitada, lo que para Isabel constituía el recreo más preciado. Reinaba un ajetreo constante, un incesante ir y venir. Los hijos, hijas y nietos de su abuela parecían no estar esperando otra cosa que la invitación para ir y permanecer algún tiempo en la casa, de suerte que había momentos en que llegaba a parecer una especie de ruidoso mesón provinciano gobernado por una anciana y amable patrona que suspiraba mucho y no presentaba jamás la cuenta. Por su parte, Isabel no sabía absolutamente nada acerca de tales cuentas y siempre, aun siendo niña, consideró extraordinariamente romántica la casa de su abuela. En la parte trasera había una especie de gran patio cubierto, con un columpio que era motivo de inagotable y excitante interés, y, más allá, un amplio jardín que bajaba hacia el establo y donde crecían hermosos melocotoneros increíblemente accesibles. Isabel había pasado varias temporadas con su abuela, pero podría decirse que de todas ellas había guardado como el mejor de sus recuerdos el del sabor delicioso de los melocotones del jardín. Al otro lado, cruzando la calle, había una casa muy vieja a la que llamaban la Casa Holandesa, un peculiar edificio que databa de la primera época colonial, construido con ladrillos pintados de color amarillo, coronado por un alero que parecía dirigido contra los extraños y defendido por una raquítica empalizada que corría a lo largo de la calle. Ocupaba este edificio una escuela primaria para niños de ambos sexos, gobernada o, mejor dicho, desgobernada por una presumida señora de la que Isabel conservaba como recuerdo sobresaliente que se sujetaba los cabellos junto a las sienes con unos raros peinecillos y que era viuda de un caballero de cierta importancia. A la pequeña Isabel se le había ofrecido la oportunidad de aprender las primeras letras en tal escuela, pero, después de haber pasado un día en ella, protestó violentamente contra sus reglas y logró que

se le permitiera quedarse en casa, desde donde en los templados días del mes de septiembre, cuando las ventanas de la Casa Holandesa Permanecían abiertas, le era dado oír el coro de voces infantiles repitiendo la tabla de multiplicar..., hecho en el cual se mezclaba de forma confusa el júbilo de la libertad con el dolor de la exclusión. Así pues, los cimientos de su sabiduría quedaron confiados a la indolencia de la casa de la abuela, donde, dado que la mayoría de sus parientes eran personas no interesadas por la lectura, ella gozaba de libertad absoluta para adueñarse de todos los volúmenes de la biblioteca, en la que abundaban los libros con bellas portadas. Solía subirse a una silla para retirarlos de sus anaqueles y, cuando hallaba uno de su gusto -para lo cual se dejaba guiar siempre por la portada-, lo llevaba consigo a un cuarto misterioso situado detrás de la biblioteca y al que tradicionalmente se le había llamado, sin que nadie supiera por qué causa, el despacho. Nunca logró ella saber de quién y en qué época había sido tal cuarto un verdadero despacho, pero le bastaba que reinara allí un eco de resonancia y un olor a rancio, y que fuese el lugar destinado a los trastos viejos e inútiles del mobiliario cuyos achaques no aparecían a simple vista (de tal suerte que, a los ojos de ella, la desgracia en que habían caído parecía del todo inmerecida, lo que les presentaba como víctimas propiciatorias de la injusticia), trastos con los que había llegado a establecer relaciones casi humanas, dramáticas sin duda alguna. En especial, había allí arrumbado un viejo sofá de crin al que ella había confiado muchos de sus infantiles sinsabores. Debía aquel lugar gran parte de su misteriosa melancolía al hecho de que se accediera a él por la segunda puerta de la casa, la que permanecía condenada y cerrada con gruesos cerrojos que a una niña débil y menuda le era de todo punto imposible descorrer. Ella conocía perfectamente aquel tranquilo y recoleto portal que daba a la calle y desde el cual, si las ventanas laterales no hubieran estado tapadas con papel verde, habría podido ver la pequeña escalinata de piedra rojiza y el pavimento de ladrillo artísticamente labrado. Sin embargo, no sentía siquiera deseos de mirar hacia fuera porque, de intentarlo, habría destruido su propia teoría de que aquél era un lugar extraño, desconocido, imposible de ver desde el otro lado..., un lugar que en su imaginación infantil aparecía, según el estado de ánimo del momento, ora como un paraíso de delicias, ora como un páramo de terror.

Era, pues, en este despacho donde se hallaba Isabel sentada aquella melancólica tarde de primavera a que me refería. Aunque entonces tenía toda la casa a su disposición, escogió para su recogimiento el lugar más triste de todos, el más alejado de cualquier escena familiar. Jamás se le había ocurrido descorrer los cerrojos de la puerta ni arrancar el papel verde, que manos diligentes cambiaban de vez en cuando, ni se había jamás preocupado de cerciorarse por sí misma de que la calle estaba allí cerca. Caía una lluvia fría y pertinaz. La primavera parecía contener una exhortación -que en aquel momento resultaba cínica y falta de sinceridad- a la paciencia. No obstante, Isabel no prestaba gran atención a las pequeñas infidelidades atmosféricas y seguía con los ojos fijos en su libro, tratando de centrar su pensamiento. Se le había ocurrido no hacía mucho tiempo que su mente era de naturaleza bastante vagabunda y, en su deseo de domeñarla, había empleado no poca imaginación para darle instrucción militar, enseñándole a avanzar, detenerse, retroceder y, en fin, realizar a la simple voz de mando toda clase de maniobras complicadas. En aquel momento le había dado la orden de marchar, a fin de emprender la penosa tarea de cubrir las áridas llanuras de una Historia del Pensamiento Germánico. De pronto percibió el ruido de unos Pasos que se distinguían notablemente de su propio paso intelectual; permaneció a la escucha y advirtió que había alguien en la biblioteca que comunicaba con el despacho.

Al principio le pareció el andar de una persona cuya visita estaba esperando, pero inmediatamente lo identificó como característico de una mujer, desconocida por añadidura. Era aquél un paso de carácter explorador y experimental, que manifestaba no estar dispuesto a detenerse hasta llegar al umbral del despacho. Y, en efecto, en el umbral apareció la figura de una dama que se detuvo un instante y miró duramente a nuestra heroína. Era una mujer

más bien fea, entrada en años, vestida con una capa impermeable y en cuyo rostro aparecía un asomo de violenta actitud.

La recién llegada, recorriendo con la mirada aquellas sillas desparejadas y aquellas mesas cojas, inquirió: -¡Oh! ¿Es aquí donde acostumbras a estar?

Isabel, que se levantó prestamente para recibir a la intrusa, contestó:

-No cuando recibo visitas.

Acto seguido dirigió sus propios pasos y los de la visitante hacia la biblioteca. La dama siguió mirando en derredor y comentó:

-Por lo visto, tienes muchos otros cuartos para estar, y en mejores condiciones. Pero todo está terriblemente deteriorado.

-¿Ha venido usted a ver la casa? -preguntó Isabel-. La criada se la mostrará.

-No, no la llames; no quiero comprar la casa. Fue a buscarte y anda por arriba dando vueltas; no parece muy inteligente. Más vale que le digas que no se preocupe. -Y de repente, mientras la muchacha trataba de adivinar quién era aquel inesperado crítico, añadió-: Supongo que tú serás una de las hijas.

Isabel pensó para sus adentros que aquella dama tenía unos modales singulares y contestó:

-Según a qué hijas se refiera.

-A las del difunto señor Archer... y mi pobre hermana.

Isabel dijo entonces pausadamente:

-¡Ah! Usted debe de ser nuestra extravagante tía Lydia.

-¿Es así como tu padre os enseñó a llamarme? Soy tu tía Lydia, pero no tengo nada de extravagante ni de loca. No padezco de ningún extravío. ¿Cuál de las hijas eres tú?

-Soy la menor de las tres; me llamo Isabel.

-Sí, ya sé; las otras dos son Edith y Lilian. ¿Eres tú la más guapa?

-No tengo la menor idea -contestó la muchacha.

-Me parece que debes de serlo...

Y he aquí cómo se hicieron amigas tía y sobrina. Aquélla había reñido años atrás con su cuñado tras la muerte de su hermana, al recriminarle por la manera en que criaba a sus hijas; y él, que era hombre de malas pulgas, había dicho que se ocupara de sus propios asuntos, cosa que ella siguió al pie de la letra desde entonces. Así, había estado muchos años sin tener contacto alguno con él y no había enviado ni una sola palabra de pésame con motivo de su muerte a las hijas, las cuales habían sido criadas en esa irrespetuosidad hacia su tía que acabamos de ver en el caso de Isabel. Como de costumbre, la actitud de la señora Touchett había sido absolutamente premeditada. Su viaje a América obedecía a un deseo de interesarse personalmente por sus asuntos económicos (con los que su marido, pese a la elevada posición financiera de que disfrutaba, no tenía nada que ver) y, de paso, aprovechar la oportunidad para ver cómo estaban sus sobrinas. No había considerado la posibilidad de escribir, toda vez que no habría concedido importancia alguna a los informes que por carta pudiera recibir.

Creía únicamente en lo que veía con sus propios ojos. Pero Isabel se dio cuenta de que sabía acerca de ellas mucho más de lo que habría podido creer, incluso respecto al matrimonio de las otras dos hermanas: que su padre les había dejado muy pocos bienes, que la casa de Albany, que había pasado a manos del padre, iba a ser vendida para que ellas pudieran disponer de algún dinero y, por último, que Edmund Ludlow, el marido de Lilian, era el encargado de atender este asunto, razón por la cual la joven pareja había tenido que trasladarse a Albany durante la enfermedad del señor Archer y permanecía allí junto con Isabel ocupando la vieja mansión.

-¿Cuánto esperáis que os den por ella? -preguntó la señora Touchett a su acompañante, quien la había conducido al salón, lugar que también su inquisitiva mirada recorrió sin mostrar entusiasmo alguno.

-No tengo la menor idea -respondió la muchacha.

-Es la segunda vez que me contestas así -replicó su tía-. Y sin embargo, no eres tonta del todo.

-No, no soy tonta, pero no sé nada de cuestiones de dinero.

-Ya veo. De esa manera os criaron..., como si fuerais a heredar millones. En realidad, ¿qué habéis heredado?

-La verdad, no sabría decirlo. Tiene usted que preguntárselo a Lilian y a Edmund, que estarán de vuelta dentro de una media hora.

-Esto es lo que en Florencia llamaríamos una casa mala -dijo la señora Touchett-. Aunque me atrevería a decir que aquí se puede obtener por ella una buena suma. Lo suficiente para que os toque a cada una de vosotras una respetable cantidad. Pero supongo que tendréis alguna otra cosa, más bienes. Es verdaderamente extraordinario que no estés enterada de ello. El emplazamiento de la casa es magnífico; casi seguro que querrán derribarla para construir en su lugar establecimientos comerciales. No me explico cómo no lo hacéis vosotras mismas; podríais alquilar las tiendas a muy buen precio.

Isabel no salía de su asombro. La idea de alquilar tiendas le parecía de lo más extraño.

-Espero que no la derriben -dijo-. Lo sentiría, porque me gusta mucho.

-No me explico por qué te gusta. Tu padre murió en ella.

-Cierto -replicó la muchacha en un tono extraño-, pero no por eso ha de desagradarme. Me gustan los sitios donde suceden o han sucedido cosas, aunque a veces sean tristes. No sólo mi padre, si otros han muerto también aquí, de modo que este sitio estuvo repleto de vida en otros tiempos.

-¿Esto es lo que tú llamas repleto de vida?

-Quiero decir lleno de experiencia..., de sentimientos de las personas, de sus tristezas. Y no sólo de tristezas, pues yo misma, cuando era niña, fui muy dichosa en esta casa.

-Si te agradan las casas donde han sucedido cosas, deberías ir a Florencia; en aquéllas sí que han sucedido cosas, sobre todo muertes. En el antiguo palacio donde yo vivo fueron asesinadas tres personas que se sepa, y seguramente muchas otras de las que yo no he llegado a tener conocimiento.

-¿En un palacio antiguo?

-Sí, hija. Bastante distinto a esto, por cierto. Esta casa tiene un aspecto muy burgués.

Isabel se emocionó profundamente al oír tales palabras, pues siempre había tenido en gran concepto la casa de su abuela. No obstante, la propia emoción la impulsó a exclamar:

-¡Cómo me gustaría ir a Florencia!

-Pues si eres buena y haces todo lo que yo te diga, te llevaré -afirmó la señora Touchett.

La emoción de la joven aumentó extraordinariamente. Calló un instante, se ruborizó un poco, sonrió en silencio a su tía y acabó por decir:

-¿Que haga todo lo que usted quiera? No sé si me será posible prometer tal cosa.

-Verdaderamente no pareces ese tipo de persona. Se nota que te gusta hacer tu voluntad, pero no seré yo quien te lo reproche.

-¡Sin embargo, con tal de ir a Florencia, sería capaz de prometer casi cualquier cosa! -exclamó la joven con entusiasmo.

Como Edmund y Lilian tardaron bastante en regresar, la señora Touchett pudo sostener una conversación ininterrumpida de más de una hora con su sobrina, que acabó por encontrarla tan interesante como extraña: lo que se dice un carácter, el primero genuino con que se había tropezado. Era, en realidad, tan excéntrica como Isabel la había imaginado siempre, mas con la idea que ella se forjaba cada vez que oía hablar de personas excéntricas, a las que consideraba alarmantes y ofensivas, pues semejante vocablo te sugería cosas grotescas e incluso siniestras. Pero su tía les daba un tono irónico y hasta cómico, y ello la

indujo a preguntarse si el lenguaje corriente y moliente, que por lo demás era el único que había conocido, le había parecido alguna vez tan interesante. Nadie hasta entonces había logrado impresionarla tanto como aquella pequeña mujer de aspecto extranjero, labios finos y ojos brillantes, que ennoblecía su insignificante apariencia con la distinción de sus modales y que, sentada allí delante de ella y envuelta en su impermeable, hablaba con la mayor soltura de los asuntos políticos de Europa. La señora Touchett no era frívola, pero no reconocía la existencia de seres superiores socialmente hablando, y, al aludir en tales términos a los grandes de la Tierra, lo hacía con la plena seguridad de estar causando enorme impresión en el ánimo susceptible y cándido de su sobrina. Isabel respondió a varias preguntas que su tía le hizo al principio y, por sus contestaciones, ésta se percató del alto grado de su inteligencia. Después de haberlas contestado, le tocó a ella el turno de hacerlas, y las respuestas de su tía fueron tales que, fuera cual fuera el giro que tomasen, le proporcionaban siempre más que sobrada materia para hondas reflexiones. La señora Touchett estuvo esperando el regreso de su otra sobrina el tiempo que le pareció razonable; pero, al ver que a las seis de la tarde la señora Ludlow no se hallaba de vuelta, se dispuso a marcharse.

-Tu hermana debe de ser una chismosa de primera. ¿Tiene por costumbre pasar tantas horas fuera de casa?

-Usted ha estado fuera de la suya tanto como ella -replicó Isabel-. Acababa de marcharse cuando llegó usted.

La señora Touchett la miró con benevolencia. Comprendía que la réplica era acertada, cosa que le agradaba y la predisponía a mostrarse amable.

-Tal vez no haya tenido para hacerlo tan buena razón como yo. De todos modos, dile que venga a verme esta noche a ese horrible hotel donde estoy alojada. Si quiere, puede venir con su marido, pero no es necesario que tú la acompañes. A ti ya tendré ocasión de verte luego todo lo que quiera.

4

La señora Ludlow era la mayor de las tres hermanas y se la consideraba la más juiciosa. En general se decía que Lilian era la práctica, Edith la hermosa e Isabel la intelectual. La señora Keyes, segunda del grupo, era esposa de un oficial del Cuerpo de Ingenieros de Estados Unidos y, como para nada le afecta nuestra historia, nos limitaremos a decir que era muy bella y constituía el principal ornato de los acantonamientos militares del país -especialmente en el inelegante Oeste- a los que, con gran pesar por su parte, era destinado su marido. Lilian se había casado con un abogado de Nueva York, joven de potente voz y gran entusiasmo por su profesión. Su matrimonio no resultó un enlace brillante, como tampoco el de Edith, pero a Lilian se le inculcó desde siempre la idea de que debía considerarse muy dichosa si llegaba a casarse con quien fuese... y por eso era mucho más sencilla que sus otras dos hermanas. Sin embargo, se sentía muy feliz, y por aquel entonces, en su calidad de madre de dos graciosos retoños y de dueña de una especie de escolio de oscura piedra violentamente encajonado en la calle Cincuenta y tres, parecía regodearse en su situación como en una feliz evasión de los sinsabores de este mundo. Era de baja estatura y cuerpo recio, y aunque de figura harto discutible, se le concedía buena presencia, ya que no majestad. No obstante, todos parecían convenir en que había ganado mucho con el matrimonio, y sentíase perfectamente segura de dos cosas en la vida: de la fuerza de los argumentos de su marido y de la originalidad de su hermana Isabel. A veces solía decir: «Yo no podría seguir el ritmo de Isabel... Me ocuparía todo mi tiempo». A pesar de eso, mantenía sobre ella una maternal

vigilancia y la observaba con la misma triste solicitud con que una gran perra de aguas contemplaría los movimientos de un galgo suelto.

-Lo que yo quisiera es verla casada, eso es lo que de veras le conviene -decía con frecuencia a su marido.

A lo que Edmund Ludlow solía replicar en un tono muy audible:

-Pues debo confesar que no experimento el menor deseo de casarla.

-Ya sé que lo dices por discutir. Lo tuyo es llevar siempre la contraria. No veo qué puedas tener contra ella, a no ser que es original.

-Pues bien, es que no me gustan los originales, prefiero las traducciones -le había contestado más de una vez el señor Ludlow, añadiendo-: Isabel está escrita en un idioma extranjero y no puedo descifrarla. Lo que debería hacer es casarse con un armenio o un portugués.

-Eso es precisamente lo que temo que haga -exclamaba Lilian, que creía a Isabel capaz de cualquier cosa.

Así pues, al llegar a casa, escuchó con gran interés la " relación que su hermana menor le hizo acerca de la inesperada aparición de la señora Touchett y, por la noche, se dispuso a obedecer el mandato de su tía. No se tiene noticia de lo que Isabel dijera entonces, pero sin duda alguna sus palabras debieron de suscitar en su hermana el comentario que hizo a su esposo cuando ambos estaban preparándose para ir a hacer la visita:

-Ojalá se le ocurra hacer algo por Isabel; creo que lo hará, pues parece haberse encaprichado mucho con ella.

-Pero ¿qué quieres que haga? -preguntó Edmund Ludlow-. ¿Que le haga un buen regalo?

-No me refiero a eso; seguramente no será nada por el estilo. Me refiero a que se tome verdadero interés por ella, a que le resulte simpática. Precisamente, es de las pocas personas que pueden apreciarla, porque ha vivido mucho entre gente extranjera, y le ha contado a Isabel muchas cosas acerca de esa vida. Ya sabes que tú mismo has considerado siempre que Isabel tiene algo de extranjera.

-Ya veo lo que quieres decir: que la tía le procure un poco de simpatía en el extranjero. ¿Crees que en su país no se le otorga la necesaria?

-De todos modos, debería ir al extranjero -replicó la señora Ludlow-. Es el tipo de persona que debería viajar.

-Y quieres que la vieja señora se la lleve, ¿no es eso?

-Se ha ofrecido a llevarla... y está muerta de ganas de que Isabel vaya. Pero lo que yo deseo que haga cuando llegue allí con ella es que le proporcione toda clase de ventajas. Estoy segura de que lo único que debemos hacer es darle una oportunidad... -recalcó la señora Ludlow.

-¿Oportunidad? ¿para qué?

-Para perfeccionarse.

Al oírlo, Edmund exclamó:

-¡Dios Santo! ¡Espero que no vaya a perfeccionarse más!

-Si no tuviese la seguridad de que lo dices por discutir, me molestaría mucho lo que acabas de decir -replicó la esposa-. Pero no puedes negar que la estimas.

Más tarde, mientras el joven esposo se cepillaba el sombrero, preguntó a Isabel:

-Tú sabes que te aprecio, ¿verdad?

-Lo que sé y de lo que estoy segura es que me importa un bledo que me quieras o no -replicó la muchacha, con una sonrisa y un tono de voz que desmentían la altivez de sus palabras.

-¡Oh! Desde que ha recibido la visita de la señora Touchett se siente tan superior... -comentó su hermana. Pero Isabel replicó con seriedad.

-No debes decir eso, Lily. No me siento superior a nadie.

-Aunque así fuera, no habría mal en ello-dijo su hermana, siempre conciliadora.

-Es que no veo en la visita de la señora Touchett nada que le haga a una sentirse superior.

-¡Oh! -exclamó el señor Ludlow-, ahora se siente más superior que nunca.

-Cuando yo me sienta superior, si alguna vez lo hago -dijo la muchacha-, será por otra razón mejor.

Fuera como fuese, lo cierto es que se sentía diferente, como si le hubiese ocurrido algo. Una vez que se hubo quedado sola por la noche, se sentó bajo la lámpara, las manos vacías, sin ganas de ocuparlas en ninguna de sus habituales labores. Se levantó al cabo de un rato, se puso a andar de un lado para otro de la habitación y recorrió también otros aposentos, deteniéndose especialmente en los sitios en que la luz era menos intensa. La verdad era que se sentía intranquila, agitada, incluso había momentos en que temblaba. Lo que acababa de ocurrirle le parecía de una importancia desproporcionada, se había producido un verdadero cambio en su vida. Lo que éste hubiera de suponer en lo sucesivo era cosa por demás indefinida, pero en su actual situación ella daba un gran valor a cualquier cambio que le sobreviniese. Sentía un irresistible deseo de dejar atrás su pasado para, como ella misma decía, comenzar de nuevo. No había surgido tal deseo como por ensalmo con motivo de la ocasión presente, sino que éste le era tan familiar como el repiqueteo de la lluvia en los vidrios de las ventanas, y ya en más de una ocasión la había inducido a querer comenzar de nuevo. Se sentó en uno de los rincones más oscuros del silencioso salón y cerró los ojos, pero no con el deseo de quedarse adormilada para olvidar. Por el contrario, se sentía demasiado despierta y deseaba dominar la sensación que le causaba percibir demasiadas cosas a la vez.

Su imaginación había llegado a ser, por la fuerza del hábito, ridículamente activa, de suerte que, cuando la puerta no estaba abierta, se escapaba por la ventana. No tenía la costumbre de encerrarla bajo llave, y le sucedía que, en los momentos importantes en que se hubiera sentido agradecida por ser capaz de utilizar únicamente su capacidad de razonamiento, pagaba las consecuencias de haber dado alas a esa facultad de fantasear en la que no intervenía el análisis. En aquel momento, con la seguridad de que una mano invisible había tocado la nota del cambio, se le agolparon en la imaginación los fantasmas de las imágenes de las cosas que había dejado tras si; se presentaron a su recuerdo los días y las horas ya vividos, y los fue revisando lentamente en medio de aquel silencio que sólo interrumpía con su tictac el gran reloj de bronce. De aquel profundo examen, la verdad que más patente surgía ante sus ojos era la de que su vida había sido muy dichosa, de que ella era una persona verdaderamente afortunada. Había disfrutado lo mejor de todo y, en un mundo en que tantos individuos se desenvuelven en circunstancias nada envidiables, constituía una ventaja el no haber padecido nada desagradable. A Isabel le parecía que, en realidad, lo desagradable había permanecido demasiado ausente de su vida, ya que, de su contacto constante con la literatura, había deducido que lo desagradable constituía un manantial inagotable de interés e incluso de instrucción. Su padre... aquel hermoso y adorado padre que siempre experimentó tan marcada aversión por todo lo desagradable, la había mantenido alejada de ello. Para Isabel fue una gran felicidad haber sido hija de tal hombre, de suerte que llegó a sentirse orgullosa de su parentesco. Desde el momento de su muerte, ella lo recordó mostrándose siempre valeroso ante sus hijas, capaz de alejar las cosas feas de su propia imaginación, aunque no de su existencia. Pero eso sólo hizo que su ternura por él aumentara, y apenas si le resultaba doloroso pensar que él había sido demasiado generoso, demasiado alegre, demasiado indiferente a las ideas de sordidez. Muchos sostenían que había llevado tal indiferencia demasiado lejos, sobre todo los que componían el gran número de personas a quienes debía dinero. Isabel no había llegado a conocer jamás las opiniones de tales personas, pero al lector podría interesarle saber que, si bien le reconocían al difunto señor Archer una

notable inteligencia y una manera de ser muy seductora, capaz de apoderarse de los demás (y no faltaba quien dijera que siempre estaba apoderándose de algo), ello no les impedía declarar abiertamente que hacía muy mal uso de su vida. Había derrochado una gran fortuna, por ser excesivamente hospitalario, y había jugado sin freno. Y hasta hubo críticos que dijeron que ni siquiera se había preocupado de educar a sus hijas: que no habían recibido una educación corriente, que no habían tenido un hogar permanente, y que habían sido al mismo tiempo malcriadas y abandonadas, relegando su educación a niñeras y gobernantas (casi siempre muy malas), o a frívolas escuelas, dirigidas por francesas, de las que al cabo de un mes eran retiradas con gran sentimiento de ellas, que lloraban a lágrima viva al ser alejadas de allí. Tal apreciación del caso había suscitado la indignación de Isabel, ya que a su modo de ver había gozado de muchas y buenas oportunidades. Incluso cuando su padre dejó a sus hijas durante tres meses en Neufchatel con una criada francesa, la cual no tardó en escaparse con un noble ruso que vivía en el mismo hotel..., aun en esa situación tan irregular que tuvo lugar cuando la muchacha no contaba más de once años, ella no experimentó el menor miedo ni la menor vergüenza y se limitó a considerarla un episodio romántico, justificado por una educación sumamente liberal. Su padre tenía unas miras muy amplias acerca de la vida, como lo probaba sobradamente su inquietud constante y la incoherencia ocasional de su conducta. Quería que sus hijas, aun siendo niñas, vieran cuanto fuera posible del mundo y, con tal objeto, antes de que Isabel alcanzara los catorce años de edad, ya las había hecho cruzar tres veces el Atlántico, proporcionándoles en cada ocasión sólo unos cuantos meses para observar por sí mismas el asunto propuesto. Esta táctica sólo había servido para abrir el apetito de nuestra heroína, excitando superlativamente su curiosidad sin llegar a satisfacérsela. Indudablemente ella era una acérrima partidaria de su padre, pues, de las tres, era la que mejor se las componía para compensarle por las incomodidades de las que él nunca se quejaba. En los últimos días de su vida, el deseo paterno de abandonar este mundo, en el cual la dificultad de hacer lo que a uno le gustaba parecía ir aumentando a medida que él iba envejeciendo, se había visto profundamente alterado por el dolor que le causaba tener que separarse de una hija tan inteligente, notable y superior. Posteriormente, cuando cesaron los viajes a Europa, él comenzó a mostrarse todavía más indulgente con sus hijas y, aunque hubo de sufrir no pocas dificultades económicas, nada alteró en ellas la irreflexiva seguridad de hallarse en posesión de muchas cosas. Isabel, que por cierto bailaba muy bien, no recordaba haber logrado un gran éxito en Nueva York como miembro del ambiente coreográfico; en cambio, su hermana Edith, al decir de muchos, tenía más condiciones para ello. Edith fue un caso tan notable de éxito que Isabel no pudo seguir haciéndose ilusiones acerca de lo requerido para lograr tal privilegio, así como tampoco acerca de los límites de su propia capacidad de brincar, saltar y desgañitarse... sobre todo para conseguir el efecto deseado. Diecinueve personas entre veinte (incluso la misma hermana menor) declaraban que Edith era la más guapa de las dos hermanas; sin embargo, la vigésima, a más de darse el gusto de pensar lo contrario, podía complacerse en pensar que todos los demás eran sólo unos estetas de lo más vulgar. En su naturaleza profunda, Isabel experimentaba un deseo más insaciable todavía que el de Edith de gustar, pero esa naturaleza profunda se encontraba en un lugar tan inaccesible de su alma que entre ésta y la superficie había una docena de fuerzas caprichosas que impedían la debida comunicación. Ella veía que los jóvenes acudían en tropel a visitar a su hermana, pero que, en cambio, sentían miedo de ella, pues tenían la sensación de que para hablarle había que poseer una preparación especial. La fama de ser mujer muy leída pesaba sobre ella y la envolvía como la densa nube que rodea a las diosas de las epopeyas, haciendo suponer que sólo se interesaba por cuestiones abstrusas y que su conversación jamás adquiría un tono apasionado. Si bien a la pobre le encantaba que se la considerase inteligente, la molestaba sobremanera que se la tuviese por libresca. Por ello, acostumbraba a leer en secreto y, aunque poseía una excelente memoria, procuraba abstenerse de citar lo que leía. La

dominaba una gran ansia de saber, pero prefería a lo impreso cualquiera otra fuente de información directa, y era tal su curiosidad por las cosas de la vida que de todo se admiraba y todo la emocionaba. La vida había echado hondas raíces en ella y, por lo mismo, su goce más intenso consistía en sentir dentro de sí la continuidad entre las agitaciones de su propia alma y las del mundo externo. Ello hacía que le gustara extraordinariamente contemplar las grandes multitudes y las diversas regiones del país y leer lo más interesante acerca de las revoluciones y de las guerras, así como también admirar los cuadros históricos... proclividad que en más de una ocasión la indujo a cometer la incongruencia de perdonar lo malo de la pintura en aras de su tema. En tiempo de la Guerra de Secesión ella era todavía muy niña, lo cual no impidió que durante tal período pasara largos meses entregada a una apasionada excitación, en la que tan pronto se sentía emocionada por el valor de un ejército como por el del contrario, lo cual la sumía en una extraordinaria confusión. Desde luego, la circunspección de los suspicaces jóvenes no había llegado a convertirla en una proscrita social, pues el número de los que, al acercársele, sentían latir el corazón con la fuerza necesaria para recordar que también poseían cabeza la había mantenido alejada de las excelsas disciplinas propias de su sexo y su edad. Así, ella tuvo cuanto pudo apetecer una muchacha: cariño, admiración, golosinas, ramos de flores, la convicción de que no se le escatimaba nada de lo que podía obtenerse en el mundo en que ella vivía, ocasiones constantes para bailar, abundancia de nuevos vestidos, la revista Spectator de Londres, las últimas publicaciones de prensa, la música de Gounod, la poesía de Browning, la prosa de George Elliot.

Y todas aquellas cosas, a medida que la imaginación las iba evocando se transformaban en multitud de escenas vividas y de figuras conocidas. Cosas arrumbadas en el desván de la memoria se le aparecían de nuevo, mientras que muchas otras a las que en su día había concedido gran importancia quedaban alejadas de su vista. El resultado era verdaderamente caleidoscópico; pero, en aquel instante, el girar caprichoso del instrumento quedó paralizado por la llegada de la sirvienta que venía a anunciar la visita de un caballero: Caspar Goodwood. Era éste un joven de Boston. Hacía doce meses que conocía a la señorita Archer y, considerándola la mujer más bella de aquel tiempo, había dictaminado que el tiempo era únicamente, guiándose por la norma a que antes he aludido, un necio período de la historia. Le había escrito de vez en cuando, y últimamente sus cartas estaban fechadas en Nueva York; por lo cual ella casi confiaba en la posibilidad de que él viniera a verla... incluso puede decirse que pasó todo aquel día lluvioso esperándole sin darse cuenta cabal de que le esperaba. Sin embargo ahora, al saber que estaba allí, no experimentaba ningún deseo de verle ni de recibirle. El era el joven más admirable que ella había visto, un espléndido joven que llegaba a inspirarle un respeto grande y poco usual, sentimiento que ninguna otra persona le había inspirado hasta entonces. La gente se imaginaba que el quería hacerla su esposa, pero eso era algo que sólo a ellos dos concernía. Lo que desde luego puede afirmarse es que él hizo el viaje de Nueva York a Albany tan sólo por verla, después de haberse enterado en la primera de las dos ciudades, donde estaba pasando una temporada y donde había creído encontrarla, que ella iba a permanecer en la capital del estado. Isabel retrasó algunos minutos el momento de ir a verle, y anduvo de un lado para otro de la habitación, abrumada por la intuición de que la esperaban nuevas complicaciones. Pero por fin decidió ir en su busca, y le vio, de pie bajo la lámpara, tal como era: alto, fuerte, tal vez algo tieso, al propio tiempo que delgado y moreno. Su belleza no era romántica sino más bien tenebrosa. Su fisonomía tenía algo que reclamaba la atención y esa atención se veía recompensada por el encanto de unos ojos azules de imperturbable fijeza que no parecían corresponder a su semblante y de una mandíbula angulosa, de esas a las que suele atribuirse la virtud de denotar un temperamento enérgico y resuelto. Al verle, Isabel se dijo que aquella noche mostraba sin duda alguna una firme resolución. A pesar de ello, Caspar Goodwood, que media hora antes había llegado allí

esperanzado y resuelto, acabó por volverse a su alojamiento con la convicción de haber fracasado en su empresa. Conviene advertir, sin embargo, que no era un hombre capaz de aceptar un fracaso así como así.

5

Aunque Ralph Touchett era un verdadero filósofo, cuando llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de su madre, a las siete menos cuarto en punto, sentía no poca inquietud. Los filósofos tienen también sus preferencias, y no cabe la menor duda de que, respecto a sus progenitores, las de Ralph se inclinaban del lado del padre, por el que sentía el mayor afecto y al que tributaba una filial sumisión. No se le ocultaba que su padre era quien poseía un sentimiento verdaderamente maternal, mientras que su madre se mostraba paternal y, para decirlo con el lenguaje popular del momento, incluso gubernativa. Lo cual no obstaba para que quisiera entrañablemente a su único hijo y siempre insistiera en que pasara tres meses al año con ella. Por su parte, Ralph le devolvía el afecto debido, pues le constaba que, en los pensamientos y en el sistema de vida de su madre, concienzudamente organizada y dirigida, a él le tocaba el turno inmediatamente después de los asuntos que exigían su inmediata atención y cuya minuciosidad de ejecución constituía la esencia de su personalidad. Halló, pues, Ralph a su madre completamente vestida ya para la cena, y ella le abrazó y besó sin quitarse los guantes, haciéndole sentar luego en el sofá a su lado. La madre le pidió con todo interés noticias relativas a la salud del padre y a la de él mismo y, como los informes no la satisficieron en absoluto, manifestó estar más convencida que nunca del acierto de su decisión de no exponerse al clima de Inglaterra. De no ser así, tal vez ella habría podido ceder. Ralph se sonrió ante la simple idea de que su madre pudiese condescender, pero no quiso recordarle que la dolencia que él padecía no era en absoluto efecto del clima británico, pues él permanecía por lo general ausente del país la mayor parte del año.

Ralph era todavía muy niño cuando su padre, Daniel Tracy Touchett, natural de Rutland, Estado de Vermont, vino a Inglaterra como socio subordinado de una casa de banca, en la que algunos años después llegó a ejercer una autoridad preponderante. Daniel Touchett se resignó a la idea de pasarse la vida en el país de adopción y, desde el principio, tuvo el acierto de acomodarse a él con una actitud sencilla y sana. Sin embargo, como se decía a sí mismo, no tenía, ni mucho menos, la intención de desamericanizarse, ni tampoco el deseo de enseñar a su hijo arte tan sutil. Le había resultado un problema de tan fácil solución vivir en Inglaterra asimilado al país y sin abdicar del suyo que le parecía igualmente fácil el que su legítimo heredero continuara después de su muerte ejerciendo la gerencia de aquel banco ya gris y anticuado, proyectando la luz brillante del sistema americano. Por ello se esforzó en intensificar esa luz enviando al hijo a su país para que en él se educara. Gracias a ello, Ralph había seguido varios cursos en una universidad de Norteamérica, en la cual se graduó, y como al regresar a Inglaterra asustó a su padre por lo excesivamente indígena que volviera, Ralph estudió en Oxford durante tres años. Y he aquí que Oxford acabó tragándose a Harvard y, por fin, Ralph se vio convertido en un verdadero inglés. Su aparente conformidad con los procedimientos y maneras que le rodeaban era, no obstante, una máscara tras la cual ocultaba un espíritu ávido de independencia sobre el cual nada lograba prevalecer durante largo tiempo, y al ser naturalmente propenso a la aventura y a la ironía, se permitía una libertad sin límite a la hora de formar sus propias opiniones. Comenzó siendo un joven que prometía

mucho; logró distinguirse en Oxford, para gran satisfacción de su padre, y quienes le conocían afirmaban que era una verdadera lástima que un joven tan brillante no estudiase una carrera. Podía haber seguido una carrera con sólo volver a su país de origen (aunque este punto está rodeado de incertidumbre), pero aun cuando el señor Touchett hubiese consentido en separarse (y ése no era caso), a él mismo le habría resultado sumamente penoso poner un océano como barrera permanente entre su persona y la de su viejo padre, a quien consideraba su mejor amigo. Ralph no sólo quería verdaderamente a su padre sino que le admiraba... y se complacía no poco en observarle y verle actuar. A su juicio, Daniel Touchett era un hombre extraordinario, un verdadero genio y, aunque él no se sentía con aptitudes para el oficio de banquero ni entendía los misterios de actividad bancaria, se había aplicado a estudiar de todo ello lo necesario para comprender el gran papel que su padre lograba desempeñar. Mas no era esto, con ser mucho, lo que de él más le gustaba; lo que más le atraía y admiraba era aquel semblante marfileño, como pulimentado por el aire inglés, que el anciano había opuesto a cualquier intento de penetración. Daniel Touchett no había estudiado en Harvard ni en Oxford y era culpa suya haber proporcionado a su hijo los medios de ejercitar la crítica moderna. Así, Ralph, que tenía la cabeza llena de ideas que su padre no llegaba a adivinar, sentía gran estimación por la originalidad de su progenitor. Por lo general se atribuye, acertada o erróneamente, a los americanos una extraordinaria facilidad de adaptación a las condiciones de otros países, pero buena parte del gran éxito del señor Touchett se debía precisamente a su renuencia a plegarse por completo al ambiente. Había sabido conservar con su prístina frescura la mayor parte de las características de su juventud, y su entonación, como acertadamente solía decir su hijo, era la de las regiones más feraces de Nueva Inglaterra. Al final de su vida había llegado a ser, en su propio terreno, tan apacible como rico, combinando la astucia más perfecta con una superficial fraternidad, y su «posición social», de la que nunca se había preocupado, tenía la turgente perfección de un fruto todavía intacto. Acaso fuese todo ello por su falta de imaginación y de lo que suele llamarse sentido histórico, pero el hecho es que su espíritu permaneció siempre herméticamente cerrado a las impresiones que por lo general causan en los extranjeros cultos las cosas de la vida inglesa. Había ciertas diferencias que jamás llegó a percibir, ciertos hábitos que nunca adoptó, muchas oscuridades que jamás trató de aclarar. Por lo que a éstas respecta, cabe asegurar que si algún día hubiera llegado a sondearlas, su hijo no habría tenido tan buena opinión de él.

Al dejar la Universidad de Oxford, Ralph había pasado un par de años viajando, después de los cuales se encontró encaramado en un alto taburete del banco de su padre, El honor y la responsabilidad que tal posición entraña no se mide, según creo, por la altura del mencionado taburete, sino por consideraciones de otra índole. Y Ralph, que tenía las piernas muy largas, no sólo se complacía en estar de pie cuando trabajaba sino, incluso, en andar de un lado para otro. Sin embargo, sólo pudo consagrar muy poco tiempo a dicho ejercicio, pues al cabo de año y medio se convenció de que había enfermado en serio por culpa de un fuerte resfriado que le afectó gravemente los pulmones y se los dejó en un estado terrible. Tuvo, pues, que abandonar el trabajo y dedicarse en cuerpo y alma al triste oficio de cuidar de su salud. Al principio pareció desdeñar un poco su tarea, pues se le antojaba como si no hubiese de cuidarse a sí mismo sino a otra persona por la que él no sentía interés alguno y con la que nada tenía en común. Sin embargo, tal persona se fue haciendo más digna de aprecio a medida que la atendía, y Ralph no tuvo más remedio que ir concibiendo, aunque a regañadientes, cierta tolerancia, incluso un si es no es oculto respeto por sí mismo. Mas, como nada hace tan buenos camaradas como el infortunio, y nuestro joven se había convencido de que se jugaba algo en el asunto... (generalmente consideraba que se trataba de su reputación de ingenioso) dedicó a su poco agraciado pupilo la atención indispensable, lo cual no dejó de surtir el efecto requerido, que fue el de conservarle la vida al pobre enfermo. Así pues, comenzó a curarse uno de sus pulmones mientras que el otro prometió seguir su

ejemplo, y se le aseguró que podría-soportar cuando menos otros doce inviernos si se avenía a pasarlos en los climas a que acuden principalmente los atacados del mal de consunción. Y, como había llegado a estar verdaderamente encaprichado con la ciudad de Londres, maldecía con todas sus fuerzas la falta de interés de su forzoso destierro. A pesar de todo, aunque lo maldecía acabó por conformarse y, a medida que iba sintiendo que su sensible organismo agradecía los favores que tan de mala gana le concedía, se inclinaba a concederlos cada vez con más buena voluntad. Así pues, como suele decirse, hibernó en el extranjero, calentándose al sol, quedándose en casa cuando soplaba el viento, yéndose a la cama cuando llovía, y más de una vez, cuando nevaba toda la noche, permaneciendo acostado todo el día siguiente.

Una secreta provisión de indiferencia... como sabroso pastel que la buena niñera le hubiese puesto en su primera cartera escolar... le proporcionó eficaz auxilio y le ayudó a soportar su sacrificio, ya que, en el mejor de los casos, sentíase demasiado enfermo para todo lo que no fuese aquella su ardua tarea. Como solía decirse a sí mismo, en realidad no había nada que él deseara hacer, de manera que por lo menos no renunció desertando del campo de batalla. De todos modos, había veces en que la fragancia del fruto prohibido parecía envolverle y flotar en torno suyo para recordarle que el mejor de todos los placeres es el de lanzarse a la acción. Vivir como él estaba viviendo era tanto como leer un buen libro en una mala traducción... solaz harto desmedrado para un joven convencido de que habría podido llegar a ser un excelente lingüista. Pasó algunos inviernos buenos y algunos malos, y, mientras aquéllos duraron, hubo momentos en que fue presa de la ilusión de que había recobrado la salud. Tal imagen quedó desvanecida tres años antes de que diera comienzo este relato. En aquella ocasión había permanecido en Inglaterra más de lo debido y le había sorprendido muy mal tiempo antes de llegar a Argel. Arribó allí más muerto que vivo y en ese lugar hubo de permanecer varias semanas entre la vida y la muerte. Su convalecencia resultó un verdadero milagro, pero lo que primero se le ocurrió pensar fue que semejantes milagros no ocurren más que una vez. Se dijo, pues, que su hora estaba ya a la vista y que era deber suyo no quitarle ojo de encima, pero que, por lo mismo, tenía que pasar el tiempo que le quedaba lo mejor posible y de acuerdo siempre con lo que su preocupación pudiera permitirle. Ante la simple perspectiva de llegar a perderlas en un futuro próximo, el uso de sus facultades le resultó el más delicado de los placeres, y le pareció que el deleite de la contemplación no había sido jamás ensalzado como se merecía. Estaba lejos el tiempo en que le parecía cosa sumamente ardua el verse obligado a abandonar la idea de lucirse; idea, no por vaga menos importante, y no menos deliciosa por verse forzada a luchar en el mismo pecho en el que ardía la llama de la autocrítica. Sus amigos le juzgaban ahora más alegre y atribuían tal hecho a una teoría que aprobaban con los movimientos de cabeza del que conoce: a saber, que iba a recobrar la salud. Pero lo cierto era que su serenidad no era más que el adorno proporcionado por unas flores silvestres en las ruinas de sí mismo.

Con todo ello, era muy probable que la sabrosa cualidad de la cosa observada fuese lo que principalmente suscitara el interés de Ralph por la llegada de una joven que a todas luces no tenía nada de insípida. Si él se hallaba en disposición favorable, algo le decía que tenía ya ocupación agradable para una infinidad de días. A lo cual cabría añadir, en forma harto sumaria, que la idea de amar... a diferencia de la de ser amado... seguía ocupando un sitio preferente en el reducido boceto de su vida. Lo único que él se había prohibido deliberadamente era el desbordamiento de la expresión. De todos modos, ni él había de querer inspirar una pasión a su prima, ni ella habría podido, aun cuando lo hubiese deseado, ayudarle a sentirla.

Así pues, Ralph dijo a su madre:

-Bueno. Y ahora, dime algo de la jovencita. ¿Qué piensas hacer con ella?

La señora Touchett, que estaba ya lista para semejante pregunta, respondió:

-Pienso pedirle a tu padre que la invite a pasar tres o cuatro semanas en Gardencourt.

-No tienes por qué esperar a que tenga lugar esa ceremonia -dijo Ralph-. Estoy seguro de que mi padre la invitará como la cosa más natural del mundo.

-No sé nada de ello. Por lo pronto, es sobrina mía, no suya.

-¡Por Dios, mamá! ¡Qué terrible sentido de la propiedad! Es una razón de más peso todavía para tratar de invitarla. Pero después de eso... quiero decir, después de los tres meses, pues sería absurdo pedirle a la joven que se quedara solamente tres raquíticas semanas... después de eso, ¿qué piensas hacer con ella?

-Pienso llevármela a París... para vestirla.

-Ah, claro; eso, por lo pronto. Pero, aparte de eso, ¿qué?

-La invitaré a que vaya a pasar conmigo el otoño a Florencia.

-Ya veo que no te extiendes en detalles, mamá. Lo que quisiera saber es qué vas a hacer con ella, en general.

-Lo que deba -declaró la señora Touchett. Y añadió-: Ya me figuro que le tienes lástima.

-Nada de eso -contestó el hijo-. No es de las que mueven a compasión. Más bien creo que la envidio. Sin embargo, antes de estar seguro, dime qué es lo que consideras tu deber para con ella.

-Le mostraré cuatro países de Europa... y la dejaré que escoja dos de ellos... procurándole la oportunidad de perfeccionarse en el francés, que ya conoce bien.

Ralph frunció un tanto el entrecejo y dijo:

-Parecen unos planes un tanto áridos y algo aburridos, aun a pesar de que le permitas escoger dos países de su gusto.

La madre se echó a reír y dijo:

-Pues, si parecen áridos no tienes más que dejar que Isabel se encargue de remediarlo. Ella se basta y se sobra porque es como la lluvia en pleno verano.

-¿Quieres decir que es un ser extraordinario?

-No sé si es o no un ser extraordinario; sé que es una muchacha muy inteligente, de una fuerte voluntad y de un gran temperamento. Y no sabe qué es el aburrimiento.

-Ya me lo imagino -dijo Ralph. Y añadió bruscamente-: ¿Cómo os lleváis las dos?

-¿Quieres decir con eso que soy una pesada? No creo que ella piense tal cosa. Ya sé que algunas muchachas lo creen, pero Isabel es demasiado inteligente para ello. Por el contrario, me parece que la entretengo mucho. Nos llevamos perfectamente porque creo comprenderla, porque sé qué clase de muchacha es. Isabel es una muchacha franca, yo también soy franca, y las dos sabemos perfectamente lo que cada una puede esperar de la otra.

-Mi querida mamá -exclamó Ralph-, uno sabe siempre lo que puede esperar de ti. A mí no me has sorprendido más que una voz, y ha sido precisamente hoy, haciéndome el regalo de una preciosa prima cuya existencia ignoraba por completo.

-¿Tan guapa te parece?

-Muy guapa, sin duda, pero no hay por qué insistir en tal cualidad. Lo que más me llama la atención en ella es que parece tener verdadera personalidad. ¿Quién es y qué es esa criatura tan rara? ¿Dónde la encontraste y cómo tuviste la suerte de conocerla?

-La encontré en una vieja casa de Albany, sentada en un cuarto triste en un día de lluvia, leyendo un librote enorme y aburriéndose mortalmente. Ella no se daba cuenta de que se aburría, pero, cuando la dejé, no me cupo la menor duda de que me quedaba muy agradecida por el favor que le había hecho... Ya me figuro que me dirás que no debía espabilarla... que debí dejarla en paz. Tal vez eso sea razonable, pero yo actué con plena conciencia de lo que hacía, porque se me antojó que ella estaba destinada a algo mucho mejor. Y entonces pensé que sería una buena obra por mi parte llevármela a viajar y hacerle conocer el mundo. Ella piensa que conoce mucho de él, pero le pasa lo que a la mayoría de las muchachas norteamericanas, que está ridículamente engañada. Si quieres saberlo, pensé que llegaría a

sentirme orgullosa de ella. Yo deseo que piensen bien de mí, y para una mujer de mi edad no hay en cierto modo nada tan conveniente como una sobrina interesante y bonita. Ya sabes que durante muchos años no quise saber nada de los hijos de mi hermana, pues no estaba en absoluto de acuerdo con la conducta del padre. Pero siempre tuve el propósito de hacer algo por ellos el día en que él recibiese su merecido. Así pues, antes me enteré del lugar donde podría hallarlos y, sin más preámbulos, fui y me presenté yo sola. Hay dos hijas más, las dos casadas, pero no pude ver más que a la mayor, cuyo marido es por lo demás un hombre bastante mal educado. Su esposa, que se llama Lily, se entusiasmó con mi idea de encargarme de Isabel y dijo que eso era precisamente lo que su hermana precisaba..., que alguien se interesase por ella. Habló de Isabel como si se refiriera a una joven muy dotada, pero falta de ayuda y de aliento. Es posible que Isabel sea un genio, pero en tal caso no he llegado a saber todavía en qué sentido lo es. La señora Ludlow estaba verdaderamente entusiasmada con mi proyecto de traerla a Europa, pues allí todos consideran Europa una tierra donde emigrar, una especie de refugio para su exceso de población. Isabel pareció también entusiasmada con la idea de venir, de manera que la cosa no ofreció la menor dificultad y todo se pudo arreglar de la forma más fácil del mundo. Sólo había una pequeña dificultad, y era lo relativo al dinero, pues Isabel parecía no querer estar sometida a dependencia pecuniaria alguna, aunque posee una pequeña renta y se figura que viaja a sus propias expensas.

Ralph había prestado atención a tan sensata información, que no hizo que disminuyera su interés. Luego dijo:

-¡Ah!, pues, si es un genio, no hay duda de que averiguaremos en qué sentido lo es. ¿No lo será tal vez para el flirteo?

-No me lo parece. Al principio es posible sospechar tal cosa, pero sería un error. Te aseguro que así como así no podrás llegar a conocerla.

-Pues, entonces -exclamó Ralph con regocijo-, Warburton se equivoca lamentablemente, porque se vanagloria de haber hecho tal descubrimiento.

La madre, moviendo la cabeza, respondió:

-Lord Warburton no podrá comprenderla, y no tiene por qué intentarlo.

-Es un hombre muy inteligente, pero no le vendrá mal tener de vez en cuando algo de qué atormentarse y preocuparse.

-A Isabel le encantará poder intranquilizar a todo un lord -dijo la señora Touchett.

Y el hijo, frunciendo el ceño, replicó:

-Pero ¿qué sabe ella de lords ni cosas por el estilo?

-Absolutamente nada. Eso es precisamente lo que más le perturbará a él.

Acogió Ralph tales palabras con una sonora carcajada y luego miró hacía el exterior por la ventana.

-¿No bajas a ver a mi padre? -preguntó.

-A las ocho menos cuarto -respondió la señora Touchett. Ralph consultó su reloj e insinuó:

-Aún te queda un cuarto de hora. Bueno, dime algo más sobre Isabel. -Pero como la señora Touchett se negó a complacerle, diciéndole que debía averiguarlo por sí mismo, él prosiguió-: No hay duda de que te da prestigio, pero ¿no temes que te dé también algún quebradero de cabeza?

-Espero que no, pero, si lo hiciera, no creas que voy a tratar de zafarme. No lo he hecho nunca, ni lo haría ahora.

-A mí me parece una muchacha muy natural en todo -replicó su hijo.

-Pues la gente natural no es la que da más quebraderos de cabeza.

-Cierto -dijo Ralph-; tú eres una prueba de ello. Tú eres extraordinariamente natural y estoy seguro de que nunca le has ocasionado a nadie la menor molestia. Causar molestias da trabajo. Pero dime, se me acaba de ocurrir: ¿Isabel es capaz de hacerse antipática?

-¡Ah! Eso es demasiado preguntar -contestó su madre-. Averígualo tú mismo.

Pero Ralph no había acabado con el repertorio de preguntas, así que dijo:

-Desde que estamos conversando no se te ha ocurrido decirme qué piensas hacer con ella.

-¿Qué pienso hacer con ella? Hablas como si se tratase de una vara de percal. Yo no pienso hacer absolutamente nada, y ella hará lo que mejor le parezca. Así me lo ha hecho saber.

-Entonces, ¿qué querías decir en tu telegrama con aquello de que era de carácter independiente?

-Yo no sé nunca lo que quiero decir en mis telegramas... sobre todo en los que envío desde América. La claridad resulta demasiado cara. Bueno, vamos a ver a tu padre.

-No son todavía las ocho menos cuarto -dijo Ralph.

-Pero debo aliviar su impaciencia -contestó la señora Touchett.

Ralph sabía perfectamente a qué atenerse con respecto a la impaciencia de su señor padre, pero no quiso replicar y se limitó a ofrecerle el brazo a su madre para bajar.

Esto le permitió detenerse un momento con ella en el rellano de la escalera... de aquella suntuosa escalera ancha y corta, de macizas barandillas de roble ennegrecidas por el tiempo y que era una de las características mías sobresalientes de la mansión de Gardencourt. Allí, Ralph dijo sonriendo:

-¿No se te ha ocurrido la idea de casarla?

-¿Casarla? Por nada del mundo quisiera hacerle esa mala jugada. Por lo demás, ella puede perfectamente casarse, si ése es su gusto. Para ello tiene cuantas facilidades pueda apetecer.

-¿Quieres decir que ya tiene marido en perspectiva?

-Por lo que a marido hace, no sé; pero parece que un joven de Boston...

Sin embargo, Ralph no deseaba oír hablar del joven de Boston, de modo que comentó:

-Bien dice mi padre que todas están siempre comprometidas.

Su madre le había insinuado que, para satisfacer su curiosidad, debía beber en la propia fuente, y pronto se hizo evidente que no le faltarían ocasiones de hacerlo. Así, cuando él y la joven se quedaron solos en el salón, tuvo con ella una larga e interesante charla. Antes de la comida, lord Warburton, que había hecho un viaje de unas diez millas a caballo desde su propia mansión, montó de nuevo en la silla y se marchó a trote largo; y, una hora después de terminada la comida, el señor y la señora Touchett, que parecían haber agotado todo tema de conversación, se retiraron, con el pretexto del cansancio, a sus respectivas habitaciones. En cambio, el joven se quedó todavía una hora más hablando con su prima, la que, a pesar de haber estado medio día viajando, no daba señales de agotamiento. Cierto que estaba cansada; bien lo sentía ella, como igualmente sentía que al día siguiente lo habría de pagar con creces, pero en esa época había adquirido la costumbre de soportar la fatiga hasta extremos insospechados y de no confesarlo hasta que ya no le era materialmente posible disimularlo. De momento era posible proceder con exquisita hipocresía, pues estaba profundamente interesada en la conversación y, como se decía a sí misma, se sentía como suspendida, flotando en el aire. Rogó a Ralph que le mostrase los cuadros, tan abundantes en la casa y muchos de los cuales habían sido seleccionados por él mismo. Los mejores de la colección estaban colgados en una galería de madera de roble, de nobles proporciones, que por lo general estaba alumbrada por la noche y en cuyos dos extremos había dos saloncitos de estar. La luz era demasiado escasa para hacer honor a los cuadros y la visita podría haberse aplazado hasta el día siguiente, y así se atrevió a sugerirlo Ralph; pero Isabel pareció contrariada y decepcionada y, con la mejor de sus sonrisas, dijo:

-Si no tiene inconveniente, me gustaría echarles aunque sólo sea un vistazo.

Estaba ansiosa por verlos, sabía que lo estaba y parecía estarlo, pero no le era posible evitarlo. Ralph dijo para sí: «Por lo visto no atiende a las insinuaciones que se le hacen». Lo pensó sin irritación, más bien complacido e interesado por la insistencia de la muchacha. De trecho en trecho, sobresalían de las paredes unas ménsulas que sostenían las lámparas, y si la iluminación era imperfecta, su resultado era pasmoso. La luz daba en las superficies indistintas de ricos colores y en los ya desvanecidos dorados de los gruesos marcos de talla, y hacía brillar el encerado piso de la galería. Ralph tomó un candelabro y empezó a mostrarle a Isabel las cosas que eran más de su gusto. Ella fue mirando con la mayor atención las pinturas una tras otra, subrayando su opinión con pequeñas exclamaciones y murmullos. Se hacía evidente que era juez competente en la materia y que tenía un gusto verdaderamente refinado, cosa que a Ralph le impresionó. Tomó ella otro candelabro y lo acercó a este y a otro cuadro detenidamente, levantándolo hacia la parte alta de tal o cual pintura... y, mientras lo hacía, él se dio cuenta de que estaba plantado en medio de la sala, mirando también con profunda atención, pero no a los cuadros sino a ella. A decir verdad, no perdió nada con semejante contemplación, pues ella era mucho más digna de admiración que la mayor parte de aquellas obras de arte. Era indiscutiblemente delgada, probablemente liviana y evidentemente alta. Cuando quienes las conocían intentaban distinguir a Isabel de sus otras dos hermanas, la llamaban la esbelta. En las demás mujeres había llegado a suscitar enconada envidia su cabellera, tan oscura que era casi negra; y sus claros ojos grises, quizá demasiado firmes en los momentos más graves, tenían una suave mirada condescendiente. Primo y prima fueron paseando de un extremo a otro de la galería hasta que, al cabo de un rato, ella dijo:

-Bueno, ya sé más de lo que sabía cuando empezamos.

-Por lo visto, el saber te apasiona -dijo su primo.

-Así lo creo. La mayoría de las muchachas son terriblemente ignorantes.

-Pero tú eres distinta de la mayoría.

-Y muchas de ellas también lo serían... aunque tal como se les suele hablar... -murmuró Isabel, que prefería no concentrarse en misma. Y, para cambiar de conversación, añadió-: Dime, ¿no hay aquí fantasmas?

-¿Fantasmas?

-Sí, algo así como un espectro del castillo, algo que se aparece. En América les llamamos duendes.

-Y aquí también, cuando los vemos.

-Entonces, ¿los veis? No hay duda de que habéis de verlos en esta vieja casa tan romántica.

-No tiene nada de romántica -dijo Ralph-. Si así lo crees, te vas a llevar un gran desengaño. Es una casa tristemente prosaica. Aquí no hay más romanticismo que el que puedas haber traído contigo.

-Indudablemente he traído mucho, pero creo que lo he traído al sitio más conveniente.

-Más conveniente para que no corra ningún peligro, no hay duda. Nada malo podrá aquí ocurrirle por parte de mi padre o por la mía. Después de mirarle un momento, Isabel le preguntó:

-¿Siempre estáis solos aquí tu padre y tú?

-Naturalmente, está también mi madre.

-¡Ah! Tu madre, la conozco perfectamente. No es nada romántica. ¿No hay nadie más?

-Unas pocas personas.

-Pues lo siento, porque me gusta mucho ver gente.

-Entonces invitaremos a toda la del condado para que te entretengan -dijo Ralph.

-Te estás burlando de mí -contestó ella con aire algo grave-. ¿Quién es el caballero que estaba con vosotros cuando yo llegué?

-Un vecino del condado. No viene mucho por aquí.

-Lo siento, porque me resultó simpático -dijo Isabel.

-¡Vaya! Si me pareció que apenas le dirigiste la palabra -observó Ralph.

-Eso no importa, me gustó de todos modos. También me gusta mucho tu padre.

-Es lo mejor que podría ocurrirte, porque es el hombre más amable del mundo.

-Me apena mucho que esté enfermo -dijo Isabel.

-Podrás ayudarme a cuidarle; debes de ser buena enfermera.

-No lo creo; me han dicho que no lo soy. Dicen que tengo demasiadas teorías. Pero, ahora que caigo, todavía no me has dicho nada del fantasma.

Ralph no hizo caso de tal insinuación y comentó:

-Si te gustan mi padre y lord Warburton, tengo por seguro que también te gusta mi madre.

-Así es; tu madre me gusta mucho porque... porque... -Isabel trató de definir con claridad la razón del afecto que sentía por la señora Touchett.

-¡Bah! Nunca sabemos por qué nos gusta alguien -dijo él riendo. Pero ella contestó:

-Yo siempre sé por qué. Es porque ella no espera gustar a los demás. No le importa gustar o no gustar.

-Entonces, ¿tú la adoras, por pura travesura? Si es así, me alegro, porque yo me parezco mucho a ella. -No lo creo, en absoluto. A ti te gusta agradar a los demás y haces lo necesario para lograrlo.

-¡Santo Dios! Qué bien calas a las personas -exclamó Ralph con una consternación que no. era fingida.

-Pero me resultas igualmente simpático. La mejor manera de confirmarme en ello será mostrarme el fantasma.

Ralph movió la cabeza con escepticismo.

-Aunque te lo mostrase, no podrías verlo. No todos tienen ese privilegio, cosa por lo demás nada envidiable. Jamás lo vio una persona joven, inocente y feliz como tú. Uno tiene que haber sufrido antes, haber sufrido profundamente, y de tal suerte haber adquirido un triste conocimiento. Así es como los ojos de uno pueden
abrirse a la visión del fantasma. Yo lo vi hace mucho tiempo.

-Ya te he dicho que me muero por adquirir conocimientos -dijo Isabel.

-Sí, me doy cuenta, por conocer cosas agradables. Pero tú no has sufrido y tampoco estás hecha para el sufrimiento. Así, confío en que nunca llegarás a ver al duende.

Había estado ella escuchándolo atentamente con una dulce sonrisa en sus labios, pero con mirada grave y reflexiva. Aunque a él le había parecido encantadora, también le dio la impresión de ser algo presuntuosa, en lo cual residía precisamente parte de su encanto. Esperó la contestación de la muchacha.

-Ya sabes que no tengo miedo -dijo ella. Y a Ralph esa frase se le antojó harto presuntuosa.

-¿De sufrir? ¿No tienes miedo de sufrir?

-De sufrir, sí; pero no de los fantasmas. Opino que la gente sufre con demasiada facilidad.

-No creo que pienses eso -dijo Ralph mirándola fijamente, con las manos en los bolsillos.

-No creo que eso sea un defecto -respondió ella-. No es absolutamente necesario sufrir. No estamos hechos para eso.

-Tú seguramente no.

-No hablo de mí misma -dijo ella y se alejó unos pasos.

-De acuerdo, no es un defecto -replicó el primo-. Ser fuerte es un gran mérito.

-Pero si una no sufre, la gente la califica de dura.

A través del saloncito, por donde habían pasado al dejar la galería, llegaron al vestíbulo y se detuvieron allí al pie de la escalera. Ralph, tomando un candelabro de un nicho, se lo ofreció a su prima, diciéndole al mismo tiempo:

-No te impone lo que puedan decir de ti, porque cuando uno sufre, le llaman idiota. Lo que importa es ser lo más dichoso posible.

Le miró ella un momento, al punto que ponía el pie en el primer peldaño de roble, y dijo:

-A eso es precisamente a lo que he venido a Europa, a ser lo más dichosa posible. Buenas noches.

-Buenas noches. Te deseo un gran éxito en tu empeño y será para mí una gran satisfacción contribuir a ello cuanto pueda.

Le volvió ella la espalda y él la contempló mientras subía poco a poco los bruñidos escalones. Y, metiéndose de nuevo las manos en los bolsillos, regresó al vacío y semioscuro saloncito próximo a la galería.

6

Isabel Archer era una muchacha de imaginación sumamente viva, que profesaba múltiples teorías. Por suerte, poseía una inteligencia muy superior a la de la mayoría de la gente entre la que le cupo nacer, percibía con mayor amplitud la naturaleza de los hechos y realidades que la circundaban y, sobre todo, sentía una mayor preocupación por adquirir conocimientos de las cosas poco corrientes. De tal modo, que sus contemporáneos la consideraban una joven de gran profundidad, pues esas nobles gentes nunca escatimaban su admiración por la riqueza intelectual que ellos nunca cultivaban, y hablaban de Isabel como si fuera un prodigio de cultura, que además había leído a los clásicos... traducidos.

Su tía paterna, la señora Varian, hizo correr un día la voz de que su sobrina estaba escribiendo un libro... pues ella, que sentía una gran veneración por los libros, estaba convencida de que la muchacha llegaría a distinguirse notablemente como escritora. La señora Varian tenía un alto concepto de la literatura, a la que apreciaba con la estimación que acompaña a un sentimiento de privación. Su gran casa, notable por su conjunto de mesas de mosaico y techos decorados, carecía de biblioteca, y en calidad de volúmenes impresos no contenía nada más que media docena de novelas en rústica en la habitación de una de las señoritas Varian. En realidad, la relación de la señora Varian con la literatura se reducía a su lectura del The New York Interviewer, pues, como ella decía, y no sin razón, una vez que se ha leído el Interviewer se ha perdido la fe en la cultura. De tal suerte, procuraba guardar tal publicación fuera del alcance de sus hijas, pues estaba decidida a educarlas convenientemente y, así, no leían absolutamente nada. Su impresión acerca de los trabajos de Isabel no pasaba de ser pura fantasía, ya que la muchacha no había intentado jamás escribir un libro y no aspiraba en absoluto a ceñirse los laureles de gloria del autor. Ella carecía sin duda de capacidad para expresarse, y no creía ser un genio, pero pensaba que estaban en lo cierto quienes la trataban como si fuera realmente superior a ellos. Lo fuera o no, quienes la admiraban por creerla superior estaban en su perfecto derecho. Por su parte, a ella se le antojaba que su inteligencia era más rápida que la de los demás, y eso le producía una impaciencia que podía confundirse con un sentimiento de superioridad. Así pues, puede afirmarse que Isabel pecaba, seguramente, de excesiva estimación por sí misma; se complacía con frecuencia en contemplar su propia manera de ser y solía dar por sentado, a pesar de la falta de pruebas, que tenía razón, lo que la inducía a tributarse a sí misma el homenaje de la

propia admiración. No obstante, sus errores y decepciones eran de la índole de esos que todo biógrafo interesado en preservar la dignidad del sujeto biografiado debe guardarse de especificar. Sus ideas eran un embrollo de vagos sistemas que no había corregido el buen juicio de personas bien informadas. En cuestión de opiniones seguía su propio impulso, lo que la había conducido ya por mil ridículos extravíos, zigzags y vericuetos. A veces descubría ella sola que estaba grotescamente equivocada y, entonces, pasaba toda una semana dedicada a humillarse apasionadamente, después de lo cual reaparecía con la cabeza más erguida que nunca, pues... no había nada que hacer... la joven sentía un insuperable deseo de tener buena opinión de sí misma. Profesaba la teoría de que únicamente así valía la pena vivir, que una debía figurar entre las mejores, tener conciencia de una buena organización (no le era posible pensar que su organización no fuera la mejor del mundo), moverse siempre dentro de un haz luminoso de sabiduría natural, de impulso feliz, de inspiración graciosamente perenne. Le parecía casi tan innecesario e inexcusable dudar de sí misma como dudar del mejor de los amigos, pues cada uno debería tratar de ser su propio amigo y, de tal suerte, proporcionarse a sí mismo la mejor compañía.

Sin duda alguna, la muchacha poseía cierta nobleza de imaginación que le otorgaba no pocos favores, pero que también le jugaba no pocas malas pasadas. La mitad del tiempo lo pasaba pensando en la belleza, el valor y la magnanimidad, y estaba resuelta a contemplar el mundo como un lugar de brillantez, de libre expansión, de acción irresistible, concluyendo por consiguiente que nada había tan detestable como el sentir miedo o vergüenza. Tenía una confianza ilimitada en que nunca haría nada que estuviera mal hecho. Cuando alguna vez había descubierto sus propios sentimientos equivocados (descubrimiento que la hacía temblar como si hubiese logrado zafarse de una trampa donde habría podido quedar atrapada y ahogada) se había enojado tanto que la simple posibilidad de causar semejante dolor a otra persona, aunque sólo fuera accidentalmente, la hacía quedarse sin aliento, porque eso se le antojó siempre lo peor que pudiera acontecerle. En conjunto, cuando reflexionaba detenidamente, no experimentaba titubeo ni incertidumbre alguna acerca de lo que estaba mal. No le gustaba la apariencia de las cosas que no estaban bien y, cuando las miraba con atención, las reconocía en el acto. Le parecía mal ser mezquino, celoso, falso, cruel. No había visto gran cosa de las maldades del mundo, pero si algunas mujeres que mentían y trataban de hacerse daño recíprocamente. Y el verlo irritaba de tal modo a su espíritu elevado, que le parecía indecoroso no denigrarlas. Por supuesto, el peligro que acecha al espíritu elevado, es el de ser incongruente... de seguir con la bandera izada, sin querer arriarla ni aun después de haberse rendido la plaza, un proceder tan avieso que casi resultaba un deshonor para la misma bandera. Mas Isabel, poco familiarizada con la clase de artillería a que suelen estar expuestas las jóvenes, se vanagloriaba haciéndose la ilusión de que nunca tales contradicciones estarían presentes en su conducta. Su vida iba a estar siempre en armonía con las impresiones más gratas que ella produciría; ella sería lo que aparentaba y aparentaría lo que era. A veces llegaba hasta el extremo de desear encontrarse algún día en una situación difícil a fin de poder estar a la altura de las circunstancias mostrándose tan heroica como lo exigiera la ocasión. De tal suerte, habida cuenta de su escasa sabiduría, sus exaltados ideales, su confianza a un tiempo inocente y dogmática, su mezcla de curiosidad y exigencia, de indiferencia y vivacidad, su anhelo de parecer estimable y de ser mejor aún si cabía, su decisión de ver, de probar, de conocerlo todo, su combinación de espíritu delicado, vivo y poco metódico y de criatura vehemente y de condición elevada, Isabel podría ser víctima de una crítica científica por parte del lector, si no fuera destinada a suscitar en él un impulso más condescendiente, más expectante y benévolo.

Una de las teorías predilectas de Isabel Archer era la de que tenía suerte al ser independiente, y que debía hacer un uso inteligente de ese estado, al cual no llamó jamás estado de soledad ni mucho menos de aislamiento ya que tales descripciones se le antojaban

poco convincentes y podían ser remediadas con sólo hacerle caso a su hermana Lily, quien le suplicaba de continuo que fuese a verla y a vivir con ella. Tenía Isabel una amiga a la que había conocido poco antes de la muerte de su propio padre y a la que consideraba siempre un verdadero modelo por el ejemplo de actividad útil que con su vida ofrecía. Henrietta Stackpole, que así se llamaba la amiga, gozaba de la ventaja de poseer una habilidad definida. Se había lanzado de lleno al periodismo, y sus crónicas al Interviewer desde Washington, desde Newport, desde las White Mountains y otros lugares le dieron un prestigio universal. Calificaba Isabel tales crónicas de «efimeras», lo cual no obstaba para que experimentase la más alta estimación por el valor, la energía y el buen humor de aquella escritora que, sin influencias, medios de fortuna ni parientes, había adoptado a tres hijos de su hermana enferma y viuda, y con el producto de sus trabajos literarios les pagaba la educación en los colegios a que asistían. Henrietta se hallaba de lleno en la vía del progreso y tenía opiniones tajantes acerca de la mayor parte de los asuntos. Desde hacía tiempo albergaba el gran anhelo de poder embarcarse para Europa y enviar una serie de crónicas al Interviewer desde un punto de vista avanzado... empeño tanto más fácil para ella cuanto que conocía perfectamente de antemano cuáles serían sus opiniones y las innumerables críticas que suscitaban la mayor parte de las instituciones europeas. De modo que, al enterarse de que Isabel partía para Europa, ella quiso zarpar también para el Viejo Mundo, pensando que sería una verdadera delicia el poder hacer juntas el viaje; pero hubo de postergar la realización de su proyecto. La escritora consideraba a Isabel un ser extraordinario y había hablado encubiertamente de ella en algunas de sus crónicas, aunque había tenido siempre buen cuidado de no decírselo a su amiga, a quien no le habría agradado y que no era lectora asidua del Interviewer. Para Isabel, Henrietta era la prueba fehaciente de que una mujer podía bastarse a sí misma y ser completamente feliz. Sus recursos eran corrientes, pero, como la misma Henrietta solía decir, aunque una no tuviera talento periodístico ni el genio de adivinar lo que el público iba a desear, no por eso debía conformarse, creer que carecía de vocación y de aptitudes provechosas, y resignarse a ser frívola y vacía. Por su parte, Isabel estaba. firmemente decidida a no ser vacía ni frívola. Todo era cuestión de esperar, con la seguridad de que, si una sabía hacerlo con la paciencia conveniente, acabaría por hallar al alcance de la mano la tarea satisfactoria. Ni qué decir tiene que, entre las varias teorías de la joven, figuraba una " surtida colección de ideas sobre el tema del matrimonio. La primera era su convencimiento de la vulgaridad que entrañaba el pensar demasiado en ello. Anhelaba con fervor el verse liberada de pensar con vehemencia en tal cosa, y sostenía que una mujer debe poder vivir por sí y para sí, libre de toda insustancialidad, y que era del todo posible ser feliz sin la obligada compañía de una persona del otro sexo, de mentalidad más o menos tosca. Tales aspiraciones se realizaron totalmente. Había en ella algo realmente puro y orgulloso... -algo que un desdeñado . pretendiente con proclividades analíticas habría calificado de seco y duro...- que hasta ahora la había mantenido ; desinteresada de cualquier vana conjetura sobre el tema de los posibles maridos. De los hombres que veía, muy pocos le parecían merecedores de un gasto de tiempo, y le hacía reír el hecho de que alguno de ellos se presentase a sí mismo como un incentivo para la esperanza y una recompensa a la paciencia. En lo más profundo de su alma se arraigaba la creencia de que, si una luz determinada alboreaba en su vida, ella se entregaría por entero a ella. Sin embargo, tomada en conjunto, tal imagen era demasiado imponente para ser atractiva. Los pensamientos de Isabel revoloteaban en torno a esta idea, si bien no se posaban nunca por mucho tiempo en ella; y cada vez que lo hacía, acababa por producirle alarma. A menudo le parecía que se preocupaba demasiado de sí misma; y a tal extremo era así que, en cualquier momento de cualquier época del año, para verla enrojecer hasta la raíz del cabello hubiera bastado con llamarla egoísta empedernida. Pasaba la vida haciendo planes para su perfeccionamiento espiritual y observando sus progresos. Con todo y con su engreimiento, su manera de ser poseía cierta cualidad de jardín, de la que se

desprendía una sugerencia de perfume y de ramaje rumoroso, de umbrosas glorietas y perspectivas lejanas que le hacían pensar que, al fin y al cabo, la introspección venía a ser como un ejercicio al aire libre y que la visita a los lugares más recónditos del alma resultaba inofensiva si se tenía la suerte de regresar de ellos con las manos llenas de rosas. Pero con frecuencia se veía obligada a recordar que en el mundo existían otros jardines además del de su alma maravillosa, y que existían muchos otros lugares que, lejos de ser jardines, no eran sino terrenos pantanosos y pestilentes en los que crecía y se desarrollaba una tupida vegetación de miseria y fealdad. En el caudal de esa provechosa curiosidad en que su espíritu había estado flotando y que la había llevado hasta la hermosa y vieja Inglaterra y pudiera tal vez conducirla mucho más allá, le ocurría con frecuencia contener el paladeo de su felicidad pensando en los miles de personas que eran menos dichosas que ella... una idea que de pronto hacía que su madura introspección pareciera inmodesta. Así, ¿qué podría una hacer para paliar las desgracias del mundo cuando estaba absorbida por el proyecto de lograr lo agradable para sí misma? Sin embargo, hay que rendir culto a la verdad confesando que semejante preocupación nunca la embargó en demasía ni durante mucho tiempo. Era todavía demasiado joven, experimentaba un ansia incontenible de vivir y desconocía casi por completo el dolor. Y se aferraba cada vez más a su teoría de que una joven, a la que todos sin excepción consideraban inteligente, debía comenzar por adquirir una impresión general de la vida. Semejante impresión le parecía necesaria a fin de evitar errores y, una vez lograda, podría dedicar especial atención a considerar la triste condición de los demás.

Inglaterra fue una verdadera revelación para ella, y, al verse allí, se dio cuenta de que estaba tan entretenida como un chico ante una pantomima. En sus infantiles excursiones a Europa no había visto sino el continente, y ello sólo a través de las ventanas de su cuarto de niña. En tales viajes, la Meca de su padre había sido siempre París y no Londres y, como es natural, las niñas no habían tenido acceso a lo que a él le interesaba en la capital francesa. Además, las imágenes que le quedaban de semejante época se habían hecho débiles y remotas, y así esa extraña cualidad de Viejo Mundo que impregnaba todo cuanto veía tenía para ella el encanto de algo desconocido y misterioso. La casa de su tío le parecía una pintura hecha realidad. No se le escapaba refinamiento alguno de cuanto era agradable; de modo que aquella rica perfección de la mansión de Gardencourt no sólo le revelaba todo un mundo ignorado sino que venía a satisfacerle una verdadera necesidad. Las amplias habitaciones de techos oscuros y rincones sombríos, los gruesos alféizares y curiosos marcos de las ventanas, la suave penumbra, los zócalos brillantes, la verde vegetación del jardín, que parecía asomarse al interior, el orden riguroso de lo puramente privado en medio de la «propiedad» -lugar en que todo sonido venía a ser como un feliz accidente, donde hasta la pisada más leve parecía amortiguada por la tierra misma, y cuyo aire suave eliminaba toda fricción y estridencia en la conversación-, todo ello era muy del gusto de la joven, y nada ejercía tanta influencia sobre sus emociones como su gusto. Así, nada de extraño tiene que se hiciera gran amiga de su tío y fuera a sentarse en compañía de él cuando le llevaban su sillón al césped. Allí se pasaba él las horas muertas al aire libre, sentado y con las manos cruzadas como un amable y buen dios doméstico, un dios servicial que hubiese realizado su tarea, recibido su remuneración y quisiera tan sólo ir consumiendo semanas y meses hechos de días festivos. Isabel le entretenía mucho más de lo que ella se figuraba... pues el efecto que solía producir en la gente era casi siempre muy distinto del que suponía... y a menudo se daba él el gustoso placer de hacerla charlar. Con ese vocablo solía él calificar la conversación de su sobrina, conversación que tenía la misma cualidad incisiva de la de las jóvenes norteamericanas, a las que suele hacérseles más caso que a sus hermanas de los otros países. Con Isabel se había hecho lo mismo que con la mayoría de las muchachas en Norteamérica, alentarla a expresar su pensamiento; se habían tomado en consideración sus observaciones, se había esperado de ella que experimentase emociones y tuviera opiniones propias. No hay duda de que muchas

de sus opiniones carecían de verdadero valor, de que muchas de sus emociones se diluían al exteriorizarlas, pero, aun así, habían influido en ella acostumbrándola, por lo menos, a aparentar que sentía y pensaba, habían dotado a sus palabras, cuando algo la conmovía, de esa presteza y vivacidad que muchos habían considerado señal indiscutible de superioridad. El señor Touchett pensaba a veces que le recordaba a su esposa cuando frisaba en los veinte años, pues precisamente fue por ser ella fresca y natural, de rápida comprensión y de palabra fácil -cualidades que en su sobrina se acusaban igualmente- por lo que en aquel entonces se enamoró él de la señora Touchett. Sin embargo, jamás se aventuró a comunicarle a la joven tal analogía, ya que, si la señora Touchett tuvo una época en que se pareció a su sobrina, Isabel no se parecía en nada a la señora Touchett.

El anciano era todo bondad con la joven. Como el declaraba, hacía ya mucho tiempo que no se había sentido en la casa el aleteo de una vida joven; y, de tal modo, nuestra heroína, siempre activa y bulliciosa, de bien timbrada voz, le resultaba tan grata a sus sentidos como el murmullo del agua que corre. Estaba deseoso de hacer algo por ella y quería que ella se lo pidiera, pero ella no pedía nada y se limitaba a hacer preguntas, si bien en cantidad considerable. Su tío tenía siempre respuestas para todo, aunque, a decir verdad, algunas veces la insistencia de Isabel le desconcertaba. Ella no se cansaba de preguntarle acerca de Inglaterra, de la Constitución inglesa, del carácter británico, de la situación política, de las maneras y costumbres de la familia real, de las particularidades de la aristocracia, del modo de vivir y pensar de sus vecinos; y, al solicitar que la informase acerca de tales cuestiones, inquiría si los datos que le proporcionaba coincidían con lo descrito en los libros. Antes de responderle, el anciano la miraba siempre con su fina sonrisa, al tiempo que extendía sobre sus piernas la suave manta de la que nunca se separaba.

-¿Los libros? -dijo en cierta ocasión-. La verdad, yo sé poco de libros, para eso tienes que preguntarle a Ralph. Yo me he guiado siempre por mí mismo.., me he procurado mis datos en la forma natural. No hago nunca demasiadas preguntas; callo y escucho. Desde luego, he tenido buenas oportunidades... mejores que las que pueda tener una joven, naturalmente. Aunque no te darías cuenta de ello por mucho que llegaras a observarme, tengo un temperamento sumamente curioso e inquisitivo. Y, por mucho que me observes, mucho más te observaré yo a ti. Durante más de treinta años he estado observando a la gente y no tengo reparo en asegurar que he adquirido acerca de ella un conocimiento insuperable. En conjunto, éste es un país verdaderamente admirable, acaso mucho más de lo que solemos considerarlo en el otro lado. Claro que es susceptible de muchas mejoras que me agradaría ver adoptadas, pero aquí no parece considerarlas necesarias. Sin embargo, cuando hay alguna necesidad que todos sienten, se las arreglan para satisfacerla, pero lo cierto es que hasta que lo logran, parece que la espera les resulta cómoda. Por mi parte, he de confesar que me siento mucho más a gusto entre ellos de lo que al principio me figuré. Tal vez se deba esto a que he tenido bastante éxito en mis negocios, pues, cuando se tiene éxito uno se siente más a gusto y como en su propio país.

-¿Cree usted que, si yo tuviera también éxito, me sentiría como en mi país? -preguntó Isabel.

-Lo creo muy probable, y, por lo demás, estoy seguro de que tendrás éxito. Aquí gustan mucho las jóvenes americanas, se muestran muy amables con ellas. Pero no te sientas demasiado como en casa, no lo olvides.

-¡Oh! No estoy muy segura de que ello pueda satisfacerme -recalcó Isabel con sensatez-. Me gusta mucho el país, pero no estoy segura de que la gente me llegue a gustar.

-Aquí la gente es buena, sobre todo si le gustas.

-No dudo de que lo sea -replicó Isabel-, pero, ¿saben ser agradables en sociedad? Ya sé de sobra que no me van a robar ni a pegar, pero ¿se mostrarán agradables? Esto es lo que

me gusta que la gente haga, y no dudo en decirlo porque sé apreciarlo siempre. No creo que sean aquí muy amables con las muchachas, por lo menos en las novelas no lo son.

-No entiendo absolutamente nada de novelas -dijo el señor Touchett-. Creo que están escritas con gran habilidad, pero me figuro que no son del todo exactas. Una vez estuvo pasando una temporada con nosotros una señora que escribía novelas. Era amiga de Ralph y él la invitó a venir. Era una mujer muy positiva en todo y para todo, pero no podía uno fiarse de ella en lo tocante a reflejar la realidad. Me imagino que tenía demasiada imaginación. Poco después publicó una obra en la que pretendía haber hecho el retrato -más bien caricatura, podría decirse- de mi pobre persona. Yo no lo leí, pero Ralph me entregó el libro con los pasajes más importantes subrayados por él. Éstos constituían un intento de reflejar mi conversación, y todo eran cosas americanas, acento nasal, ideas yanquis, estrellas y barras. Te aseguro que no era nada exacto; por lo visto no se había molestado en escucharme bien. Yo no tenía nada que oponer a que ella describiese mi conversación, si ése era su gusto, pero no podía agradarme que no se hubiese molestado siquiera en escucharla. Que hablo como un americano, es indudable; naturalmente, no puedo hablar como un hotentote. De todas maneras, cuando hablo, me hago entender perfectamente por todo el mundo. Pero yo no hablo como el caballero anciano de la novela de esa escritora, el cual ni pasa por americano ni lo querríamos allá a ningún precio. Traigo este hecho a colación para que veas lo poco fidedignos que son esos libros. Por lo demás, como yo no tengo hijas y mi mujer vive en Florencia, no he tenido muchas ocasiones de fijarme en las muchachas. Parece ser que a veces a las chicas de la clase baja no se las trataba muy bien, pero creo que en la clase alta ya se las trata mejor, y lo mismo, en cierto modo, en la clase media.

-¡Qué gracioso! -exclamó Isabel-. ¿Cuántas clases hay aquí? Me figuro que lo menos cincuenta.

-Bueno, creo que no las he contado, porque nunca me preocupé gran cosa de las clases sociales. Ésta es una de las ventajas de ser americano aquí: que no se pertenece a ninguna clase.

-Por suerte -replicó Isabel-. Imagínese que una tuviera que pertenecer a una de las clases de la sociedad inglesa.

-No hay que exagerar. Te aseguro que en algunas de ellas no se está del todo mal, especialmente en las más altas. Pero, a mí manera de ver, sólo hay dos clases: la de la gente de quien me fío y la contraria. Y tú, mi querida Isabel, perteneces a la primera de las dos.

-Muchas gracias -respondió con vivacidad la muchacha. A veces adoptaba un continente severo para agradecer los cumplidos y trataba de zafarse de ellos lo más pronto posible. Sin embargo, a este respecto solía juzgársela mal, pues se la consideraba insensible a ellos cuando, en realidad, lo que hacía era ocultar lo muchísimo que le agradaban. El mostrarlo habría sido mostrar demasiado. Así, se limitó a añadir-: Estoy convencida de que los ingleses son una gente de lo más convencional.

Y el señor Touchett no pudo por menos de admitir: -Todo lo tienen fijado de antemano. Todo ha sido previsto aquí... No les gusta dejar nada para el último momento.

A lo que la muchacha respondió:

-Pues a mí me gusta lo imprevisto, no me agrada que me fijen por anticipado lo que he de hacer.

A su tío le divirtió mucho ver la claridad de las preferencias de la joven.

-Bueno, pues, por lo pronto, una cosa ha quedado establecida, y es que vas a tener aquí un gran éxito. Creo que eso te gustará.

-Pues, si son tan tontamente convencionales, no tendré el menor éxito, porque yo no tengo nada de convencional, sino todo lo contrario, y eso es lo que no les va a gustar de mí.

-No, no, te equivocas -dijo el anciano-. No se puede predecir lo que les gustará o desagradará. Son muy variables, y en eso reside su mayor interés.

-Ah, bueno -replicó Isabel que, de pie delante de su tío y con las manos apoyadas en el cinturón del vestido, miraba atentamente hacia el verde césped-. Eso me parece muy bien.

7

Tío y sobrina comentaron a menudo con agrado la manera de ser de los ingleses, como si la joven se hallara en condición de agradar al público británico; pero la verdad era que el público británico permanecía absolutamente indiferente respecto a la señorita Isabel Archer, cuyo destino, como su primo solía decir, la había hecho ir a parar a la casa más triste de toda Inglaterra. En ella su tío, enfermo de gota, recibía a muy poca gente y no era de esperar que la señora Touchett recibiese tampoco a numerosas visitas, ya que no había cultivado las relaciones con los vecinos de su esposo. Por lo demás, era muy especial en sus gustos, entre los que figuraba su gran afición a recibir tarjetas. En cambio, por lo que suele llamarse trato social mostraba una desgana insuperable, a pesar de lo cual nada le agradaba tanto como cubrir la mesa del vestíbulo de la casa con fragmentos oblongos de simbólicos cartoncitos blancos.

Se vanagloriaba de ser una mujer sumamente justa y había llegado a la irrebatible verdad de que en este mundo nada se obtiene gratis. Como no había desempeñado en la vida social su papel de señora de Gardencourt, no era de creer que la gente de las cercanías llevase la cuenta de sus idas y venidas. Lo cual no obstaba para que ella considerase que no era correcto que hicieran tan poco caso de sus movimientos y creyera que su fracaso (en realidad, harto gratuito) en convertirse en un personaje importante en la comarca no tuviera nada que ver con la dureza con que ella se refería al país de adopción de su marido. He aquí, pues, que Isabel se hallaba en la singular situación de tener que defender la Constitución inglesa en contra de su tía, que experimentaba inaudito placer en acribillar con sus venenosos comentarios tan venerable instrumento público. Isabel se sentía impulsada a mitigar aquellos ataques, no porque creyera que causaban algún daño a aquel pergamino viejo y seco, sino porque imaginaba que su tía era capaz de emplear mucho mejor la agudeza de su ingenio. Ella era también crítica, cualidad inherente tanto a su edad como a su sexo y a su nacionalidad; mas, al propio tiempo era muy sentimental, y en la terrible sequedad de la señora Touchett había algo que daba libre salida al manantial de sus principios morales.

-Vamos a ver -le preguntó un día a su tía-, ¿cuál es su punto de vista? No cabe duda de que, cuando critica algo, es porque tiene su punto de vista sobre ello. El suyo no parece ser americano... pues todo lo de allí se le antoja sumamente desagradable. Yo, cuando critico algo, es porque tengo mi punto de vista particular, y es un punto de vista netamente americano.

A ello contestó la señora Touchett:

-Mi querida sobrina, en el mundo hay tantos puntos de vista como personas de juicio susceptibles de mantenerlos. Tú podrás por ello concluir que no deben de ser muy numerosos. ¡Americano, mi punto de vista! ¡Por Dios! ¡Jamás, por nada del mundo! Entonces, sería lamentablemente estrecho. A Dios gracias, mi punto de vista es netamente personal.

Isabel pensó que ésa era una respuesta mejor de la que esperaba, pues constituía una descripción bastante aceptable de su propia manera de juzgar las cosas, aun cuando no habría estado bien que ella lo dijese claramente. En boca de una persona de menor edad y menor experiencia que la señora Touchett, es indudable que semejante declaración habría delatado una gran inmodestia, incluso una excesiva arrogancia. Sin embargo, ella se arriesgó a hacerlo

poco después al hablar con Ralph, con quien departía a menudo y para el cual la conversación con su prima era un campo abierto para toda suerte de extravagancias. Como vulgarmente se dice, su primo había tomado por costumbre burlarse de ella, a cuyos ojos adquirió inmediatamente la reputación de tomarlo todo a broma; y él no era hombre que no sacara partido a los privilegios que una reputación semejante le pudiera conferir. Le acusaba Isabel de una falta de seriedad verdaderamente odiosa y de reírse de todo y de todos, empezando por sí mismo. Esa inclinación a la irreverencia la mostraba especialmente al hablar de su progenitor, si bien no dejaba de ejercitar despiadadamente su ingenio contra el mismo hijo de su señor padre y sus débiles pulmones, contra la inutilidad de su vida, su fantástica madre, sus amigos, especialmente lord Warburton, y su encantadora prima, recientemente hallada, oriunda de su propio país y a la que con tanto gusto había él adoptado. En una ocasión Ralph le dijo: «En mi antecámara tengo constantemente una orquesta de música, contratada para tocar sin interrupción, que me hace dos grandes favores al mismo tiempo: el primero, impedir que lleguen a mi habitación los ruidos del exterior; el segundo, hacer creer a la gente que en mis habitaciones se está siempre de baile». En efecto, cuando uno se acercaba allí no dejaba de percibir el sonido de una orquestina interpretando los valses de moda, los cuales parecían flotar en el ambiente. Isabel se irritaba frecuentemente a causa de ese constante rascar de violines; le habría gustado dejar atrás la antecámara, como su primo la llamaba, y penetrar en sus aposentos privados. Ante tan vehemente deseo poco importaba que él hubiese dicho que era un lugar sombrío; ella habría entrado encantada para barrer, limpiar a fondo y poner un poco en orden las cosas que hubiera. Eso de no dejarla penetrar allí era practicar la hospitalidad a medias; y, para vengarse de ello y castigarle, Isabel solía propinar a su primo innumerables palmetazos con la férula de su vivo y juvenil ingenio. A decir verdad, lo mejor de su ingenio debía emplearlo en defenderse de los ataques de su primo, que solía divertirse llamándola «Columbia» y acusándola de un patriotismo tan ardiente que abrasaba. Ralph dibujó una caricatura de ella en que la representaba como una joven muy guapa vestida a la última moda con los colores de la bandera nacional. El temor que más acuciaba a Isabel en ese momento de su ascensión era precisamente que se la considerase estrecha de miras, e inmediatamente después, el serlo de veras. Con todo, no sentía el menor escrúpulo en dar la razón a las invectivas de su primo y hacerle ver que suspiraba por los encantos de su país de origen. De tal suerte, estaba dispuesta a ser tan americana como a él le diera la gana creerla y, si se proponía reírse de ella por eso, sabría proporcionarle sobrado material para semejante entretenimiento. Isabel defendía a Inglaterra contra los ataques de la madre de Ralph, pero cuando éste, por vapulearla como él decía, cantaba las alabanzas de este país, se las arreglaba para estar en desacuerdo con su primo en no pocos puntos. Lo cierto era que aquel país tan pequeño y maduro le parecía de una cualidad tan exquisita como la de las sabrosas peras del mes de octubre; y puede decirse que esa satisfacción tenía su origen en la misma raíz de la generosa condescendencia con que acogía las chanzas de su primo y que le daba medios para devolvérselas con creces. Y si, a veces, flaqueaba en su buen humor, no era porque se sintiese poco hábil para seguir aparentándolo, sino porque su primo le daba lástima. Le parecía, en efecto, que Ralph hablaba a ciegas y no ponía mucho entusiasmo en lo que decía. Así, le dijo una vez:

-No sé qué te ocurre, pero tengo la sospecha de que eres un charlatán.

-Allá tú -contestó Ralph, que no estaba acostumbrado a que le hablaran con aquella crudeza.

-No sé qué te importa de verdad; me parece que nada de nada. En realidad, Inglaterra te importa un bledo aunque la alabes y te importa un comino América, aunque finjas que la denigras.

A lo que él replicó:

-Lo único que de veras me importa eres tú, querida prima.

-Si pudiera creer aunque no fuera más que eso, sería muy dichosa.

-¡Qué menos! -exclamó el joven.

Si Isabel lo hubiese creído no habría estado muy lejos dé la verdad. Lo cierto es que él pensaba mucho en ella, siempre la tenía presente. En un momento en que sus propios pensamientos constituían una carga demasiado pesada, la repentina llegada de su prima, que nada prometía y era, sin embargo, como una dádiva ofrecida a manos llenas por el destino, sirvió para refrescar y aligerar aquellas cavilaciones dándoles alas y pretexto para volar. El infeliz Ralph llevaba varias semanas sumido en una honda melancolía, y sus perspectivas, habitualmente sombrías, se hallaban cubiertas por una nube todavía más densa y oscura. Su ansiedad por el estado de salud de su padre había aumentado grandemente, pues la gota que le aquejaba y que hasta entonces parecía haberse confinado en sus piernas, empezaba ya a afectar regiones más vitales del cuerpo. El anciano había estado gravemente enfermo durante la primavera, y los médicos dieron a entender al hijo que, si sobrevenía otro ataque, no sería tan fácil de dominar. Ahora parecía haber comenzado a no sentir dolores, pero Ralph no las tenía todas consigo y pensaba que aquello era un subterfugio del enemigo, que permanecía al acecho para pillarle desprevenido. Y, si tal maniobra lograba triunfar, quedarían muy escasas esperanzas de ofrecerle una resistencia decidida y eficaz. Ralph siempre había tenido la convicción de que su padre le sobreviviría..., de que su nombre sería el primero pronunciado con gravedad. Padre e hijo habían sido compañeros inseparables, y la idea de quedarse solo con los restos de una vida sin aliciente entre las manos no le resultaba nada grato al joven, que siempre había confiado en la ayuda de su mayor y mejor amigo para ir tirando lo menos mal posible. Ante la perspectiva de perder su auténtica motivación, Ralph acabó por perder su inspiración. Lo mejor sería que los dos muriesen al mismo tiempo, pero, sin el ánimo que la compañía de su padre le proporcionaba, era muy probable que él no tuviera paciencia suficiente para esperar su turno. Por otra parte, carecía del incentivo de sentirse indispensable para su madre, y ante ésta tenía como norma no lamentarse. Pensó que no había mostrado gran bondad hacia su padre al desear que, de los dos, fuese el sujeto activo y no el pasivo el destinado a sufrir la herida doliente, y recordaba que el anciano había considerado siempre su pronóstico de un fin prematuro un brillante sofisma que él estaría encantado de desbaratar mediante el sencillo procedimiento de morir primero. Mas, de aquellos dos triunfos -el de refutar a un hijo sofista y el de continuar durante un tiempo más en un estado que, con todos sus sinsabores y malestares, le era grato soportar-, a Ralph no le parecía pecado esperar que el señor Touchett llegara a alcanzar el segundo.

A todas estas delicadas preguntas puso fin la llegada de Isabel, la cual sugería una posible compensación por la insoportable contrariedad de sobrevivir al genial dueño de la mansión. Ralph llegó a pensar que, tal vez sin darse cuenta, estaba abrigando «amor» hacia aquella joven fresca y espontánea procedente de Albany; pero tras meditarlo detenidamente, decidió que no. A la semana de la llegada de Isabel, ya estaba plenamente convencido de ello y se aferraba cada vez más a su convencimiento. Quien la había juzgado con verdadero acierto era lord Warburton, que la consideraba una damita realmente interesante; y a Ralph le maravillaba que su vecino hubiera llegado tan pronto a semejante conclusión, cosa que le ratificó en su idea sobre la gran habilidad de su amigo, por la cual había experimentado siempre una sincera admiración. Sin embargo, aunque su prima no fuera para él más que un entretenimiento, Ralph sabía que era un entretenimiento de primera categoría. «Ver en acción a un carácter como ése -se decía-, a una pequeña pero auténtica y apasionada fuerza, es una de las más sabrosas delicias de la naturaleza, mejor que la más bella obra de arte, mejor que un bajorrelieve helénico, mejor que un cuadro de Ticiano, mejor que una catedral gótica. Es realmente agradable sentirse tan bien tratado cuando uno menos se lo espera. Nunca estuve más sombrío, más preocupado, que durante la semana anterior a su llegada, y jamás tuve menos esperanzas de que pudiera sobrevenirme algo agradable. Y he aquí que fue como si de

repente hubiese recibido por correo un Ticiano para colgarlo en la pared de mi cuarto, o un bajorrelieve griego para colocarlo en el panel superior de la chimenea. Es como si me hubieran entregado la llave de un suntuoso palacio y me hubiesen autorizado a visitarlo y admirarlo a mis anchas sin vigilancia alguna. Amigo mío, has sido hasta ahora un triste desagradecido y lo que debes hacer en lo sucesivo es estar tranquilo y dejar de refunfuñar». Nada, en verdad, más justo que el sentimiento que tales reflexiones inspiraban; sin embargo, no era exacto que a Ralph Touchett le hubiesen entregado una llave. Su prima era una joven muy brillante y habría que Hacer no poco antes de llegar a conocerla, pero era preciso ponerse a ello, y su actitud, si bien contemplativa e incluso crítica, no era en modo alguno enjuiciadora. Así pues, Ralph contemplaba a sus anchas el edificio por el exterior y lo admiraba grandemente; lo miraba por dentro a través de las ventanas y admiraba igualmente su belleza de proporciones, pero se percataba de que sólo había logrado entreverlo y de que no podía decir aún que hubiese traspasado el umbral. La puerta de la suntuosa mansión permanecía cerrada y, aunque él tenía varias llaves en su bolsillo, estaba convencido de que ninguna de ellas le serviría. La muchacha era inteligente, generosa, de naturaleza libre y hermosa, pero ¿qué se proponía hacer de sí misma? No era ésta una pregunta ortodoxa, ya que no cabe hacerla respecto a la mayoría de las mujeres. Por regla general, las mujeres jamás hacen nada de sí mismas, limitándose a esperar más o menos graciosa y pasivamente que un hombre pase por su lado y ofrezca un destino a sus vidas. La originalidad de Isabel consistía principalmente en que daba la impresión de abrigar propósitos propios. «Ahora, que llegue a ponerlos en práctica ya es harina de otro costal -se decía Ralph-. Me gustaría estar presente cuando lo haga».

La llegada de Isabel le impuso, por lo pronto, el deber de hacer los honores de la casa. El señor Touchett se hallaba recluido en su sillón y, por su parte, la señora Touchett era una especie de visitante malhumorada; de tal suerte que, en lo que se refiere a las obligaciones que a la consideración y a la conciencia de Ralph se imponían, el placer se mezclaba en perfecta armonía con el deber. Así, aunque no era gran andarín, se dio a pasear por los campos con su prima, entretenimiento para el que el tiempo tenía a bien seguir mostrándose favorable con una persistencia que sobrepasaba las lúgubres expectativas que Isabel se había forjado del clima del país; y en las largas tardes, cuya duración daba la medida exacta de la agradecida vehemencia de la joven, iban en barca por el río, el encantador riachuelo, como ella lo llamaba, y cuya orilla opuesta parecía estar en un primer plano del paisaje ante su vista extendido; o recorrían los caminos en faetón, aquel bajo y espacioso faetón de gruesas ruedas que tanto usara en sus tiempos el señor Touchett y que había dejado ya de disfrutar. En cambio, era Isabel quien de el disfrutaba ahora enormemente y, empuñando las riendas de manera que el lacayo calificaba de «experta», no se cansaba jamás de guiar a los mejores caballos de su tío por entre aquellas llanuras azotadas por el viento y aquellos caminos vecinales repletos de los rústicos detalles que ella sospechaba habría de encontrar: casitas de madera con techos de paja, modestas tabernas de pulidas celosías, antiguos prados comunales y retazos de parques vacíos rodeados de setos que el verano espesaba a su antojo. Y, cuando después de tales excursiones llegaban a la casa, era siempre para encontrar el té servido en una mesa al aire libre, sobre el césped de delante de la casa, y a la señora Touchett que se limitaba a alargarle la taza llena a su marido, sin que hubiera otra cosa ni por parte de uno ni de otro, pues ambos permanecían la mayor parte del tiempo completamente silenciosos, él con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, ella absorta al parecer en su labor de punto y afectando ese aire de concentración mental que adoptan muchas damas al poner sus diminutas lanzas en movimiento.

Pero un día se encontraron con que había un visitante. Los dos jóvenes habían pasado una hora bogando suavemente por el río y, al volver andando hacia la casa, vieron a lord Warburton sentado bajo un árbol y enzarzado en una conversación con la señora Touchett

que, aun desde lejos, podía apreciarse era bien insustancial. El lord había ido a caballo llevando consigo una maleta, signo inequívoco de que había esperado, como a ello le tenían acostumbrado con sus reiteradas invitaciones el padre y el hijo, que se le invitase a cenar y a pasar allí la noche. Isabel sólo le había visto durante media hora el día de su llegada, y tan poco tiempo le había servido para descubrir que era muy de su gusto. La imagen del apuesto lord se había grabado con nitidez en el espíritu de la joven, que más de una vez pensaba ya en él con complacencia. Isabel había esperado volver a verle y deseaba ver también a algunos otros. Gardencourt, la herniosa mansión, no era triste; el lugar poseía una belleza soberbia, su tío se le aparecía cada vez más como una especie de abuelo maravilloso y Ralph era distinto de todos los primos con quienes hasta entonces había tratado y que le habían hecho formarse una lúgubre idea de los primos en general. Además, sus impresiones eran aún tan recientes y se renovaban con tanta celeridad que apenas dejaban zonas en blanco. Isabel tenía que obligarse a recordar que su principal interés era el conocimiento de la naturaleza humana y que su mayor ilusión, al emprender aquel viaje, había sido tener la oportunidad de conocer a una gran cantidad de gente.

De modo que, cuando Ralph le decía, como ya había hecho más de una vez: «No sé si podrás soportar esto. Deberías conocer a algunos de nuestros vecinos y amigos, pues, por extraño que te parezca tenemos unos cuantos», o cuando se ofrecía a invitar a, como él decía, «un montón de gente» y a introducirla en la sociedad inglesa, ella le alentaba con entusiasmo para que llevase a cabo su hospitalario empeño y se comprometía por anticipado a poner todo de su parte.

De todas maneras, hasta entonces poco o nada había puesto él en práctica de todas aquellas promesas, y será cosa de decirle confidencialmente al lector que, si parecía como si el joven estuviera demorando darles cumplimiento, era porque la tarea de proveer por sí mismo solaz y entretenimiento a su compañera no le resultaba, ni mucho menos, tan penosa como para recurrir a la cooperación de los demás. Varias veces había hablado Isabel de los «ejemplares», palabra que desempeñaba un papel de gran importancia en su vocabulario y con la cual daba a entender que deseaba ver a la sociedad inglesa ilustrada con sus personajes más representativos. De modo que aquella tarde, al ir desde el río hacia la casa tras haber desembarcado de la lancha, él le dijo con gran satisfacción cuando divisaron a lord Warburton:

-Mira, ahí tienes un ejemplar.

-¿Un ejemplar de qué? -preguntó la muchacha.

-De caballero inglés -replicó el primo.

-¿Quieres decir que todos son como él?

-¡Oh, no! De ningún modo. No todos son como él. -Pero es un buen ejemplar-dijo Isabel-, porque estoy segura de que es simpático.

-Sí que lo es. Y, además, muy acaudalado.

El acaudalado lord Warburton estrechó amablemente la mano de nuestra heroína y le preguntó si estaba bien, rectificando en el acto con las siguientes palabras:

-Pero, bueno, no necesito preguntarlo, pues si ha estado usted remando...

A lo que Isabel hubo de contestar:

-En efecto, he remado un poco. Pero ¿cómo lo sabe?

-Muy sencillo: porque sé que él no rema. Es demasiado vago para eso -rió su señoría el lord mirando a Ralph.

Tiene sus razones para ser un poco perezoso -comentó Isabel, bajando un poco la voz.

-Sí, sí, siempre tiene excusas para todo -exclamó lord Warburton, con una alegre carcajada.

-Mi excusa para no haber remado hoy -intervino Ralph- es que mi prima rema admirablemente. Bueno, todo lo hace igual de bien. No toca nada que no parezca quedar después adornado.

-Le dan a uno ganas de que usted le toque, señorita Archer -declaró lord Warburton.

-Pues déjese tocar, en el buen sentido de la palabra, que eso no le habrá de desmerecer-dijo Isabel, que, si bien se sentía complacida de oír que se le reconocían . tan diversas cualidades, era lo suficientemente fuerte para mostrar que semejante complacencia no derivaba de una posible debilidad de espíritu, toda vez que había vanas cosas en las cuales sobresalía. Su deseo de pensar bien de sí misma contaba, cuando menos, con la humildad de precisar siempre una prueba.

Lord Warburton no sólo pasó la noche en la mansión de Gardencourt, sino que insistieron en que se quedase todo el día siguiente, y, al final del segundo día, él mismo decidió postergar su partida hasta la mañana del otro. Durante todo aquel tiempo tuvo ocasión de dirigir no pocos cumplidos a Isabel, quien acogió aquellas manifestaciones de aprecio con muy buena voluntad. Al final se dio cuenta de que él le gustaba extraordinariamente.

Mucho había pesado sin duda la primera impresión que le produjo, pero, al final de la velada que habían pasado juntos, la joven no podía por menos de considerarle, sin que en ello hubiese nada de fantástico, un verdadero héroe de novela. De modo que por la noche, al acostarse, experimentaba una sensación de buena fortuna y sentía una viva convicción de posibles dichas futuras. «Verdaderamente es hermoso conocer a dos personas tan encantadoras como éstas», se dijo, aludiendo con este vocablo numeral a su primo y al amigo de su primo. Pero, además, conviene no olvidar que había ocurrido un incidente susceptible de poner a prueba su buen humor. El señor Touchett había ido a acostarse a las nueve y media de la noche, pero su esposa permaneció en el salón con el resto del grupo. Se quedó con ellos aproximadamente una hora, y luego, levantándose, hizo observar a su sobrina que ya era hora de dar las buenas noches a los caballeros. Por su parte, Isabel no tenía deseo alguno de ir a acostarse; la ocasión le parecía divertida, y las diversiones no terminaban por lo general a hora tan temprana. De manera que, sin poner en ello la menor intención, replicó:

-¿Ha de ser ahora mismo, tía? Subiré dentro de media hora.

-No me es posible esperarte -repuso la señora Touchett.

-¡Ah! No tiene por qué esperarme. Ralph encenderá mi vela -dijo alegremente la joven.

-Yo la encenderé. Por favor, déjeme usted que yo la encienda -exclamó lord Warburton-. Pero con una condición: que no sea antes de medianoche.

La señora Touchett lo traspasó con su encendida mirada y luego la posó fríamente en su sobrina, a la que dijo:

-No puedes quedarte sola con los hombres. Querida, aquí no estás..., no estás en tu dichosa Albany.

Isabel se levantó, ruborizada, y contestó:

-Ojalá lo estuviese.

-Mamá, por favor -intervino Ralph.

-Mi querida señora Touchett... -murmuró lord Warburton. Pero la querida señora Touchett contestó majestuosamente:

-Mi lord, no soy yo quien ha hecho su país. Debo aceptarlo tal como es.

-¿No puedo quedarme con mi primo? -preguntó entonces Isabel.

-No sabía que lord Warburton fuese primo tuyo.

-Será mejor que yo me vaya a la cama-dijo lord Warburton-. Así se acabarán las discusiones.

La señora Touchett le dirigió una breve mirada de desesperación y se sentó de nuevo.

-Está bien, si es preciso, me quedaré hasta medianoche. Mientras tanto, Ralph le había dado a Isabel el candelabro. Durante aquel momento de breve entrechocar de espadas estuvo observándola y le pareció que con ello se había puesto de relieve el carácter de la joven; el incidente podía ser de sumo interés. Mas, si se hizo la ilusión de presenciar un estallido, se llevó un gran chasco, pues la joven se limitó a sonreír suavemente, saludó a los caballeros dándoles las buenas noches y se retiró acompañando a su tía. Por lo que a Ralph atañía, se sentía molesto por lo que hiciera su madre, si bien reconocía que tenía razón. Al llegar arriba, las dos mujeres se separaron delante de la puerta de la señora Touchett. Isabel no había abierto la boca mientras subían la escalera.

-Supongo que estarás molesta porque me he inmiscuido en tus asuntos -dijo la señora Touchett.

Isabel reflexionó un instante y repuso:

-Molesta no, pero sí sorprendida... y bastante desconcertada. ¿Acaso no estaba bien que yo me quedase en el salón

-En absoluto. Aquí, las muchachas, por lo menos en las casas decentes, no se quedan con los caballeros hasta altas horas de la noche.

-Entonces ha hecho usted bien en decírmelo -replicó Isabel-. La verdad, no lo comprendo, pero me alegro de saberlo.

-Te lo diré siempre que me parezca que te excedes.

-No tenga reparo en hacerlo, se lo ruego. Aunque esto no quiere decir que sus observaciones hayan de parecerme siempre justas.

-Ya me lo figuro. A ti te gusta mucho hacer lo que se te antoja.

-Confieso que sí. Pero me gusta saber siempre las cosas que una no debe hacer.

-¿Para hacerlas? -preguntó su tía.

-Depende -respondió Isabel.

8

Como Isabel era aficionada a las cosas románticas, lord Warburton se atrevió a manifestar su esperanza de que fuese algún día a ver su casa, un viejo caserón muy curioso. Consiguió arrancar a la señora Touchett la promesa de que llevaría a su sobrina a Lockleigh, y Ralph manifestó su predisposición a acompañar a las damas siempre que su padre estuviese en condiciones de prescindir de él. Lord Warburton comunicó a nuestra heroína que, mientras tanto, sus hermanas irían a visitarla. Isabel sabía ya algo acerca de ellas, pues durante las largas horas que acababan de pasar juntos en Gardencourt había tenido frecuentes ocasiones de sondearle respecto a su familia. Isabel, cuando algo le interesaba, hacía infinitas preguntas; y, como su interlocutor era un conversador empedernido, ella se vio plenamente recompensada en su curiosidad.

Así pues, él tuvo ocasión de explicarle que tenía cuatro hermanas y dos hermanos, y que había perdido a sus padres. Sus hermanos y hermanas eran todos muy buenos, según dijo, y añadió: «No extraordinariamente inteligentes, ¿sabe usted?, pero muy bien educados y agradables». Y llevó su bondad al extremo de desear que la señorita Archer pudiese conocerles a fondo. De los hermanos, uno había abrazado la carrera eclesiástica y se había establecido en el dominio familiar, una comarca muy poblada y extensa, y era un hombre verdaderamente admirable, si bien pensaba de forma muy diferente a él en todo lo imaginable. Y aquí lord Warburton hizo referencia a algunas opiniones profesadas por su

hermano, opiniones que Isabel había oído expresar frecuentemente y que se le antojaban comunes a la mayor parte de la familia-humana. En realidad, incluso creía compartir muchas de ellas, y así lo pensó hasta que él afirmó que estaba completamente equivocada, que eso era del todo imposible, que sin duda imaginaba que las compartía, pero que, si las examinaba bien, no tardaría en ver que eran absolutamente insustanciales. Y cuando Isabel contestó que había reflexionado hondamente sobre algunas de tales cuestiones, él declaró que ella era otro ejemplo aparente de lo que tanto le había llamado siempre la atención; a saber, que, de todas las gentes que poblaban el mundo, los americanos eran los más burdamente supersticiosos. Eran todos unos rancios «tories» y unos beatos empedernidos, y no había conservadores comparables a los conservadores americanos. Allí estaban para probarlo su tío y su primo. Nada tan medieval como algunas de sus opiniones; profesaban ideas que hoy día, en Inglaterra, la gente se avergonzaría de confesar y tenían el descaro de pretender conocer las necesidades y los peligros de la pobre, infeliz y tonta Inglaterra mejor que él, que había nacido allí y que, para vergüenza suya, poseía un buen pedazo de su tierra. De todo lo cual llegó Isabel a inferir que lord Warburton, era un aristócrata de los de la nueva escuela, un reformador, un radical, un despreciador de los antiguos . métodos. Su otro hermano, que servía en el ejército de la India, era más bien indómito, testarudo, y bueno tan solo para contraer deudas que luego le tocaba a Warburton pagar..., lo que constituía uno de los más preciados privilegios de la primogenitura. «Por supuesto, estoy decidido a no pagar ninguna más -declaró su amigo-. Lo cierto es que vive infinitamente mejor que yo, se permite placeres inauditos y se cree un caballero mucho más distinguido que yo. Y, como me tengo por un empecinado radical, defiendo la igualdad, pero no soporto la superioridad de los hermanos menores». De sus cuatro hermanas, dos de ellas, la segunda y la cuarta, estaban casadas; a una, según se decía, le iba bastante bien, y a la otra regular nada más. El marido de la mayor, lord Haycock, era una excelente persona, pero desgraciadamente un «tory» espantoso, y su esposa, como todas las esposas inglesas, era mucho peor que el marido. La otra, casada con un pequeño propietario de Norfolk como quien dice ayer, se las había arreglado para tener ya cinco hijos. Lord Warburton tuvo a bien proporcionar todos esos detalles y muchos más todavía a la joven americana, tomándose además la molestia de exponerle las cosas con absoluta claridad y presentando completamente desnudas a su avidez de conocimiento todas las particularidades de la vida inglesa. A Isabel le divertía sumamente tal franqueza y la poca consideración que él parecía otorgar a su experiencia y su imaginación. «Me considera una completa salvaje -se decía- y se imagina que no he visto en mi vida tenedores ni cucharas». De manera que se las ingeniaba para hacerle preguntas insulsas por el placer de oírselas contestar con la mayor seriedad del mundo. Y, una vez que había caído en la trampa, ella exclamaba: «Lástima que no haya podido verme con plumas y tatuaje de guerrero. Si yo hubiese sabido lo bueno que se muestra usted con los pobres salvajes, me habría traído mi traje de indígena». Pero lord Warburton, que había viajado mucho por Estados Unidos, conocía del país mucho más que Isabel. Así, llevó su amabilidad al extremo de afirmar que era el país más delicioso del mundo, aunque se le antojaba, por los recuerdos que de él tenía, que en Inglaterra los americanos precisaban que se les explicasen muchísimas cosas. «¡Si yo la hubiese tenido a usted para que me explicase las cosas en América! -exclamó-. En su país me sentí más bien desconcertado. Estaba como aturdido, y lo peor era que, cuanto más me explicaban las cosas, más me desconcertaban. En realidad, sospecho que a veces me daban adrede una explicación equivocada; allí son muy listos para tales cosas. En cambio, cuando yo le explique algo, puede usted creerme a pie juntillas, pues en lo que yo le diga no habrá error jamás.» En lo que no cabía error, desde luego, es en que era un hombre muy inteligente y culto, y en que sabía de casi todo lo del mundo. Aun cuando decía cosas del mayor interés y tenía especialísimos puntos de vista sobre la mayoría de las cosas, Isabel se daba cuenta de que lo hacía sin el menor deseo de exhibición; y, aun cuando había tenido extraordinarias

oportunidades y logrado las más altas recompensas, estaba muy lejos de pretender presentarlas como un mérito. Si es cierto que había disfrutado de las cosas mejores de la vida, no lo es menos que ellas no lograron jamás despojarle de su fino sentido de la medida. Destacaba en él como una mezcla del efecto de una fecunda experiencia -desde luego, fácilmente adquirida- con una modestia que a veces pecaba de infantil, una mezcla cuyo admirable y dulce sabor -pues en verdad resultaba tan agradable corno una golosina- no perdía nada porque se le añadiese un toque de condescendiente bondad.

-Me gusta mucho tu ejemplar de caballero inglés -le comentó Isabel a Ralph una vez que lord Warburton se hubo marchado.

-A mí también -dijo su primo-. Le quiero de veras..., y le compadezco todavía más.

Isabel se quedó mirándole un tanto recelosa para luego decir:

-No comprendo. Precisamente a mí se me antoja que su única falta es que... no puede una tenerle lástima. Parece como si lo tuviera todo, lo supiese todo y lo fuera todo.

-Y así es, pero en el mal sentido -dijo Ralph.

-Supongo que no te referirás a su estado de salud.

-No. En ese aspecto, posee una tremenda fortaleza. Lo que quiero decir es que ocupa una gran posición social y está haciendo toda clase de tonterías con ella. No se toma en serio a sí mismo.

-¿Crees que se toma en broma?

-Mucho peor; se considera una intolerable imposición..., un verdadero abuso.

-Quién sabe. A lo mejor lo es -dijo Isabel.

-Tal vez, aunque, en conjunto, no lo creo. Y ¿hay algo más digno de lástima que la conciencia del propio abuso, implantado por manos ajenas y hondamente arraigado, y el sufrimiento a causa de la injusticia que su existencia entraña? En su lugar, yo me mostraría más solemne que una estatua de Buda. La posición que él ocupa es cosa que excita grandemente mi imaginación. Debería suponer grandes responsabilidades, oportunidades magníficas, consideraciones eminentes, cuantiosa riqueza, poder considerable y una participación natural en la dirección de los asuntos de un gran país. Pero la verdad es que el pobre se ha hecho un lío consigo mismo, su situación social, su influencia y, en una palabra, con todo lo habido y por haber. Es una víctima de esta época crítica en que vivimos. Ha dejado de creer en sí mismo, y ya no sabe en qué creer. A veces, cuando intento decírselo (pues no te quepa la menor duda de que, si yo fuera él, sabría perfectamente en lo que debería creer) me califica de reaccionario. Tengo la seguridad de que me toma por un auténtico filisteo. Afirma que no comprendo la época en que me ha tocado vivir; pero te aseguro que la comprendo bastante mejor que él, que, para su desgracia, no puede ni exterminarse como peligro público ni mantenerse como institución.

-Pues no parece tan dejado de la mano de Dios, tan pobre diablo -observó Isabel.

-Acaso no, a pesar de que, siendo como es un hombre de mucho y buen gusto, debe de pasar horas nada placenteras. Pero, en cuanto a sus oportunidades se refiere, ¿no te parece que merece compasión? Para mí, no hay la menor duda de que la merece.

-No creo -dijo Isabel.

-Bueno, primita; pues, si no la merece, debería merecerla -replicó Ralph.

Por la tarde, Isabel pasó una hora entera con su tío en el césped, donde el anciano permaneció sentado como de costumbre con una manta sobre las piernas y un gran tazón de té en la mano. Durante la conversación, él le preguntó qué le había parecido el visitante.

-Me parece encantador -contestó Isabel con gran entusiasmo.

-Es una persona muy agradable –dijo el señor Touchett-; pero te aconsejo que no te enamores de él.

-Pues, entonces, no lo haré. No llegaré a enamorarme sino de quien usted me aconseje. Por lo demás -añadió-, mi primo me ha hecho una descripción poco alentadora de lord Warburton.

-¿De veras? Ignoro lo que puede haberte dicho, pero ya sabes, y no debes olvidarlo, que Ralph es incapaz de permanecer callado.

-El piensa que su amigo es demasiado subversivo..., o tal vez no lo suficiente. La verdad, no acabo de entenderlo muy bien.

El anciano meneó lentamente su cana cabeza, sonrió con suavidad y dejó el tazón en la mesita.

-No sé qué decirte. Parece que va demasiado lejos, pero es muy posible que se quede corto. Me imagino que eso es algo natural, pero no por ello es menos inconsistente. Se diría que quiere desembarazarse de muchas cosas y, al mismo tiempo, que desea seguir siendo él mismo.

Isabel no pudo contenerse.

-¡Ojalá siga siendo él mismo! -exclamó-. Confieso que, si decidiera prescindir de sus amigos, le echaría mucho de menos.

-Bueno, no te preocupes tanto -contestó el anciano-. Para mí, que se quedará donde está y entretendrá a sus amigos. Yo le extrañaría de veras aquí, en esta soledad de Gardencourt. A mí me entretiene mucho cuando le da por venir, y me parece que él también se entretiene. Ahora hay muchos como él pululando en la alta sociedad; es lo que se lleva. Por mi parte, ignoro lo que pretenden llevar a cabo... Tal vez tratan de hacer una revolución. De todas formas, espero que no sea antes de que yo me vaya. Por lo visto, quieren trastocarlo todo, pero yo, que soy un terrateniente de bastante importancia en el país, no tengo el menor deseo le que me trastoquen. Si hubiera sabido que iban a proceder de tal manera, no me habría aventurado a venir... -prosiguió el señor Touchett con gran hilaridad-. Si, aquí, fue porque creí que Inglaterra era un país seguro. Para mí constituye un verdadero fraude eso de querer implantar cambios de semejante importancia. rengo la seguridad de que, si lo hacen, decepcionarán a mucha gente.

-¡Ojalá hiciesen una revolución! ¡Me encantaría verla! -exclamó, en cambio, Isabel.

-Bueno, vamos a ver -dijo su tío en un tono en el que parecía haber no poco buen humor-. Ya no me acuerdo de qué lado estás, si de lo antiguo o de lo moderno. Según he oído, tus puntos de vista son bastante contradictorios.

-Estoy con las dos partes. Me parece que estoy un poco de parte de unos y un poco de parte de otros. En una revolución..., una vez que la cosa fuera en serio..., creo que sería una orgullosa y empedernida partidaria de ella. Una acaba por simpatizar enormemente con los revolucionarios, que tienen ocasión de portarse exquisitamente, quiero decir, de actuar pintorescamente.

-La verdad, no sé qué quieres decir con eso de obrar pintorescamente; lo que me parece es que tú actúas siempre de tal manera, querida sobrinita.

-¡Oh, mi encantador tío! ¡No haga que me lo crea! -le interrumpió Isabel.

-De todos modos, me imagino que no tendrás ningunas ganas de que te lleven aquí por nada a la guillotina, y menos ahora... Si quieres presenciar un gran movimiento subversivo -prosiguió el señor Touchett-, tendrás que quedarte aquí mucho tiempo. Te aseguro una cosa: cuando llega la hora y se les ponen las cartas sobre la mesa, no les conviene que se les tome la palabra.

-¿A quiénes se refiere usted, tío?

-¿A quiénes ha de ser? A lord Warburton y sus amigos..., los radicales de la alta sociedad. Por lo demás, yo no sé más que una cosa, y es cómo me afecta a mí personalmente. Hablan de cambios y más cambios, pero no creo que lleguen a realizarlos. Tanto tú como yo sabemos lo que significa haber vivido bajo la orden de instituciones democráticas. Por mi

parte, yo las consideré siempre muy cómodas, pero porque estaba acostumbrado a ellas desde siempre y, sobre todo, porque no soy un lord. Ahora bien, aquí es otra cosa. Se trata de algo que hay que realizar cada día y a cada instante, y no creo que muchos de ellos consideren eso tan agradable como lo que hasta ahora han tenido. Si quieren probar, allá ellos; pero dudo que pongan un enorme interés en ello.

-Entonces, ¿no los cree sinceros? -preguntó Isabel.

-Verás, lo cierto es que quieren sentirse serios -no tuvo inconveniente en admitir el señor Touchett-, pero es como si, en su inmensa mayoría, se atuvieran a la teoría solamente. Sus puntos de vista radicales son una especie de diversión. Han sentido la necesidad de divertirse con algo y por suerte no se les ha ocurrido ser más vulgares. Están acostumbrados a vivir con gran lujo, y esas ideas progresistas constituyen el mayor de sus lujos. Además, presentan la ventaja de hacerles sentirse morales sin perjudicarles en su posición, en la que piensan enormemente. No permitas que ninguno de ellos te convenza de lo contrario, pues si lo lograra y procedieses en consecuencia, no tardaría en pararte los pies en el acto.

Isabel siguió atentamente la argumentación que su tío iba desarrollando con su habitual clarividencia y, aunque no conocía a fondo a la aristocracia inglesa, vio que armonizaba con su idea general de la naturaleza humana. Sin embargo, no pudo por menos de expresar una protesta en apoyo de lord Warburton.

-Yo no creo que lord Warburton sea un charlatán. Los demás me importan un comino, pero a lord Warburton me gustaría verlo puesto a prueba.

-¡Dios nos libre de los amigos! -exclamó el señor Touchett-. Lord Warburton es, sin duda, persona amabilísima..., un joven por todos conceptos admirable. Disfruta de una renta anual de cien mil libras. Posee cincuenta mil acres de tierra en esta diminuta isla y, además, muchos otros bienes, amén de una docena de casas donde poder vivir. Ocupa un escaño en el Parlamento con el mismo derecho que yo ocupo un asiento en mí comedor. Sus f gustos son elegantes; se interesa por la literatura, el arte, la ciencia y las mujeres bonitas. Pero, de todos, el más elegante es el que siente por las nuevas teorías e inquietudes, además de ser el que mayores placeres le proporciona, seguramente más que ninguna otras cosa..., con excepción de las muchachas hermosas. Su casa, Lockleigh creo que la llama, es muy bonita, aunque no la considero tan agradable como ésta. Pero eso es lo de menos, ya que tiene muchas otras. Por cuanto he podido observar, sus teorías no han causado aún perjuicio a nadie y, por supuesto, menos que a nadie, a él mismo. Y es seguro que, si llegara el caso de una revolución, sabría salir con bien de ella. Nadie se metería con él; le dejarían tranquilo, pues todo el mundo lo quiere mucho.

Isabel le interrumpió con vehemencia:

-De modo que, ni aun queriéndolo, sería un mártir. Pues, verdaderamente, es una situación muy poco halagüeña.

-Seguro que no será nunca mártir..., a menos que tú lo conviertas en uno de ellos -dijo el anciano. Isabel movió lentamente la cabeza y pronunció una frase que habría movido a risa de no ser porque la dijo con un suave acento de melancolía:

-Yo no convertiré jamás en mártir a nadie.

-Y yo confío en que tú tampoco lo seas.

-Así lo espero. Bueno, de todos modos -añadió-, usted no compadece a lord Warburton, como hace Ralph, ¿verdad?

Su tío la miró con penetrante y clarividente mirada durante unos instantes.

-Para ser sincero -dijo al fin-, en el fondo sí le compadezco.

9

Las dos señoritas Molyneux, hermanas del aristócrata, fueron a visitarla, e Isabel quedó prendada de aquellas dos jóvenes que con su presencia le brindaban una estampa de lo más original. Bien es verdad que, cuando ella se las describió a su primo aplicándoles tal epíteto, Ralph declaró que, de todos los calificativos, aquél era el que menos les cuadraba, ya que había en Inglaterra por lo menos cincuenta mil jóvenes idénticas a las señoritas Molyneux. Sin embargo, aun desposeídas de tal cualidad, las visitantes de Isabel conservaban la de su exquisita amabilidad, una suave timidez en sus modales y unos ojos que a ella se le antojaron dos plácidos y redondos estanques dispuestos sabiamente en un jardín entre macizos de geranios.

«Sean lo que sean, no tienen nada de morboso», se dijo nuestra heroína. Y, al decírselo, consideró que tal cualidad era un gran encanto en aquellas muchachas, pues recordaba a dos o tres de sus amigas de infancia a quienes podía hacerse semejante reproche (tan simpáticas como habrían sido de no ser por eso), por no mencionar que en ocasiones había intuido tal tendencia en su propia persona. Aunque las señoritas Molyneux no estaban ya en su primera juventud, conservaban todavía una tersura de cutis, una brillantez de mirada y una encantadora sonrisa propias de la infancia. Sus ojos, que tanto admiraba Isabel, eran redondos, tranquilos y apacibles, y una chaquetilla de piel de foca ceñía su busto, también generosamente redondo. Su amabilidad era tanta que casi les ruborizaba mostrarla, pareciendo intimidadas por aquella joven de allende los mares, a la que diríase manifestaban su cordialidad más con miradas que con palabras. Ello nos les impidió rogarle claramente, y sin dejar lugar a dudas, que fuese a almorzar con ellas a Lockleigh, donde vivían con su hermano, esperando en lo sucesivo poder verla con frecuencia, incluso muy a menudo. Mucho les agradaría que alguna vez se quedara a dormir allí. Para final de mes, el día veintinueve, esperaban invitados; tal vez también ella podría ir mientras estuvieran allí aquellas personas.

La mayor, como para disculparse por anticipado, dijo:

-Mucho me temo que no haya entre ellos nadie notable, pero me inclino a creer que usted nos aceptará tal como somos.

-Los encontraré deliciosos; por lo pronto, creo que son ustedes un verdadero encanto -contestó Isabel, que a veces era excesiva en el elogio.

Las dos hermanas se ruborizaron visiblemente. Una vez se hubieron marchado, su primo le insinuó que, si les decía tales cosas, aquellas pobres muchachas pensarían que se burlaba de ellas de manera desconsiderada y ruda, pues tenía la seguridad de que era la primera vez que las habían llamado encantadoras. Pero Isabel contestó con franqueza:

-No lo puedo remediar. Me parece admirable tener esta serenidad, ser tan razonable y sentirse tan satisfecho. Yo quisiera ser así.

-¡No lo permita Dios! -exclamó con vehemencia Ralph.

-Quiero decir, tratar de imitarlas -dijo Isabel-. Me encantará verlas en su casa.

Algunos días después experimentó tal placer, cuando, acompañada de su tía y de Ralph, fue en coche a Lockleigh.

Al llegar, halló a las señoritas Molyneux sentadas en un espacioso salón (uno de los muchos de la casa, como luego pudo ver), en medio de una espesura de cretonas de color evanescente y vestidas ellas de negro velludillo. En su casa le parecieron todavía más agradables que en la mansión de su tío, y le llamó aún más la atención que no tuvieran nada de morbosas. A primera vista se le antojó que, si de algo pecaban, era de falta de agilidad mental, pero ahora se daba perfecta cuenta de que eran muy capaces de experimentar

emociones profundas. Antes del almuerzo tuvo ocasión de quedarse a solas con ellas en uno de los ángulos del salón, mientras que en el otro y a bastante distancia, lord Warburton conversaba con la señora Touchett.

Isabel, entrando ya en confianza, preguntó:

-¿Es cierto que su hermano es tan radical?

De sobra sabía ella que era cierto, mas, como ya hemos visto, sentía un sincero interés por la personalidad humana y ello la impulsaba a cerciorarse del todo a través de las señoritas Molyneux.

Mildred, la menor de las hermanas, respondió:

-¡Oh, ya lo creo! Tiene unas ideas terriblemente avanzadas.

-Pero, al mismo tiempo, es muy razonable -añadió la otra.

Isabel le observó un momento al otro lado del salón, y vio que hacía ostensiblemente cuanto podía por resultar agradable a la señora Touchett. Por su parte, Ralph
había entablado amistad con uno de los perros delante de la chimenea que, en un mes de agosto netamente británico, no estaba de más en las viejas moradas.

-¿Cree usted que su hermano es sincero? -preguntó Isabel sonriente.

-¡Claro! ¿Por qué no iba a serlo? -contestó Mildred con vehemencia mientras la hermana mayor contemplaba silenciosa a nuestra heroína.

-¿Cree que podrá superar la prueba?

-¿La prueba?

-Me refiero a si, por ejemplo, tuviera que desprenderse de todo esto...

-¡Desprenderse de Lockleigh! -exclamó la señorita Molyneux, recobrando al fin el habla. -Naturalmente, y también de esos otros sitios..., ¿cómo los llaman?

Las dos hermanas se miraron con ojos de pavor.

-¿Quiere usted decir..., quiere usted decir a causa de los gastos?-preguntó la pequeña.

-Tal vez podría deshacerse de una o dos de sus casas -dijo la otra.

-¿Desprenderse de ellas por nada? -inquirió Isabel.

-No puedo imaginar que quiera deshacerse de sus propiedades-dijo la señorita Molyneux.

-Me temo que sea un impostor. ¿No les parece que ésa es una posición falsa?

Sus compañeras de conversación se quedaron completamente desconcertadas. Una de ellas preguntó:

-¿La posición de mi hermano?

-Todo el mundo sabe que es una posición muy sólida -dijo seguridad la menor-, la primera en esta región del condado.

Isabel aprovechó la oportunidad para disculparse:

-Se me ocurre que tal vez me están ustedes tomando por una gran irrespetuosa. Supongo que respetan mucho a su hermano y casi le temen..

-Es natural que una admire a su hermano -dijo la señorita Molyneux con toda sencillez.

-Pues si ustedes lo hacen es que debe de ser muy bueno..., porque ustedes son verdaderamente muy buenas. -Es sumamente generoso. Nadie sabe cuánto bien hace.

-Y su talento -se complació en añadir Mildred-, es por demás conocido. Todo el mundo dice que es inmenso.

-Eso a la vista está -declaró Isabel-. Pero, si yo fuera él, lucharía con toda mi alma hasta la muerte; es decir, lucharía por la herencia del pasado, me aferraría a él con todas mis fuerzas.

-Yo creo que se debe ser liberal -replicó Mildred amablemente-. Nosotros lo hemos sido siempre, desde los tiempos más remotos.

-Evidentemente, veo que han logrado un gran éxito con ello -dijo Isabel-. Así, no es de extrañar que les guste serlo.

Después del almuerzo, cuando lord Warburton le hizo los honores de la casa mostrándosela toda, a ella le pareció lo más natural del mundo que fuese como un hermoso cuadro. El interior había sido modernizado hasta el extremo de que algunas de sus partes habían perdido su prístina pureza. Sin embargo, al contemplarla desde fuera, desde los amplios jardines -enorme masa gris, de un matiz suave y profundo patinado por el tiempo y el clima, emergiendo del seno de un ancho y tranquilo foso-, apareció a los ojos de la joven visitante como un verdadero castillo legendario. El día era algo frío y sin brillo. Parecían haber sonado ya las primeras notas anunciadoras del otoño, y los rayos del sol ponían aquí y allá sus húmedos y borrosos resplandores sobre los recios muros, en los sitios donde se diría que más se hacía sentir el paso de los años. El hermano de lord Warburton, el vicario, había asistido también al almuerzo, e Isabel tuvo ocasión de charlar con él durante cinco minutos..., el tiempo suficiente para lanzarse en busca de un arraigado espíritu sacerdotal y abandonar el intento por inútil. Las características del vicario de Lockleigh eran un cuerpo robusto, atlético, un rostro cándido y sencillo, un copioso apetito y una acentuada proclividad a reír de todo y por todo con igual entusiasmo. Isabel se enteró después por su primo Ralph de que el vicario, antes de recibir las sagradas órdenes, había sido un gran pugilista y que cuando se presentaba la ocasión -en la intimidad de la familia, por supuesto- seguía siendo tan capaz como antes de dejar tendido en el suelo al contrincante más pintado. A Isabel le gustó -por lo visto estaba predispuesta a que le gustaran todos y todo-, pero a su imaginación se le hacía harto difícil comprender que aquel hombre pudiese prestar auxilio espiritual de ninguna clase. Después del almuerzo salieron todos a dar un paseo por los alrededores de la casa, pero lord Warburton se las arregló para llevarse sola a su invitada lejos de los otros.

-Quiero mostrarle todo esto como es debido -dijo-. No podría apreciarlo bien si tuviese que prestar atención a los chismes sin importancia de los demás.

La conversación de lord Warburton (durante la cual se explayó en contar a Isabel la historia completa de la casa, muy curiosa por cierto) no fue lo que se dice exclusivamente arqueológica, sino que a veces se internaba en lo personal..., personal tanto para ella como para él. Así pues, tras una pausa bastante larga, volviendo un instante al tema que les ocupaba, el lord dijo:

-¡Ah! No sabe cuánto me alegra que le guste a usted esta vieja choza. Me encantaría que pudiese verla más a sus anchas, que se quedase algún tiempo. Mis hermanas están entusiasmadas con usted..., y eso podría inducirla a aceptar...

-No es preciso que se me induzca -contestó Isabel amablemente-, pero me parece que no puedo aceptar compromisos. Estoy por completo a merced de mi tía.

-Usted me perdonará si le digo que no lo creo en absoluto. Estoy convencido de que puede hacer lo que le plazca.

-Sentiría mucho haberle producido tal impresión, pues... no es una impresión muy grata.

-En este caso, tiene cuando menos el mérito de permitirme abrigar alguna esperanza -dijo lord Warburton, y se detuvo un instante.

-¿Esperanza de qué?

-De que, en lo sucesivo, podré verla con más frecuencia.

E Isabel contestó, sonriendo:

-¡Ah!, para tener ese placer no es preciso que esté tan terriblemente emancipada.

-Sin duda, pero es que me da la impresión de que no soy santo de la devoción de su tío.

-En eso se equivoca. Le he oído hablar de usted con el mayor encomio.

Lord Warburton, visiblemente satisfecho, replicó:

-Me halaga que hayan hablado ustedes de mí. Pero, de todas formas, no creo que le agrade mucho que menudee mis visitas a Gardencourt.

-No puedo responder de los gustos de mi tío -replicó la muchacha-. Sin embargo, es mi deber tenerlos en cuenta lo más posible. Yo, por mi parte, tendría un gran placer en verle a usted.

-Eso es precisamente lo que yo quería oír. No sabe cómo me complace que lo haya dicho.

-Parece usted muy proclive a sentirse complacido, milord.

-No lo crea -replicó él-, no tan fácilmente. -Se detuvo un segundo y prosiguió-: Pero la verdad es que usted sí me ha encantado, señorita Archer.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con una gravedad que sobresaltó un tanto a Isabel, pues le parecieron el preludio de algo más importante; había oído aquel tono en otra ocasión y lo reconoció. No obstante, en aquel momento no sentía el menor deseo de que semejante preludio tuviera consecuencias, lo cual la indujo a decir con toda la alegría y rapidez que su interior agitación le permitió:

-Mucho me temo que no me va a ser posible volver aquí.

-¿Nunca? -preguntó lord Warburton.

-Nunca, sería mucho decir... y sonaría demasiado melodramático.

-Entonces, ¿podré yo ir a verla cualquier día de la semana próxima?

-Indudablemente. ¿Qué podría impedirlo?

-Nada verdaderamente palpable, pero con usted no estoy nunca seguro. Me da la impresión de que juzga constantemente a los demás.

-Eso no significaría que usted hubiera de salir perdiendo con ello.

-Le agradezco mucho su deferencia, pero aunque saliera ganando, no es precisamente la justicia a secas lo que yo prefiero. ¿Tiene la señora Touchett el propósito de llevársela a usted al extranjero?

-Así lo espero.

-¿Acaso Inglaterra no es digna de usted?

-Sus palabras son demasiado maquiavélicas y no merecen contestación. Mi deseo es conocer el mayor número posible de países.

-Entonces, supongo que irá juzgándolos.

-Y disfrutándolos también. Al menos, lo espero.

-Sí, así es como más disfruta usted-dijo lord Warburton-. No sabría decir cuál es su objetivo. Usted se me antoja como alguien que abriga propósitos misteriosos, grandes designios.

-Es usted demasiado amable teniendo de mí una idea que no está a mi altura. ¿Qué misterio puede haber en un propósito llevado a cabo todos los años por cincuenta mil compatriotas míos, y que consiste en tratar de enriquecer el propio espíritu con lo que se aprende viajando por el extranjero?

-Señorita Archer -respondió su interlocutor-, usted no puede enriquecer más su espíritu. Es ya un instrumento formidable, que nos mira a los demás de arriba abajo y nos desprecia.

-¿Que les desprecia? Usted se está burlando de mí -contestó Isabel poniéndose muy seria.

-Bueno, usted nos considera «chocantes», que para el caso es lo mismo. Y, ante todo y sobre todo, yo no quiero que se me considere «chocante» porque no lo soy en absoluto. Protesto contra tal calificativo.

-Su protesta es precisamente una de las cosas más chocantes que he oído en mi vida -declaró Isabel riendo alegremente.

Lord Warburton se quedó callado un instante y al fin dijo:

-Usted juzga sólo por lo externo y no le importa nada de nada. Lo único que le interesa es divertirse.

A Isabel le pareció detectar el mismo tono de antes, si bien ahora con una cierta amargura..., una amargura tan súbita e inconsecuente que la muchacha creyó que le había ofendido. Ella había oído siempre decir que los ingleses son gente excéntrica, e incluso recordaba haber leído en algún autor de gran ingenio que en el fondo son la raza más romántica que existe. Se preguntó si lord Warburton se estaría poniendo romántico y trataba de hacerle una escena de amor en su propia casa la tercera vez que la veía. Sin embargo, la tranquilizó pensar en su exquisita urbanidad, que no había sufrido menoscabo alguno por el hecho de haber rebasado él los límites del buen gusto al manifestar su admiración a una joven confiada a su hospitalidad. Tenía ella perfecta razón al confiar en la exquisita urbanidad del lord, porque él rompió a reír amablemente sin que en su voz quedase rastro de lo que había llegado a alarmarla.

-Por supuesto, no he querido ni quiero decir que le diviertan las nimiedades. Usted escoge grandes materiales, como las dolencias y congojas de la naturaleza humana, o las singularidades de las naciones.

-Por lo que a eso se refiere -contestó Isabel-, creo que en mi propia nación encontraría más que sobrada materia de entretenimiento para años. Pero llevamos ya un gran rato andando y mi tía no tardará en querer irse.

Así pues, se dirigió hacia los demás, y lord Warburton se limitó a caminar a su lado en silencio. Antes de llegar donde los otros estaban, él dijo:

-Iré a verla la semana próxima.

Aquello le causó una honda impresión, pero, al sentirla desvanecerse, no le pareció que fuese una impresión desagradable. Sin embargo, respondió con cierta frialdad a aquella declaración.

-Como guste... -se limitó a decir.

Semejante frialdad no era en absoluto calculada; se prestaba a ese juego en un grado desde luego muy inferior al que creería probable la mayoría de los críticos. Era, sencillamente, que experimentaba cierto temor.

10

Al día siguiente de su visita a Lockleigh, Isabel recibió de su amiga, la señorita Stackpole, una carta cuyo sobre, que mostraba conjuntamente el sello de Correos de Liverpool y la pulcra caligrafía de la hábil Henrietta, le produjo una viva emoción. En ella había escrito la señorita Stackpole: «Mi querida amiga. Aquí me tienes, al fin. Me las arreglé para poder venir y decidí el viaje la noche antes de abandonar Nueva York... en cuanto el Interviewer aceptó mis condiciones. En el acto me limité a meter apresuradamente unas cuantas cosas en una pequeña maleta y, a la manera de los viejos periodistas, me dirigí al barco en tranvía. ¿Cuándo y dónde podemos vernos? Me imagino que estarás de visita en algún castillo o en algún otro sitio interesante y ya habrás adquirido el acento de la tierra. Tal vez te hayas casado ya con alguno de los grandes lores del país. Casi lo espero, pues me son precisas algunas cartas de presentación para la gente de la alta sociedad y cuento contigo para que me proporciones unas cuantas. El Interviewer desea que informe sobre la aristocracia. Por lo pronto, mis impresiones de la generalidad de la gente no son de color de rosa, pero deseo cotejarlas con las tuyas, y ya sabes que peco de todo menos de superficial. Tengo,

además, algo muy especial que decirte. Te ruego me des una cita lo antes posible y trates de venir a Londres, pues me gustaría visitar sus lugares más importantes en tu compañía, o si no te es posible, hazme saber dónde puedo verte, estés donde estés. Iré allá con sumo gusto, ya que todo me interesa muchísimo y quisiera ver lo más posible de la vida privada».

Le pareció a Isabel que haría mejor en no mostrar esta carta a su tío, pero le hizo saber su contenido y, como esperaba, él le pidió que escribiese a la señorita Stackpole diciéndole en su nombre que tendría mucho placer en recibirla en Gardencourt. Y añadió:

-Aunque es una mujer de letras, supongo que, siendo también americana, no se le ocurrirá ponerme en la picota, como hizo la otra. Ya habrá visto gente parecida a mí.

-No ha visto a nadie tan delicioso como usted -le contestó Isabel. Mas, a pesar de todo, no estaba tranquila en lo referente a Henrietta y a su instinto narrativo, que constituía el punto negro en el admirable carácter de su interesante amiga y lo que menos le agradaba de ella. Así pues, escribió a la señorita Stackpole diciéndole que sería bienvenida en casa del señor Touchett, y la vivaz joven no tardó en anunciar su pronta llegada. Fue, pues, a Londres y desde allí tomó el tren que debía conducirla a la estación más próxima a Gardencourt, en la que Isabel y su primo Ralph estaban ya esperándola.

Mientras ambos andaban de un lado al otro del andén, aguardando la llegada del tren, Ralph preguntó:

-¿Me caerá simpática o tendré que detestarla?

A lo que Isabel respondió tranquilamente:

-Pienses lo que pienses, a ella le dará igual. A mi amiga le importa un bledo lo que los hombres puedan pensar de ella.

-Como hombre, me siento inclinado a tenerle antipatía. Debe de ser una especie de monstruo terrible. Seguro que será muy fea...

-No, señor. Es verdaderamente bonita.

-Una mujer entrevistadora... una especie de reporter con faldas. Tengo verdadera curiosidad por verla -concedió Ralph.

-Es fácil reírse de ella; lo que no es tan fácil es ser tan valiente ante la vida como ella lo es.

-Estamos de acuerdo. Los crímenes violentos y los ataques a las personas exigen indudablemente cierto coraje. ¿Crees que tratará de entrevistarme?

-Por nada del mundo. Estoy segura de que no te considerará suficientemente importante para hacerlo.

Pero Ralph contestó:

-Ya lo verás. Seguro que enviará a su periódico una descripción de todos nosotros, metiendo en ella hasta el perro.

-Yo le pediré que no lo haga -dijo Isabel.

-Entonces, ¿la consideras capaz de hacerlo?

-Naturalmente que sí.

-A pesar de creerla capaz, la has hecho tu amiga íntima.

-No la he hecho mi íntima amiga, pero la estimo mucho a pesar de sus defectos.

-Ah, bueno-dijo Ralph-. Entonces me temo que va a desagradarme a pesar de sus méritos.

-Puede que al cabo de tres días estés enamorado de ella.

-¡Eso es! Para que publique mis cartas de amor en el Interviewer. ¡Eso nunca! -exclamó el joven.

El tren llegó en aquel instante. La señorita Stackpole bajó rápidamente de su vagón y, como Isabel lo había prometido, demostró que, aun con su aire un poco provinciano, era delicadamente linda. De mediana estatura, era pulcra, un tanto rolliza, con una carita redonda, una boca pequeña, un cutis delicado, un puñado de rizos castaños en la nuca y unos ojos muy

abiertos de expresión sorprendida. Lo más notable de su persona era la mirada de extraordinaria fijeza que, haciendo un uso consciente de su derecho, clavaba sin descaro y sin provocación en todo objeto o sujeto que la casualidad le presentaba. Así pues, la fijó en Ralph, quien se quedó un poco sorprendido por el gracioso y simpático aspecto de la señorita Stackpole, que parecía insinuar que no era tan fácil como él se había figurado el no aprobar su manera de ser. Henrietta era un frufrú, un relampagueo de vestiduras frescas color tórtola, y Ralph se dio cuenta al primer golpe de vista de que tenía toda la tiesura, la novedad y la integridad de un primer ejemplar de periódico antes de ser plegado. No había en ella ni una sola errata de imprenta desde la punta del pie hasta el último pelo de la cabeza. Hablaba con una voz clara y aguda, no rica en sonoridades aunque fuerte. Empero, una vez que se hubieron acomodado en el coche del señor Touchett, creyó Ralph observar que no todo en ella estaba compuesto en letra grande, la letra de los atroces «titulares» que había esperado encontrar. Sin embargo, la joven respondió con gran lucidez a las preguntas que le hizo Isabel, y a las cuales él se atrevió a añadir las suyas propias. Luego, en la biblioteca, cuando fue presentada al señor Touchett (ni que decir tiene que la señora Touchett no creyó conveniente aparecer) supo dar todavía mejor la medida de su confianza en sí misma.

-La verdad -dijo de golpe-, me gustaría saber si ustedes se tienen por ingleses o por americanos, pues así " sabría a qué atenerme al hablar con ustedes.

A lo que Ralph contestó amablemente:

-Háblenos como se le antoje, que de todas maneras le quedaremos agradecidos.

Clavó la visitante en él los ojos y algo había en ellos que a Ralph le hizo pensar en anchos y pulidos botones... unos botones que cerraran los elásticos ojales de un recipiente tenso; se le antojó que todos los objetos circundantes se reflejaban en las pupilas de la periodista. No suele considerarse humana la expresión de los botones, pero en la mirada de la señorita Stackpole había algo que a él, hombre harto modesto, le hacía sentirse vagamente azorado... menos invulnerable y más despreciado de lo que hubiese querido. Será bueno advertir que, al cabo de dos o tres días de conocerse, tal impresión fue disminuyendo, si bien no llegó a desvanecerse por completo.

-No creo que se le ocurra tratar de convencerme de que es usted un americano -dijo ella.

-Con tal de agradarle, seré inglés, o acaso turco.

-Sí tan fácil le es cambiar de esa manera, no se prive -replicó ella.

-Tengo la seguridad de que usted lo comprende todo y de que para usted las diferencias de nacionalidad no suponen barreras de ninguna clase.

Después de mirarle atentamente, dijo la señorita Stackpole:

-¿Se refiere usted a las lenguas extranjeras?

-Los idiomas no son nada. Me refiero al espíritu... al genio. La corresponsal del Interviewer contestó:

-No estoy segura de entenderle a usted... pero supongo que antes de irme llegaré a comprenderle.

-Es lo que se llama un verdadero cosmopolita -terció Isabel.

-Lo cual quiere decir que tiene un poco de todo y no mucho de nada. A decir verdad, yo creo que el patriotismo es como la caridad... empieza por la patria de uno.

-Pero ¿dónde empieza la patria de uno? -preguntó Ralph.

-Yo no sé dónde empieza, pero sí sé dónde acaba. Para mí, acabó mucho antes de llegar aquí.

El señor Touchett preguntó a su vez con su voz cascada e ingenua:

-¿No le gusta a usted esto?

-Le diré, señor. Todavía no he planeado el camino que debo tomar. Me siento bastante entumecida, me he podido dar cuenta de ello durante el viaje de Liverpool a Londres.

-Seguramente iría en un vagón demasiado lleno -sugirió Ralph.

-Sí, pero el caso es que estaba lleno de amigos, un , grupo de americanos a quienes conocí a bordo, gente muy simpática de Little Rock, Arkansas. A pesar de ello me sentía un poco atontada, como si algo me oprimiera, aunque no sabía decir qué era. Desde el principio sentí como si no hubiese de encajar en el ambiente, pero me figuro que será un temor pasajero y no tardaré en formar mi propio ambiente. Ésa es la única manera de poder respirar libremente... Son muy agradables estos alrededores.

-Nosotros también somos un grupo bastante aceptable -dijo Ralph-. Quédese aquí un poco y lo verá.

La señorita Stackpole mostró su buena disposición a esperar y pareció dispuesta a permanecer en Gardencourt algún tiempo. Durante las mañanas se ocupaba en su trabajo literario, pero eso no impedía que Isabel pasara gran parte del día con su amiga, que, una vez terminada su tarea, desaprobaba, incluso desafiaba a la soledad. Isabel halló pronto la ocasión de convencerla de que no describiese en la letra de imprenta los encantos de su común estancia. Fue a la mañana siguiente, cuando vio que ya estaba pergeñando para el Interviewer una crónica, cuyo título escrito con letra clara y perfectamente legible (la misma que nuestra heroína recordaba de sus cuadernos de copia de la escuela) rezaba así: «Americanos y Tudores... Estampas de Gardencourt». Con la mejor buena fe del mundo la señorita Stackpole se ofreció a leer la crónica a Isabel, quien protestó en el acto contra el contenido del trabajo periodístico, diciendo:

-Me parece que no debes hacer eso, que no debes hacer una descripción de este sitio.

La escritora se la quedó mirando fijamente, como era su costumbre, y contestó:

-¿Por qué? Esto es precisamente lo que quieren los lectores, y éste es un sitio admirable.

-Demasiado admirable para que lo describan en los periódicos, cosa que mi tío no quiere de ningún modo.

-¡Vamos, no lo creas! -exclamó Henrietta-. Siempre dicen lo mismo y, después, están encantados.

-Pues ni mi tío ni mi primo estarán encantados, te lo aseguro; incluso lo considerarían un atentado a su hospitalidad.

La señorita Stackpole no pareció conmoverse. Se limitó a limpiar cuidadosamente su pluma en un elegante artefacto que para ello llevaba y puso aparte el comenzado manuscrito.

-Naturalmente -dijo-, si te opones no lo haré, pero lo siento de veras porque es sacrificar un tema precioso.

-Ya tendrás muchos otros. No han de ser temas lo que te falte. Haremos algunas excursiones, te mostraré algunos paisajes deliciosos.

-La descripción de paisajes no es mi fuerte; en mis escritos ha de prevalecer siempre algo de interés netamente humano. Ya sabes, Isabel, que yo soy y he sido siempre profundamente humana. -Y añadió-: Precisamente iba a sacar a tu primo... el americano desarraigado. Ahora interesa mucho cuanto se diga en los periódicos de los americanos desarraigados, y tu primo es un ejemplar magnífico de ellos. Es una pena no hacerlo, le habría tratado con una severidad que...

Isabel interrumpió para exclamar:

-¡Pues se habría muerto del disgusto...! No por tu severidad, sino por la publicidad.

-Lo deploro porque me habría dado mucho gusto matarlo un poquito. Y me habría encantado describir a < tu tío, que me parece un tipo mucho más noble... el del ', americano que sigue siendo fiel a su nacionalidad. Es un anciano espléndido. No comprendo qué puede objetar a que yo le rinda en mis crónicas el honor que se merece.

Isabel la miró muy asombrada y se quedó sumamente confusa al ver cómo una persona en la que siempre había hallado tantas cosas dignas de estimación tenía aquellas caídas tan graves en el error.

-Pero, Henrietta, no entiendes lo que significa la intimidad.

Henrietta se ruborizó grandemente y durante un momento sus ojos se humedecieron, mientras Isabel la encontraba más inconsecuente que nunca. La señorita Stackpole contestó muy dignamente:

-Isabel, eres muy injusta conmigo, porque yo no he escrito nunca una sola palabra sobre mí misma.

-Me consta, Henrietta; pero me parece que una debe ser también pudorosa para con los demás.

-¡Ah! Ahí esta frase está muy bien -exclamó la periodista, tomando de nuevo su pluma-. Voy a anotarla para poder utilizarla en otra ocasión. -Era, como se ve, una mujer de excelente carácter, y una hora más tarde estaba de nuevo del buen humor que podía esperarse de una periodista necesitada de temas. Así, dijo a Isabel-: Pero yo les he prometido hacer crónicas de la vida social; ¿cómo quieres que las haga si no tengo la menor idea? Si no me es posible describir este sitio, ¿qué otros conoces que pueda describir?

Isabel le prometió que pensaría en ello y, al día siguiente, mientras charlaban juntas, mencionó como al azar su visita a la vieja casa de lord Warburton. En el acto, la señorita Stackpole exclamó:

-Allí es donde debes llevarme... ése es el sitio que me conviene. Así podré echarle de cerca un vistazo a la aristocracia del país.

-Yo no puedo llevarte allá -dijo Isabel-; pero lord Warburton va a venir pronto y entonces tendrás ocasión de verlo y observarlo. Ahora, que si te propones reproducir su conversación, no tendré más remedio que ponerle a él sobre aviso.

-¡Por Dios, no lo hagas! -exclamó su amiga-. Yo quiero que se comporte y hable naturalmente.

A lo que Isabel contestó declarando:

-Un inglés no es nunca tan natural como cuando se calla.

Al cabo de tres días no era evidente, como ella profetizara, que su primo hubiese perdido todavía la cabeza por la señorita Stackpole, a pesar de haber pasado mucho tiempo con ella. Pasearon juntos por el parque, se sentaron bajo los árboles y, por las tardes, cuando el bogar en las tranquilas aguas del Támesis era una verdadera delicia, Henrietta ocupó un lugar en la lancha en la que antes Ralph sólo tenía una compañera. Su presencia probó que, en cierto sentido, su espíritu era menos irreductible a los placeres suaves de lo que Ralph esperaba, pues éste había caído en el error muy natural de considerar más alegre el carácter de su prima. El hecho es que la corresponsal del Interviewer le hacía reír, y él tenía ya decidido largo tiempo atrás que el crescendo en el regocijo sería el solaz de sus años declinantes. Por su parte, Henrietta no confirmó la predicción que respecto a ella hiciera su amiga Isabel al referirse a su indiferencia por la opinión masculina, pues el pobre Ralph le parecía a Henrietta un importante problema que era cuestión de amor propio tratar de resolver.

La noche misma de su llegada había ella preguntado a Isabel:

-¿Qué hace para vivir? ¿Se pasa todo el día de un lado para otro con las manos en los bolsillos?

A lo que Isabel contestó sonriendo:

-No hace nada, Es un caballero con abundantes recursos.

-Bueno, pues me parece sencillamente vergonzoso cuando pienso que yo he de trabajar como un carretero -replicó la señorita Stackpole-. Me gustaría poder sacudirle un poco.

Isabel se apresuró a contestar:

-El pobre está muy mal de salud. No puede trabajar.

-¡Bah! No creas semejante cosa. -Y añadió-: Yo trabajo incluso cuando estoy enferma.

Luego, cuando se embarcó en el bote para la excursión por el río, dijo a Ralph que se figuraba que él la detestaba y le preguntó si trataría de ahogarla.

A lo que él contestó riendo:

-¡Oh, no! Nada de eso, yo les reservo a mis víctimas una tortura mucho más lenta. Y usted puede ser una víctima muy interesante.

-Bueno, puedo decir que en verdad me tortura, pero yo desbarato todos sus prejuicios, y eso es ya un consuelo.

-¿Prejuicios, yo? No tengo absolutamente ninguno. En eso padezco de una verdadera indigencia intelectual.

-Pues peor para usted. Yo tengo algunos verdaderamente deliciosos. Por lo pronto, le desbarato a usted, su flirteo, o como quiera llamarlo, con su prima; pero no me importa el hacerlo porque creo que le hago un gran favor sacándole a usted de su reserva. Así verá ella lo endeble que es usted.

-¡Oh, sí! -exclamó Ralph-. Sáqueme de mi reserva. Muy poca gente se tomaría esa molestia...

En tal empeño la señorita Stackpole no escatimó ningún esfuerzo, echando mano, cada vez que se le presentaba la ocasión, del recurso de las preguntas. Al día siguiente hizo mal tiempo y, por la tarde, el joven, para procurarle un entretenimiento interesante en la casa, se brindó a mostrarle la galería de pinturas. Henrietta vagó con él por la larga galería mientras Ralph iba mostrándole los cuadros principales y mencionando sus temas y autores. La señorita Stackpole contemplaba las pinturas en silencio, sin proferir comentario alguno y procurando a Ralph la satisfacción de ver que no prorrumpía en ninguna de aquellas exclamaciones formularias de deleite de que tan pródigos solían ser los visitantes de Gardencourt. Hay que reconocer que la joven era muy poco aficionada a los términos consagrados; en su tono había algo serio e inventivo que, a veces, en los momentos de obligada deliberación, la hacía aparecer como una persona de gran cultura que estuviera hablando un idioma extranjero. Ralph Touchett se enteró después de que, en un tiempo, se había encargado de la crítica de arte de un diario del Nuevo Mundo, a pesar de lo cual parecía no llevar en el bolsillo ninguna de esas moneditas de la admiración corriente. De pronto, después de que Ralph le señalara un precioso cuadro de Constable, se volvió a él y, mirándole como si fuese un cuadro, preguntó:

-¿Pasa siempre así el tiempo?

-Muy contadas veces lo paso tan agradablemente.

-Bueno, ya sabe lo que quiero decir... sin ocupación fija.

A lo que Ralph contestó:

-¡Oh! Soy el más vago de los mortales.

La señorita Stackpole volvió a contemplar el cuadro de Constable y él le indicó que se fijase en un pequeño Lancret que estaba cerca y que representaba a un caballero vestido de rojo jubón, calzas y gorguera, apoyado en el pedestal de una estatua que representaba a una ninfa en un jardín, y tocando la guitarra para deleitar a dos damas que estaban sentadas en la hierba. Señalándolo, dijo:

-Ése es mi ideal de una ocupación fija.

La señorita Stackpole se volvió de nuevo hacía él y, aunque había posado los ojos en el cuadro, él se dio cuenta de que la escritora no se había percatado del tema y seguía pensando en algo mucho más serio.

-No comprendo cómo no le remuerde la conciencia -dijo ella.

-Mi querida señora, es el caso que yo no tengo conciencia.

-Bien, pues me permito aconsejarle que cultive una. La próxima vez que vaya a América le hará seguramente falta.

-Es muy probable que no vaya allí nunca más.

-¿Le da vergüenza que lo vean?

Ralph, después de pensarlo un momento, dijo con una suave sonrisa:

-Me imagino que, si uno no tiene conciencia, no tiene tampoco vergüenza.

-De lo que no hay duda es de que tiene usted gran aplomo -declaró Henrietta-. ¿Le parece bien abandonar a su país?

-¡Ah! Por lo que a eso toca, uno no abandona a su país como tampoco abandona a su abuela. El uno y la otra son anteriores a toda posible elección... elementos de la esencia de uno mismo que no se pueden eliminar.

-Me imagino que eso significa que usted lo ha intentado y ha sido derrotado. ¿En qué concepto le tiene la gente de aquí?

-Todos me adoran.

-Debe de ser porque usted los embauca.

Y Ralph, suspirando, replicó:

-¡Ah! Atribúyalo mejor a mi natural encanto.

-No sé nada acerca de su natural encanto -dijo Henrietta-. El encanto que pueda tener es completamente artificial, totalmente adquirido... o cuando menos, ha procurado adquirirlo viviendo en este lugar. Y, la verdad, no creo que lo haya logrado. Por lo menos, es un encanto que yo no sé apreciar. Procure hacerse útil de algún modo y volveremos a hablar del asunto.

-Bueno; dígame lo que debo hacer -le pidió Ralph.

-Por lo pronto y para comenzar, volver a su país.

-Comprendido. ¿Y después?

-Lanzarse de lleno a cualquier cosa.

-Conformes. Pero ¿qué cosa?

-Con tal de que se lo tome en serio, cualquier cosa. Cualquier idea nueva, una gran obra.

-¿Y es muy difícil lanzarse de lleno?

-Si se pone todo el corazón en ello, no.

-¡Ah, mi corazón! -dijo Ralph-. Si todo ha de depender de mi corazón...

-¿Es que no tiene corazón?

-Hasta hace pocos días lo tenía, pero desde entonces lo he perdido.

-No es usted serio -le reprochó la señorita Stackpole-, eso es lo que le ocurre.

Pero al cabo de un par de días, centró de nuevo su atención en él, asignando una nueva causa a su misteriosa perversidad.

-Ya sé lo que le ocurre: que se cree demasiado bueno para casarse -afirmó.

Ralph contestó tranquilamente:

-Así lo creí hasta que la conocí a usted, señorita Stackpole. Pero desde entonces, he cambiado de idea.

-¡Bah! -refunfuñó Henrietta.

Pero Ralph prosiguió:

-Me parecía que yo no era bastante bueno.

-El matrimonio lo hará mejor. Además, es su obligación. El joven exclamó:

-¡Ah, mi obligación! ¡Tiene uno tantas obligaciones! ¿También eso es una obligación?

-Naturalmente que lo es... ¿no lo sabía usted? Todos tienen el deber de casarse.

Ralph se quedó callado un momento, decepcionado. Algo en la señorita Stackpole había comenzado a gustarle. Le parecía que, si no era una mujer encantadora, cuando menos

era un «caso». Le faltaba ciertamente distinción, pero, según dijo Isabel, poseía un gran valor. Se había metido en las jaulas, había hecho restallar los látigos y había acabado siendo una domadora de leones. No la suponía capaz de emplear tretas vulgares, pero las últimas palabras le habían sonado a nota falsa: cuando una joven casadera acucia a casarse a un joven que no piensa en tal cosa, la explicación más clara es que no obra de manera altruista.

-¡Ah! Sobre eso hay mucho que decir -replicó Ralph.

-Puede que lo haya, pero lo principal es eso. Debo confesar que me parece cosa de privilegiados eso de , andar completamente solo en la vida como si creyera
que no hay mujer digna de usted. ¿Acaso se cree usted mejor que nadie en el mundo? En América, lo corriente es casarse.

-Si esa es mi obligación, ¿no será, por analogía, también la suya? -preguntó Ralph.

La señorita Stackpole mantuvo muy abiertos los ojos, en los que se reflejaba el sol, y dijo:

-¿Tiene usted la vana esperanza de encontrar algún fallo en mi razonamiento? ¿Qué duda cabe de que yo tengo el mismo derecho que cualquier otra a casarme?

-Pues entonces, no diré que me molesta el verla soltera, sino que, por lo contrario, me encanta.

-Todavía no es usted serio. Ni lo será nunca.

-No creerá usted eso el día que le confiese que deseo abandonar mi costumbre de ir solito por la vida...

La señorita Stackpole se quedó mirándole un instante de una manera que parecía anunciar una respuesta a la que técnicamente pudiera llamarse alentadora. Pero, contra lo que Ralph esperaba y con gran sorpresa suya, la aguardada expresión se trocó en una apariencia de alarma, incluso de enojo. Ella contestó secamente:

-Ni aun entonces. -Y se marchó.

Por la noche, Ralph le dijo a su prima:

-Todavía no he concebido amor por tu amiga, y eso que esta mañana hemos estado hablando un buen rato del asunto.

-Y no sólo hablasteis sino que tú dijiste algo que a ella no le agradó.

Ralph se quedó asombrado.

-Cómo, ¿se ha quejado de mí?

-Me ha dicho que cree que hay algo excesivamente superior en el tono de los europeos al dirigirse a las mujeres.

-¿Me llama ella europeo?

-Uno de los peores. Me ha contado que le dijiste una cosa que un americano no habría sido capaz de decir. Pero no quiso repetírmelo.

Ralph soltó una gran carcajada. Luego dijo:

-Es una persona muy contradictoria. ¿Creyó acaso que la estaba cortejando?

-No. Me figuro que incluso los americanos hacen eso. Pero al parecer se imaginó que tú entendiste mal algo que ella dijo y lo interpretaste a tu gusto.

-Se me antojó que me estaba haciendo una propuesta de matrimonio y la acepté. ¿Había algo malo en ello?

Isabel sonrió y dijo quedamente:

-Para mí, sí. Yo no quiero que te cases.

-¿Qué quieres que haga uno metido todo el santo día entre vosotras, querida primita? -preguntó Ralph-. La señorita Stackpole me dice que mi deber es casarme, y que el suyo es, en términos generales, velar por que yo cumpla con él.

A lo que Isabel contestó seriamente:

-Henrietta tiene un hondo sentido del deber. El deber inspira todo cuanto dice. Por eso es por lo que la quiero tanto. Ella piensa que es indigno de ti guardar tantas cosas para ti solo.

Eso es lo que quería decir. De j modo que, si te figurabas que estaba tratando de engatusarte... te equivocaste de medio a medio.

-Sin duda era un modo bien extraño de conseguirlo, pero se me antojó que estaba tratando de pescarme. Perdona mi perversidad, primita.

-Eres demasiado presuntuoso. Ni por un instante acarició ella miras interesadas, ni supuso que tú se las atribuirías.

-Verdaderamente, tiene uno que ser muy modesto para hablar con esa clase de mujeres -dijo Ralph con toda humildad-. Lo cierto es que es un tipo bien extraño. Demasiado personal... si se considera que ella espera que los demás no lo sean. Es de las que entran en la casa sin llamar a la puerta.

-Cierto -dijo Isabel-. No se presta a reconocer de buen grado la existencia de los picaportes, a los que estoy segura que considera simples adornos pretenciosos. Piensa que la puerta de la gente debe estar siempre abierta de par en par. Eso no quita para que yo siga queriéndola.

-Pues yo sigo creyendo que se toma demasiadas confianzas -replicó Ralph que, naturalmente, se sentía algo molesto ante la idea de haberse engañado doblemente respecto a la amiga de su prima.

Isabel contestó:

-Yo, la verdad, creo que la quiero precisamente porque es más bien algo vulgar.

-Ese razonamiento tuyo la halagará sin duda alguna.

-Pero si yo tuviese que decírselo no lo expresaría de este modo. Le diría que es porque hay en ella algo de pueblo.

-Por lo que hace a eso, ¿qué sabes tú de pueblos y qué sabe ella?

-Ella, por lo pronto, mucho; y yo sé lo bastante para darme cuenta de que ella es como una emanación de la gran democracia... del continente, del país, de la nación entera. No es que yo quiera decir con esto que ella lo resume todo en sí, sería demasiado pedir... pero el caso es que lo sugiere, que lo representa con gran realismo.

-Así que la quieres tanto por una razón de patriotismo. En cambio, yo tengo el presentimiento que es precisamente por eso por lo que le pongo reparos.

Isabel exhaló un hondo y alegre suspiro y dijo:

-¡Ah! ¡Hay tantas cosas que me gustan y que quiero! Basta que una cosa me impresione con cierta intensidad para que yo la acepte enseguida. No es que pretenda presumir de ello, pero intuyo que soy más bien versátil. Me gusta que la gente sea distinta de Henrietta, como, por ejemplo, las señoritas Molyneux, las hermanas de lord Warburton. Cuanto más las contemplo, más me parece que encarnan un verdadero tipo de ideal. Sin embargo, en cuanto veo a Henrietta, quedo en el acto convencida por ella no tanto por lo que ella es, sino por lo que detrás de ella se amontona.

-Entonces, te refieres a su lado oculto -sugirió su primo.

-Ella tiene razón -dijo Isabel-, nunca llegarás a ser una persona seria. Yo adoro aquel gran país que se extiende a través de las praderas y más allá de los ríos, floreciendo, sonriendo y dilatándose hasta verterse en el Pacífico... Y Henrietta, no me eches en cara la comparación, ha recogido en los pliegues de su ropa todo el aroma de aquel país.

Isabel se ruborizó un poco al terminar su parrafada, y aquel rubor, junto con el ardor pasajero que había puesto en sus palabras, le sentaron tan admirablemente que Ralph permaneció contemplándola un rato en silencio y sonriendo. Por fin dijo:

-No tengo la seguridad de que el Pacífico sea tan grande como tú lo pintas, pero no cabe duda de que eres una mujer de gran imaginación. En cambio, Henrietta huele tanto a futuro que casi le tumba a uno de espaldas.

11

Ralph adoptó la firme resolución de no interpretar torcidamente las palabras de la señorita Stackpole ni aun cuando ésta hablara en un sentido demasiado personal. Hubo de acostumbrarse a la idea de que para ella las personas no eran sino organismos sencillos y homogéneos, y de que por su parte él era un ejemplar demasiado corrompido de la naturaleza humana para tener derecho a tratarla en términos de reciprocidad. Llevó a cabo su decisión con un tacto exquisito, de suerte que la joven periodista pudo, en su renovado contacto con él, ejercer sin trabas su habilidad para la investigación insaciable. De modo que, dado el gran aprecio que por ella sentía Isabel, y el no menor que ella experimentaba por esa agilidad de inteligencia que a juicio suyo hacía de Isabel su hermana espiritual, y dada la venerabilidad tan agradable del señor Touchett, cuyo noble tono, como ella solía decir, merecía toda su aprobación, su situación en Gardencourt habría sido de lo más cómoda si no hubiese ella concebido desde el primer momento una gran desconfianza hacia la pequeña señora a quien al principio se creyó obligada a considerar dueña de la casa. Pero no tardó en descubrir que semejante obligación no era nada pesada y que la señora Touchett no se preocupaba en absoluto de lo que la señorita Stackpole hiciera o dejara de hacer. La señora Touchett la había calificado, hablando con Isabel, de aventurera y de aburrida... concediendo que a veces las aventuras proporcionan verdaderas emociones. Había manifestado a su sobrina su extrañeza de que hubiera escogido tal amiga, pero añadió a renglón seguido que sabía muy bien que los amigos de Isabel no eran cosa suya, y que jamás se había propuesto que le gustasen todos, ni obligar a la joven a tratar únicamente a aquellos que agradaban a su tía.

-Si no hubieras de tratar más que a la gente que a mí me gusta -confesó- tendrías muy pocas relaciones, pues no conozco a ningún hombre ni ninguna mujer que me gusten lo suficiente para poder recomendártelos. Eso de recomendar a alguien es cosa muy seria. Por ejemplo, la señorita Stackpole no me gusta absolutamente nada. Todo lo suyo me desagrada profundamente; habla demasiado fuerte y la mira a una como si una estuviese deseando mirarla a ella... cosa que no ocurre. Tengo la seguridad de que ha vivido toda su vida en pensiones de familia y no detesto nada tanto como las costumbres y libertades de semejantes sitios. Si me preguntas si prefiero mis modales, que seguramente te parecerán horribles, te diré que me gustan infinitamente más que los de ella. La señorita Stackpole sabe muy bien que yo detesto esa civilización de casa de huéspedes y me odia por detestarla, pues se figura que esa civilización es la más selecta del mundo. Gardencourt le gustaría más si fuera una casa de huéspedes, aunque a mí me parece que tiene no poco de eso. Como nunca nos llevaremos bien ella y yo, más vale no intentarlo.

La señora Touchett tenía razón al imaginarse que no merecía la aprobación de Henrietta, pero no lograba poner el dedo en la llaga del motivo de semejante sentimiento. Dos días después de la llegada de la señorita Stackpole, la señora Touchett hizo algunas injustas reflexiones sobre los hoteles de América, y ello excitó el espíritu de contradicción de la corresponsal del Interviewer que, en su calidad de periodista, había conocido en el mundo occidental los más variados tipos de alojamiento. Henrietta manifestó su opinión de que los hoteles de América eran los mejores del mundo, y la señora Touchett, que aún conservaba fresco el recuerdo de su lucha con algunos de ellos, expresó su convicción de que eran los peores. Ralph, queriendo poner en práctica su buen humor experimental y deseoso de encontrar un medio de zanjar la cuestión, dijo que la verdad estaba en el justo medio y que los establecimientos de que hablaban debían ser clasificados entre los medianos.

La señorita Stackpole rechazó indignada tal clasificación. Nada de medianos. O eran los mejores del mundo o eran los peores, pero no había nada de términos medios con respecto a los hoteles de América.

-Juzgamos desde distintos puntos de vista, es evidente -dijo la señora Touchett-. A mí me gusta que me traten como a una persona, a usted le gusta que la traten como a un número.

-No sé qué quiere usted decir -repuso Henrietta-. A mí me gusta que me traten como a una señora americana.

-¡Pobres señoras americanas! -exclamó riendo la señora Touchett-. Son esclavas de esclavos.

-Son compañeras de hombres libres -replicó Henrietta.

-Compañeras de sus criados..., de la doncella irlandesa y el mozo de comedor negro. Comparten sus trabajos.

-¿Llama usted «esclavos» al servicio doméstico de una casa americana? -inquirió la señora Stackpole-. Si es así, no me extraña que no le guste América.

-Si una no tiene buenos criados lo pasa terriblemente mal -dijo con tranquilidad la señora Touchett . En América son muy malos; en cambio, en Florencia tengo cinco, a cual mejor.

Henrietta no pudo contenerse de decir:

-No veo para qué necesita usted cinco criados. Yo creo que no podría soportar ver a cinco personas a mi alrededor en esas condiciones de servilismo.

La señora Touchett proclamó con no poca intención:

-Pues yo prefiero verlas en tal condición antes que , en algunas otras.

El señor Touchett intervino diciendo:

-¿Te gustaría yo más, querida, si fuera tu mayordomo?

-No estoy muy segura; por lo pronto, te faltan los modales y el tipo para ello.

-Compañeras de los hombres libres... he ahí algo que de veras me gusta, señorita Stackpole -dijo Ralph-. Es una hermosa descripción.

-Al decir hombres libres, no me refería a usted, . señor.

Y ésa fue toda la recompensa que Ralph obtuvo por su anterior cumplido. La señorita Stackpole estaba perpleja. Era indudable que pensaba que había algo traicionero en la estima que la señora Touchett mostraba por una clase a la que Henrietta en privado calificaba de misteriosa supervivencia del feudalismo. Acaso porque estaba hondamente preocupada por tal imagen dejó pasar varios días antes de buscar una ocasión para decir a Isabel:

-Estoy por preguntarme, querida amiga, si no te habrás vuelto desleal.

-¿Desleal? ¿Desleal hacia ti, Henrietta?

-No. Eso sería una gran pena para mí, pero no es eso.

-Entonces, ¿hacia mi país?

-¡Ah! Espero que eso no suceda nunca. Cuando te escribí desde Liverpool, te comuniqué que tenía algo particular que decirte. Nunca se te ha ocurrido preguntarme qué era... ¿Es acaso porque lo has sospechado?

-¿Sospechado, qué? Por lo general, no creo ser dada a sospechar -dijo Isabel-. Cierto, ahora recuerdo la frase de tu carta, pero confieso que la había olvidado por completo. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Henrietta pareció decepcionada y su firme mirada lo dio a entender.

-No lo preguntas como es debido... como si te pareciese una cosa importante... Estás muy cambiada... piensas ya en otras cosas,

-Dime lo que es y entonces pensaré en ello.

-¿De veras pensarás en ello? Eso es de lo que yo quería asegurarme.

Isabel contestó:

-No tengo un dominio perfecto sobre sus pensamientos, pero haré lo que pueda. -Henrietta la miró en silencio durante tanto rato que acabó con la paciencia de Isabel y le hizo exclamar-: ¿Quieres decir que vas a casarte?

-No antes de haber visto Europa -respondió Henrietta. Y prosiguió-: ¿De qué te ríes? Lo que quiero decir es que el señor Goodwood vino en el mismo barco que yo.

-¡Ah! -se limitó a responder Isabel.

-Has dicho bien. A bordo tuvimos ocasión de charlar largamente. Ha venido siguiéndote.

-¿Te lo dijo él?

-No, no me dijo absolutamente nada. Por eso lo supe -contestó ingeniosamente la escritora-. Él habló poco de ti, pero, en cambio, yo hablé mucho de ese tema.

Isabel se mantuvo a la espera. Había empalidecido al oír el nombre del señor Goodwood y, al final, acabó por decir:

-Siento mucho que hablaras de mí.

-Es que era un placer y me gustaba la manera en que me escuchaba. A un oyente así podría haberle hablado mucho tiempo. Escuchaba con tanta atención, tan callado, tan absorto en mis palabras...

Isabel preguntó:

-¿Qué dijiste de mí?

-Dije que, en conjunto, eras la criatura más perfecta que conocía.

-Pues lo siento en el alma. Él tiene ya demasiada; buena opinión de mí y no hay que alentarle por ese camino.

-Se muere porque le den alientos, por pocos que sean. Me parece estar viendo su cara, aquella mirada absorta mientras yo hablaba... Nunca he visto a un hombre feo transformarse en uno tan hermoso.

-Es de ideas muy simples -contestó Isabel-. Y, además, no es tan feo.

-Nada torna a la gente tan sencilla como una gran pasión.

-La suya no es una gran pasión, de eso estoy segura.

-Lo dices como si no lo estuvieras.

Isabel sonrió de manera más bien fría. Y declaró:

-Haré mejor en decírselo al mismo señor Goodwood.

-Pues pronto tendrás ocasión de ello -dijo Henrietta. Isabel no contestó a esa afirmación que su amiga acababa de hacer con gran seguridad. La periodista prosiguió-: Te va a encontrar muy cambiada. El ambiente que te rodea te ha afectado mucho.

-No digo que no. Todo me afecta.

-Todo, menos el señor Goodwood -exclamó la señorita Stackpole con una risa un tanto agria.

Isabel ni siquiera sonrió y, al cabo de un instante, preguntó:

-¿Te pidió él que me hablaras?

-No lo dijo con estas palabras, pero me lo pidió con los ojos y con su apretón de manos cuando nos despedimos.

-Te agradezco que lo hayas hecho -dijo Isabel, y se dio la vuelta.

-Has cambiado, Isabel, has adquirido aquí otras ideas -insistió su amiga.

-Por suerte para mí -replicó Isabel-. Una tiene el deber de adquirir el mayor número de ideas que le sea posible.

-De acuerdo, pero las nuevas no deben desplazar a las antiguas, si las antiguas han sido las buenas.

Isabel se le acercó nuevamente y dijo:

-Si quieres decir que yo tenía alguna idea con respecto al señor Goodwood... -Pero, ante la implacable mirada de su amiga, optó por callarse.

-Querida mía, ¿qué duda cabe de que le dejaste concebir esperanzas?

Durante un momento Isabel pareció disponerse a rebatir aquel aserto, pero en lugar de eso dijo tranquilamente:

-Es cierto, yo le di alientos. -Dicho lo cual, preguntó a su amiga si el señor Goodwood le había comunicado qué pensaba hacer. No era eso más que una concesión a su propia curiosidad, pues le desagradaba hablar del asunto y consideraba que Henrietta no había procedido con la delicadeza debida.

-Se lo pregunté y me dijo que no pensaba hacer absolutamente nada -contestó la señorita Stackpole-. Naturalmente, yo no lo creí porque no es un hombre pasivo, sino de acción pronta y decidida. Ocúrrale lo que le ocurra, él hará siempre algo, y lo que haga estará siempre bien.

Aunque Henrietta tal vez se había mostrado poco delicada, esa declaración conmovió a Isabel, que corroboró:

-Yo también opino lo mismo.

La periodista se lanzó al ataque, diciendo:

-Y piensas en él.

Isabel repitió:

-Lo que él haga, siempre estará bien... Cuando un hombre es totalmente de una pieza, ¿qué puede importarle lo que una sienta?

-Puede que a él no le importe, pero le importa a una.

-¡Bah! Lo que a mí me importa... no es precisamente lo que estamos discutiendo -dijo Isabel, sonriendo sin ganas.

Su compañera adoptó un aire severo y replicó:

-Bueno, eso no es cosa mía. Lo que veo es que estás cambiada, que no eres la misma que eras hace unas semanas, y el señor Goodwood se dará cuenta de ello. Yo espero que se presente aquí de un día a otro.

-Pues, entonces, confío en que llegará a detestarme.

-Ni creo que esperes tal cosa ni le creo a él capaz de ella.

Nuestra heroína no replicó a esta observación, pues se había quedado anonadada ante la noticia que Henrietta acababa de darle respecto a la posible aparición de Caspar Goodwood en Gardencourt. Quiso engañarse a sí misma diciéndose que eso era imposible, y así se lo hizo saber más tarde a su amiga. Sin embargo, pasó en una gran ansiedad las cuarenta y ocho horas siguientes, esperando a cada momento oír anunciar el nombre del joven compatriota. Y tal preocupación la intranquilizó hasta el punto de que le pareció sentir un gran bochorno en el aire, como si el tiempo fuese a cambiar... Tan grato había sido el tiempo, en el sentido social, hasta entonces para ella en Gardencourt, que cualquier cambio que en él se produjera no podría ser para bien. Sin embargo, su ansiedad cesó al segundo día. Había salido ella de paseo por el parque en compañía del simpático Bunchie y, después de haber andado durante un rato tan intranquila y absorta en sí mima que no veía ni oía, se había sentado en un banco del jardín, no lejos de la casa y bajo una gran haya, donde, vestida de blanco, adornado su traje con lazos negros, y entre las leves sombras que revoleteaban a su alrededor, ofrecía una imagen llena de gracia y armonía. Durante algunos instantes se entretuvo en hablar con el revoltoso perrito, respecto al cual se aplicaba con la mayor imparcialidad posible la proposición de bien indiviso hecha por el primo... es decir, tan imparcialmente como lo permitían las veleidosas e inconstantes simpatías del pequeño can. Pero en aquella ocasión se dio cuenta por primera vez de la limitación del intelecto de Bunchie, que hasta entonces le había parecido de grandes dimensiones. Pensó que, antes de salir, hubiera sido oportuno proveerse de un libro, ya que, en otros tiempos, cuando se sentía desasosegada, le bastaba la compañía de un buen volumen para que su ensimismamiento se aposentase en la morada de su pura razón. Últimamente, no vale la pena negarlo, pareció que la literatura no iluminaba

sus inquietudes más que con una mortecina luz; y, aun cuando se acordó de que la biblioteca de su tío contenía todos esos autores que no deben faltar en la de ningún caballero que se estime, el hecho es que permanecía allí sentada, inmóvil y con las manos vacías, la mirada fija en el verde césped del prado. La llegada de un criado con una carta la sacó en aquel instante de su ensimismamiento. La carta, cuyo sobre tenía el sello de Correos de Londres y estaba escrito con una letra que le era bien conocida... vino a ocupar un lugar en su imaginación, absorta ya en el que la había escrito, como si con , ella aportara la vivacidad del rostro o de la voz del autor. Por ser tal carta un documento corto, no habrá inconveniente en transcribirla por completo. Decía así:

Querida señorita Archer:

Ignoro si se habrá enterado de mi llegada a Londres, pero, aunque no haya sabido nada de ella, creo que no será una sorpresa para usted. Recordará que cuando, hace tres meses, me dio su respuesta negativa en Albany, yo no quise aceptarla y protesté contra ella. Por su parte, usted pareció aceptar semejante protesta y reconoció que yo tenía razón. Fui entonces a verla con la esperanza de que me permitiera intentar hacerle compartir mi convicción, ya `que las razones en que la fundo son inmejorables.

Pero usted me desengañó, pues la encontré cambiada y sin poder darme razón aceptable acerca de su cambio. Usted misma reconoció que su actitud no era razonable, y ésa fue toda la concesión que se dignó hacer, pero era verdaderamente baladí porque no ' respondía a su manera de ser. No, usted no es, ni será nunca, arbitraria ni caprichosa. Por el contrario, creo que me permitirá volver a verla. Me dijo que yo no le resultaba desagradable, cosa que creo, pues no ` sé por qué habría de serlo. Seguiré pensando siempre en usted y en ninguna otra. He venido a Inglaterra sólo porque en ella se encuentra usted, ya que no podía permanecer en nuestro país estando usted ;' ausente de él, y lo detestaba porque usted lo había abandonado. Si ahora me gusta tanto este país en tan sólo porque la tiene a usted en su seno. He estado en Inglaterra anteriormente, pero nunca me gustó gran cosa. ¿Me permite ir a verla, aunque no sea más que media hora? En el momento presente ése es el más vivo anhelo de su devoto

GASPAR GOODWOOD

Isabel leyó esta carta con tan concentrada atención que ni siquiera oyó los pasos que hacia ella se acercaban quedamente sobre la hierba tierna. Alzó los ojos mientras plegaba maquinalmente la carta, y vio a lord Warburton de pie ante ella, contemplándola en silencio.

12

Isabel se guardó la carta en el bolsillo y dirigió a su visitante una suave sonrisa de bienvenida, sin mostrar la menor alteración y sorprendiéndose a sí misma por su propia frialdad.

Lord Warburton habló así:

-Me dijeron que estaba usted aquí y, como no había un alma en el salón y era precisamente usted a quien me interesaba ver, me dirigí aquí sin más.

Isabel se puso en pie, pues parecía sentir en su interior un vago deseo de que él no se sentara a su lado.

-Ya me disponía a entrar -dijo.

-No se vaya, por favor. Se está mucho mejor aquí fuera. He venido a caballo desde Lockleigh y puedo asegurarle que hace un día espléndido.

La sonrisa con que acompañara las anteriores palabras era especialmente amistosa y agradable, mientras que parecía desprenderse de toda su persona ese aura de bondad y amabilidad que tanto encantara a la joven desde el momento en que le vio por vez primera; aura que le rodeaba como el resplandor de un deleitoso día del mes de junio.

-Entonces daremos una vuelta -dijo Isabel, que a su pesar intuía la intención de la visita de su acompañante y que deseaba a un tiempo eludir aquella intención y satisfacer su curiosidad. Ya otra vez había vislumbrado ese designio con la fugacidad de un relámpago y, como ya sabernos, le produjo gran alarma; una alarma cuyos elementos no eran del todo desagradables. Por lo pronto llevaba varios días analizándolos, habiendo al fin logrado separar la parte agradable de la idea de que lord Warburton la estaba cortejando, de la parte de esta idea que la resultaba desagradable. A muchos de nuestros lectores ha de antojárseles que la joven era a la vez precipitada e indebidamente exigente; pero este último reproche, caso de ser justo, puede contribuir a disculparla del descrédito que el primero entraña. Isabel no sentía el menor deseo de convencerse a sí misma de que un poderoso terrateniente, como había oído llamar a lord Warburton, estaba prendado de sus encantos, pues el hecho de una declaración procedente de él comportaría más interrogantes de los que podría contestar. A ella le había impresionado mucho el hecho de que él fuese un gran «personaje», y se había dedicado a examinar la imagen que ese hecho le presentaba. Cabe decir, a riesgo de abundar aún más en la prueba de su autosuficiencia, que en determinados momentos la posibilidad de que tal personaje le tributara tanta admiración le parecía una agresión rayana en afrenta, casi una inconveniencia. Hasta entonces no había conocido a ningún verdadero personaje, no los había habido antes en su vida, y acaso tampoco existieran en su país de origen. Cuando ella había pensado que alguien pudiera ser eminente, lo hacía en razón de su carácter y de su ingenio... en razón de lo que a una pudiera gustarle en la inteligencia y en la conversación de un caballero. Por su parte, ella misma era todo un carácter, y de eso estaba perfectamente convencida. Y hasta entonces su imagen de una conciencia plena tenía relación con cuestiones morales... cosas respecto a las cuales la pregunta sería si a su alma sublime le resultaban gratas. Así, pues, lord Warburton fulgía ante sus ojos intensa y brillantemente como un conjunto de atributos y poderes que no se medían por esa sencilla norma, sino que requerían una clase de apreciación totalmente distinta... una apreciación que la joven, acostumbrada a juzgar las cosas con gran celeridad y suma libertad, se sentía falta de paciencia para poder otorgar. Era como si él fuese a pedirle algo que ningún otro había pensado pedirle. Ella sentía que un gran magnate terrateniente, social y político, había concebido el designio de arrastrarla a un sistema en el cual él vivía y actuaba de un modo un tanto ofensivo. Y un cierto instinto persuasivo, si bien nada categórico, le decía que resistiera... murmurándole que ella tenía ya su propio sistema y su propia órbita. Le decía además, muchas otras cosas... cosas que a la vez se contradecían y confirmaban mutuamente; como que una muchacha podría sin duda hacer algo mucho peor que confiarse a semejante hombre, y que resultaría de veras interesante conocer su sistema desde el punto de vista de él; que, sin embargo, mucho de aquel sistema constituía para ella una constante complicación y que, incluso tomado en conjunto, tenía algo de rígido y de inflexible que lo convertía en una verdadera carga. Por si eso fuera poco, he aquí que acababa de llegar de América cierto joven que carecía en absoluto de ninguna clase de sistema, pero que estaba dotado de un carácter respecto del cual le era inútil tratar de convencerse de que le había producido poca impresión. La carta que en el bolsillo tenía probaba precisamente lo contrario. Sin embargo me atrevería

a repetirle al lector que no sonriera ante esta sencilla muchacha de Albany que se atormentaba pensando en si debía aceptar a un par inglés antes de que él se le declarase y que, por otra parte, estaba convencida de que podía encontrar un candidato mejor. Como se ve, era una persona de inmensa buena fe, y si en realidad había mucho de insensatez en su juicio, quienes hayan de juzgarla severamente pueden tener la satisfacción de comprobar que con el tiempo se tornó juiciosa, aunque a costa de una enormidad de insensateces, que casi constituirían una apelación directa a la caridad.

Lord Warburton parecía estar dispuesto a pasear, a sentarse o hacer lo que a Isabel se la antojara proponer, y así se lo aseguró con su aire habitual de complacencia en el ejercicio de una virtud social. Pero, a pesar de todo, no era dueño de sus emociones y, mientras caminaba a su lado en silencio durante un momento, y la miraba sin que ella se diese cuenta, había algo azorado en su mirada y en su risa a destiempo. Sí, ciertamente... ya que he tratado antes este punto, podemos volver ahora sobre él... los ingleses son la gente más romántica del mundo, y lord Warburton estaba a punto de brindar un ejemplo de ello. Estaba al borde de dar un paso que habría de asombrar a todos sus amigos, desagradando a no pocos de ellos, y que visto superficialmente no tenía nada positivo. La joven que iba a su lado hollando el césped procedía de un país extraño de allende los mares, país que él conocía bastante; los antecedentes y las relaciones de la muchacha se le aparecían muy vagos salvo en la medida en que eran genéricos, pero en tal sentido se le antojaban claros y sin importancia. La señorita Archer no poseía fortuna ni esa clase de belleza que justifica a un hombre ante la multitud y él calculaba que había pasado ya como unas veintiséis horas en su compañía. El lo había sopesado todo: la contumacia de su propio impulso, que rehusara aprovechar las mejores oportunidades que se le ofrecían para apaciguarse, y el juicio del género humano, ejemplificado particularmente por la mitad más rápida a la hora de juzgar; después de mirar todas estas cosas cara a cara, en el acto las desalojó de su pensamiento, no preocupándose de ellas más de lo que habría podido preocuparse del capullo de rosa que llevaba prendido del ojal. La suerte del hombre que durante la mayor parte de su vida no ha necesitado realizar grandes esfuerzos para no desagradar a sus amigos, consiste en que no hay recuerdos molestos que lo desacrediten cuando deba tomar el camino contrario.

Isabel, que estaba observando la indecisión de su amigo, acabó por decirle:

-Celebraré que le haya resultado agradable el paseo.

-Sólo por el hecho de conducirme hasta aquí tenía que ser de lo más grato.

-¿Tanto le gusta a usted Gardencourt? -preguntó la muchacha, cada vez más segura de que acabaría por pedirle algo y deseosa de no forzarle, caso de que él titubeara y, al mismo tiempo, de conservar toda su tranquilidad y lucidez mental por si se decidía. De pronto pensó que su actual situación era de las que unas semanas antes no habría dudado en calificar de romántica, a saber: el parque de una vieja y prestigiosa mansión señorial en Inglaterra y, en primer plano, uno de los «grandes» aristócratas del país (según creía ella) a punto de declarar su amor a una preciosa y joven dama que, luego de bien observada, acusaba notable parecido con Isabel misma. No obstante, al ser ella en aquel momento la heroína de semejante situación, no lograba mirarla serenamente.

-Gardencourt me tiene absolutamente sin cuidado -contestó el acompañante-. Lo que me interesa es usted.

-Me conoce todavía demasiado poco para tener derecho a decir semejante cosa, y no puedo creer que hable en serio.

No eran del todo sinceras las palabras de Isabel, pues no le cabía duda de que él lo era. Las dijo simplemente para rendir un tributo al hecho, del cual era muy consciente, de que la afirmación de él habría causado gran sorpresa en el vulgo. Y si, por añadidura, hubiese habido algo capaz de convencerla, además de su presentimiento de que lord Warburton no era ligero de cascos, habría bastado para ello el tono con que él le respondió:

-Ese derecho no puede medirse por el tiempo, señorita Árcher, sino por el sentimiento. Dentro de tres meses no estaré más convencido que ahora de lo que siento. Es cierto que la he visto muy poco, pero mi impresión arranca del momento mismo en que nos conocimos. No perdí el tiempo, pues me enamoré de usted entonces. Como dicen las novelas, fue un flechazo. Ahora comprendo que tal frase no es pura fantasía y en adelante tendré mejor opinión de ese género literario. Los dos días que aquí pasé acabaron de arraigar mis ideas y mi decisión. Ignoro si usted se dio cuenta de lo que yo estaba haciendo, pero el hecho es que le consagré la mayor atención posible. No se me escapó nada de cuanto hizo, ni una sola de sus palabras. El otro día, cuando usted se dignó ir a Lockleigh... mejor dicho, cuando se marchó... ya estaba completamente seguro. No obstante, tomé la resolución de pensarlo seriamente de nuevo y de interrogar mi ánimo con profundidad. Ya lo hice. En realidad, durante todos estos días no he hecho otra cosa. Y no suelo cometer errores en cosas de ese calibre, soy un animal muy sensato. No me salgo fácilmente de mis casillas, pero cuando me siento tocado es para toda la vida... Para toda la vida, señorita Árcher, es para toda la vida -repitió lord Warburton con la voz más grata, tierna y amable que Isabel oyera jamás, al tiempo que la miraba con ojos llenos de una pasión desprovista de las partes impuras de la emoción (ardor, desvarío, violencia) y que parecía brillar con llama tan potente como la de una antorcha en un lugar resguardado del viento.

De común y tácito acuerdo siguieron andando cada vez más despacio mientras él hablaba, hasta que, al fin, se detuvieron y él le tomó una mano. Isabel dijo entonces suavemente:

-¡Ah! ¡Qué mal me conoce usted, lord Warburton! -Y con gran delicadeza retiró su mano de la mano del aristócrata.

-No me lo reproche, por favor; bastante desdichado soy por no conocerla mejor. Pero eso es lo que pretendo, y creo que estoy en el buen camino. Si consiente en ser mi esposa llegaré a conocerla y, cuando luego le comunique todo lo bueno que de usted pienso, no podrá en modo alguno decir que es por ignorancia.

Isabel respondió:

-Si usted me conoce a mí poco, menos le conozco yo a usted.

-Tal vez crea usted que, a diferencia suya, quizá yo no mejore cuando me conozca. Sin embargo, piense usted en lo resuelto que estoy a complacerla cuando me arriesgo a decirle lo que acaba de oír. Le gusto un poco, ¿no es cierto?

-Me gusta usted muchísimo, lord Warburton -contestó la joven; y era cierto que en aquel preciso instante le gustaba enormemente.

-Le agradezco en el alma que me lo diga. Eso prueba que no me considera ya un extraño. Creo, en realidad, que hasta el presente he cumplido a plena satisfacción con todas las obligaciones de la vida, y no veo por qué no habría de cumplir con ésta... en la que me ofrezco a mí mismo... cuando es precisamente la que más me importa. Pregunte usted a los que bien me conocen y ellos responderán por mí.

-Yo no preciso recomendaciones de sus amigos -contestó Isabel.

-Es verdaderamente encantador de su parte. Usted se basta para creer en mí...

-Por completo -dijo Isabel; y el placer de sentir lo que decía pareció iluminarla con una luz interior.

La luz se tornó sonrisa en las pupilas de su compañero, que prorrumpió en esta exclamación de alegría:

-¡Que yo pierda cuanto tengo, si usted se equivoca, señorita Archer!

Pensó ella si acaso lo había dicho para hacerle recordar su riqueza, pero al instante estuvo segura de que no. Eso él lo guardaba bajo llave, como él mismo habría dicho, y lo confiaba a la memoria de su interlocutor, en especial a la de una mujer a quien estaba proponiendo matrimonio. Isabel había rogado al cielo no sentirse desazonada mientras le

escuchaba y se preguntaba qué era lo mejor que podría decir. ¿Qué debía contestar? Su mayor anhelo era decir algo tan exquisito cuando menos como lo que acababan de decirle. En las palabras de su compañero había una convicción irresistible y ella se dio cuenta de que, por misterioso que fuera este hecho, lord Warburton la quería. Por fin contestó:

-No tengo palabras con que agradecerle su ofrecimiento. Con él me ha hecho un gran honor.

-Por favor, no diga semejante cosa -prorrumpió lord Warburton-. Me estaba temiendo que dijese algo por el estilo. No le va a usted esta clase de respuesta. No se me alcanza por qué ha de agradecerme nada. Yo soy quien tiene que agradecer a usted que haya querido oír-me y aguantar que un hombre a quien apenas conoce la haya acometido así de sopetón. Sin duda alguna se trata de una pregunta muy seria y no tengo el menor empacho en confesarle que antes prefiero hacerla que contestarla yo mismo... Sin embargo, la manera como la ha escuchado... el mero hecho de que haya querido escucharme... me permite concebir alguna esperanza.

-No tenga demasiadas esperanzas -dijo amablemente Isabel.

-Por favor, señorita Archer -murmuró su compañero sonriendo amablemente en medio de su seriedad, como si esa advertencia pudiera considerarse fruto de un estado de ánimo alegre o de un exceso de júbilo.

Isabel preguntó:

-¿Le sorprendería a usted mucho si le pidiese que no abrigase ninguna esperanza?

-¿Si me sorprendería? Ignoro lo que quiere usted decir con eso de la sorpresa. No es cuestión de sorpresa, sería un sentimiento muchísimo peor.

Isabel se puso a andar de nuevo en silencio durante un rato. Dijo:

-Tengo la completa seguridad de que la buena opinión que tengo de usted mejorará sin ninguna duda cuando le conozca mejor. De lo que no estoy tan segura es de que usted no pueda quedar decepcionado. Y no lo digo por falsa modestia, sino porque realmente lo creo así, con toda sinceridad.

Su compañero replicó:

-No obstante, estoy dispuesto a arriesgarme, señorita Archer.

-Como usted bien dice, es una pregunta seria, una pregunta difícil.

-Por supuesto, no pretendo que usted la conteste en el acto. Puede pensarla todo el tiempo que crea necesario. Si con la espera he de salir ganando, estaré encantado de tener que aguardar durante largo tiempo. Solamente, no olvide que, en último término, mi mayor felicidad depende de su respuesta.

-Sentiría mucho tenerle en esa ansiedad -dijo Isabel.

-No se preocupe por ello. Antes prefiero recibir dentro de seis meses una respuesta favorable que una desfavorable en este momento.

-Pero es muy posible que tampoco dentro de seis meses pueda darle una que la parezca buena.

-¿Por qué no, si es cierto que le gusto?

-De eso no debe tener la menor duda -dijo Isabel.

-Pues, entonces, no veo qué más pide usted.

-No se trata de lo que pido, sino de lo que pueda dar. Creo que yo no le convengo a usted, de veras creo que no.

-No tiene que preocuparse de semejante cosa. Eso es cosa mía. No ha de ser usted más papista que el papa.

Isabel dijo:

-Pero no es solamente eso. Es que no estoy segura de querer casarme nunca con nadie.

-Es muy posible. No cabe duda de que muchas grandes mujeres empiezan diciendo lo mismo -manifestó el lord, de quien se puede afirmar que no creía en ti absoluto en el axioma con que intentaba engañar su propia ansiedad-. Pero casi siempre se las convence.

-Porque suele ser lo que están deseando -replicó Isabel riendo alegremente.

Su compañero pareció desconcertado, y durante un momento se quedó mirándola en silencio. Luego dijo:

-Me temo que sea mi condición de inglés lo que la haga dudar. Al parecer, su tío piensa que debe usted casarse en su país.

Isabel prestó gran atención a aquellas palabras, pues nunca se le había ocurrido que al señor Touchett se le ocurriera hablar con lord Warburton de las posibilidades matrimoniales.

-¿Le ha dicho él eso? -preguntó.

-Recuerdo que hizo esa observación. Acaso hablara de los americanos en general.

-Sin embargo, parece que a él le ha resultado muy grato vivir en Inglaterra.

Las palabras de Isabel, aunque pudieron parecer un tanto perversas, expresaban a un tiempo su certeza constante de la felicidad externa y material de su tío y su propia renuencia a adoptar un punto de vista limitado. Con lo cual dio en cierto modo alguna esperanza a su amigo, quien exclamó inmediatamente con entusiasmo:

-¡Ah, señorita Archer! Usted sabe muy bien que Inglaterra es un gran país; y será todavía mejor cuando lo hayamos acicalado un poquito.

-Por favor, no lo acicalen ustedes, lord Warburton, déjenlo tal como es. A mí me encanta así.

-Pues, si eso es verdad, cada vez comprendo menos los inconvenientes que pone a mi proposición.

-Temo que no va usted a poder comprenderme.

-Haga lo posible por lograrlo. Afortunadamente, poseo una buena inteligencia. ¿Es que tiene usted miedo?..., ¿qué teme, el clima? Entonces, ya sabe que podríamos vivir fuera, en otro país. Puede usted escoger el clima del mundo que más le convenga.

Dijo estas palabras con un cándido ardor que era como el cerco amoroso de unos brazos fuertes... como una exquisita fragancia que, a través de los labios de él, limpios y anhelantes, le acariciaba el rostro desde unos extraños jardines y en alas de un desconocido céfiro. Habría dado su dedo meñique por sentir el impulso fuerte y sencillo de decirle: Lord Warburton, nada me sería más provechoso en este mundo que confiarme agradecida su lealtad». Pero a pesar de la admiración que sentía por la oportunidad que se le brindaba, consiguió retirarse a la zona más oscura de ese sentimiento, como un animal salvaje encerrado en una gran jaula. Lo más extraordinario que ella podía concebir no era precisamente la «espléndida» seguridad que se le ofrecía. Y lo último que se decidió a decir fue algo muy distinto... y que posponía la necesidad de encarar aquella crisis.

-No me considere dura si le ruego que no hable hoy más de este asunto.

Y él exclamó:

-¡No faltaba más, desde luego! Por nada del mundo me permitiría yo molestarla.

-Me ha dado usted ya mucho en que pensar, y le juro que lo haré como la cosa se merece.

-Eso es lo único que pido por ahora... y no olvide hasta qué punto tiene mi total felicidad en sus manos.

Isabel prestó la más respetuosa atención a estas palabras de advertencia, pero al cabo de un instante dijo:

-Debo confesarle que en lo que voy a pensar es en la manera de decirle que es imposible lo que pide... haciéndoselo saber sin causarle pena.

-No existe modo alguno de hacerlo, señorita Archer. No diré que con su negativa vaya usted a matarme, seguramente no moriré por ello; pero será algo peor, porque mi vida carecerá de objeto.

-Acabará casándose con una mujer mejor que yo.

-No diga eso, se lo ruego -exclamó seriamente lord Warburton-. No es justo para ninguno de los dos.

-¡Diré, entonces, que se casará con una peor!

-Todo lo que puedo decir es que, si hay mujeres mejores que usted, prefiero las malas. Y prosiguió con gran seriedad-: Es cuanto puedo decir. Sobre gustos no hay discusión posible.

Su seriedad se contagió a la muchacha, que lo demostró al rogarle de nuevo que dejase de hablar de tal asunto por el momento. Y añadió:

-Yo misma le hablaré muy pronto, tal vez le escriba sobre ello.

-Como usted guste -replicó lord Warburton-. Cualquier tiempo que usted se tome habrá de parecerme largo, pero supongo que tendré que resignarme.

-No le mantendré en vilo; pero tengo necesidad de tranquilizar mi espíritu.

Suspiró él tristemente y permaneció mirándola un instante, las manos a la espalda y dándose pequeños y nerviosos golpes con su fusta.

-¡Si supiera usted el miedo que tengo... de ese admirable espíritu suyo!

El biógrafo de nuestra heroína ignora por qué, pero esa exclamación conmovió hondamente a la muchacha y cubrió de rubor sus mejillas. Le devolvió la mirada y, con un acento que casi podía haberle movido a compasión, exclamó extrañamente:

-No mayor que el mío, milord.

Pero estas palabras no excitaron la compasión de lord Warburton, que necesitaba para sí mismo toda su facultad de sentir piedad.

-¡Ah! Sea misericordiosa, sea benigna-murmuró.

-Será mejor que se vaya --dijo ella-. Yo le escribiré. -Como guste; pero ya sabe que, escriba lo que es criba, volveré para verla. -Y permaneció allí pensativo con los ojos fijos en la cara vigilante de Bunchie, que parecía haber comprendido todo lo que se había dicho y que pretendía ocultar su indiscreción simulando una repentina indiferencia y un súbito interés por las raíces centenarias de un roble próximo. El lord añadió-: Hay algo más. Ya sabe que si no le gusta Lockleigh... si usted cree que es húmedo o algo por el estilo... no tendrá necesidad de acercarse a cincuenta millas a la redonda de allí. No tiene nada de húmedo, desde luego. He hecho revisar la mansión con todo cuidado y está en perfectas condiciones de seguridad y salubridad. Pero, si a : usted no le apetece, no tiene por qué pensar siquiera en vivir en ella. En eso no habría dificultad de ningún género, pues lo que sobra son casas, como creo haberle dicho. Hay mucha gente a quien no le hacen gracia los fosos. Adiós.

-A mí me encantan los fosos. Adiós -dijo Isabel.

Él le tendió la mano Y ella le entregó la suya un momento muy breve... pero lo suficientemente largo para que él, inclinando su hermosa cabeza descubierta, la besase. Luego, agitando de nuevo la fusta, llevado de su contenida emoción, se marchó a toda prisa. No había duda de que estaba profundamente conmovido.

Isabel se sentía también conmovida, pero no había quedado tan afectada como ella se habría imaginado. Lo que sentía no era precisamente una enorme responsabilidad, una gran dificultad de elección, pues se le antojaba que en aquel caso no existía posibilidad de elección. No podía casarse con lord Warburton; la idea de esa boda no favorecía la culta ambición de explorar libremente la vi-, da que ella acariciara hasta entonces, o que ahora era capaz de acariciar. Se lo escribiría así a lord Warburton, llegaría a convencerle, lo cual constituía una tarea relativamente sencilla. Pero lo que más la perturbaba, llegando a causarle verdadero asombro, era la facilidad c que había rehusado una oferta tan extraordinaria. Por,

encima de todo, era indiscutible que lord Warburton le había ofrecido una gran oportunidad. Aun suponiendo que la futura situación estuviese preñada de posibles in- comodidades, de opresiones, de elementos restrictivos que resultara pesada y anodina, aun suponiéndolo así, no era menoscabar a su sexo el creer que diecinueve de cada veinte mujeres, por lo menos, habrían aceptado muy dichosas situación semejante sin proferir la menor queja. ¿Por qué, pues, a ella no le parecía una propuesta irresistible?. ¿Quién y qué era ella para considerarse tan superior? ¿Qué plan de vida, qué designios superiores al hado, qué conceptos de la dicha tenía ella que fuesen superiores a semejantes oportunidades, tan valiosas e incluso fabulosas? Si no se prestaba a hacer una cosa como aquélla, entonces tenía el deber de realizar otras más grandes, debía llevar a cabo algo muy superior. La pobre Isabel había tenido razones para acordarse de vez en cuando de que no debía ser demasiado orgullosa y, en realidad, ponía insuperable sinceridad en el fervor con que rogaba se le alejara de tal peligro. El aislamiento y la soledad de la soberbia tenían a su juicio el horror de un paraje desierto. Si era el orgullo lo que le había impedido aceptar la oferta de lord Warburton, nada tan fuera de lugar como semejante necedad; y, por otra parte, estaba tan segura de que él le gustaba que se atrevió a definir ese sentimiento como una dulce y comprensiva simpatía. Lo cierto era que le gustaba demasiado para casarse con él. Algo le susurraba al oído que se escondía una falacia en la brillante lógica de la propuesta -tal como él la veía-, aun cuando ella no atinase a definir nada concreto; y el infligirle pesar a un hombre que tanto ofrecía a una esposa con una propensión irrefrenable a la crítica habría constituido un acto verdaderamente ignominioso. Ella le había prometido que reflexionaría sobre su proposición; y cuando, una vez que él la hubo dejado, Isabel fue a sentarse en el banco donde al principio la halló entregada a su meditación, pareció como si empezase ya a cumplir su promesa. Pero no era tal el caso. Por lo contrario, se preguntaba si no sería ella un ser frío, duro, presuntuoso. De tal suerte, al levantarse y encaminarse presurosamente hacía la casa, sintió, como antes le dijera a su amigo, que, en verdad, tenía miedo de sí misma.

13

Era precisamente tal sentimiento y no el deseo de pedir un consejo que no había menester en absoluto, lo que impulsó a Isabel a ir en busca de su tío para referirle cuanto acababa de pasar.

Experimentaba la necesidad de hablar con alguien y, para ello, le pareció que confiarse a su tío era más adecuado que comentarlo con su tía o incluso con su amiga Henrietta. Su primo podía ser también, desde luego, su confidente, pero para comunicarle ese secreto especial a Ralph tendría que violentarse a sí misma. Así, pues, buscó una oportunidad al día siguiente, después del desayuno. Su tío no abandonaba jamás sus habitaciones hasta entrada la tarde, pero recibía a sus compinches, como él acostumbraba a decir, en su vestidor. Isabel había llegado a ser uno de ellos, entre los que, además, figuraban el hijo del anciano, su médico, su ayuda de cámara y hasta la señorita Stackpole. No figuraba la señora Touchett en tal lista, lo que suponía ya un obstáculo de menos para que Isabel encontrase a su tío solo. Estaba él a la sazón sentado en uno de esos sillones adaptables de complicada mecánica, junto al balcón abierto de su cuarto, contemplando tranquilamente el parque y el río, con los periódicos y las cartas amontonados en una mesita adjunta, el rostro fresco y cuidadosamente rasurado y todo él predispuesto a la mayor benevolencia.

No se anduvo Isabel con rodeos y le disparó la siguiente noticia:

-Creo mi deber decirle que lord Warburton me ha pedido que me case con él. Me figuro que debo decírselo a mi tía, pero me pareció mejor decírselo antes a usted.

El anciano no mostró la menor sorpresa y se limitó a agradecer la confianza de que le acababa de dar muestra. Luego preguntó:

-¿Deseas que yo te diga si debes aceptarlo?

-No le he contestado todavía definitivamente; he querido tomarme un poco de tiempo para pensarlo porque se trata de un asunto serio. Pero no aceptaré.

El señor Touchett no hizo el menor comentario sobre estas últimas palabras. Parecía estar pensando que, por mucho que pudiera interesarle el caso desde el punto de vista social, no tenía voz ni voto en ello. Y dijo:

-¿Lo ves? ¿No te dije que ibas a tener aquí un éxito tremendo? A las americanas se las aprecia aquí enormemente.

-¡Sin duda! -replicó Isabel-. Pero, a pesar de que pueda aparecer desagradecida y de mal gusto, no creo poder casarme con lord Warburton.

-Está bien -dijo el tío, y añadió-: Desde luego, un anciano no está en condiciones de ponerse en el lugar de una joven y juzgar. Me alegro de que no me lo hayas preguntado antes de tomar tu decisión. -Hizo una breve pausa y continuó diciendo lentamente, como si fuera cosa sin la menor importancia-: Yo también creo
mi deber decirte que desde hace tres días sé todo lo que al asunto se refiere.

-¿Sobre el propósito de lord Warburton?

-Sobre sus intenciones, como aquí se dice. El mismo me ha escrito una carta contándome todo lo relativo al caso. -Y el anciano preguntó amablemente-: ¿Deseas ver la carta?

-No, gracias; no creo que me interese. Pero, de todas maneras, me alegro de que le escribiese a usted. Lo correcto era que lo hiciese, y era seguro que él haría lo correcto.

El señor Touchett declaró con suavidad:

-Bien, bien. Tengo una ligera sospecha de que lord Warburton te gusta. No tienes necesidad de negarlo. -No tengo inconveniente en admitirlo; me gusta extraordinariamente. Pero, precisamente ahora no quiero casarme.

-Acaso piensas que pueda llegar de allá alguien que te guste más. Bueno, eso no tendría nada de particular -añadió el señor Touchett, que parecía querer mostrarse amable con la muchacha tratando de facilitarle su decisión y buscando razones alegres para ello.

-No tengo interés en ver a ningún otro. Lord Warburton me gusta y basta. -Con lo que pareció cambiar súbitamente de opinión, actitud que a veces asombraba e incluso desagradaba a sus interlocutores.

No obstante, su tío parecía ser impermeable a tales impresiones. Así, dijo con un tono que se habría podido considerar de aliento:

-Es un hombre verdaderamente admirable. Su carta es una de las más amenas que he recibido desde hace mucho tiempo. Creo que una de las razones por las que me ha gustado tanto es porque está por entero consagrada a ti, excepto, naturalmente, la parte referente a él mismo. Me figuro que te lo habrá contado todo.

-Me lo habría contado, sin duda, si yo hubiese querido preguntárselo -contestó Isabel.

-¿No sentiste siquiera curiosidad?

-Mi curiosidad habría sido completamente inútil... toda vez que estaba decidida a no aceptar su proposición.

-¿Es que no te pareció suficientemente interesante ni atrayente? -preguntó el señor Touchett.

Isabel permaneció callada un momento y luego contestó:

-Creo que fue eso, aunque la razón la ignoro.

El tío dijo sonriendo:

-Por fortuna las damas no tienen obligación de dar razones. Sin duda hay algo muy grato acerca de esta idea y no veo por qué han de empeñarse los ingleses en atraernos, sacándonos de nuestro país de origen. Yo me explico perfectamente que procuremos atraerles allá, dada nuestra escasa densidad de población, pero aquí, como todo el mundo sabe, hay un exceso de habitantes. Por lo demás, me imagino que en todas partes ha de haber siempre un huequecito para ciertas jóvenes encantadoras.

-También parece que ha habido aquí un hueco para usted -dijo Isabel cuya mirada había estado vagando por los dilatados espacios de juego y los paseos del parque.

El señor Touchett contestó con sonrisa ladina y consciente:

-En todas partes encontrarás siempre un hueco si estás dispuesta a pagar lo necesario por él. A veces, pienso que hube de pagar demasiado por éste... y acaso tú también tengas que pagar demasiado...

-Tal vez -replicó Isabel pausadamente.

Semejante insinuación le proporcionó fuerza para afianzarse en lo que le habían aconsejado sus propios pensamientos, y el hecho de que la amable intuición de su tío casara tan bien con su dilema parecía probar irrefutablemente que se sentía inspirada únicamente por las emociones razonables y naturales de la vida y que no era una víctima de la vehemencia intelectual y de las vagas ambiciones... ambiciones que iban más allá de la maravillosa propuesta de lord Warburton y que aspiraban a algo indefinido y tal vez no recomendable. En cuanto a la influencia que ese algo indefinido pudiera tener en aquel momento sobre la actitud de Isabel, hay que descartar en absoluto la idea, aún no expresada, de un posible enlace con Caspar Goodwood. Se había resistido a dejarse aprisionar por las anchas manos tranquilas de su pretendiente inglés, y estaba muy lejos de sentirse dispuesta a permitir que el joven de Boston se apoderase de ella. El único sentimiento que la lectura de su carta le había inspirado fue el de censura por haber hecho el viaje, pues parte de la influencia que él ejercía sobre ella se debía a que parecía privarla en aquel momento de su propia libertad. Reconocía un impulso desagradablemente fuerte, una especie de presencia violenta, en la manera en que él había aparecido ante ella. En más de una ocasión la había atormentado la imagen, el peligro de que él la desaprobase en algo, y se había preguntado... consideración que jamás tributara en grado semejante a ninguna otra persona... si le agradaba lo que ella hacía. Estribaba la dificultad en que más que ningún otro hombre, mucho más que el pobre lord Warburton (pues había empezado ya a dignarse a dar tal epíteto al distinguido aristócrata), Caspar Goodwood mostraba hacia ella una energía -que Isabel sentía como un poder- que emergía del fondo de su ser. No era en absoluto cuestión de sus «prerrogativas», sino del espíritu que brillaba en aquellos ardientes y claros ojos como un infatigable vigía en la cofa del mástil de un barco. Le gustara ella o no, el hecho es que el insistía siempre con todo su peso y su fuerza, con los que había uno de contar siempre, aun en el trato usual con él. Y semejante idea de cercenamiento de su libertad le resultaba profundamente desagradable a Isabel, sobre todo en un momento como aquél, cuando acababa de afirmar su independencia con un acento tan personal como el de haber mirado frente a frente aquel formidable intento de soborno que suponía la propuesta de lord Warburton, y no haberse dejado sobornar. A veces le parecía que Caspar Goodwood se cruzaba con el destino de ella encarnando el más tozudo de los factores; y en tales momentos llegó Isabel a pensar que podía zafarse de él durante algún tiempo, pero que, al final, no quedaría otro remedio que fijar determinadas condiciones entre los dos... las cuales no podrían por menos de favorecerle a él. Su empeño había, pues, consistido en hacerse con cuantos medios estuvieran a su alcance para poder ofrecer resistencia a semejante obligación; y tal empeño había influido no poco en la vehemente prontitud con que había aceptado la invitación de su tía, pues le llegó cuando esperaba que el señor Goodwood se presentase el día menos pensado y en el momento en que se habría alegrado de tener a flor de labio una respuesta para lo que él iba sin duda a decirle.

Cuando ella le dijo en Albany, la noche de la visita de la señora Touchett, que no podía entonces discutir cuestiones difíciles, deslumbrada todavía por el ofrecimiento que su tía acababa de hacerle de un viaje a Europa, él había declarado que aquello no era una respuesta, y con el fin de obtener una mejor se había hecho a la mar en pos de ella. Que Isabel se dijese a sí misma que él era una especie de hado torvo era algo que estaba bien en una joven imaginativa dispuesta a atribuirle grandes cosas, pero el lector tiene derecho a poseer una visión más exacta y clara del asunto.

Era Caspar Goodwood hijo del propietario de una conocida fábrica de hilados de algodón en el estado de Massachusetts, el cual había logrado amasar con su industria una gran fortuna. En aquel entonces Caspar era el gerente de la fábrica y, gracias a su buen juicio y a su temperamento, había logrado, pese a toda la competencia y a los malos años, preservar la prosperidad de la empresa. Recibió parte de su educación en la Universidad de Harvard, donde se hizo famoso más bien por sus condiciones de gimnasta y remero que por acaparador de otros y más diversos conocimientos. Luego había aprendido que las inteligencias más cultivadas podían también saltar, arrastrarse y esforzarse... incluso batir marcas anteriores y lanzarse a grandes hazañas. De tal suerte, descubrió que gozaba de una visión penetrante para los misterios de la mecánica y llegó a inventar una mejora en el procedimiento del hilado del algodón, que llevaba su nombre y se utilizaba en todas las grandes fábricas. De ello habían hablado todos los periódicos y revistas especializados en tan fructífera industria; y él había dado la prueba irrefutable a Isabel mostrándole en el Interviewer de Nueva York un elogioso artículo relativo a la patente Goodwood... artículo no debido a la señorita Stackpole, por más que ella, como se ha visto, se había mostrado dispuesta a intervenir amistosamente en los intereses sentimentales del joven. A éste le atraían las cosas complicadas y difíciles, le gustaba organizar, discutir, administrar, podía hacer trabajar a la gente con arreglo a su voluntad, hacerla creer en él, marchar delante de él y justificar todo lo que él hacía. Como suele decirse, en eso consiste el arte de manejar a los hombres... y que en él se basaba en una ambición osada aunque reflexiva. Quienes le conocían abrigaban el convencimiento de que podía realizar cosas mucho más importantes que dirigir una fábrica de hilados de algodón, pues él no tenía nada de algodonoso, y sus amigos aseguraban que llegaría un día en que su nombre figuraría en algún sitio con letras grandes. Pero parecía como si algo enorme y confuso, feo y tenebroso le retuviera. En último término, no se avenía a vivir en una paz relamida, dedicado tan sólo a la voracidad y la ganancia, sentimiento cuyo aliento vital era una desenfrenada y ubicua publicidad. A Isabel le agradaba creer que podría haber galopado en otros tiempos en un brioso corcel en medio del torbellino de una gran guerra... parecida a aquella guerra civil que ensombreciera los días de su consciente niñez y de la florida adolescencia de Caspar.

Le gustaba sobre todo la idea de Caspar de que él llegaría a ser, por su carácter y sus hechos, una especie de conductor de hombres... idea que le agradaba infinitamente más que otros aspectos de su manera de ser. A Isabel le tenía completamente sin cuidado la fábrica de tejidos, y la patente Goodwood la dejaba más fría que el hielo. Físicamente, no habría querido que Caspar tuviera una onza de menos, pero a veces se le ocurría pensar que habría sido más apuesto si tuviera un aspecto un poco distinto. Su mandíbula era demasiado cuadrada y prominente y su figura demasiado rígida y estirada, cualidades que suponen una falta de consonancia con los ritmos más armoniosos y profundos de la vida. Además, ella consideraba con cierto recelo su modo de vestir tan uniforme; no es que pareciese llevar siempre la misma ropa, ya que, por lo contrario, sus trajes daban la impresión de ser demasiado nuevos, sino que se diría que eran todos de la misma pieza, y, por desgracia, de una hechura y tela de lo más corriente. Más de una vez se dijo a sí misma que aquello no pasaba de ser un reproche insustancial a un hombre de su importancia, diciéndose a renglón seguido, y como para enmendar su repulsa, que habría sido un reproche frívolo únicamente en el caso de que ella le

quisiera. Y, como no le amaba, podía criticar sus pequeños y grandes defectos... consistiendo los últimos principalmente en el que todos le achacaban, el de ser excesivamente serio, o más bien, no tanto de serio, puesto que nadie puede serlo demasiado, sino de aparentar indudablemente serlo. Mostraba sus designios y apetitos con una sencillez y un candor excesivos. Cuando estaba solo con ella hablaba demasiado del mismo asunto y, cuando había otras personas, no hablaba apenas de nada. No obstante, era de constitución extraordinariamente fuerte y bien definida, es decir, que Isabel veía sus distintos y bien formados miembros como había visto en los museos y en los cuadros los distintos miembros de guerreros de armadura... con coraza de acero incrustada de oro. Era una cosa verdaderamente extraña: ¿existía alguna relación entre sus impresiones y sus actos? Caspar Goodwood no respondió jamás a su idea de una persona agradable, y ella creía que era eso lo que la había tornado tan duramente crítica. Y, sin embargo, cuando lord Warburton, que no sólo respondía a su idea sino que incluso la sobrepasaba, requirió su aprobación, se encontró con que tampoco estaba satisfecha. Era una cosa verdaderamente extraña.

Aquella certeza de su propia incoherencia no la ayudaba a contestar la carta de Caspar Goodwood, por lo cual decidió dejarla entonces sin respuesta. Si él había decidido hostigarla, tendría que atenerse a las consecuencias, entre las más notables de las cuales estaba la de hacerle comprender cuán poco le agradaría a ella verle volver por Gardencourt. Ella se había expuesto ya allí a las visitas de uno de los pretendientes y, aunque era cosa grata sentirse igualmente apreciada en campos opuestos, mostraría una especie de desvergüenza el entretener simultáneamente a dos pretendientes tan enamorados, aun en el caso en que el entretenimiento pudiera consistir en rechazarlos. Así, no contestó a la carta del señor Goodwood, pero, al cabo de tres días, se decidió a escribir a lord Warburton; y la misiva que le mandó forma parte de nuestra historia. Decía así:

Querido lord Warburton:
El haber pensado mucho y seriamente en ello no ha logrado alterar mi opinión acerca de la propuesta que usted se dignó hacerme el otro día. No me es posible, verdadera y realmente no me es posible, considerarle a usted bajo el aspecto de un compañero para toda la vida, o considerar su hogar... sus varios hogares... como el asiento fijo de mi existencia. Éstas son cosas que no se pueden razonar, y le ruego encarecidamente que no insista sobre un asunto que ya tuvimos que discutir tan minuciosamente. Cada uno ve su vida desde su propio punto de vista, privilegio de que gozamos hasta los más débiles y los más humildes; y a mí no me sería jamás posible contemplar la mía de la manera como usted propuso.
Que esto sea suficiente, por favor; y le ruego que crea que he meditado en su propuesta con la más profunda consideración y el respeto que se merece. Con mi mayor estimación, sinceramente suya,

ISABEL ARCHER

Mientras la autora de esta misiva estaba pensando en enviarla, Henrietta Stackpole tomó una determinación a la que no se opuso objeción alguna. Invitó a Ralph Touchett a dar un paseo por el jardín, y cuando él aceptó con la presteza que parecía atestiguar su disposición a hacer siempre lo que de él se esperaba, ella le dijo que debía pedirle un gran favor. Bueno será admitir que, al oír tal cosa, el joven vaciló, pues ya sabemos que la señorita Stackpole le había impresionado como mujer capaz de aprovechar cualquier ventaja. Sin embargo, su alarma de entonces no estaba muy meditada, pues aunque él conocía bien el alcance de la indiscreción de su amiga, no tenía idea de su profundidad, y había formado ya

el propósito cortés de querer servirla en todo. Pero tenía miedo de ella, y así se lo manifestó, diciéndole:

-Cuando me mira usted de cierta manera, mis rodillas comienzan a temblar, a chocar la una con la otra, y pierdo la cabeza. Me siento trastornado y lo único que deseo es tener fuerza bastante para poder cumplir sus órdenes. Tiene usted una autoridad que no había visto hasta ahora en ninguna otra mujer.

-Está bien -replicó Henrietta-. Si yo no hubiese sabido de antemano que usted pretendía de alguna manera avergonzarme, me convencería de ello ahora. Conmigo es fácil lograrlo, porque me crié con ideas y costumbres completamente distintas; no me he habituado todavía a sus normas arbitrarias y nunca me han hablado en América como usted me habla. Si allí un caballero me dijera las cosas que usted me dice, yo no entendería nada. Nosotros tomamos allí las cosas con mucha mayor naturalidad y, desde luego, somos infinitamente más sencillos. Confieso que yo soy de lo más sencilla que puede imaginarse. De manera que si por eso se le ocurre a usted burlarse de mí, haga lo que quiera, pero creo que más me gusta ser como soy que como usted, y no tengo el menor deseo de cambiar. Hay muchísimas personas que me aprecian. por mí misma, tal como soy y por lo que soy! Naturalmente, se trata de americanos buenos y puros, nacidos en la libertad... -Henrietta había adoptado un tono de indefenso candor y gran condescendencia. Añadió-: Necesito que me ayude usted un poco. Me tiene sin cuidado que se divierta mientras lo hace; o mejor dicho, estoy dispuesta a que su diversión sea su recompensa. Necesito su ayuda con respecto a Isabel.

-¿Es que ella la ha ofendido? -preguntó él.

-Si lo hubiera hecho, yo no lo habría tomado en cuenta y no se lo habría dicho a usted nunca. De lo que tengo miedo es de que se perjudique a sí misma.

-Me parece que eso, sin duda, cabe dentro de lo posible.

Su compañera detuvo sus pasos y le clavó aquella mirada que tanto le enervaba, diciendo:

-Puede que también eso le divierta a usted. La verdad, ¡tiene usted una manera de decir las cosas! En mi vida he oído a nadie tan indiferente.

-¿Con respecto a Isabel? ¡Ah! ¡Eso sí que no!

-Bueno, supongo que no estará usted enamorado de ella.

-¿Cómo podría estarlo si estoy enamorado de otra? -De quien está enamorado es de usted mismo, no hay más otra que ésta -declaró la señorita Stackpole-. ¡Con su pan se lo coma, buen provecho le haga! Pero si por una sola vez en su vida, quiere ser serio, éste es el momento de intentarlo; y si verdaderamente tiene algún interés por su prima, ahora tendrá la oportunidad de probarlo. No voy a pretender que usted la comprenda, sería pedir demasiado. Tampoco necesita hacerlo para congraciarse conmigo. Yo proporcionaré la inteligencia necesaria.

Ralph exclamó:

-¡Espléndido! Me encantará enormemente hacerlo. Yo seré el Calibán y usted el Ariel del asunto.

-Usted no tiene absolutamente nada de Calibán porque es demasiado sofisticado, cosa que Calibán no era. Pero yo no me refiero a personajes imaginarios, sino que estoy hablando de Isabel, que es un ser verdadero e intensamente real. Lo que tenía que decirle a usted es que la encuentro terriblemente cambiada.

-¿Quiere decir desde que usted llegó?

-Desde que llegué y antes de llegar. No es la misma que era antes.

-¿En América?

-Sí, señor, en América. Me imagino que ya sabe usted que proviene de allí. Es así y ella no lo puede remediar.

-¿Y usted quiere que sea de nuevo como era antes?

-Ni más ni menos; y además quiero que usted me ayude a ello.

-Ah, vamos. Entonces soy Calibán solamente, no Próspero -dijo Ralph.

-Ya ha sido lo bastante Próspero para convertirla en una persona diferente. Señor Touchett, desde que Isabel Archer llegó aquí, ha estado usted ejerciendo su influencia en ella.

-¿Yo, querida señorita Stackpole? Nada de eso, en absoluto. Ella es precisamente quien ha estado influyendo en mí, como influye en todos. Pero yo me he mantenido pasivo por completo.

-Pues, entonces, es usted demasiado pasivo. Más le valdría sacudirse un poco y tener cuidado. Isabel cambia cada día, va como arrastrada por la corriente hacia el mar. La he estado observando con cuidado y he podido verlo. Ya no es la brillante muchacha americana que era antes. Adopta puntos de vista diferentes, un matiz distinto, olvida sus antiguos ideales. Yo quiero salvar esos ideales, señor Touchett, y para eso es para lo que usted ha de actuar.

-No como un ideal, por supuesto.

Henrietta replicó con vivacidad:

-Desde luego que no. No sé por qué me da el corazón que quiere casarse con uno de esos decadentes europeos, y quiero a toda costa evitar semejante desgracia.

-¡Ah, vamos, ya caigo! -exclamó Ralph-. Usted quiere evitarlo, y para evitarlo quiere que yo me case con ella.

-Nada de eso. El remedio sería peor que la enfermedad, puesto que usted es uno de esos europeos típicamente débiles de quienes quiero rescatarla. No. Lo que yo quiero es que usted se interese por otra persona, por un joven al que antes ella dio grandes esperanzas y que ahora, por lo visto, no le parece bastante. Es, en verdad, gran hombre y un buen amigo mío, y yo quisiera que usted le invitase a venir aquí.

Ralph se quedó sumamente perplejo ame tal petición y tal vez no diga mucho en favor de su pureza de espíritu el hecho de que en el primer momento no la vio en toda su sencillez. Le pareció que presentaba un aspecto algo tortuoso, y el fallo de Ralph consistía en que no tenía la seguridad de que nada en el mundo pudiera ser tan inocente como la petición de la señorita Stackpole. Eso de que una muchacha exija que a un joven, al que califica de querido amigo, se le proporcione la oportunidad de hacerse grato a otra muchacha, cuya atención se ha desplazado y que posee mayores encantos... eso era una anomalía que ponía en cuestión toda su capacidad de interpretación. Más fácil resultaba leer entre líneas que atenerse al texto y, por otra parte, el suponer que la señorita Stackpole deseaba que se invitara por iniciativa suya al desconocido señor a Gardencourt era indicio de un espíritu mucho más perturbado que vulgar. Sin embargo, Ralph logró salvarse de tal pecado venial de vulgaridad gracias a una fuerza que merece se la califique de inspiración. Sin más luz sobre el asunto que la acabada de adquirir, Ralph se convenció en el acto de que sería hacerle una soberana injusticia a la corresponsal del Inteiviewer atribuir a cualquiera de sus actos un motivo deshonroso. Semejante convencimiento invadió su mente con extrema rapidez, lo que tal vez se debió al puro brillo de la imperturbable mirada de la muchacha allí presente. La resistió él durante un momento sin pestañear, como aceptando el desafío y resistiéndose con todas sus fuerzas al deseo de fruncir el entrecejo, como se ve obligado a hacer quien no puede soportar la presencia de una luz más fuerte. Luego, preguntó:

-¿Quién es ese caballero de quien habla?

-El señor Caspar Goodwood, de Boston. El se ha mostrado muy atento con Isabel... está entregado a ella en cuerpo y alma. Ha venido en pos de ella a Europa y actualmente está en Londres, ignoro su dirección pero sospecho que podré procurármela.

-No lo he oído nombrar en mi vida -replicó Ralph.

-Supongo que no habrá usted oído hablar de todo el mundo. No creo tampoco que él haya oído hablar de usted, pero eso no es una razón para que Isabel no haya de casarse con él.

Ralph soltó una carcajada y dijo:

-Hay que ver qué furia emplea usted en querer casar a la gente. ¿No se acuerda del empeño que puso el otro día en querer casarme también a mí?

-Ya se me pasó. Usted no sabe cómo hacerse a esas ideas, pero el señor Goodwood sí sabe, y eso es lo que me gusta tanto de él. Es un hombre espléndido, un perfecto caballero y eso lo sabe Isabel perfectamente.

-¿Está enamorada de él?

-Si no lo está, debería estarlo. Él está sencillamente hechizado por ella.

-¿Y quiere usted que yo le invite a venir? -preguntó Ralph después de una breve reflexión.

-Sería un acto de verdadera hospitalidad.

-Caspar Goodwood. Es un nombre verdaderamente raro.

-Eso me tiene sin cuidado. Lo mismo podría llamarse Ezekiel Jenkins, que me daría igual. Es el único hombre que conozco que sea digno de Isabel.

-No hay duda de que es usted buena amiga suya -dijo Ralph.

-A mucha honra. Si lo dice usted por burlarse de mí, me tiene sin cuidado.

-No lo digo por burlarme de usted, sino porque me llama mucho la atención.

-Se pone usted todavía más satírico; pero le aconsejo que no pretenda reírse del señor Goodwood.

Ralph contestó:

-Le aseguro que soy muy serio. Usted debería comprenderlo.

Ella lo comprendió, en efecto, en un segundo, y dijo:

-Creo que sí lo es usted, incluso creo que ahora es demasiado serio.

-Verdaderamente es difícil complacerla.

-Oh, se ha puesto usted muy serio. No quiere invitar al señor Goodwood.

-No lo sé todavía -dijo Ralph-. Soy capaz de las cosas más raras. Dígame algo del señor Goodwood. ¿Cómo es?

-Todo lo contrario de usted. Está al frente de una fábrica de hilados, una gran fábrica.

-¿Tiene buenos modales? -preguntó Ralph.

-Espléndidos... al estilo americano.

-¿Resultaría un miembro agradable de nuestro pequeño círculo?

-No creo que le interesase gran cosa nuestro pequeño círculo. Se concentraría por completo en Isabel.

-¿Le gustaría tal cosa a mi prima?

-Es muy posible que no le gustase en absoluto, pero sería una buena cosa para ella. Haría que sus antiguas ideas regresaran.

-¿De dónde?

-De sitios foráneos y otros lugares extraños. Hace tres meses le dejó suponer al señor Goodwood que le parecía aceptable, y no es digno de Isabel volverse atrás de lo dicho a un verdadero amigo por la sencilla razón de haber cambiado de ambiente. También yo he cambiado de ambiente y el efecto que ello me ha producido ha sido hacerme pensar en mis antiguas amistades más que nunca. Yo creo que cuanto antes vuelva Isabel a su antiguo lugar, mejor para ella. La conozco de sobra para saber que no sería nunca completamente feliz aquí, y yo quisiera que contrajese algún fuerte vínculo americano que la defendiese como una coraza.

Ralph preguntó:

-¿No le parece a usted que tal vez tiene demasiada prisa? ¿No cree que debía dejarle más ocasiones de probar suerte en esta desgraciada Inglaterra?

-¿La ocasión de echar a perder su brillante juventud? Nunca es demasiado pronto para evitar que se ahogue una criatura humana de valía.

-Por lo que veo -replicó Ralph-, usted pretende que yo ice al señor Goodwood por encima de la borda del barco para que la salve. -Y añadió-: Por si usted lo ignora, debo decirle que jamás he oído a mi prima mencionar el nombre de esa persona.

Henrietta sonrió triunfalmente y exclamó:

-Estoy encantada de oírle decir eso, porque prueba lo mucho que ella piensa en él.

Ralph aparentó admitir que había mucho de verdad en ello e hizo como que sopesaba tal idea mientras su compañera le observaba con gran atención.

-Si yo le invitase -dijo por fin-, sería para disputar con él.

-No se le ocurra hacerlo. Le demostraría su superioridad.

-Está usted haciendo lo posible para lograr que lo deteste. Verdaderamente no creo que pueda invitarle. Tengo miedo de ser descortés con él.

-Haga lo que le parezca. No tenía la menor idea de que usted estuviese enamorado de Isabel.

-¿Lo cree usted de veras? -preguntó Ralph enarcando las cejas.

La señorita Stackpole contestó ingeniosamente:

-Éstas son las palabras más naturales que he oído de sus labios hasta ahora. Claro que lo creo.

-Entonces -concluyó él-, para demostrarle que está completamente equivocada, le invitaré... Pero como amigo de usted, por supuesto.

-Pero él no vendrá como amigo mío, y usted no le invitará para probarme que yo estaba en un error, sino para probárselo a sí mismo.

Dicho esto, se separaron. Las últimas palabras de la señorita Stackpole contenían una gran parte de verdad, cosa que Ralph no tuvo más remedio que reconocer; pero tan ligeramente rozó semejante reconocimiento que, aun sospechando que sería más imprudente mantener la promesa que retraerse de ella, se decidió a escribir al señor Goodwood una breve esquela de seis líneas manifestándole el placer que le causaría al anciano señor Touchett recibirle en Gardencourt junto con un grupo de personas en el que figuraba la señorita Stackpole como uno de sus miembros más distinguidos. Después de enviar tal carta por intermedio del banco que Henrietta le había indicado, permaneció a la expectativa. Por primera vez había oído nombrar a aquella nueva y formidable figura, ya que, cuando el día de su llegada su madre hizo referencia al hecho de que la muchacha tenía un «admirador» en su país, tal idea no había llegado a adquirir la suficiente presencia y él no se tomó la molestia de hacer unas preguntas cuyas respuestas sólo podían contener vaguedades y provocarle desagrado. Ahora, en cambio, esa admiración tributada a su prima por alguien de allende los mares, parecía haberse concretado cada vez más hasta adquirir la forma corpórea de un joven que había cruzado el mar en pos de ella, siguiéndola hasta Londres, que estaba al frente de una industria algodonera y que tenía una espléndida educación al estilo americano. Ralph se había forjado dos teorías distintas acerca del sujeto en cuestión: o bien tal amor no era más que una pura ficción sentimental de la señorita Stackpole (sabido es que existe siempre una especie de tácita confabulación entre las mujeres, nacida de la solidaridad del sexo, y en cuya virtud se encuentran o descubren en todo momento recíprocamente enamorados las unas a las otras) y, en tal caso, no era de temer y era muy posible que no aceptase la invitación; o bien la aceptaría, en cuyo caso demostraría ser lo suficientemente insensato como para que no se le guardase consideración alguna. La segunda parte del argumento de Ralph parecía a todas luces incoherente, pero contenía la convicción de que, si el señor Goodwood estaba realmente interesado por Isabel de aquella manera descrita por Henrietta, no habría esperado para presentarse en Gardencourt a recibir la carta inspirada por la joven periodista. «Y suponiendo que así fuese -se dijo Ralph-, tendrá por fuerza que considerarla como una espina en el tallo de la rosa, como un intermediario falto por completo de tacto.»

Dos días después de haber enviado su invitación, Ralph recibió una nota de Caspar Goodwood dándole las gracias y deplorando que compromisos anteriores le impidiesen hacer una visita a Gardencourt, rogándole al mismo tiempo que tuviese la bondad de ofrecer sus respetos a la señorita Stackpole. Ralph se limitó a mostrarle la nota a Henrietta, que, al leerla, no pudo por menos de exclamar:

-¡Hay qué ver! En mí vida he oído nada más seco.

Ralph, por su parte, hizo la observación siguiente:

-No sé por qué me da la impresión de que no le interesa mi prima tanto como usted suponía.

-No es eso; debe de haber algún motivo más recóndito. Es un hombre de una naturaleza muy profunda, pero yo estoy dispuesta a rastrear en el fondo de ella, y le escribiré para averiguar qué piensa.

Su negativa a la invitación de Ralph no dejaba de resultarle a éste asaz desconcertante. El mero hecho de que no se dignase ir a Gardencourt hizo que nuestro amigo empezase a considerarlo un personaje importante. Se preguntaba qué le importaba a él que los admiradores de Isabel fuesen unos bribones o unos perezosos, dado que no eran rivales suyos y, por lo tanto, podían hacer de su capa un sayo y obrar como su humor les aconsejara. No obstante, sintió una gran curiosidad por saber el resultado de la prometida investigación de las causas de la sequedad del señor Goodwood, que la señorita Stackpole debía llevar a cabo..., curiosidad por el momento insatisfecha, pues, cuando tres días después le preguntó si había escrito ya a Londres, ella no tuvo más remedio que confesar que lo había hecho en vano, pues el señor Goodwood había dado la callada por respuesta.

La señorita Stackpole supo hallar el medio de decir:

-Me figuro que lo estará pensando, porque no es «realmente» lo que se dice un impetuoso. Sin embargo, yo estoy acostumbrada a que se conteste a mis cartas el mismo día.

Y se le ocurrió proponerle a Isabel hacer las dos una excursión a Londres, observando para justificarse:

-Si he de decir la verdad, hasta ahora no he visto gran cosa en este sitio, y creo que tú tampoco. Ni siquiera he visto a ese aristócrata..., ¿cómo se llama?..., ah, sí, lord Warburton.

-Acabo de enterarme de que lord Warburton llega mañana -repuso Isabel, pues había recibido una carta del señor de Lockleigh en respuesta a la que ella le enviara-. Ahora tendrás una buena ocasión de devolverle del revés y ver todo lo que tiene dentro.

-¡Bah! Acaso proporcione material para una crónica, pero ¿qué importa una cuando se han de escribir cincuenta? Ya he descrito todo el escenario de estos alrededores y he disparatado lo habido y por haber a propósito de las viejas de por aquí y hasta de los pollinos, y, dígase lo que se quiera, la simple descripción del ambiente no da verdadera vida a una crónica. Tengo que volver a Londres para recibir allí verdaderas impresiones de la vida. En los tres días que estuve antes de venir a este sitio no tuve tiempo siquiera de entrar en contacto con ella.

Y, como Isabel, durante su viaje de Nueva York a Gardencourt había visto aún menos que la otra de la capital inglesa, le pareció una magnífica ocurrencia que las dos hicieran una excursión de placer a la gran ciudad. Le pareció una idea soberbia, pues tenía gran curiosidad por conocer en todos sus pormenores esa ciudad de Londres que siempre había resplandecido ante su ardiente imaginación como fabulosamente grande y próspera. Se pusieron, pues, a trazar planes juntas y se complacieron en la esperanza de las románticas horas que vivirían. Buscarían alojamiento en cualquiera de aquellos pequeños y pintorescos hostales descritos por Dickens, y pasearían por la ciudad en uno de aquellos lindos carruajes de pescante trasero. Henrietta era escritora, y su profesión le proporcionaba la gran ventaja de poder meterse por todas partes y hacer lo que quisiera. Cenarían en los cafés y luego irían a los teatros, visitarían la Abadía de Westminster y el Museo Británico y verían los lugares donde

vivieron el doctor Johnson, Goldsmith y Addison. Isabel se entusiasmó muchísimo con la idea y reveló aquella su brillante visión a su primo Ralph, quien, al oírla, soltó una jocunda carcajada que distaba mucho de destilar la simpatía que ella esperaba.

-Me parece un plan admirable -dijo Ralph-. Os aconsejo que vayáis al Duke's Flead de Covent Garden, que es un sitio alegre, sin etiqueta y de los más antiguos, y yo os inscribiré en mi club.

-¿Es que ese sitio es... indecente? Pero ¡infeliz de mí!, ¿acaso hay aquí nada decente? De todas formas, con Henrietta tengo la seguridad de poder ir a todas partes; ella no se arredra ante nada. Después de haber viajado por todo el continente americano, no hay duda de que sabrá desenvolverse de maravilla por estas islitas de nada.

-Además, mira -dijo Ralph-, también yo quiero disfrutar de la ventaja de su protección e ir allá al mismo tiempo. Tal vez no vuelva a tener nunca la suerte de viajar con tanta seguridad.

14

La señorita Stackpole habría estado dispuesta a partir en el acto, pero, como ya hemos visto, Isabel había recibido la noticia de que lord Warburton iba a hacer una nueva visita a Gardencourt y le parecía su deber quedarse allí y verle. Dejó él pasar tres o cuatro días sin contestar la carta de Isabel, pero luego escribió para decir que dos días después iría a almorzar con ella. Algo parecía haber ciertamente en estos aplazamientos y demoras que lograron impresionar a la joven y afirmaron en ella la sensación del deseo por él manifestado de mostrarse respetuoso y paciente y no querer acuciarla; actitud que ella analizaba con mayor interés por estar convencida de que «la quería de veras». Dijo Isabel a su tío que había escrito a lord Warburton y, al propio tiempo, le notificó la intención del otro de venir a almorzar con ella. En vista de lo cual, el anciano salió de su aposento antes de lo acostumbrado y no apareció hasta las dos, hora del refrigerio. Con ello no quería realizar un acto de vigilancia, sino simplemente ceder a su benévola idea de que, al estar con ellos, su presencia evitaría cualquier malentendido que pudiera producirse si Isabel prestaba de nuevo oídos a su noble visitante. Éste trajo consigo desde Lockleigh a su hermana mayor, coincidiendo tal vez con las amables presunciones del señor Touchett. Los dos visitantes fueron presentados a la señorita Stackpole, que ocupó en la mesa el asiento contiguo al de lord Warburton. Isabel, que estaba en verdad algo nerviosa y no tenía deseos de discutir nuevamente el asunto que él había con tanta premura planteado, no pudo por menos de admirar el buen humor con que el aristócrata ejercía el completo dominio de sí mismo, ocultando por completo hasta el menor síntoma de una preocupación que ella creía natural que sintiese al verla. El no la miró ni le habló, y la única prueba de su emoción consistía en evitar cruzar con ella la mirada. Estuvo muy hablador con los demás y comió con buen apetito, sabiendo escoger lo más delicado. La señorita Molyneux, que tenía una tersa frente monjil y llevaba suspendida del cuello una gran cruz de plata cincelada, estaba a todas luces absorta en Henrietta Stackpole, a la que no quitaba ojo de encima, dando a entender que era presa de un grave conflicto entre la profunda repulsa y la anhelante admiración que la americana le inspiraba. Era, de las dos hermanas, la que más en gracia le había caído a Isabel por la enorme calma hereditaria que en ella suponía. Nuestra heroína estaba segura de que aquella frente de religiosa y aquella cruz argentina tenían relación con algún fantástico misterio anglicano..., acaso con el delicioso restablecimiento del curioso cargo de canonesa. Se

preguntaba a sí misma qué pensaría de ella la señorita Molyneux si supiera que había rechazado el ofrecimiento de su hermano, pero se tranquilizó al pensar que lord Warburton no le diría jamás semejante cosa y que, por tanto, no llegaría a saberla nunca. El la quería mucho y era muy bueno con ella, pero le hablaba muy poco de sus cosas. Eso era, por lo menos, lo que suponía Isabel, quien durante el almuerzo, cuando no hablaba, se entretenía en forjar sus habituales teorías acerca de los demás comensales. Así, se imaginaba que si la señorita Molyneux hubiese sabido lo pasado entre ella y su hermano, era probable que le hubiera impresionado tristemente su incapacidad para medrar en la vida; o no, más bien (y ésta fue la conclusión final de nuestra heroína) atribuiría a la joven americana una conciencia clara de la desigualdad.

Hiciese Isabel lo que hiciese de las oportunidades que se le presentaran, lo innegable era que Henrietta Stackpole no estaba en absoluto dispuesta a desaprovechar aquéllas en las que ya se veía inmersa.

-¿Sabe usted que es el primer lord que he visto en mi vida? -le espetó a su vecino-. Me imagino que creerá que me siento tremendamente azorada.

-Pues se ha librado usted de ver a no pocos hombres bien feos -replicó lord Warburton, mirando como un poco abstraído en derredor.

-¿De veras son tan feos? Pues en América se pretende hacernos creer que todos son apuestos y magníficos, que llevan ropas suntuosas y coronas.

-¡Bah! Las ropas suntuosas de corte y las coronas están ya pasadas de moda -dijo lord Warburton-, lo mismo que los revólveres y las hachas de guerra de ustedes.

-Pues lo siento -declaró Henrietta-, porque creo que la aristocracia debe ser algo espléndido. Si no, ¿qué es entonces?

-¡Oh!, en el mejor de los casos, bien poca cosa, ¿sabe usted? ¿Quiere una patata?

-No me gustan mucho estas patatas europeas. Yo le habría tomado a usted por un caballero americano corriente. A lo que lord Warburton contestó:

-Pues hábleme usted como si lo fuera. No me explico cómo se las va a arreglar usted aquí sin patatas, pues no encontrará muchas cosas que comer por estos pagos.

Henrietta se quedó callada un momento; tal vez lord Warburton no fuese sincero.

-Desde que llegué no tengo apenas apetito -dijo tras una pausa-, de manera que no tiene la menor importancia. ¿Sabe que yo no le acepto a usted? Mi conciencia me dicta que se lo diga.

-¿Que no me acepta?

-Exactamente. Me figuro que nadie se lo ha dicho hasta ahora, ¿no es cierto? Lo que yo no acepto es al lord como institución. Creo que el mundo les ha dejado atrás..., muy atrás.

-¡Oh, estoy de acuerdo! Después de todo, tampoco me admito yo a mí mismo. Pero ¿sabe una cosa?, a veces me hago esta reflexión: ¿cómo podría rechazarme a mí mismo si no fuese yo? Por lo demás, es preferible no ser presuntuoso.

-Entonces, ¿por qué no renuncia? -preguntó la señorita Stackpole.

-Renunciar... ¿a qué? -preguntó lord Warburton poniendo en su acento tanta suavidad como dureza había puesto ella.

-A ser lord.

-¡Oh, para lo poco que de ello tengo! Lo cierto es que uno acabaría verdaderamente por olvidarse de ello si ustedes, los americanos, no se lo estuvieran recordando a cada instante. De todas maneras tengo la intención de despojarme de ello, de lo poco que ya va quedando.

-¡Me gustaría verlo! -exclamó Henrietta con cierta aspereza.

-Ese día la invitaré a usted a la ceremonia. Habrá una gran cena y después baile.

-Bueno, a mí me gusta conocer todos los puntos de vista. No acepto la existencia de clases privilegiadas, pero me gusta escucharlo que éstas dicen en defensa propia.

-Bien poca cosa, como acaba de ver.

-Quisiera sonsacarle un poco más todavía -dijo Henrietta-, pero tiene usted siempre la mirada ausente, como si tuviera miedo de encontrarse con la mía. Me doy perfecta cuenta de que intenta escabullirse.

-Nada de eso. Me limito a contemplar esas pobres patatas desdeñadas.

-¿Quiere, entonces, hacer el favor de explicarme la situación de esta señorita, su hermana? Ignoro qué es ella con relación a usted. ¿Es una lady?

-Es, fundamentalmente, una buena muchacha.

-No me agrada la manera en que lo dice, como si quisiera cambiar de tema. ¿Es su posición inferior a la de usted?

-En realidad, ninguno de los dos tenemos posición, pero ella sale mejor librada que yo del asunto porque no tiene quebraderos de cabeza.

-Cierto. Verdaderamente no parece que tenga muchos quebraderos de cabeza. ¡Ojalá tuviera yo tan pocos! Aunque no hagan ustedes otra cosa, aquí por lo menos producen gente tranquila.

-Sí, ya ve usted que, por lo general, nos tomamos la vida con calma. Y además somos muy sosos. ¡Ah!, cuando nos lo proponemos, no hay quien nos gane a insípidos.

-Pues les aconsejaría que no se lo propusieran. A su hermana, la verdad, no sé de qué hablarle. ¡Parece tan distinta! ¿Es un símbolo esa cruz?

-¿Cómo? ¿Un símbolo?

-Una insignia de nobleza.

La mirada de lord Warburton, que había vagado un rato, al oír tal pregunta se fijó en la de Henrietta.

-¡Oh!, desde luego -se apresuró a contestar-. Las mujeres se toman estas cosas muy en serio. La cruz de plata la llevan las hijas mayores de los vizcondes.

Se trataba de una venganza, aunque inofensiva, por haber pecado tanto de credulidad respecto a Norteamérica. Después del almuerzo le propuso a Isabel ir a la galería para ver los cuadros y, aunque ella sabía que los había visto más de veinte veces, no puso el menor reparo en acceder a su deseo. Tenía la joven la conciencia perfectamente tranquila y nunca se había sentido tan ligera ' de espíritu como desde que le había escrito la carta. El fue andando despacio hasta el final de la galería, contemplando las obras de arte en silencio, hasta que, de pronto, dijo:

-No esperaba que me escribiese usted de ese modo.

-Era el único modo de hacerlo, lord Warburton -replicó ella-. Le ruego que así lo crea.

-Si fuera cuestión de querer, no dude que la creería y dejaría de molestarla. Pero no basta querer creer para creer; confieso francamente que no lo comprendo. Puedo comprender y comprendería perfectamente que yo no le gustara. Pero usted ya reconoce lo que debería reconocer...

Isabel le interrumpió, poniéndose intensamente pálida:

-¿Qué es lo que yo he reconocido?

-Que soy una buena persona, ¿no es cierto? -Ella no replicó y él siguió diciendo-: Usted no parece tener razón alguna para obrar así y eso me produce una sensación de injusticia.

-Tengo una razón, lord Warburton -dijo en un tono que a él le puso el corazón en un puño.

-Me gustaría mucho conocerla.

-Se la diré algún día, cuando pueda mostrársela mejor.

-Pues perdóneme si, mientras tanto, le digo que he de dudar de ella.

Isabel se limitó a replicar:

-Me está usted haciendo sufrir.

-No puedo deplorarlo. Así se dará cuenta de lo que yo estoy pasando. ¿Quiere, por favor, contestarme a una pregunta?

Isabel no expresó su asentimiento, pero a él se le antojó ver en los ojos de ella algo que le alentaba a continuar y preguntó:

-¿Siente interés por otro?

-Es una pregunta a la que preferiría no contestar.

Y él dijo amargamente, como murmurando:

-Entonces es que sí.

Aquella patente amargura conmovió a Isabel, que exclamó:

-Está usted en un error. No hay tal cosa.

Olvidando toda ceremonia, él se sentó en un banco como sumido en un hondo pesar, apoyó los codos en las rodillas y clavó los ojos en el suelo. Por fin, echándose hacia atrás para apoyar la espalda dijo:

-Tampoco eso puede alegrarme, porque debe de ser una excusa.

Ella alzó las cejas en señal de sorpresa y repuso:

-¿Una excusa? ¿Tengo yo que excusarme de algo?

Pero él no contestó a tal pregunta, pues le rondaba ya otra idea por la cabeza:

-¿Es por mis opiniones políticas? ¿Las considera demasiado avanzadas?

-No tengo nada que reprochar a sus ideas políticas por la sencilla razón de que no las comprendo.

-Claro, lo que yo piense le tiene a usted sin cuidado, le da lo mismo.

Isabel se apartó hacia el otro lado de la galería y allí permaneció un momento volviéndole la espalda, que era en extremo encantadora; él contempló su leve y esbelta figura, la esbeltez de su blanco cuello al inclinar ella la cabeza y el espesor de sus oscuras trenzas. Se detuvo ella ante un pequeño cuadro como si lo estuviese examinando, y había un no sé qué tan lleno de juventud y agilidad en su movimiento que, con aquella su flexibilidad, parecía estar burlándose de él. Sin embargo, nada veían sus ojos, que se habían cubierto súbitamente de lágrimas. Al poco él se acercó, pero Isabel había enjugado ya su llanto. Al volverse de nuevo, su cara estaba profundamente pálida y sus ojos tenían una rara expresión.

-La razón que no quería exponerle... -dijo-, voy, después de todo, a exponérsela. Es que no puedo escapar a mi destino.

-¿Su destino?

-Casarme con usted sería un intento de huida.

-No la comprendo. ¿Y por qué no habría de ser su destino éste, como cualquier otro?

-Porque no lo es -replicó Isabel con suave feminidad-. Yo sé que no lo es. Mi destino no es abandonar..., yo sé perfectamente que no puede serlo.

El pobre lord Warburton se quedó profundamente asombrado, con una interrogación en los ojos:

-¿Llama usted abandonar a casarse conmigo?

-Desde luego, no en el sentido corriente. Sé que es recibir..., recibir... enormemente... Pero, al mismo tiempo, supone prescindir de otras oportunidades.

-¿Otras oportunidades de qué?

-No me refiero al matrimonio -replicó Isabel, que ya iba recobrando el color. Y se detuvo, mirando hacia abajo con el entrecejo fruncido, como si le resultase poco menos que imposible tratar de expresarse con claridad.

Su compañero se decidió a susurrar:

-No creo que sea una presunción por mi parte sugerir que ganaría mucho más de lo que perdería.

-A lo que no puedo escapar es a la desgracia -dijo Isabel-. Y, casándome con usted, intentaría lograrlo.

Y él exclamó prorrumpiendo en una risa de ansiedad:

-No sé si lo intentaría, pero no me cabe duda de que lo lograría, se lo digo con toda franqueza.

-¡Pero es que no debo..., no puedo! -exclamó la joven.

-De todos modos, si usted está resuelta a ser desgraciada, no veo por qué ha de empeñarse en que yo también lo sea. Si para usted la desgracia está llena de encantos, para mí le aseguro que no tiene ninguno.

-Yo no estoy resuelta a vivir una vida desgraciada -dijo Isabel-. Al contrario, siempre he estado firmemente decidida a ser dichosa, incluso con frecuencia he creído que llegaría a serlo. Pero de vez en cuando se me ocurre que no podré ser feliz por ningún procedimiento extraordinario, huyendo, separándome...

-¿Separándose de qué?

-De la vida, de sus peligros y oportunidades corrientes, por los que la mayoría de la gente pena y que tantos conocen.

Lord Warburton esbozó una sonrisa que pareció delatar un si es no es de esperanza.

-Mi querida señorita Archer -comenzó a explicar con respetuoso anhelo-, yo no le ofrezco a usted ninguna renuncia a la vida, ni a peligros u oportunidades de ninguna clase. ¡Ojalá pudiese! ¡Tenga usted por seguro que lo haría! Por favor, ¿por quién me toma? A Dios gracias, no soy el emperador de la China. Lo que yo le ofrezco es, en resumen, que participe de las comunes angustias de la vida de una manera en cierto modo cómoda. ¡Las angustias comunes de la vida! Yo soy uno de sus más devotos. Concierte usted una alianza conmigo y le aseguro que no le habrán de faltar. Por lo demás, no tendrá que separarse de nada, ni siquiera de su amiga la señorita Stackpole.

-Ella no lo aprobaría jamás -dijo Isabel tratando de sonreír y aprovechando esta salida, no sin despreciarse bastante a sí misma por hacerlo.

-¿Hablamos de la señorita Stackpole? -preguntó impaciente el lord-. En mi vida he visto una persona que juzgue las cosas de un modo tan exclusivamente teórico.

-Creo que ahora habla usted de mí -replicó Isabel, y se apartó de nuevo al ver que por el extremo opuesto de la galería acababan de entrar la señorita Molyneux, Henrietta y Ralph.

La hermana de lord Warburton se dirigió a él con cierta timidez para recordarle que debía estar en casa a la hora del té, pues había invitado a algunas personas para tomarlo con ella. Él no le contestó, al parecer por no haberla oído; tenía entonces muchas otras cosas que con harta razón le preocupaban. Y la señorita Molyneux, como si él fuera un soberano, permaneció a la espera en actitud de camarera mayor.

Al verlo, Henrietta Stackpole exclamó:

-¡Eso si que no, señorita Molyneux! ¡Si yo tuviese que irme, él tendría que irse! ¡Si yo necesitara que mi hermano hiciese algo, tendría que hacerlo!

-¡Oh! Warburton hace siempre lo que se le pide -contestó la señorita Molyneux con una pronta y tímida risita. Y, volviéndose hacia Ralph, prosiguió-: ¡Cuántos cuadros tienen ustedes!

-Parecen muchos porque están todos juntos -dijo Ralph-. Pero no es un modo apropiado de colocarlos.

-A mí me parece muy hermoso. Me gustaría enormemente que hubiera una galería de pinturas en Lockleigh. Los cuadros me gustan muchísimo -continuó diciendo la señorita Molyneux sin detenerse para evitar que la interpelase de nuevo Henrietta, que parecía a la vez fascinarla y asustarla.

-Me lo explico; los cuadros son muy conveniente: -dijo Ralph, que se daba cuenta de la clase de reflexiones convenientes para ella.

Y la joven dama continuó:

-¡Cuando llueve, resultan tan agradables...! En este último tiempo ha llovido con mucha frecuencia.

-Siento mucho que se vaya usted, lord Warburton -intervino Henrietta-. Necesitaba sonsacarle todavía algo más.

-No me voy todavía -repuso lord Warburton.

-Dice su hermana que debe irse. En Norteamérica los hombres obedecen a las damas.

La señorita Molyneux dijo suavemente, mirando a su hermano:

-Me temo que tendremos invitados a tomar el té. -Está bien, querida. Entonces nos iremos.

-Creí que iba usted a resistirse -exclamó Henrietta-. Me habría gustado ver lo que hubiese hecho la señorita Molyneux.

-Yo no hago nunca nada -replicó ésta.

-Me imagino que, dada su posición, le bastará con vivir. Me gustaría mucho verla en su casa.

-Tiene que ir otra vez a Lockleigh -dijo dulcemente la señorita Molyneux dirigiéndose a Isabel, como si no hubiese oído aquella observación de la periodista.

Isabel contempló un instante sus tranquilos ojos y en aquel mismo instante le pareció ver en el fondo gris de ellos el reflejo de todo lo que había rechazado al rechazar a lord Warburton: la paz, la bondad, el honor, las propiedades, una gran seguridad e intimidad. Besó a la señorita Molyneux y le dijo:

-Me parece que no voy a poder volver por allí.

-Lo siento en el alma -replicó la señorita Molyneux-. Creo que hace usted muy mal con ello.

Lord Warburton prestó atención a lo que las dos jóvenes decían y luego se volvió hacia uno de los cuadros. Ralph, con las manos en los bolsillos y apoyado en la barandilla de delante del cuadro, estuvo observándole un momento.

Henrietta se acercó a lord Warburton para decirle:

-Quisiera verle en su casa. Me gustaría charlar una hora con usted, pues tengo que hacerle infinidad de preguntas.

El dueño de Lockleigh contestó:

-Será para mí un gran placer verla allí, pero estoy seguro de que no podré contestar a muchas de sus preguntas. ¿Cuándo piensa usted venir?

-En cuanto la señorita Archer quiera llevarme. Pensamos ir a Londres, pero antes iremos a verle. Estoy decidida a que usted satisfaga mi curiosidad.

-Pues si depende de la señorita Archer, me temo ' ° que no va usted a satisfacerla, porque ella no irá a Lockleigh. No le gusta nada el sitio.

-¿Cómo? ¡Si me ha asegurado que es encantador! -exclamó Henrietta.

Lord Warburton dudó un segundo y luego dijo:

-A pesar de todo, no irá. Más vale que vaya usted sola.

Henrietta se irguió, abrió desmesuradamente los ojos y en un tono bastante áspero preguntó:

-¿Le diría usted eso a una dama inglesa?

Lord Warburton se quedó sorprendido.

-Según -dijo al fin-; si me gustase lo suficiente, sí.

-Pues procure que no le guste lo bastante. Si la señorita Archer no quiere volver a su casa es porque no desea llevarme. Sé perfectamente lo que ella piensa de mí... y supongo que usted pensará lo mismo: que no debo sacar a relucir a personas concretas. -Lord Warburton estaba en la luna. No le habían dicho nada de la personalidad profesional de la señorita Stackpole y no captó la alusión-. Tengo la seguridad de que la señorita Archer le ha prevenido -añadió Henrietta.

-¿Que me ha prevenido?

-¿Para qué, si no para ponerle en guardia respecto a mí, vino aquí sólita con usted?

-Oh, no, nada de eso, mi distinguida amiga -replicó lord Warburton con desenvoltura-.Nuestra conversación no ha tenido tanta solemnidad.

-Pues lo cierto es que usted ha estado constantemente en guardia..., ¡y de qué manera! Ya me imagino que en usted ha de ser lo natural, y eso es precisamente lo que quería observar. Y lo mismo la señorita Molyneux..., tampoco ha querido soltar prenda, También usted ha sido prevenida, aunque en su caso no era necesario -dijo Henrietta dirigiéndose a la hermana del lord.

-Más vale así -contestó ésta con cierta vaguedad.

Ralph intervino para explicar amablemente:

-He de decirles que la señorita Stackpole escribe y toma notas. Es una gran satírica. Escudriña en nuestro interior y luego nos lo presenta según su modo de ver.

-Pues, la verdad, debo confesar que nunca he tenido tan mala suerte con mi material, ni un material tan malo -declaró Henrietta paseando la vista de Isabel a lord Warburton y del aristócrata a su hermana y a Ralph-. A todos ustedes les ocurre algo; están todos tan alicaídos como si hubiesen recibido un cable con malas noticias.

-Usted ve bien en nuestro interior, señorita Stackpole -dijo Ralph, haciendo un leve movimiento de cabeza afirmativo al tiempo que les conducía fuera de la galería-. A todos nosotros nos ocurre algo.

Detrás de ellos dos iba Isabel. La señorita Molyneux, que le profesaba ya gran simpatía, la había tomado del brazo para caminar a su lado por aquel piso tan encerado. Al otro lado iba lord Warburton, con las manos en los bolsillos y la mirada gacha. Permaneció callado un momento y luego preguntó:

-¿Es cierto que va usted a ir a Londres?

-Creo que ya es cosa decidida.

-¿Y cuándo piensa volver?

-Dentro de unos días. Pero será por poco tiempo, porque tengo que ir a París con mi tía.

-Entonces, ¿cuándo volveré a verla?

-No por una temporada -contestó Isabel-, aunque espero que un día u otro suceda.

-¿De veras lo espera? -Muy de veras.

Él dio unos cuantos pasos más en silencio; luego se detuvo y, tendiéndole la mano, dijo:

-Adiós.

-Adiós -contestó Isabel.

La señorita Molyneux volvió a besarla y ella les miró marchar juntos. Después, en lugar de reunirse con Henrietta y Ralph, se fue directamente a su habitación. Antes de la hora de la cena, la señora Touchett entró a verla aprovechando que se dirigía al salón.

-Debo comunicarte -le dijo- que tu tío me ha informado de tus relaciones con lord Warburton, «¿Relaciones? -pensó Isabel-. Apenas si las hay ¡Qué cosa tan extraña! Si no me ha visto más que tres o cuatro veces».

La señora Touchett preguntó en tono desapasionado:

-¿Por qué se lo dijiste a tu tío en vez de decírmelo a mí?

La joven volvió a dudar y respondió:

-Porque él conoce mejor a lord Warburton.

-Cierto. Pero, en cambio, yo te conozco mejor a ti.

-No estoy muy segura de ello -contestó Isabel sonriendo.

-Ni yo tampoco, después de todo, especialmente cuando me miras de ese modo tan presuntuoso. Cualquiera diría que estás encantada de ti misma y que te has

llevado un premio. Me imagino que, cuando has rechazado una proposición como la de lord Warburton es porque tienes a la vista algo mejor.

Isabel sonrió otra vez y dijo:

-¡Seguro que mi tío no ha dicho eso!

15

Se había acordado que las dos jóvenes fuesen a Londres escoltadas por Ralph, aunque a la señora Touchett no le hacía gracia semejante plan al hablar de él, dijo que era el que sin duda se le habría ocurrido a la señorita Stackpole sugerir, y preguntó si a la corresponsal del Interviewer se le iba a ocurrir también llevarles a su casa de huéspedes favorita.

-Me tiene sin cuidado adonde quiera llevarnos -contestó Isabel-, con tal de que sea un sitio con color local. Para eso es precisamente para lo que vamos a Londres.

-Ya me imagino -replicó su tía- que cuando una muchacha ha rechazado a un lord inglés puede permitírselo todo. Después de eso, no vale la pena pararse en bagatelas.

-¿Le habría gustado que me hubiese casado con lord Warburton? -preguntó Isabel.

-Naturalmente que sí.

-Creía que detestaba a los ingleses.

-Y los detesto; pero eso es el mejor motivo para utilizarlos.

-¿Es ésa la idea que tiene usted del matrimonio?

-E Isabel se atrevió a añadir que, a su entender, su tía había utilizado bien poco al señor Touchett.

-Tu tío no es un aristócrata inglés -repuso la señora Touchett-. Y aunque lo hubiera sido, tal vez me habría ido igualmente a vivir a Florencia.

-¿Cree usted que lord Warburton puede hacerme mejor de lo que soy? -preguntó la joven algo excitada-. No quiero decir que me considere demasiado buena y que no desee mejorar, sino que no amo a lord Warburton lo bastante como para casarme con él.

-Entonces has hecho muy bien en rechazarlo -dijo la señora Touchett con su voz más baja y sobria-. Ahora espero que, a la próxima gran oferta que se te haga, sepas estar a la misma altura.

-Más vale que esperemos hasta que se presente, en vez de hablar de ello. Lo que deseo con toda mi alma es que no me hagan por ahora ofrecimientos de ninguna clase. Acaban por perturbarme completamente.

-Si adoptas definitivamente la vida bohemia, puedes tener la seguridad de que no te molestarán mucho
con ellos. De todos modos, le he prometido a Ralph que
no criticaría...

-Haré lo que Ralph diga -respondió Isabel-. Tengo en él una ilimitada confianza.

-Su madre se siente muy agradecida -repuso la señora Touchett, riendo con sequedad. Isabel, sin poder contenerse, replicó:

-Es lo que me parece que debe sentirse.

Ralph había dicho que no iba en absoluto contra las conveniencias sociales que los tres hicieran juntos una excursión para ver las cosas más interesantes de la metrópoli; pero la señora Touchett no lo consideraba así. Como muchas otras señoras de su país que habían vivido largo tiempo en Europa, había olvidado su manera nativa de pensar acerca de muchos puntos, produciéndose en ella una reacción contra la excesiva libertad concedida a los

jóvenes de allende los mares, no injustificada en sí misma, pero cargada de escrúpulos tan exagerados como gratuitos. Ralph acompañó a las jóvenes a Londres y las albergó en una fonda tranquila de una calle que hacía esquina con Piccadilly. Al principio pensó instalarlas en la casa de su padre, en Winchester Square, una enorme y triste mansión que en tal época del año se hallaba envuelta en la mortaja del más profundo silencio y de las fundas de holanda cruda; pero cayó en la cuenta de que, estando el cocinero en Gardencourt, no había nadie en la casa que pudiese encargarse de hacer la comida, por lo que finalmente fue el hotel Pratt su paradero.

Por su parte, Ralph se instaló en la mansión de Winchester Square, donde tenía un escondrijo que a él le encantaba y donde podía abrigar temores de mucha peor catadura que el de una cocina apagada. Lo cierto es que se proponía utilizar en gran medida los recursos del hotel Pratt, y a estos efectos empezó al día siguiente por hacer una visita a sus compañeras de viaje. Allí tuvo la satisfacción de que el señor Pratt en persona, enfundado en un amplio blusón blanco, acudiese a levantar la tapadera de los platos del desayuno. Después de lo cual, Ralph, ya otro hombre como él mismo dijo, trazó con sus compañeras el plan para los vagares del día en curso. Como en el mes de septiembre Londres tendría un semblante completamente blanco si no fuese por las salpicaduras y manchas del tráfago anterior, Ralph, que para tal ocasión creyó prudente adoptar un tono solemne, se consideró obligado a decir a sus compañeras, excitando con ello los crueles sarcasmos de la señorita Stackpole, que en la ciudad no había en esos momentos ni un alma.

-Supongo que se refiere usted a la aristocracia -replicó Henrietta-, pero no creo que pueda tener prueba mejor de que no se la echaría de menos si estuviese por completo ausente. A mí me parece que la ciudad está de gente hasta los topes. No hay un alma, no; sólo tres o cuatro millones. Pero pertenecen a..., ¿cómo lo llama usted?..., a la clase media. Y ésas, que componen toda la población de Londres, no tienen, por lo visto, la menor importancia.

Ralph declaró que no había vacío dejado por la aristocracia que ella con su presencia no llenara y que en aquel momento no había hombre tan contento como él. En lo cual le asistía perfecta razón, pues el tedioso septiembre en la ciudad inmensa y medio vacía encerraba un encanto como de piedra preciosa de vividos colores envuelta en un paño sucio. Cuando Ralph se retiraba por la noche a la vacía mansión de Winchester Square tras las horas pasadas con sus compañeras, tan ardientes si con él se las comparaba, se ponía a vagar por el enorme y oscuro comedor, donde no había más luz que la del candelabro que él tomaba de la mesa del vestíbulo al entrar. La plaza se hallaba sumida en el mayor silencio, silenciosa estaba igualmente la triste mansión, y, cuando abría uno de los anchos ventanales del comedor para dejar entrar el aire fresco, sólo oía el pausado rechinar de las pesadas botas del policía que estaba de guardia. En aquel I lugar tan vacío, sus propios pasos resonaban fuertes y sonoros, pues habían retirado algunas de las gruesas alfombras y, cada vez que se movía, levantaba y esparcía un eco melancólico. Sentado en uno de los sillones, observaba la enorme y oscura mesa que brillaba en ciertas partes a la débil luz de las bujías del candelabro, y los cuadros de las paredes, todos muy oscuros, que parecían dotados de un alma vaga e incoherente. Se diría que flotaba en el ambiente el fantasma de cenas tiempo ha digeridas, de festivas conversaciones de sobremesa que habían perdido vigencia. Acaso tal presentimiento de lo sobrenatural tuviese que ver con el hecho de que él dejase volar libremente su añorante imaginación, permaneciendo en aquel sillón hasta mucho más tarde de lo que tenía por costumbre acostarse..., de que se quedase sin hacer absolutamente nada, sin tan siquiera leer el diario de la noche. Digo y sostengo que no hacía nada, pues en tales momentos se limitaba a pensar en Isabel, y pensar en ella no podía ser para él más que una vaga y perezosa ocupación que a nada conducía y a nadie podía servir de gran cosa. Su prima no le había parecido jamás tan encantadora como en aquellos días empleados en bucear a la manera turística por las profundidades y oquedades de la vida metropolitana.

Tenía Isabel la cabeza llena de elementos lógicos -premisas, conclusiones- y de emociones; y, si lo que había ido buscando era color local, podía darse por satisfecha, porque lo encontraba en todas partes. Le hacía ella más preguntas de las que él estaba en condiciones de contestar, y se lanzaba a improvisar nuevas y osadas teorías acerca de las causas históricas y sus repercusiones sociales, que él tampoco sabía refutar y que ignoraba si debía aceptar. Fueron más de una vez al Museo Británico y a aquel otro palacio del arte aún más brillante que, por su antigua variedad, exige que se le consagre un espacio tan extenso por lo menos como el de un monótono barrio; pasaron una mañana en la Abadía y se embarcaron en uno de los vaporcitos que por el precio de un penique llevan a los visitantes hasta la Torre de Londres. Contemplaron los cuadros de las colecciones públicas y privadas, y más de una vez hubieron de sentarse en los bancos de los jardines de Kensington bajo los árboles centenarios. Henrietta demostró tener una inagotable curiosidad y ser un juez mucho menos benigno de lo que Isabel habría creído. Como era de esperar, se llevó no pocos desengaños y, en conjunto, Londres hubo de sufrir no poco en la apasionada comparación de su vida con los puntos fuertes de la idea norteamericana de civismo; no obstante, sacaba el máximo de sus empañadas dignidades y sólo se permitía de vez en cuando algún que otro suspiro acompañado de un desalentado «Bien», que no iba más allá y se perdía en el abismo de lo retrospectivo. La pura verdad era que no se hallaba en su elemento. Un día, en la Galería Nacional, le dijo a Isabel: «Yo no simpatizo con los objetos inanimados», y siguió sufriendo ponla pobreza de su visión de la vida interior con que la naturaleza la había dotado. Los paisajes de Turner y los toros asirios eran una compensación bien pobre por la falta de esas cenas literarias en las que había esperado conocer el genio y el renombre de Gran Bretaña.

«¿Dónde están sus hombres públicos, sus grandes hombres y mujeres intelectuales? -le preguntó un día a Ralph, parándose en mitad de Trafalgar Square, como si creyera que aquél era el sitio idóneo para darse de narices con algunos-. ¿Acaso es uno de ellos ese que está allá en lo alto de la columna? ¿Cómo le llaman ustedes...? ¿Lord Nelson? ¿También era lord? ¿No era bastante alto de por si para que hayan tenido que colocarlo a cien pies del suelo? Eso es el pasado..., y a mí el pasado no me interesa. Lo que yo quiero es ver a las mentes conductoras del presente; y no digo del futuro porque creo muy poco en él». El pobre Ralph contaba entre sus relaciones con muy pocas de aquellas mentes conductoras, y muy rara vez podía permitirse el placer de asaetear con sus preguntas a un individuo célebre; lo que, a juicio de la señorita Stackpole, acusaba una lamentable falta de espíritu de empresa. Así, solía decir: «Si yo estuviera allende el mar, me iría derecha a casa de un gran hombre, llamaría tranquilamente a su puerta, fuera quien fuese, y le diría: "Señor, he oído hablar mucho acerca de usted y vengo a ver yo misma qué hay en todo ello". Pero, por lo que deduzco, no es ésa la costumbre aquí. Ustedes tienen sin duda infinidad de costumbres que me parecen insensatas, pero ninguna que pueda servir para algo. Indudablemente, nosotros estamos más adelantados. De
todos modos, no tengo más remedio que escribir acerca de la vida social en su conjunto». Henrietta, que llevaba siempre encima su guía turística y su lápiz, escribió para el Interviewer una crónica describiendo la Torre de Londres (incluido el relato de la ejecución en ella de lady Jane Gray); pero, después de haberla escrito, tuvo el convencimiento de no estar a la altura de la misión que se le había confiado.

El incidente que precedió a la partida de Isabel de Gardencourt había dejado una dolorosa huella en el ánimo de nuestra joven heroína; y, cuando volvía a sentir en su rostro, como una ráfaga recurrente, el aliento frío de la sorpresa de su último pretendiente, su único recurso era taparse bien la cabeza hasta que el viento amainara. La verdad es que no podía hacer más de lo que hacía.

Pero la manera en que lo llevaba a cabo tenía tan poca gracia como cualquier movimiento puramente físico realizado en una actitud forzada, lo cual alejaba de ella el

menor deseo de enorgullecerse de su conducta. No obstante, ello se mezclaba con una sensación de libre albedrío que le era sumamente grata en sí misma y que, mientras vagaba por la inmensa ciudad en compañía de sus dispares compañeros, exteriorizaba mediante demostraciones estrafalarias. Así acontecía que, cuando, por ejemplo, paseaban por los jardines de Kensington, se detenía a conversar con los rapaces que jugaban en la hierba, especialmente con los más pobres; les preguntaba sus nombres, les daba unas monedas de cobre y a los más graciosos los besaba. Ralph tomaba nota de todas esas raras salidas, como de todo lo que ella hacía. Un día, para hacer pasar un rato a sus compañeras, las invitó a J tomar el té en su casa de Winchester Square y, a tal efecto, hizo que la arreglaran y pusieran lo más posible en orden para recibir la visita. Había allí otro invitado, un simpático soltero, antiguo amigo de Ralph, que se hallaba casualmente de paso en la ciudad, y para quien entrar en inmediato trato con la señorita Stackpole no parecía entrañar la menor dificultad ni despertarle el más leve temor. El señor Bantling, hombre de unos cuarenta años, fornido, atildado, admirablemente vestido, conocedor de todo y extravagantemente divertido, se rió a mandíbula batiente con todas las cosas que Henrietta dijo, le ofreció varias tazas de té, examinó con ella la nada desdeñable colección de curiosidades de Ralph y, luego, cuando el anfitrión les propuso salir a la plaza diciendo que les ofrecía una fete-champétre, dio unas cuantas vueltas con ella por el recinto, mostrando una gran pasión, charlando como si experimentase un enorme interés por el asunto discutido, ante las reflexiones de ella acerca de la vida interior.

-Ya me doy cuenta. Me atrevería a decir que Gardencourt le ha parecido a usted de una quietud desesperante. Naturalmente, no puede haber mucho ajetreo en un sitio cuando se está tan enfermo. Touchett está muy mal, ya sabe. Los médicos le han prohibido terminantemente que esté en Inglaterra, pero él ha venido para cuidar a su padre. Y el pobre viejo, según creo, tiene por lo menos media docena de achaques. Dicen que es la gota, i pero yo tengo entendido que se trata de una enfermedad orgánica tan avanzada que puede usted tener por seguro que desaparecerá a la carrera el día menos pensado. Naturalmente, todas estas circunstancias hacen tremendamente triste cualquier casa; lo que me asombra es que les guste recibir gente cuando pueden hacer tan poca cosa para obsequiarla. Además, me imagino que el señor Touchett estará discutiendo constantemente con su mujer. Como usted sabe, viven separados siguiendo esa curiosa costumbre de los americanos. Si usted quiere ver una casa donde siempre pasan cosas, le recomiendo que pase unos días con mi hermana, lady Pensil, en Bedfordshire. Mañana mismo le escribiré y tengo la plena seguridad de que la invitará enseguida. Ya me hago cargo de lo que usted precisa: una casa donde la gente sea aficionada al teatro, las merendolas y cosas por el estilo. Pues mi hermana es precisamente una mujer que ni pintada para todo ello; se pasa la vida organizando una u otra fiesta y le encanta tener gente que pueda ayudarla. Estoy seguro de que la invitará a vuelta de correo, pues le gustan a rabiar los escritores y toda clase de gente distinguida. Ella escribe también, ¿sabe usted?, pero no he leído nada suyo. Por lo general escribe versos, y yo no soy un gran aficionado a la poesía..., a no ser la de Byron. Me figuro que admirarán mucho a Byron en Norteamérica... -prosiguió el señor Bantling, excitando la estimulada atención de la señorita Stackpole, sacando extrañas conclusiones con una extraordinaria facilidad y cambiando de tema como quien hace un trabajo de prestidigitación. Y con aquella versatilidad tan sugestiva, insistió en la idea, cautivadora y fascinante para Henrietta, de hacerle ir a pasar unos días en casa de lady Pensil, en Bedfordshire-. Sé perfectamente lo que usted quiere; lo que quiere es ver y disfrutar de algún pasatiempo genuinamente inglés. Los Touchett, como sabe, no tienen nada de ingleses. Tienen sus propias costumbres, su propia manera de hablar, sus comidas especiales..., incluso creo que profesan una extraña religión particular. Según dicen, el anciano considera la caza un pecado. Debería usted ir a casa de mi hermana durante los –preparativos para la función teatral; seguro que le dará un papel y no me cabe la menor duda

de que lo hará usted muy bien, pues veo que es muy inteligente. Mi hermana tiene ya cuarenta años y siete hijos, pero va a interpretar el papel principal. A pesar de lo sencilla que es, se maquilla muy bien..., dadas sus condiciones, por supuesto. Ni que decir tiene que, si no desea actuar, no está obligada a hacerlo.

De tal suerte iba expresándose el señor Bantling mientras caminaban lentamente por el césped, que, aunque salpicado del hollín de las chimeneas londinenses, invitaba a estirar las piernas. Aquel solterón gallardo y elocuente, tan impresionable ante las altas cualidades femeninas y con sugerencias tan interesantes, le pareció a Henrietta un hombre verdaderamente grato y apreció en lo mucho que para ella valían las oportunidades que le brindaba.

-Si su hermana me invitase, desde luego que iría -le dijo-. Creo que es mi deber. ¿Cómo dice usted que se apellida?

-Pensil. Un apellido raro, pero nada malo.

-Para mí lo mismo da uno que otro. Pero ¿cuál es su rango social?

-Es esposa de un barón; una posición bastante aceptable. Refinada, pero no demasiado.

-Seguro que demasiado refinada para mí. ¿Cómo dice usted que se llama- el sitio donde vive? ¿Bedfordshire?

-Vive en la parte norte del condado. Es un paraje aburrido, pero no creo que a usted le importe. Por mi parte, yo trataré de ir allá mientras usted esté.

La señorita Stackpole estaba encantada con todo lo que le decía el hermano de lady Pensil, pero, muy a pesar suyo, no tenía más remedio que dejarle porque la estaban esperando unas amigas que encontró en Piccadilly el día antes y a las que no había visto desde hacía más de un año: las señoritas Climbers, dos damas de Wilmington, del estado de Delaware, que tras haber viajado por todo el continente se preparaban para regresar a su país. Henrietta había sostenido con ellas una larga conversación en pleno Piccadilly, pero, aun cuando las tres hablaban al mismo tiempo, les quedaron muchas cosas en el tintero. Así pues, acordaron que Henrietta iría a cenar con ellas en su alojamiento de Jermyn Street a las seis de la tarde del día siguiente; y acababa de acordarse entonces de tal compromiso. Por consiguiente, se dispuso a ir a la mencionada callé, despidiéndose primero de Ralph e Isabel, que, sentados en un banco en otro lado de la plaza, se hallaban ocupados -si así puede decirse- en intercambiar amenidades a buen seguro menos provechosas que las que habían compartido Henrietta y el señor Bantling. Una vez de acuerdo Isabel y su amiga en que se encontrarían después a una hora respetable en el hotel Pratt, Ralph señaló que la periodista debía tomar un coche, pues no podía ir a pie hasta Jermyn Street.

-Me figuro que lo que quiere decir es que no está bien que vaya sola por la calle. ¡Santo cielo! -exclamó Henrietta- ¿Y para esto he venido yo aquí?

-No es en absoluto necesario que vaya usted a pie sola -dijo alegremente el señor Bantling-. Será un gran placer para mí acompañarla.

-Lo que quise decir -replicó Ralph- es que llegará tarde a la cena y las pobres señoras podrían creer que al final nos hemos resistido a privarnos de su presencia.

-Me parece que lo mejor es que tomes un coche, Henrietta -dijo Isabel.

-Si no desconfía de mí, yo le conseguiré uno -ve ofreció el señor Bantling-. Caminaremos un poco hasta dar con él.

-No veo motivo para no fiarme de él, ¿y tú? -le preguntó Henrietta a Isabel.

-No ve me ocurre qué podría hacerte el señor Bantling -respondió cortésmente Isabel-. Pero, vi quieres, iremos con vosotros hasta que encuentres el carruaje.

-No os molestéis, iremos solos. Vamos, señor Bantling, y a ver vi me consigue uno de los buenos.

Se comprometió el señor Bantling a hacer todo lo que pudiera y ambos ve marcharon dejando a la muchacha y a su primo juntos en Winchester Square, que la luz del suave crepúsculo septembrino comenzaba a embrujar. Reinaba allí la más absoluta calma. El ancho cuadrilátero de casas de la oscura plaza no mostraba todavía ninguna luz en sus ventanas, cuyas celosías y persianas estaban cerradas; el pavimento era una superficie totalmente despejada y, a no ver por dos chiquillos de una de
las callejuelas próximas que, atraídos por la inusitada animación en el interior de la plaza, metían la cabeza por !.
entre los barrotes de la verja, el objeto más vivo a la vista habría sido la roja columna del ángulo sudeste.

-Henrietta le pedirá que suba al coche y la acompañe hasta la calle Jermyn, estoy seguro -dijo Ralph al
cabo de un momento. Al hablar de la señorita Stackpole decía siempre simplemente Henrietta.

-Es muy posible -respondió su compañera.

-Aunque tal vez no ve lo pida, y entonces verá
Bantling quien lo haga.

-También es muy posible. Me alegro mucho de que hayan congeniado tanto.

-Ella ha hecho una conquista. Bantling la convidera una mujer brillante. Esto puede llegar lejos.

-Yo también considero a Henrietta una mujer brillante -dijo Isabel tras un breve silencio-, pero no creo
que esto pueda ir lejos.

No llegarían nunca a conocerse de veras. Ni él tiene la menor idea de lo que ella es, ni ella la acertada comprensión del señor Bantling.

-La base más frecuente de una unión suele ser la falta de entendimiento recíproco -dijo su primo-. Sin embargo -añadió-, no debe de ver tarea difícil comprender a Bantling, porque es un espíritu sencillo.

-De acuerdo, pero Henrietta lo es más todavía. En fin, ¿qué podemos hacer? -preguntó Isabel mirando a través de la luz evanescente, bajo la cual el limitado paisaje ajardinado de la plaza adquirió una apariencia de auténtica amplitud-. No creo que ve te ocurra proponer que, para divertirnos, nos vayamos en un coche a dar vueltas por las calles de Londres.

-No hay razón para que no permanezcamos aquí..., a no ver que no te agrade. Hace una agradable temperatura, falta todavía cosa de media hora para que sea completamente oscuro y..., vi me lo permites, encenderé un cigarrillo.

-Puedes hacer lo que quieras -dijo Isabel- con tal que me entretengas hasta las siete. A esa hora me iré al hotel Pratt y me sentaré sólita a ingerir mi cena: dos huevos pasados por agua y un panecillo.

-¿Me permites cenar contigo? -preguntó Ralph.

-No; tú cenaras en tu club.

Habían vuelto a sus asientos en el centro de la plaza y Ralph encendió su cigarrillo. Sin duda le habría agradado enormemente haber tomado parte en el modestísimo festín que ella acababa de describir, pero, en su defecto, le encantaba que se lo prohibiera. En aquel instante lo que le gustaba extraordinariamente era estar a solas con ella, en la oscuridad que iba poco a poco adensándose en medio de la enorme ciudad multitudinaria, imaginar que dependía de él y estaba bajo su poder. Sin embargo, no podía ejercitar semejante poder sino muy vagamente, y la mejor manera que de hacerlo tenía era acatando sumisamente toda decisión de ella. Así, después de una pausa, preguntó:

-¿Por qué no me permites cenar contigo?

-Porque no me interesa.

-Me figuro que estarás cansada de mí.

-Lo estaré dentro de una hora. Como ves, tengo el don de prever las cosas.

-Te prometo que de ahora en adelante seré entretenido -aseguró Ralph. Pero no se le ocurrió decir nada más y, como ella no le replicó tampoco, continuaron durante algún tiempo sentados y en una calma que parecía una flagrante contradicción a la promesa de entretenimiento que él acababa de formular. Se le antojó que estaba preocupada, y se preguntaba a sí mismo en qué estaría pensando, pues tenía dos o tres motivos de cavilación. Por fin, preguntó de nuevo-: ¿El negarte a que te acompañe a cenar esta noche es porque esperas a algún otro visitante?

Ella se volvió, le miró con sus ojos claros y serenos, y dijo:

-¿Otro visitante? ¿Qué otro visitante quieres que tenga?

Y, en efecto, no tenía a quién sugerir, lo que hizo que su pregunta le pareciese a él mismo tan tonta como brutal.

-Tienes muchos amigos que yo no conozco -se atrevió finalmente a insinuar-. Posees todo un pasado del que he sido deliberada y perversamente excluido.

-Porque estabas reservado para mi futuro. No debes olvidar que mi pasado quedó al otro lado del mar y que no hay nada de él en Londres.

-Perfectamente. Entonces el futuro que te concierne se halla sentado a tu lado. Es estupendo tener el futuro tan a mano. -Ralph encendió otro cigarrillo pensando si tal vez Isabel habría querido decir que tenía noticias de que Caspar Goodwood estaba en París. Después exhaló una bocanada de humo y añadió, resumiendo-: Hace un momento te prometí que iba a ser entretenido, pero ya ves que no me salgo con la mía, y es porque resulta una gran temeridad intentar entretener a una persona como tú. ¿Cómo van a interesarte mis pobres esfuerzos? Tú acaricias grandes ideas..., tienes pensamientos muy elevados sobre muchos asuntos, mientras que yo he de limitarme a meter en mis habitaciones una pequeña orquesta o una compañía de saltimbanquis.

-Con un saltimbanqui basta, y tú lo haces muy bien. Vamos, sigue, que dentro de diez minutos soltaré la carcajada.

-Te advierto que hablo en serio -contestó Ralph-. De veras, pides demasiado.

-No sé lo que quieres decir. Yo no pido absolutamente nada.

-Di mejor que no aceptas nada.

Se ruborizó ella mucho y le pareció adivinar de pronto adonde quería él ir a parar. Pero ¿a santo de qué tenía que hablarle de semejante cosa? Ralph se detuvo un instante como dudando y luego prosiguió:

-Me agradaría mucho decirte una cosa. Es algo que quisiera preguntarte y creo que tengo derecho a hacerlo porque la respuesta me interesa enormemente.

-Pregunta lo que quieras -contestó Isabel con amabilidad-. Trataré de complacerte.

-Bien. Supongo, entonces, que no te molestará que te diga que Warburton me ha hecho saber algo que ha sucedido entre vosotros dos.

Isabel reprimió su primer impulso y permaneció sentada mirando con calma su abanico, que tenía abierto.

-Era natural que te hiciese algún comentario al respecto.

-Tengo su autorización para decirte que lo hizo -dijo Ralph-. Él tiene todavía esperanzas...

-¿Todavía?

-Por lo menos, hace unos pocos días aún las tenía.

-Pues ahora no creo que tenga ya ninguna -replicó ella.

-Entonces lo siento de veras por él. Es una buena persona.

-Dime, por favor, ¿te pidió él que me hablases?

-No, eso no; pero me lo contó porque el pobre no pudo remediarlo. Somos buenos y viejos amigos, y el infeliz estaba profundamente decepcionado. Me mandó unas líneas pidiéndome que fuese a verlo y fui en el coche a Lockleigh el día antes de que él y su hermana vinieran a almorzar con nosotros. Estaba tan triste... Acababa de recibir una carta tuya.

-¿Te enseñó la carta? -preguntó Isabel en un instante de momentánea altivez.

-No, pero me dijo que era una negativa categórica. Yo lo sentí verdaderamente mucho por él -volvió a decir Ralph.

Isabel permaneció en silencio un momento, y luego preguntó:

-¿Sabes cuántas veces me ha visto en total? No más de cinco o seis.

-Eso redunda en honor tuyo.

-No lo digo por eso.

-¿Por qué, entonces? No será para demostrar que el pobre Warburton tiene un espíritu superficial, porque estoy completamente, seguro de que no piensas semejante cosa.

Indudablemente, Isabel no podía afirmar que lo pensase, pero se abstuvo de decir nada en contra de ello.

-Si lord Warburton no te ha pedido que discutas el asunto conmigo, es que lo haces desinteresadamente o... por ganas de discutir.

-No tengo ningunas ganas de discutir contigo. Lo único que quiero es dejarte tranquila. Pero tus sentimientos despiertan en mí un profundo interés.

-Te quedo sumamente agradecida -replicó Isabel con una risita un tanto nerviosa.

-Ya veo, con eso quieres decirme que estoy metiéndome en lo que no me importa. Pero ¿por qué no he de poder hablarte de ello sin que te moleste o sin comprometerme a mí mismo? Si ser tu primo no me confiere ciertos privilegios, entonces, ¿para qué lo soy? ¿De qué ha de servirme adorarte sin la menor esperanza jamás de una recompensa, por insignificante que sea? ¿De qué sirve estar enfermo, inútil y reducido al papel de mero espectador del interesante juego de la vida, si no se me ha de permitir siquiera ver la función después de haber pagado tan cara la entrada? Dime la verdad -prosiguió Ralph mientras ella le escuchaba con atención creciente-, ¿en qué estabas pensando en el momento de rechazar a lord Warburton?

-¿Cómo que en qué estaba pensando?

-Sí. ¿Con qué lógica..., qué visión de tu situación futura te aconsejó acto tan incomprensible?

-La lógica... de que no quería casarme con él.

-No, eso no es una cosa lógica..., eso ya lo sabía yo. La verdad es que no fue nada, y tú lo sabes perfectamente. ¿Qué te dijiste a ti misma? Seguro que hubo de ser algo más que eso.

Isabel reflexionó un instante y replicó preguntando a su vez:

-¿Por qué calificas de «tan incomprensible» mi acto? Es lo mismo que opina tu madre. r

-Porque Warburton es verdaderamente un buen partido. Como hombre, creo que no tiene apenas faltas que echarle en cara. Además, no es nada pretencioso. Posee grandes propiedades y su esposa sería seguramente considerada un ser superior. Reúne todas las ventajas materiales y morales.

Contempló Isabel a su primo como tratando de adivinar hasta dónde pretendía llegar. Luego declaró:

-Lo rechacé porque entonces me pareció demasiado perfecto. Yo no tengo nada de perfecta y es demasiado para mí. Además, estoy segura de que tanta perfección acabaría por exasperarme.

-Mucho más ingenioso que sincero es eso que acabas de decir -observó Ralph-. Para empezar, tú no crees que haya en el mundo nada demasiado perfecto para ti.

-¿Tanto crees que me figuro que valgo?

-No, pero, aun sin creerte demasiado buena tú misma, eres en extremo exigente. Diecinueve mujeres de cada veinte, aun de las más exigentes, sin duda se las habrían arreglado para pescar a Warburton. ¡Si supieras cuántas y de qué modo han tratado de cazarle!

-No me importa ni quiero saberlo -dijo Isabel-. Sin embargo, recuerdo que un día, al hablar de él, me dijiste que tenía rarezas.

Ralph dio una larga chupada al cigarrillo y reflexionó.

-Tengo la seguridad de que lo que entonces dije no podía afectarte, porque las cosas a que me refería no eran precisamente faltas, sino meras singularidades de su situación. Y, si hubiera imaginado que pensaba casarse contigo, jamás habría aludido a ellas. Creo haber dicho que era un escéptico con respecto a su posición.

Tal vez habría estado en tu mano convertirle de escéptico en creyente.

-No lo creo. No entiendo de esos asuntos y tengo el convencimiento de que no estoy destinada a desempeñar ninguna misión de esa índole. -Luego, contemplando a su primo con triste amabilidad, añadió-: ¿Te habría gustado que yo contrajera ese matrimonio?

-De ninguna manera. No tengo arte ni parte en el asunto. No pretendo aconsejarte; me contento con observarte... con el más profundo interés.

-¡Ojalá me inspirase yo a mí misma tanto interés como te lo inspiro a ti! -exclamó Isabel exhalando un profundo suspiro.

-Tampoco ahora eres sincera. Tú te interesas enormemente en ti misma. -Y añadió, animándose-: ¿Sabes que, si verdaderamente le has dado a Warburton una respuesta definitiva, estoy por alegrarme de que haya sido la que ha sido? Esto no significa que me alegre por ti, y mucho menos por él, sino por mí mismo.

-¿Es que te propones hacerme una declaración?

-De ningún modo. Desde el punto de vista que estoy hablando, sería fatal para mí. Sería matar la gallina que me proporciona los huevos para mis incomparables tortillas, y ése es un animal que yo utilizo como símbolo de mis locas ilusiones. Quiero dar a entender que debo disfrutar de la emoción de observar qué se le ocurre hacer a una muchacha que desdeña casarse con lord Warburton.

-Eso es lo que espera también tu madre.

-¡Ah! ¡No te quepa la menor duda de que habrá innumerables espectadores! Todos estaremos pendientes del desarrollo de tu carrera. Seguramente yo no podré observarla toda, pero sí tal vez sus años más interesantes. Desde luego, casándote con nuestro amigo también harías carrera..., muy decente y brillante, por cierto, aunque un tanto prosaica, establecida de antemano, carente por completo de improvisación y de elementos inesperados. Ya sabes cómo me gusta a mí lo inesperado, y ahora que tú te has lanzado a la empresa, confío en que nos des un ejemplo formidable de ello.

-Creo que no te comprendo del todo, pero sí lo suficiente para decir que, si esperas de mí ejemplos sorprendentes, me temo que te decepcionaré.

-Eso sólo sucederá si te decepcionas a ti misma..., ¡y te resultará muy difícil!

Isabel no contestó directamente, pues había en ello no poco de verdad que merecía la reflexión más profunda. Por fin dijo malhumorada:

-No veo qué puede haber de malo en no querer atarme. No quiero empezar la vida casándome. Hay otras mil cosas que una mujer puede hacer.

-Ninguna tan bien como ésa. Pero tú tienes múltiples facetas.

-Con tener dos, ya basta -repuso Isabel.

-Tú tienes más; eres el más delicioso de los poliedros -exclamó su compañero, que se puso serio al ver que ella le miraba fijamente. Para probar su seriedad se le ocurrió añadir-: Quieres ver la vida... ¡y que te ahorquen si no lo consigues!, como dicen los muchachos.

-No creo que desee verla como los jóvenes la quieren ver. Pero sí echar un vistazo a mi alrededor.

-Ya comprendo, quieres apurar la copa de la experiencia.

-Nada de eso; no entra en mis cálculos apurar la copa de la experiencia, que es una bebida envenenada. Lo que deseo es ver con mis propios ojos.

-Naturalmente, lo que tú quieres es ver, no sentir -observó Ralph.

-No comprendo cómo, siendo una criatura sensible, se pueda hacer tal distinción. Pienso, en gran parte, como Henrietta. El otro día, cuando le pregunté si deseaba casarse, me contestó: Pues bueno; lo mismo digo yo; no quiero casarme hasta que haya visto Europa.

-Indudablemente, esperas encontrar alguna testa coronada que se dé de bruces contigo y quede a merced tuya.

-Eso sería peor que casarme con lord Warburton. -Hizo una breve pausa y añadió-: Está oscureciendo y tengo que ir a casa.

Isabel se levantó, pero Ralph se quedó sentado mirándola. Como él no se moviera, Isabel se detuvo, le miró, y entre los dos se cruzaron unas miradas llenas, especialmente la de Ralph, de declaraciones demasiado vagas para expresarlas con palabras.

-Ya has contestado a mi pregunta -dijo por fin Ralph-. Ya me has dicho lo que quería saber. Te lo agradezco en el alma.

-Me parece que te he dicho bien pocas cosas.

-Me has dicho la más grande de todas: que te interesa el mundo y que quieres lanzarte de lleno a él.

Los ojos de ella fulgieron un instante en la oscuridad.

-Nunca he dicho semejante cosa -declaró.

-Me pareció que querías decir eso. No te arrepientas. ¡Es tan hermoso!

-No sé qué idea estás tratando de forjarte de mí, porque, a fin de cuentas, no tengo un espíritu aventurero. Las mujeres no somos como los hombres.

Ralph acabó por levantarse y fueron andando lentamente hacia la salida de la plaza.

-No -dijo-, las mujeres no suelen alardear de su valor; en cambio, los hombres lo hacen con harta frecuencia.

-Los hombres pueden presumir de él.

-También las mujeres. Tú, por ejemplo, enormemente.

-Ahora no tengo más que el suficiente para irme en un coche de alquiler al hotel Pratt.

Ralph abrió la cancela y, una vez que hubieron salido, volvió a cerrarla y dijo:

-Bueno, vamos a buscar ese coche.

Y, al dar la vuelta a la esquina de la calle próxima, donde esperaban encontrar uno, volvió a preguntar si le permitía verla tranquilamente en su hotel.

-De ninguna manera -contestó Isabel-. Estás muy cansado; debes irte a casa y meterte en la cama.

Encontraron el coche, la ayudó él a subir y, al cerrar la portezuela, dijo:

-Cuando la gente se olvida de que soy un desgraciado, me siento muy molesto; pero aún es peor cuando se acuerda.

16

No es que ella tuviera motivos ocultos para no querer que la acompañase al hotel. Era sencillamente que durante aquellos días había estado robándole sin orden ni concierto una enorme cantidad de tiempo a su compañero, y su espíritu independiente de muchacha americana, a quien la excesiva ayuda acaba por hacerla considerarse «afectada», la había impulsado a decidirse a permanecer en casa y encerrarse en sí misma durante unas cuantas horas. Gustaba, además, de saborear de vez en cuando grandes ratos de soledad, y desde su llegada a Inglaterra no había tenido ocasión de proporcionárselos. Ese era un regalo que podía permitirse en su patria cada vez que le venía en gana y que a sabiendas había ido abandonando. No obstante, aquella noche ocurrió un incidente que, de haber habido algún crítico que tomase nota de él, habría desvanecido por completo la teoría de que su deseo de quedarse sola era lo que la había impulsado a deshacerse de su primo. A eso de las nueve de la noche, sentada en medio de la sombría iluminación del hotel Pratt y tratando de enfrascarse, a la luz de dos velas, en la lectura de un libro que había llevado consigo desde Gardencourt, le ocurrió que le parecía estar leyendo unas palabras distintas de las impresas en la página que ante los ojos tenía..., palabras que Ralph le había dicho aquella tarde. De pronto, unos quedos golpes sonaron en su puerta, la cual se abrió
apareciendo en ella la figura de un sirviente que, a modo I de glorioso trofeo, presentaba una tarjeta de visita. Cuando aquel pedazo de blanca cartulina presentó a los ojos de Isabel el nombre de Gaspar Goodwood, ella le dejó clavado allí de pie durante un rato sin comunicarle sus deseos.

El criado, poniendo en su voz cierto acento de insinuación afirmativa, preguntó:

-Señora, ¿puedo hacer pasar al caballero?

Isabel siguió en su incertidumbre y, mientras dudaba, se miró al espejo.

-Puede hacerle pasar -dijo al fin y se dispuso a esperarle, abstraída no tanto en alisar sus cabellos como en acerarse el ánimo.

Al cabo de un momento, Gaspar Goodwood estaba en la habitación estrechándole la mano, pero no pronunció ni una palabra hasta que el criado hubo salido.

-¿Por qué no contestó usted a mi carta? -inquirió
de pronto en un tono breve, cortante, rotundo, un tanto perentorio.,., el tono de un hombre cuyas preguntas tenían habitualmente determinada intención y que era capaz de una gran insistencia.

A lo que ella contestó con otra pregunta no menos
rápida:

-¿Cómo se ha enterado usted de que yo estaba aquí?

-Por la señorita Stackpole -respondió él-. Ella me ha dicho que usted estaría probablemente sola aquí esta noche y que le gustaría verme.

-¿Dónde le ha visto ella para decirle tal cosa?

-No me ha visto, me ha escrito diciéndomelo.

Isabel se quedó silenciosa. Ninguno de los dos se había sentado. Estaban allí el uno frente a la otra como en actitud de desafío o, cuando menos, de expectativa.

-Henrietta no me dijo que pensara escribirle -dijo por fin ella-. Ése no es su procedimiento.

-¿Tan desagradable le resulta verme? -preguntó
entonces el joven.

-No esperaba tal cosa. Y no me gusta esta clase de sorpresas.

-Pero usted sabía que yo estaba aquí. Era natural

que acabáramos por encontrarnos.

-¿A eso le llama usted encontramos? Yo esperaba no encontrarle..., cosa que en una ciudad tan enorme como Londres se me antoja bien fácil.

-Por lo visto, hasta le repugnaba escribirme -prosiguió él.

Isabel no contestó. La idea de la traición de Henrietta Stackpole, como ella calificaba su intromisión, la atormentaba hondamente. Por fin pudo comentar, aunque con amargura:

-Al parecer, Henrietta no es en todo un modelo de delicadeza. Era una libertad demasiado grande para poder tomársela.

-Me imagino que tampoco yo soy un modelo... de semejantes virtudes ni de ninguna otra. La culpa es tanto mía como suya.

Le miró Isabel y le pareció que su mandíbula era entonces más cuadrada que nunca. Tal sensación pudo haberla desagradado, pero actuó en otro sentido.

-La culpa no es tanto suya como de ella. Me imagino que lo que ha hecho era inevitable... para usted.

Caspar Goodwood soltó una pequeña carcajada de satisfacción y replicó:

-Naturalmente que lo era... Y, ahora que ya estoy aquí, ¿puedo quedarme?

-¿Cómo no? Siéntese.

Ella volvió a su sillón mientras su visitante se sentaba sin cumplidos en la primera silla que encontró a mano, al modo de los hombres acostumbrados a no conceder la menor importancia a tal clase de convenciones. Luego creyó oportuno decir:

-He estado esperando días y días que contestase a mi carta. Podía, cuando menos, haberme escrito unas líneas.

-No era la molestia de escribirle lo que me lo impedía, pues lo mismo podía haberle escrito cuatro páginas que una. Mi silencio era intencionado. Me pareció lo más indicado.

Tenía él clavados los ojos en ella, mientras hablaba. Luego los fue bajando hasta fijarlos en una mancha de la alfombra, como si estuviese realizando un enorme esfuerzo para no decir más de lo debido. Era terco en el error y lo bastante avisado para comprender que una demostración innecesaria de su fuerza sólo conseguiría poner de relieve la falsedad de su situación. Por su parte, Isabel tenía capacidad más que sobrada para sacar partido, en tal situación, de una persona en las condiciones de su pretendiente y, aunque no sintiera la comezón de hacerlo patente a los ojos del otro, podía cuando menos darse el gusto de decirle con aire triunfal:

-Usted sabe perfectamente que no debía haberme escrito.

Alzó Gaspar Goodwood los ojos de la mancha de la alfombra, miró a Isabel y su mirada pareció fulgir intensamente como a través de la visera de un casco de armadura. Poseía un exacto sentido de la justicia y estaba dispuesto a discutir en el momento y en el día que fuere la cuestión de sus derechos acerca del asunto que allí le traía.

-Reconozco que usted me dijo que esperaba no volver a saber nunca más de mí, es cierto -confesó-. Sin embargo, yo no acepté jamás semejante decisión como una regla inflexible relativa a mí persona, y le advertí que tendría noticias mías muy pronto.

-Yo no dije que no quería volver a saber nunca más de usted -rectificó ella.

-Bueno, dijo durante cinco, diez o veinte años. ¿Acaso no es lo mismo?

-¿Usted cree? Pues, para mí, hay una enorme diferencia. Me parece que, al cabo de diez años, podríamos sostener una agradable correspondencia. Para entonces yo podría haber mejorado mucho mi estilo epistolar.

Miró a lo lejos mientras decía estas palabras, sabedora de que su expresión no mostraba tanta seriedad como el semblante de su interlocutor. Por fin posó en él los ojos, en el momento en que él formulaba una pregunta totalmente fuera de lugar:

-¿Lo pasa usted bien en casa de su tío?

-Admirablemente, por supuesto. -Y tras una breve pausa, prorrumpió-: ¿Qué espera usted con su insistencia?

-Espero, por lo pronto, no perderla.

-No tiene derecho a aspirar a no perder lo que no le pertenece. Y, aun creyendo lo contrario -añadió-, debe tener el tacto de saber cuándo hay que dejar a alguien en paz.

-Veo que la desagrado enormemente -dijo Gaspar Goodwood tristemente, aunque no con la intención de inspirar compasión por un hombre perfectamente consciente de tan descorazonadora realidad, sino para colocarla bien enfrente de él a fin de poder mirarla cara a cara y obrar en consecuencia.

-En efecto, no me complace usted en esta ocasión. Ahora no está en absoluto en condiciones de serme grato, y lo peor es que resulta completamente inútil ponerlo a prueba en las presentes circunstancias.

No podía ciertamente decirse que el organismo de su interlocutor presentase aquel estado de calma del que se siente como si le hubieran extraído sangre con una aguja; pero lo innegable era que, desde el momento en que le conoció, y en cuantas ocasiones tuvo incluso que defenderse contra aquel aire suyo de aparentar saber mejor que ella lo que le convenía, Isabel se dio cuenta de que la mejor arma contra él era la franqueza. Tratar de no herir su susceptibilidad o escaparse de su cerco, como podría haberlo hecho del de un hombre que hubiese interceptado su camino menos porfiadamente, era cosa que, tratándose de Gaspar Goodwood, hombre que se aferraba tenazmente a cuanto se le ofrecía, resultaba una picardía completamente *inútil. No es que careciese de susceptibilidad, ni mucho menos, sino que el campo de su actividad y el de su pasividad eran espaciosos, y podía tenerse la seguridad de que, en la medida de lo necesario, sería perfectamente capaz de curarse él solo sus heridas. Así, ella experimentó su antigua sensación, al pensar en sus posibles penas y dolores, de que era un hombre de acero, forjado de una pieza, y todo él esencialmente armado para la agresión.

-No puedo acostumbrarme a esa idea -se limitó a decir él.

Había en ello una peligrosa convicción, e Isabel advirtió que él quería dejar sentado el hecho de que no le había desagradado siempre.

-Tampoco yo puedo acostumbrarme, y no es ciertamente así como debemos llevarnos. Si usted logra alejarme de su pensamiento durante unos cuantos meses, puede que, al cabo de ellos, volvamos a estar en buenos términos.

-Comprendo. Si consigo realmente dejar de pensar en usted durante unos meses, me daré cuenta de que puedo continuar así indefinidamente.

-Indefinidamente es más de lo que yo pido, incluso más de lo que yo quisiera.

-Usted sabe muy bien que lo que pide es imposible -dijo el joven Gaspar, dando a este adjetivo un valor de cosa irrefutable que no pudo por menos de exasperarla.

-¿Le es a usted completamente imposible realizar ningún esfuerzo calculado? Ya que tan fuerte es para tantas otras cosas, ¿por qué no lo ha de ser también para ésta?

-Un esfuerzo calculado, ¿para qué? -E inmediatamente, como si ella hubiese errado el tiro, añadió-: De nada soy capaz respecto a usted, salvo de estar endemoniadamente enamorado. Y cuanto más fuerte es uno, con más fuerza quiere.

-Eso es mucho por sí solo... -Y, en efecto, la joven no pudo dejar de percibir la verdadera fuerza que en ello había..., la percibió como arrojada al azar en medio de la grandeza de la verdad y la poesía y como una especie de cebo para su imaginación. Pero no tardó en recuperar el control de sí misma y replicó-: Piense en mí o no piense, como le sea posible. Lo que deseo es que me deje en paz.

-¿Por cuánto tiempo?

-Por uno o dos años.

-¿Cómo dice usted? Entre uno y dos años hay una diferencia formidable.

-Entonces, pongamos dos -contestó Isabel, afectando una estudiada vehemencia.

-¿Y qué ganaré yo con ello? -preguntó su amigo, que no daba señales de intentar retroceder.

-Suscitar mi gran agradecimiento.

-¿Cuál sería entonces mi recompensa?

-Ah, ¿es que usted necesita forzosamente una recompensa por un acto de generosidad?

-Cuando ese acto entraña un gran sacrificio, sí.

-No hay generosidad sin algo de sacrificio. Hay muchas cosas que los hombres no comprenden. Si usted realiza ese sacrificio, contará con toda mi admiración.

-Su admiración me importa un bledo, sin algo a cambio de ella. La cuestión es ésta y no otra: ¿cuándo se casará usted conmigo?

-Si sigue haciéndome sentir como ahora, jamás.

-¿Y qué ganaré si no trato de hacer que se sienta de otro modo?

-Lo mismo que ganaría matándome a fuerza de aburrimiento.

Caspar Goodwood bajó nuevamente la vista y contempló un momento el forro de su sombrero. De pronto, su rostro se cubrió de un intenso rubor y ella se percató de que su dureza había llegado a herirle, lo que inmediatamente cobró a sus ojos el valor de algo clásico, tal vez romántico, redentor, ¿qué sabía ella qué? Para ella, lo del «dolor del hombre fuerte» era una de las categorías de la impetración humana, por poco que fuese el encanto que él pudiera aportar al caso presente. De suerte que Isabel no pudo evitar decir con voz temblorosa:

-¿Por qué me obliga a decirle ciertas cosas cuando yo me proponía ser amable, verdaderamente buena con usted? Le aseguro que para mí no tiene nada de agradable ver que hay personas interesadas en mí y tener que razonar para convencerles de que me dejen en paz. Yo creo que los demás deben ser también considerados; cada uno debe juzgar por sí mismo. Ya sé que usted es todo lo considerado que le es posible y que tiene razones de peso para hacer lo que hace. Pero, por encima de todo, yo no quiero casarme por ahora, ni oír hablar de ello. Es muy probable que no llegue a casarme nunca... no, jamás. Tengo perfecto derecho a pensar así y no está bien acosar de tal manera a una mujer, acuciarla contra su voluntad. Si le causo a usted dolor, lo único que puedo decirle es que lo siento sinceramente. No es culpa mía, y no puedo casarme con usted simplemente por darle gusto. No quiero decir que seguiré siendo siempre amiga suya, porque, cuando las mujeres lo dicen en ocasiones como ésta, se me antoja que eso tiene un aire de burla. Pero trate de comprobarlo algún día.

Durante toda esta larga parrafada, Gaspar Goodwood había permanecido con los ojos fijos en el nombre del fabricante de su sombrero y no los levantó hasta un buen rato después de que ella dejara de hablar. Al levantarlos vio el rostro de Isabel cubierto de una sonrosada y amable ansiedad, lo que le sumió en un mar de confusiones respecto a la interpretación que debía dar a sus palabras. Por último atinó a decir:

-Volveré a nuestro país..., me iré mañana mismo..., la dejaré en paz. -Y añadió tristemente-; La verdad, detesto la idea de tener que perderla de vista.

-No tema. No le hará daño.

-Tan seguro como que estoy sentado aquí -declaró Caspar Goodwood-, que usted se va a casar con otro.

-¿.Cree que eso es una carga deseable?

-¿Por qué no ha de serlo? Habrá infinidad de hombres que tratarán de conseguirla.

-Hace un momento le he dicho que no quiero casarme, y estoy casi segura de que nunca me casaré.

-Ya lo he oído y me ha gustado muchísimo su «casi segura», porque no tengo fe en lo que acaba de decir.

-Muchas gracias por su amabilidad. ¿Me acusa usted de estar mintiendo con el propósito de zafarme? Verdaderamente dice usted cosas de una gran delicadeza.

-¿Y por qué no habría de decirlo? Usted no me ha prometido nada.

-¡Vamos, hasta ahí podíamos llegar!

-Puede que usted llegue incluso a creer que está a salvo de... querer hacerlo. Pero sepa que no lo está -declaró el joven como si tratara de prepararse para lo peor.

-Bien, pongamos que no estoy segura; tómelo como le plazca.

-De todos modos -replicó Caspar Goodwood-, no sé ya si, aun no perdiéndola de vista, podría evitarlo.

-¿De veras? En fin de cuentas, lo cierto es que me da usted mucho miedo. -Y, cambiando de tono, preguntó bruscamente-: ¿Cree que es tan fácil agradarme?

-No, nada de eso; no lo creo, y por eso trataré de consolarme. Pero no olvide que hay muchos hombres extraordinariamente brillantes en el mundo, y con que hubiera sólo uno bastaría. El más deslumbrador de todos tratará de ir derecho a apoderarse de usted. Y es indiscutible que usted no aceptará uno que no lo sea.

-Si por deslumbrador entiende usted que sea de inteligencia brillante..., pues no puedo creer que quiera usted significar otra cosa..., le diré que no necesito que ningún hombre inteligente me enseñe a vivir. Puedo aprender yo por mí misma.

-¿Aprender a vivir sola? Yo quisiera que, cuando aprendiese, se dignara a enseñarme.

Isabel le miró un instante y, luego, con una pronta sonrisa, dijo:

-¡Oh, usted sí que debería casarse!

No se le debe culpar porque, durante un momento, semejante exclamación de su amiga resonara en sus oídos como un trompetazo infernal, y no consta tampoco en ningún sitio que estuviera muy claro el motivo para clavarle semejante dardo. Pero él acabó por comprender, en su propio beneficio, que no debía continuar persiguiéndola como si estuviese depauperado y hambriento. Así pues, se rehizo, murmuró entre dientes un «Dios la ampare» y se apartó unos pasos.

El acento de Isabel le había hecho interpretar mal sus palabras y, al cabo de un momento, comprendió ella que necesitaba rectificar. Su instinto le dijo que la mejor manera de conseguirlo era ponerle en su sitio.

-Usted es sumamente injusto conmigo..., dice lo que no sabe... Yo no seré nunca una víctima tan fácil..., me parece que ya lo tengo probado.

-Conmigo, desde luego, no hay duda. Perfectamente probado.

-También se lo he probado a otros. -Tras una pausa, declaró-: La semana pasada rechacé una oferta de matrimonio... de esas que sin duda alguna pueden llamarse... deslumbradoras.

-Me alegro mucho de saberlo -repuso él muy serio.

-Era una oferta que la mayoría de las muchachas se habría apresurado a aceptar, porque todo parecía recomendarla. -A decir verdad, Isabel no se había propuesto sacar este hecho a colación, pero, una vez empezado, se apoderó de ella la satisfacción de hablar del asunto y de justificarse a sus propios ojos-. Una persona que me gusta extraordinariamente me ofreció una alta posición social y una gran fortuna.

Caspar la miró con enorme interés y preguntó:

-¿Un inglés?

-Un aristócrata inglés.

Su visitante quedó un instante en silencio ante tal revelación.

-Me alegro de que se haya llevado un desengaño -dijo por fin.

-Entonces, ya que tiene compañero de infortunio, confórmese lo mejor que pueda.

-No puedo llamarle compañero de infortunio -respondió Gaspar frunciendo el entrecejo.

-¿Por qué no, si rechacé indeclinablemente su ofrecimiento?

-Eso no basta para convertirlo en mi compañero. Además, es inglés.

-Por favor, ¿acaso los ingleses no son también seres humanos?

-¿Quién, esa gente? No pertenecen a mi humanidad y no me importa lo que pueda ocurrirles.

-Está usted demasiado enojado -declaró la muchacha-. Ya hemos discutido sobradamente este asunto.

-De que estoy enojadísimo no hay la menor duda. Confieso mi culpa.

Se apartó ella de su visitante, se acercó a la ventana abierta y estuvo allí de pie un momento contemplando la tenebrosa oquedad de la calle, en la que una vacilante farola de gas representaba toda la animación social del triste lugar. Los dos permanecieron silenciosas unos instantes. Gaspar se apoyó en el antepecho de la chimenea, los tristes ojos fijos en ella. Se hacía perfectamente cargo de que, con su actitud, Isabel le estaba pidiendo que se marchase, pero, a riesgo de llegar a hacerse odioso, permaneció allí, como clavado al suelo. La joven era, en realidad, una aspiración demasiado acariciada como para renunciar a ella sin más, y él había cruzado el océano con el solo fin de arrancarle aunque no fuera más que una leve señal de compromiso. Se apartó ella de la ventana, volvió frente a él y dijo:

-Veo que me hace usted muy poca justicia..., después de haberle dicho lo que ha oído. Ya que, por lo visto, le importa tan poco, siento habérselo dicho.

-¡Ah! ¡Si por lo menos, al -decirlo, hubiera pensado usted en mil -exclamó el joven. Pero se detuvo en el acto, como temeroso de que ella pudiera negar una sospecha que tan feliz le hacía.

Isabel dijo sencillamente:

-Y pensé un poco en usted.

-¿Un poco? Confieso que no lo comprendo. Si el saber lo que yo siento por usted no pesa más que para hacerla pensar un poco, es gran cosa para tenerla en cuenta.

Isabel meneó un tanto violentamente la cabeza, como quien trata de desechar una mala idea.

-Ya le he dicho que he rechazado a un caballero aristócrata y de lo más grato que pueda haber. Confórmese con eso.

-Mil gracias, entonces -replicó Gaspar Goodwood-. Se lo agradezco de veras.

-Y ahora, más vale que se marche.

Él se atrevió a preguntar:

-¿Podré volver a verla?

-Es mejor que no. Seguramente volvería usted a hablar de esto, y ya ve que no conduce a nada.

-Le juro que no diré una sola palabra que pueda molestarla.

Isabel reflexionó un instante y dijo:

-Dentro de uno o dos días volveré a casa de mi tío y no puedo proponerle que vaya a verme allí; estaría por demás injustificado. Gaspar Goodwood replicó entonces:

-Usted debe también ser justa conmigo. Hace más de una semana que recibí una invitación de su tío y decliné el aceptarla.

Isabel expresó su sorpresa:

-¿De quién era la invitación?

-De Ralph Touchett, que supongo será su primo. Decliné el aceptarla porque no tenía la autorización de usted para ello. Parece ser que fue la señorita Stackpole quien le sugirió la idea al señor Touchett.

-Desde luego no fui yo quien se lo sugirió. La verdad es que Henrietta ha ido demasiado lejos.

-No sea tan dura con ella..., esto es cosa mía.

-Si declinó la invitación, hizo perfectamente y se lo agradezco infinito.

Y por su cuerpo corrió un breve escalofrío, como si temiera que lord Warburton y el señor Goodwood se hubiesen encontrado en Gardencourt, lo que habría resultado verdaderamente embarazoso para lord Warburton.

-Cuando deje a su tío, ¿a dónde piensa ir?

-Con mi tía, al extranjero. A Florencia y a algunos otros sitios.

La tranquilidad con que ella lo dijo hizo que al joven se le encogiera el corazón, pues le pareció que la arrastraban a una órbita de la que él quedaba despiadadamente alejado. Sin embargo, halló fuerzas para seguir preguntando:

-¿Cuándo piensa volver a América?

-Tal vez tarde mucho tiempo. Me siento muy feliz aquí.

-Supongo que no pensará abandonar su país.

-¡No sea criatura!

-Bueno, lo cierto es que la perderé de vista.

Ella respondió con aires de grandeza:

-Tal vez no. A pesar de lo inmenso que es el mundo, tal como se están acercando todos estos lugares parece cada día más pequeño.

-Ésa es una visión demasiado grande para mí --exclamó Gaspar Goodwood con una sencillez que ella habría podido considerar verdaderamente conmovedora si no hubiese estado dispuesta a no hacer concesión de ninguna clase.

Su actitud formaba parte de un sistema, parecía obedecer a una teoría que Isabel se había forjado últimamente. Y, para ser fiel a ella, se vio obligada a decir tras una breve pausa:

-No me considere dura si le digo que lo que me agrada es precisamente..., estar lejos de su vista. Si usted estuviese en el mismo lugar que yo, no dejaría de vigilarme y eso no me gusta absolutamente nada. Amo demasiado mi libertad. Si algo hay en el mundo de lo que estoy verdaderamente enamorada es de mi independencia personal -concluyó con un pequeño ademán de grandeza.

Cuanto de verdaderamente superior pudiera haber en las anteriores frases elocuentes de Isabel suscitó la admiración de Gaspar, y nada había en su magnificencia ante lo cual debiera él retroceder. Jamás se le había ocurrido pensar que ella hubiese de carecer de alas y que no necesitaba una absoluta libertad de movimientos; y, al contemplarse a sí mismo en posesión de aquellos largos ' brazos y piernas poderosas, no tenía por qué recelar de que residiese también en ella una fuerza verdadera. De suerte que, si Isabel había abrigado la intención de molestarle o herirle con sus palabras, erró por completo el blanco, pues sólo consiguió hacerle sonreír con la seguridad de que estaban de completo acuerdo en la cuestión.

-¿Hay acaso alguien que quiera menos que yo coartar su libertad? ¿Qué podría darme a mí mayor satisfacción que verla a usted completamente independiente... y haciendo lo que le agradase? Precisamente para hacerla independiente es para lo que quiero casarme con usted.

-Hermoso sofisma -arguyó ella con una deliciosa sonrisa.

-Una mujer soltera..., una muchacha de su edad... no es independiente -replicó Gaspar-, hay muchas cosas que no puede hacer, todo son obstáculos en su camino.

-Eso será según se considere la cuestión -dijo Isabel con gran agudeza-. Yo no estoy ya en mi primera juventud..., puedo hacer lo que me parezca..., de modo que pertenezco por completo a la categoría de personas independientes. No tengo padre ni madre, soy pobre y juiciosa y no soy bonita. Por lo tanto, no tengo por qué ser ni tímida ni convencional, aparte de que no puedo permitirme semejantes lujos. Por otra parte, hago lo posible por juzgar las cosas con arreglo a mi propio criterio, y sostengo que es mucho más honroso equivocarse al juzgarlas que no juzgarlas en absoluto. No quiero ser una oveja más del rebaño; quiero escoger mi propio destino y conocer de las cosas humanas más allá de lo que algunos

consideran compatible con la corrección poder decirme. -Se detuvo un instante, sí bien no lo bastante para darle a él tiempo de replicar. Ya estaba a punto de hacerlo cuando prosiguió-: Permítame decirle una cosa, señor Goodwood: es usted muy bueno al manifestar su temor de que llegue a casarme. Si alguna vez oye rumores de que voy a hacerlo..., cosa a que estamos naturalmente expuestos..., acuérdese de cuanto acabo de decirle de mi amor a la libertad y opte por ponerlo en duda.

Indudablemente había algo apasionadamente sincero en el tono con que Isabel dio ese consejo, y el candor que en sus ojos brillaba le convenció al mismo tiempo de que debía creer cuanto estaba diciendo. Bien pensado, podía tranquilizarse, y así pareció mostrarlo con la ansiedad que puso en sus palabras al preguntar:

-Entonces, ¿lo que usted quiere es simplemente viajar un par de años? Yo no tengo inconveniente en esperar esos dos años y, mientras tanto, usted podrá hacer lo que quiera, Si eso es todo lo que necesita, dígalo, por favor. No quiero que sea insincera conmigo, ¿se lo parezco yo acaso? ¿Desea usted cultivar aún más su inteligencia, perfeccionar su espíritu? Los dos son, tal cual, sobradamente buenos para mí, pero si a usted le interesa vagar un poco por el mundo y ver países distintos, será para mí un placer ayudarla del modo que esté en, mi mano.

-Es usted muy generoso, no es una novedad para mí; pero la mejor manera que tiene de ayudarme es poner entre los dos la mayor cantidad posible de millas marinas.

-Cualquiera diría que va usted a cometer una atrocidad -dijo Caspar Goodwood.

-Quién sabe. Y quiero ser libre incluso para poder hacerlo, si me da la ventolera.

-Está bien -replicó Caspar pausadamente-. Entonces regresaré a nuestro país.

Y le tendió la mano tratando de parecer contento y confiado.

La confianza que Isabel tenía en él era, desde luego, muy superior a la de él respecto a ella, lo cual no quiere decir que la creyese capaz de cometer una atrocidad; pero, pensándolo a su modo, como él debía hacer, no podía por menos de sentir que había algo de fatal en la manera en que ella quería reservarse el derecho a toda opción ante la vida. Sintió la muchacha, al darle la mano, un gran respeto por él, porque pensó en su verdadera magnanimidad y en la gran preocupación que por ella sentía. Permanecieron así durante un momento, mirándose mutuamente y unidos por aquel apretón de manos que dejó de ser puramente pasivo por parte de ella. Por fin Isabel atinó a decir con amabilidad, casi con ternura:

-Está bien. Con ser razonable no tendrá nada que perder.

-Pero volveré dentro de dos años, esté usted donde esté -replicó él con su característica impetuosidad.

Ya se ha visto la inconsecuencia del carácter de la joven. Por lo cual no es de extrañar que, al oír aquello, cambiara inmediatamente del todo para decir:

-¡Ah! Pero no olvide que no prometo nada..., absolutamente nada. -Y, a renglón seguido, como tratan- f do de ayudarle a que la dejase sola, añadió con mayor dulzura-: Y acuérdese también de que no seré una víctima fácil.

-Acabará usted por cansarse de su independencia.

-No digo que no; incluso es bastante probable. El día que eso ocurra, me alegraré mucho de volver a verle.

Puso ella la mano en el tirador de la puerta que conducía a su habitación y esperó un instante a que él se dispusiera a marcharse. Pero el joven Goodwood parecía incapaz de moverse, mostrando en toda su actitud una inmensa desgana de abandonarla y en sus ojos un triste reproche. Al fin, Isabel hubo de decir:

-Tengo que dejarle ya. -Acto seguido, abrí la puerta y entró en la habitación contigua.

La habitación estaba a oscuras, si bien atenuada su oscuridad por la vaga luz que provenía del patio del hotel, de suerte que Isabel podía distinguir las siluetas de los muebles, el oscuro brillo del espejo y la masa del lecho con cuatro columnas macizas. Se quedó allí un

momento inmóvil, escuchando, hasta que oyó los pasos de Gaspar Goodwood saliendo del saloncito y el ruido de la puerta al cerrarse. Todavía permaneció un instante en aquella actitud y, luego, sin poder dominarse más, cayó desplomada de rodillas ante la cama y hundió en ella la cabeza escondida entre sus manos.

17

No estaba Isabel rezando, sino temblando, temblando de pies a cabeza. La vibración era en ella un fenómeno que se daba con frecuencia y facilidad, y en esos momentos se sentía susurrar con sonido quedo como arpa recién pulsada. Parecía pedir únicamente que la cubrieran con la funda, que la tapasen con el oscuro dril. Hizo cuanto pudo por resistir a su actual excitación y aquella genuflexa actitud que adoptó hubo de tranquilizarla un poco. Se alegró infinito de que Gaspar Goodwood se hubiese marchado. En la forma en que, por fin, había logrado deshacerse de él había algo parecido al pago de una antigua deuda que le había sido posible cancelar y ponerle el sello de «pagado».

Al sentirse liberada de aquel peso, inclinó un poco más la cabeza y se dio cuenta de que la sensación estaba más abajo, latiendo con fuerza en su corazón; formaba parte de su emoción, pero se le antojó algo de lo que debiera sentirse avergonzada..., algo profano y completamente fuera de lugar.

Permaneció diez minutos más arrodillada y, aun después de haber vuelto al saloncito, seguía con un leve temblor que obedecía a dos causas: una, la prolongada discusión que había sostenido con Gaspar Goodwood, si bien era de temer que la otra no fuese más que la satisfacción por ella sentida en el ejercicio de su poder. Se sentó de nuevo en el sillón de antes y tomó otra vez el libro, aunque sin hacer nada por abrirlo. Apoyó la cabeza en el respaldo y prorrumpió en aquel murmullo suave, casi imperceptible y aspirante que solía exhalar para responder a los accidentes que le sobrevenían y cuya parte más brillante no era fácilmente apreciable; y acabó recreándose en la inmensa satisfacción de decirse que había rechazado a dos pretendientes en un par de semanas. Ese acendrado amor a la libertad, de que tan patente muestra diera a Caspar Goodwood, era casi del todo puramente teórico, toda vez que aún no había podido ponerlo a prueba en mayor y más real escala. Pero le parecía que acababa de hacer algo, que había saboreado, si no el gusto de la batalla, sí seguramente el de la victoria, realizando por fin lo que más se avenía a su plan. A la luz tenue de su conciencia, aquella imagen del señor Goodwood caminando hacia su casa a través de la ciudad neblinosa se le presentaba con cierta fuerza acusadora. Así que cuando oyó que la puerta se abría, se levantó con miedo de que hubiese vuelto. Sin embargo, era Henrietta que regresaba de cenar con sus amigas.

La señorita Stackpole se dio cuenta inmediatamente de que algo le había ocurrido a la muchacha, descubrimiento que, por lo demás, no exigía una extraordinaria perspicacia. Y se fue derecha a su amiga, que la recibió sin ninguna demostración de contento. La satisfacción de Isabel por haber hecho regresar a América a Caspar Goodwood presuponía alegrarse en cierto modo de haberlo visto; pero, al mismo tiempo, recordó que Henrietta no tenía derecho alguno a tenderle una trampa. De suerte que, cuando la periodista inquirió ansiosamente si él había estado allí, Isabel se alejó de ella y estuvo un momento sin contestar. Luego declaró fríamente:

-Has hecho muy mal.

-Lo hice pensando en lo mejor. Ojalá tú hayas hecho lo mismo.

-Tú no eres juez en este caso. Ya no puedo confiar en ti.

Semejante declaración no sonó precisamente agradable, pero Henrietta era demasiado desprendida para apropiarse del reproche que encerraba y únicamente se preocupó de lo concerniente al bien de su amiga.

-Isabel Archer -declaró en tono duro y solemne-, si te casas con un individuo de éstos, no volveré a dirigirte la palabra en toda mi vida.

-Antes de proferir semejante terrible amenaza -contestó Isabel-, espera a que me lo pidan.

Era el caso que, como no había dicho una sola palabra a la señorita Stackpole de la declaración de lord Warburton, no sentía el menor deseo de justificarse ahora comunicándole haber rechazado, al aristócrata.

-Oh, ya verás. En cuanto vayas al continente, verás cómo te lo piden. A Annie Climber, la pobre y sencilla Annie, se lo pidieron tres veces sólo en Italia.

-Pues si ella no se dejó pescar, ¿por qué habré de dejarme yo?

-Porque no creo que a ella la acuciasen; pero estoy segura de que a ti te van a perseguir de lo lindo.

-Esa convicción me halaga -dijo Isabel tranquilamente.

-Yo no te halago ni tengo por qué, Isabel; me limito a decirte la verdad -exclamó su amiga-. Espero que no me digas que dejaste marchar al señor Goodwood sin darle ninguna esperanza.

-No veo por qué he de decirte nada. Te repito que no me fío de ti. Pero ya que te interesas tanto por el señor Goodwood, te comunico que vuelve de inmediato a América.

Henrietta dijo casi gritando:

-¡No irás a decirme que le has despedido!

-Le pedí que me dejara en paz..., y lo mismo te pido a ti, Henrietta.

La señorita Stackpole pareció quedarse un instante con la mirada apagada, se dirigió al espejo situado sobre la chimenea y, mirándose en él, se quitó el sombrero.

-Celebraré que lo hayas pasado bien en la cena.

Pero su compañera no estaba en aquel preciso instante para bromas.

-¿Te das cuenta de adonde vas a parar, Isabel Archer? -dijo.

-Por lo pronto, a la cama -contestó la joven en el mismo tono frívolo.

-¿Te das cuenta de a dónde te diriges? -insistió Henrietta sosteniendo con delicadeza su sombrero.

-No tengo la menor idea y me parece encantador no saberlo. Un carruaje bien rápido, rodando a distancia en la noche oscura y tirado !por cuatro briosos caballos por caminos invisibles, ésa es mi idea de la felicidad.

-Estoy segura de que el señor Goodwood no te ha enseñado a decir esas cosas..., como - si fueras la heroína de una novela inmoral -repuso la señorita Stackpole-. Esta carrera te llevará a caer en un gran error.

Isabel estaba enojada por la, intromisión de su amiga, mas se daba cuenta de la verdad que tal declaración pudiera contener. Y no se le ocurrió nada que le impidiera decir:

-Henrietta, debes de estar- muy encariñada conmigo cuando tan agresiva te muestras.

-Cierto, te quiero enormemente, Isabel -respondió la señorita Stackpole con sinceridad.

-Bueno, pues si me quieres enormemente, déjame enormemente en paz. Es lo que le pedí al señor Cowntul y lo que tengo que pedirte también a ti.

-Ten cuidado, no te dejemos demasiado sola.

-Eso mismo me dijo el señor Goodwood. Y yo le contesté que debo correr el riesgo.

-Eres una criatura idónea para correrlo, y me estremezco de sólo pensarlo -exclamó Henrietta-. ¿Cuándo vuelve a América el señor Goodwood?

-No lo sé..., no me lo dijo.

-Tal vez no se lo preguntaste -replicó Henrietta con la ironía de quien se siente cargado de razón.

-Fui tan poco amable con él que no me consideré con derecho a hacerlo.

Se le antojó a Henrietta que semejante afirmación suponía un desafío a cualquier comentario y exclamó:

-Está bien, Isabel. La verdad, si no te conociese como te conozco, me inclinaría a creer que no tienes corazón.

-Mucho ojo, me estás haciendo daño -dijo Isabel.

-Me temo que el daño ya está hecho -contestó Henrietta, y añadió-: Espero que, por lo menos, el señor Goodwood pueda hacer el viaje de vuelta con Anita Climber.

A la mañana siguiente Isabel se enteró de que su compañera no pensaba volver a Gardencourt (adonde el anciano señor Touchett se había ofrecido a recibirla de nuevo con gran contento). Prefería esperar en Londres la invitación que el señor Bantling le había prometido que le enviaría su hermana, lady Pensil. La señorita Stackpole refirió sin remilgos la conversación que había tenido con el simpático amigo del señor Touchett y confesó que creía estar segura de haberle echado al fin el guante a una cosa que seguramente la conduciría a algo. En cuanto recibiera la carta de lady Pensil -documento cuya pronta llegada casi le había garantizado el amable señor Banding-, iría a Bedfordshire y, si Isabel tenía algún interés en conocer sus impresiones, con toda seguridad las encontraría en el Interviewer. Sin duda alguna, esta vez Henrietta podría contar algo de la vida íntima del país.

-Henrietta Stackpole, ¿te das cuenta de adonde vas a parar? -preguntó Isabel imitando el tono en que le había hablado su amiga la noche anterior.

-Voy a parar a una gran situación: la de reina del periodismo norteamericano. Si mi próxima crónica no la reproducen en todo el país, me trago el limpiaplumas.

Henrietta había acordado con su amiga Annie Climber, la de las tres propuestas continentales de matrimonio, salir juntas de compras, lo cual constituía la despedida de la señorita Climber de un continente donde había sido tan apreciada. Así pues, se dirigió a la calle Jermyn en busca de su compañera. Poco después de que ella se hubo marchado, anunciaron a Isabel la visita de Ralph Touchett y, nada más verlo, la joven comprendió que algo extraordinario le preocupaba. No tardó éste en hacerle sus confidencias y decirle que acababa de recibir un telegrama de su madre comunicándole que su padre había sufrido un fuerte ataque, que ella estaba muy alarmada y le suplicaba que se apresurase a volver a Gardencourt. Esta vez, por lo menos, la afición de la señora Touchett al telégrafo no merecía censura alguna.

-Me ha parecido aconsejable consultar primero al eminente doctor sir Matthew Hope. Por fortuna está en la ciudad. He de verle a las doce y media y trataré de conseguir que vaya a Gardencourt, cosa que hará con gusto, pues ya ha visitado varias veces a mi padre tanto allí como aquí, en Londres. A las dos cuarenta y cinco hay un tren expreso, que yo tomaré; tú puedes volver conmigo o, si lo prefieres, quedarte aquí unos cuantos días más.

-Desde luego, me iré contigo -contestó Isabel-. No creo que pueda serle útil a mi tío en nada, pero, si se halla verdaderamente enfermo, quisiera estar a su lado.

-Creo que le has tomado gran afecto y que le aprecias de veras -dijo Ralph con un tímido placer plasmado en el semblante-, cosa que no hace todo el mundo. Es un hombre de una cualidad exquisita.

-Más que quererle, le adoro -dijo Isabel tras un instante.

-Eso me parece admirable, porque, después de su hijo, él es tu mayor admirador.

A Isabel le agradó infinito saber que era objeto de semejante admiración, pero exhaló un profundo suspiro de satisfacción al pensar que, por lo menos, tal admirador era de los que no pretenderían casarse con ella. Sin embargo, se abstuvo de decir tal cosa y, en cambio, co-

municó a Ralph que tenía otras razones para no permanecer en Londres. Ya estaba cansada de la gran ciudad, deseaba abandonarla de una vez y, además, Henrietta iba a marcharse una temporadita a Bedfordshire.

-¿A Bedfordshire?

-Sí. Con lady Pensil, la hermana del señor Bantling, quien le ha prometido que la hará invitar.

Ralph estaba verdaderamente intranquilo, pero, al oír esto, soltó una sonora carcajada. Sin embargo, no tardó en ponerse serio otra vez.

-Verdaderamente ese Bantling es un hombre de valor-dijo-. Pero ¿qué ocurriría si la invitación se perdiera en el camino?

-Yo tenía entendido que el servicio de correos en Inglaterra es perfecto.

-Sí, pero el buen Homero también echa un sueñe
o de vez en cuando. En cualquier caso -añadió, más jovial-, el bueno de Bantling no se duerme nunca y, suceda lo que suceda, cuidará de Henrietta.

Se marchó Ralph a ver al doctor sir Matthew Hope, según lo convenido, e Isabel se puso a hacer los preparativos para dejar el hotel Pratt. El peligro que su tío corría la había afectado sobremanera y las lágrimas comenzaron a fluir lentamente de sus ojos mientras permanecía ante el baúl abierto sin saber qué meter primero en él. Por eso, cuando Ralph volvió a las dos para buscarla y llevarla a la estación, no estaba lista todavía. Al pasar, encontró a la señorita Stackpole en el saloncito donde acababa de almorzar, la cual declaró sentirse muy afligida por el empeoramiento del padre de su amigo.

-Se divertirá usted mucho en Bedfordshire.

-Estaré demasiado afligida, por lo de su padre, para poder divertirme -replicó Henrietta con gran delicadeza. E inmediatamente añadió-: De todos modos me gustaría conmemorar sus últimos momentos.

-Todavía puede mi padre vivir largos años -dijo Ralph con la mayor sencillez. Y, luego, poniéndose a hablar de cosas más alegres, le preguntó qué planes tenía para el futuro.

Al ver a Ralph tan apenado se puso a hablarle con más condescendencia y dijo que le estaba muy agradecida por haberle presentado al señor Bantling.

-Me ha contado precisamente las cosas que yo quería saber: los chismes de la sociedad y todo lo referente a la familia real. Tengo para mí que cuanto de la familia real me ha contado no es cosa para acreditarla mucho, pero él dice que eso es efecto de mi especial punto de vista. Lo que yo quiero son hechos, conocer las realidades, que, una vez las sepa, sabré aderezarlas sin demora.

Y añadió que el señor Bantling había tenido la bondad de prometerle que vendría a buscarla para salir con ella por la tarde.

-¿Para llevarla adonde? -se atrevió a preguntar Ralph.

-Al palacio de Buckingham. Va a enseñármelo todo para que yo pueda hacerme una idea de la vida que llevan allí dentro.

-Vaya, pues -dijo Ralph-. La dejamos en buenas manos. Lo primero que sabremos de usted es que la han invitado oficialmente al castillo de Windsor.

-Si me lo piden, no le quepa la menor duda de que iré. Una vez que me pongo en marcha no tengo miedo de nada. Pero nada de esto podrá satisfacerme porque no estaré tranquila acerca de Isabel.

-¿Cuál ha sido su última fechoría?

-Bueno, ya que le dije algo en otra ocasión, no creo que haya inconveniente en comunicarle el resto. Cuando empiezo con un asunto, me gusta llegar hasta el final. El señor Caspar Goodwood estuvo aquí anoche.

Ralph abrió los ojos con asombro e incluso se ruborizó un poco..., rubor que acusaba una emoción bastante te profunda. Recordó que, al separarse de él en Winchester Square, la

muchacha había rechazado su hipótesis de que tal vez prefería dejarle porque esperaba a otro visitante en el hotel Pratt, y la sola sospecha de creerla capaz de doblez le causaba hondo pesar. Por otra parte, se decía a sí mismo que nada tenía que importarle que ella tuviera una cita con algún enamorado, ya que siempre había sido considerado cosa corriente y exquisita que las jóvenes guardasen en el mayor secreto la existencia de semejantes citas.

-Yo creía, después de lo que usted me dijo hace poco, que eso la satisfaría plenamente -comentó Ralph con gran diplomacia.

-¿Qué? ¿Que él la viera? Todo salió a pedir de boca, y fue una trama mía. Le hice saber que estábamos en Londres y, cuando acordé con mis amigas que pasaría la velada con ellas, le envié unas palabras..., las palabras que se acostumbra decir a la gente sensata: que esperaba que la encontraría sola. No voy a pretender que no confiaba en que estuviera usted ausente. El vino a verla y estuvo con ella un buen rato, pero para el caso es como si no hubiese estado.

-¿Le trató duramente Isabel? -Y el semblante de Ralph se iluminó con la satisfacción de pensar que su prima no había obrado con doblez y falsedad.

-Ignoro en absoluto lo que ocurrió entre ellos. Pero de lo que estoy segura es de que no le dio satisfacción... y le dijo que regresara a América.

-¡Pobre señor Goodwood! -suspiró Ralph.

Hay que ser sinceros y confesar que semejante exclamación fue puramente automática y que no expresó fielmente el pensamiento de Ralph, que estaba tomando ya otro sesgo.

-No dice usted eso como si de veras lo sintiese. No creo que le importe nada.

-¡Ah! Debe usted tener presente que no conozco a ese joven, que ni siquiera lo he visto en mi vida.

-Bueno. Yo le veré y le aconsejaré que no la deje. Si no creyese que Isabel volverá al buen camino -añadió la señorita Stackpole-, entonces quien se quitaría de en medio sería yo. Es decir, prescindiría de ella.

18

Ralph pensó que, en tales circunstancias, la despedida entre Isabel y su amiga había de ser de índole un tanto molesta y salió a la puerta del hotel a esperar a su prima, quien no tardó en aparecer mostrando en sus ojos la expresión de una reconvención no aceptada. Hicieron el viaje a Gardencourt casi sin abrir la boca ninguno de los dos durante todo el trayecto. El criado que estaba esperándoles en la estación no pudo darles buenas noticias acerca del estado del anciano señor Touchett, lo que hizo a Ralph alegrarse de haber conseguido que el doctor Hope prometiera ir a la mansión en el tren de las cinco para quedarse a pasar allí la noche. Al llegar a la casa, se enteró de que la señora Touchett había permanecido constantemente junto a su esposo y estaba acompañándole en aquel instante. Esto le hizo pensar en que lo único que a su madre le había faltado siempre era la ocasión propicia. Los caracteres mejores eran los que brillaban a intervalos más distantes. Isabel se marchó a su habitación percibiendo en toda la casa ese tímido silencio que precede a las tristes crisis.

Al cabo de una hora bajó en busca de su tía para preguntar noticias del anciano. Fue a buscarla a la biblioteca, pero la señora Touchett no se encontraba allí y, como el tiempo, que había estado húmedo y frío, acabó de estropearse del todo, supuso que no habría salido a dar su acostumbrado paseo al aire libre. Isabel iba a llamar para pedir a alguien que fuese a las

habitaciones de la señora Touchett a preguntar, cuando a sus oídos llegó otro sonido completamente inesperado, el de una melodía quedamente interpretada procedente del salón. Como sabía que su tía no tocaba jamás el piano, se le ocurrió que tal vez Ralph estaba tocando para distraerse; lo cual permitía suponer que ya se había calmado su ansiedad por el estado de su padre. De tal suerte, la muchacha, tranquilizada a su vez, se dirigió hacia el lugar de donde le llegaba aquella dulce melodía. El salón de Gardencourt era una habitación de vastas proporciones y, como el piano estaba colocado en el extremo más distante de la puerta por la que ella entrara, la persona sentada ante el teclado no advirtió su presencia. Tal persona no era ciertamente Ralph ni tampoco su madre; era una dama, en quien Isabel vio en el acto una desconocida para ella, si bien estaba de espaldas a la puerta. Isabel Y contempló con gran sorpresa durante algunos instantes aquella espalda ancha y bien vestida. La dama era, por ° tanto, una invitada que había llegado durante su ausencia y a la que no había mencionado ninguno de los sirvientes -entre ellos la doncella de la señora Touchett, con quienes intercambió algunas palabras desde su regreso. De todos modos, Isabel había tenido ya ocasión de aprender las reservas que pueden a veces tenerse al recibir órdenes, y se había dado exacta cuenta de la sequedad con que la había tratado la doncella de su tía, entre cuyas manos se había escurrido tal vez con excesiva desconfianza y con aires de poseer un plumaje de brillantes colores.

Precisamente la llegada de un nuevo huésped no tenía en sí nada de desconcertante en aquel lugar. Pero ella no había logrado aún despojarse de la juvenil superstición de que todo nuevo conocido tenía que ejercer cierta momentánea influencia en su propia vida. Mientras estaba haciéndose estas reflexiones, se dio cuenta de que la dama que tocaba el piano lo hacía admirablemente. Interpretaba en aquel momento algo de Schubert -no sabía Isabel a punto fijo qué obra, pero algo de Schubert sin duda- y lo expresaba de una manera muy personal que acusaba gran habilidad técnica y hondo sentimiento. Se sentó Isabel sin hacer el menor ruido y se quedó inmóvil hasta el final de la pieza. Una vez terminada, experimentó un irresistible deseo de dar las gracias a la intérprete y se levantó de su asiento para hacerlo. Al mismo tiempo, la forastera se volvió rápidamente, como si hubiese percibido la presencia de alguien.

-Es una obra muy bella y su manera de interpretarla la embellece más todavía -dijo Isabel con la misma juvenil expansión con que solía expresarse cuando se sentía verdaderamente arrebatada.

-¿No cree usted entonces que moleste al señor Touchett? -contestó la pianista con la suavidad que a la exquisitez del cumplido correspondía. Y añadió-: La casa es tan inmensa, y esta habitación está tan retirada, que pensé que podría atreverme, sobre todo tocando, como lo estaba haciendo... du bout des doigts.

«Es francesa -pensó Isabel-. Habla como si lo fuera». Y esa hipótesis realzó el interés de la artista a los ojos de nuestra curiosa heroína.

-Espero que mi tío se encuentre mejor -dijo-. Me inclino a pensar que oír esa deliciosa música le reconfortará.

-Me temo que hay momentos en la vida en que ni el mismo Schubert tiene nada que decirnos -observó la dama, aunque sonriendo-. Naturalmente, hemos de reconocer que tales momentos son los peores que podemos pasar.

-Por fortuna no me siento en uno de ellos -dijo Isabel-. Al contrario, me agradaría infinito oírle tocar algo más.

-Si de veras le interesa..., por mí, encantada.

Y la amable persona se sentó de nuevo al piano y tocó unos cuantos acordes mientras Isabel se acercaba más al instrumento. De pronto, la nueva visitante se detuvo sin levantar las manos del teclado y se volvió, mirando por encima del hombro. Era una mujer como de unos cuarenta años, no hermosa, aunque de expresión sumamente interesante.

-Perdone -dijo-, ¿no es usted la sobrina..., la joven americana?

Isabel replicó sencillamente:

-Sí, soy su sobrina.

La dama del piano siguió un momento en la misma posición, mirando con interés por encima del hombro.

-Está muy bien; somos compatriotas -dijo al fin, y comenzó de nuevo a tocar.

-Entonces no es francesa -murmuró Isabel.

Y, como su anterior hipótesis la tornara romántica, era de suponer que tal revelación le provocara un desencanto. Mas no hubo tal cosa, pues mas raro aún que ser francesa parecía ser americana y tan singularmente interesante.

Tocó la dama a la manera de antes, con igual suavidad y solemnidad, y mientras lo hacía empezaron a adensarse las sombras en el salón. El crepúsculo otoñal iba deslizándose dentro de aquel recinto en tanto que Isabel, desde su sitio, contemplaba cómo la lluvia comenzaba a caer ya fuertemente, inundando el verde césped, y el viento agitaba con furia los frondosos árboles. Por último, al terminar la música, la artista se levantó, se acercó a ella y, antes de que Isabel tuviese tiempo de darle nuevamente las gracias, dijo:

-Me alegro mucho de que haya vuelto. He oído hablar mucho de usted.

Isabel pensó que era una persona muy simpática, pero, a pesar de ello, no pudo por menos de preguntar con cierta brusquedad en respuesta a las palabras de la otra:

-¿Quién le ha hablado a usted de mí?

-Su tío -dijo la extraña mujer tras dudar un instante-. Llevo aquí tres días, y el primero me hizo ir a verle a su habitación y me estuvo hablando de usted todo el tiempo.

-Teniendo en cuenta que no me conocía, debió de aburrirse mucho.

-No. Me entraron ganas de conocerla. Sobre todo porque desde entonces..., como la señora Touchett está tanto con su marido..., me he pasado sola casi todo el tiempo y ya estoy cansada de mi propia compañía. Verdaderamente no he escogido un buen momento para mi visita.

En aquel instante entró un criado con unos candelabros, seguido por otro portador del servicio de té. La señora Touchett debió de haber sido avisada de aquel refrigerio, porque al instante hizo acto de presencia y se dirigió sin más a la tetera. Su manera de dar la bienvenida a su sobrina no se diferenció absolutamente en nada de su manera de levantar la tapadera del recipiente para ver cómo estaba el contenido; en ninguno de los dos actos apareció la menor señal de ansiedad. Al preguntársele por su marido, no pudo decir que le encontraba mejor, pero el médico de la localidad estaba ahora con él y podía esperarse mucho de la consulta que luego tendría lugar entre él y el doctor sir Matthew Hope.

-Supongo que ya habrán entablado conocimiento -prosiguió la señora Touchett-. Si aún no lo han hecho, les recomiendo que lo hagan, pues mientras Ralph y yo tengamos que seguir junto a la cabecera del señor
Touchett, deberán conformarse exclusivamente con su mutua compañía.

-Lo único que hasta ahora sé de usted es que es una gran pianista -dijo Isabel a la visitante.

-Pues hay muchas otras cosas que saber de ella -apostilló la señora Touchett en su acostumbrado tono seco.

-De todo ello habrá muy poco que pueda interesar a la señorita Archer -comentó la pianista riendo suavemente-. Soy una antigua amiga de su tía y he vivido mucho tiempo en Florencia. Soy madame Merle.

Dio a conocer su nombre como si estuviera hablando de una persona distante y completamente distinta de ella. Todo lo cual era, en realidad, bien poca cosa para Isabel. Lo único que de madame Merle la impresionaba era que tenía los modales más encantadores y distinguidos que hasta entonces había visto.

-A pesar de su nombre -dijo la señora Touchett-, no es extranjera, pues nació..., siempre olvido su lugar de nacimiento.

-Entonces casi no vale la pena que se lo diga. -Todo lo contrario -replicó la señora Touchett, que jamás dejaba pasar por alto la menor falta de lógica-. Si me acordara, sería completamente innecesario que usted me lo dijera.

Madame Merle sonrió a Isabel con una de esas son risas de índole mundial que de inmediato atraviesan toda suerte de fronteras, y dijo:

-Nací a la sombra de nuestra bandera nacional. La señora Touchett interrumpió para decir: -Le entusiasma todo lo misterioso; ése es su gran defecto.

-Desde luego, tengo muchos defectos -admitió madame Merle-, pero no creo que ése sea uno de ellos.

Por lo menos, no el mayor de todos. Vine al mundo en el arsenal de Brooklyn. Mi padre era un oficial de alta graduación de la Marina de Estados Unidos y en aquel entonces desempeñaba un cargo de gran responsabilidad en el astillero. Así pues, lo natural sería que me gustara mucho el mar, pero en cambio lo detesto, y ésa es la razón por la que no he vuelto a América. Amo la tierra, y lo verdaderamente grande es amar algo.

En su calidad de testigo desapasionado, Isabel no se había sentido impresionada por la breve descripción que su tía acababa de hacer de la nueva visitante, quien tenía un rostro expresivo, abierto a la comunicación, simpático y completamente distinto de lo que a Isabel se le antojaba debían ser los de personas reservadas y en exceso recónditas. Era un rostro que denotaba gran amplitud de espíritu, emociones prontas y espontáneas y, aunque no poseía una belleza regular, era en grado sumo atrayente y acogedor. Madame Merle era una mujer alta, rubia y bien proporcionada. En ella todo era curvo y lleno, aunque sin esas acumulaciones que denotan la pesadez. Sus rasgos eran marcados, pero en debida proporción y armonía, y su semblante denotaba buena salud.

Tenía los ojos grises, pequeños, pero llenos de luz e incapaces de toda tontería..., incluso, al decir de muchos, incapaces de verter lágrimas; grande y bien dibujada era su boca, cuya comisura izquierda se elevaba un poco al sonreír de un modo que la mayoría de la gente consideraba exótico, algunos afectado, y sólo unos cuantos gracioso. Isabel entró a formar parte del grupo de los últimos. Madame Merle tenía una cabellera espesa, rubia, peinada un poco a la manera clásica, como si quisiera representar un busto que a Isabel se le antojaba pudiera ser el de Juno o el de una Niobe; unas manos grandes y blancas de corte y forma perfectos, tan perfectos que su dueña prefería dejarlas completamente desnudas, por lo que no llevaba ningún anillo. Como ya vimos, Isabel la tomó al pronto por francesa, pero una observación más detenida podía haberla clasificado como alemana, de clase alta, tal vez austríaca, baronesa, condesa, incluso princesa.

Nunca se habría sospechado que había venido al mundo en Brooklyn... aunque en verdad nadie podía sostener que el aire de suprema distinción que su persona irradiaba fuera incompatible con el hecho de haber nacido en el lugar mencionado. Bien es cierto que sobre su cuna había flotado la bandera nacional y que la brisa de libertad que agitaba el pedazo de tela tachonado de estrellas y surcado de barras horizontales acaso tuvo una influencia decisiva en la actitud que ella tomó frente a la vida. Y, sin embargo, no tenía absolutamente nada del gallardete agitado y sacudido por el viento, sino que, por el contrario, sus modales, ademanes y movimientos denotaban la calma y la confianza que se adquieren en una larga experiencia. La experiencia, empero, no había apagado su juventud, sólo le había otorgado tolerancia y simpatía. En resumidas cuentas, puede decirse que era una mujer de grandes impulsos, mantenidos en un orden admirable. Lo que a los ojos de Isabel aparecía como una combinación ideal.

La muchacha se hacía todas estas reflexiones mientras las tres damas tomaban el té, ceremonia que no tardó en quedar interrumpida por la llegada del gran doctor de Londres, a quien inmediatamente se hizo pasar al salón.

La señora Touchett se lo llevó a la biblioteca para hablar allí a solas con él, y madame Merle e Isabel se separaron para volver a reunirse a la hora de la cena. La idea de ir conociendo a mujer tan interesante contribuyó a mitigar un tanto en Isabel aquel sentimiento de tristeza que parecía difundido por toda la enorme mansión de Gardencourt.

Cuando volvió al salón antes de la cena, lo encontró vacío, pero al cabo de un instante llegó Ralph. Su angustia por el estado de su padre parecía haberse calmado un tanto, pues la opinión del doctor Hope acerca del paciente era menos pesimista de la que el hijo abrigaba. El doctor recomendó que durante las tres o cuatro horas siguientes solo se quedase la enfermera acompañando al paciente; de modo que Ralph, su madre y el doctor pudieron acudir a la mesa para comer. A su debido tiempo aparecieron la señora Touchett y el doctor y, por último, madame Merle.

Antes de que llegara, Isabel, acercándose a Ralph, que estaba de pie junto a la chimenea, le preguntó:

-Por favor, dime, ¿quién es esa señora Merle?

-La mujer más inteligente que he conocido en mi vida, sin excluirte a ti -contestó Ralph.

-Me ha parecido verdaderamente agradable.

-Estaba seguro de que habría de parecértelo.

-¿La invitaste por eso?

-No la invité yo y, a nuestro regreso de Londres, no sabía siquiera que estuviese aquí. No la ha invitado nadie. Es una amiga de mi madre; y cuando tú y yo acabábamos de irnos a Londres, mi madre recibió unas líneas de ella. Había llegado a Inglaterra (actualmente vive en el extranjero, aunque antes solía vivir la mayor parte del tiempo aquí). En ellas le pedía su consentimiento para venir a pasar unos días a casa. Es una mujer que puede permitirse tales confianzas, pues siempre es admirablemente recibida dondequiera que va. Con mi madre no tenía por qué andarse con cumplidos, porque es precisamente la única persona del mundo a quien mi madre admira. Si mi madre no fuera quien es, (que, después de todo, es lo que prefiere) le gustaría ser madame Merle. Eso supondría, naturalmente, un cambio enorme, como puedes figurarte.

-Es un encanto -dijo Isabel-. Además, toca admirablemente.

-Lo hace todo admirablemente. Es una mujer completa.

Isabel miró a su primo y dijo:

-A ti no te gusta.

-Al contrario, hubo un tiempo en que estuve enamorado de ella.

-Y no te hizo caso y por eso no te gusta. -¿Cómo se iba a plantear tal cosa si monsieur Merle vivía entonces?

-¿Murió?

-Eso dice ella.

-¿No lo crees?

-Sí, porque la declaración concuerda con todas las probabilidades. El marido de madame Merle era lógico que muriera.

Isabel miró a su primo nuevamente y dijo:

-No sé lo que quieres decir. Quieres decir algo... que no piensas. ¿Quién era el señor Merle?

-El marido de madame.

-Eres insoportable. ¿Tuvieron hijos?

-Ni la más mínima criatura... por fortuna.

-¿Por fortuna?

-Digo por fortuna... para el hijo. Seguramente ella lo habría echado a perder.

Isabel estaba a punto de decirle por tercera vez que era insoportable, cuando la discusión fue interrumpida por la entrada de la dama de quien estaban hablando. Llegó ésta apresuradamente, pidiendo disculpas por su tardanza, cerrándose una pulsera y vestida con un traje de satén azul oscuro que dejaba ver un blanco busto apenas cubierto por un curioso collar de plata cincelada. Ralph se apresuró a ofrecerle el brazo con la cortés premura del hombre que ha dejado de estar enamorado.

Sin embargo, aun cuando hubiese sido aquélla su condición, Ralph tenía en aquel momento otras preocupaciones. El doctor pasó la noche en Gardencourt y, al volver a Londres por la mañana después de otra consulta con el médico de cabecera del señor Touchett, accedió al deseo de Ralph de volver a verle al día siguiente. Así pues, al siguiente día se presentó de nuevo el doctor y su opinión fue entonces menos favorable que la primera vez, pues el enfermo había empeorado en las últimas veinticuatro horas. Su debilidad era tan extrema que a su hijo, que no se apartaba de la cabecera de la cama, le parecía que el final estaba próximo. El médico local, hombre sumamente sagaz en quien Ralph tenía más confianza que en el célebre doctor de la capital, apenas se separaba del enfermo, y el doctor sir Matthew Hope volvió a visitarle varias veces. El señor Touchett se pasaba la mayor parte del tiempo sin sentido, durmiendo mucho y hablando muy rara vez. Isabel ardía en deseos de serle útil en algo, y le permitían acompañarle durante las horas en que sus otros enfermeros (entre los cuales la señora Touchett no era la menos asidua) se iban a descansar. El enfermo parecía no reconocerla nunca y ella se decía a sí misma: «Si se muriese mientras yo estoy sentada aquí ...». Esta idea la tenía siempre espabilada y despierta. Una vez abrió él los ojos y los fijó en ella como si la reconociese, pero cuando Isabel fue a acercársela, creyendo que la reconocería, los cerró y cayó de nuevo en el sopor. Al día siguiente pareció revivir durante un largo rato. Se hallaba en tal momento solo con Ralph, y el anciano comenzó a hablar, con gran satisfacción por parte del hijo, que le aseguraba que no tardarían en verle otra vez sentado.

-No, hijo mío -dijo el señor Touchett-, a menos que me hagas enterrar sentado, como hacían algunos antiguos... ¿eran los antiguos?

-Vamos, papá; no digas esas cosas -murmuró Ralph-. No vas a negar que estás mejor.

-No tendría por qué negarlo si tú no lo dijeras -contestó el anciano-. ¿Por qué hemos de engañarnos precisamente al final? Antes no nos engañábamos. Alguna vez me he de morir, y más vale morirse cuando uno está enfermo que cuando se está bueno. Estoy muy enfermo... como nunca estuve. ¿No vas a querer demostrarme que aún puedo verme peor que ahora? Eso estaría demasiado mal. No lo harás, ¿eh? Bien, entonces.

Y después de haber establecido su opinión se quedó tranquilo. Pero en la siguiente ocasión que el hijo se quedó solo con él entabló de nuevo la conversación. La enfermera se había marchado a cenar y Ralph hacía solo su turno, reemplazando a la señora Touchett, que había permanecido a la cabecera del enfermo desde la hora de la comida. La habitación estaba solamente iluminada por el chisporroteante fuego de la chimenea, que era indispensable mantener, y la sombra de Ralph se proyectaba muy alargada, ya sobre la pared, ya contra el techo, siempre variante y siempre igualmente grotesca.

El anciano preguntó:

-¿Quién está conmigo... es mi hijo?

-Sí, es tu hijo, papá.

-¿No hay nadie más?

-Nadie más.

El viejo señor Touchett permaneció un momento en silencio. Luego dijo:

-Quiero que hablemos un poco.

Ralph quiso oponerse diciendo:

-Te vas a cansar, papá.

-No importa si me canso. Por fin voy a tener un largo descanso. Quiero hablarte de ti.

Ralph se había aproximado más al lecho y, sentándose, adelantó la mano para tomar la de su padre.

-Podrías haber escogido otro tema más brillante -dijo.

-Tú has sido siempre brillante. Recuerdo que me enorgullecía de tu brillantez. Me gustaría pensar que vas a hacer algo.

-Si nos dejas, lo único que podré hacer es echarte de menos -contestó su hijo.

-Precisamente eso es lo que yo no quiero, y de eso deseo hablar. Debes tomarte nuevo interés por algo.

-No quiero interesarme por nada, papá. Tengo demasiados viejos intereses y no sé qué hacer con ellos.

El anciano clavó la mirada en el hijo; su rostro era el de un moribundo, pero los ojos eran los de Daniel Touchett. Parecía que estaba reflexionando sobre los intereses de Ralph. Al final dijo:

-Por lo pronto tienes a tu madre. Tendrás que cuidar de ella.

-Ella se las arreglará siempre sola.

El anciano contestó:

-Tal vez, a medida que se vaya haciendo más vieja, tendrá necesidad de ayuda.

-Yo no llegaré a verlo. Seguramente ella vivirá más que yo.

-Es muy posible que así sea, pero eso no es una razón...

-El señor Touchett exhaló esta frase junto con un tenue suspiro y volvió a quedarse callado.

-No te preocupes por nosotros -dijo Ralph-. Ya sabes que mi madre y yo nos llevamos perfectamente.

-Sí, a fuerza de no estar juntos, y eso no es lo natural.

-Si nos dejas, tal vez nos veremos más.

El viejo observó con divagante incoherencia:

-La verdad, no cabe decir que mi muerte haya de cambiar gran cosa la vida de tu madre.

-Tal vez más de lo que tú piensas.

-Tendrá, por lo pronto, más dinero -comentó el anciano-. Le he dejado una buena viudedad, como si hubiera sido una buena esposa.

-Y lo ha sido, papá... con arreglo a sus ideas. Nunca te molestó.

El señor Touchett murmuró:

-¡Ah! Algunas molestias resultan agradables; por ejemplo, las que tú me has proporcionado. Pero las de tu madre han sido menos... menos... ¿cómo las llamaré?... menos fuera de lugar desde que estoy tan enfermo. Me imagino que ella sabe que me he dado cuenta.

-Yo se lo diré; y me alegro con toda el alma de que lo comentes.

-Eso la tendrá sin cuidado, porque no lo hace por serme útil. Lo hace por agradar... por agradar... -Y se recostó un rato tratando de pensar en por qué lo hacía ella. Al fin, añadió-: Lo hace porque le va bien. Pero no era de eso de lo que quería hablar. Es de ti mismo. Tú quedarás en una situación muy acomodada.

-Ya lo sé; pero supongo que no te habrás olvidado de lo que hablamos hace un año cuando te dije exactamente el dinero que precisaba, y te pedí que hicieras algo de provecho con el resto.

-Sí, es cierto, me acuerdo. A los pocos días hice otro testamento. Me pareció que era la primera vez que ocurría eso, que un joven procurase que se hiciera un testamento que le perjudicara.

-No me perjudica -replicó Ralph-. Lo que me perjudicaría sería tener grandes propiedades que administrar. A un hombre de mi precario estado de salud le es imposible gastar mucho dinero, y con lo necesario basta y sobra.

-Bien, pues tendrás lo suficiente... y algo añadido. Quiero decir que habrá más que suficiente para uno... y bastante para dos.

-Es demasiado -dijo Ralph.

-No digas eso. Lo mejor que puedes hacer, una vez que yo me haya ido, es casarte.

Ralph había barruntado adonde quería llegar su padre, de modo que tal insinuación no le resultó del todo nueva. Era para su padre la más ingeniosa manera de mantener una visión optimista sobre la duración de su hijo. Ralph la había tomado siempre a broma, pero en aquellas circunstancias no era cuestión de seguir bromeando. Se apoyó, pues, en el respaldo de su silla y devolvió con su afectuosa mirada la angustiosa de su padre.

-Si yo, con una esposa que no me ha querido, he podido tener una vida dichosa -dijo suavemente el anciano, llevando aún más allá su inventiva-, ¿qué vida no podrás tener tú casándote con una persona distinta de la señora Touchett? Hay muchas más mujeres distintas de ella que parecidas a ella. -Ralph continuó sin decir palabra, y, al cabo de un instante, el padre resumió cariñosamente-: ¿Qué piensas de tu prima para eso?

Ralph se sobresaltó al oír tal pregunta, y contestó con una sonrisa forzada:

-¿Me quieres con eso insinuar que debería casarme con Isabel?

-A ello quería ir a parar después de todo. ¿Es que no te gusta Isabel?

-Muchísimo. -Ralph se levantó de la silla donde estaba sentado y se acercó a la chimenea. Estuvo un instante inmóvil ante ella y luego se puso a atizar el fuego mecánicamente. Por fin repitió-: Isabel me gusta muchísimo.

Su padre dijo entonces:

-Yo sé que también tú le gustas a ella. Ella me ha dicho que te quiere mucho.

-¿Pero te especificó alguna vez que le gustaría casarse conmigo?

-No, pero no puede tener nada contra ti, y no he visto en mi vida mujer tan deliciosa como ella. Seguramente sería muy buena para ti. No sabes cuánto llevo pensado en ello.

Ralph volvió nuevamente al lado de la cama y contestó:

-También yo; no tengo inconveniente en confesarlo.

-Di. ¿Estás enamorado de ella? He creído que lo estabas. Parece como si hubiera llegado a propósito.

-Enamorado de ella, no, no lo estoy; pero lo estaría si algunas cosas fuesen distintas de lo que son.

-¡Ah! Por desgracia, las' cosas son siempre distintas de lo que deben ser -exclamó el anciano-. Si piensas esperar a que cambien, no harás nunca nada. Ignoro si tú lo sabes, pero me imagino que en un momento así no hago mal en mencionarlo: hace unos días, una persona ha propuesto a Isabel casarse con ella y ha sido rechazado.

-Ya sé que ha rechazado a Warburton. El mismo me lo dijo.

-Pues eso prueba, por lo pronto, que hay probabilidades para algún otro.

-También hubo otro en Londres hace tres días que corrió el mismo riesgo... con idéntico resultado.

El anciano señor Touchett preguntó ansiosamente:

-¿Tú?

-No; fue un antiguo amigo de ella. Un pobre hombre que cruzó el mar y vino de América para volverse de vacío.

-Pues lo siento por él, sea quien fuere. Todo eso no prueba más que una cosa: que tienes expedito el camino.

-Pero, querido papá, la cuestión es que yo no estoy en condiciones de poder andarlo. Soy hombre de pocas convicciones, pero las que tengo están bien arraigadas en mi alma. Una de ellas es que lo mejor de todo es no casarse con parientes, especialmente entre primos. Otra, que los individuos que padecen de una afección pulmonar en estado avanzado no deben casarse en absoluto.

El viejo señor Touchett levantó la mano, la movió dos o tres veces de un lado para otro y dijo:

-¿Qué clase de preocupaciones son ésas? Miras las cosas de una manera que todo tiene que salirte al revés. ¿Qué clase de prima es una a la que no has visto hasta después de que haya cumplido los veinte años? A decir verdad, todos somos primos entre nosotros y, si nos parásemos en escrúpulos como ése, hace tiempo que la humanidad habría desaparecido. Lo mismo digo de tu dichosa afección pulmonar. Ahora estás mucho mejor que antes. Lo único que necesitas, pues, es llevar una vida normal, natural. Es mucho más natural casarse con una hermosa muchacha a la que se ama que permanecer soltero por atenerse a falsos principios.

-Pero yo no estoy enamorado de Isabel -protestó Ralph.

-Hace un momento has dicho que lo estarías si no creyeses que eso estaba mal. Y voy a probarte que no está mal en absoluto.

-Pero papá, no vas a conseguir más que fatigarte -dijo Ralph, que estaba admirado de la tenacidad de su
padre y de cómo lograba sacar fuerzas de flaquezas para insistir-. ¿A dónde iremos a parar, entonces?

-¿A dónde irías a parar tú si yo no hubiese ya dispuesto lo necesario? No quieres tener nada que ver con el banco y no me tendrás a mí para ocuparme de esas cosas. Dices que tienes muchos intereses, pero yo no los veo.

Ralph se apoyó en el respaldo de su silla con los brazos cruzados y durante un momento fijó los ojos en el suelo, meditando. Por fin, con actitud de quien se reviste de coraje, dijo:

-Yo siento un enorme interés por mi prima, pero no un interés de la clase que tú deseas. Seguramente no viviré muchos años, pero tengo la esperanza de vivir lo bastante para ver qué va a hacer ella consigo misma. Isabel es por completo independiente de mí, no puedo ejercer sino escasísima influencia en su vida; pero me agradaría poder hacer algo por ella.

-¿Qué es lo que te gustaría hacer?

-Algo como... darles un poco de viento a sus velas.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que me gustaría facilitarle los medios para que hiciese algunas de las cosas que anhela. Por ejemplo, ella quiere ver el mundo, y me gustaría meterle en los bolsillos el dinero necesario para ello.

El anciano dijo:

-Me alegro de que hayas pensado en eso. Por lo pronto, yo también había pensado. En mí testamento le dejo un legado de cinco mil libras.

-Eso es lo principal, y has sido muy generoso al hacerlo; pero yo quería hacer algo más aún.

Algo de aquella velada agudeza con que el anciano había acostumbrado durante toda la vida a escuchar una propuesta financiera remoloneaba todavía en su semblante, en el que el enfermo no había borrado al hombre de negocios. Calló, pues, un instante y luego dijo:

-Será para mí un placer examinar detenidamente el asunto.

-Isabel es pobre. Mi madre me ha dicho que sólo dispone de unos cuantos cientos de dólares al año y yo quisiera hacerla rica.

-¿Qué entiendes tú por ser rico?

-A mí me parece que es rico el que cuenta con los medios para satisfacer las exigencias de su imaginación. Ya sabes que Isabel tiene mucha imaginación.

-También tú la tienes, hijo mío -dijo el señor Touchett escuchando con atención, si bien un tanto confuso.

-Me has dicho que voy a tener dinero bastante para dos. Entonces, lo que quiero es que me retires lo que ha de ser superfluo para mí y se lo dejes a Isabel. Divide mi herencia en dos mitades iguales y déjale una a ella.

-¿Para hacer lo que ella quiera?

-Absolutamente lo que le parezca.

-¿Y sin ninguna contrapartida?

-¿Qué contrapartida quieres que haya?

-La que antes dije.

-¿El que se case con alguien? Precisamente, te hago esta sugerencia para evitar que tenga que caer en ello. Si disfruta de una renta suficiente, no se verá obligada a casarse con uno que pueda mantenerla en- buenas condiciones. Eso es lo que yo quisiera evitar a toda costa. Ella quiere ser libre y tu legado le daría la libertad que apetece.

-Bien; a la vista está que has pensado ya en ello -dijo el viejo señor Touchett-. Pero, la verdad, no sé por qué recurres a mí. El dinero ha de ser tuyo, y puedes dárselo tú mismo.

Ralph le miró boquiabierto.

-Por favor, padre; yo no puedo ofrecerle dinero a Isabel.

El anciano emitió un gemido.

-¡No me digas que no estás enamorado de ella! ¿Quieres, entonces, que yo me encargue por completo del asunto?

-Por completo. Lo único que quiero es que incluyas una nueva cláusula en el testamento, pero sin hacer ninguna referencia a mi deseo.

-¿Y quieres que haga otro testamento?

-Nada de eso, con unas cuantas palabras bastará. En cuanto te sientas un poco mejor podrás hacerlo.

-Entonces, telegrafía al señor Hilary No quiero hacer nada sin consultarle.

-Mañana mismo lo verás.

-Va a pensar que nos hemos peleado -comentó el señor Touchett.

-Es lo más probable -dijo Ralph sonriendo-. Prefiero que piense eso y, para remachar la idea, te prevengo que me mostraré lo más antipático, duro y horrendo contigo.

Al señor Touchett pareció atraerle el humor de aquella farsa, y estuvo reflexionando sobre ello en silencio. Por fin dijo:

-Como quieras, haré lo que digas. Pero te confieso que no sé si haremos bien. Tú dices que quieres insuflarle viento en sus velas, pero cuidado, no sea que soples demasiado.

-Me gustaría verla impulsada por una brisa.

-Hablas como si para ti fuese cosa de diversión.

-Y, en gran parte, lo es.

-Pues no sé si te entiendo -dijo suspirando el señor Touchett . Verdaderamente, los jóvenes de hoy son bien distintos de lo que yo era. Cuando en mis tiempos me gustaba una muchacha, no me contentaba con mirarla. Tú tienes unos escrúpulos que yo no habría tenido, ideas que tampoco habría tenido. ¿Dices que Isabel quiere ser libre y que el serlo le evitará tener que casarse por dinero? ¿Crees que ella es mujer capaz de semejante cosa?

-En absoluto. Pero es que ahora tiene menos dinero que nunca. Su padre le proporcionaba antes todo, porque se comía el capital. Ahora a Isabel no le quedan para vivir

más que las migajas del festín, y no se da cuenta de lo escasas que son... no ha podido enterarse todavía. Mi madre me lo ha contado todo, Isabel se enterará cuando se vea arrojada al torbellino del mundo, y me sería muy doloroso pensar que no pudiera satisfacer muchas de sus necesidades.

-Con las cinco mil libras que le dejo puede satisfacer muchas necesidades.

-Sin duda, pero es muy probable que se las gaste en dos o tres años.

-¿Entonces piensas que será una derrochadora?

-No me cabe la menor duda -dijo Ralph sonriendo tranquilamente.

La agudeza del anciano señor Touchett estaba siendo rápidamente reemplazada por una visible confusión.

-Entonces el que dé fin a la cantidad mayor que pueda recibir será sólo cuestión de tiempo.

-No lo creo, aunque me temo que, al principio, empiece a tirar la casa por la ventana. También es muy probable que dé una parte a sus hermanas. Pero, en cuanto recapacite y recobre el dominio de sí misma, se acordará de que tiene toda una vida ante sí y de que ha de vivir con sus propios medios.

El viejo dijo como resignado:

-Vamos, se ve que lo tienes todo bien pensado. No hay duda de que te inspira un enorme interés.

-En realidad, no puedes decir que voy demasiado lejos. Tú querías que fuera más lejos todavía.

El señor Touchett replicó:

-La verdad, no sé. Creo que no lo veo igual que tú. Me parece un poco inmoral.

-¿Cómo, inmoral, querido papá?

-Bueno, no creo que esté bien facilitarle tanto las cosas a nadie.

-Depende de quién sea. Cuando se trata de una buena persona, el facilitar las cosas es rendir crédito a la virtud. ¿Puede haber acto más noble que facilitar la realización de los buenos impulsos?

Al señor Touchett le resultaba difícil seguir aquel razonamiento y se detuvo un instante. Al cabo del cual, dijo: -Verdaderamente Isabel es un encanto, pero, ¿la crees tan buena como todo eso?

-Será tan buena como lo sean sus mejores oportunidades -replicó Ralph.

Y el viejo señor Touchett declaró:

-Pues con sesenta mil libras no le van a faltar buenas oportunidades.

-No me cabe duda de que sabrá aprovecharlas. -Desde luego, yo haré lo que tú quieras únicamente quería entenderlo un poco.

-Pero ¿no lo entiendes ya, querido papá? -preguntó Ralph con voz acariciante-. Si te parece, no nos preocupemos más del asunto. Dejémoslo ya.

El señor Touchett se quedó callado durante largo rato, y su hijo se imaginó que había abandonado ya el deseo de seguir dándole vueltas. Pero luego el viejo comenzó de nuevo a hablar con gran lucidez:

-Antes de todo, dime: ¿no te parece que una muchacha con sesenta mil libras podría ser víctima de los cazadores de dotes?

-Le será difícil ser la víctima de más de uno.

-Uno me parece ya demasiado.

-No hay que retroceder. Ese es uno de los riesgos, y ya lo he calculado. Lo considero un riesgo apreciable, aunque pequeño, y estoy dispuesto a aceptarlo.

El anciano señor Touchett fue pasando del estado de agudeza mental al de perplejidad y de la perplejidad a la admiración. Y dijo:

-Bien, ya te has metido en ello; pero no veo qué fruto puedas sacar de todo ese embrollo.

Ralph se inclinó sobre las almohadas de su padre y las ahuecó con suavidad, temeroso de haber prolongado con exceso la conversación. No obstante, dijo:

-Sacaré lo que hace un momento te dije que quería poner al alcance de Isabel... el haber satisfecho las exigencias de mi imaginación... Y reconozco que es un verdadero escándalo la manera cómo me he aprovechado de ti para lograrlo.

19

Como había anticipado la señora Touchett, madame Merle e Isabel hubieron de verse con tal asiduidad durante la enfermedad del anciano que casi habría constituido una falta de cortesía el no llegar a ser íntimas amigas. Aparte de que la cortesía de ambas era exquisita, se agradaban mucho recíprocamente. Sería acaso excesivo decir que se juraron una amistad eterna, pero por lo menos tácitamente pusieron al tiempo por testigo. Isabel lo hizo con la conciencia limpia, si bien vacilaba ante la idea de admitir que era íntima amiga de la otra en el alto sentido que en su interior atribuía a semejante calificativo. A veces, incluso se preguntaba si era capaz de ser íntima de nadie. Tenía su ideal propio de la amistad, como de algunos otros sentimientos, aunque en este caso no dejaba de parecerle... (cosa que no le había ocurrido en los otros casos) que su ideal no estaba plenamente expresado. Sin embargo, con frecuencia pensaba que existían razones especiales para que una no pudiera concretar nunca su ideal. Era algo en que había que creer, aun sin ver... no era cuestión de experiencia sino de fe. Sin duda alguna, la experiencia podía proporcionar imitaciones muy apropiadas de ello y lo verdaderamente sensato consistía en sacar el mejor partido posible. A decir verdad, Isabel no se había tropezado jamás con una figura tan interesante y agradable como madame Merle, ni conocía persona alguna que tuviese menos que ella ese defecto que constituye el principal obstáculo a la amistad y que consiste en reproducir los aspectos más fatigantes, anticuados y excesivamente íntimos del propio carácter. La muchacha había abierto de par en par y más que nunca las puertas de su confianza a madame Merle, y llegó a decirle cosas que jamás había dicho a ninguna otra persona. A veces llegaba incluso a alarmarle su propia franqueza, pues parecía como si entregase a algún extraño la llave del joyero de sus alhajas. En realidad, esas joyas espirituales eran las únicas de cierta importancia que ella poseía, pero por eso mismo debía poner mucho más cuidado en guardarlas celosamente. Por lo demás, tenía siempre presente que una no debe jamás lamentar el haber cometido un error generoso y que, si madame Merle no tenía todos los méritos que ella le atribuía, tanto peor para madame Merle. De que los tenía no cabía dudan era inteligente, culta, simpática, encantadora. Y lo que es más todavía (pues Isabel no había tenido la mala fortuna de pasar por la vida sin encontrar personas de su propio sexo de las que no pudiera decirse otro tanto), madame Merle era singular, preeminente, de veras superior. En el mundo hay muchas personas simpáticas y madame Merle distaba mucho de ser vulgarmente bondadosa y perpetuamente ocurrente. Sabía cómo pensar... virtud rara en la mujer... y su pensamiento siempre había esta do dirigido a unos propósitos adecuados. Además, sabía también cómo debía sentir, e Isabel no llevaba una se mana en su compañía cuando ya se dio perfecta cuenta de ello. En eso consistía el gran talento y el don más admirable de madame Merle. Se veían en ella los efectos de la vida; la había sentido con intensidad, y parte de la satisfacción que deparaba su compañía residía en la comprensión que la dama mostraba cuando Isabel se ponía a hablar de los que se complacía en llamar asuntos verdaderamente serios. Cierto que para madame

Merle la emoción era algo que más bien pertenecía a la historia; y no se recataba en decir que el manantial inagotable de la pasión, por haber sido harto explotado en otros tiempos, no fluía ya con la misma abundancia y facilidad que antaño.

Y, como era de esperar, se había propuesto acabar con sus sentimentalismos, reconociendo que había estado verdaderamente chiflada anteriormente a causa de ellos, pero que actualmente estaba curada por completo.

A veces decía a Isabel: «Yo juzgo ahora más de lo que solía, y es que me parece que con el tiempo me he ganado el derecho a hacerlo. Hasta los cuarenta no tiene una la suficiente ecuanimidad para juzgar; hasta esa edad somos ansiosas, duras, crueles y, por añadidura, ignorantes en demasía. Lo siento por usted, porque aún le falta mucho para los cuarenta. En realidad, cada ganancia supone una cierta pérdida. A veces se me ocurre pensar que, después de los cuarenta, ya no puede una sentir de veras, porque ya han desaparecido la frescura y la viveza. Estoy segura de que usted las conservará durante más tiempo que la mayoría, y sería para mí una verdadera satisfacción verla a usted dentro de unos cuantos años; me agradaría saber lo que de usted hará la vida. Tengo la seguridad de que no la echará a perder. Acaso la empuje a cosas horribles, pero estoy convencida de que no la doblegará».

Recibió Isabel esta manifestación de confianza en ella como el soldado bisoño que, todavía jadeante de una escaramuza de la que ha salido con honor, recibe una palmada de satisfacción de la mano de su coronel. Este reconocimiento de su mérito iba acompañado de autoridad; porque no podía sino influir en Isabel la opinión de quien contestaba a casi todos sus comentarios: «Querida mía, también yo me he visto en situaciones iguales, y pasaron como pasa todo lo demás». Madame Merle habría podido producir una verdadera irritación en muchos de sus interlocutores, porque se hacía harto difícil llegar a sorprenderla. Sin embargo, Isabel, aunque deseaba impresionar a su nueva amiga, no sentía semejante impulso. Era demasiado sincera y se interesaba de veras por su sensata compañera. A eso había que sumar el hecho de que madame Merle no decía jamás aquellas cosas en son de triunfo ni de jactancia, y sólo las traía a colación como meras confesiones hechas en frío.

Gardencourt estaba ahora bajo la maldición del mal tiempo. Los días se acortaban, y ya no había meriendas ni tés al aire libre en el césped frente a la casa. Ello no obstaba para que nuestra joven heroína mantuviera en el interior de la casa prolongadas conversaciones con su amiga, y ambas salían a veces de paseo a pesar de la lluvia, provistas de ese aparato defensivo que el clima de Inglaterra y el genio inglés han llevado, conjuntamente a tal grado de perfección. A madame Merle, a quien le gustaba casi todo, le gustaba también la lluvia inglesa, de la cual solía decir: «Siempre cae un poco y nunca demasiado de golpe, nunca moja mucho y siempre huele bien». Declaraba, además, que en Inglaterra los placeres del olfato eran grandes... ya que en tan inimitable isla se mezclaban los olores de la niebla, de la cerveza y del hollín, llegando a producir una especie de aroma nacional que era una verdadera delicia para el olfato; y, para probarlo, acostumbraba a hundir la nariz en la manga de su abrigo aspirando el grato y suave olor de la lana.

El pobre Ralph Touchett, en cuanto el otoño hizo su aparición, se convirtió en un resignado prisionero, pues el mal tiempo le impedía salir y se pasaba a veces largos ratos pegado a una ventana con las manos en los bolsillos, contemplando con triste mirada de reproche a Isabel y a madame Merle que se paseaban fuera, bajo la lluvia, cobijadas por sendos paraguas. Las carreteras próximas a Gardencourt eran tan firmes en toda época que las dos damas retornaban siempre de sus húmedas excursiones con el rostro radiante y lleno de animación, mirando las suelas de sus inmaculadas y fuertes botas de goma y declarando que su paseo les había producido inmensa satisfacción. Antes del almuerzo, madame Merle estaba indefectiblemente ocupada, e Isabel admiraba y envidiaba aquella distribución admirable de las horas de la mañana. Ella, que pasaba por ser una mujer de múltiples aptitudes, de lo cual se enorgullecía justamente, iba vagando, como si estuviera al acecho del otro lado de las

tapias de un jardín, en torno a los talentos, aptitudes y realizaciones de madame Merle. Y llegó a desear emular aquellas cualidades excepcionales y a tomar por modelo en muchos sentidos a tan notable dama. «¡Cómo me gustaría ser así!», exclamaba a veces cuando descubría algún nuevo aspecto de la capacidad de su amiga; y no tardó mucho en darse cuenta de que estaba aprendiendo una gran lección de una encumbrada autoridad. Y tampoco pasó mucho tiempo sin que se diese cuenta de que, como suele decirse, estaba bajo una gran influencia. Pero ella lo admitía, diciendo para sí: «¿Qué peligro puede haber en ello desde el momento en que es una influencia sana? Cuanto más pueda una estar bajo una buena influencia, tanto mejor para una. Lo único que se debe hacer es ver a dónde encaminamos nuestros pasos y... comprenderlos mientras vamos marchando. Esto es indudablemente lo que haré yo siempre. No tengo por qué tener miedo de llegar a ser demasiado maleable, tal vez sea culpa mía si no soy bastante flexible». Sabido es que a veces la imitación es la forma más sincera de la adulación; y si en muchas ocasiones Isabel se sentía impulsada a quedarse boquiabierta en presencia de su amiga con aspiración y desesperación, no era porque quisiese poder brillar ella, sino porque quería mantener en alto la lámpara para alumbrar a madame Merle, la cual le agradaba aunque le suscitaba más bien deslumbramiento que atracción. A veces se preguntaba qué diría Henrietta Stackpole al ver su admiración por aquel adulterado producto de su tierra común, y tenía el convencimiento de que la juzgaría con gran severidad. Henrietta no daría su visto bueno a la manera de ser de madame Merle; Isabel no sabía por qué, pero lo veía como una verdad indiscutible. Por otra parte, tenía el convencimiento de que, de presentarse ocasión favorable, su nueva amiga no dejaría de formarse una opinión favorable de la antigua; madame Merle poseía bastante sentido del humor y dotes de observación para hacer justicia a Henrietta y, al conocerla, no dejaría de mostrar su exquisito tacto, que la señorita Stackpole no podría esperar emular. Parecía que en el fondo de su experiencia guardaba la piedra de toque para probar la autenticidad de todo, y no había duda de que en el hueco de su memoria genial encontraría la llave de la valía de Henrietta. «Eso es lo verdaderamente grande, la suprema dicha -se dijo Isabel solemnemente-: estar en mejores condiciones para apreciar a los demás, de las que ellos están para apreciarla a una». Y añadió, siempre para sí, que «cuando bien se piensa en ello, se ve que en eso radica el privilegio de la posición aristocrática, y en tal sentido y no en otro debe una aspirar a hallarse en una posición aristocrática».

Imposible sería ir contando los eslabones de la cadena que arrastró a Isabel a considerar aristocrática la posición de madame Merle... punto al que jamás había hecho la menor referencia la propia interesada, que a pesar de haber visto grandes cosas y conocido a personajes de lo más encumbrados, nunca había desempeñado un papel importante. Pensaba de sí misma que era una partícula infinitesimal de la tierra, que no estaba hecha para los honores, y conocía el mundo demasiado bien para hacerse una exagerada ilusión acerca del lugar que en él debía ocupar. Había tenido oportunidad de conocer a algunos de los elegidos de la Tierra y sabía perfectamente en qué puntos difería su propia fortuna de la de ellos. No obstante, si bien por su consciente sentido de la medida no estaba hecha para figurar entre las grandes figuras del retablo mundial, a la imaginación de Isabel se presentaba siempre con una especie de extraordinaria grandeza. Ser tan culta y civilizada, tan sensata y sencilla y aun así, darse tan poca importancia, eso era ser una verdadera gran dama, sobre todo teniendo en cuenta su porte y su presencia. ¿Era acaso porque en cierto modo tuviera la sociedad a su servicio junto con todas las artes y gracias que ésta practicaba... o sería más bien efecto de los agradables usos para ella encontrados, incluso desde remota distancia, y transformados luego en sutiles servicios que prestaba a un mundo clamoroso dondequiera que se hallase? Después del almuerzo, madame Merle se entregaba a despachar su voluminosa correspondencia, pues las cartas que a diario le llegaban eran innumerables. Esa correspondencia resultaba ser una fuente inagotable de sorpresas para Isabel cuando a veces iban juntas a la oficina de correos

del pueblo, a depositar las cartas de madame Merle. Como había dicho a Isabel, conocía a mucha más gente de la que podría complacer, y nunca le faltaba asunto acerca del cual escribir. Era muy aficionada a la pintura y en un dos por tres hacía un dibujo o un boceto con la misma facilidad de quien se quita los guantes. En Gardencourt aprovechaba la más breve hora de sol para salir con un taburete plegable y una caja de acuarelas. Ya hemos tenido ocasión de ver lo buena música que era y, cuando por las noches se sentaba al piano, sus oyentes se resignaban sin murmurar a verse privados del placer de su conversación para saborear el de su interpretación. Desde que la conocía, Isabel se avergonzaba de su propia facilidad, a la que ahora consideraba de índole decididamente inferior; y, aunque en su ciudad natal se la tenía casi por un prodigio, lo cierto es que, cuando sentada en el taburete volvía la espalda a su auditorio, el público salía perdiendo más que ganando. Cuando madame Merle no pintaba, no escribía o no tocaba el piano, se ocupaba en hacer primorosos bordados, como almohadones, cortinas, mantelillos para chimenea y centros de mesa, arte en el cual sobresalía tanto por la fantasía de sus creaciones como por la agilidad de su manos. Jamás se quedaba sin hacer nada, pues, cuando no estaba entretenida con algo de lo dicho, se ponía a leer (le pareció a Isabel que sólo leía «cosas importantes», y de éstas todo lo que aparecía), paseaba, o hacía solitarios o charlaba con sus íntimos. Además de todo lo cual, tenía siempre esa exquisita cualidad de dama de la sociedad, consistente en no parecer jamás bruscamente ausente y tampoco demasiado ocupada. Dejaba sus pasatiempos con la misma facilidad que a ellos se entregaba, hablaba mientras trabajaba y no parecía darle la menor importancia a nada de lo que hacía. Regalaba sus bocetos o bordados, se levantaba del piano o seguía ante el teclado según la conveniencia de sus oyentes, que en todo momento adivinaba. En resumen, era la persona más cómoda, servicial y tratable con que podía vivirse. Si algún defecto tenía para Isabel es que no era natural; entendía con eso no ya que fuese afectada o pretenciosa (ya que no existía mujer a quien menos se le pudiera reprochar tales vicios), sino que la costumbre había ido modelando demasiado su temperamento y redondeando sus aristas, al extremo de convertirla en demasiado flexible, demasiado servicial, demasiado acabada y demasiado definitiva. En una palabra, era el animal social más perfecto que jamás haya aspirado a ser cualquier hombre o mujer; y, además, se había desembarazado de esa vivificante rudeza que podemos suponer característica de las personas, incluso de las más amables, antes de que se pusiera de moda la vida en las casas de campo. A Isabel le costaba trabajo imaginársela viviendo aislada, pues existía solamente en razón de sus relaciones, directas o indirectas, con el resto de los mortales. Cabía preguntarse qué comercio podía ella mantener con su propio espíritu. Pero siempre se acababa pensando que una superficie encantadora no implica forzosamente que se sea superficial, ilusión que ella había tenido la suerte de no llegar a alimentar en su juventud. Madame Merle no era una mujer superficial, ella no. Era una mujer profunda, y esa cualidad se transparentaba a pesar de que utilizaba un lenguaje convencional. Isabel se decía a veces:

«Después de todo, ¿qué es el lenguaje sino puro convencionalismo? Ella tiene el buen gusto de no pretender expresarse, como otros que he conocido, por medio de signos originales».

Una vez, en respuesta a una alusión que parecía haberla afectado, Isabel aprovechó la oportunidad para decir a su amiga:

-Se me antoja que usted ha debido de sufrir mucho.

-¿Qué le hace pensar eso? -le preguntó madame Merle con la sonrisa del que parece entretenerse con un luego de adivinanzas. Y añadió-: Me parece que no tengo el aspecto de una persona desdichada.

-Ciertamente que no, pero a veces dice usted cosas que me imagino no son capaces de pensar los que fueron siempre dichosos.

-Yo no he sido siempre dichosa -contestó madame Merle sonriendo con burlona gravedad y como si le estuviese confiando un secreto a un niño-: ¡No hay que maravillarse de ello!

Pero Isabel supo recoger la ironía y replicó:

-Mucha gente me da la impresión de que nunca ha sentido nada en ningún momento.

-Y así es. Hay muchas más ollas de hierro que de porcelana; pero puede tener la seguridad de que todas ellas tienen algún fallo, hasta las ollas más resistentes de hierro muestran un diminuto agujero o una abolladura o un arañazo. Yo me enorgullezco de ser robusta, pero, para serle sincera, le diré que he sufrido espantosos desconchones y abolladuras y, si todavía sirvo para algo, es porque me han reparado hábilmente, y ahora me limito a permanecer todo lo que puedo en la alacena, en la tranquila y oscura alacena que huele a especias rancias. Y cuando por fuerza tengo que mostrarme a plena luz... créame usted, soy un verdadero horror.

Ignoro si fue en tal ocasión, o en alguna otra en que la conversación tomó el giro que acabamos de indicar, cuando madame Merle dijo a Isabel que, al llegar el momento oportuno, le contaría una historia. Isabel contestó que le encantaría escucharla y luego hubo de recordarle más de una vez el compromiso contraído. Pero madame Merle pedía siempre que se le concediera un respiro, y acabó por decir a su amiga que tendría que esperar a que se conociesen un poco mejor. Lo cual no podría por menos de llegar a producirse, ya que parecía que habría de ligarlas una larga amistad. Isabel asintió, pero preguntó si no inspiraba confianza suficiente... si podía temerse que traicionara la confianza en ella depositada.

Su compañera contestó:

-De lo que tengo miedo no es de que usted pueda repetir lo que yo diga, sino de todo lo contrario, de que se lo tome demasiado a pecho, porque llegaría a juzgarme muy duramente; está usted todavía en la edad cruel.

Por el momento, prefería hablar a Isabel de Isabel misma, mostrando el mayor interés por conocer la vida de nuestra heroína, sus sentimientos, esperanzas y propósitos.

La hacía hablar y escuchaba su parloteo con la mayor condescendencia. Ello halagaba y espoleaba a la muchacha, que estaba impresionada por toda aquella gente distinguida que su amiga había conocido y porque ésta había vivido, según decía la señora Touchett, en los mejores ambientes de Europa.

Isabel se consideraba enaltecida por disfrutar del favor de una persona que disponía de un campo de comparación tan vasto; y acaso fuera por salir beneficiada de la comparación por lo que a menudo apelaba a aquellas reminiscencias. Madame Merle había vivido en varios países y tenía relaciones en una docena de ellos. Así solía decir: «Yo no presumo de ser instruida, pero lo cierto es que me sé mi Europa de memoria», y un día hablaba de ir a Suecia para pasar una temporadita con una amiga, y otras veces de dirigirse a Malta para cultivar una amistad reciente. Inglaterra, donde había vivido en varías ocasiones, le era completamente familiar y, para provecho de Isabel, dijo algunas cosas que arrojaron bastante luz sobre las costumbres del país y el carácter de sus gentes, las que, «después de todo», como le gustaba repetir, eran las mejores del mundo para la convivencia.

-No debes extrañarte de que permanezca aquí precisamente en este momento, cuando el señor Touchett está a punto de morir -dijo un día a su sobrina la esposa del mencionado caballero-. Es una mujer incapaz de cometer un error y la de más tacto que he conocido en toda mi vida. Me hace un enorme favor con quedarse aquí, y para ello ha tenido que renunciar a ir a visitar muchas otras grandes mansiones -añadió la señora Touchett, que no podía olvidar que, al hallarse en Inglaterra, descendía dos o tres grados en la esfera social-. Puede escoger el sitio que más le guste; no son techos que la cobijen lo que le falta. Pero yo le he rogado que permanezca con nosotros porque quiero que la conozcas a fondo, pues tengo la seguridad de que te hará mucho bien. Serena Merle es una mujer sin defectos.

-Si no me gustara tanto, esa descripción llegaría a a alarmarme -replicó Isabel.

-Ella no está jamás ni un milímetro fuera de lugar.

Yo te he traído aquí y deseo hacer por ti todo lo que me sea posible. Tu hermana Lily me dijo que esperaba que te proporcionase muchas oportunidades. Y yo te las doy poniéndote en contacto de madame Merle, que es una de las mujeres más brillantes de toda Europa.

-Me gusta más ella que la descripción que usted hace de su persona. -Isabel persistía en su comentario.

-¿Presumes que la vas a encontrar alguna vez digna de crítica? Cuando te ocurra, no dejes de comunicármelo.

-Eso sería una crueldad para con usted –replicó Isabel.

-No te preocupes por mí. Estoy segura de que no le encontrarás un solo defecto.

-Tal vez, no. Pero si lo tiene, no se me escapará.

-Serena sabe todo cuando hay que saber en este mundo -dijo la señora Touchett.

Después de tal conversación, Isabel le comentó a madame Merle que la suponía al tanto de que la señora Touchett la consideraba una mujer sin tacha. Madame Merle contestó, diciendo:

-Le agradezco infinito que me lo diga, pero me temo que su tía únicamente piensa o, cuando menos alude, a las aberraciones que el espejo del reloj pone de manifiesto.

-Eso quiere decir que tiene usted un lado rebelde que ella desconoce.

-¡Ah, eso no! Me temo que mis facetas desconocidas son las más inofensivas. Lo que quiero decir es que para su tía el no tener defectos supone el no llegar nunca tarde a la hora de la cena... de sus cenas, por supuesto. Por cierto que el otro día, cuando regresaron ustedes de Londres, no es que yo llegase tarde: la hora de la cena era a las ocho, y a las ocho en punto llegué yo; lo que pasó es que ustedes habían llegado con anticipación. Supone que una contesta a una carta suya el mismo día que la recibe y que, cuando una va a pasar unos días con ella, no ha de llevar mucho equipaje y ha de tener buen cuidado de no caer-enferma. Estas cosas representan la virtud a los ojos de la señora Touchett... y es una verdadera bendición el poder reducirla a elementos tan simples.

La conversación de la señora Merle, como acaba de verse, estaba salpicada de audaces y francos toques de crítica que ni siquiera cuando tenían un efecto restrictivo le parecían a Isabel antinaturales. A la joven no se le ocurría, por ejemplo, que la talentosa amiga de su tía estuviera denigrándola, y ello por varias razones: la primera, Isabel compartía el sentido de aquellos reparos; la segunda, madame Merle dejaba suponer que aún quedaba mucho por decir; y la tercera, estaba claro que el que una persona te hablara sin remilgos de tus parientes próximos era una grata señal de la intimidad que tenía contigo. A medida que fueron pasando los días, fueron también aumentando las señales de profunda comunión de ideas que entre ambas se establecía, y a nada se mostraba Isabel tan sensible como al hecho de que madame Merle la escogiera con frecuencia a ella como tema de conversación. Aunque a menudo se refería a los incidentes de su propia carrera, nunca se detenía en ellos, pues tenía muy poco de egoísta y absolutamente nada de chismosa.

-Ya estoy vieja, agotada y descolorida -solía decir-, y no ofrezco más interés que un diario atrasado. Usted es joven y fresca y tiene lo más importante... está de actualidad. También lo estuve yo en mis tiempos, todos tenemos nuestro cuarto de hora. Pero a usted es muy posible que le dure mucho. Hablemos, pues, de usted, que nada de lo que diga dejará de tener un gran interés para mí. Eso de que me guste hablar con gente mucho más joven que yo demuestra que ya voy para vieja. Sin embargo, lo considero una compensación admirable. Si no podemos ya sentir la juventud dentro de nosotros mismos, podemos sentirla fuera y, en verdad, me parece que la vemos y la sentimos mejor de tal modo. Desde luego, debemos ser benevolentes con ella... y yo lo seré siempre. Ignoro si me mostraré impaciente con la gente de edad... creo que no, y hay personas ancianas a las que adoro. Pero con la juventud solo

puedo ser servil, porque despierta en mí una gran simpatía y me emociona mucho. De modo que le doy a usted «carta blanca», incluso, si le cuadra, puede ser impertinente, yo se lo permitiré, con lo que la echaré terriblemente a perder. Dirá usted que estoy hablando como si tuviera cien años. Es que los tengo, si vamos a eso, nací antes de la Revolución francesa. ¡Ay, amiga mía! La verdad es queje viens de loro, que pertenezco a lo pasado, al mundo del ayer. Pero no es de ése del que quiero hablar sino del nuevo. Tiene que contarme más cosas de América; nunca me parecen bastantes las que me cuenta. Aquí he vivido siempre, desde que me trajeron a Europa de pequeñita, y es en verdad ridículo, mejor dicho escandaloso, lo poco que conozco de aquel país terrible, espléndido y divertido... y seguramente el mayor y más estrafalario de todos. Por aquí hay mucha gente como yo y debo decir que a veces pienso que somos unos pobres diablos. Uno debe vivir en su propia tierra, donde, pase lo que pase, cada uno tiene su lugar correspondiente. Si no somos buenos americanos, aquí no podemos ser más que unos europeos mediocres; nuestro sitio natural no es éste. Aquí somos meros parásitos arrastrándonos sobre la tierra, no tenemos los pies firmemente hundidos en el suelo. Por lo menos, una puede saberlo y no hacerse ilusiones. Las mujeres pueden tal vez defenderse mejor, porque me parece que la mujer no tiene en ninguna parte su sido natural; dondequiera que esté habrá de permanecer en la superficie y arrastrarse de una manera o de otra. ¿Protesta usted, querida amiga? ¿Se horroriza usted? ¿Declara usted que nunca se arrastrará? En verdad, no podría yo decir que la veo a usted arrastrándose, usted permanece más erguida que la mayoría de las criaturas. Está bien, yo soy la primera en creer que no se arrastrará. Pero los hombres, los americanos, dígame por favor, je vous demande un peu, ¿qué demonios hacen por estos pagos? La verdad, no es cosa de envidiarles al verles tratando de amoldarse a esto. Ahí tiene, un ejemplo, a Ralph Touchett, ¿cómo se le puede llamar? Afortunadamente para él padece de tisis, y digo afortunadamente porque así tiene algo en qué ocuparse. Su tisis es su carrera, algo así como una posición. Uno puede referirse a él diciendo: ¡Ah, el señor Touchett! El hombre cuida sus pulmones y sabe todo cuanto hay que saber sobre los distintos climas. Pero, si le quitan eso, ¿qué es, en realidad, qué representa? Solamente el señor Ralph Touchett, es decir un americano que vive en Europa, y pare usted de contar. Eso no significa nada... no puede haber nada que signifique menos que eso. Dirán que es muy culto y que tiene una linda colección de cajas de rapé. Lo único precisamente que le faltaba para que se le compadeciera. Ya estoy cansada de oír el sonido de la palabra compasión, que ha terminado por parecerme sencillamente grotesco. Ahora, el padre ya es otra cosa; tiene su propia personalidad, toda de una pieza. Representa a una gran institución financiera, y esto, en nuestro tiempo, vale tanto como cualquier otra cosa. De todos modos, para un americano es suficiente. Pero sigo pensando que para su primo es una suerte padecer una enfermedad crónica, siempre que no muera de ella; mucho mejor por descontado que las cajitas para rapé. Si no estuviera enfermo, haría algo, ocuparía el puesto de su padre en la empresa, pero no sé por qué se me antoja que al pobre no le entusiasma gran cosa la empresa. De todas formas, usted lo conoce mejor que yo, aunque le conocí en otros tiempos bastante bien, por más que él pueda ponerlo en duda. Pero yo creo que el caso peor de todos es el de un amigo mío, un compatriota nuestro también, que vive en Italia (a donde igualmente le llevaron antes de que pudiese conocer nada mejor) y que es uno de los hombres más deliciosos que he conocido. Algún día tendrá usted que conocerlo, yo procuraré ponerles en contacto y verá que es verdad lo que digo. Se llama Gilbert Osmond, vive en Italia... y eso es todo lo que se puede decir o saber de él. Es inteligente en grado sumo, un hombre nacido para distinguirse, pero, como le digo, su descripción se agota con decir: es el señor Osmond que vive tout bétement en Italia. Sin carrera, sin nombre, sin posición, sin fortuna, sin pasado ni futuro, sin nada en fin. Pinta, es cierto, si así puede decirse... hace acuarelas como yo, aun que mejores que las mías. Su pintura es bastante mala, cosa que, lejos de entristecerme, a decir verdad, me alegra.

Afortunadamente para él, es muy perezoso, tan indolente que eso es como una especie de posición suya. Así, puede permitirse el lujo de decir: «¡Oh, yo no hago nada, soy demasiado perezoso. Uno no puede hacer hoy nada si no se levanta a las cinco de la mañana». Y así viene a ser como una especie de excepción, pues uno llega a creer que en realidad podría llevar algo a cabo si se levantase a la hora del alba. No habla jamás de su pintura... a todo el mundo por lo menos... es demasiado listo para eso; pero tiene una hijita... encantadora por cierto, y de ella sí habla. Siente un gran cariño por ella y, si el ser buen padre fuese una carrera, se habría distinguido grandemente en la suya. Pero mucho me temo que eso no valga más que las cajitas para rapé, a lo mejor ni eso.

»Dígame, por favor, qué hacen en América -prosiguió madame Merle, que, dicho sea entre paréntesis, no expresó de una vez tales reflexiones, que aparecen aquí arracimadas para mayor conveniencia del lector.

Habló de Florencia, donde vivía la señora Touchett ocupando un palacio de la Edad Media; habló de Roma, donde ella tenía un pequeño pied-á-terre con buenos damascos antiguos. Habló de otros muchos lugares, de las gentes, y hasta, como suele decirse, de «temas», y de cuando en cuando se refería a su anciano y amable anfitrión y a las probabilidades de su mejoría. A decir verdad, no tenía, desde el primer momento, gran fe en ella, e Isabel se quedó admirada ante la manera positiva, competente y analítica con que ella calibraba lo que le quedaba de vida. Una noche le anunció categóricamente:

-Sir Matthew Hope me lo ha dicho con toda la claridad que permite el decoro, ahí mismo, de pie delante del fuego. Es un hombre muy agradable el tal doctor. No se refirió claramente al asunto, pero sabe decir las cosas con un tacto exquisito. Cuando le manifesté que yo me sentía incómoda por estar aquí en estos instantes y que creía indiscreto seguir... porque tampoco soy capaz de asistir al enfermo, me contestó: «Usted debe quedarse, no se vaya, que su tarea comenzará después». Lo cual era, a mi modo de ver, una delicada manera de decirme que el señor Touchett estaba camino del otro mundo y que yo resultaría luego útil para dar consuelo a los demás. Cuando de hecho mi utilidad va a ser nula. Su tía se consolará sola, y únicamente ella sabe cuánto consuelo precisará. Sería tarea mucho más delicada para otra persona ponerse a administrarle la dosis del consuelo. Con su primo de usted la cuestión es del todo distinta; echará enormemente de menos a su padre, pero no puedo pretender acompañarle en su dolor pues no estamos en términos que a ello se presten.

Madame Merle había aludido más de una vez a cierta incongruencia en sus relaciones con Ralph Touchett. Isabel supo, pues, aprovechar la ocasión para preguntar si eran buenos amigos, a lo cual contestó su amiga:

-Sí, lo somos, pero no le agrado.

-¿Qué le ha hecho usted?

-Nada, pero para eso no hacen falta razones.

-Para no quererla a usted, sí. Para eso creo que habrá que tener alguna razón aceptable.

-Es usted muy amable, pero asegúrese de tener una lista para el día que usted empiece.

-¿A no quererla? No pienso empezar nunca.

-Espero que no, porque el día que empiece ya no se detendrá. Así ocurre con su primo. Es una incompatibilidad de caracteres... si puede darse este nombre a algo completamente unilateral. Yo no tengo absolutamente nada contra él ni le guardo rencor por ser injusto conmigo. Todo lo que yo preciso es justicia y nada más que justicia. De todos modos, está claro que es un perfecto caballero y jamás hablará mal de nadie a sus espaldas. -Hizo una pausa y a renglón seguido añadió-: Cartes sur table. No le tengo miedo.

-Ya lo supongo -contestó Isabel que añadió algo referente a que era el mejor hombre del mundo. Sin embargo, recordó que, cuando le preguntó a él por madame

Merle, contestó de manera que la dama podría haber considerado injuriosa sin ser explícita. Isabel pensó para sí que entre los dos había sin duda algo, pero no pasó de ahí. Pensó que, si fuera cosa de importancia, merecería todo respeto, y, si no lo era, no valía la pena sentir curiosidad. A pesar de su afición al saber, sentía una natural repulsión a levantar cortinas para escudriñar rincones escondidos. En su espíritu coexistían en la armonía más perfecta el deseo de conocimiento y la mejor disposición a la ignorancia.

De vez en cuando madame Merle decía cosas que la sobresaltaban, la hacían enarcar las claras cejas y después rumiar las palabras oídas.

-Yo daría cualquier cosa por volver a tener la edad de usted -dijo una vez su compañera, con una amargura que, sí bien diluida en su acostumbrada amplitud verbal, no quedaba del todo disipada. Y añadió-: Si pudiera volver a empezar de nuevo... si pudiera tener toda la vida por delante...

Isabel, que había quedado un tanto anonadada por lo que acababa de oír, contestó:

-Usted tiene todavía la vida por delante.

-No; la mejor parte ha pasado ya... y por nada.

-Seguramente que no habrá sido por nada -dijo Isabel.

-¿Por qué no... qué es lo que me ha dado? Ni marido, ni hijos, ni fortuna, ni posición, ni siquiera huellas de una belleza que no tuve jamás.

-Pero, mi querida señora, tiene usted numerosos amigos.

-Tampoco estoy segura de ello -exclamó madame Merle.

-Me parece que está usted en un gran error; tiene usted recuerdos, encantos, aptitudes...

Madame Merle la interrumpió para decir:

-¡Aptitudes! ¿Qué me han proporcionado mis aptitudes? Apenas la necesidad de utilizarlas para consumir mis horas, mis años, para engañarme a mí misma con falsos movimientos, en la inconsciencia más completa. Y, por lo que hace a mis encantos y recuerdos, cuanto menos se hable de ellos, mejor. Usted será amiga mía hasta que encuentre alguien mejor en quien depositar su amistad.

-De usted dependerá que así no sea -replicó Isabel.

-Cierto. Y haré un esfuerzo por conservarla. -Hizo un alto y luego prosiguió-: Cuando digo que quisiera tener la edad de usted, quiero decir con sus cualidades... siendo franca, generosa y sincera como usted. En tal caso, yo haría de mi vida algo mejor de lo que he hecho.

-¿Qué habría usted querido realizar que no haya realizado?

Madame Merle tomó un cuaderno de música... Había estado sentada al piano mientras hablaban y de pronto se volvió en el taburete y empezó a pasar las hojas. Por último dijo:

-Soy muy ambiciosa.

-Pues si no ha logrado satisfacer sus ambiciones,
han debido de ser extraordinariamente grandes.

-Y lo fueron. Me pondría en ridículo si hablara de
ellas.

Isabel se preguntó cuáles habrían sido, si madame Merle habría pretendido ceñirse una corona.

-No sé cuál será su idea acerca del éxito -dijo-, pero se me antoja que usted lo ha conseguido. Por lo menos, a mis ojos es usted la viva imagen del éxito.

Madame Merle dejó a un lado la partitura con una sonrisa triste y preguntó:

-¿Y la suya, cuál es su idea del éxito?

-Evidentemente, piensa usted que debe de ser muy modesta. A mí me parece que consiste en ver materializarse un sueño de la juventud.

-¡Ah! -exclamó madame Merle-, yo no he visto jamás semejante cosa. Pero mis sueños eran tan extraordinarios... tan absurdos. Que el ciclo me perdone, estoy soñando ahora. -Se volvió hacia el piano y se puso a tocar arrebatadamente.

A la mañana siguiente, le dijo a Isabel que su definición del éxito era muy linda, pero espantosamente triste. Si se medía por ese baremo, ¿quién habría verdaderamente triunfado? Los sueños de la juventud eran encantadores y, por lo mismo, divinos. ¿Quién los había visto realizarse?

-Yo misma... algunos de ellos -Isabel se atrevió a decir.

-¿Tan pronto?... Sueños de ayer mismo, sin duda.

-Empecé a soñar de muy niña -replicó Isabel sonriendo.

-¡Ah! Si se refiere a las aspiraciones de su infancia... cuando se sueña con un cinturón rojo y una muñeca que abre y cierra los ojos...

-No me refiero a eso.

-O con un joven de lindo bigote arrastrándose a los pies de una...

-No, tampoco es eso -contestó Isabel con aún mayor énfasis.

Madame Merle pareció darse cuenta de la vehemencia de su amiga y dijo:

-Sospecho que sí se refiere a eso. Todas hemos tenido nuestro joven del lindo bigote, el inevitable joven; pero eso no cuenta.

Isabel permaneció callada un instante y luego dijo con especial inconsecuencia:

-¿Por qué no ha de contar? Hay jóvenes y jóvenes.

-Y el suyo era una maravilla, ¿es eso lo que quiere decir? -preguntó riendo de buena gana su amiga. Y prosiguió-: Si usted logró tener al joven de sus sueños, eso fue un verdadero éxito y la felicito con toda el alma. Pero en ese caso, ¿por qué no huyó con él a su castillo de los Apeninos?

-No tiene ningún castillo en los Apeninos.

-¿Qué tiene entonces... una sórdida casa de ladrillos en la calle Cuarenta? Por favor, no me lo diga. Me niego en absoluto a aceptarlo como ideal.

-Su casa me tiene sin cuidado -dijo Isabel.

-Eso es muy cruel por su parte. Cuando tenga usted mis años, verá que todo ser humano tiene su cascarón y que hay que tener en cuenta tal cascarón. Al hablar del cascarón, me refiero al conjunto de las circunstancias que lo envuelven. No existen el hombre ni la mujer totalmente aislados, y cada uno de nosotros está constituido por un puñado de pertenencias. ¿Qué constituye nuestro propio yo? ¿Dónde empieza y dónde acaba? Parece desbordarse en todo lo que nos pertenece y luego volver a retraerse. Yo sé que gran parte de mí misma está en los vestidos que me gusta ponerme. Siento un gran respeto por las cosas. Para los demás, el propio yo es cuanto una expresa; la propia casa, el mobiliario, la decoración, los libros que lee y los amigos que tiene... todo esto expresa la personalidad de una.

Todo ello era harto metafísico, aunque no más que muchas de las observaciones hechas por madame Merle. A Isabel le gustaba mucho la metafísica, pero no podía, a pesar de ello, lanzarse al intrincado análisis de la personalidad humana, que tan fácil parecía ser para su amiga.

No estoy de acuerdo con usted -dijo-, pienso Precisamente todo lo contrario. No sé si lograré expresarme bien a mí misma, pero creo que ninguna otra cosa puede hacerlo. Nada de cuanto me pertenece da la medida de mí misma, sino que todo constituye una limitación, una barrera, muchas veces completamente arbitraria. Es indudable que los vestidos que me gusta ponerme, como usted dice, ni me expresan ni quiera Dios que puedan llegar a expresarme.

-Pues usted sabe vestirse muy bien -interpuso a la ligera madame Merle.

-Es posible. Pero me resisto a que se me juzgue por eso. Mis vestidos pueden, a lo sumo, expresar a la modista o al sastre, pero de ninguna manera a mí. Por lo pronto, no soy yo quien los elige, sino la sociedad que me impone que los lleve.

-¿Preferiría usted andar sin ellos? -preguntó madame Merle con un tono que de hecho ponía punto final a la discusión.

Aunque pueda entrañar cierto descrédito para la descripción que he hecho de la juvenil lealtad de nuestra heroína hacia aquella distinguida dama, debo confesar que Isabel no le había dicho nada sobre lord Warburton y se había mostrado igualmente callada en lo que a Caspar Goodwood se refería. Sin embargo, no le había ocultado que había recibido vanas propuestas matrimoniales ni pasó por alto el hecho de que algunas eran muy ventajosas. Lord Warburton se había marchado de Lockleigh dirigiéndose a Escocia con sus hermanas. De vez en cuando escribía a Ralph interesándose por la salud del anciano, de suerte que la joven se veía libre del azaramiento consiguiente a las indagaciones que el lord habría querido hacer personalmente si se hubiese hallado en las cercanías de la mansión de los Touchett. Aunque el lord era hombre de procedimientos exquisitos, Isabel estaba segura de que si él hubiera visitado Gardencourt, habría trabado conocimiento con madame Merle, hubieran sin duda simpatizado, y el aristócrata no habría tardado en comunicar a la distinguida visitante el secreto de su amor por la joven.

La casualidad había hecho que durante las anteriores visitas de la dama a Gardencourt (ambas fueron mucho más cortas que la actual) lord Warburton no estuviera en Lockleigh o no fuera a visitar a sus amigos de Gardencourt. De modo que, si bien madame Merle le conocía de oídas como la personalidad más importante de toda la comarca, no tenía motivos para sospechar que fuese pretendiente de la recién importada sobrina del señor Touchett.

-Todavía tiene usted mucho tiempo por delante -solía decir a Isabel en respuesta a las parciales confidencias que le hacía la joven y que no eran completas a pesar de que a veces la muchacha sentía el temor de haber dicho demasiado-. Me alegro mucho de que no haya hecho aún nada... de que deje la cosa esperar. Es algo magnífico para una muchacha el haber rechazado algunas propuestas... siempre y cuando no sean las mejores que se le puedan hacer en su vida. Disculpe si mis palabras le parecen corruptas, pero es que a veces hay que adoptar los puntos de vista mundanos. Ahora bien, no se le ocurra seguir rechazando las proposiciones de matrimonio sólo por darse el gusto de rechazarlas. Es un admirable ejercicio de poder, pero después de todo también el aceptar implica un ejercicio de poder. Se corre siempre peligro de rechazar demasiado, peligro que no es precisamente en el que yo incurrí... porque no rechacé lo bastante. Usted es una muchacha deliciosa y me gustaría verla casada con un primer ministro; pero, hablando en puridad, usted sabe muy bien que no es lo que suele llamarse técnicamente un parti. Es usted extraordinariamente agraciada e inteligente, sin duda una mujer excepcional. Usted se me antoja una persona que no tiene si no una idea muy vaga de sus bienes terrenales y, por lo que me parece haber deducido, no posee una renta. Sin embargo, me gustaría que tuviese algún dinero.

-¡Qué más quisiera yo! -dijo Isabel, pareciendo haber olvidado que la pobreza había representado tan sólo un pecado venial para dos galantes pretendientes.

A pesar de la benévola recomendación del doctor Hope, madame Merle no pudo quedarse hasta el fin, ya que el desenlace de la enfermedad del señor Touchett había sido predicho con claridad. Tenía varios compromisos con otras personas, que le era imposible eludir, y abandonó Gardencourt no sin antes convenir que de todos modos volvería a ver a la señora Touchett, allí mismo o en la ciudad, antes de su partida de Inglaterra. Su despedida de Isabel fue, todavía más que su encuentro, el comienzo de una verdadera amistad. Madame Merle le dijo al despedirse:

-Voy a visitar seis casas distintas una detrás de otra, pero no veré en ellas a ninguna persona que me guste tanto como usted. Todas ellas son, sin embargo, antiguas amistades,

pues a mi edad no suelen hacerse amigos nuevos. Con usted he hecho una gran excepción. No lo olvide y piense de mí lo mejor que le sea posible. Debe recompensarme creyendo en mí.

En respuesta, Isabel le dio un beso y, aunque es sabido que las mujeres besan con facilidad, no lo es menos que hay besos y besos, y el de Isabel fue completamente grato a madame Merle. Después de marcharse ésta, nuestra joven heroína se quedó verdaderamente sola, apenas sí veía a su tía y a su primo a las horas de las comidas, y llegó a descubrir que, de las horas en que la señora Touchett estaba invisible, sólo dedicaba una pequeña parte de ellas a cuidar de su esposo. Se pasaba la tía la mayor parte del tiempo recluida en sus habitaciones, ocupada, por lo visto, en ejercicios misteriosos e inescrutables, puesto que a nadie le era permitida la entrada, ni siquiera a su misma sobrina. En la mesa se mantenía siempre solemne y grave, si bien Isabel comprobó que esa gravedad no era en absoluto afectada sino una verdadera convicción. Se preguntaba si su tía estaría arrepentida de haber obrado antes a su propio antojo, pero no había indicio alguno de ello... ni lágrimas, ni suspiros, ni exceso de un celo siempre apropiado. La señora Touchett parecía experimentar la irresistible necesidad de pensar en las cosas para luego resumirlas. Tenía un «libro moral» de contabilidad... -con columnas inflexiblemente dispuestas y un fuerte cierre de acero...- libro que llevaba con infalible exactitud. De cualquier modo, en ella la reflexión formulada tenía siempre resonancias prácticas. Así, dijo a su sobrina una vez que madame Merle se hubo ido:

-Si yo hubiese sabido esto, no te habría propuesto que vinieras ahora conmigo a Europa; habría esperado y te hubiera hecho venir el año próximo.

-Sí, pero entonces no habría tenido la suerte de conocer a mi tío. Para mí ha sido una verdadera dicha haber venido ahora.

-Eso está muy bien. Pero yo no te traje a Europa para que conocieses a tu tío.

Era una verdad irrefutable, pero fuera de lugar, a juicio de Isabel. Ésta tenía ahora tiempo sobrado para pensar en este y en otros asuntos. Se dedicó a dar un paseo sola todos los días y a pasarse las horas muertas en la biblioteca revolviendo y hojeando libros. Uno de los temas que la mantenían ocupada era las aventuras de su amiga la señorita Stackpole, con la que estaba en constante correspondencia. A Isabel le gustaba más el estilo epistolar que el periodístico de su amiga, hasta el extremo de creer que sus crónicas habrían sido admirables si no las hubieran publicado. Henrietta estaba muy lejos de obtener en su carrera un éxito tan notable como sería de desear, pensando en su felicidad personal. Aquella visión de la vida inglesa que tanto ansiaba ella reproducir en sus crónicas parecía estar danzando ante sus ojos como un fuego fatuo. Debido a camas misteriosas, la invitación de lady Pensil no llegó nunca a sus manos; y el consternado señor Bantling, con toda su amistosa inventiva, no fue capaz de explicar aquella desatención tan grave hacia una carta que él había enviado. No cabía duda de que estaba tomando muy a pecho las cosas de Henrietta y pensaba que le debía una compensación por su desengaño respecto a lo de Bedfordshire. Henrietta escribió en una de sus cartas a Isabel: «El señor Bantling dice que cree que debo ir al continente, y como él piensa ir pronto allá, pienso que me aconseja sinceramente. Quiere saber por qué no me decido a estudiar la vida francesa, y lo cierto es que tengo un vivo deseo de conocer la nueva República. Al señor Bantling no le interesa demasiado eso de la República, pero de todos modos piensa ir a París. Debo confesar que conmigo es todo lo atento que se puede ser, y luego podré, por lo menos, decir que he tratado a un inglés verdaderamente bien educado. De vez en cuando digo al señor Bantling que debería haber sido americano, y no puedes imaginarte cuánto le gusta esta idea. Cada vez que se lo digo prorrumpe en la misma exclamación: "¡Vamos, qué cosas tiene!"». Pocos días después, Henrietta escribió diciendo que había por fin decidido ir a París a fines de la semana siguiente y que el señor Bantling le había prometido despedirla... acompañándola quizás hasta Dover para embarcarla. Añadía que esperaría en París hasta que Isabel llegara, y lo decía como si creyese que Isabel fuera a emprender sola la excursión por el continente y sin hacer alusión alguna a la señora Touchett.

Isabel, pensando en el interés que Ralph sentía por su compañera, le leyó algunos párrafos de la carta ya que éste seguía con una emoción casi anhelante la carrera de la corresponsal del Interviewer.

-Me parece que hace muy bien yendo a París con un ex lancero -comentó Ralph-. Si quiere algo interesante para describir, con este episodio ya tiene suficiente.

-Acaso no sea una cosa convencional -contestó Isabel-, pero si quieres dar a entender que, por lo que respecta a Henrietta, no es algo inocente, te equivocas de medio a medio. Tú no llegarás nunca a comprender a Henrietta.

-Perdona, pero la conozco perfectamente. Al principio no llegué a comprenderla, pero ahora ya sé a qué atenerme. De todos modos, temo que Bantling no comparta mi manera de pensar; puede prepararle alguna sorpresa. Te aseguro que comprendo a Henrietta tan bien como si la hubiese hecho con mis propias manos.

No estaba Isabel muy segura de ello, pero no lo dejó traslucir, pues estaba dispuesta por entonces a tratar a su primo con la mayor comprensión. Una tarde, a la semana de la partida de madame Merle, Isabel estaba instalada en la biblioteca sosteniendo un libro en cuya lectura no fijaba la menor atención. Se había sentado junto al alféizar de uno de los amplios ventanales, desde el cual se veía el parque, triste y húmedo. Y, como la biblioteca estaba en ángulo recto con la entrada de la casa, Isabel podía ver desde su sitio la berlina del doctor, que llevaba dos horas esperando ante la puerta. A Isabel le llamó la atención que estuviera tanto tiempo en la casa, pero al fin le vio aparecer en el pórtico, permanecer allí un momento mientras se ponía los guantes, mirar las patas de su caballo y, por último, subir al coche, que se puso en movimiento. Isabel siguió en su sitio durante una media hora. En la casa reinaba un gran silencio, tan profundo que al oír ella unos pasos lentos y suaves sobre la mullida alfombra de la biblioteca casi se sobresaltó. Al volverse vio ante sí a Ralph que, con las manos en los bolsillos, como siempre, no mostraba en el rostro su sonrisa habitual. Isabel se levantó, y en su ademán y en su mirada palpitaba una angustiosa pregunta.

-Todo se acabó -dijo Ralph con sencillez.

-Cómo, ¿quieres decir que mi tío...? -Isabel se detuvo.

-Hace una hora que mi padre ha muerto.

Ella suspiró, realmente apenada, le tendió ambas manos y exclamó:

-¡Ah, mi pobre Ralph!

20

Un par de semanas después de tal suceso madame Merle llegó en un coche de alquiler a la casa de la plaza Winchester. Al bajar de él, lo primero que vieron sus ojos fue una ancha y pulida tabla de madera, suspendida entre las ventanas del comedor, y sobre cuyo negro fondo campeaban pintadas en blanco estas palabras: «Casa señorial en venta» y, debajo, la dirección del agente. «No pierden el tiempo, por lo visto», se dijo a sí misma la visitante al empuñar el llamador de bronce, añadiendo mientras esperaba que acudiesen a abrir: «Es gente práctica». Una vez dentro de la casa, subió al salón, en el que advirtió no pocas señales de abandono: los cuadros descolgados de las paredes descansando sobre los sofás, las ventanas desguarnecidas, los pisos desnudos de alfombras. La señora Touchett la recibió y, antes de que hablase, dijo que daba el pésame por recibido.

-Sé perfectamente lo que va usted a decirme... que era un hombre verdaderamente bueno. Eso lo sé yo mejor que nadie porque fui quien le dio más oportunidades de

demostrarlo, por lo cual creo que fui para él una buena esposa. -Y añadió que, al final, él pareció reconocerlo así-. Me ha tratado con gran generosidad. No diré que con más de la que me esperaba, puesto que no esperaba ninguna. Ya sabe usted que, por regla general, yo espero poco o nada. Pero, por lo visto, tuvo a bien reconocer el hecho de que, si bien yo vivía casi siempre en el extranjero y me integraba, libremente, si usted quiere, en esa vida foránea, jamás mostré la menor preferencia por ninguna otra persona.

«Por ninguna otra, excepto por usted misma», contestó mentalmente madame Merle; pero, como lo hizo mentalmente, nadie lo oyó.

La señora Touchett prosiguió su discurso con aquella manera tajante de hablar:

-Nunca sacrifiqué mi marido a ningún otro.

Y madame Merle volvió a pensar otra vez para sí: «Conformes; usted no ha hecho jamás nada por nadie».

En tales mudos comentarios había indudablemente un tanto de cinismo que requiere una explicación. Sobre todo, porque no parecen estar de acuerdo con la imagen -acaso algo superficial- que nos hemos formado del carácter de madame Merle, ni con los hechos reales de la vida de la señora Touchett; y, más todavía, porque madame Merle tenía el firme convencimiento de que la última observación de su amiga no podía interpretarse como una estocada dirigida contra ella. Lo cierto es que, en cuanto hubo traspasado el umbral, tuvo la impresión de que la muerte del señor Touchett había acarreado sutiles consecuencias, algunas de las cuales habían sido provechosas para un reducido círculo de personas, entre las que no estaba ella incluida. Desde luego, era un acontecimiento que no podía por menos de llevar aparejadas consecuencias, y su imaginación no había dejado de ponderarlas durante su reciente estancia en Gardencourt. Pero una cosa era barruntar los hechos mentalmente y otra bien distinta hallarse ante sus corpóreas, macizas realidades. La idea del reparto de los bienes casi diría ella de los despojos- le embotó de repente el juicio y la irritó al hacerla sentir su exclusión. Nada más lejos de mi propósito que el describirla como una de esas bocas hambrientas o esos corazones envidiosos del común de los mortales, pero ya hemos visto que ella había acariciado anhelos que no vio jamás realizados. Si se le hubiese preguntado, habría desde luego admitido -con su más distinguida y orgullosa sonrisa-, que ella no tenía el menor derecho a participar en el reparto de los bienes del señor Touchett, y habría dicho: Debo añadir que, si en aquel momento no podía evitar sentir una codicia perversa, tuvo buen cuidado de no dejarlo traslucir. Al fin y al cabo, se alegraba tanto por las ganancias de la señora Touchett como por sus pérdidas.

-Me ha dejado esta casa -dijo la reciente viuda-; desde luego, no voy a vivir en ella, tengo en Florencia una mucho mejor. Sólo hace tres días que se abrió el testamento, pero ya habíamos puesto el anuncio de la venta. Tengo también una participación en el banco, pero no sé si con la obligación de dejarla allí. Si no es así, seguro que la retiraré. Desde luego, a Ralph le ha dejado Gardencourt, pero no creo que él cuente con medios para poder conservar la posesión. Ha quedado muy bien, ni qué decir tiene, pero su padre ha repartido una enorme cantidad de dinero; hay legados hasta para ciertos primos en tercer grado del estado de Vermont. A Ralph le encanta Gardencourt y se las arreglará para vivir allí los meses de verano con una criada para todo y un ayudante de jardinero. -Y la señora Touchett añadió-: La única cláusula verdaderamente notable del testamento de mi marido es que le ha dejado una fortuna a mi sobrina.

-Una fortuna -repitió quedamente madame Merle.

-Parece ser que Isabel va a percibir unas sesenta mil libras.

Madame Merle tenía las manos cruzadas en el regazo; al oír aquello las levantó y sin descruzarlas se oprimió el pecho, con los ojos un tanto dilatados y fijos en los de su amiga.

-¡Ah! -exclamó-, ¡Qué criatura tan inteligente!

La señora Touchett le dirigió una rápida ojeada.

-¿Qué quiere decir con esas palabras?

Madame Merle se ruborizó súbitamente y bajó los ojos, respondiendo:

-No hay duda de que es preciso ser inteligente para lograr semejante triunfo... sin ningún esfuerzo.

-Ah, de eso, de que no hubo esfuerzo no cabe la menor duda. No lo llame, pues, triunfo.

Rara vez incurría madame Merle en la torpeza de retractarse de sus afirmaciones. Por lo general tenía el acierto de mantenerlas y presentarlas en su aspecto más favorable. Así supo decir:

-Mi querida amiga, es indudable que Isabel no habría recibido una herencia de sesenta mil libras si no hubiese sido la muchacha más encantadora del mundo; y entre sus principales encantos se encuentra el de su gran inteligencia.

-Estoy segura de que nunca soñó en que mi marido fuera a hacer nada por ella, ni yo me imaginé tal cosa, porque él nunca me dijo que tuviera esa intención. Ella no tenía ningún derecho legal a la fortuna de mi marido, y el ser sobrina mía no podía constituir una gran recomendación. Si ha logrado algo, ha sido inconscientemente.

-¡Ah, ésos son los grandes golpes! exclamó madame Merle.

-Ciertamente, la muchacha ha tenido una suerte extraordinaria -dijo la señora Touchett reservándose su opinión-, no lo niego. Por el momento se ha quedado estupefacta.

-¿Quiere decir que no sabe qué hacer con el dinero?

-Me imagino que apenas ha meditado en tal cosa.

No sabe qué pensar de todo ello. Es como si, de golpe,
hubiesen disparado una escopeta a su espalda; está palpándose para ver si no está herida. Hace tres días recibió la visita del principal de los albaceas, que vino galantemente en persona para notificárselo él mismo. Luego él me contó que, cuando Isabel hubo escuchado su pequeña disertación, se echó a llorar. El dinero ha de quedarse en el banco y ella percibirá los intereses.

Madame Merle movió la cabeza con sensata y ahora benigna sonrisa, diciendo:

-¡Verdaderamente delicioso! En cuanto lo haga un par de veces acabará por acostumbrarse. -Después de un silencio, preguntó bruscamente-: ¿Qué dice de todo eso su hijo Ralph?

-Se marchó de Inglaterra antes de que se abriera el testamento. Estaba el pobre agotado por la fatiga y la ansiedad y se dio prisa en irse al sur. Fue a la Riviera y todavía no sé nada de él. Pero no es probable que se oponga a la última voluntad de su padre.

-¿No ha dicho usted antes que la parte de su hijo había quedado disminuida?

-Por su propio deseo. Me consta que pidió a su padre que hiciera algo por sus lejanos parientes de América. No es hombre que se preocupe de la persona número uno.

-Eso depende de a quién considere el número uno -dijo madame Merle, que clavó los ojos en el suelo durante un rato. Por último, al levantarlos, preguntó-: ¿No podría ver a su afortunada sobrina?

-¡No faltaba más! Puede verla, pero no crea que va a verla muy contenta. Estos tres últimos días ha estado tan solemne ,que parecía una Dolorosa -dijo la señora Touchett, y tiró del cordón llamando a un criado.

Isabel llegó pocos instantes después de que fueran a buscarla. Al verla, se percató madame Merle de que la comparación de la señora Touchett no carecía de fuerza ni de originalidad. La joven estaba pálida y seria, y su vestido de riguroso luto no contribuía a disminuir ese efecto tristón. Pero su rostro quedó iluminado por su mas brillante y graciosa sonrisa en cuanto vio a madame Merle, la cual se adelantó hacia ella, puso la mano en el hombro de nuestra heroína y, después de contemplarla un instante, la besó como si aquel beso

fuera devolución del que Isabel le diera al marcharse ella de Gardencourt. Y ésa fue la única alusión que el buen gusto de la visitante hizo por el momento a la herencia de su joven amiga.

La señora Touchett no tenía intención de esperar en Londres hasta la conclusión de la venta de la casa. Después de haber escogido entre el mobiliario los objetos que más le interesaba transportar a su otra vivienda, dejó el resto para que fuera vendido en pública subasta y marchó al continente. La acompañó, desde luego, su sobrina, que ahora disfrutaba del ocio suficiente para medir, sopesar e incluso disponer de la ganga de cuya posesión la había en secreto felicitado madame Merle. Isabel había reflexionado ya más de una docena de veces acerca de su entrada en posesión de aquellos abundantes recursos, considerándolos desde distintos puntos de vista; pero no trataremos ahora de desentrañar el dédalo de sus pensamientos ni de explicar por qué en los primeros instantes su estado de ánimo era más bien de decaimiento. Sin embargo, tal falta de capacidad para experimentar una inmediata alegría fue, en verdad, breve. La muchacha acabó por hacerse a la idea de que el ser rica era una virtud, porque representaba ser capaz de actuar, y eso debía de ser cosa sumamente agradable. Era precisamente el aspecto contrario de la estúpida debilidad... sobre todo de índole femenina. Si bien se miraba, el ser débil era hasta cierto punto una gracia en una joven delicada, pero, en definitiva, como la propia Isabel se decía a sí misma, existía una gracia muy superior a aquélla. Por el momento, no tenía gran cosa que hacer después de haber enviado dos cheques, uno a Lily y otro a la pobre Edith; pero agradecía los varios meses de tranquilidad a que por ahora habían de condenarla sus vestidos de luto y la reciente viudedad de su tía. La conciencia de tener poder la tornó seria. Analizó ese poder con una especie de cariñosa ferocidad, pero no sintió ansiedad por ejercitarlo. Empezó a hacerlo durante la estadía de varios meses que hubo de pasar con su tía en París, si bien lo hizo por procedimientos que podrían considerarse triviales. Semejantes procedimientos eran los que naturalmente habían de adoptarse en una ciudad como París, cuyas tiendas son la admiración del mundo y cuya frecuentación le aconsejaba sin reserva la señora Touchett, que se impuso la femenina y práctica tarea de transformar a su sobrina de muchacha pobre en muchacha rica. Así le dijo de una vez por todas:

-Ahora que eres una joven con fortuna, debes saber cómo desempeñar tu papel... es decir, desempeñarlo bien. La primera obligación de una muchacha rica es que todo lo suyo sea hermoso. Tú no sabes todavía cómo cuidar de tus cosas, y tienes que aprenderlo. Ésta es tu segunda obligación.

Isabel admitió cuanto su tía le dijo, pero, en aquel entonces, su imaginación no se sentía aún enardecida. Estaba, en verdad, aguardando unas oportunidades que no eran precisamente de la índole de las indicadas por su tía.

Era muy raro que la señora Touchett alterase sus planes y, como antes de la muerte de su esposo se había propuesto pasar gran parte del invierno en París, no veía razón para privarse -y menos aún para privar a su sobrina- de las ventajas que eso comportaba. Aunque iban a llevar una vida retirada, podía permitirse el presentar sin ceremonia su sobrina a un reducido círculo de compatriotas que habitaban en los alrededores de los Campos Elíseos. La señora Touchett era íntima de algunos de ellos y compartía su expatriación, sus pasatiempos, sus ideas, incluso su aburrimiento. Isabel vio llegar asiduamente aquellas amistades de su tía a la mansión en la que se alojaban y no tardó en juzgarlas de una manera tajante que, sin duda, podría explicarse por su exaltado y temporal concepto del deber humano. Estaba convencida de que la vida de aquellas gentes, por regalada que fuese, resultaba del todo inane, y acabó despertando una cierta antipatía al manifestar su franca opinión en las brillantes tardes de domingo, cuando los expatriados americanos acostumbraban a visitarse unos a otros. Aunque sus oyentes eran individuos afables gracias a los cuidados de sus cocineros, sastres y modistas, dos o tres de ellos consideraron que su brillantez de espíritu,

por todos reconocida, era inferior a la de la obra teatral en boga. Isabel se complacía en preguntar:

-¿Qué persiguen ustedes viviendo aquí de esta manera? Se me antoja que esto no conduce a nada y me inclino a creer que acabarán por cansarse pronto.

A la señora Touchett le parecía una pregunta digna de Henrietta Stackpole. Se habían encontrado a la periodista en París e Isabel la veía constantemente; de suerte que, si la señora Touchett no estuviera convencida de que su sobrina tenía sobrada capacidad para discurrir por sí sola, habría creído que imitaba el estilo de las observaciones de la amiga periodista. La primera ocasión en que Isabel habló de tal forma fue durante una visita que hicieron a la señora Luce, una antigua amiga de la señora Touchett y la única a quien entonces iba a ver. La señora Luce había vivido en París desde los tiempos de Luis Felipe y acostumbraba a decir que era de la generación de 1830... una alusión cuyo sentido sus oyentes no siempre captaban, por lo que ella se explicaba diciendo: «¡Oh, sí! Yo soy una de las románticas». No había llegado todavía a dominar bien el francés. Todos los domingos por la tarde se quedaba en casa, rodeada de compatriotas que compartían sus puntos de vista y que eran siempre los mismos. En realidad, se pasaba la vida en casa y en aquel cómodo rincón de la brillante ciudad reproducía con extraordinaria fidelidad el aspecto doméstico de su nativa ciudad de Baltimore. Lo cual constreñía a su digno esposo, el señor Luce -un caballero alto, delgado, de grises cabellos y siempre impecablemente cepillado, que gastaba lentes de oro y llevaba el sombrero un si es no es demasiado echado hacia atrás- a entonar alabanzas meramente platónicas de las «distracciones» de París (así las llamaba), de las que intentaba zafarse con un celo que nadie podría jamás adivinar. Una de esas sus distracciones era ir a diario al banco americano, donde había una oficina postal cuyo ambiente era casi tan relajado y familiar como el de cualquier pequeña ciudad americana de provincias. Cuando hacía buen tiempo se pasaba una hora sentado en una silla en los Campos Elíseos, y siempre cenaba admirablemente en su propia casa, en un comedor de piso tan bien encerado que constituía el orgullo de la señora Luce, quien se sentía completamente feliz al creer que su encerador era el mejor de la capital francesa. Alguna que otra vez cenaba el señor Luce con uno o dos amigos en el café Inglés, donde su talento para encargar una buena cena constituía un manantial de deliras Para sus compañeros de mesa e incluso para el mismo jefe de comedor. Tales eran sus únicos pasatiempos conocidos, pero éstos le habían entretenido durante más de medio siglo y sin duda alguna justificaba su insistente declaración de que no existía lugar comparable a París. En ningún otro sitio y con esas mismas distracciones hubiera podido el señor Luce presumir, como presumía, de que estaba disfrutando de las delicias de la vida. No había nada como París, pero debemos confesar que el señor Luce tenía un concepto menos elogioso de la actual escena de su disipación que en sus tiempos ya remotos. No hay que omitir en la lista de sus recursos sus consideraciones políticas, pues constituían indudablemente el principio que animaba muchas horas suyas, que sin ello podrían haber parecido superficialmente vacuas. Al igual que muchos de sus compatriotas de la colonia americana, él era un gran o, mejor dicho, un profundo conservador, y no aprobaba el gobierno entonces constituido en Francia. No tenía fe en su duración, y era cosa de verle asegurando año tras año que de aquél no pasaba: «Le digo a usted, señor, que necesitan que se les sujete, que se les domine bien, con mano de hierro, y únicamente así se les podrá contener». De ese modo solía expresarse acerca del pueblo francés, y su ideal de un gobierno inteligente y eficiente era el del ya fenecido Imperio. «París es hoy mucho menos agradable que durante los días del emperador, que sabía perfectamente cómo hacer atrayente la ciudad», solía comentar el señor Luce a la señora Touchett, que compartía la mayor parte de sus opiniones y se preguntaba por qué habría cruzado la gente el odioso Atlántico si no fuera para escapar de aquellas repúblicas de allende el mar.

-Vea usted, señora -decía el señor Luce-. Recuerdo que, sentado en los Campos Elíseos frente al Palacio de la Industria, llegué a ver las carrozas de la corte pasar arriba o abajo hasta siete veces al día, y algunos hasta nueve veces. Ahora, en cambio, ¿qué es lo que uno ve? No es cosa de discutirlo, se perdió el estilo. Napoleón sabía perfectamente lo que el pueblo francés necesitaba y París, nuestro París, parecerá seguir estando cubierto por una negra nube hasta que vuelvan a alumbrarlo los días del Imperio.

Entre los visitantes que acudían a casa de la señora Luce los domingos por la tarde, había un joven con quien Isabel había entablado largas conversaciones y a quien consideraba enriquecido con valiosos conocimientos. Edward Rosier -Ned Rosier, como todos le llamaban era oriundo de Nueva York, pero había sido criado en París bajo la vigilancia de su padre que, daba la casualidad, había sido amigo íntimo del difunto señor Archer. Edward Rosier se acordaba de Isabel, niña. Fue su propio padre quien se apresuró a ayudar a las niñas Archer en la fonda de Neufchatel (viajaba por casualidad con el hijo por aquel país y había ido a parar al mismo hotel que ellas) cuando la criada francesa se escapó con el príncipe ruso, precisamente en unos días en que las actividades del señor Archer permanecían en el más absoluto misterio. Isabel se acordaba, por su parte, del pulcro muchachito cuyos cabellos olían deliciosamente a cosmético y que tenía una criada para él solo, comprometida a no perderle de vista bajo ningún pretexto. Recordaba Isabel haber dado un paseo con los dos alrededor de un lago y que el pequeño Edward le pareció entonces tan lindo como un ángel, comparación que para ella no era nada convencional, pues tenía un concepto bien definido del tipo de rasgos que conforman un semblante angelical, y su nuevo amiguito era un perfecto exponente de ello. Una carita sonrosada, rematada por una gorrita de terciopelo azul y emergiendo de una tiesa gorguera bordada, había sido el sostén de sus sueños de niña; y durante un tiempo creyó que los moradores de las regiones celestes hablaban una rara jerga franco-inglesa con la que expresaban sus más bellos sentimientos; como, por ejemplo, cuando Edward le había dicho que su criada le «defendía» acercarse al borde del lago y que uno debe obedecer a su criada. El inglés de Ned Rosier había mejorado y ya ofrecía menos interpolaciones de francés. Cuando el padre falleció la criada fue despedida, pero el joven, fiel a los principios antes aprendidos, no se acercó nunca a la orilla del lago. Algo había en él que resultaba placentero al olfato y no desagradable a los sentidos más nobles. Era un joven simpático y agraciado, con lo que suele llamarse gustos cultivados... conocedor de la porcelana antigua, de los buenos vinos, de las ricas encuadernaciones, del Almanaque de Gotha, de las mejores tiendas y los mejores hoteles, incluso de los horarios de los trenes. Era tan competente para pedir una buena comida como el mismo señor Luce y, a medida que crecía en experiencia, parecía ser digno sucesor de aquel caballero cuyas torvas opiniones políticas también defendía, aunque haciéndolo en voz baja e inocente. Algunas de las habitaciones de su casa de París estaban decoradas con antiguos encajes españoles de iglesia que eran la envidia de sus amigas, quienes decían que sus repisas de chimenea estaban mejor adornadas que los hombros de muchas duquesas. Por lo general, pasaba gran parte de los inviernos en Pau y en una ocasión estuvo dos meses en Estados Unidos.

Edward se interesó mucho por Isabel y se acordaba perfectamente de su paseo en Neufchatel, cuando ella se empeñó en acercarse a la orilla del lago. Le pareció a él observar aquella misma propensión infantil en el interrogatorio casi subversivo de que ya se ha hecho mención y se dispuso a contestar a las preguntas de nuestra heroína con una cortesía tal vez superior a la que eran acreedoras. Así, dijo:

-¿Cómo que a dónde conduce, señorita Archer? París conduce a todo y a todas partes. Usted no puede ir a ninguna parte sin antes haber pasado por París. Todo el que viene a Europa tiene que pasar por aquí. ¿No lo dice sólo en este sentido? ¿Pregunta qué bien le puede hacer? ¿Cómo puede penetrar en el futuro? ¿Cómo puede usted predecir lo que hay más allá? ¿Qué importa adonde pueda conducir, con tal de que sea agradable el camino? A

mí me gusta ese camino, señorita Archer, el viejo y querido asfalto. No puede uno llegar a cansarse de él... no puede aunque uno se empeñe. Usted se figura que podría, pero no es así, porque hay siempre algo nuevo y fresco. Ahí tiene, por ejemplo, el hotel Drouot. Cada semana celebran dos o tres subastas. ¿Dónde puede usted obtener tantas cosas como aquí? A pesar de todo lo que dicen, sostengo que, cuando se conocen los sitios que hay que conocer, es también más barato. Yo conozco muchos sitios, pero me guardo el secreto. Si quiere, se lo revelaré a usted, pero sólo como un favor personal y a condición de que no ha de decírselo a nadie más. No vaya a ninguna parte sin preguntarme a mí antes, quiero que me lo prometa. Como regla general, evite los bulevares lo más posible, hay muy poco que hacer allí. Sinceramente hablando sans blague- no creo que haya nadie que conozca París tan bien como yo. Usted y la señora Touchett deben venir a almorzar algún día conmigo y les enseñaré mis cosas; je ne vous dis que ça. Últimamente se ha hablado mucho de Londres, está de moda poner Londres por las nubes, pero la verdad es que en Londres no hay nada... que uno no puede hacer nada en Londres. No hay estilo Luis XV... ni nada del Primer Imperio, y, en cambio, el eterno Reina Ana, que está muy bien para la alcoba, para el cuarto de aseo, si usted quiere, pero no para un salón... ¿Que si me paso la vida en las subastas? -prosiguió el señor Rosier en respuesta a una de las preguntas que le hiciera Isabel-. ¡Oh, no! Nada de eso, no tengo los medios para ello. ¡Ojalá pudiera! Usted se figura que soy un frívolo, lo estoy viendo en la expresión de su cara..., tiene usted un rostro maravillosamente expresivo. Espero que no le importe que lo diga, es una especie de advertencia. Usted cree que debo hacer algo y yo opino lo mismo, siempre y cuando no se quiera especificar demasiado, porque cuando se llega al punto concreto hay que pararse en seco. Yo no puedo volver a nuestro país y ser un tendero. Usted cree que tengo grandes condiciones para ello, pero, mi querida señorita Archer, me sobreestima usted enormemente. Yo soy un excelente comprador, sé comprar muy bien, no hay duda, pero no puedo vender; tendría usted que verlo cuando quiero deshacerme de alguna de mis cosas. Se precisa mucha más habilidad para hacer comprar a los demás que para comprar uno mismo. Cuando pienso en ello, me admiro de lo inteligentes que son los que consiguen hacerme comprar algo. ¡Ah, no! Yo no podría de ninguna manera ser un tendero. Tampoco puedo ser doctor, porque la medicina es una cosa repulsiva. No puedo ser clérigo, porque no tengo fe ni vocación; y, además, no puedo pronunciar bien los nombres de la Biblia. Son enormemente difíciles, sobre todo los del Antiguo Testamento. No puedo ser tampoco abogado, porque no comprendo eso de... ¿cómo lo llaman?... el sistema procesal de América. ¿Qué otra cosa hay? Nada. Para un caballero, no hay nada que hacer en América. Me agradaría ser diplomático, pero la diplomacia americana no es tampoco para caballeros. Tengo la seguridad de que, si hubiera usted visto la última mi...

Henrietta Stackpole, que solía estar con su amiga cuando el señor Rosier iba a visitarla a última hora de la tarde, estaba también aquel día y, al oírle hablar de la manera que he descrito, interrumpió al joven al llegar a ese punto y le echó un sermón sobre los deberes del ciudadano americano. En su opinión Edward era un tipo extraño, peor aún que el pobre Ralph Touchett. Henrietta se sentía en aquel entonces más propensa que nunca a la crítica, porque se le había removido la conciencia por lo que respectaba a Isabel. Ni siquiera felicitó a la joven por su cambio de fortuna, y le pidió que la excusara por no hacerlo.

-Si el señor Touchett me hubiera consultado sobre si debía dejarte tanto dinero, yo le habría dicho: ¡jamás!

-Ya sé -contestó Isabel-. Piensas que, en cierto modo, esto constituye para mí una maldición disfrazada. Tal vez lo sea.

-Déjeselo a otra persona que le interese menos... eso es lo que yo le habría dicho.

-¿A ti misma, por ejemplo? -respondió Isabel bromeando. Luego preguntó, ya en serio-: ¿De veras crees que esto me echará a perder?

-Me alegraré de que no te eche a perder, pero sin duda alguna favorecerá tus peligrosas inclinaciones.

-¿Como, por ejemplo, el amor al lujo... al derroche?

-No, no, no es nada de eso; a lo que me refiero es al peligro que correrás en el sentido moral. Yo no abomino del lujo, lo apruebo y creo que debemos ser lo más elegantes posible. Fíjate en el lujo de nuestras ciudades del Oeste. No he visto aquí nada que pueda parangonarse con ellas. Confío en que no acabarás volviéndote toscamente sensual, no temo tal cosa. El peligro reside en que vives demasiado en el mundo de tus sueños, en que no mantienes suficiente contacto con la realidad, con el mundo que te rodea... con el mundo que trabaja, que lucha, que sufre, incluso que peca. Eres demasiado refinada, tienes la cabeza llena de ilusiones de elegancia. Tu fortuna recientemente adquirida te obligará cada vez más a limitarte al trato de unos cuantos seres egoístas y sin corazón que sólo se interesarán por conservar lo que tienen.

Isabel abrió unos ojos como platos ante esa escena tan terrible. Y preguntó:

-¿Cuáles son mis ilusiones? Yo hago cuanto puedo por no tenerlas.

-Verás -contestó Henrietta-. Crees que puedes llevar una vida romántica, que puedes dedicarte solamente a darte gusto a ti misma y a complacer a los demás. Al final te convencerás de que estás equivocada. Sea cual fuere la vida que lleves, debes poner toda el alma en ella... si quieres hacer algo de provecho; y, en cuanto encaras la vida de esta forma, deja de ser novelesca, puedes estar segura, y se convierte en triste realidad. Además, no puede una hacer siempre lo que quiere, a veces hay que complacer a los demás. Reconozco que estás dispuesta a hacerlo, pero hay algo todavía mucho más importante... y es que, a veces, tendrás que desagradar a los demás. Debes estar siempre dispuesta a ello... no debes tratar de rehuirlo. Ya sé que esto no te gusta... te „ agrada que te admiren, que tengan buen concepto de ti. Crees que uno puede zafarse de sus obligaciones desagradables con sólo adoptar teorías románticas... es tu gran ilusión, mi querida amiga. Pero no podemos. Debes tener previsto que en muchas ocasiones no agradarás a nadie... ni a ti misma.

Isabel movió tristemente la cabeza. Parecía turbada y asustada.

-Me parece, Henrietta, que ésta de ahora es, para ti, una de esas ocasiones.

Era indiscutiblemente verdad que la señorita Stackpole, durante su estadía en París, que, desde el punto de vista profesional había sido mucho más remunerativa para ella que su estadía en Inglaterra, no había vivido en la región de los sueños. El señor Bantling, de regreso ya en Inglaterra, había sido su compañero durante las cuatro primeras semanas de su permanencia allí, y el señor Bantling no tenía en absoluto nada de soñador. Isabel supo por boca de su amiga que los dos habían llevado una vida de gran intimidad, lo que había redundado en gran beneficio para Henrietta, debido al gran conocimiento que de París tenía su amigo. Él se lo explicó todo, le mostró todos los lugares, fue su guía y su intérprete constantemente. Habían desayunado juntos, comido juntos, habían asistido al teatro, habían cenado juntos, y hasta cierto punto casi habían vivido juntos. Más de una vez Henrietta le aseguró a nuestra heroína que era un verdadero amigo, y que nunca hubiera creído que un inglés le gustaría tanto como él. Por su parte, Isabel, sin poder decir por qué, encontraba algo que provocaba su hilaridad en aquella alianza establecida entre la corresponsal del Interviewer y el hermano de lady Pensil; algo que subsistía aun frente al hecho de que esa alianza les honraba a los dos. Isabel no lograba librarse de la sospecha de que estaban hasta cierto punto jugando a los despropósitos... y que la sencillez de ambos había caído en la trampa; sencillez que tanto en uno como en otro era perfectamente sincera. Tan amable era por parte de Henrietta el creer que el señor Bantling se interesaba profundamente por la difusión del periodismo eficaz y dinámico y consolidar la situación de las corresponsales, como amable era por parte de su compañero el suponer que la causa del Interviewer-publicación periódica sobre la cual no se formara nunca idea bien definida- era, si sutilmente

se la analizaba (objeto para el que se consideraba perfectamente capaz el señor Bantling), la causa de la necesidad de demostraciones de afecto por parte de la señorita Stackpole. Cada uno de esos dos perplejos célibes satisfacía en todo momento una necesidad que el otro sentía con impaciente certeza. El señor Bantling, que era de índole más lenta y razonadora, saboreaba el atractivo de una mujer dispuesta, aguda, positiva, que le encantaba por el señuelo de una mirada brillante y desafiadora y una singular frescura, y avivaba la percepción de lo picante en un espíritu al cual el menú corriente de la vida le parecía insípido. Por otra parte, Henrietta disfrutaba de la compañía de un caballero que en cierto modo parecía hecho -gracias a procesos costosos, indirectos y casi raros- a propósito para ella y cuya condición ociosa, si bien por lo general censurable, resultaba ser un verdadero regalo para una infatigable camarada, y que tenía siempre pronta una respuesta tranquila y tradicional aunque de ningún modo exhaustiva, para casi todas las preguntas de carácter social o práctico que pudieran surgir. Las respuestas del señor Bantling, le parecían a menudo muy convenientes y, en su apresuramiento por no perder el correo americano, las reseñaba en sus escritos lanzándolas extensiva y aparatosamente a la publicidad. Era de temer que en efecto estuviera deslizándose hacia esos abismos de adulteración contra los que una vez, buscando una réplica graciosa, la había puesto en guardia Isabel. Para Isabel tal vez hubiera graves peligros al acecho pero, por lo que a la señorita Stackpole respectaba, no era de esperar que hallara una quietud permanente por el hecho de adoptar los puntos de vista de una clase comprometida en todos los viejos abusos. Isabel continuó previniéndola con buen humor, y el hermano de lady Pensil era más de una vez, en boca de nuestra heroína, objeto de alusiones irrespetuosas y festivas. Sin embargo, nada lograba superar la afabilidad de Henrietta a tal respecto, pues acostumbraba a unirse al punto de vista de Isabel y a referir en tono jocoso las horas que había pasado en compañía de aquel perfecto hombre de mundo... término que ya había dejado de tener para ella un sentido oprobioso. Momentos después se olvidaba de que habían estado departiendo en broma y relataba con irrefrenable entusiasmo una de las excursiones realizadas en su compañía.

-Oh, Versalles, me lo sé de memoria. He estado allá con el señor Bantling. Tenía yo gran empeño en verlo a fondo, de modo que nos quedamos tres días allí en el hotel y no dejamos rincón sin visitar. Hacía un tiempo hermosísimo... algo así como un veranillo de San Martín, aunque no tan agradable. Nos pasamos la vida en aquel parque delicioso. Oh, te aseguro que a mí no hay quien pueda decirme nada acerca de Versalles...

Al parecer, Henrietta había tomado ya las disposiciones precisas para encontrarse después en Italia con su galante amigo.

21

Aun antes de haber llegado a París, la señora Touchett había ya fijado el día de su partida, y a mediados de febrero comenzó de nuevo a viajar hacia el sur. Hizo un alto en su excursión para visitar a su hijo, que se había pasado un aburrido aunque soleado invierno bajo una blanca sombrilla en San Remo, en la costa italiana del Mediterráneo. Isabel acompañó a su tía como cosa de rutina, si bien la señora Touchett, con su habitual lógica llena de sencillez, le presentó antes un par de alternativas.

-Ahora ya eres, naturalmente, dueña absoluta de ti misma, tan libre como el pájaro en la rama. No quiero decir que no lo fueses también antes, pero ahora estás en distinta situación... pues los bienes levantan una especie de valla. Ahora que eres rica, puedes hacer

muchas cosas que levantarían severas críticas si fueses pobre. Puedes ir y venir, viajar sola y establecerte donde te agrade. Puedes tomar incluso una compañera... una dama venida a menos, con un abrigo raído, el pelo teñido y que sepa bordar arabescos en terciopelo. ¿No crees que fuera a gustarte? Desde luego, puedes hacer lo que quieras. Lo único que deseo es que te des cuenta de la libertad de que puedes disfrutar. Podrías tomar a la señorita Stackpole como dame de compagnie, la cual te serviría como nadie para alejar de ti a los importunos. De todos modos, creo que más que nada te conviene quedarte conmigo, a pesar de que no tienes obligación ninguna de hacerlo; y es mejor por varias razones, dejando aparte que no te guste. Me imagino que no habrá de gustarte, pero te recomiendo que hagas el sacrificio. Desde luego, el efecto de novedad que, al principio, pudiera haberte producido mi compañía, ha desaparecido ya por completo, y me vuelves a ver como soy: una anciana aburrida, terca y de miras estrechas.

-Yo no creo en absoluto que usted sea aburrida -replicó Isabel.

-Pero ¿crees que soy terca y estrecha de miras? ¡Te lo dije! -exclamó la señora Touchett con júbilo al sentirse justificada.

Isabel se quedó de momento con su tía porque, a pesar de sus impulsos excéntricos, sentía un gran respeto i por lo que generalmente se consideraba decente, y una joven sin parientes le había parecido siempre una flor sin follaje. Cierto era que la conversación de la señora Touchett no le había vuelto nunca a parecer tan brillante como la tarde de aquel primer día en Albany, cuando, sentada y envuelta en su impermeable, ésta le describiera todas las oportunidades que un viaje a Europa podía ofrecerle a una joven de buen gusto. Pero ello era en gran parte culpa de la muchacha, que con sólo vislumbrar la experiencia de su tía, adivinaba cuáles iban a ser los juicios y las emociones de una mujer tan desprovista de imaginación. Aparte de eso, la señora Touchett tenía a su favor que era recta como un huso; su firmeza y rigidez resultaban en cieno modo confortables; pues se sabía exactamente dónde encontrarla y no eran de temer tropiezos ni obstáculos. En su propio terreno estaba muy presente, pero nunca mostraba una curiosidad excesiva respecto del terreno del vecino. Isabel llegó a concebir por ella una especie de lástima secreta. Había algo desolado en la condición de una persona que, por su modo de ser tan limitado, dejaba tan poco espacio a las posibilidades del contacto humano. Nada tierno ni amable había tenido jamás oportunidad de arraigar en ella: ni la simiente arrastrada por el viento, ni el suave musgo familiar. En otras palabras, la superficie pasiva que ofrecía a los demás tenía la anchura del filo de un cuchillo. Isabel tenía sin embargo motivos para pensar que, a medida que avanzaba en edad, su tía iba haciendo más concesiones a algo confuso que era distinto a la conveniencia... y más de las que ella por su cuenta exigía. Estaba aprendiendo a sacrificar la firmeza a las consideraciones de orden inferior, para las que debe hallarse una excusa precisa en cada caso particular. No encajaba con su inflexible rectitud el hecho de que diera un rodeo hasta Florencia para pasar unas cuantas semanas con su hijo inválido, ya que una de las más arraigadas convicciones de la señora Touchett era que, cuando su hijo quisiera verla, no tenía sino que acordarse de que en el palacio Crescentini había siempre un gran. departamento conocido como el departamento del señorito.

-Quisiera preguntarte una cosa -dijo Isabel a su joven primo el día siguiente al de su llegada a San Remo-. Es algo que más de una vez pensé preguntarte por carta, pero que no me he atrevido a escribir. Ahora que estamos frente a frente, me parece más fácil hacer la pregunta: ¿sabías tú que tu padre pensaba dejarme tanto dinero?

Ralph estiró las piernas más que de costumbre y clavó la vista sobre la apacible superficie del Mediterráneo azul.

-Mi querida Isabel -contestó-, ¿qué importancia tiene que yo lo supiera? Ya sabes lo terco que era mi padre.

-¿De manera que lo sabías? -preguntó Isabel.

-Sí, él me lo dijo. Hablamos de eso unos momentos.

-¿Para qué lo hizo? -le espetó de pronto Isabel.

-Supongo que para tributarte una especie de homenaje.

-¿Homenaje a qué?

-A la belleza de tu existencia.

-Me quería demasiado -declaró ella.

-Todos caemos en eso.

-Si yo creyera tal cosa, sería muy desgraciada. Afortunadamente no lo creo. Quiero que se me trate con justicia. Es lo único que pido.

-De acuerdo. Pero no olvides que la justicia respecto a un ser adorable es algo así como un sentimiento retórico.

-Yo no soy un ser adorable. ¿Cómo puedes decirlo en el instante mismo en que estoy haciéndote estas preguntas odiosas? ¡Debo de parecerte muy delicada! -Lo que me pareces ahora es simplemente turbada.

-Y lo estoy.

-¿Por qué razón?

Isabel se quedó callada un momento, luego irrumpió:

-¿De veras crees que me conviene verme rica así tan de repente? Henrietta no lo cree.

-¡Bah! Al cuerno con Henrietta -dijo Ralph con ordinariez-. Si me lo preguntas a mí, te diré que yo estoy encantado.

-¿Lo hizo tu padre para eso... para proporcionarte una distracción?

-Opino de distinta manera que la señorita Stackpole -continuó él en tono más serio-, y creo que te conviene mucho contar con abundantes recursos.

Isabel le miró con ojos llenos de curiosidad y dijo:

-Me pregunto si sabes lo que me conviene... y si te importa siquiera.

-Lo sé y te aseguro que me importa. ¿Quieres que te diga lo que has de hacer? Pues, no atormentarte más.

-Que no te atormente a ti, supongo que quieres decir.

-Tú no puedes hacerlo, estoy hecho a prueba de tormentos. Toma las cosas con calma. No interrogues tanto a tu conciencia... acabará por desafinarse como un piano mal tocado. Resérvalo para las grandes ocasiones. No te esfuerces de esa manera por forjarte un carácter. Es como querer que se abra por fuerza un tierno capullo de rosa. Vive como más te agrade, que tu carácter se irá forjando él sólito. Hay infinidad de cosas que te convienen, las excepciones son pocas y entre ellas no se encuentra el poseer una buena renta. -Ralph hizo un alto y sonrió a Isabel que le escuchaba con atención; luego prosiguió-: Tienes demasiada capacidad para pensar y, sobre todo, demasiada conciencia. Es increíble la cantidad de cosas que te parecen mal. No analices tanto. Purga tu fiebre, abre tus alas, elévate sobre la tierra, que en ello no hay mal.

Como ya he dicho, Isabel había estado escuchando con toda atención, y una de sus cualidades era la rapidez de comprensión.

-No sé si te das cuenta exacta de lo que me dices -respondió-. Si te la das, contraes una responsabilidad enorme.

-Me asustas un poco, pero creo que estoy en lo cierto -replicó Ralph tratando de conservar el buen humor.

-De todos modos -Isabel continuó-, reconozco que cuanto has dicho es verdad. No podías haber dicho nada más cierto. Estoy demasiado ensimismada... vivo como si siguiera un régimen impuesto por el médico. ¿Por qué tenemos que estar siempre preguntándonos si las cosas nos convienen o dejan de convenirnos, como si fuéramos enfermos internados en un hospital? En verdad, ¿por qué habré de tener miedo de no obrar bien?... ¡Cómo si al mundo le importase algo el que yo no me condujese como es debido!

-Eres una persona extraordinaria para recibir consejos; resulta que me estás robando mis propios argumentos.

Ella le miró como si no le hubiese oído, si bien seguía la trayectoria de los pensamientos que él había encendido.

-Me preocupo más de la gente que de mí misma... pero siempre retorno a mí, porque tengo miedo. -Se detuvo un instante; y en su voz se notaba un ligero temblor-. Es verdad, sí, me da miedo, te lo aseguro. Una gran fortuna significa libertad completa, y eso es lo que me da miedo. Es una cosa admirable, y una podría emplearla admirablemente. Y, si no lo hiciese, acabaría por avergonzarse. No hay más remedio que pensar constantemente en ello, en un esfuerzo incesante. No estoy segura de que la falta de ese poder no constituya una dicha superior.

-No cabe duda de que para la gente débil constituye una felicidad mucho mayor -respondió él-. Esa gente tiene que realizar un esfuerzo verdaderamente grande para no merecer el desdén.

-¿Cómo sabes que no soy débil? -preguntó Isabel.

Ralph contestó con un rubor que ella no pudo por menos de notar:

-¡Ah! Si lo fueras, me habría equivocado de medio a medio.

El encanto del Mediterráneo se iba apoderando más y más del alma de nuestra heroína a medida que lo contemplaba, porque era el umbral de Italia, como la puerta dorada tras la cual están esperando admirables tesoros. Italia, todavía tan escasamente vista y sentida, extendíase ante ella como una verdadera tierra de promisión, una tierra en que el amor de la belleza podía ser satisfecho hasta lo infinito por el conocimiento ilimitado.

Cuando ella paseaba por la playa con su primo -lo acompañaba en su paseo todos los días- miraba anhelante a lo lejos, donde sabía que estaba situada Génova. Al verse a sí misma al borde de esta gran aventura, se sentía satisfecha de hacer un alto, pues incluso aquella espera le resultaba emocionante. Representaba para ella un apacible intermedio, como un distante sonido de pífanos y tambores en una carrera que no tenía aún motivos para considerar agitada, pero que imaginaba a través del prisma de sus esperanzas, sus temores, sus fantasías, sus ambiciones y predilecciones, que reflejaban de manera harto dramática todos esos accidentes subjetivos. Madame Merle había predicho a la señora Touchett que, en cuanto su sobrina se metiera una docena de veces la mano en el bolsillo, aceptaría el hecho de que se lo había llenado la mano generosa de un tío próvido; y la realidad justificaba ya, como antes la había justificado, la perspicacia de tan distinguida dama. Ralph Touchett elogiaba en su prima esa propensión a sentirse moralmente arrebatada, su diligencia en aceptar una sugerencia dada a modo de buen consejo. Y el consejo de él tal vez la hubiera ayudado. El hecho es que, antes de dejar San Remo, ya Isabel se había hecho a la idea de que era una mujer rica. El reconocimiento de tal realidad halló su lugar en un denso grupo de ideas que ella tenía acerca de sí misma y, por lo general, no le resultó en absoluto desagradable. Siempre daba por sentado un sinfín de buenas intenciones. Isabel se sumergió en un laberinto de visiones: las cosas admirables que podía hacer una muchacha generosa, rica e independiente, dotada de una visión amplia y humana de las obligaciones y las ocasiones que, en su conjunto, resultaban algo sublime. Su fortuna empezó a aparecérsele como una parte integrante de lo mejor de su propio ser, pues le prestaba gran importancia e incluso, gracias a la imaginación, cierta belleza ideal. Ahora bien, lo que respecto a ella eso les sugería a los demás era cosa bien distinta y que a su debido tiempo no dejaremos de considerar. Las visiones extraordinarias que acabo de referir estaban entremezcladas en su espíritu con otros debates. A ella le agradaba más pensar en lo futuro que en lo pasado; pero, cuando a veces escuchaba el murmullo del Mediterráneo, sus pensamientos regresaban al pasado. Con los ojos del alma contemplaba entonces a dos personales que, a pesar de la gran distancia que de ella les separaba, cobraban singular relieve, figuras que sin la menor dificultad reconocía

como pertenecientes a Caspar Goodwood y a lord Warburton. Era extraño pensar con cuánta facilidad aquellas dos enérgicas figuras habían pasado al último plano en la vida de nuestra joven heroína, Había sido siempre una rara predisposición de su espíritu el perder la fe en la realidad de las cosas o de los seres ausentes. Ciertamente le cabía el recurso, en caso preciso, de reavivar la fe con un esfuerzo de voluntad, pero tal esfuerzo resultaba con frecuencia harto penoso, incluso cuando la realidad había sido grata. Lo pasado tendía a parecer muerto y al reavivarlo surgía envuelto en la lívida luz del día del Juicio Final. Además, la joven no acostumbraba a creerse que vivía en la imaginación de los demás... y no tenía la fatuidad de figurarse que dejaba indelebles huellas de su persona dondequiera que hubiese pasado. Sin embargo, no le era difícil sentirse herida al saber que se la había olvidado; pero de todas las libertades, la que más apreciable y grata le parecía era la de poder olvidar. Sentimentalmente hablando, no había dado ni un chelín de su propia persona a Caspar Goodwood ni a lord Warburton, lo cual no le impedía considerar que éstos debían sentirse grandemente en deuda con ella. Se acordaba perfectamente de que Caspar Goodwood se proponía dar de nuevo señales de vida, pero aún faltaba un año y medio para ello, y en tal lapso de tiempo podrían suceder muchas otras cosas. No había atinado a pensar que su pretendiente americano podía hallar otra muchacha más fácil de cortejar, pues, aun cuando era indudable que habría muchas otras en tales condiciones, ella daba por seguro que esa circunstancia no bastaría para atraerle. Sin embargo, sus reflexiones le decían que ella misma podía llegar a conocer la humillación de un cambio: podía realmente llegar a agotar todas las cosas que no eran Caspar (aunque se le antojaba que eran muchísimas), y encontrar un verdadero descanso en aquellos elementos de su presencia que hoy parecían constituir verdaderos impedimentos a su más amplio respirar. Acaso estos impedimentos llegasen a ser algún día una bendición disfrazada... un tranquilo y límpido puerto de salvación resguardado por un ancho rompeolas de granito. Pero tal día sólo llegaría a su debido tiempo, y ella no podía estarse esperándolo con los brazos cruzados. La posibilidad de que lord Warburton continuase adorando su imagen le parecía una idea que una noble humildad o un orgullo clarividente no podían cultivar. Ella había tan definitivamente procurado no guardar constancia. alguna de lo que entre ambos ocurriera que le parecía más que justificado que por su parte ese caballero hiciera otro tanto. Aunque así pudiera parecer, esto no era en absoluto una mera teoría envuelta en sarcasmo. Isabel creía ingenuamente que el lord acabaría, como suele decirse, por olvidar su desengaño.

Que eso lo había afectado, eso sí lo creía ella y todavía hallaba placer en creerlo; pero resultaba absurdo que un hombre tan inteligente y que había recibido un trato tan honrado guardase una cicatriz tan desproporcionada con la herida. Isabel se decía a sí misma que a los ingleses les gustaba vivir con comodidad, y poco podría darle a lord Warburton, a la larga, el seguir cavilando sobre una muchacha norteamericana en exceso independiente que sólo había sido una amistad ocasional. Se hacía la ilusión de que, si el día menos pensado le dijeran que se había casado con una muchacha de su país que hubiese hecho más que ella por merecerle, tal noticia no le produciría la menor sensación de dolor, ni aun de sorpresa. Habría demostrado que él la creía una mujer fuerte... lo que ella había querido parecer. Y con esto se satisfacía su propio orgullo.

22

A los seis meses de la muerte del señor Touchett, en uno de los primeros días del mes de mayo y en una de las muchas habitaciones de una antigua villa que coronaba una colina

plantada de olivos en las afueras de la Puerta de Roma de Florencia, se había formado un pequeño grupo de personas que, a los ojos de un pintor, habría parecido armoniosamente compuesto. La villa era un edificio largo y compacto, con uno de esos tejados de ancho alero que tanto gustan en la Toscana y que, vistos desde lejos, forman en las deliciosas colinas que rodean Florencia armoniosos rectángulos con los cipreses oscuros, rectos y bien perfilados, que se alzan junto a las casas. La fachada del edificio en cuestión daba a una plaza diminuta y vacía, cubierta de hierba, que ocupaba parte de la cumbre del cerro; en ella se abrían aquí y allá unas cuantas ventanas y a lo largo de su base se extendía un banco de piedra, adecuado para el descanso de una o dos personas reconocibles por ese aire de mérito ignorado que en Italia suele atribuirse, por cualquier razón, a quienes asumen una actitud pasiva... sin embargo, aquella fachada da tan sólida, antigua y pulida por la intemperie tenía un aspecto poco comunicativo. Pero era la máscara, no el rostro de la casa. Sus párpados eran pesados; mas carecía de ojos. En realidad, la casa miraba hacia otra parte, hacia la inmensa extensión y hacia la matizada luz vespertina. Por ese lado, la villa dominaba la falda de la colina y el largo valle del río Arno, envuelto en una densa niebla teñida del color del paisaje italiano. A manera de terraza tenía un pequeño jardín cubierto de una maraña de escaramujos y salpicado de más bancos de piedra casi cubiertos de musgo y calentados por el sol. El parapeto de la terraza tenía la altura justa para apoyarse en él y debajo de él comenzaba el declive poblado de viñas y olivares. Mas no es el exterior del edificio lo que nos interesa; en esta brillante mañana de esplendorosa primavera, los habitantes de la casa tenían motivos para preferir la parte sombreada del muro del edificio. Vistas desde la plaza, las ventanas de la planta baja guardaban dignas proporciones arquitectónicas y eran de gran nobleza, pero su misión parecía consistir menos en brindar comunicación con el mundo que en impedir que el mundo se asomase. Estaban defendidas por gruesos barrotes de hierro y colocadas a tal altura que la curiosidad, incluso aunque se aupara de puntillas, expiraba antes de alcanzarlas. En una estancia iluminada por una fila de tres de aquellas celosas ventanas (uno de las numerosos apartamentos en que se dividía la gran mansión y que por lo general ocupaban extranjeros de diversa estirpe residentes en Florencia) se hallaban sentados un caballero, en compañía de una joven y dos religiosas. La habitación era, en realidad, menos sombría de lo que mi descripción haya podido insinuar, pues tenía una puerta ancha y alta que daba al pequeño jardín y que en aquel momento permanecía abierta. Por otra parte, las altas celosías de hierro dejaban pasar cantidades más que suficientes del sol de Italia. Era un lugar cómodo y lujoso, que revelaba una cuidadosa decoración y un refinamiento esmerado, y que exhibía un despliegue de esas colgaduras descoloridas de gastados damascos y desvaídos tapices, de esos cofres y estuches de tallado roble patinado por el tiempo, de esos angulosos ejemplares del arte pictórico encerrados en sus marcos pedantemente primitivos, de esas reliquias medievales de bronce y de cerámica de perverso aspecto, de los que Italia ha sido la proveedora casi inagotable durante tanto tiempo.

Sin embargo, estas cosas armonizaban con las distintas piezas de mobiliario moderno en cuyo diseño se había tenido muy en cuenta los gustos de una generación dada a la holganza, como así lo demostraban las butacas grandes y bien tapizadas y el gran espacio ocupado por el enorme escritorio cuya perfección ingeniosa llevaba el sello de Londres y del siglo diecinueve. Había abundancia de libros, revistas ilustradas y diarios, sin contar algunos pequeños cuadros, raros y complicados, casi todos pintados a la acuarela. Uno de tales productos del arte estaba colocado en un caballete de salón y ante él se hallaba, en el momento en que empezamos a cobrar interés por ella, la muchacha que he mencionado contemplando silenciosa el cuadro. Sus compañeros no guardaban un silencio absoluto, pero su conversación tenía una continuidad forzada. Las dos religiosas no se habían acomodado a sus anchas en sus sillones; sus actitudes respectivas denotaban una total reserva y en sus rostros había un barniz de prudencia. Eran dos mujeres corpulentas, de facciones corrientes y

benignas, con una especie de eficiente modestia que realzaban ventajosamente la tiesura impersonal de las albas tocas y sus hábitos de estameña que parecían claveteados en un marco. Una de ellas, la de más edad, con anteojos, de tez lozana y mejillas tersas, hablaba con mayor circunspección que su compañera y parecía la responsable de su común cometido, que sin duda alguna se refería a la joven. Este objeto de su interés llevaba sombrero... ornamento de suma sencillez al igual que su vestido de percal, demasiado corto para su edad, aunque seguramente ya se lo habrían alargado. El caballero que presuntamente debiera entretener a las monjas, tal vez era consciente de las dificultades de su empeño, pues tan arduo resulta conversar con los humildes como con los poderosos. Al mismo tiempo, estaba muy atento observando al callado objeto de la tutela de las monjas y, como la joven le volvía la espalda, se entretenía en admirar su esbelta figura. Era un hombre de unos cuarenta años, con una frente alta y una cabeza bien formada, cuyos cabellos abundantes se habían tornado prematuramente grises y que él llevaba muy cortos. Su cara refinada, enjuta, perfectamente modelada y de expresión serena, tenía el único defecto de parecer quizá demasiado angulosa, efecto a que contribuía grandemente el corte de su barba. Tal barba, recortada a la manera del siglo dieciséis y rematada por un rubio bigote cuyas guías se curvaban graciosamente hacia arriba, daba a su portador un aspecto extranjero y tradicional y hacía pensar que era un caballero de esos que cuidan el estilo. Sin embargo, sus ojos avispados, a un tiempo vagos y penetrantes, duros e inteligentes y tan propios del observador como del soñador, os habrían dado la seguridad de que estudiaba su estilo dentro de ciertos limites y que en la medida en que lo buscaba lo encontraba. Vana habría sido la tarea de quien pretendiese averiguar su país y su clima originales, pues no tenía ninguno de esos signos externos que suelen hacer tan insípidamente fácil la respuesta a semejante pregunta. Si acaso tenía algo de sangre inglesa en las venas sería, sin duda, con algunas gotas de francesa o italiana; pero en la fina moneda de oro que era aquel hombre no se advertía sello ni emblema de la acuñación corriente que asegura la circulación general. Era una k medalla de elegante y complicado troquel, hecha especialmente para una ocasión especial. Su figura era liviana, delgada, más bien lánguida, y no se le veía ni alto ni bajo. Vestía como suele vestir todo hombre que
sólo se ocupa de su guardarropa para evitar que haya
en él cosas vulgares.

-Bien, querida, ¿qué te parece? -preguntó a la joven. Se expresaba en italiano con gran facilidad, pero ello no habría bastado para convencer a nadie de que era italiano de origen.

Meneó la muchacha la cabeza hacia uno y otro lado
y respondió:

-Me parece muy hermoso, papá. ¿Lo has hecho tú?

-Claro que sí. ¿Qué?, ¿te parece que soy hábil?

-Sí, muy hábil, papá. También yo he aprendido a pintar-dijo, y se volvió dejando ver una linda cara donde se dibujaba una sonrisa extraordinariamente suave.

-Has debido traerme algunas pruebas de tus habilidades.

-He traído muchas. Están en mi baúl.

La mayor de las monjas observó, hablando en francés:

-Dibuja con mucho, mucho esmero.

-Me alegro de saberlo. ¿Es usted quien le ha enseñado?

Se sonrojó un tanto la buena religiosa y replicó:

-Felizmente no. Ce n'est pas ma partie. Yo no enseño nada. Dejo eso para las que saben más. Tenemos un admirable maestro de dibujo, el señor... el señor... ¿cómo se llama? -preguntó a su compañera.

Ésta clavó la mirada en la alfombra durante un momento y contestó en italiano, como si su respuesta hubiera menester traducción:

-Es un nombre alemán.

-Sí, es un alemán -corroboró la otra-, lleva con nosotras muchos años.

La muchacha, que se había desentendido de la conversación de los otros tres, se aproximó a la puerta abierta de la amplia habitación y se puso a mirar al jardín. El caballero preguntó:

-¿Usted, madre, es francesa?

-Sí, señor -respondió amablemente la interrogada-. A mis discípulas les hablo en mi propio idioma, pues no conozco ningún otro. Pero tenemos madres de muchos otros países... inglesas, alemanas, irlandesas. Cada una de ellas habla su propia lengua.

El caballero sonrió.

-¿Ha estado mi hija al cuidado de alguna de las damas irlandesas? -Y como viera que sus interlocutoras recelaban alguna broma, aunque sin comprenderla, añadió-: Son ustedes muy completas.

-¡Oh, sí! Tenemos de todo y, de todo, lo mejor.

La hermanita italiana se arriesgó a decir:

-Hasta gimnasio tenemos... pero no es peligroso.

-Ya me figuro que no. ¿Es ésa su ocupación?

Semejante pregunta provocó risas ingenuas en ambas religiosas; cuando su hilaridad remitió, el caballero, echando un vistazo a su hija, comentó que había crecido.

La monja francesa replicó:

-Sí, pero yo creo que ya ha terminado de crecer... no será muy alta.

-No lo lamento -dijo el caballero-. Opino de las mujeres como de los libros... prefiero que sean buenos y no demasiado largos. Pero, por lo demás, no veo por qué mi hija ha de ser baja.

La monjita alzó mansamente los hombros, como para dar a entender que esas cosas están más allá de nuestro entendimiento, y dijo:

-Lo importante es que tenga buena salud, y la tiene excelente.

-En efecto, parece sana. -El padre se quedó mirándola un instante, luego le preguntó en francés-: ¿Qué ves en el jardín?

-Veo muchas flores -le contestó ella con una vocecita dulce y con un acento tan puro como el de él.

-Sí, pero no muy delicadas. Sin embargo, anda, corta unas cuantas de ésas para ces dames.

La muchacha se volvió a él y preguntó con una sonrisa todavía más encantadora:

-¿Lo dices de veras?

-Te lo estoy diciendo -contestó su padre.

La muchacha miró a la mayor de las monjitas y preguntó:

-¿Puedo hacerlo, ma mére?

-Obedece a tu señor padre, hija mía –respondió la religiosa ruborizándose de nuevo¿

La muchacha, satisfecha con semejante autorización, desapareció del umbral y enseguida se perdió de vista.

-Ya veo que no las tienen consentidas –comentó alegremente el padre.

-Deben pedir permiso para todo. Ese es nuestro método. El permiso se concede sin la menor dificultad, pero es indispensable pedirlo.

-No discuto su sistema, ni dudo de que sea excelente. Les he confiado a mi hija para ver qué podían hacer de ella. Tenía plena confianza.

-Hay que tener fe -respondió blandamente la religiosa mirando a través de sus anteojos.

-¿Puedo creer que mi fe ha obtenido su debida recompensa? ¿Qué han hecho ustedes de ella?

La monja bajó sus ojos y replicó:

-Una buena cristiana, señor.

También bajó él los suyos, pero acabó aquel movimiento obedeciera a dos impulsos completamente distintos.

-Está bien. ¿Y qué más?

Miró a la dama del convento, pensando que probablemente iba a decir que bastaba con ser buena cristiana, pero, por mucha que fuera su sencillez de espíritu, ella no era tan simple. Así, ella añadió:

-Una encantadora damita... una verdadera señorita... una hija que no ha de proporcionarle a usted sino satisfacciones.

-Verdaderamente me parece muy gentille. Es realmente bonita -dijo el padre.

-Es perfecta. No tiene defectos.

-De niña no los tuvo. Celebro que ustedes no le hayan sembrado ninguno.

La religiosa de los anteojos dijo con gran dignidad:

-Nosotras la queremos mucho. En cuanto a los defectos, ¿cómo podríamos proporcionarle lo que nosotras no tenemos? Le couvent n'est pas comme le monde, monsieur. Podría decirse que es nuestra hija, la hemos tenido desde que era tan pequeña...

-De todas las que vamos a perder este año, ella es la que echaremos más de menos -murmuró con deferencia la monja más joven.

-Oh, seguramente -dijo la otra-. No dejaremos de recordarla con frecuencia. La pondremos como ejemplo a las nuevas.

En este punto pareció percatarse de que se habían empañado sus anteojos; inmediatamente su compañera, después de rebuscar en sus bolsillos, acabó por sacar un pañuelo de duradera textura.

-No es seguro que hayan de perderla definitivamente -declaró amablemente su anfitrión, no con intención de anticiparse a las lagrimitas de las otras, sino con el tono de quien dice lo que le resulta más grato.

-Nos agradaría mucho poder creerlo así. Quince años son muy pocos para dejarnos.

El caballero replicó con más vivacidad de la que hasta aquel momento había mostrado:

-¡Oh! No soy yo el que quiere llevársela. Yo quisiera que se quedara siempre con ustedes.

La mayor de las monjitas, sonriendo y levantándose, dijo:

-Ah, monsieur, aunque es tan buena, está hecha para el mundo. Le monde y gagnerá.

Y su compañera, levantándose a su vez, añadió suavemente:

-Si toda la buena gente se recluyera en conventos, ¿qué sería del mundo?

Era aquélla una pregunta de mucha más enjundia de la que la buena mujer suponía. De manera que la religiosa de los anteojos creyó prudente adoptar un punto de vista conciliador diciendo:

-Por fortuna hay personas buenas en todas partes.

Y el caballero replicó galantemente:

-Al marcharse ustedes, habrá dos menos en esta casa.

Para aquella extravagante salida no tenían respuesta sus sencillas visitantes, y se limitaron a mirarse la una a la otra con decorosa desaprobación. Su confusión quedó en el acto disipada por la llegada de la joven, que volvía del jardín con dos grandes ramos de flores blancas las de uno y las del otro, rojas.

-Escoja usted, madre Catherine -dijo la muchacha-. Sólo se diferencian en el color, pero hay las mismas rosas en un ramo que en otro.

Las dos religiosas se volvieron la una a la otra sonriendo y dudando, con aquello de «¿Cuál prefiere usted, hermana?», «No, escoja usted primero».

La madre Catherine, mirando por debajo de sus lentes, dijo:

-MI gracias; entonces tomaré las rojas, porque también yo soy coloradita... Nos servirán de consuelo en nuestro viaje de regreso a Roma.

-Pero no durarán -exclamó la niña-. Quisiera darles algo que durase mucho tiempo.

-Nos has dado un buen recuerdo tuyo, hija mía. Eso, sin duda, durará.

-Si las monjitas pudiesen llevar cosas lindas -siguió diciendo la muchacha-, les daría mi collar de cuentas azules.

-¿Regresan a Roma esta misma noche? -preguntó el padre.

-Sí, otra vez vamos a tomar el tren. Tenemos mucho que hacer allá.

-¿Y no están ustedes cansadas?

-Nosotras no estamos cansadas nunca.

-A veces, sí, madre -murmuró la más joven. -En todo caso, hoy no lo estamos, pues hemos descansado muy bien aquí. Que Dieu vous garde, ma filie -dijo la madre Catherine.

Mientras ellas intercambiaban besos con su hija, el caballero fue a abrir la puerta por donde debían salir; pero, al hacerlo, prorrumpió en una breve exclamación y se quedó mirando al otro lado. La puerta daba a una especie de vestíbulo abovedado, alto como una capilla y pavimentado con losas rojas, en el cual acababa de entrar una dama, precedida por un criado de librea raída que la conducía hacia la gran habitación donde se hallaban reunidos nuestros amigos. El caballero permaneció en silencio en la puerta, e igualmente en silencio avanzó la dama. Él no le dirigió ningún saludo audible ni tampoco le tendió la mano, sino que se limitó a apartarse para dejarla pasar al salón. En el umbral, ella dudó un momento y preguntó:

-¿Hay alguien ahí dentro?

-Alguien a quien usted puede ver.

Entró la dama y se vio frente a las monjitas y su alumna, que se acercaba entre las dos dándole el brazo a una y otra. Al ver a la nueva visitante, se detuvieron, y la dama, que también se había detenido, se quedó mirándolas.

La jovencita lanzó un gritito ahogado de alegría y exclamó:

-¡Ah, madame Merle!

La visitante había experimentado un leve sobresalto, pero sus modales no perdieron nada de su gracia e inmediatamente dijo:

-Sí, es madame Merle que viene a darte la bienvenida en tu casa.

Tendió ambas manos a la muchacha, que se adelantó a ella y le dio su frente a besar. Madame Merle imprimió su saludo en aquella pequeña porción de la encantadora joven y luego miró sonriendo a las dos monjitas. Correspondieron ellas a su sonrisa con una reverencia, pero no se permitieron escrutar a aquella imponente y distinguida dama que parecía llevar consigo algo de la claridad del mundo exterior.

-Estas señoras han traído a mi hija a casa y ahora se vuelven para su convento explicó el caballero.

-¡Ah! ¿Van ustedes para Roma? Yo he llegado hace poco de allí. Ahora hace un tiempo delicioso en la ciudad -dijo madame Merle.

Las dos religiosas permanecieron de pie con las manos ocultas en las mangas y aceptaron esa declaración sin rechistar. El caballero preguntó entonces cuánto tiempo hacía que había abandonado Roma. Y la muchacha, sin darle tiempo a madame Merle a contestar, dijo:

-Vino a verme al convento.

-Pansy, estuve más de una vez -manifestó madame Merle-. ¿Acaso no soy en Roma tu mejor amiga?

-La vez que más recuerdo es la última, porque me
dijo que iba a salir del convento -contestó Pansy.

-¿Le dijo usted tal cosa? -preguntó el padre. -No recuerdo bien. Le dije lo que creía que le iba a agradar. Llevo ya una semana en Florencia. Esperaba
que fuera usted a verme.

-Así lo habría hecho, si lo hubiera sabido. Uno no sabe las cosas por ciencia infusa... aunque supongo que debería saberlas. Haga el favor de sentarse.

Estos dos breves parlamentos fueron dichos en un tono especial de voz... particularmente tranquilo y bastante quedo, no por una necesidad concreta sino por obra de la costumbre. Madame Merle miró en derredor suyo para escoger su asiento y dijo:

-¿Iba usted a acompañarlas a la puerta? Hágalo, no quiero interrumpir la ceremonia. -Y, dirigiéndose en francés a las religiosas, añadió como para despedirlas-: Je vous salue, mesdames.

-Esta señora es una gran amiga nuestra -dijo el anfitrión-, ustedes ya la habrán visto en el convento. Tenemos una gran confianza en su opinión y ella me ayudará a decidir si mi hija ha de volver con ustedes o no después de las vacaciones.

-Espero que usted decidirá a favor nuestro, señora -se atrevió a decir la monjita de los lentes.

Madame Merle dijo, como si estuviera de chanza también:

-Eso es una broma del señor Osmond, porque yo no decido absolutamente nada. Creo que el colegio de ustedes es admirable, pero los amigos de la señorita Osmond deben recordar que ella está naturalmente destinada a vivir en el mundo.

-Eso es lo que le decía yo al señor. Se trata de prepararla para el mundo -explicó la madre Catherine mirando a Pansy, que estaba abstraída contemplando el elegante atuendo de madame Merle.

El padre de Pansy dijo entonces a su hija:

-¿Has oído, Pansy? Estás hecha para vivir en el mundo.

La muchachita fijó en él sus claros y puros ojos.

-¿No para vivir contigo, papá?

El padre soltó una carcajada breve y ligera.

-Lo uno no quita lo otro, hijita. También yo vivo en el mundo.

-Con su permiso, nos retiramos -manifestó la madre Catherine-. De todas maneras, procura ser siempre buena y feliz, hija mía.

-No duden de que iré a verlas -dijo Pansy despidiéndose con nuevos abrazos que enseguida fueron in- , terrumpidos por la intervención de madame Merle.

-Quédate aquí conmigo, hijita, y deja que tu padre acompañe hasta la puerta a esas señoras.

Pansy, decepcionada, se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, aunque sin protestar. No cabía duda de que le habían inculcado la idea de la sumisión debida a cualquiera que le hablase en tono de autoridad, y era una espectadora pasiva de los designios de su destino. No obstante, preguntó con gran dulzura:

-¿No puedo ayudar a la madre Catherine a subir al coche?

-Me gustaría más que te quedases aquí conmigo -contestó madame Merle mientras el señor Osmond y sus compañeras, que habían hecho un nuevo y reverencioso saludo a la dama, pasaban a la antecámara.

-Sí, me quedaré -accedió Pansy acercándose a madame Merle y dejando que ésta la tomara de la mano. Miró a través de la ventana y sus lindos ojos se llenaron de lágrimas.

-Me alegro de que te hayan enseñado a obedecer -dijo madame Merle-. Eso es lo que las niñas deben hacer.

-Yo obedezco muy bien -exclamó Pansy con suave complacencia, casi con jactancia, como si hubiese estado hablando de su facilidad para tocar el piano. Y exhaló un débil y casi imperceptible suspiro.

Madame Merle, sin soltar la mano de la muchachita, la posó sobre la fina palma de la suya y la miró atentamente con mirada crítica, si bien no halló nada digno de censura, pues la mano de la joven era blanca y delicada. Al cabo de un instante, dijo:

-Supongo que te harán llevar siempre guantes. Por lo general a las jovencitas no les gusta ponérselos.

-Antes no me gustaba ponérmelos –comentó Pansy-, pero ya me he acostumbrado y ahora me gusta.

-Entonces te regalaré una docena de pares.

-Muchísimas gracias. ¿De qué color? –preguntó la jovencita con gran interés.

-De colores prácticos -declaró madame Merle después de pensar un momento.

-Pero bonitos, ¿verdad?

-¿Te gustan mucho las cosas bonitas?

-Me gustan... pero no demasiado -dijo Pansy con un atisbo de ascetismo.

-En tal caso, no serán demasiado bonitos -afirmó madame Merle echándose a reír. Tomó la otra mano de la jovencita y la atrajo hacia sí. Una vez que la tuvo bien cerca, preguntó-: ¿Vas a echar mucho de menos a la madre Catherine?

-Mucho... cuando piense en ella.

-Pues procura no pensar en ella. -Y añadió-: Tal vez algún día tengas otra madre.

-No creo que sea necesario -dijo Pansy exhalando de nuevo un dulce suspiro conciliador. Tenía más de treinta madres en el convento.

Los pasos del padre resonaron nuevamente en la habitación contigua, y madame Merle dejó a la muchachita y se levantó. El señor Osmond entró y cerró la puerta y, sin mirar siquiera a madame Merle, reintegró un par de butacas a su sitio. La visitante observó sus movimientos, esperando que hablara, pero por fin ella misma dijo:

-Yo esperaba que iría usted a Roma. Supuse que iría usted mismo a sacar a Pansy del convento.

-Era una suposición de lo más natural; pero me figuro que no ha sido la primera vez que mis hechos han defraudado sus cálculos.

-Cierto; por eso le creo tan malvado -contestó madame Merle.

El señor Osmond se atareó unos momentos por la habitación -donde había mucho espacio para moverse como quien busca pretextos para no prestar una atención que puede resultarle molesta. Pero una vez agotados todos los pretextos no le quedó nada por hacer (a menos que tomara un libro) sino quedarse allí plantado con las manos a la espalda y mirando fijamente a Pansy. Luego preguntó bruscamente y en francés a la jovencita:

-¿Por qué no saliste a despedir hasta el coche a la madre Catherine?

Pansy dudó un instante, mirando a madame Merle, que contestó:

-Porque yo le pedí que se quedase conmigo. -Y se sentó en otro sitio.

-Ah, bien -condescendió el señor Osmond; con lo cual se dejó caer en un sillón y, apoyando los codos en los brazos del asiento, se inclinó hacia delante y cruzó las manos mientras miraba a madame Merle.

-Madame Merle me va a regalar unos guantes -dijo Pansy.

-No hace falta que se lo digas a todo el mundo -observó madame Merle.

-Es usted muy buena con ella -comentó el señor Osmond-, pero es de esperar que no le haga falta nada.

-Me parece que ya tiene bastante de monjitas.

-Si vamos a hablar de esa cuestión, más vale que estemos solos.

-No, que se quede. Hablaremos de otra cosa -replicó madame Merle.

Pansy dijo con una ingenuidad que casi era convincente:

-Si quieren, no escucharé.

-Puedes escuchar, hijita, porque de todos modos no vas a comprender -contestó su padre. La muchacha se sentó respetuosamente cerca de la puerta abierta desde la que se divisaba el jardín, que contempló con sus ojos inocentes y despiertos. Su padre prosiguió abruptamente, dirigiéndose a su visitante-: Tiene usted un aspecto estupendo.

-Me parece que siempre tengo el mismo -respondió madame Merle.

-Usted es siempre la misma, no cambia nunca. Es usted una mujer admirable.

-En efecto, yo también lo creo.

-Sin embargo, a veces cambia de idea. A su regreso de Inglaterra me dijo que por ahora no pensaba abandonar Roma.

-Me encanta ver que recuerda usted tan bien todo lo que digo. Ésa era, en efecto, mi intención, pero he venido a Florencia a ver algunas amigas que han llegado últimamente y de cuyos planes no estoy muy enterada.

-Una razón muy típica. Siempre está usted haciendo algo por sus amistades.

Madame Merle le sonrió amablemente y dijo:

-Es mucho menos característica que su comentario, que está falto por completo de sinceridad. Por lo demás, no se lo recrimino, porque si usted no cree lo que dice, tampoco tiene motivos para creerlo. Puede estar seguro de que no me arruino por mis amistades y, por lo tanto, no merezco esos elogios. Sé tener buen cuidado de mí misma.

-Exacto; pero su ser incluye a muchas otras personas, a una gran parte de las demás y de todo lo existente. No he conocido jamás una persona cuya vida incluyese tantas otras vidas.

-¿Qué entiende usted por la vida de uno? -preguntó madame Merle-. ¿La apariencia de uno, sus movimientos, sus compromisos, sus compañías?

-A su vida de usted yo la llamo su ambición -contestó el señor Osmond.

Madame Merle miró a Pansy y murmuró:

-Me pregunto si será capaz de comprender tal cosa.

-Ya ve que no puede quedarse con nosotros. -El padre de Pansy sonrió con visible tristeza y le dijo a la jovencita en francés-: Ve al jardín, ma petite mignonne, y corta una o dos flores para madame Merle.

-Eso es lo que estaba pensando -respondió Pansy, que se levanto prestamente y se fue sin hacer el menor, ruido. Su padre la siguió hasta la puerta abierta, la observó durante unos momentos y luego volvió pero permaneció de pie, o, más bien, se puso a andar de un lado a otro, como para disfrutar de una libertad que otra actitud no le habría proporcionado.

-Mis ambiciones se refieren sobre todo a usted -dijo madame Merle mirándole con valor.

-Volvamos a lo que estaba diciendo: yo formo parte de su vida... como miles de otras personas. Tengo que reconocer que usted no es egoísta. Si lo fuera, ¿qué sería yo? ¿Con qué epíteto podría calificárseme?

-Con el de indolente. Para mí, ése es su mayor defecto.

-Me temo que en el fondo sea el menor. -

-A usted le tiene sin cuidado -dijo madame Merle con seriedad.

-Hasta cierto punto; la verdad. Por lo pronto, esa indolencia mía fue una de las razones por las que no hice el viaje a Roma; pero sólo fue una de ellas.

-No tiene la menor importancia... para mí por lo menos... el que usted no fuera, aunque me habría gustado mucho verle. Me alegro de que ahora no esté usted en Roma, donde podría estar todavía sí no hubiese ido hace un mes. Prefiero que esté aquí, porque en estos momentos hay algo que me gustaría que hiciera aquí, en Florencia.

-Por favor, no olvide mi indolencia -dijo el señor Osmond.

-La tengo presente, pero le ruego que la olvide. De ese modo, alcanzará al mismo tiempo la virtud y la recompensa. No se trata de un trabajo arduo, y pudiera encerrar verdadero interés. ¿Hace mucho que no ha hecho ninguna nueva amistad?

-No recuerdo haber hecho otra desde la suya.

-Pues ya es hora de que haga otra. Hay una amiga mía que quiero que conozca.

En sus idas y venidas, el señor Osmond llegó hasta la puerta abierta y se puso a contemplar las andanzas de su hija bajo el intenso sol.

-¿Para qué va a servirme? -preguntó con jovial brusquedad.

-Por lo pronto, para entretenerse -contestó al cabo de un momento madame Merle, y en su respuesta no había nada brusco, pues la había meditado.

-Si usted lo dice, ya sabe que la creo -declaró el señor Osmond acercándose a ella-. Respecto de algunas cosas mi confianza en usted es absoluta. Por ejemplo, estoy convencido de que usted distingue a maravilla la buena sociedad de la mala.

-Toda sociedad es mala.

-Disculpe. El conocimiento que yo le atribuyo no es un saber corriente. Usted lo ha adquirido como Dios manda, con la experiencia, porque ha tenido la oportunidad de poder comparar entre sí a una infinidad de individuos de lo más pintoresco.

-Bueno, pues le invito a usted a aprovecharse de mi ciencia.

-¿Aprovecharme? ¿Está usted segura de que voy a conseguirlo?

-Así lo espero. Dependerá de usted mismo. Si, por lo menos, pudiera lograr que se decidiese a realizar un esfuerzo...

-¡Ah! ¡Al fin salió aquello! Ya sabía yo que algo fatigoso estaría a la vista. ¿Qué hay en el mundo, qué hay que pueda darse por estas latitudes que sea digno de un esfuerzo?

Madame Merle se ruborizó como si la hubiera herido.

-No sea necio, Osmond. Nadie sabe mejor que usted lo que es digno de esfuerzo. ¿Acaso no le he visto en otras épocas?

-Sé reconocer algunas cosas, pero ninguna de ellas es probable en esta desdichada vida.

-Sólo el esfuerzo puede hacerlas probables -respondió madame Merle.

-Algo oculto debe de haber en todo esto. ¿Quién es, pues, esa amiga suya?

-La persona que he venido a ver a Florencia: una sobrina de la señora Touchett, a la que supongo no habrá olvidado.

-¿Una sobrina? La palabra sugiere juventud e ignorancia. Ya veo dónde quiere usted ir a parar.

-Sí. Es joven, tiene sólo veintitrés años, y es una gran amiga mía. La conocí en Inglaterra hace unos meses y sellamos enseguida una estrecha alianza. Me gusta extraordinariamente y, cosa que no suelo hacer con todo el mundo, la admiro. Estoy segura de que lo mismo le ocurrirá a usted.

-Si me es posible evitarlo, lo evitaré.

-Precisamente; pero le será imposible evitarlo.

-¿Es bella, ingeniosa, rica, universalmente inteligente e insuperablemente virtuosa? Únicamente con tales condiciones podrá interesarme conocerla. Ya sabe que hace un tiempo le pedí que no me hablara de ninguna criatura que no corresponda a tal descripción. Ya conozco demasiada gente anodina. No quiero conocer más.

-La señorita Archer no tiene nada de anodina, sino que es radiante como el amanecer. Se adapta perfectamente a su descripción, y por eso quiero que usted la conozca. Satisface todos los requisitos.

-Más o menos, claro está.

-No, señor; por completo. Es hermosa, cultivada, generosa y, para una norteamericana, hasta de buena familia. Además, es muy inteligente y afable y, por añadidura, posee una bonita fortuna.

El señor Osmond escuchaba todo esto en silencio; diríase que lo estaba sopesando mentalmente, sin apartar los ojos de su interlocutora. Por último se decidió a preguntar:

-¿Qué se propone hacer con ella?

-Ya lo ve. Ponérsela en su camino.

-¿No estará destinada a algo mucho mejor?

-No tengo la pretensión de saber a qué están destinados los seres -dijo madame Merle-. Lo único que sé es lo que puedo hacer con ellos.

-Pues lo siento por la señorita Archer -declaró Osmond.

Madame Merle se levantó.

-Si esto es un comienzo de interés por ella, tomo buena nota. Los dos estaban frente a frente. Ella se colocó la mantilla manteniendo los ojos bajos.

-Tiene usted muy buen aspecto -repitió Osmond aún más incongruentemente que antes-. Se trae algo entre manos. Nunca tiene tan buen aspecto como cuando se trae algo entre manos. Le sienta admirablemente.

En los modales y el tono de estas dos personas, cuando se encontraban en cada nueva ocasión, sobre todo cuando lo hacían en presencia de otros, había siempre algo indirecto y circunspecto, como si hubiesen llegado a reunirse por caminos oblicuos y se comunicaran por sobreentendidos. El efecto mutuo que se producían parecía ser el de aumentar la cautela del otro. Desde luego, madame Merle sobrellevaba mejor que su amigo las situaciones embarazosas, pero en la presente ocasión no logró mantener la actitud que le hubiese agradado... es decir, la perfecta posesión de sí misma que le habría gustado lucir ante su anfitrión. Sin embargo, lo que nos interesa es que llegado un momento aquello que se alzaba entre los dos, fuere de la índole que fuere, acababa por allanarse dejándolos en un frente a frente más íntimo del que ninguno de ambos disfrutara con otra persona. Eso acababa de suceder. Allí estaban; se conocían bien y en definitiva ambos estaban por igual dispuestos a aceptar la satisfacción de conocer, a cambio del inconveniente -fuere cual fuere- de ser conocido.

Madame Merle acabó diciendo tranquilamente:

-Quisiera con toda mi alma que no fuese usted tan despiadado. Eso le ha perjudicado y seguirá perjudicándole siempre.

-No soy tan despiadado como cree. De vez en cuando hay algo que me conmueve... como, por ejemplo, lo que acaba de decir: que su ambición es por mí. No lo comprendo, porque no veo cómo o por qué ha de ser así. Pero la verdad es que me conmueve, y mucho.

-Es muy probable que lo entienda menos todavía a medida que el tiempo pasa. Hay cosas que usted no comprenderá nunca; ni tampoco es absolutamente necesario que llegue a comprenderlas.

-Después de todo -dijo Osmond-, no hay mujer tan extraordinaria como usted. Tiene muchas más cosas dentro que todas las demás personas. No veo por qué piensa que la sobrina de la señora Touchett pueda llegar a interesarme tanto:.. cuando... cuando... -Y se detuvo un instante.

-¿Cuando yo he llegado a importar tan poco, no es cierto?

-No es eso, desde luego, lo que he querido decir, sino: cuando ya he conocido y apreciado a una mujer como usted.

-Isabel Archer vale más que yo -confesó madame Merle.

Su compañero rió francamente y dijo:

-¡Qué poco debe considerarla para decir eso!

-¿Me cree usted capaz de tener celos? Contésteme, por favor.

-¿De mí? Desde luego, no; no lo creo, en general.

-Pues vaya a verme dentro de un par de días. Me alojo en casa de la señora Touchett, en el Palazzo Crescentini, y la joven estará presente.

-¿Pero por qué no me pidió al comienzo simplemente que fuera, sin necesidad de hablarme de la muchacha? Ella estará allí de todas maneras.

Madame Merle le miró como si ninguna pregunta
que él le hiciera pudiera pillarla desprevenida:

-¿Quiere saber por qué? Pues porque ya le he hablado a ella de usted.

Osmond frunció el entrecejo y miró para otro lado.

-Más me hubiera gustado no saberlo. -Luego, pasado un instante, señaló el caballete que sostenía la pequeña acuarela y preguntó-: ¿Ha visto usted eso? Es mi última obra.

Madame Merle se aproximó y la contempló detenidamente:

-De los Alpes Vénetos, ¿no? ¿Un apunte del año pasado?

-¡Sí: hay que ver cómo lo adivina usted todo!

Ella siguió contemplando la acuarela y dijo:

-Ya sabe que sus pinturas no me interesan.

-Lo sé, y es cosa que siempre me sorprende, porque, la verdad, son mejores que las de la mayoría de los pintores.

-No digo que no. Pero para ser lo único que usted hace... le diré que es bien poco. Lo que yo quisiera es verle haciendo muchas otras cosas; ésa fue siempre mi ambición.

-Sí, ya me lo ha dicho varias veces... cosas que eran imposibles.

-Cosas que eran imposibles -repitió madame Merle; luego prosiguió, en tono bien distinto-: En sí el cuadrito está muy bien. -Paseó la mirada por la estancia: por los cofrecillos tallados, los tapices, los cuadros, las superficies de apagada seda-, Por lo menos, el arreglo de sus habitaciones es perfecto. Cada vez que vengo me maravillo, le aseguro que no las conozco mejores. De esto sabe usted más que nadie. Tiene un gusto exquisito.

-¡Bah! Ya estoy harto de mi gusto exquisito -replicó Gilbert Osmond.

-De todos modos, debe invitar aquí a la señorita Archer para que las vea.

-No tengo inconveniente en mostrar mis cosas a la gente... siempre y cuando no sea gente imbécil.

-Usted lo hace admirablemente. Como «cicerone» de su propio museo, no tiene rival.

En respuesta a este cálido elogio, el señor Osmond adoptó un talante más frío y atento.

-¿Ha dicho que es rica?

-Tiene sesenta mil libras.

-En écus bien comptés?

-No cabe duda alguna. Puedo decir que he visto su fortuna.

-¡Admirable mujer!... Me refiero a usted. Dígame, si voy a verla, ¿tendré que ver a la madre?

-¿Qué madre? No tiene padre ni madre.

-Entonces, la tía... esa señora... ¿cómo la llama usted?... la señora Touchett, ¿no?

-Puedo mantenerla alejada.

-No tengo nada contra ella. Más bien me gusta. Tiene una manera anticuada de ser que acusa una viva personalidad. Pero, ese memo zanquilargo de su hijo... ¿está también con ellas?

-También está, pero no les molestará en nada.

-Es un verdadero asno.

-Nada de eso, está usted equivocado. Es un hombre muy inteligente, pero suele evitarme cuando yo me hallo en la casa, porque no le gusto.

-Eso demuestra lo burro que es. ¿Dice usted que ella es guapa? -siguió inquiriendo Osmond.

-Eso he dicho; pero no lo voy a repetir, no sea que luego lo decepcione. Lo único que le pido es que vaya. Todas las cosas requieren principio.

-¿Principio de qué?

Madame Merle permaneció callada un instante y luego dijo:

-Por supuesto, lo que quiero es que se case usted con ella.

-Eso sería el comienzo del fin. Bueno. Iré a verla por mí mismo. ¿Le ha expuesto a ella su idea?

-¿Por quién me toma usted? No es una pieza tosca de maquinaria... ni tampoco lo soy yo.

-Verdaderamente -dijo Osmond tras cierta reflexión-, no comprendo sus ambiciones.

-Estoy segura de que ésta la comprenderá en cuanto haya visto a la señorita Archer. Hasta entonces, aplace su juicio. -Se había acercado a la puerta que daba al jardín y permaneció unos momentos mirando al exterior-. Pansy se ha puesto preciosa -comentó.

-Eso mismo creo yo.

-Pero ya ha estado bastante en el convento.

-No sé -replicó Osmond-. No me disgusta cómo la han modelado. Es encantadora.

-Eso no es obra del convento. Es la naturaleza misma de la muchacha.

-Creo que es la combinación de ambas cosas. Pansy es pura como una perla.

-Entonces, ¿por qué no me trae las flores? -preguntó madame Merle-. Por lo visto, no se da prisa.

-Pues vamos nosotros a buscarlas.

-La niña no me quiere -dijo la dama al tiempo que abría su sombrilla y ambos salían al jardín.

23

Madame Merle, llegada a Florencia poco después de la señora Touchett y por invitación de ésta, que le había ofrecido la hospitalidad del Palazzo Crescentini, volvió a hablar a Isabel de Gilbert Osmond, manifestando su deseo de que llegasen a conocerse, sin hacer en ello tanto to hincapié como la hemos visto hacer al recomendar tan calurosamente la muchacha a la atención del señor Osmond. mond. Se debía esto a que Isabel no opuso resistencia a la propuesta de madame Merle. En Italia, lo mismo que en Inglaterra, la distinguida dama tenía un gran número de amistades, tanto entre los nativos del país como entre sus heterogéneos visitantes. Había nombrado ya a su amiga muchas de las personas a quienes le convenía conocer (aunque dijo que Isabel, desde luego, podría tratar a quien se le antojase), y a la cabeza de las personas de calidad colocó al señor Osmond. Era éste un antiguo amigo suyo, al que conoció hacía una docena de años, y al que consideraba uno de los hombres más brillantes y agradables de toda Europa. Se hallaba en todo muy por encima de la media de personas respetables; era otra cosa. Por lo demás, no era uno de esos cautivadores profesionales, y el efecto que producía en los demás dependía siempre del estado de sus nervios y de su ánimo. En sus momentos de decaimiento podía caer tan bajo como el que más, si bien en tales ocasiones le salvaba su aspecto de príncipe desterrado. Pero si el caso le interesaba, le picaba, presentaba el justo desafío... -tenía que ser exactamente el punto justo de desafío- entonces había que rendirse a la evidencia de su gran talento y distinción. Semejantes cualidades no dependían en él, como en muchos otros individuos, de

que hiciera o dejara de hacer esto o aquello. Tenía, desde luego, sus manías -como ya Isabel vería que tenían todos los hombres que valía la pena conocer- y no brillaba con la misma luz ante los ojos de todos. Pero madame Merle creía poder conseguir que a los ojos de Isabel apareciese, brillante. Se aburría con facilidad y la gente sosa le enojaba; pero era indudable que una joven avispada y culta como Isabel podría proporcionarle un estímulo del que con harta frecuencia carecía su vida. De todas suertes, era una persona a la que no debía dejar de conocer. Nadie debería pretender vivir en Italia sin hacer amistad con Gilbert Osmond, que conocía el país mejor que nadie, a excepción de un par de catedráticos alemanes. Y si ellos poseían mayores conocimientos, él tenía una comprensión más acertada y mejor gusto, pues era en todo y por todo un verdadero artista. Isabel recordaba que su amiga le había hablado de él durante aquellos sus interminables coloquios de Gardencourt y se preguntaba, un si es no es intrigada, qué clase de vínculo debía de unir a aquellos dos espíritus superiores. Intuía ella que en el fondo de todas las íntimas relaciones de madame Merle había alguna historia, y esa impresión formaba parte del interés suscitado por aquella mujer que en todo era excesiva. Sin embargo, en lo tocante a sus relaciones con el señor Osmond no daba indicios sino de una amistad tranquila y sedimentada. Isabel dijo a su amiga que tendría mucho gusto en conocer a una persona que había disfrutado de su privilegiada confianza durante tantos años.

-Tiene usted que conocer a muchos hombres -señaló madame Merle-, al mayor número posible, para irse acostumbrando a ellos.

-¿Acostumbrarme a ellos? -repitió Isabel con aquella solemne mirada que a veces parecía denotar su deficiente sentido de lo cómico-. ¿Acaso cree que les tengo go miedo? Estoy tan acostumbrada a ellos como una cocinera al chico del carnicero.

-Acostumbrarse a ellos, quiero decir... para despreciarlos, que es lo que se acaba por hacer con la mayoría. Y usted escogerá para su círculo a los pocos a quienes no desprecie.

Madame Merle no solía entregarse a semejantes notas de cinismo; pero Isabel no se sintió alarmada, porque nunca había supuesto que, a medida que uno iba conociendo mejor el mundo, viniera a ser el sentimiento de respeto la más activa de las emociones; sí se lo había causado, sin embargo, la ciudad de Florencia, que le había gustado tanto como madame Merle le pronosticara; y, si por su percepción desasistida no hubiese acertado a calibrar sus encantos, contaba con inteligentes compañeros que oficiarían de sacerdotes de aquel misterio. En efecto, no le faltaba esclarecimiento artístico, porque para su primo Ralph el servir de «cicerone» a su joven y ávida parienta constituía un placer que renovaba su pasión temprana. Madame Merle solía permanecer en casa, pues había visto ya los tesoros de Florencia una y mil veces, y siempre tenía algo interesante que hacer. Pero hablaba de las cosas con una extraordinaria retentiva de la memoria, acordándose de todo: del ángulo derecho del gran cuadro del Perugino o de las maravillosas manos de santa Isabel en el cuadro contiguo. Tenía su propio criterio acerca del carácter de muchas obras maestras, disintiendo a menudo de Ralph con mucho brío y defendiendo sus opiniones con tanta inventiva como buen humor. Isabel escuchaba las discusiones que se entablaban entre los dos, con la sensación de que podrían serle de provecho y de que constituían una de las ventajas de que no habría podido disfrutar en Albany. En las claras mañanas del mes de mayo, antes de la hora del almuerzo, que en casa de la señora Touchett se servía a las doce en punto, Isabel deambulaba con su primo por las sombrías callejuelas de la ciudad, parándose a descansar en la densa penumbra de alguna histórica iglesia o en las abovedadas cámaras de algún convento deshabitado. Visitaba pinacotecas y palacios, contemplaba cuadros y estatuas que hasta entonces fueron para ella grandes nombres, y trocaba un presentimiento que había demostrado ser una hoja en blanco por un conocimiento que a veces era una limitación. Realizó todos los actos de voluntaria humillación mental en que con tanta frecuencia suele incurrir el entusiasmo y la juventud. Sintió latir su corazón en presencia del genio inmortal y conoció la dulzura de las lágrimas que le empañaban la visión de los frescos descoloridos y los mármoles oscurecidos.

Pero la vuelta a casa, cada día, le resultaba más agradable que la salida; le gustaba regresar al amplio y monumental patio de la enorme casa en que la señora Touchett estableciera muchos años atrás su residencia, y a las altas y frescas estancias donde las vigas talladas y los pomposos frescos del siglo dieciséis parecían despreciar las domésticas comodidades de la era de la publicidad. Habitaba la señora Touchett en un histórico edificio de una estrecha calle cuyo nombre recordaba las numerosas refriegas que allí tuvieron lugar durante la Edad Media, y veía compensado lo oscuro de su fachada por la baratura del alquiler y la exuberancia de un jardín donde la naturaleza misma parecía tan arcaica como la tosca arquitectura del palacio, y que iluminaba y perfumaba las habitaciones de la casa. Para Isabel, el vivir en aquel sitio era tanto como tener pegado el oído en la caracola del pasado; aquel rumor vago y eterno mantenía despierta su imaginación.

Gilbert Osmond fue a visitar a madame Merle, quien le presentó a la joven que acechaba al otro extremo del salón. En aquella oportunidad Isabel casi no tomó parte en la conversación y apenas sonreía cuando los otros se volvían hacia ella en un gesto de solícita invitación. Permanecía sentada como si asistiera a una representación teatral y hubiese pagado un alto precio por su localidad. La señora Touchett no estuvo presente, de suerte que los otros dos tuvieron vía libre para hacer gala de su brillantez intelectual. Hablaban de los florentinos, de los romanos y del mundo cosmopolita y, al oírles, podrían haber sido distinguidos actores de una función benéfica. Todo tenía esa perfecta soltura procedente de un ensayo. Madame Merle le dio la impresión de estar en un escenario; pero Isabel era capaz de hacer oídos sordos a cualquier pie convenido sin estropear la escena, aunque así dejara en mal lugar a la amiga que la había avalado ante el señor Osmond. Por una sola vez no importaba; incluso si se hubiera tratado de algo de mayor importancia, ella no habría intentado destacarse. Había algo en aquel visitante que la contenía y la mantenía en suspenso, haciéndola comprender que era mucho más importante para ella recibir una adecuada impresión de él que tratar de producírsela. Además, carecía de la suficiente habilidad para causar una impresión que sabía esperada: nada tan satisfactorio como resultar deslumbrante, pero Isabel sentía una irresistible repugnancia a tener que brillar por encargo. Par ser justos, diremos que el señor Osmond tenía la reserva educada de quien no espera nada, una tranquilidad agradable que parecía cubrirlo todo, incluso la primera exhibición de su propio ingenio. Y era cosa tanto más grata cuanto que tenía un semblante sumamente sensible. No era hermoso, pero sí distinguido, con la distinción de aquellos personajes que figuraban en las telas de la galería degli Uffizi. También su voz era distinguida..., cosa de extrañar, pues, a pesar de su claridad, no era dulce. Ése había sido en parte el motivo de que ella se abstuviera de mezclarse en la conversación. La dicción de Osmond era como la vibración del cristal y, si ella hubiese posado el dedo, acaso habría alterado el diapasón y echado a perder el concierto. Sin embargo, tuvo que hablar antes de que él se marchara.

-Madame Merle -dijo él- ha consentido subir a mi atalaya un día de la próxima semana para tomar el té en mi jardín. Sería para mí un placer que usted se dignara acompañarla. Dicen que el sitio es bonito... se disfruta de lo que llaman una vista panorámica. Mi hija también se alegraría... aunque es todavía demasiado jovencita para experimentar fuertes emociones; yo me alegraría mucho... muchísimo... -El señor Osmond se detuvo con un ligero azoramiento sin acabar su frase, y añadió-: Sería para mí una gran satisfacción que usted conociese a mi hija.

Isabel contestó que le encantaría conocer a la señorita Osmond y, si madame Merle la llevaba a lo alto de la colina, le quedaría muy agradecida. Con esta garantía el visitante se despidió, e Isabel creyó que su amiga iba a regañarla por haberse mostrado tan sosa. Pero ante su sorpresa madame Merle, que en verdad no incurría jamás en lo consabido, le dijo al cabo de un momento:

-Ha estado usted encantadora, querida; no se habría podido pedir más. Usted nunca

decepciona.

Un regaño habría sido quizás irritante, aunque era mucho más probable que Isabel lo hubiese asumido bien.

Pero, por extraño que parezca, las palabras pronunciadas por madame Merle fueron las primeras que le produjeron a Isabel cierto desagrado en boca de su aliada.

-Es más de lo que yo pretendía -contestó Isabel fríamente-. Que yo sepa, no tengo obligación ninguna de agradar al señor Osmond.

Madame Merle se sonrojó visiblemente, pero ya se ha visto que no acostumbraba retractarse.

-Hijita -dijo-, no hablaba para él, pobre hombre, sino para usted. Desde luego, no se trata de que usted le guste a él, eso no tiene la menor importancia; pero me pareció que él le gustaba a usted.

-Así es -declaró Isabel con franqueza-. Pero tampoco veo qué importancia pueda tener eso.

-Para mí, sí. Todo lo que le concierne a usted tiene suma importancia para mí -dijo madame Merle con su aire de cansada nobleza-; sobre todo cuando concierne al mismo tiempo a otro buen amigo.

Fueran cuales fueran los deberes de gratitud de Isabel hacia el señor Osmond, hemos de confesar que le parecieron motivo suficiente para hacerle unas preguntas a Ralph. Pensaba que los juicios de Ralph estaban alterados por sus propios padecimientos, pero creía haber aprendido a aplicarles las correcciones oportunas.

-¿Si le conozco? -dijo su primo-. Claro que le conozco, aunque no muy bien desde luego, pero, en conjunto, lo suficiente. No puedo decir que haya cultivado mucho su trato, y, por lo visto, tampoco él ha considerado el mío absolutamente indispensable para su felicidad. ¿Que quién es y qué es? Un americano difuso, indefinido, que ha estado viviendo estos últimos treinta años en Italia. ¿Que por qué le llamo indefinido? Únicamente para disimular mi ignorancia a su respecto, pues no conozco sus antecedentes, su familia ni su origen. Por cuanto sé de él, lo mismo puede ser un príncipe de incógnito, y de hecho lo parece, un príncipe que ha abdicado en un momento de hastío y desde entonces está siempre fastidiado. Antes solía vivir en Roma, pero desde hace unos años ha fijado su residencia aquí; recuerdo haberle oído decir que Roma se había puesto muy vulgar. Él aborrece la vulgaridad, y ése es el aspecto más notable de su carácter, por lo menos el único que yo conozco. Vive de sus rentas, que no creo sean vulgarmente cuantiosas, y es un caballero pobre pero honrado, según dice él mismo. Se casó joven, enviudó joven y me parece que tiene una hija. Tiene también una hermana, casada con no sé qué conde o algo por el estilo de esta parte del país. Tengo entendido que ella es más agradable que él, pero bastante loca. Recuerdo que circulan acerca de ella no pocas historias, y no te recomendaría que la conocieras. Pero, ¿por qué no le preguntas a madame Merle, que sabe de esa gente mucho más que yo?

-Si te pregunto a ti es porque necesito tu opinión tanto como la suya -dijo Isabel.

-¡Mi opinión no cuenta! Si te enamoras del señor Osmond, valiente cosa va a importarte mi opinión.

-Es probable; pero entretanto tiene su importancia. Cuanto más informada esté una sobre los peligros que pueda correr, tanto mejor.

-No estoy de acuerdo contigo... eso hace surgir otros peligros. Vivimos en una época en que oímos demasiadas cosas acerca de la gente. Nuestros oídos, nuestros ojos, nuestras bocas están ahítos de personalidades. No hagas caso de lo que unos te digan de otros. Piensa y juzga de todos y de todo por ti misma.

-Eso es lo que estoy tratando de hacer -dijo Isabel-, pero entonces la gente te cree engreída.

-Tampoco tienes que hacer caso de eso... ahí está la fuerza de mi tesis. No hacer caso

de lo que digan los demás de uno mismo y, menos aún, de lo que digan de tu amigo o de tu enemigo.

Isabel reflexionó un momento y dijo:

-Creo que tienes razón, pero hay algunas cosas de las que no tengo más remedio que hacer caso; por ejemplo, cuando atacan a un amigo mío o cuando me alaban de mí.

-Por supuesto que debes tener la libertad de juzgar al crítico. De todos modos, juzga a la gente como los críticos hacen y acabarás condenándolos a todos -concluyó Ralph.

-Estudiaré al señor Osmond yo misma. He prometido ir a visitarle -dijo Isabel.

-¿A visitarle?

-Es decir, ir allá arriba a ver sus cuadros, su vista panorámica, su hija y no sé qué otras cosas. Madame Merle va a llevarme. Dice que muchas damas van a visitarle.

-¡Ah! Si es con madame Merle, puedes ir con toda confianza -declaró Ralph-. Ella no conoce más que a gente de alto copete.

Isabel no dijo más sobre el señor Osmond, pero al poco señaló a su primo que no la satisfacía mucho el tono que empleaba al hablar de madame Merle.

- Parece como si quisieras insinuar algo acerca de ella. No sé lo que quieres decir, pero si tienes algún motivo para no quererla bien, hay siempre dos caminos: o decir las cosas francamente o no decir nada en absoluto.

Ralph acogió tal censura con mayor seriedad de la que de ordinario solía mostrar.

-Hablo de madame Merle exactamente de la misma forma en que le hablo a ella: con un respeto incluso exagerado.

-Precisamente, exagerado. De eso es de lo que me quejo.

-Si lo hago así es porque exageran los méritos de madame Merle.

-¿Quién? Vamos a ver, dímelo. ¿Yo? Si soy yo, le hago un flaco servicio.

-No, no; es ella misma.

-¡Eso sí que no! ¡Protesto! -exclamó Isabel con ardor-. ¡Si ha habido jamás una mujer con menos pretensiones... !

-Has puesto el dedo en la llaga -la interrumpió Ralph-. Su modestia es exagerada. No abriga pretensiones pequeñas... está en su derecho de tenerlas grandes.

-Entonces es que sus méritos son grandes. ¿No ves que te contradices?

-Sus méritos son inmensos. Es indescriptiblemente intachable, un desierto de virtud sin senda alguna, la única mujer que no concede la menor posibilidad.

-¿Posibilidad de qué?

-Pues, de llamarla necia. Es la única mujer que conozco que sólo tiene ese defecto.

Isabel se volvió con un gesto de impaciencia.

-No te comprendo. Eres demasiado paradójico para mi pobre intelecto.

-Pues te lo voy a explicar. Cuando digo que ella exagera, no quiero decir que lo hace en el sentido vulgar de la palabra: es decir, que fanfarronea, que desorbita, que habla demasiado bien de sí misma. Lo que quiero decir es que lleva tan lejos el anhelo de perfección que... acaba por sobrepasar sus propios méritos. Es demasiado buena, excesivamente generosa, inteligente en demasía, demasiado cumplida, demasiado... todo. En una palabra, es demasiado completa. Te confieso que me ataca los nervios y que siento por ella algo parecido- a lo que aquel ateniense humanísimo sentía por Arístides el Justo.

Isabel miró intrigada a su primo; pero el espíritu burlón, si anidaba en las palabras de Ralph, por esta vez no se asomaba a su rostro.

-¿Querrías desterrar a madame Merle? -preguntó.

-De ningún modo -contestó Ralph-. Es una compañía demasiado buena. A mí, por lo menos, me deleita.

-¡Eres de lo más odioso! -exclamó ella. Luego le preguntó si sabía algo que no hablase en honor de su brillante amiga.

-Absolutamente nada -dijo Ralph-. ¿No ves que eso es lo que te estoy diciendo? Podrás encontrar un puntito negro en el carácter de cualquiera otra persona. Tengo la seguridad de que también podría encontrártelo a ti si le dedicara media hora de tiempo. Por mi parte, yo tengo más manchas que un leopardo. Pero, en madame Merle, ni una; ¡nada, nada, nada!

-Eso es justamente lo que yo creo -afirmó Isabel con un enérgico cabeceo-. Y por eso la quiero tanto.

-Para ti, es una persona extraordinaria. Ya que quieres ver mundo, no puedes encontrar mejor guía que ella.

-Supongo que con eso querrás decir que es una mujer de mundo.

-¿De mundo? Nada de eso -dijo Ralph-. ¡Es el globo del mundo en persona!

No se trataba, como Isabel había querido al principio creer, de un refinamiento de la malicia por parte de Ralph decir que le deleitaba madame Merle. Ralph Touchett tomaba su placer donde lo hallaba y no se habría perdonado a sí mismo una indiferencia total a los hechizos de aquella maestra del arte social. Hay, sin duda, simpatías y antipatías profundas, y podía haber sucedido que, a pesar de la justicia con que él juzgaba a madame Merle, la ausencia de ésta de casa de su madre no hubiera convertido la vida de Ralph en un erial. Pero Ralph Touchett había aprendido a observar más o menos inescrutablemente, y no existía nada tan «sostenido» como presenciar la actuación global de madame Merle. Él la degustaba a pequeños sorbos, le permitía actuar, con un sentido de la oportunidad que ni ella misma habría podido superar. En algunos momentos sentía lástima por ella y, cosa extraña, era en tales ocasiones cuando se mostraba menos generoso. Estaba seguro de que madame Merle había sido enormemente ambiciosa y de que lo por ella logrado quedaba muy por debajo de su secreta medida. A pesar de haberse entrenado a la perfección, su amiga no había alcanzado ninguno de los premios. Seguía siendo nada más que madame Merle, viuda de un negociant suizo, con una pequeña renta y numerosas relaciones, una señora que iba a pasar muchas temporadas en casa de unos y otros, era querida por todo el mundo y a todos «gustaba», como el último libro de habladurías amenas. Había algo trágico en el contraste entre su situación verdadera y la otra media docena de situaciones que a juicio de él suscitaban la esperanza de la dama. La madre de Ralph estaba convencida de que se llevaba muy bien con su amiga. Para la señora Touchett, dos personas que seguían de tal manera dos líneas de conducta tan ingeniosas, tan enteramente personales, por fuerza tendrían mucho en común. Ralph había prestado la debida consideración a la intimidad de Isabel con su eminente compañera, y hacía ya tiempo que en su fuero interno había resuelto que no podía, sin hallar oposición, guardarse a su prima para él solo; y se conformó con sacar el mejor partido de ello, como había hecho con cosas peores. Creía que todo acabaría por arreglarse, y que no podía durar eternamente. Ninguna de esas dos personas superiores conocía tan bien a la otra como se figuraba, y cuando una de ellas hubiera hecho un par de descubrimientos importantes habría, si no una verdadera ruptura, cuando menos un enfriamiento en sus relaciones. Entretanto, él no tenía inconveniente en admitir que la conversación de la dama de más edad era ventajosa para la más joven, pues ésta tenía no poco que aprender, y no cabía duda de que lo aprendería mejor de madame Merle que de cualquier otro maestro de la juventud. En tal caso, no era probable que Isabel sufriese perjuicio alguno.

24

Ciertamente habría sido difícil discernir qué perjuicio pudiera ocasionarle a Isabel su visita a lo alto de la colina del señor Osmond. Nada tan encantador como aquella ocasión... una deliciosa tarde de la primavera toscana en plena sazón. El coche que llevaba a las dos visitantes franqueó la Puerta Romana, pasando por debajo de la enorme y lisa construcción que corona el claro y hermoso arco de aquel portal y le vuelve tan extraordinariamente grandioso, y serpenteó entre plantíos. cercados de altas tapias, detrás de las que la exuberancia de los huertos en flor se desbordaba vertiendo su fragancia, hasta llegar a la diminuta plaza de lo alto de la ciudad, plazuela de curvada traza donde la fachada larga y oscura de la villa ocupada parcialmente por el señor Osmond constituía un elemento imponente. Isabel y su amiga cruzaron un patio amplio, donde una leve penumbra descansaba en la parte baja, mientras que en lo alto el sol acariciaba dos galerías de arcos enfrentadas, deslizándose sobre las esbeltas columnas y las floridas enredaderas que en ellas se enroscaban. Había algo fuerte y grave en aquel lugar y, al contemplarlo, daba cierta sensación de que, una vez dentro, haría falta un acto de energía para salir. Pero en aquel momento, para Isabel no era cuestión de abandonarlo, sino de seguir avanzando. El señor Osmond salió a recibirlas al fresco vestíbulo -incluso en el mes de mayo resultaba fresco- y las hizo pasar al apartamento que ya conocemos.

Madame Merle iba delante y, -mientras Isabel se demoraba un poco hablando con él, ella se adelantó para saludar familiarmente a otras dos personas que estaban sentadas en el salón. Una de ellas era Pansy, a la que besó, y la otra una dama, la hermana del señor Osmond según éste indicó a Isabel, la condesa Gemini.

-Y ésta es mi hijita -dijo-, que acaba de salir del convento.

Llevaba Pansy un vestido corto y blanco, y la rubia cabellera cuidadosamente recogida en una redecilla y los zapatitos atados a los tobillos, a modo de sandalias. Hizo a Isabel una pequeña reverencia conventual y luego se acercó para dejarse besar. La condesa Gemini se limitó a saludar con la cabeza sin levantarse; Isabel observó que se trataba de una mujer de mucho postín. Era delgada, morena, nada hermosa y con facciones que hacían pensar en algún pájaro tropical... nariz larga y picuda, ojos pequeños y vivaces, boca y barbilla notablemente hundidas. Sin embargo, su expresión, gracias a diversas intensidades de énfasis y asombro, de horror y de alegría, no resultaba falta de humanidad; y, por lo que a su apariencia atañía, se veía a las claras que se conocía bien y sabía sacarse partido. Su atuendo, que era voluminoso pero delicado y de llamativa elegancia, tenía destellos de plumaje, y sus actitudes eran tan súbitas y versátiles como la del animal que vive posado en la rama. Tenía mucho estilo, e Isabel, que no había conocido a nadie con tanta clase, la clasificó como el colmo de la afectación. Recordó que Ralph no se la había recomendado como relación deseable, pero se sentía dispuesta a reconocer que, a primera vista, la condesa Gemini no parecía tener grandes profundidades. Sus demostraciones sugerían el violento ondear de una bandera de armisticio general... seda blanca y flameantes gallardetes.

-Creerá lo mucho que me alegro de verla si le digo que he venido porque sabía que usted iba a estar aquí. Yo no vengo nunca a ver a mi hermano; hago que baje él a visitarme. Esta colina suya es atroz, no sé qué gracia le encuentra. De veras, Osmond, vas a ser la ruina de mis caballos el día menos pensado y si les pasa algo no tendrás más remedio que regalarme otro tronco. Hoy los he oído resollar como no tienes idea, te aseguro que es verdad. Es muy desagradable oír jadear a los caballos cuando una está en el coche; parece como si no fuesen lo que deben ser. Yo he procurado tener siempre buenos caballos. Podrá faltarme cualquier otra cosa, pero eso siempre lo he tenido. Mi marido no sabe de muchas cosas, pero

en cuestión de caballos es un genio. Por lo general, los italianos no entienden de caballos, pero mi marido está, según sus escasas luces, a favor de todo lo inglés. Y, como mis caballos son ingleses, sería una verdadera lástima que se echaran a perder. -Y dirigiéndose directamente a Isabel, prosiguió-: Debo decirle a usted que Osmond no me invita con frecuencia; creo que no le gusta tenerme por aquí. Lo de venir hoy ha sido una idea enteramente mía. Me gusta ver caras nuevas, y seguro que es usted novísima. Pero no se siente usted ahí, que ese sillón no es lo que parece. Hay aquí asientos muy buenos, pero otros son horrorosos.

Formuló estas observaciones con toda suerte de respingos y picotazos, de gorgoritos estridentes, y con un acento que tenía un divertido sabor a buen inglés, o mejor dicho a buen hablar de americano en desgracia.

-¿Que no me gusta tenerte, querida? -dijo su hermano-, ¡pero si eres inapreciable!

-Pues yo no veo tales horrores -dijo Isabel, mirando en torno suyo-. A mí me parece todo lo que veo bello y precioso de veras.

-Sin duda tengo algunas cosas buenas -convino el señor Osmond- y, desde luego, lo que no tengo es nada muy malo. Pero tampoco tengo lo que me gustaría.

Permanecía allí de pie con cierta torpeza, sonriendo y mirando en derredor suyo; su actitud era una extraña mezcla de despego e interés. Parecía dar a entender que nada, salvo los «valores» correctos, tenía importancia. Isabel sacó rápidamente la conclusión de que la verdadera sencillez no constituía la divisa de la familia. Hasta la jovencita recién salida del convento que, con su relamido vestidito blanco, con su carita humilde y obediente y sus manos cruzadas delante de ella, estaba allí como en actitud de ir a tomar la primera comunión, hasta esa diminuta hija del señor Osmond, tenía algo de pulido y acabado que no carecía totalmente de artificio.

-Lo que usted habría querido tener-dijo madame Merle-, es algunas cosas de las galerías Uffizi y Pitti; eso es lo que le habría gustado de veras.

-¡El pobre Osmond, siempre a vueltas con sus cortinajes y sus crucifijos! -exclamó la condesa Gemini, que al parecer sólo llamaba a su hermano por el apellido. En realidad, su exclamación no tenía un objetivo concreto; sonrió a Isabel al hacerla y la miró de arriba abajo.

Su hermano no la había oído y aparentaba estar pensando lo que podría decir a Isabel. Por fin, se le ocurrió observar:

-Pero usted querrá tomar el té. Debe de estar muy cansada.

-No; no estoy cansada. ¿Qué he hecho para cansarme?

Experimentaba Isabel cierta necesidad de mostrarse muy directa y de no alardear de nada. Le parecía que algo flotaba en el aire -tal era su impresión general, aunque no sabría decir en qué consistía-, algo que le impedía hacerse notar. Aquella casa, la ocasión, la mezcla de personas allí congregadas, significaban mucho más de lo que a simple vista aparecía. Se proponía tratar de comprender y no limitarse a decir insustanciales bagatelas. La pobre sin duda no se daba cuenta de que muchas mujeres habrían soltado banalidades de buen tono para encubrir el juego de su observación. La verdad era que se sentía un poco alarmada en su orgullo: un hombre del que oyera hablar en términos que despertaban interés y dotado de cualidades que le permitían sobresalir la había invitado a ella, una joven que no prodigaba sus favores, a ir a su casa. Ahora que la tenía allí, era él quien debía hacerles grata la estancia a sus invitadas mediante su ingenio. Pero Isabel no se sintió menos observadora y, a nuestro juicio, tampoco indulgente, al darse cuenta de que el señor Osmond llevaba a cabo aquel empeño con mucho menor complacencia de la que hubiera podido esperarse. Se figuraba que él se estaría diciendo: «¡Qué estúpido he sido al meterme sin necesidad en esto!».

-Estará cansada cuando vuelva a casa, si Osmond le enseña todos sus «bibelots» y le da una conferencia sobre cada uno -dijo la condesa Gemini.

-Yo no tengo ese temor; pero si me canso, por lo menos habré aprendido algo.

-No será mucho, desde luego -dijo el señor Osmond-. En cambio, a mi hermana le espanta aprender.

-¡Oh! No tengo inconveniente en confesarlo. No quiero saber nada más... sé ya demasiadas cosas. Cuanto más sabe una, más desgraciada es.

-No debe usted rebajar el prestigio de la cultura
delante de Pansy, que aún no ha terminado su educación -terció madame Merle con una sonrisa.

-¡Oh! Pansy está por encima del mal -dijo el padre de la niña-. Es una florecilla de convento.

La condesa exclamó, agitando todos sus volantes:

-¡Ah, conventos, dichosos conventos! Que no me vengan a mí con conventos. Allí se aprende de todo. También yo fui una florecilla de convento. Yo no tengo la pretensión de ser buena, pero las monjas, sí. ¿Comprende usted lo que quiero decir? -terminó dirigiéndose a Isabel.

Isabel no estaba muy segura de haberla entendido y se excusó diciendo que no era muy hábil para seguir una discusión. La condesa manifestó entonces que por su parte detestaba también discutir, pero que era gusto de su hermano... que a todo le buscaba las vueltas.

-Para mí -dijo- una cosa gusta o no gusta; desde luego, todo no puede gustar. Pero lo que no se puede es tratar de explicárselo... porque nunca se sabe adonde se va a parar. A veces, hay buenos sentimientos que vienen de muy malas razones, ¿no es cierto? Como también sentimientos muy malos pueden venir de buenas razones. ¿Comprende ahora? A mí no me importan las razones, pero sé lo que me gusta.

-¡Ah, eso es lo importante! -dijo Isabel sonriendo y pensando para sí que el trato con aquella leve y fugaz persona no iba a aportarle ningún reposo intelectual. Si a la condesa le molestaba discutir, tampoco a Isabel le apetecía en aquel momento, y tendió la mano a Pansy con la agradable certeza de que tal ademán no la comprometía a nada que diera pie a una divergencia de opiniones.

Gilbert Osmond parecía tener por irremediable el tono de su hermana y orientó la conversación hacia otro tema. Fue a sentarse junto a su hijita, que había rozado
tímidamente los dedos de Isabel con los suyos; pero acabó por hacerla levantar y colocarla de pie entre sus rodillas, apoyándola contra él y rodeándole con el brazo el leve talle. La muchachita fijó en Isabel una mirada desprovista de interés y, al parecer, vacía de toda intención, pero que parecía a la vez consciente de una atracción. El señor Osmond habló de muchas cosas. Madame Merle había dicho de él que sabía ser agradable cuando se lo proponía y hoy, al final, parecía no solamente habérselo propuesto sino estar resuelto a serlo. Madame Merle y la condesa estaban sentadas un poco aparte, conversando con esa soltura de quienes se conocen perfectamente y no andan con cumplidos. De vez en cuando, Isabel oía que la condesa, queriendo seguir los lúcidos comentarios de su amiga, se lanzaba tras ellos como se lanza un perro en pos del palo que se le ha arrojado. Parecía como si madame Merle estuviera tanteando hasta dónde podía llegar. El señor Osmond hablaba de Florencia, de Italia, del inmenso placer de vivir en ese país y de las cortapisas a este placer. Había, a la vez, satisfacciones e inconvenientes; los últimos eran muy numerosos. Los extranjeros se sentían inclinados a creer que en este país todo era romántico. Era un reducto acogedor para los que habían fracasado humana o socialmente... con lo cual se refería a los que no podían sobreponerse a su sensibilidad. Aquí podían conservarla, en su pobreza y sin caer en el ridículo, como se conserva un legado o un mayorazgo incómodo que no renta nada. Así que había ventajas en vivir en un país que contenía la mayor suma de bellezas del mundo, y ciertas impresiones sólo se podían obtener en él. Aunque otras, favorables a la 'vida, no se

obtenían nunca, y se recibían algunas pésimas. Pero de vez en cuando había una impresión de tal calidad que compensaba todo lo demás. De todos modos, lo cierto era que Italia había echado a perder a mucha gente, y él mismo tenía algunas veces la fatuidad de creer que, si no hubiese pasado allí tantos años de su vida, habría sido un hombre mejor de lo que era. Italia le hacía a uno perezoso, diletante y mediocre; no fomentaba la disciplina del carácter, ni le impulsaba a uno a cultivar la habilidad social y otros «descaros» que a tal punto florecían en París y en Londres.

-Somos deliciosamente provincianos -dijo el señor Osmond-. Por mi parte, comprendo que estoy tan herrumbroso como una llave que no encuentra cerradura. El hablar con usted me afina un poco... y no es que presuma de poder abrir esa complicada cerradura que me imagino ha de ser su intelecto. Pero usted se irá de aquí antes de que la haya visto tres veces, y acaso no vuelva a verla después. Este es el inconveniente de vivir en un país donde la gente está sólo de paso. Si los individuos que vienen son agradables, malo; si son desagradables, mucho peor. Cuando uno empieza a cobrarles afecto o simpatía ya se han ido. Yo me he llevado muchas decepciones, de modo que no me he permitido contraer nuevos afectos, ni experimentar ciertas atracciones. ¿Piensa usted quedarse aquí... establecerse? Eso sería un gran alivio. Ah, sin duda, su tía es una especie de garantía, con ella puede contarse. Es una veterana de Florencia... lo digo en el sentido literal de la palabra: una veterana, no como esos advenedizos actuales. Es una verdadera contemporánea de los Medici, debió de estar presente en la cremación de Savonarola y tengo para mí que echó algún manojo de astillas a la pira. Su cara parece la de un cuadro primitivo: diminuta, seca, definida, con una expresión que quizá fuera muy intensa, pero siempre la misma. Estoy seguro de que puedo mostrarle su retrato en uno de los frescos del Ghirlandaio. Bueno, me imagino que no le molestará que le hable así de su tía, ¿verdad? Se me antoja que no. Tal vez a usted le parezca peor todavía. Le aseguro que en esto no hay falta alguna de respeto hacia ninguna de las dos. Ya sabe que soy un verdadero admirador de madame Touchett.

Mientras su anfitrión procuraba entretener a Isabel de esta manera un tanto confidencial, ella miraba de vez en cuando a madame Merle, quien en una ocasión le devolvió la mirada con una sonrisa vaga en la que no parecía patente ninguna insinuación de que nuestra heroína estuviera luciéndose. Al cabo, madame Merle propuso a la condesa de Gemini salir al jardín, y la condesa se levantó, se sacudió el abundante plumaje y se encaminó hacia la puerta.

-¡Pobre señorita Archer! -exclamó mirando al grupo con expresión compasiva-. La han metido de lleno en la familia.

-La señorita Archer no puede sino sentir simpatía por una familia a la que tú perteneces -respondió el señor Osmond con una risa que, si bien tenía no poco de ironía, manifestaba también una refinada paciencia.

-Ignoro lo que quieres decir con eso. Tengo la seguridad de que ella no verá en mí nada de malo fuera de lo que tú le cuentes. No le crea, señorita Archer, soy mucho mejor de lo que él dice. -Se calló un segundo y prosiguió en el acto-: Bastante necia y aburrida. ¿No le ha dicho nada más? Ah, entonces es que le tiene usted de buen humor. ¿Ha empezado ya a hablar de sus temas favoritos? Le advierto que son dos o tres los que trata á fond. Si se pone en ello, ya puede usted ir quitándose el sombrero.

Isabel, que se había puesto de pie, replicó:

-Me parece que todavía no sé cuáles son los temas favoritos del señor Osmond.

La condesa fingió sumirse en una intensa meditación, oprimiéndose la frente con las yemas de los dedos.

-Voy a decírselo ahora mismo. Uno de ellos es Maquiavelo; el otro Victoria Colonna, y por fin, Metastasio.

-Vamos, venga conmigo -dijo madame Merle, pasando el brazo en derredor del talle de la condesa Gemini, como para conducirla al jardín-. El señor Osmond no se pone nunca tan histórico.

-Bueno, usted sí que es un verdadero Maquiavelo -observó la condesa mientras ambas se alejaban-, una verdadera Victoria Colonna.

-No tardaremos en oír que la pobre madame Merle es Metastasio en persona -suspiró con resignación Gilbert Osmond.

Isabel se había puesto de pie, por creer que también ellos iban a pasar al jardín, pero su anfitrión no parecía inclinado a abandonar la estancia, sino que seguía allí, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mientras su hija, colgada de su brazo, alzaba los ojos para contemplar alternativamente la cara de su padre y la de su visitante. Isabel esperó, con una latente satisfacción, que le dirigieran los movimientos. Le gustaba la conversación del señor Osmond, su compañía, y tenía en aquel momento lo que siempre le produjera una viva emoción: la seguridad de estar haciendo una nueva amistad. Por las puertas abiertas del gran salón vio a madame Merle y a la condesa pasear sobre el fino césped del jardín; se volvió después y recorrió con la mirada las cosas que la rodeaban. Lo acordado había sido que el señor Osmond le mostrara sus tesoros: sus cuadros, sus tallas, que allí parecían verdaderos tesoros. Pasado un momento, Isabel se dirigió a uno de los cuadros para verlo mejor, y, mientras lo hacía, él le preguntó bruscamente:

-Señorita Archer, ¿qué opina usted de mi hermana? Ella se volvió a mirarle con cierta sorpresa.

-Ah, por favor, no me lo pregunte... apenas si la he visto unos instantes.

-Cierto, apenas la ha visto... pero habrá observado que tampoco hay gran cosa que ver. ¿Qué piensa usted del tono general de nuestra familia? -prosiguió él con su fría sonrisa-. Me gustaría saber de qué manera impresiona a una mente fresca y libre de prejuicios. Ya sé lo que va usted a decirme, que apenas ha tenido tiempo de observarla. Ni que decir tiene que ha sido sólo un primer vistazo. Pero, en lo sucesivo, si la ocasión vuelve a presentársele, no deje de observar. A veces pienso que nos hemos aventurado por un camino errado, al vivir aquí entre cosas y gentes que no son las nuestras, sin responsabilidades ni ataduras, sin cohesión ni apoyo; casándonos con extranjeros, forjándonos gustos artificiales, haciéndole trampas a nuestra misión natural. De todos modos, permítame añadir que todo esto lo digo mucho más por mí que por mi hermana. Ella es una dama muy honesta, mucho más de lo que parece. Es bastante desgraciada y, como no es de carácter muy serio, no tiende a manifestarlo por lo trágico, sino que prefiere explotar el lado cómico de la cosa. La pobre tiene un marido insoportable, aunque no estoy seguro de que sepa manejarlo. Indudablemente un marido insoportable es algo muy incómodo. Madame Merle le da de vez en cuando sabios consejos a mi hermana, pero viene a ser lo mismo que darle a un niño un diccionario para que aprenda un idioma: podrá el niño leer las palabras, pero no sabrá cómo unirlas. Mi hermana precisa una gramática, pero desgraciadamente no es una persona gramatical. Disculpe usted que la haya aburrido con estos detalles. Razón tenía mi hermana al decir que ya la habíamos metido en la familia. Voy a bajar este cuadro; necesita más luz para verlo.

Descolgó el cuadro, lo llevó cerca de la ventana y refirió algunos datos sobre él. Isabel contempló las otras obras de arte y él le fue ampliando la información, como parecía oportuno hacer con una joven que había ido de visita en una tarde de verano. Sus cuadros, medallones y tapices eran sumamente interesantes; pero, al cabo de un rato, Isabel se percató de que su dueño lo era mucho más todavía, e independientemente de ellos, por mucho que parecieran pesar en su vida. No se parecía a nadie que ella hubiera visto. La mayoría de las personas que ella conocía podía dividirse en grupos de media docena de ejemplares. Había un par de excepciones, pues, a decir verdad, no acertaba a imaginar ningún 4o ($ de incluir a su tía Lydia. Otros individuos podían considerarse, hablando en términos relativos, originales -

originales, digamos, por pura cortesía-, como, por ejemplo, el señor Goodwood, su primo Ralph, Henrietta Stackpole, lord Warburton y madame Merle. No obstante, en lo esencial, si los miraba atentamente, comprendía que pertenecían a ciertas categorías que ya estaban presentes en su imaginación. En cambio, su imaginación no tenía sitio apropiado para colocar al señor Osmond... que era, en verdad, un caso aparte. No era que Isabel reconociera todas estas verdades de inmediato, pero sí iban ordenándose ante ella. De momento, sólo se dijo a sí misma que aquella «nueva relación» podría llegar a parecerle la más distinguida de todas. Madame Merle había hecho sonar, ciertamente, esa nota de exquisita rareza, pero ¡de qué distinta manera sonaba cuando el que la emitía era un hombre! No era tanto lo que él decía o hacía, sino lo que guardaba para sí, lo que a los ojos de Isabel le imprimía al señor Osmond esa marca de singularidad, como la que él le mostraba en el dorso de los platos antiguos y en el ángulo de los bocetos del siglo dieciséis. No se esforzaba él en tratar de distinguirse de lo corriente, y era original sin ser excéntrico. Nunca se había Isabel tropezado con un hombre de calidad tan elevada. Para empezar, su singularidad era, ante todo, física y se iba extendiendo a lo impalpable. Su cabello delicado y espeso, sus facciones perfectamente dibujadas, casi retocadas, su piel clara, saludable sin tosquedad, su barba perfectamente recortada y aquella constitución ágil y armónica que hacía que el movimiento de uno solo de sus dedos produjera el efecto de un gesto expresivo... todos estos detalles personales le parecían a nuestra sensible heroína signos indiscutibles de calidad e intensidad, y en cierto modo susceptibles de despertar interés. Sin duda alguna era exigente y crítico, y tal vez fácilmente irascible; un hombre a merced de su sensibilidad, acaso excesivamente dominado por ella, sensibilidad que le había llevado a gastar poca paciencia con las perturbaciones vulgares y a vivir para sí en un mundo seleccionado, tamizado y arreglado a su manera, donde entregarse de lleno a la meditación artística, a la belleza y a la historia. Para todo había consultado únicamente su propio gusto y nada más, como el enfermo que se sabe condenado consulta sólo a su abogado; todo eso era lo que le distinguía tan extraordinariamente de los demás. Ralph poseía también algo de esa rara cualidad, esa apariencia de creer que la vida era un asunto para connaisseurs, pero en Ralph era una anomalía, una especie de excrecencia humorística, mientras que en el señor Osmond era la tónica, a la que se ajustaba toda su vida. Isabel estaba lejos de comprenderle por completo; el sentido de sus palabras no siempre era obvio. Por ejemplo, resultaba difícil saber qué quería decir al hablar de su propio lado provinciano, que era precisamente el lado que en opinión de Isabel le faltaba. Y se preguntaba si sería una paradoja dicha por él con el propósito de desconcertarla, o si sería el producto más refinado de una cultura exquisita. Confiaba en esclarecerlo con el tiempo, pues sería cosa sumamente interesante. Si era provinciano el disponer de aquella armonía, ¿en qué estribaba la superioridad de la capital? Creyó Isabel que podría hacerle tal pregunta, a pesar de sentir que su anfitrión era un hombre tímido, ya que una timidez como la suya -la de los nervios a flor de piel y de la fina percepción- era perfectamente compatible con la mejor educación. De hecho, era casi señal de unas pautas y unos cánones fuera de lo vulgar; sin duda estaba seguro de que el estar en primera línea de acción era cosa de gente ordinaria. No era hombre que gozara de un gran aplomo, de esos que charlan y hablan por los codos con esa fluidez propia de los caracteres superficiales; era crítico consigo mismo, como también con los demás y, al exigir mucho a los demás para considerarlos agradables, probablemente contemplaba con ironía lo que él mismo podía ofrecer; algo que demostraba que no era un presuntuoso. De no haber sido tímido, no habría podido realizar aquella conversión sutil, gradual y triunfante de su condición, que constituía todo lo que a la joven le agradaba y la desconcertaba. El preguntarle de improviso qué opinaba de la condesa Gemini era una prueba indiscutible de que sentía interés por Isabel, ya que de sobra conocía a su hermana y de nada le hubiera servido la opinión ajena. Y el hecho de que demostrase tal interés denotaba un espíritu

curioso, si bien era un poco singular, que sacrificara el sentimiento fraternal a su curiosidad. Eso era lo más excéntrico de cuanto había hecho.

Más allá de aquella habitación en donde la había recibido, se hallaban otras dos, llenas asimismo de objetos románticos, en las que Isabel pasó otro cuarto de hora. Todo lo que contenían era sumamente precioso y raro, y el señor Osmond continuó mostrándose un «cicerone» de lo más amable y la condujo de una a otra habitación, llevando todavía a su hija de la mano. Aquella amabilidad casi sorprendía a la joven, que se preguntaba por qué se tomaba el señor Osmond tantas molestias por ella; y al final, aquella acumulación de belleza y saber en que se veía inmersa acabó por abrumarla. Ya era bastante por aquella vez. Había dejado de escuchar lo que él le decía, y aunque lo miraba con atención no pensaba en sus palabras. Probablemente, él la consideraba mucho más avispada, más inteligente y mejor preparada de lo que en realidad era. Acaso madame Merle había exagerado afablemente; lo cual sería una lástima porque, al final, él no dejaría de descubrirlo; y en tal caso, ni aun la gran inteligencia de la joven conseguiría que él se perdonase su propio error. Parte del cansancio de Isabel provenía del esfuerzo que hacía para parecer tan inteligente como se imaginaba que madame Merle la había descrito, y del temor (muy insólito en ella) de revelar, no ya su ignorancia -cosa que le importaba bastante poco- sino su posible falta de finura en la comprensión. Nada la habría atormentado tanto como dar a entender que le gustaba algo que él, dado sus superiores conocimientos, pensase que no debía gustarle, o no fijarse en algo que una inteligencia cultivada nunca habría pasado por alto. No experimentaba el menor deseo de incurrir en la actitud grotesca en que había visto a algunas mujeres (y eso era una advertencia) zozobrar con tanta serenidad como desdoro. Por ello tenía sumo cuidado con lo que decía, así como con lo que observaba o dejaba de observar, infinitamente más cuidado del que tuviera hasta entonces.

Después de ese recorrido por las dos habitaciones, volvieron a la primera, donde ya estaba servido el té, pero como las otras damas seguían en la terraza, y dado que Isabel no había tenido aún ocasión de contemplar la vista panorámica -atracción principal de la casa del señor Osmond-, éste la condujo sin demora al jardín. Madame Merle y la condesa habían hecho sacar asientos y, como era una tarde deliciosa, la condesa propuso que tomasen el té al aire libre. Encargaron a Pansy que avisara al criado para que hiciese lo necesario. El sol había ido descendiendo, su luz dorada tenía un tono más intenso, y sobre las montañas y la llanura que se extendían ante la vista se acumulaban sombras purpúreas que resplandecían con la misma brillantez que los lugares todavía iluminados. Un indefinible encanto parecía flotar sobre el panorama. Había en el aire una quietud casi solemne, y la anchura del paisaje, con su cultura ajardinada y su nobleza de diseño, con su fértil valle y sus desgastadas colinas, sus toques de población tan peculiarmente humanos, era toda armonía y gracia clásica. Osmond condujo a Isabel hasta uno de los ángulos de la terraza y allí observó:

-Parece usted tan complacida que casi me atrevo a confiar en que se dignará volver.

-Seguro que volveré -contestó ella-, aunque usted pretenda que es contraproducente vivir en Italia. ¿Qué era eso que decía acerca de la misión natural de cada uno? No sé si yo faltaría a mi misión natural al establecerme en Florencia.

-La misión natural de una mujer es quedarse donde más se la estime.

-El problema está en averiguar qué sitio es ése.

-Sin duda... y a veces ella pierde mucho tiempo en esta indagación. Hay que hacérselo comprender.

-Por lo menos, a mí habrá que demostrármelo con claridad -dijo Isabel sonriendo.

-Yo celebro, en todo caso, que hable de establecerse aquí. Madame Merle me había hecho pensar que tenía usted un espíritu andariego. Creo que me habló de que usted tenía el proyecto de dar la vuelta al mundo.

-La verdad es que me avergüenzo de mis proyectos, porque hago uno nuevo cada día.

-No veo por qué habría usted de avergonzarse. No hay placer comparable a ése.

-A mí entender, parece una frivolidad. Una debe decidirse por algo definido, después de pensarlo bien, y ser fiel a ello.

-Según esta regla, yo no he sido frívolo.

-¿Usted nunca ha hecho planes?

-Sí. Años atrás hice uno, y hasta el día de hoy sigo realizándolo.

-Debió de ser un plan muy agradable -se permitió observar Isabel.

-Era muy sencillo. Vivir tan tranquilo como me fuera posible.

-¿Tranquilo? -repitió la joven.

-Sí. No preocuparme... no ambicionar, no luchar. Resignarme, contentarme con poco. -Dijo esas frases lentamente, espaciándolas con breves pausas, y fijando sus ojos llenos de inteligencia en los de su visitante, con la plena conciencia del hombre que se decide a confesar algo.

-¿Y a eso le llama usted sencillo? -preguntó ella con suave ironía.

-Sí, porque es negativo.

-¿Entonces su vida ha sido negativa?

-Llámela positiva, si le agrada. Aunque sólo ha logrado afirmar mi indiferencia. Pero fíjese bien; no mi indiferencia natural, de la cual carecía, sino mi renunciación voluntaria, estudiada a conciencia.

Isabel apenas le entendía. Debía desentrañar si hablaba en broma o en serio. ¿Cómo era posible que un hombre, que a sus ojos poseía tantas reservas mentales, se mostrara de pronto tan confidencial? Sin embargo, eso era asunto de él, y sus confidencias eran realmente interesantes.

-La verdad, no veo por qué tenía que renunciar -dijo pasado un momento.

-Porque no podía hacer nada. No tenía grandes perspectivas. Era pobre y no era un genio, ni siquiera tenía grandes cualidades; supe valorarme desde muy joven. Era, sencillamente, el jovencito más descontentadizo de la Tierra. Había dos o tres individuos en el mundo a quienes envidiaba, como el zar de Rusia y el sultán de Turquía. E incluso en ciertos momentos envidiaba al papa de Roma... nada más que por el respeto de que disfruta. Me hubiera agradado gozar de tanta consideración; pero, como eso era imposible tampoco quise conformarme con menos, y resolví no aspirar a honores de ninguna clase. El más menesteroso de los caballeros puede respetarse siempre a sí mismo, y yo, aunque menguado, era por fortuna un caballero. En Italia no podía hacer nada... ni siquiera ser un patriota italiano. Para serlo habría tenido que marcharme del país, y estaba demasiado encariñado con él para abandonarlo; aparte de que me satisfacía demasiado, hablando en términos generales, tal como era entonces, para querer cambiarlo. De manera que me he pasado muchísimos años aquí, en perfecta calma, realizando el plan de que antes le hablé; y puedo decir que no he sido desgraciado del todo. Esto no implica que no me haya interesado por nada, sino que las cosas que me han interesado han sido siempre definidas, limitadas. Los acontecimientos de mi vida han pasado completamente inadvertidos para todos, excepto para mí mismo: adquirir un antiguo crucifijo de plata a precio de ganga (nunca he comprado nada caro, desde luego), o descubrir, como descubrí una vez, un boceto de Correggio en una tabla que un idiota inspirado había emborronado.

Habría sido un recuento bastante árido de la carrera del señor Osmond si Isabel lo hubiera creído a pie juntillas; pero la imaginación de la joven suplió el elemento humano que a buen seguro no había faltado. La vida de Osmond se había mezclado con otras vidas mucho más de lo que él confesaba, aunque, naturalmente, ella no esperaba que entrase en ese tema. Por el momento, Isabel se abstuvo de provocar otras revelaciones; insinuar que él no lo había dicho todo habría sido mostrarse más familiar y menos considerada de lo que ella deseaba mostrarse... habría sido de una vulgaridad escandalosa. Ciertamente él le había dicho ya

bastante. Pero, en aquel momento, ella se sentía inclinada a expresarle su enhorabuena por haber logrado conservar su independencia.

-Indudablemente, es una vida muy grata renunciar a todo... menos a Correggio.

-¡Oh! A mi manera le he sacado partido. No crea que me lamento. Si uno no es feliz, la culpa es suya.

Éste era un pensamiento elevado y ella permaneció en un plano más terrestre.

-¿Ha vivido siempre aquí? -preguntó.

-No siempre. Viví mucho tiempo en Nápoles y algunos años en Roma, pero aquí llevo ya bastante tiempo. Acaso tenga que cambiar; hacer algo distinto. Ya no puedo pensar sólo en mí. Mi hija está creciendo y es muy posible que los crucifijos y los Correggios le interesen mucho menos que a mí. Tendré que hacer lo que sea más conveniente para ella.

-Sí, eso es lo que debe hacer. Es una criatura encantadora -dijo Isabel.

-¡Ah! ¡Es una santa bajada del cielo, mi verdadera felicidad! -exclamó Gilbert Osmond.

25

Mientras continuaba este coloquio bastante íntimo (que se prolongó más allá del punto en que lo hemos dejado), madame Merle y su compañera, poniendo fin a su silencio de cierta duración, comenzaron a intercambiar comentarios.

Estaban sentadas en una actitud de silenciosa expectativa, sobre todo la condesa Gemini que, de temperamento mucho más nervioso, no tenía tanta habilidad como su amiga para disimular la impaciencia. Lo que ambas estaban esperando no era cosa fácil de adivinar y tal vez ellas mismas no lo tuvieran muy definido. Madame Merle esperaba a que el señor Osmond liberase a su joven amiga de aquel prolongado téte-á-téte, y la condesa esperaba porque eso hacía madame Merle. No obstante, la condesa, quizás a fuerza de esperar, vio llegado el momento de soltar una de sus lindas perversidades. Quizá llevara unos minutos queriendo colocarla. Mientras su hermano se alejaba con Isabel hasta el extremo del jardín, ella les siguió con la vista y dijo:

-Querida, me disculpará si no la felicito.

-¡De muy buen grado, porque no tengo idea de por qué habría usted de felicitarme!

La condesa, indicando con un movimiento de cabeza a la distante pareja, preguntó:

-¿No tiene usted un pequeño plan que le parece muy grato?

Los ojos de madame Merle tomaron la misma dirección y, luego, miró serenamente a su vecina.

-Ya sabe usted que nunca la comprendo bien del todo -contestó con una sonrisa.

-Sin embargo, cuando quiere, no hay quien comprenda mejor. Pero veo que ahora no quiere.

-Me dice usted unas cosas que nadie me ha dicho nunca -observó madame Merle con una seriedad desprovista de amargura.

-¿Cosas que no le agradan? ¿No dice Osmond muchas veces cosas por el estilo?

-Pero todo lo que dice su hermano tiene una finalidad.

-Sí, a veces llena de veneno. Si usted quiere dar a entender que no soy tan inteligente como él, no piense que esa apreciación suya va a causarme desazón; pero será mejor que me entienda.

-¿Por qué? ¿A qué nos conduciría eso? -preguntó madame Merle.

-Si yo no apruebo su plan, usted debería saberlo para poder medir el peligro que mi intervención podría suponer.

Madame Merle la miró como si estuviera dispuesta a admitir que en eso podía haber algo de verdad; pero, al cabo de un instante, contestó con toda calma:

-Usted me cree mucho más calculadora de lo que soy.

-No es de que haga cálculos de lo que me quejo; es que creo que ha calculado usted mal. Por lo menos, en este caso.

-Mucho tiene que haber calculado usted misma para descubrirlo.

-No, por cierto, porque no he tenido tiempo -dijo la condesa-. Ésta es la única vez que he visto a la muchacha, y he adquirido de pronto ese convencimiento. Me gusta mucho.

-También a mí -dijo con toda sencillez madame Merle.

-Pues tiene usted una extraña manera de demostrarlo.

-No me negará que le he hecho un favor a esa chica al presentársela a usted.

La condesa soltó uno de sus desafinados grititos, diciendo:

-Esa es una de la mejores cosas que podrían sucederle.

Madame Merle guardó silencio durante un rato. La actitud de la condesa le parecía repulsiva, verdaderamente rastrera, pero eso provenía de una antigua historia; y, fijando los ojos en la ladera color violeta del monte Morello, hizo suavemente esta reflexión:

-Le aconsejo que no se agite. El asunto en cuestión concierne a tres personas de voluntad mucho más fuerte que la suya.

-¿Tres personas? Usted y Osmond, desde luego. Pero ¿también la señorita Archer es voluntariosa?

-Tanto como nosotros.

-¡Ah! En ese caso -dijo radiante la condesa-, si llego a convencerla de que debe resistir, lo hará admirablemente.

-¿Resistir? ¿Por qué se expresa usted de manera tan burda? Isabel no está expuesta a coacciones ni engaños.

-No estoy segura. Usted y Osmond son capaces de todo. No digo Osmond solo, ni tampoco usted sola. Pero la. verdad, juntos son peligrosos, como una terrible combinación química.

-En este caso, más valdrá que nos deje usted tranquilos -advirtió sonriendo madame Merle.

-No pienso meterme con ustedes..., pero hablaré con esa joven.

-Mi pobre Amy -murmuró madame Merle-, no sé qué se le ha metido en la cabeza.

-Me intereso por la joven. Eso es lo que se me ha metido en la cabeza. Me gusta la muchacha.

-Pues no creo que usted le guste a ella -dijo madame Merle tras dudar un breve instante.

La condesa abrió de par en par sus brillantes ojillos y en su rostro se perfiló una mueca.

-¡Ah! Hasta sola es usted peligrosa.

-Si usted quiere gustarle, no le hable mal de su hermano -le aconsejó madame Merle.

-No pretenderá decirme que Isabel se ha enamorado de él en sólo dos encuentros.

Madame Merle contempló un momento a Isabel y al dueño de la casa. Él estaba apoyado contra el parapeto, con los brazos cruzados y de frente a ella; y era evidente que la joven no estaba absorta en el mero panorama impersonal, a pesar de mirarlo con persistencia. Mientras madame Merle la contemplaba, bajó los ojos. Acaso estuviera escuchando con cierta turbación, hincando en la tierra del camino la contera de su sombrilla. Madame Merle se levantó del sillón.

-¡Sí, eso creo! -declaró.

Convocado por Pansy, el raído lacayo -que, por lo deslustrado de su librea y su aspecto estrafalario, parecía escapado de algún boceto extraviado de antiguas usanzas, «retocado» por el pincel de un Longhi o de un Goyallegó, al fin,, con una mesita que dejó sobre el césped para volver a buscar el servicio del té, después de lo cual desapareció otra vez y regresó con otras dos sillas. Pansy había observado con interés todas estas idas y venidas, las manos cruzadas delante de su corto vestido; pero no se le había ocurrido proponer su ayuda. No obstante, una vez todo dispuesto, se acercó a su tía para preguntarle:

-Tía, ¿ crees que papá me dejará preparar el té?

La condesa la contempló de arriba abajo con una mirada voluntariamente crítica.

-Pero sobrinita querida, ¿es éste tu mejor vestido?

-¡Oh, no, tía!; es una «toilette» para las ocasiones corrientes.

-¿Y te parece corriente la ocasión cuando yo vengo a verte... por no hablar de madame Merle y de esa señorita tan guapa?

Pansy reflexionó un momento, pasando su mirada grave de una a otra de las dos damas. Después apareció en su rostro su sonrisa perfecta.

-Tengo un vestido bonito, pero es también muy sencillo. ¿Para qué lo voy a mostrar al lado de estas cosas tan elegantes que llevan ustedes?

-Porque es el más bonito que tienes; para mí debes ponerte siempre lo más bonito. No dejes de ponértelo la próxima vez. Ya veo que no te visten todo lo bien que debieran.

La niña se alisó brevemente la anticuada falda.

-¿No te parece un vestido a propósito para servir el té? ¿Crees que papá me dejará hacerlo?

-Me es imposible decírtelo, hijita -dijo la condesa-. Las ideas de tu padre me resultan insondables... Madame Merle las comprende mejor. Pregúntale a ella.

Madame Merle sonrió con su gracia habitual.

-Es una cuestión muy grave...; déjame pensar. Me parece que a tu papá le agradaría que su hacendosa hijita le preparara el té. Es la obligación de la hija de la casa..., cuando ya es mayor.

-¡Eso me parecía a mí, madame Merle! -exclamó Pansy-. Ya verá lo bien que lo hago; una cucharadita
por cabeza... -Y empezó a ajetrearse con las cosas de la merienda.

-Para mí dos cucharaditas -dijo la condesa que, junto con madame Merle, estuvo observándola unos momentos-. Dime, Pansy -añadió por fin-, ¿qué te parece la señorita que ha venido a visitarte?

-No ha venido a visitarme a mí, sino a papá -contestó Pansy.

-A ti también -dijo madame Merle, persuasiva.

-Me alegro mucho de saberlo. Ha sido muy amable conmigo.

-¿Te gusta, entonces? -preguntó la condesa.

-Es encantadora, encantadora -repitió Pansy con su pulcro tonillo conversacional-. Me gusta enormemente.

-¿Te parece que le gusta también a tu papá?

-Por favor, condesa -murmuró madame Merle con acento disuasorio-. Anda, avísales que ya está listo el té -añadió dirigiéndose a la muchachita.

-Ya verá cómo les gusta -declaró Pansy, corriendo a avisar a los otros dos, que seguían conversando al extremo del jardín.

-Si la señorita Archer va a ser su madre, es interesante saber si a la niña le agrada -manifestó la condesa.

-Si su hermano vuelve a casarse -repuso madame Merle-, no será por darle gusto a su hija. La muchacha va a cumplir dieciséis años, y pronto le hará más falta un marido que una madrastra.

-¿Se encargará usted de buscarle también marido?

-Sin duda, pondré el mayor interés en que contraiga un matrimonio acertado. Me imagino que usted hará otro tanto.

-¡Desde luego que no! -exclamó la condesa-. ¿Por qué voy a ser yo, precisamente, quien conceda tanto valor a un marido?

-Usted no ha tenido suerte en su matrimonio, a eso me refiero. Cuando digo un marido, quiero decir un buen marido.

-No ¡os hay buenos; y Osmond no lo será.

Madame Merle cerró los ojos un instante.

-Usted está irritada -dijo al poco-, no sé por qué. Estoy segura de que en el fondo no se opone a que se casen su hermano o su sobrina, cuando llegue el momento. Por lo que a Pansy respecta, yo confío en que un día tendremos el placer de buscarle marido las dos juntas. Las muchas relaciones que usted tiene serían de gran utilidad.

-La verdad, sí, estoy irritada. Usted me irrita a menudo. En cambio, esa frialdad suya es formidable. ¡Qué mujer tan extraña es usted!

Madame Merle, como si no la hubiese oído, prosiguió:

-Como digo, será mucho mejor que actuemos juntas.

-¿Lo dice como amenaza? -preguntó la condesa, poniéndose en pie.

Madame Merle meneó la cabeza, como si esa pregunta la divirtiera.

-¡No, desde luego! ¡No tiene usted la misma frialdad que yo!

Isabel y el señor Osmond se acercaban despacio hacia ellas; Isabel había tomado a Pansy de la mano.

-¿No me dirá que cree que Osmond la haría feliz?

-Estoy segura de que, si se casara con la señorita Archer, se conduciría como todo un caballero.

La condesa adoptó una serie de poses:

-¿Quiere usted decir como se conducen la mayoría de los caballeros? ¡Pues sí que sería de agradecer! Por descontado, Osmond es un caballero; no hace falta que se lo recordemos a su hermana. ¿Pero acaso él cree que puede casarse con la primera muchacha en quien ponga los ojos? Que Osmond es un caballero, de eso no hay la menor duda; pero le aseguro que en la vida he visto a nadie con las pretensiones que tiene Osmond. Lo que no sé es en qué se fundan. Soy su hermana y debería saberlo. Pues confieso que estoy aún en ayunas. Dígame, ¿quién es, qué ha hecho en su vida? Si en sus orígenes hubiera algo verdaderamente extraordinario, si estuviera fabricado de alguna arcilla especial, me imagino que algo de ello me habría tocado a mí. Si en nuestra familia hubiese habido cosas de gran honor o de esplendor deslumbrante, es seguro que yo habría sacado el mejor partido de ellas y que se habrían exteriorizado mejor a través de mí. Pero el caso es que no hay nada, absolutamente nada de eso, nada de nada. Nuestros padres eran gente encantadora, como lo éramos también nosotros. Todo el mundo es hoy gente encantadora; hasta lo soy yo misma.... no se ría usted, lo digo tal como lo siento. Por su parte, Osmond ha actuado siempre como si descendiera de los mismos dioses del olimpo.

-Usted podrá decir lo que se le antoje -contestó madame Merle, de quien cabía creer que no había prestado menos atención a aquella salida de la condesa pese a haber apartado sus oídos de ella y haberse entretenido en arreglar los lazos de las cintas de su vestido-. Ustedes, los Osmond, son gente de una raza fina, su sangre debe de fluir de una fuente muy pura. Su hermano, con lo inteligente que es, ha abrigado siempre esa convicción aunque no tenga

en qué fundamentarla. Usted se muestra harto modesta sobre ello, pero también es sumamente distinguida. Y de su sobrina, ¿qué me dice? Parece una princesita de cuento de hadas. -Se calló un breve instante y prosiguió-: De todas maneras, no crea usted que va a ser cosa tan fácil para Osmond casarse con la señorita Archer. Que pruebe, a ver.

-Espero que ella lo rechace. Eso le hará bajar un poco de su pedestal.

-Sin embargo, no olvide que es uno de los hombres más brillantes que existen.

-Ya se lo he oído decir más de una vez, pero el caso es que yo no he podido descubrir lo que hasta ahora ha hecho.

-¿Qué ha hecho? Pues no hacer nada que no debiera y saber esperar.

-¿Esperar qué, el dinero de la señorita Archer? En resumidas cuentas, ¿cuánto tiene?

-No era eso lo que yo quería decir -contestó madame Merle-. Por lo demás, la señorita Archer tiene sesenta mil libras.

Al oír tal suma, la condesa declaró:

-Es una verdadera lástima que sea tan atractiva. Para ser sacrificada, cualquier otra habría estado bien. No tiene por qué ser una mujer superior.

-Si no fuese una mujer superior, su hermano no se dignaría siquiera mirarle a la cara. Él merece llevarse lo mejor.

Se adelantaron al encuentro de los otros madame Merle y la condesa, y ésta concluyó, diciendo:

-Sí, es muy difícil de contentar. Eso es precisamente lo que me hace temer por su felicidad.

26

Gilbert Osmond fue a ver de nuevo a Isabel, es decir, fue al Palazzo Crescentini. Tenía allí, desde luego, otros amigos, y tanto con la señora Touchett como con madame Merle se comportaba siempre con exquisita e imparcial cortesía. La primera de estas dos damas observó que en el transcurso de dos semanas había ido de visita al palacio cinco veces y recordaba que el año anterior, durante todo el tiempo de su estadía en Florencia, no le había hecho más que dos visitas, y no le pareció que precisamente escogiera para hacerlas los momentos en que madame Merle se hallase bajo su techo. Seguramente no iba por madame Merle, pues eran viejos amigos y él no salía exclusivamente para verla. En cuanto a su hijo, la verdad es que no sentía una gran inclinación por él -el mismo Ralph se lo había confesado-, y no era de suponer que, de la noche a la mañana, hubiera cambiado del todo y sintiera ahora un gran interés por el joven enfermo. Por lo demás, Ralph se mantenía imperturbable en su aparentemente perezosa cortesía, que le envolvía como un abrigo mal hecho pero del que nunca se despojaba. Creía que el señor Osmond era un excelente compañero de conversación y no le desagradaba verle de vez en cuando, de modo que lo acogía con hospitalidad. No quería ello decir que se hiciese la ilusión de que el señor Osmond quisiera reparar su error del año anterior menudeando ahora las visitas; veía con claridad lo que ocurría. La verdadera atracción la constituía Isabel, y eso bastaba como motivo para las visitas. Como Osmond era un crítico, un curioso investigador de todo lo exquisito, nada de extraño tenía que experimentase la natural curiosidad por aquella extraña aparición. De manera que, cuando su madre le dijo que estaba claro como el agua lo que al señor Osmond le interesaba, Ralph contestó que él era de la misma opinión.

Desde hacía mucho tiempo, la señora Touchett había reservado un lugar en la lista de sus relaciones para ese caballero, a pesar de barruntar oscuramente mediante qué artes y procedimientos -tan negativos e ingeniosos ambos- había llegado a imponerse dondequiera que se presentara. Como jamás había sido un visitante importuno, no había tenido tiempo ni ocasión de resultar ofensivo y, a sus ojos, destacaba grandemente el hecho de que él podía prescindir de ella, lo mismo que ella podía prescindir por completo de él, cualidad que, por extraña que parezca, era la mejor de todas las que podían aprovecharse para entablar con la señora Touchett una agradable relación. No obstante, no le agradó pensar que se le hubiese metido en la cabeza el casarse con su sobrina. Se le antojaba que, por parte de Isabel, semejante unión parecería el efecto de una perversidad morbosa. La señora Touchett se acordaba perfectamente de que la joven había rechazado a un par inglés; y el hecho de que una muchacha con la que en balde había luchado lord Warburton fuera a contentarse ahora con un oscuro dilettante americano de edad ya madura, con una hija incauta y una renta insuficiente, era algo que no respondía a su idea del éxito en la vida. Como se verá, por lo que al matrimonio concernía, ella no consideraba el asunto desde el punto de vista sentimental, sino político, punto de vista que tiene siempre no poco a su favor. Así, al hablar de ello, le dijo a Ralph: «No creo que Isabel vaya a cometer la locura de escucharle». A lo que el hijo contestó diciendo que una cosa era que Isabel escuchase y otra que respondiera. De sobra sabía él que su prima había escuchado ya varios partidos, como su padre se complacía en decir, pero les había hecho a su vez escucharla; y le divertía grandemente la idea de que en los pocos meses que la conocía hubiese ya otro pretendiente rondándola. Lo que ella necesitaba era conocer la vida, y el hecho de poseer una fortuna le brindaba tal posibilidad y servía su gusto. Unos cuantos pretendientes arrastrándose de rodillas ante ella podrían hacerle tanto bien como cualquier otra cosa. Ralph pensaba ya en el cuarto, en el quinto, quizás en el décimo pretendiente, pues no creía que su prima pudiese hacer alto en el tercero. Mantendría ella siempre su puerta de par en par abierta y se mostraría dispuesta a parlamentar, pero era seguro que no dejaría entrar al número tres para que se quedase. Poco más o menos, éstas fueron las palabras con que Ralph expresó su opinión a su madre, quien parecía mirarle como si le estuviese viendo bailar la jiga. Tenía una manera tan fantástica y pintoresca de decir las cosas que lo mismo hubiera podido dirigirse a ella con el alfabeto de los sordomudos.

Al cabo de un momento, ésta dijo:

-Me parece que no te entiendo; empleas demasiadas figuras al hablar y yo nunca he podido comprender las alegorías. Para mí las dos únicas palabras del lenguaje dignas de respeto son: sí y no. Y si a Isabel se le mete en la cabeza casarse con el señor Osmond, lo hará pese a todas las imágenes que se te ocurran, a pesar de todas tus comparaciones. Por lo menos, que encuentre por sí sola a la persona apropiada para cada una de las cosas que emprenda. Sé muy poco del joven pretendiente de América, y no creo que ella pierda mucho tiempo pensando en él, por lo que me figuro que se habrá cansado ya de esperarla. Si ella considera deseable a Osmond desde cierto punto de vista, no habrá nada en el mundo capaz de impedirle que se case con él. Me parece perfecto. No hay quien apruebe de mejor grado que yo eso de que una haga lo que le gusta; pero el caso es que a ella le gustan cosas muy raras. Isabel es capaz de casarse con el señor Osmond nada más que por la brillantez de sus ideas o porque posee un autógrafo de Miguel Ángel. Quiere ser absolutamente desinteresada..., como si ella fuese la única persona que estuviera en peligro de no serlo. ¿Lo será tanto él cuando se halle en condiciones de disponer de su dinero? Ésa era la idea de Isabel antes de la muerte de tu padre, y tal idea ha adquirido desde entonces nuevos encantos para ella. Es seguro que no querrá casarse más que con alguien de cuyo desinterés esté perfectamente convencida; y para eso la prueba mejor es que el pretendiente posea también fortuna propia.

-Mamá, yo no comparto ninguno de tus temores -contestó Ralph-. Me parece que lo que está haciendo es sencillamente burlarse de nosotros. Que pretende darse gusto, es indudable; pero puedes estar segura de que lo hará estudiando bien de cerca la naturaleza humana y, al mismo tiempo, conservando su libertad. Ha emprendido una expedición de exploradora y no creo que, antes de emprenderla de lleno, se vuelva atrás a una simple seña del señor Osmond. Puede que durante una hora o dos le falte el vapor, pero no tengas la menor duda de que, antes de que nos demos cuenta, ya se habrá puesto en marcha otra vez a toda velocidad. Y perdóname esta otra metáfora.

Puede que la señora Touchett no tuviera inconveniente alguno en excusarla, pero no se sentía tan tranquila como para no comunicar sus temores a madame Merle.

-Usted que lo sabe todo -le dijo-, debe saber también eso. ¿Es que, de veras, ese hombre tan curioso le está haciendo la corte a mi sobrina?

Madame Merle abrió de par en par los ojos y con perfecta conciencia de lo que decía, exclamó:

-Gilbert Osmond. ¡El cielo nos ampare! ¡Qué ocurrencia!

-¿No se le había ocurrido?

-Verdaderamente, me está usted haciendo ver lo estúpida que soy, pero' debo confesar que no se me había ocurrido. Lo que me pregunto es si se le habrá ocurrido a Isabel.

-Voy a preguntárselo -dijo la señora Touchett.

Tras un instante de reflexión, madame Merle exclamó:

-No vaya usted a metérselo ahora en la cabeza. Lo mejor sería preguntarle al señor Osmond.

-No puedo hacer semejante cosa. No quiero exponerme a que me responda, con ese aire suyo tan altivo y en vista de la situación de Isabel, que eso no es cosa mía.

-Pues entonces se lo preguntaré yo misma -declaró con decisión madame Merle.

-Pero él pensará lo mismo..., que tampoco es cosa de usted.

-Justamente, ésa es la razón que puedo aducir para atreverme a hablarle. Y a mí me importa mucho menos que a nadie que pueda salir con lo que se le antoje. Pero, según él proceda, podré darme cabal cuenta de todo y conocer su pensamiento.

-Entonces -dijo la señora Touchett-, no deje de comunicarme el resultado de su penetración. Por mi parte, aunque no pueda hablar con él, podré hablar con Isabel.

Al oír tal propósito, madame Merle creyó conveniente hacer una advertencia.

-No vaya demasiado lejos con ella. Mire que se expone a inflamarle la imaginación.

-Yo no le he hecho jamás nada a la imaginación de nadie. De lo que estoy segura es de que ella no hará..., no hará..., bueno, nada de lo que yo haría.

-Desde luego, no es precisamente esto lo que a usted le gustaría.

-¿Y por qué habría de gustarme, quiere decírmelo, por favor? El señor Osmond no tiene, en realidad, nada sólido que ofrecer.

Madame Merle permaneció callada, al tiempo que su inteligente sonrisa le elevaba la boca con mayor encanto que de. costumbre hacia la comisura izquierda.

-No confundamos -dijo al fin-. Gilbert Osmond no es ni mucho menos cualquiera. Es un hombre que, en condiciones favorables, puede causar una impresión extraordinaria. Por lo que yo sé, no es la primera vez que la causa.

-No me diga nada acerca de sus enredos amorosos puramente carnales; son cosa que no me interesa en absoluto -exclamó la señora Touchett-. Por eso que usted dice es por lo que quisiera que dejase de frecuentar esta casa. Lo único que tiene en el mundo, que yo sepa, es una o dos docenas de tiernos infantes y una hijita más o menos petulante.

-Los tiernos infantes -replicó madame Merle valen hoy en día una enorme suma de dinero. Y respecto a la hijita, es una persona muy joven, inocente y totalmente inofensiva.

-Dicho de otras palabras: una chiquilla insípida. ¿No es eso lo que quiere usted decir? Y, como no tiene fortuna, no puede confiar en casarse como en este país se casan. De manera que Isabel tendría que mantenerla o dotarla.

-Me parece que Isabel no tendría inconveniente en mostrarse generosa con ella. Se ve que le ha tomado afecto a la pobre muchachita.

-Ahí tiene otra razón para que el señor Osmond se quede tranquilo en su casa. De lo contrario, a lo mejor dentro de una semana nos encontraremos de pronto con que mi sobrina se ha convencido de que su misión en la vida es demostrar que una madrastra puede sacrificarse... y que, para probarlo, debe antes convertirse ella en tal cosa.

Madame Merle sonrió.

-No hay duda de que sería una madrastra deliciosa; pero estamos de acuerdo, no debe darse prisa en decidir acerca de la misión que le incumbe. Eso de alterar la misión de una es tan difícil como cambiar la forma de su nariz; ambas están ahí plantadas, una ante la cara y la otra en el carácter..., y hay que empezar desde muy atrás para ello. De todos modos, averiguaré lo que haya y la tendré al corriente.

Ocurría todo esto sin que la sobrina tuviese la menor noticia, sin que llegase ni remotamente a sospechar que sus relaciones con el señor Osmond estaban sobre el tapete. Madame Merle no había dicho nada que pudiese ponerla en guardia, procurando no aludir a él con mas interés que a cualquiera de los restantes distinguidos caballeros de Florencia, tanto nativos como extranjeros, que acudían cada vez en mayor número a ofrecer sus respetos a la tía de la señorita Archer. A Isabel le parecía un hombre interesante y volvía con frecuencia sobre el tema. Decididamente le gustaba pensar en él en tal forma. De su visita a la casa de la colina había guardado una imagen que los sucesivos encuentros con él no lograban borrar y que a juicio suyo establecía una especial armonía con otras cosas supuestas y adivinadas, historias íntimas dentro de otras historias. Nada borraba la imagen de aquel inteligente, tranquilo, sensible y distinguido caballero, que se paseaba en su digna soledad sobre la tierna grama de su terraza allá en lo alto del suave valle del Arno, llevando de la mano a una muchachita cuya timbrada voz añadía un encanto más a su inocencia.

El cuadro que en su imaginación se pintaba carecía de rasgos sobresalientes, de adornos, pero le gustaba precisamente por esa suavidad de tonos y aquella atmósfera de atardecer de estío que parecía envolverla. Un cuadro que le hablaba al espíritu de aquella especie de cuestión personal que más pudiera impresionarla; de la consciente selección entre la gran variedad de objetos, sujetos, contactos..., ¿cómo debería llamarlos?, sujetos a finas y nobles asociaciones; de una vida de estudio en un país admirable; de una antigua tristeza que, de vez en cuando, volvía a hacerse sentir; de un sentimiento de orgullo que, si a veces era exagerado, no por ello dejaba de tener una gran nobleza; de una constante preocupación por la belleza, tan natural y al propio tiempo cultivada como las vistas ordenadas, las escalinatas, las terrazas y las fuentes de un jardín italiano..., lugares áridos refrescados por el rocío de una rara paternidad, un tanto intranquila y descorazonada. En el Palazzo Crescentini, el señor Osmond conservaba su misma manera de ser; un tanto desconfiada al comienzo aunque, sin duda alguna, consciente de todo y actuando bajo el esfuerzo, tan sólo perceptible a las miradas simpatizantes, por sobreponerse a tal desventaja, esfuerzo que casi siempre se resolvía con acrecentamiento de su facilidad de palabra, en una conversación, vivida, amena, positiva, agresiva a veces y siempre extraordinariamente sugestiva..., y sin que en ella apareciese el menor intento del señor Osmond de querer brillar por encima de los demás. No le fue difícil a Isabel creer que era sincera toda persona que presentaba los signos aparentes de una firme convicción, como, por ejemplo, la apreciación explícita y gratuita de algo que manifestaran a favor de lo por él defendido..., tal vez dicho especialmente por la misma señorita Archer. Y lo que más agradaba a la joven era ver que, al hablar de tal manera, por el simple placer de departir y entretener a los demás, no lo hacía, como era en tantos otros cos-

tumbre, por producir efecto. Exponía él sus ideas como si, por raras que a veces pudieran parecer, estuviese de siempre habituado a ellas y hubiera vivido siempre con ellas; como si fuesen algo así como viejos puños, pulidas bolas o cabezas de rara y preciosa materia susceptibles de ser adaptados al extremo de nuevos bastones..., no varas caídas del árbol corriente y exhibidas luego pretenciosamente como objetos de elegancia suma. Uno de los días en que fue a visitarla, llevó consigo a su hijita. Isabel se alegró mucho de ver de nuevo a la muchacha, quien presentó la frente a todos los allí reunidos para que la besaran, lo que hizo a Isabel acordarse de un ingenuo personaje en una comedia francesa. La joven no había visto jamás una muchachita con tal manera de ser. Las jovencitas americanas eran muy distintas de ella, como igualmente lo eran las inglesas. Pansy estaba perfectamente formada y preparada para el insignificante lugar que habría de tocarle en el mundo y, por lo que a la vista saltaba, era inocente e infantil a más no poder. La muchachita se sentó en el sofá al lado de Isabel. Llevaba un pequeño abrigo de color granate y unos guantes de los varios pares que madame Merle le regalara, guantes grises abrochados con un solo botón. De tal suerte, parecía una verdadera hoja de papel en blanco..., la jovencita ideal de las novelas rosa. Isabel deseó para sus adentros que tal hoja de papel, tan usa y limpia, encontrase una mano que la supiera llenar de hermosas y nobles palabras.

También la condesa Gemini fue a visitarla, pero eso era harina de otro costal. Ésta no tenía absolutamente nada de hoja en blanco; por lo contrario, eran muchas las manos que en ella habían ya escrito. Y la señora Touchett, que no se sintió honrada con tal visita, pensó que estaba visiblemente salpicada de numerosas manchas. La condesa provocó una discusión entre la dueña de la casa y su amiga venida de Roma, discusión en la que madame Merle (que no cometía la estupidez de resultar cargante a la gente mostrándose siempre de acuerdo con ella) se aprovechó con toda soltura y maña de la autorización de disconformidad que la señora Touchett sabía permitir a los demás tanto como tomársela ella. La señora Touchett había declarado que era de una audacia inaudita eso de que un personaje tan controvertido se hubiera presentado a tal hora del día a la puerta de una casa donde se le estimaba tan poco, como seguramente debía de saber era su caso en el Palazzo Crescentini. Isabel se había enterado ya de la existencia de tal manera de sentir en la casa bajo cuyo techo se albergaba. La opinión allí corriente presentaba a la hermana del señor Osmond como una señora que había llevado a cabo tantas fechorías que ya no se las tenía en cuenta -que es por lo general lo que se busca-, y no eran sino los desperdicios, los restos flotantes de un naufragio, algo así como un tema molesto de conversación en sociedad. La había casado su madre -mujer admirablemente administrativa que sentía por los títulos nobiliarios una estimación que su hija parecía haber arrojado por la borda- con un aristócrata italiano que tal vez le diera motivos para intentar sofocar su conciencia del desvarío. Por lo demás, la condesa se había consolado desaforadamente y, con el tiempo, la lista infinita de sus excusas llegó a quedar perdida en el laberinto de sus aventuras. Aunque, desde hacía mucho tiempo, la condesa había hecho todo lo posible por lograrlo, la señora Touchett no consintió jamás en recibirla. Si Florencia no tenía mucho de ciudad austera, la señora Touchett, como ella solía decir, debía trazar esa raya de la que no se pasa.

Madame Merle se dio a la tarea de defender a la infeliz condesa con mucho empeño y no menor ingenio. No comprendía cómo la señora Touchett quería convertir en víctima propiciatoria a una mujer que, en realidad, no había causado perjuicio a nadie y sólo se dedicó a hacer el bien, aunque de equivocada manera. Indudablemente, una estaba en su derecho de trazar la raya, pero al hacerlo debía procurar que fuese bien recta, y no cabía duda que sería del todo torcida esa raya de tiza que pretendiese dejar fuera a la condesa Gemini. Para proceder así, lo mejor que podía hacer la señora Touchett era cerrar su casa a todo el mundo. Tal vez fuera eso lo mejor mientras permaneciese en Florencia. Había que ser justos y no establecer diferencias arbitrarias. Era indudable que a la condesa podían imputársele

imprudencias; no tenía la suerte de haber sido tan lista como otras mujeres. La pobre era una buena mujer, aunque no inteligente. Por lo demás, ¿desde cuándo era tal cosa un motivo de exclusión de nadie en la más encopetada sociedad? Hacía ya mucho tiempo que no se sabía nada de ella, lo cual permitía pensar que había renunciado a sus antiguos desvaríos..., y la mejor prueba de ello era que deseaba entrar a formar parte del círculo de amigos de la señora Touchett. Por su parte, Isabel no se mezcló para nada en tan interesante discusión, limitándose a recibir con toda amabilidad a la infeliz señora, que, a pesar de todos sus defectos, tenía para ella la gran cualidad de ser hermana del señor Osmond. Como su hermano le gustaba tanto, Isabel creyó lo más natural del mundo que también le gustase la hermana; y, a pesar de la complicación cada día mayor de las cosas, era todavía capaz de persistir en esa su consecuente manera de obrar. Cierto, no le había causado muy buena impresión la condesa cuanto la vio por primera vez en la villa de la colina, pero agradecía la oportunidad que se le presentaba de poder corregir su juicio. ¿Acaso no había dicho el señor Osmond que era una mujer respetable? Tal afirmación por parte del señor Osmond pudiera haber parecido descarada, pero madame Merle supo aderezarla de manera conveniente. Así pues, se complació en referir a Isabel mucho más de lo que el señor Osmond le dijera y le contó la historia del casamiento de la hermana y las consecuencias lamentables que del acto se derivaron. El tal conde pertenecía a una antigua familia toscana, pero con bienes tan escasos que hubo de considerarse dichoso de poder aceptar a Amy Osmond a despecho de su ya discutible belleza, que aún no había entorpecido su carrera, y con la novia la modesta dote que la madre pudo ofrecerle, una suma equivalente a lo que constituía la parte del hermano en el patrimonio familiar. Después de ello, la condesa Gemini recibió alguna que otra herencia y ahora, para ser italianos, estaban bastante bien, aunque Amy era tremendamente manirrota. El conde era un bruto de la peor especie, que había dado a su mujer toda clase de motivos que justificaban su comportamiento. No tenía hijos, pues los tres que tuviera los perdió antes de haber cumplido un año. Su madre, que se las daba de mujer de gran saber, escribía poemas descriptivos y enviaba crónicas sobre temas italianos a las revistas semanales inglesas, murió tres años después de la boda de la condesa; en cuanto al padre, perdido en el gris amanecer americano de la actual situación y a quien se tenía allí por hombre rico y fuerte, murió mucho antes. Esto era fácilmente apreciable en Gilbert, sostuvo madame Merle. Se podía apreciar que había sido criado y educado por una mujer, aunque, para ser justos con él, cabría suponer que lo educara una mujer más sensata que aquella Corina americana, como se complacía en llamarse a sí misma la señora Osmond. Ésta había traído a sus dos hijos a Italia al año de la muerte del padre, y la señora Touchett se acordaba perfectamente de cómo era al año de su llegada; la consideraba una terrible snob, pero ése era un juicio equivocado de la señora Touchett, porque ella, igual que la señora Osmond, prestaba toda su aprobación a los matrimonios políticos. La condesa era una buena compañera, y no la mujer superficial que parecía; todo lo que con ella debía hacerse era guardar la mayor incredulidad respecto a cualquier cosa que se le ocurriese decir. Madame Merle había hecho siempre por ella todo lo posible en consideración al hermano, y éste apreciaba grandemente cualquier gentileza que con ella se tuviese, porque, para decir la verdad, pensaba que había desprestigiado un tanto su común apellido. No cabía duda de que a él no podía en modo alguno gustarle su estilo, sus chillidos, su terrible egocentrismo, sus violaciones del buen gusto y sobre todo de la verdad; le sacaba de sus casillas, no era su tipo. Ahora bien, ¿cuál era su tipo? Precisamente todo lo contrario de la condesa; la mujer para quien la verdad es siempre cosa sagrada. Isabel había perdido la cuenta de las veces que en media hora la profanara su visitante; la condesa le había dejado más bien la impresión de proceder con una estúpida sinceridad. En todo el tiempo no hizo otra cosa que hablar casi exclusivamente de sí misma; de cuánto le gustaría tratar a la señorita Archer; de que le encantaría tener una amiga de veras; de lo despreciable que era la gente en Florencia; de lo cansada que estaba ya de tal ciudad; de lo mucho que le gustaría

vivir en otro sitio cualquiera como París, Londres o Washington; de lo difícil que era conseguir algo adecuado que ponerse en Italia, con excepción de hermosos encajes antiguos; de lo agradable que en todas partes se estaba volviendo el mundo y de la triste vida que a ella le había tocado llevar. Madame Merle escuchó con gran atención lo referido por Isabel de esta parte de su conversación con la condesa y se dio perfecta cuenta de que había causado gran angustia en su amiga. En conjunto, no experimentaba el menor temor por la condesa y podía hacer lo que más conveniente le parecía, que era no aparentarlo.

Mientras tanto, Isabel había recibido la visita de otra persona a quien no era tan fácil, ni aun sin saberlo ella, proteger: Henrietta Stackpole. Ésta había dejado París tras la partida de la señora Touchett para San Remo, y camino del sur, como ella decía, había pasado por las ciudades del norte de Italia hasta llegar a orillas del Arno a mediados del mes de mayo. Madame Merle la examinó con una sola ojeada de los pies a la cabeza y, con todo el sentimiento de su alma, se decidió a soportarla. Estaba, pues, dispuesta a chancearse de ella. Ciertamente no era posible aspirarla como a una rosa; habría, pues, que agarrarla como a una ortiga. Con gran ingenio, madame Merle supo sumirla en la insignificancia, e Isabel sintió que, al adivinar tal posibilidad, había hecho estricta justicia a la superior inteligencia de su amiga. La llegada de Henrietta la había anunciado el señor Bantling, quien había llegado allí desde Niza mientras ella permanecía en Venecia y habiendo creído que la hallaría en Florencia (cosa que no ocurrió), fue al Palazzo Crescentini para mostrar su decepción ante aquel retraso. La llegada de Henrietta tuvo lugar dos días después, y puede calcularse la emoción que produjo en el señor Bantling si se tiene en cuenta que no había vuelto a verla desde el romántico episodio de Versalles. Todos se hicieron perfectamente cargo del lado humorístico del caso, pero el único que a ello se refirió fue Ralph Touchett cuando, a solas con él y fumando un magnífico habano, el señor Bantling se enteró de la comedia que los otros representaban al juzgar a la periodista y a su protector británico. El caballero inglés tomó también la cosa por el lado bueno y confesó ingenuamente que en todo ello no había de positivo más que una aventura puramente intelectual. La señorita Stackpole le gustaba extraordinariamente, no lo negaba; creía que tenía una cabeza admirablemente asentada sobre los hombros y se complacía grandemente en andar con una mujer que no estaba a todas horas pendiente del qué dirán, de cómo tomarían lo que ella había hecho y de cómo hacían los demás las cosas que hacían. A la señorita Stackpole le tenía completamente sin cuidado cómo podría parecer o dejar de parecer una cosa; y, si a ella no le importaba, ¿por qué razón le había de importar a él? De modo que estaba decidido a llegar tan lejos como ella llegase, y no veía por qué motivo tendría que darse él por vencido.

Por su parte, Henrietta no daba tampoco señal alguna de darse por vencida. Sus perspectivas habían mejorado al abandonar Inglaterra y ahora se hallaba en pleno disfrute de abundantes recursos económicos. Ni que decir tiene que se había visto forzada a renunciar a sus deseos de penetrar en la vida íntima de las gentes. La vida de sociedad le presentaba en el continente dificultades todavía mayores de las que había hallado en Inglaterra. Pero, en compensación de ello, en el continente existía la vida exterior, palpable y visible por doquier y mucho más fácilmente transformable en materia literaria que las costumbres de los opacos isleños británicos. En los demás países, como ella decía con harto ingenio, si se contempla la vida externa, parece que una está viendo el lado derecho del tapiz, mientras que en Inglaterra parece que esté una viendo el revés y con ello adquiere una falsa idea de las figuras. No poca pena hubo de costarle a su historiadora tener que reconocerlo; mas Henrietta, descorazonada por otras cosas más ocultas, consagraba ya mayor atención a la vida externa. En Venecia había estado estudiándola durante dos meses y desde allí envió al Interviewer una serie de brillantes crónicas acerca de las góndolas, de la Piazza, del puente de los Suspiros, de las palomas de San Marcos y del bello gondolero cantando, mientas rema, poemas de Tasso. Tal vez el Interviewer sufriera con ello una decepción, pero, por lo pronto, ella estaba conociendo

Europa. Su actual proyecto era ir a Roma antes de que comenzase allí la temporada de la malaria -por lo visto se imaginaba que debía comenzar un día determinado-, y, gracias a tal proyecto, había pasado por Florencia, donde pensaba detenerse unos días. Iría a Roma acompañada del señor Bantling, y le hizo saber a Isabel que, como éste conocía la gran urbe, era militar y había recibido una formación clásica -lo educaron en Eton, donde no se estudiaba más que latín y White-Melville, según dijo ella-, podría serle sumamente útil en la ciudad de los césares. Se le ocurrió entonces a Ralph proponer a Isabel que ella, a quien él tendría mucho gusto en servir de guía, hiciese también un viaje a Roma aprovechando tal coyuntura. Pensaba su prima pasar en la ciudad santa gran parte del invierno, cosa que a él le parecía muy bien pero eso no impedía que hicieran una breve excursión anticipada. Quedaban todavía diez días del mes de mayo, el más hermoso de todos los meses para el verdadero amante de las cosas de Roma. Era indudable, así lo creían ellos, que Isabel se convertiría inmediatamente en una entusiasta de Roma. Podía, además, contar con la compañía de una persona de confianza y de su propio sexo, que, dadas las otras atenciones que sobre ella pesaban, no habría de resultarle en exceso molesta. Madame Merle se quedaría con la señora Touchett, puesto que había dejado definitivamente Roma durante los meses de verano y no tenía pensamiento de volver allí por ahora. Su casa estaba ya cerrada y la cocinera en Palestrina, su pueblo de la campiña romana. Madame Merle aconsejó a Isabel que aceptara la propuesta de Ralph, asegurándole que no era cosa de despreciar un buen guía en su primera visita a la espléndida ciudad. No precisaba Isabel que se la instase mucho a acceder, de suerte que los miembros integrantes de la expedición empezaron a hacer los preparativos para llevarla a cabo. Se resignó la señora Touchett en tal ocasión a la idea de no hacer acompañar a la sobrina por una «dueña», pues ya hemos visto que había acabado por adaptarse al hecho de que su sobrina se las arreglara sola. Uno de los preliminares del viaje, por lo que a Isabel atañía, consistió en ver a Gilbert Osmond y comunicarle su proyecto.

Al oírlo, se limitó Osmond a contestar:

-Me agradaría infinito estar en Roma con usted; me encantaría verla en esa tierra maravillosa.

-No tiene más que venir -replicó ella, casi titubeando.

-Habrá mucha gente con usted.

-Desde luego, sola no voy a estar -admitió Isabel.

Él permaneció callado un instante y, al fin, dijo:

-Le gustará enormemente. A pesar de lo mucho que la han echado a perder, quedará usted embrujada por la ciudad.

-¿Dejaría acaso de gustarme por el hecho de que a la pobre, esa Niobe de las naciones, como usted sabe, la hayan echado a perder?

-No lo creo. ¡Tantas veces la han echado a perder en épocas sucesivas! Pero si me decidiese a ir, ¿qué haría con mi hijita?

-¿No puede dejarla en la villa?

-No sé hasta qué punto me agradaría hacerlo..., por más que hay una buena mujer, de edad respetable, que la cuida; mis medios no me permiten tener una institutriz.

-¡Pues entonces, llévela con usted! -replicó Isabel con gran vivacidad.

El pareció pensar seriamente el asunto y contestó:

-Ha estado todo el invierno en el convento, y es todavía demasiado joven para hacer viajes de placer.

-¿No le gusta hacerle ver el mundo? -preguntó Isabel.

-No. Me parece que a las jovencitas hay que mantenerlas alejadas de él.

-A mí me criaron de un modo completamente distinto.

-¿A usted? Bueno, con usted dio buen resultado porque usted es excepcional.

-No sé en qué -dijo Isabel, quien, a pesar de ello, no estaba segura de que su amigo no hubiese dicho una verdad.

El señor Osmond, sin pararse a explicar sus palabras, continuó:

-Si yo creyese que ponerla en contacto con determinado grupo social en Roma le iba a hacer parecerse a usted, mañana mismo la llevaba.

-No quiero que se parezca a mí. Consérvela tal como es.

-Podría también confiársela a mi hermana -dijo el señor Osmond como quien pide consejo. Se diría que experimentaba placer al hablar de estos pequeños asuntos domésticos con la señorita Archer.

Isabel coincidió con él, y añadió:

-Sí. Creo que, dejándola con ella, no llegará a parecerse mucho a mí.

Después de que ella se hubo marchado de Florencia, Gilbert Osmond se encontró un día con madame Merle en casa de la condesa Gemini. Había allí varias personas más, pues el salón de la condesa Gemini estaba siempre bastante concurrido. Como la conversación era general, el señor Osmond aprovechó la circunstancia para acercarse a madame Merle y sentarse en una otomana próxima, un poco detrás del sillón por ella ocupado. Una vez allí, le dijo en voz baja:

-Quiere que vaya a Roma con ella.

-¿Que vayas con ella?

-Es decir, que esté allí mientras ella esté.

-¿No querrás decir que se lo propusiste y ella aceptó?

-Desde luego, yo di pie. Pero, la verdad, ella se muestra muy alentadora..., verdaderamente alentadora.

-Me alegro mucho de oír lo que dices. De todos modos, no cantes victoria demasiado pronto. De momento, lo que debes hacer es ir a Roma.

-Hay que ver el trabajo que le da a uno esa idea -comentó Osmond.

-No trates de hacerme creer que no te gusta..., eres un ingrato. En todos estos años no has tenido ninguna ocupación tan agradable.

-Es admirable la manera en que te lo tomas. Ahora resulta que tengo que estarte agradecido por esto.

-Pero no demasiado, por supuesto -replicó madame Merle. Hablaba con su habitual sonrisa, apoyándose en el respaldo del sillón y mirando en todas direcciones-. Has causado muy buena impresión -dijo-, y con mis propios ojos he visto que la recibida por ti no ha sido menos buena. Estoy segura de que no has ido siete veces al Palazzo Crescentini con el solo objeto de serme agradable a mí.

-La muchacha no es antipática -declaró tranquilamente Osmond.

Madame Merle le miró fijamente un instante, apretó los labios con dureza y preguntó:

-¿Eso es todo lo que se te ocurre decir de esa encantadora criatura?

-¿Cómo todo? ¿No te parece bastante? ¿De cuántos me has oído decir eso ni muchísimo menos?

Madame Merle no respondió a tales palabras y volvió su agradable rostro al resto de la concurrencia.

-Eres verdaderamente fantástico -dijo al cabo de unos instantes-. Me da miedo pensar en el abismo a que la he precipitado.

Pareció que a él la cosa le divertía, y dijo:

-Ya no puedes volverte atrás..., has ido demasiado lejos.

-Está bien. Pues, entonces, haz tú el resto.

-Lo haré -afirmó Gilbert Osmond.

Madame Merle se calló y él volvió a cambiar de sitio; pero, cuando ella se levantó para marcharse, también él se despidió. La berlina de la señora Touchett estaba

esperando a su amiga en el patio y él, después de ayudarla a subir, permaneció allí deteniéndola.

-Has sido muy indiscreto -le dijo madame Merle con cierto enojo-. No has debido moverte al marcharme yo.

El se había quitado el sombrero. Se pasó la mano por la frente y dijo casi confuso:

-Siempre lo olvido. He perdido ya la costumbre.

-Eres verdaderamente fantástico -repitió ella mirando hacia las ventanas de la casa, que era uno de los recientes edificios de la parte nueva de la ciudad.

Él pareció no darse cuenta de aquella observación y dijo como si hablase para sí:

-Verdaderamente, es encantadora. No he conocido jamás una criatura tan agradable.

-No sabes cómo me gusta oírte decir eso. Cuanto más te guste a ti, mejor para mí.

-Me gusta extraordinariamente. Es exactamente tal cual la describiste y, por añadidura, capaz, por lo menos así me lo parece, de gran afecto. No tiene más que un defecto.

-¿Puede saberse cuál?

-Demasiadas ideas.

-Ya te advertí que era una mujer muy inteligente.

-Por suerte, son muy malas -replicó Osmond.

-¿En qué consiste entonces la suerte?

-¡Diantre! ¡Si hay que sacrificarlas, más vale que sean malas!

Madame Merle se apoyó en el respaldo y fijó la vista delante para dar órdenes al cochero. Antes de que lo hiciese, su amigo la detuvo nuevamente.

-¿Qué voy a hacer con Pansy, en caso de que vaya a Roma? -preguntó.

-Yo me ocuparé de eso -contestó madame Merle-. Iré a verla.

27

Lejos de mí intentar describir la profunda impresión que Roma produjo en nuestra joven heroína, analizar sus sentimientos mientras pisaba las losas del Foro o contar sus pulsaciones cuando desembocó en la plaza de San Pedro ante el Vaticano. Baste, pues, decir que su impresión fue la que no podía por menos de esperarse de una persona de su frescura y entusiasmo. La historia le había interesado siempre extraordinariamente, y he aquí que tenía ante sus ojos la historia viva, por dondequiera que fuese, en las piedras de la ciudad y hasta en los átomos de la misma luz del sol. Poseía una imaginación que se inflamaba ante la simple relación de los grandes hechos, y de aquí que dondequiera que se volviese hallaba vestigios de hechos sublimes que allí se realizaran. Todo cuanto veía la conmovía, pero sólo en su interior. Sus compañeros se figuraban que hablaba menos que de costumbre y, cuando Ralph Touchett parecía estar mirando torpe e indiferentemente por encima de su cabeza, lo que hacía era observarla con gran intensidad. Ella se sentía por sí sola sumamente feliz, incluso se forjaba la idea de que aquellas horas eran las más felices que en toda su vida disfrutara. Si bien pesaba en su ánimo el terrible pasado de la humanidad, tenía el presentimiento de que algo totalmente contemporáneo podría prestarle de nuevo las alas que lo hicieran volar otra vez al empíreo azul. El acervo de sus conocimientos se le antojaba ahora tan embrollado que no podía saber adonde acabarían por arrastrarla las diferentes partes que lo componían; y andaba de un lado para otro de la ciudad como en continuo éxtasis contenido, en ese éxtasis de contemplación que hace ver en las cosas admiradas mucho más de lo que en realidad hay en ellas, éxtasis que, por otra parte, no le dejaba tiempo para ver todas las otras cosas que su guía Murray recomendaba. Como Ralph decía, Roma se en-

tregaba de lleno al momento psicológico. Por fortuna, habían ya desaparecido los rebaños de turistas, y los lugares más solemnes de la ciudad se revestían de nuevo de su augusta solemnidad. El cielo era todo un inmenso fulgor azul y el chapoteo de las innumerables fuentes en sus tazas musgosas de mármol había perdido su frialdad y redoblado la sugestión de su música incesante.

En las esquinas de las templadas y rumorosas calles y en las escalinatas de ciertas plazas tenía uno que andar entre montones de flores. Una de aquellas tardes, la tercera después de su llegada, habían ido nuestros amigos a presenciar las excavaciones del Foro Romano, que entonces comenzaban a cobrar gran importancia, y habían bajado desde la calle moderna al nivel de la Vía Sacra, por la que caminaron algunos de ellos con paso respetuoso que no todos supieron adoptar. A Henrietta Stackpole le llamó profundamente la atención el hecho de que Roma estuviese en gran parte pavimentada como Nueva York, e incluso creía ver cierta analogía entre las hondas rodadas de los históricos carros en las antiguas calles legendarias y las chillonas planchas de hierro de las calles neoyorquinas que denotan la intensidad de la vida norteamericana. Era el momento en que el sol había empezado a descender, en que el aire era como una exquisita bruma transparente de oro, y las alargadas sombras de las columnas truncas y de los inmóviles pedestales yacían en el centro del campo de las ruinas. Henrietta vagaba en compañía del señor Bantling, a todas luces encantada de oírle tachar a Julio César de sinvergonzón, y, por su parte, Ralph prodigaba a nuestra heroína todos los esclarecimientos que para su uso particular había preparado. Un modesto arqueólogo de los que suelen vagar por aquellos lugares se puso a disposición de los dos y repitió la lección aprendida con una extraordinaria fluidez de palabra que en nada había mermado, por lo visto, lo avanzado de la estación. En uno de los extremos del Foro estaban llevando a cabo una excavación, y el arqueólogo sugirió a los signori que fuesen allá, pues tal vez pudieran ver algo de gran interés. La insinuación fue mucho mejor acogida por Ralph que por Isabel, ya harto fatigada de tanto vagar y meditar. De tal suerte, le rogó que fuera a satisfacer su curiosidad mientras ella aguardaba tranquilamente a que volviese. La hora y el lugar eran muy de su gusto, de manera que habría de proporcionarle gran placer quedarse sola unos instantes. Ralph se alejó en compañía del cicerone, e Isabel se sentó en una de las caídas columnas que había cerca de los cimientos del Capitolio. Necesitaba aunque sólo fuera unos instantes de soledad, pero no pudo saborearlos mucho tiempo. Por grande que fuese su interés en las maltrechas reliquias del pasado romano que yacían desperdigadas cerca de ella, y en las que el paso corrosivo de los siglos no lograba borrar por completo la vida, sus pensamientos, después de recrearse un instante en tales cosas, habían ido elevándose, por una concatenación de causas que requeriría gran sutileza poder definir, a las regiones y los objetos dotados de atracción más humana y activa. Desde aquel prestigioso pasado romano hasta el futuro de esta Isabel Archer había un trecho bien largo y, sin embargo, su poderosa imaginación, que había logrado salvarlo de un solo vuelo, parecía revolotear ahora en círculos cada vez más cerrados sobre campos más próximos y próvidos. Tan absorta estaba en sus propios pensamientos que, mientras contemplaba una hilera de losas hendidas, aunque no desunidas, que a sus pies había, no oyó los pasos que a ella iban acercándose hasta que una determinada sombra apareció en el cercano campo de su visión. Alzó los ojos y vio a un caballero..., que no era precisamente Ralph y que volvía de las excavaciones proclamando que eran un verdadero aburrimiento. El personaje se quedó verdaderamente sobrecogido al ver el susto que la joven se había llevado y, deteniéndose, se quitó el sombrero.

-¡Lord Warburton! -exclamó Isabel levantándose al instante.

-No tenía la menor idea de que fuese usted. Al dar la vuelta por esa esquina he venido a su encuentro sin saberlo.

Ella miró a su alrededor como tratando de explicarse.

-Estoy en este instante sola -dijo-, mis compañeros acaban de abandonarme un momento. Mi primo ha ido a presenciar los trabajos de excavación, allí donde está aquella gente.

-¡Ah! Sí, ya lo veo erijo lord Warburton mirando en la dirección que ella le indicaba y permaneciendo firmemente en su puesto, pues ya había recobrado el aplomo y deseaba demostrarlo, si bien con toda gentileza-. No quisiera molestarla -añadió-. Me parece que está usted algo cansada.

-Sí, estoy más bien fatigada. -Dudó un segundo, se sentó de nuevo, y dijo-: Pero, por favor, no quisiera interrumpir su visita al Foro.

-¡Oh! Mi querida amiga, estoy completamente solo. No tengo absolutamente nada que hacer en el mundo. No tenía la menor idea de que estuviese usted en Roma. Acabo de llegar de Oriente y estoy solamente de paso.

-Parece que ha estado usted haciendo un largo viaje -dijo Isabel, que por su primo Ralph se había enterado de la ausencia de lord Warburton de Inglaterra.

-En efecto, partí para el extranjero por seis meses, algo después de la última vez que la vi. He estado vagando un poco por Turquía y Asia Menor, y he llegado de Atenas hace unos días. -Hacía lo posible por no parecer azorado, pero no estaba tampoco tranquilo; y, después de mirarla con mayor detenimiento, adoptó un tono más humano, preguntando-: ¿Quiere usted que la deje, o me permite que la acompañe un momento?

Ella reaccionó del mejor modo posible.

-No quiero que me deje usted, lord Warburton, y me alegro mucho de haberle visto.

-Muchas gracias por haberlo dicho. ¿Me permite que me siente?

El acanalado fuste de la columna donde ella estaba sentada ofrecía más que sobrado sitio de descanso para varias personas, de suerte que también debía de haberlo para un inglés bien desarrollado. Y aquel selecto ejemplar de la clase privilegiada se sentó junto a nuestra joven amiga, y al cabo de cinco minutos le había hecho ya varías preguntas, algunas escogidas al azar y cuyas respuestas pareció no haber oído, toda vez que varias de ellas hubo de hacerlas más de una vez; por su parte, le había proporcionado toda la información precisa respecto a su propia persona, información que ella, con su superior sentido femenino de la tranquilidad, no echó en saco roto. Reiteró lo ya dicho: que no esperaba en absoluto encontrarla en semejante sitio, de lo que resultaba evidente que era un encuentro para el cual habría él necesitado hallarse bien preparado. De pronto, empezó a pasar de la impunidad de las cosas a su solemnidad, de su deliciosa manera de ser a su manera de ser insoportable. Estaba completamente tostado por el sol, incluso su bien poblada barba estaba requemada por el sol de Asia. Vestía esa indumentaria suelta y heterogénea que el inglés que viaja por países extraños se complace en ponerse para su propia comodidad y afirmar, de paso, su altiva nacionalidad. De tal suerte, con sus ojos agradables y serenos, su rostro bronceado, fresco aunque ya maduro, su figura varonil, sus modales acomodaticios y su aspecto general de ser un caballero y un explorador, era una representación tan genuina de la raza británica que nadie habría dejado de reconocerle como tal en los países que por ella sienten algún afecto. Isabel observó todas estas condiciones y se consideró encantada de que siempre le hubiese gustado. Él había conservado, sin duda, a pesar de los muchos contratiempos, todas sus cualidades meritorias..., propiedades que en parte constituyen la esencia de las grandes cosas prestigiosas, como todos afirman, que se asemejan a sus ornamentos y utensilios más íntimos y que sólo es posible arrancar de ellas mediante una demolición total. Como es natural, procedieron a hablar de los asuntos por turno riguroso; a saber, la muerte de su tío, la salud de su primo Ralph, cómo había pasado ella el invierno, su excursión a Roma, su retorno a Florencia, sus proyectos para el próximo verano, el hotel donde se alojaba, e inmediatamente después los acontecimientos presenciados por lord Warburton en todo aquel tiempo, sus aventuras, movimientos, impresiones y domicilio en aquel entonces. Y, como remate de todo

ello, un silencio mucho más elocuente que cuantas palabras hubiesen podido decirse el uno al otro y tras el cual lord Warburton tuvo a bien decir:

-Le he escrito a usted varias veces.

-¿Que me ha escrito? Jamás recibí carta suya.

-No las eché al correo. Las quemé todas.

-¡Ah! -exclamó riendo Isabel, y añadió-: Más vale que haya sido usted y no yo quien lo haya hecho.

-Pensé que no le interesarían -prosiguió él con una sencillez tan natural que casi la conmovió-. Me pareció que, después de todo, no tenía ningún derecho a molestarla con cartas.

-Pues me habría gustado mucho tener noticias suyas. Ya sabe cuánto esperaba yo que..., que... -Y se quedó callada, temiendo no decir más que una insustancialidad.

-Sé perfectamente lo que iba usted a decir: que esperaba que continuáramos siendo siempre buenos amigos.

Ciertamente, tal y como acababa de expresarla, semejante fórmula no pasaba de ser igualmente una insustancialidad; pero tenía gran interés en hacerla parecer así a los ojos de Isabel.

-No hablemos de eso, por favor -fue lo más interesante que ella acertó a decir, frase que, como se ve, no era muy superior en ingenio a la por él dicha.

-¡Vaya un consuelo para mí! -exclamó él con cierta energía.

-No pretendo consolarle -dijo la joven, que, sentada como estaba, se echó hacia atrás como irguiéndose por la interna satisfacción del triunfo que para ella suponía la respuesta que le dio hacía seis meses y de la que tan poco satisfecho quedara él. A pesar de lo agradable, galante y poderoso que era, a pesar de que no había hombre mejor que él, la respuesta seguía en pie.

-Es perfectamente natural que no pretenda consolarme, puesto que no es cosa que esté en su mano -oyó
ella que decía su compañero como cortándole su extraño júbilo.

-Yo deseaba que volviéramos a vernos porque no creía que usted intentara hacerme ver que le había herido. Pero, tal como se comporta..., es mayor la pena que
el placer. -Y se levantó con una especie de majestuosa altivez buscando con la vista a sus compañeros.

-No quisiera que sintiese eso, que, por lo pronto, no puedo decir. Lo único que quisiera es que supiese un par de cosas... para mi propia tranquilidad. Puede tener la seguridad de que no he de volver a hablarle más del asunto. Lo que le dije el año pasado lo sentía con toda el alma en aquel momento y me era del todo imposible pensar en nada distinto. Hice lo posible por olvidar... sistemáticamente y con todas mis fuerzas. Hice también lo posible y lo imposible por interesarme por otras cosas y por las demás personas. Se lo digo porque quiero que sepa que cumplí con mi deber. Pero fracasé rotundamente en mi empeño. Ésa fue también la razón de mi largo viaje al extranjero..., y lo más lejos posible. Dicen que viajar aleja las penas y procura distracción, pero yo no he logrado distraerme. Pienso constantemente en usted desde la última vez que la vi. Soy el mismo de siempre, la amo a usted exactamente igual que antes, y todo cuanto digo ahora es exactamente tan verdad como lo que antes dije. Este mismo instante sirve para hacerme ver de qué manera, para mi gran desgracia, siento el insuperable encanto de su persona. Ya sabe..., no puedo decir nada menos. Puede estar tranquila, porque no pienso en absoluto insistir, ha sido sólo un momento. Y debo añadir que, cuando hace unos minutos la encontré, no tenía ni la más remota idea de que había de encontrarla, y le doy mi palabra de honor de que en tal instante estaba deseando saber dónde pudiera hallarse.

Lord Warburton había recobrado, al fin, el completo dominio de sí mismo mientras hablaba. Tan completo era que habló con la misma seguridad que si se dirigiese a una junta de hombre de negocios..., para hacer una declaración de gran importancia con toda claridad y absoluta calma; incluso como si, de vez en cuando, hubiese tenido la ocasión de echar una mirada furtiva a las notas de su discurso escritas en un papel que llevara dentro del sombrero. No cabe duda de que la junta estimaría el asunto perfectamente discutido y lo habría aprobado.

-Yo también he pensado a veces en usted, lord Warburton -declaró a su vez Isabel-. Puede estar seguro de que lo haré siempre. -Y añadió en un tono que, sin dejar de ser amable, no fuera alentador-: No creo que en ello haya peligro alguno para ninguna de las dos partes.

Comenzaron a andar el uno junto a la otra, y ella se sentía ya con deseo de preguntarle por sus hermanas y pedirle les hiciera saber que lo había hecho. Por el momento, no volvió él a hacer alusión alguna a la gran cuestión, pero se zambulló en unas aguas todavía más profundas y seguras, tratando de saber cuánto tiempo pensaba ella permanecer en Roma. Al enterarse por la respuesta d Babel del límite temporal de su estadía, dijo estar encantado de que aún se hallase tan lejos, lo cual motivó que ella preguntara con cierta ansiedad:

-¿Por qué dice usted tal cosa si hace un rato me ha manifestado que está aquí sólo de paso?

-¡Ah! Es cierto, pero, al decir que estaba de paso, no quería hacer creer que podía hacer en Roma lo mismo que si me hallara en el empalme de Clapham. Estar de paso en Roma supone detenerse, cuando menos, una o dos semanas.

-Diga con franqueza que piensa quedarse aquí mientras yo esté.

Sonrió él ruborizándose levemente y dijo, como sondeándola:

-Supongo que eso no le acomodaría. Tiene usted miedo de verme demasiado.

-No se trata de que me acomode o no. Desde luego no puedo pretender que abandone esta deliciosa ciudad por causa mía. Pero confieso que le tengo miedo.

-¿Miedo de que empiece otra vez? Le prometo que llevaré mucho cuidado.

Sin darse cuenta se habían detenido y se quedaron mirándose fijamente el uno al otro. Al final dijo ella en un tono de compasión que tanto parecía ir dirigida a él como a ella:

-¡Pobre lord Warburton!

-En efecto. ¡Pobre lord Warburton! Pero llevaré cuidado.

-Usted podrá ser desgraciado, pero no logrará que yo lo sea. Eso no lo permitiré.

-Si creyese que podía hacerla desgraciada, creo que lo intentaría. -Al oír semejante declaración, Isabel reanudó la marcha-. De todas formas -prosiguió él-, no diré jamás una palabra que pueda desagradarle.

-Perfectamente. Si la dice, ya sabe, se acabó nuestra amistad.

-Tal vez algún día..., pasado un tiempo..., me conceda usted permiso...

-¿Permiso para hacerme desdichada?

-Para volver a decirle... -comenzó a responder él tras un instante de titubeo. Pero se contuvo y añadió-: Me lo guardaré para mí. Me lo guardaré siempre para mí.

Henrietta Stackpole y su escolta se habían unido a Ralph en la visita a las excavaciones y, al cabo de un momento, vieron aproximarse a Isabel y su acompañante. El pobre Ralph acogió a su amigo con demostraciones de alegría mezcladas de extrañeza y Henrietta exclamó casi gritando: «¡Diantre, si está aquí el lord!». Ralph y su compañero inglés le saludaron con esa sobriedad con que se saludan los amigos ingleses después de una larga separación; por su parte, Henrietta contempló intensamente al aristócrata tostado por el sol.

E inmediatamente estableció la relación entre la crisis ocurrida y lo que a ella personalmente concernía. De suerte que se aventuró a decir:

-Me figuro que no se acordará usted de mí, señor.

-¿Cómo que no? -contestó lord Warburton-. Recuerdo perfectamente que la invité a que fuera a verme y que usted no lo hizo.

-Yo no voy a todos los lugares a los que se me invita -replicó con frialdad la señorita Stackpole.

-En tal caso -contestó riendo el dueño de Lockleigh-, no volveré a invitarla.

-Pues tenga la seguridad de que, si lo hace, iré.

Por lo mucho que de tal salida se rió, lord Warburton parecía estar plenamente seguro de lo que acababa de oír. El señor Bantling había permanecido un poco aparte, sin hacerse el encontradizo, pero aprovechó aquella oportunidad para saludar con una ligera inclinación de cabeza al noble par, que al reconocerle exclamó, tendiéndole la mano:

-¿Cómo, usted aquí, Bantling?

-No sabía que se conocieran -dijo Henrietta.

-Me imagino que usted no sabe a cuántas personas conozco -repuso el señor Bantling en un tonillo ligeramente burlón.

-Yo pensaba que, cuando un inglés conoce a un lord, lo primero que hace es decirlo.

Lord Warburton se echó a reír nuevamente y dijo:

-Debe de haberlo ocultado porque se avergonzaba de mí.

Aquella réplica fue muy del gusto de Isabel. Exhaló, pues, un ligero suspiro de alivio, y todos emprendieron el regreso.

Al día siguiente era domingo, y ella se pasó toda la mañana ocupada en escribir dos largar cartas: una a su hermana Lily y la otra a madame Merle, mas no mencionó en ninguna de ellas el hecho de que un pretendiente rechazado la amenazara con un nuevo requerimiento. Los domingos por la tarde, todo buen romano (los mejores son a veces los bárbaros del norte) va a rezar las vísperas a la basílica de San Pedro. Nuestros amigos, por su parte, habían decidido acudir juntos a semejante acto religioso en la inmensa catedral. Después del almuerzo, lord Warburton se presentó en el Hotel de París e hizo una visita a las dos damas, pues Ralph Touchett y el señor Bantling habían salido juntos poco antes. Pareció el visitante esforzarse en demostrar a Isabel que era capaz de cumplir la promesa que el día antes le hiciera, y supo mostrarse discreto y franco..., ni calladamente importuno, ni remotamente concentrado. De tal suerte, le hizo comprender cuán buen amigo suyo era capaz de ser. Habló de sus viajes por Persia y Turquía, y cuando la señorita Stackpole le preguntó si podría ser provechoso para ella visitar tales países, le aseguró que ofrecían un campo de ilimitadas perspectivas a las empresas femeninas. Isabel le hizo la debida justicia, pero se preguntaba qué se proponía y qué esperaba ganar demostrando la fuerza superior de su sinceridad. Si esperaba ablandarla probándole lo buen amigo que era, no valía la pena que se tomara tal molestia. Ella conocía sobradamente la fuerza superior que había en cuanto le rodeaba, y nada de lo que él pudiera hacer serviría para iluminar con más intensidad el panorama. Por lo demás, el hecho de hallarse en Roma era para ella una complicación de la mala suerte, y únicamente le agradaban las complicaciones que eran para bien. Así es que, al despedirse él y decir que también pensaba acudir a San Pedro y que trataría de encontrarle allí, a ella y a sus amigos, Isabel no tuvo más remedio que decirle que podía hacer como gustara.

En la basílica, mientras ella caminaba sobre la inmensa taracea de mosaico del pavimento, a la primera persona que vio fue a lord Warburton. No era nuestra heroína uno de tantos turistas que dicen sentir una decepción ante el templo de San Pedro al no encontrarlo merecedor de tanta fama. La primera vez que pasó por entre las pesadas cortinas de cuero que se mueven y golpetean en la entrada, la primera vez que se vio bajo la altísima bóveda y contempló la luz filtrándose hacia ella a través del aire denso de las nubes de incienso y de los reflejos de mármoles y dorados, de mosaicos y bronces, su concepto de la grandeza y de la grandiosidad se elevó a una altura vertiginosa. Después de aquello, no podía faltar nunca espacio para elevarse y remontar el vuelo. Isabel miraba a todas partes, de todo se admiraba

como un niño o un campesino, y rendía su tributo silencioso a lo sublime del lugar. Lord Warburton caminaba al lado de ella, 1 hablaba de Santa Sofía de Constantinopla, y ella temía que acabara haciéndole observar su conducta ejemplar. Aún no había comenzado el acto religioso, pero en San Pedro hay mucho que ver y admirar, se diría que hay algo profano en aquella vastedad que parece imaginada tanto para el ejercicio físico como para el espiritual. Los distintos grupos, los simples curiosos y espectadores, confundidos con los devotos creyentes, pueden satisfacer la propia inclinación sin por ello causar molestia ni producir escándalo en el vecino o provocar conflicto. En semejante maravillosa vastedad las indiscreciones individuales no llegan muy lejos, Pero ni Isabel ni sus compañeros pecaron de ello, pues, aunque Henrietta se consideró ingenuamente obligada a declarar que la cúpula de Miguel Ángel era una bagatela en comparación con la del Capitolio de Washington, vertió aquella observación al oído del señor Bantling, reservándose el exponerla más cruda y brillantemente en las columnas del Interviewer. Isabel dio la vuelta a toda la iglesia en compañía de lord Warburton y, al ir aproximándose al coro, cerca del lado izquierdo de la entrada, llegaron a sus oídos las voces de los cantores del papa por encima de las cabezas de la inmensa muchedumbre que se agolpaba fuera. Se detuvieron un instante al borde de aquella multitud compuesta de genuinos romanos y extranjeros curiosos, y mientras permanecían allí dio comienzo el concierto sacro. Ralph, Henrietta y Bantling estaban en el interior, e Isabel, mirando por encima del nutrido grupo que delante de ella se apiñaba, pudo contemplar la luz del atardecer suspendida entre las nubes de incienso, y mezcladas con ellas las espléndidas notas del canto que parecían volar a recogerse entre los tallados marcos de los altos ventanales. Al cesar el canto, lord Warburton se dispuso a seguir andando con ella, y he aquí que, a los pocos pasos, Isabel se halló frente a Gilbert Osmond, que, por lo visto, había estado escuchando también a corta distancia de ella. Se acercó él con toda suerte de modales respetuosos..., que parecía querer aumentar en respeto y consideración al lugar y la oportunidad del momento.

Isabel le tendió la mano y dijo:

-¿Por fin se decidió a venir?

-Llegué anoche y esta misma tarde fui a visitarla al hotel. Allí me dijeron que iba a venir a San Pedro y estaba tratando de ver si la encontraba.

-Los otros están dentro -se decidió a decir Isabel.

-No he venido precisamente por los otros -replicó él con vivacidad.

Dirigió ella la mirada en torno y vio a lord Warburton, que estaba contemplándolos y que tal vez hubiera oído la última frase. De pronto se acordó de que eso era precisamente lo que él le había dicho el día que fue a Gardencourt a proponerle que se casara con él. Las palabras del señor Osmond la habían ruborizado un poco, y semejante recuerdo no logró disipar el leve rubor. Para evitar traicionarse a sí misma, presentó a aquellos dos caballeros; por fortuna, en aquel instante el señor Bantling salió del coro, hendiendo la muchedumbre con británica apostura y seguido por la señorita Stackpole y Ralph Touchett.

Si digo «por fortuna» es simplemente una manera de expresarnos tal vez harto superficial, pues, en cuanto Ralph Touchett divisó al caballero de Florencia, pareció no hacerle el hecho gracia alguna. Sin embargo, no por eso se mostró menos cortés, y con toda amabilidad dijo a su prima que, de seguir así, no tardaría en tener a su alrededor a todos sus amigos. La señorita Stackpole había tenido oportunidad de conocer al señor Osmond en Florencia y también de decir a Isabel que no le parecía mejor que ninguno de sus otros admiradores..., es decir, que el señor Touchett, lord Warburton e incluso el pequeño señor Rosier de París. «La verdad, no sé lo que te ocurre -se había complacido en declarar-, pero, para ser una muchacha tan agradable, atraes a la gente más rara del mundo. El señor Goodwood es el único que me inspira algún interés y es precisamente el único que a ti no te interesa».

El señor Osmond, mientras tanto, había comenzado a interrogar a Isabel acerca de sus impresiones de Roma.

-¿Qué le parece a usted San Pedro?

-Inmenso, y tan brillante como inmenso -se limitó a contestar ella.

-Demasiado grande. Le hace a uno sentirse como un verdadero átomo.

-¿No es así como debe una sentirse en el más grande de todos los templos del mundo? -Y, después de dicha, le pareció que su frase había estado acertada.

-A mí me parece que es como debe uno sentirse en todas partes cuando no es nadie. A mi me gusta sentirme así lo mismo en una ermita que en cualquier otra parte.

-Sin embargo, a usted le habría gustado ser el Papa -dijo Isabel acordándose de algo que él le había declarado al principio de conocerse.

-¡Ah! ¡Eso sí que me habría gustado! -exclamo Gilbert Osmond.

Lord Warburton se había reunido con Ralph Touchett y ambos se pusieron a andar juntos.

-¿Quién es ese individuo que está hablando con la señorita Archer? -preguntó el lord.

-Se llama Gilbert Osmond y vive en Florencia.

-¿Y qué más?

-Nada más. ¡Ah, sí! Es americano, pero le hace a uno olvidar que lo es porque, en realidad, lo es bien poco.

-¿Hace mucho que conoce a la señorita Archer?

-Tres o cuatro semanas.

-¿Le gusta a ella?

-Eso es lo que ella está tratando de averiguar.

-¿Y lo conseguirá?

-¿Qué, averiguarlo...?-preguntó Ralph.

-Que le guste.

-¿Quieres decir si le aceptará?

-Sí erijo lord Warburton tras dudar un instante-. Ésa es la horrible cosa que quiero decir.

-Tal vez no, si nadie trata de evitarlo –replicó Ralph.

El lord se quedó un momento sorprendido, pero pareció comprender perfectamente y dijo;

-Entonces, debemos permanecer absolutamente tranquilos.

-Tan tranquilos como serios. Y confiar sólo en la suerte -dijo Ralph.

-¿En la suerte de que pueda...?

-En la suerte de que pueda no...

Lord Warburton se quedó un segundo preocupado y luego preguntó:

-¿Es por ventura extraordinariamente inteligente?.

-Extraordinariamente -respondió Ralph.

El lord volvió a reflexionar otro poco y dijo:

-¿Y qué más?

-¿Qué más quieres? -refunfuñó Ralph.

-Querrás decir qué más quiere ella.

Ralph le tomó del brazo para conducirle hacia donde estaban los demás y añadió con toda calma:

-Ella no quiere nada que nosotros podamos darle.

-¡Pues si no te quiere a ti...! -exclamó el aristócrata graciosamente mientras ambos avanzaban cogidos del brazo...

Volumen 2

28

Al día siguiente lord Warburton se presentó en el hotel de sus amigos para verles, pero le dijeron que habían ido a la función de la ópera. Fue, pues, allí con el propósito de visitarles en su palco, como era en aquel entonces la moda en la sociedad italiana; y, una vez en el teatro -que era uno de los de segunda categoría- paseó la vista en torno suyo por aquella sala mal iluminada y tan vasta como desnuda de adornos. Acabado el acto, podía buscar a sus anchas y tratar de localizar a sus amigos. Después de mirar atentamente dos o tres pisos donde había tales receptáculos, divisó en uno de ellos a una dama a quien al punto reconoció. La joven estaba sentada de frente al escenario y casi oculta por la cortina del palco. A su lado, y recostado en el respaldo del sillón, estaba Gilbert Osmond. Parecía como si el palco fuera sólo de ellos, y lord Warburton supuso que sus compañeros estarían fuera tomando el relativo fresco de que en el vestíbulo se disfrutaba. Permaneció un momento con los ojos clavados en aquella interesante pareja, preguntándose si debía entrar e interrumpirles o abstenerse de hacerlo. Por último se le antojó que Isabel le había visto y semejante accidente le decidió. No existía indicación alguna de que se prohibiera el acceso, de suerte que se encaminó a los pisos superiores y en la escalera casi se dio de bruces con su amigo Ralph Touchett, que bajaba con el sombrero ladeado, como aburrido, y las manos donde era su costumbre llevarlas.

A guisa de saludo, Ralph le dijo:

-Hace un instante te vi desde arriba y bajaba en tu busca. Me siento solo y necesito compañía.

-Pues tenías una incomparable y acabas de abandonarla.

-Si te refieres a mi prima, tiene ya compañero y no me precisa para nada. Y la señorita Stackpole y el señor Bantling han ido al café a tomar un helado..., porque a ella le encantan los helados. Pensé que tampoco ellos me precisaban para nada. La ópera que están dando es muy mala; las mujeres parecen lavanderas y cantan como loros. Me siento muy deprimido.

-Entonces, más te valdría irte a casa -repuso lord Warburton con afabilidad.

-¿Y dejar a mi damita en este sitio tan desolado?
Eso, de ningún modo. Tengo que velar por ella.

-¿Por qué? Parece que tiene amigos en abundancia.

-Precisamente por eso debo velar -contestó Ralph
con melancolía un tanto socarrona.

-Pues, si no te precisa a ti, es muy probable que
tampoco me precise a mí.

-No. Tú eres distinto. Ve al palco y quédate allí mientras yo estiro un poco las piernas.

Lord Warburton se dirigió pues al palco, donde Isabel le recibió como a un amigo tan honorablemente antiguo que él se preguntaba atónito qué estrambótica provincia de dominio temporal creía ella haberse anexionado. Cambió un cortés saludo con el señor Osmond, al que había conocido el día antes y que, desde el momento en que él entrara, permaneció en silencio y un poco aparte, como quien no acepta la competencia en la probable dilucidación de asuntos extraños. Al segundo visitante le llamó poderosamente la atención ver que en aquella oportunidad la señorita Archer parecía como rodeada de una aureola, transfigurada por inefable exaltación. Sin embargo, siendo como era una joven de mirada vivaz, de

actitudes rápidamente cambiantes, de muy animada conversación, nada de extraño tendría que se hubiera equivocado al imaginársela de la anterior suerte. En su conversación con él se complació ella en mostrarse perfectamente dueña de su espíritu, patentizando una afabilidad tan deliberada e ingeniosa que no dejaba lugar a dudas acerca del completo dominio que ejercía sobre sus propias facultades. El pobre lord Warburton tuvo momentos de verdadero azoramiento. Ella le había hecho perder la esperanza hasta el punto de ser casi cruel. ¿Qué se proponía, pues, con aquellas artes y amabilidades, sobre todo con semejante tono de reparación..., de preparación acaso? Su voz tenía matices de gran dulzura que le alteraban profundamente. Regresaron los demás compañeros de palco, y dio comienzo otro acto de la ópera trivial, triste y familiar. Como el palco era espacioso, quedaba sitio para que lord Warburton pudiese permanecer allí si se sentaba atrás y un poco en la sombra. Y así lo hizo él durante una media hora, mientras el señor Osmond se quedó delante, los codos apoyados en las rodillas. Detrás del asiento de Isabel, lord Warburton no oía absolutamente nada y, desde su oscuro rincón, se dedicó a contemplar el nítido perfil de aquella exquisita joven destacando sobre la parca iluminación de la sala. Al llegar el otro entreacto nadie salió del palco. El señor Osmond se puso a hablar con Isabel y lord Warburton se quedó en su rincón, si bien no mucho tiempo. Se levantó, se despidió y dio las buenas noches a las damas. Isabel no dijo nada susceptible de hacerle quedar, pero ello no impidió que de nuevo le intrigara hondamente. ¿Por qué se empeñaba en destacar uno de sus valores -precisamente el menos oportuno-, toda vez que se desentendía de otros más estimables? Estaba furioso consigo mismo por sentirse de tal modo perplejo, y enojado por estar furioso. De poco consuelo había de servirle en tal estado de ánimo la música de Verdi. Abandonó, pues, el teatro y se fue caminando hacia su hotel, sin saber qué camino seguir por aquellas tortuosas y trágicas callejuelas de Roma, donde desde hacía tantos siglos tenían lugar a la luz de las estrellas situaciones bastante más tristes y desoladoras que la suya.

Después que se hubo marchado, Osmond preguntó a Isabel:

-¿Qué carácter tiene ese caballero?

-Irreprochable..., ¿no acaba usted de verlo?

-Es dueño de casi media Inglaterra; ése es su carácter -intervino Henrietta Stackpole, como molesta-. Eso es lo que llaman un país libre.

-¡Ah! ¿Es un gran propietario? ¡Dichoso él! -exclamó Gilbert Osmond.

-¿Llama usted dicha... a ser propietario de infelices criaturas humanas? Él es amo de sus colonos y los cuenta por miles. Es, sin duda, agradable tener propiedades, pero yo me conformo con poseer objetos inanimados. Yo no actúo sobre la carne y la sangre, el pensamiento y la conciencia. .

-Tengo para mí que usted posee, por lo menos, la propiedad de uno o dos seres humanos -repuso en tono de broma el señor Osmond-. Dudo mucho de que Warburton maneje a sus súbditos como usted me maneja a mí.

-Lord Warburton es un gran radical -creyó oportuno decir Isabel-. Tiene opiniones muy avanzadas.

-Lo que son muy avanzados son sus muros de piedra. Su parque está rodeado treinta millas en derredor por una gigantesca verja de hierro. -Y como para informar al señor Osmond, Henrietta añadió-: Ya quisiera yo verle discutiendo con algunos de nuestros radicales de Boston.

-Que no aprobarían nuestras verjas de hierro, me figuro -dijo el señor Bantling.

-Sí. Para encerrar dentro de ellas a los malvados conservadores. Cada vez que hablo con usted, me parece estar hablando de algo que tuviera el filo cortante de un vidrio roto.

-¿Conoce usted bien a ese reformador no reformado? -siguió preguntando Osmond a Isabel.

-Lo bastante para el uso que de él hago.

-¿Y en qué consiste tal uso?

-Pues, en que me agrada que me guste.

-Gustarle a uno que otro le guste... es casi tanto como una pasión.

-No -arguyó Isabel-, entienda usted por gustarle a uno no tenerle aversión.

Osmond se echó a reír.

-¿Se propone usted hacerme concebir un gran afecto por él? No contestó ella nada en aquel instante, pero un poco después respondió a tal pregunta con excesiva gravedad.

-No, señor Osmond -dijo-. Creo que no me atrevería nuca a provocarle a usted. -Luego, un poco-más tranquila , añadió-: De todos modos, lord Warburton es un hombre muy gentil.

-¿De gran capacidad? -preguntó su amigo.

-De excelente capacidad, y tan bueno como parece.

-Como bien parecido, querrá usted decir. Sin duda es muy bien parecido. ¡Qué afortunado! ¡Ser un gran magnate inglés, apuesto e inteligente por añadidura, y, para colmo de venturas, gozar de los altos favores de usted! He ahí un hombre al que yo podría envidiar.

Isabel le miró con interés, y dijo:

-Me parece que usted está siempre envidiando a alguien. Ayer era al papa; hoy, al pobre lord Warburton.

-Mi envidia no es dañina; no haría mal ni a un infeliz ratoncillo. Yo no quiero destruir a la gente..., lo único que quiero es ser ella. Ya ve usted que esto no me llevaría más que a destruirme a mí mismo.

-¿De veras le habría gustado ser el papa?

-Mucho..., pero tenía que haber sido antes. Pero dígame -preguntó tras un segundo de reflexión-, ¿por qué habla usted de su amigo llamándole el pobre lord Warburton?

-Cuando las mujeres son buenas..., verdaderamente muy buenas, suelen compadecer a los hombres a quienes han hecho daño; es el gran procedimiento para mostrar su bondad -dijo Ralph, tomando por primera vez parte en la conversación y haciéndolo con un cinismo tan claramente ingenioso como inocente en apariencia.

-Por favor, ¿acaso he herido yo a lord Warburton? -preguntó Isabel levantando las cejas como si aquella idea fuera gran novedad.

-Pues, si lo ha hecho, bien merecido se lo tiene -dijo Henrietta al tiempo que se alzaba el telón para dar paso al ballet.

Isabel estuvo veinticuatro horas sin ver a su víctima propiciatoria, pero al segundo día le encontró en la galería del Capitolio, donde él estaba contemplando la pieza más notable de la colección: el Gladiador Moribundo. Isabel había ido allí con sus habituales compañeros, entre los que se hallaba también en tal ocasión Gilbert Osmond, y el grupo acababa de entrar en el primero y mejor de los salones cuando ella divisó al otro visitante. Lord Warburton se dirigió a nuestra heroína con bastante soltura y le comunicó que se disponía a marcharse en aquel momento.

-Me marcho también de Roma -añadió-, de manera que debo decirle adiós.

Por inconsecuente que pueda parecer, Isabel se sintió triste al oírlo. Lo cual se debía tal vez a que ya no temía que él la molestara con su renovada pretensión y pensaba en otra cosa. Estaba a punto de decirle que lo sentía, pero logró contenerse y se limitó a desearle un feliz viaje, lo que le hacía parecer a sus ojos hombre de poca importancia.

-Me imagino que me considerará usted muy voluble, porque el otro día le dije que pensaba estar aquí una temporadita.

-Nada de eso; puede cambiar de idea.

-Eso es precisamente lo que he hecho.

-Entonces, bon voyage.

-Parece que tiene usted una gran prisa en perderme de vista -comentó el aristócrata.

-No hay tal; es que me molestan las despedidas.

-¡Qué poco le importa a usted lo que yo haga! -insistió él.

-Cuidado, está quebrantando su promesa -dijo Isabel después de mirarle amablemente un momento.

Se ruborizó él como un muchacho de quince abriles y replicó:

-Si no la mantengo es porque materialmente no puedo. Precisamente por eso me marcho.

-Adiós, entonces.

-Adiós. -Siguió sin moverse y luego preguntó-: ¿Cuándo volveré a verla?

Isabel dudó un segundo, pero, como su tuviera una súbita inspiración, contestó en el acto:

-Cualquier día después de que se haya usted casado.

-Eso sólo sucederá después de que usted lo haya hecho.

Ella sonrió y dijo:

-Para el caso, es lo mismo.

-En efecto. Completamente lo mismo. Adiós.

Se dieron la mano y él la dejó sola en aquella gloriosa sala en medio de tantos maravillosos mármoles antiguos. Isabel se sentó en el centro de las inmóviles presencias marmóreas y se puso a mirarlas distraídamente, posando su mirada en aquellos hermosos rostros vacíos de expresión que parecían estar escuchando el silencio eterno. Es de todo punto imposible, en Roma por lo menos, contemplar durante largo tiempo un gran número de esculturas griegas sin sentir el efecto de su quietud majestuosa, que, a la manera de una elevada puerta cerrada para sacra ceremonia, deja caer suavemente sobre el espíritu el amplio manto de la paz. Digo que especialmente sucede así en Roma porque el aire romano constituye un medio exquisito para semejantes impresiones. Se mezcla con ellas la luz dorada del sol, y la calma profunda del pasado, tan vivida aún -si bien ya no es más que un inmenso vacío poblado de nombres ilustres-, parece hechizarlas con un supremo encamo. Las celosías de las ventanas del Capitolio estaban entornadas y la suave penumbra que envolvía a las estatuas parecía hacerlas más graciosamente humanas. Isabel permaneció sentada allí largo rato, cautivada por el encanto de tanta belleza inmóvil, pensando a cuál de sus antiguas experiencias estarían aquellos ojos abiertos y cómo a nuestros oídos extraños podrían aquellos labios hablar. La pared de color rojo oscuro prestaba relieve a las figuras haciendo que los pulidos mármoles del pavimento reflejaran su hermosura. Aunque ya las había visto antes, se renovaba ahora en ella el placer estético, incrementado porque se sentía contenta de estar sola. Por fin, fatigada ya su atención, la arrastró el interés s t otra urda de la marea de la vida. Un turista pasó por allí, se detuvo un segundo ante el Gladiador Moribundo y salió por la otra puerta haciendo oír sus pasos sobre el brillante piso. Al cabo de una media hora reapareció Gilbert Osmond, adelantado, al parecer, al resto de sus compañeros. Avanzó hacia ella lentamente con las manos en la espalda y con su acostumbrada sonrisa, siempre curiosa si bien no siempre suplicante.

-Me sorprende verla sola -dijo-. Creí que tenía compañía.

-La tengo..., no la hay mejor -repuso ella mirando las figuras del Fauno y de Antinoo.

-¿Le parecen a usted mejor compañía que todo un par inglés?

-Ah, mi par inglés se marchó hace ya un buen rato -contestó la joven con deliberada sequedad, al tiempo que se levantaba.

No le pasó inadvertida aquella sequedad al señor Osmond, pero, lejos de molestarle, pareció que añadía más interés a su pregunta.

-Me temo que sea verdad lo que oí decir la otra tarde; que es usted cruel con ese aristócrata -declaró.

Isabel miró un instante hacia la estatua del Gladiador Moribundo.

-No es cierto -dijo-. Yo soy escrupulosamente buena.

-Esto es lo que quiero decir -replicó Gilbert Osmond con tan satisfecha sonrisa que su chiste no precisaba explicación.

Sabido es que le gustaba todo lo original, raro, superior y exquisito; y ahora, que había visto a lord Warburton, a quien consideraba un raro ejemplar de su raza y su casta, le resultaba singularmente atrayente adueñarse de una joven que había merecido figurar en su colección de objetos raros y que se había permitido rechazar tan noble mano. Gilbert Osmond sentía un extraordinario aprecio por aquel especial patricio, no ya a causa de sus cualidades, que consideraba fácilmente superables, sino por su sólida posición. Nunca le había perdonado a su estrella que no le hubiese favorecido con un ducado inglés; por lo cual estaba en insuperables condiciones para justipreciar una actitud tan inesperada como la de Isabel. Era natural que la mujer con quien se casara hubiese hecho algo por el estilo.

29

En su conversación con su buen amigo, Ralph Touchett no había dejado de reconocer en alto grado las cualidades y los méritos personales de Gilbert Osmond; pero, ante la conducta de tal caballero durante el resto de su visita a Roma, quizá sintiera que no había sido del todo justo. Osmond pasaba la mayor parte del día con Isabel y sus compañeros y acabó por infundirles la idea de que no había hombre de tan agradable trato. ¿A quién se le escapaba el hecho de que era en todo momento perfectamente dueño de sí y de que se comportaba con exquisito tacto o alegría según los casos? Esa era precisamente la razón por la que Ralph le reprochaba su antigua superficialidad en el trato social. Hasta el injusto pariente de Isabel no tenía más remedio que reconocer que era un compañero encantador. Su buen humor era constante, su conocimiento del hecho, exacto, su expresión con la palabra, precisa, y todo ello tan adecuado como su amable premura al prender el fósforo para que uno de los demás encendiese el cigarrillo. No cabía la menor duda de que estaba divirtiéndose..., divirtiéndose a la manera en que podría hacerlo quien no puede ser apenas sorprendido y sabe hacerse casi aplaudir interiormente. No es que se mostrase excesivamente alegre, pues era de los que en el concierto del placer nunca habría tocado el tambor sino con las yemas o los nudillos de los dedos, ya que detestaba toda nota estridente o chillona, cosa que solía denominar los desvaríos del azar. Creía que la señorita Archer se mostraba a veces de una presteza harto premurosa y consideraba una lástima que tuviese tal defecto, porque, de no haberlo tenido, no habría, en realidad, tenido ninguno y habría sido tan adaptable a sus necesidades generales como el puño de marfil de un bastón a la palma de la mano. Si, personalmente, él no era vonciglero, sí era, en cambio, profundo, y durante aquellos últimos días de mayo no había para él placer comparable al de caminar lentamente bajo los pinos de la Villa Borghese, sobre prados floridos y entre mármoles cubiertos de verdín. Todo le gustaba; nunca hasta entonces le habían gustado tantas cosas al mismo tiempo. Se renovaban en su espíritu impresiones antiguas, viejos placeres del espíritu. Una noche, al retirarse a su habitación del hotel, escribió un soneto que tituló «Roma revisitada». Dos días después mostró a Isabel aquel ejemplar único de un trabajo literario perfecto y le explicó que era una antigua costumbre italiana conmemorar los faustos acontecimientos de la vida rindiendo un tributo a las musas.

Por lo general, gustaba de experimentar tales placeres solo. Con frecuencia excesiva -era el primero en reconocerlo- se daba amarga cuenta de lo malo, de lo feo, y, por el

contrario, era muy rara la vez que sobre su espíritu llegaba a descender el fértil rocío de una felicidad imaginable. Sin embargo, en aquel momento sentíase feliz..., acaso mucho más de lo que jamás lo fuera, y semejante sentimiento tenía un sólida razón de ser. Era lisa y llanamente el convencimiento del propio éxito, la emoción sin duda más grata al corazón humano. A decir verdad, Osmond no la había experimentado nunca en demasía; en tal sentido había experimentado una sorda irritación contra la ajena saciedad, como él bien sabía y de sobra tenía presente. «La verdad es que la suerte no me ha mimado -solía decir-, no me ha mimado en absoluto. Si llego a triunfar antes de morir, me lo tendré bien ganado». Tenía una gran predisposición a considerar que ganarse esta especie de festín consistía sobre todo en sufrir secretamente por él, y hubo de reducirse a semejante ejercicio. Para ser exactos, hay que decir que su carrera no había estado totalmente desprovista de éxitos, de tal modo que podía hacer creer a algún espectador que se dedicaba a dormir sobre vagos laureles. Pero algunos de sus triunfos eran ya demasiado antiguos y otros habían sido demasiado fáciles. El de ahora había resultado menos arduo de lo que cabía esperar; pero había sido fácil -es decir, rápido- por la sola razón de que había realizado un esfuerzo verdaderamente excepcional, mucho mayor de lo que él mismo hubiera creído poder llevar a cabo. El sueño de su juventud había sido tener algo que mostrar en prueba de su valía, cualquier cosa; pero, con el discurrir del tiempo, las condiciones que toda prueba imponía cada vez le habían parecido más groseras, y detestables, como echarse al coleto, una tras otra, varias jarras de cerveza para demostrar el aguante. Si una anónima obra de arte colgada en la pared de un museo fuese consciente y cauta, podría experimentar al placer de verse, al fin, súbitamente identificada -como obra de gran maestro- por el simple hecho de tener un estilo determinado. Ese «estilo» fue, pues, lo que la joven descubrió en él sin gran dificultad; y ahora, además de poder disfrutar de él, nadie tan calificado como ella para proclamarlo ante el mundo sin que el agraciado tuviera que tomarse molestia alguna. Eso es lo que ella haría por él. De tal suerte, no habría esperado en vano.

Poco antes del momento fijado para su partida de Roma, la joven recibió de la señora Touchett un telegrama redactado en estos términos: «Dejo Florencia cuatro junio hacia Bellaggio, llevándote conmigo si no tienes otros proyectos. Pero no puedo esperar si continúas vagando en Roma».

Ese vaguear en Roma tenía indudablemente sus encantos, pero Isabel había trazado otros planes e hizo saber a su tía que estaba dispuesta a ir inmediatamente con ella. Se lo comunicó asimismo a Gilbert Osmond, quien dijo que, dado que pasaba en Italia la mayor parte de sus inviernos y veranos, se quedaría a holgazanear un poquito más a la fresca sombra de los muros de San Pedro. Volvería a Florencia pasados unos diez días y para tal fecha ya estaría ella en Bellaggio. De modo que pasarían meses antes de que volviera a verla.

Tenía lugar esta conversación en el amplio salón privado de nuestros amigos en el hotel donde se hospedaban. Era de noche, ya algo tarde, y Ralph Touchett debía llevar a su prima a la mañana siguiente a Florencia. Osmond halló sola a nuestra heroína, pues la señorita Stackpole, que había hecho íntima amistad con una familia americana alojada en el cuarto piso, había subido a visitarla. Henrietta era especialista en entablar amistades en los viajes con suma facilidad, y en el ferrocarril había hecho ya algunas que se contaban entre las más valiosas de que disponía. Por su parte, Ralph estaba haciendo los arreglos precisos para el día siguiente, mientras que Isabel se hallaba sola, sentada entre un verdadero bosque de amarilla tapicería. De color naranja eran sillas, sillones y sofá; rojo oro las paredes; y oro y rojo los cortinajes de las ventanas. Los espejos y los cuadros estaban encerrados en grandes y vistosos marcos, y en el abovedado techo divertíanse en abigarrada mezcla musas desnudas e inocentes querubines. A Osmond le resultaba feo aquel lugar hasta la desesperación. Aquellos falsos colores y aquel fingido esplendor eran como vulgares, falsas y pretenciosas palabras. Isabel tenía entre las manos un libro de Ampére que le había regalado Ralph a su llegada a

Roma, pero el libro yacía como olvidado sobre su falda, si bien su dedo índice lo hendía entre dos páginas cuya lectura, por lo visto, no sentía extrema impaciencia en reanudar. Una lámpara, cubierta con un colgante velo de papel vitela rojo, estaba encendida cerca de ella en la mesa y esparcía en torno una extraña y suave palidez rosada.

-Usted dice que volverá, pero ¿quién sabe? -dijo Gilbert Osmond-. No sé por qué se me antoja que más bien ha de sentirse dispuesta a emprender su viaje alrededor del mundo No tiene ninguna obligación de volver, puede hacer lo que más le agrade, incluso errar de un lado a otro por el espacio.

-Cierto -repuso Isabel-. Pero, según creo, Italia forma también parte del espacio y puedo incluirla en mi itinerario.

-Es decir, en su recorrido alrededor del mundo. Por favor, no haga tal cosa. No nos coloque usted en un paréntesis. Concédanos, cuando menos, todo un capítulo. Yo no quiero verla viajando. Prefiero verla cuando haya terminado de viajar. Quisiera verla cuando esté ya ahíta y cansada... -Hizo una pausa y reafirmó-: Sí, preferiría verla en tal estado.

Isabel, con la mirada gacha y el índice hendiendo otras páginas del libro de Ampére, contestó:

-Usted ridiculiza las cosas sin parecer querer hacerlo, aunque no, según creo, sin pretenderlo. No siente el menor respeto por mis viajes..., los ridiculiza.

-¿De dónde saca usted semejante cosa?

Ella continuó en igual tono, rozando el lomo del libro con un abrecartas.

-Usted ve perfectamente mi ignorancia, mis errores, me ve ir de un lado a otro como si el mundo fuese mío, por la sencilla razón..., simplemente porque me han proporcionado los medios de poder hacerlo. Usted no cree que una mujer deba hacer semejante cosa; piensa que es un comportamiento pretencioso y torpe.

-Al contrario -repuso Osmond-, creo que es algo hermoso. Ya conoce mis ideas; la he puesto a usted bastante en contacto con ellas. ¿Acaso no recuerda lo que yo mismo le he dicho, que uno debe hacer de su propia vida una obra de arte? Al principio, eso pareció chocarla, pero entonces fue cuando le dije que era precisamente lo que se me antojaba que estaba usted tratando de hacer con la suya.

Isabel levantó los ojos del libro.

-Lo que usted desprecia más en el mundo es el arte malo, el arte estúpido.

-No digo que no. Pero el de usted me parece excelente y diáfano.

-Estoy segura de que, si se me ocurriera ir al Japón el invierno próximo, se reiría de mí.

Osmond sonrió, con afabilidad pero sin llegar a soltar la carcajada, ya que el tono de la conversación que sostenía no era jocoso. Isabel se mostraba de vez en cuando solemne, cosa que él ya había observado. Así, dijo:

-Tiene usted una imaginación desconcertante.

-Eso es precisamente lo que quiero decir. Usted cree que tal idea es absurda.

-Está equivocada. Yo daría mi dedo meñique por ir al Japón, uno de los pocos países que quisiera de verdad conocer. ¿No lo cree usted, a pesar de mi gran afición a las buenas lacas antiguas?

-Pero yo no tengo la excusa de ser aficionada a las lacas antiguas -contestó Isabel.

-Usted tiene una excusa mejor todavía: los medios para ir allá. Está completamente equivocada en su creencia de que me río de usted. No sé qué ha podido hacérselo creer así.

-No sería nada extraordinario que a usted le pareciera ridículo que yo tenga medios para hacer el viaje y usted no, porque usted lo sabe todo y yo no sé nada.

-Razón de más para que viaje y aprenda -dijo Osmond sonriendo-. Por lo demás... -añadió, como para dejar bien sentado un punto de importancia-, yo no lo sé todo.

No le llamó a Isabel la atención el hecho de que él dijera aquello con suma gravedad. Pensaba que el incidente más agradable de su vida -así complacíase ella en calificar aquellos breves días en Roma, que podía haber comparado con la figura de una princesita de una de las épocas del buen vestir, agobiada bajo un manto de ceremonia y arrastrando una cola sostenida por pajes o historiadores-, que toda aquella felicidad estaba tocando a su fin. Que al señor Osmond se debía la mayor parte del interés suscitado por la estadía en la ciudad era lo de menos; en esos momentos, ya había hecho la debida justicia respecto a tal punto. Y se dijo a si misma que, si hubiese algún peligro de que no llegaran a volver a verse, tal -,,vez sería lo mejor. Las cosas y los hechos felices no se repiten, y su aventura cobraba ya el aspecto cambiante y marinero de una isla romántica donde, tras un sabroso festín de rojos racimos, se estaba ya aparejando para abandonarla a favor de la fresca y dorada brisa del amanecer. Podía volver a Italia y encontrar cambiado a aquel hombre..., aquel hombre tan extraño que tanto le gustaba tal como era..., de modo que no volver era preferible a exponerse al riesgo que ello supondría. Pero, si no había de volver, aún le causaba mayor pena dar por finalizado el capítulo. Durante unos momentos sintió un dolor tan intenso que casi estuvo a punto de provocarle las lágrimas. Tal sensación la hizo permanecer callada, y Gilbert Osmond siguió igualmente silencioso, mirándola intensamente. Al fin, dijo en voz baja y amable:

-Vaya usted a donde le agrade; haga cuanto quiera, obtenga de la vida todo lo que pueda. Sea dichosa..., triunfe de verdad.

-¿Qué quiere decir con lo de triunfar?

-Pues... hacer lo que a uno le gusta.

-Entonces, para mí, triunfar ha de ser fracasar.

A veces, hacer todas las cosas insustanciales que una quiere es enormemente agotador.

-Exacto -replicó Osmond con tranquila presteza-. Como no hace mucho le dije, día llegará en que se sentirá cansada. -Hizo una breve pausa y luego prosiguió-: la verdad, no sé si sería mejor esperar hasta entonces para decirle algo de lo que deseo hacerla partícipe.

-Pues yo no puedo aconsejarle sin saber de qué se trata. Ahora que, cuando me siento cansada, me comporto de un modo horrible -añadió con una insospechada inconsecuencia.

-No lo creo; lo que sí puede ocurrir es que a veces se enoje, aunque nunca la he visto así; pero tengo la seguridad de que nunca se pone impertinente.

-¿Ni aun cuando pierdo los estribos?

-Usted no los pierde nunca..., al contrario, los encuentra, y debe de ser muy hermoso -dijo Osmond con noble seriedad-. Ha de haber grandes momentos en que valga la pena verla.

-¡Si por lo menos pudiera encontrarlos ahora! -exclamó Isabel algo nerviosa.

-Yo no siento temor alguno. Voy a cruzarme de brazos y a admirarla. Le advierto que estoy hablando en serio. -Se adelantó un poco, colocó ambas manos sobre las rodillas, bajó los ojos y tras alzarlos de nuevo, añadió-: Lo que quiero decirle es que he llegado al convencimiento de que estoy enamorado de usted.

Isabel se levantó instantáneamente y exclamó:

-¡Olvide eso hasta que esté cansada!

-¿Cansada de qué, de oírselo decir a los demás? -Siguió él sentado, mirándola-. No, es necesario que lo diga usted ahora; o nunca, como quiera. Pero, en cualquier caso, yo no tengo más remedio que decírselo ahora.

Se apañó ella, pero al hacerlo se detuvo un instante y lo miró intensamente. Los dos permanecieron mirándose durante largo rato, con esa mirada detenida, consciente y reflexiva de los momentos críticos de la vida. Por fin, él se levantó, se aproximó y, respetuosamente, como temiendo obrar con excesiva confianza, declaró:

-Estoy perdidamente enamorado de usted.

Dijo las anteriores palabras en un tono de discreción casi impersonal, como quien espera bien poca cosa de ello y necesita decirlo para desahogarse y quedarse tranquilo. Se le

llenaron a Isabel de lágrimas los ojos, pero en esa ocasión producíalas la intensidad de un dolor que le sugería algo así como el correr y descorrer de un hermoso cerrojo..., algo que no sabía qué era ni en qué consistía. Las palabras que acababa de pronunciar hacían de Osmond, que no se había movido de donde estaba, un ser generoso y gallardo, le envolvían en una especie de manto sutil como el aire dorado del temprano otoño. Sin embargo, moralmente, hacían retroceder a la muchacha, que no dejaba de mirarle amorosamente, de igual modo que se había retirado antes, en ocasiones similares.

-Por favor, no diga eso -murmuró con una intensidad en la súplica que delataba también ahora su miedo a verse obligada a escoger y decidir.

Lo que acrecentaba aún más su temor era precisamente aquella fuerza que, al parecer, debió de desvanecer todos los temores, la sensación de que había algo dentro de ella, allá en lo más hondo de su ser, que se le antojaba una inesperada y sincera pasión. Era como si tuviese una cuantiosa suma depositada en un banco y experimentase un miedo insuperable de empezar a gastarla. Porque, una vez que la hubiera tocado, toda ella se disiparía enseguida.

Osmond dijo por fin, suavemente:

-Supongo que no le importará mucho lo que acabo de decirle. Lo que puedo ofrecerle es demasiado poco. Lo que yo tengo es bastante para mí..., pero no para usted. Ni tengo fortuna, ni renombre, ni ninguna otra de esas ventajas externas que tanto se aprecian. De manera que no le ofrezco nada. Se lo digo porque no creo que con ello la ofenda y porque se me antoja que llegará el día en que le agrade. Por mi parte, le aseguro que a mí me proporciona gran placer decírselo. -Continuó de pie ante ella, un poco inclinado hacia delante como en espera de sus palabras, y dándole lentas vueltas al sombrero que acababa de tomar con todo el recatado temor de la torpeza y sin extravagancia, presentando a los ojos de ella su rostro firme, refinado y un tanto demacrado-. A mí no me causa dolor alguno decirle esto porque es de lo más sencillo -añadió-. Para mí será usted siempre la mujer más importante del mundo.

Isabel se consideró a sí misma en tal aspecto, y pensó que le sentaba bien. Sin embargo, lo que dijo no expresaba en modo alguno semejante complacencia propia.

-Usted no me ofende, pero no olvide que, sin sentirse ofendida, puede una sentirse incomodada y turbada.

Se oyó a sí misma decir la palabra «incomodada» y le pareció ridícula. No sabía de qué estúpida manera pudo habérsele ocurrido.

-No lo olvidaré. Por lo pronto, se ha quedado usted sorprendida y azorada. Pero, si no es más que eso, no tardará en pasar. Y tal vez deje alguna huella de la que yo no tenga por qué avergonzarme.

-Ignoro lo que pueda dejar. De todas formas, puede usted ver por sí mismo que no estoy abatida-dijo Isabel con pálida sonrisa-. No estoy tan turbada como para no poder pensar. Y pienso que me alegro de que hayamos de separarnos y de tener que marcharme mañana de Roma.

-Siento decirle que no estamos de acuerdo en eso.

-Yo no le conozco a usted en absoluto -replicó Isabel bruscamente, y se ruborizó al oírse diciendo lo que ya dijera hacía un año a lord Warburton.

-Si no se marchara, no por eso me conocería mejor.

-Puede que alguna vez lo logre.

-Así lo deseo. Soy bien fácil de conocer.

Ella contestó con gran énfasis:

-No, no; en eso no es sincero. Usted no es nada fácil de conocer. Es imposible serlo menos.

-Bueno -repuso él riendo-, si digo eso es porque me conozco bien a mí mismo. Pudiera parecer una fanfarronería, pero así es.

-Es muy posible. Pero es porque usted es muy sensato.

-También lo es usted, señorita Archer -exclamó Osmond.

-No creo que lo sea en este momento, aunque sí lo bastante para pensar que será mejor que se vaya. Buenas noches.

-Dios la bendiga -dijo Gilbert Osmond tomándole la mano que ella se olvidara de tenderle. Después de lo cual, añadió-: Si volvemos alguna vez a vernos, me encontrará usted igual que me deja. Y, si no nos vemos más, yo seguiré siendo siempre el mismo.

-Se lo agradezco infinito. Adiós.

Había algo tranquilamente decidido en el visitante de Isabel que le impulsaba a querer marcharse por su propia voluntad, no despedido.

-Hay algo más que debo decirle. Yo no le he pedido nada..., ni siquiera que tenga un pensamiento para mí en el futuro; justicia que espero sabrá usted hacerme. Sin embargo, quisiera pedirle un favor insignificante. No pienso regresar a mi casa en unos cuantos días. Roma está deliciosa en estos momentos y es lugar harto apropiado para un hombre en mi estado de ánimo. ¡Ah! Yo sé que usted siente dejarla, pero me parece bien que haga lo que su tía desea.

-Ni desea tal cosa ni exige nada -replicó Isabel.

Osmond estuvo a punto de decir algo que respondiera bien a tales palabras, pero cambió de idea y se limitó a comentar:

-Está bien; de todos modos es correcto que vaya usted con ella, muy correcto. Haga siempre lo correcto; ésa es mi norma. Perdone que la aconseje tanto. Usted dice que no me conoce, pero, cuando de veras me conozca, verá el gran culto que profeso a la corrección.

-Pero usted no es un hombre convencional, ¿no es cierto? -preguntó Isabel con gravedad.

-Me gusta la manera en que dice usted esa palabra. No, no es que sea convencional, es que soy la convención social personificada. ¿No lo comprende usted? -Y se detuvo un instante, sonriendo-. Me gustaría poder explicárselo. -De pronto, en una salida llena de naturalidad, presteza y brillantez, exclamó-: ¡No deje de volver! ¡Tenemos aún tantas cosas de qué hablar!

Ella permanecía con la mirada gacha.

-¿De qué favor quería usted hablarme hace un momento? -se limitó a preguntar.

-Que antes de abandonar Florencia vaya a ver a mi hijita. Está sola en la villa; me decidí a no enviarla a casa de mi hermana porque ésta no comparte precisamente mis ideas. Dígale usted que debe querer mucho a su pobre papaíto -terminó diciendo amablemente Osmond.

-Tendré un verdadero placer en ir a verla-dijo Isabel en el mismo tono- y le diré lo que usted me pide. Adiós otra vez.

Se despidió él rápida y respetuosamente. Una vez que hubo desaparecido, Isabel se quedó pensando profundamente en sí misma y acabó sentándose poco a poco con aire de suma preocupación. Así permaneció, sentada, con las manos cruzadas y la vista clavada en la horrenda alfombra, hasta que volvieron sus compañeros. Su agitación, que no había en nada decrecido, era todavía muy intensa. Lo que acababa de ocurrir era algo para lo que estaba mentalmente preparada desde hacía un mes; pero, cuando llegó el momento, se detuvo... y aquel principio sublime que la inspiraba se vino en cierto modo abajo. Extraña era la manera de proceder del espíritu de nuestra heroína, y yo no puedo presentarla más que como la veo, sin pretender en absoluto hacerla aparecer como la cosa más natural del mundo. Como ya he dicho, su imaginación retrocedió. Le quedaba todavía un último y vago espacio que no podía cruzar..., algo como un camino oscuro e incierto con no poca apariencia de ambiguo y un si es no es de traicionero, como un espeso matorral visto a la luz del oscurecer. Pero no le quedaba más remedio que atravesarlo.

30

A la mañana siguiente Isabel regresó a Florencia en compañía de su primo, quien, aunque contrario a la disciplina del ferrocarril, consideró de todo punto admirables aquellas horas pasadas en el tren, ya que con ellas se alejaba su compañera de la ciudad a la que ahora cabía el honor de ser la preferida de Gilbert Osmond, unas horas que tal vez empezaban a delinearse como la primera etapa de un extenso proyecto de viajes.

La señorita Stackpole se había quedado en Roma, pues planeaba hacer una pequeña excursión a Nápoles con la ayuda y bajo la guía del señor Bantling. Isabel debía pasar aún tres días en Florencia antes de la partida de la señora Touchett, fijada para el día 4 de junio, y resolvió dedicar el último de ellos a cumplir la promesa que hiciera a Osmond de ir a visitar a su hijita. Sin embargo, tal proyecto estuvo a punto de sufrir una leve alteración por deferencia a una idea de madame Merle. Continuaba todavía esta señora en casa de la señora Touchett, pero estaba también en vísperas de abandonar Florencia para trasladarse a un antiguo castillo situado en las montañas de la Toscana y residencia de una aristocrática familia del país, cuya amistad (como ella decía, los conocía de toda la vida) se le antojaba a Isabel, a juzgar por ciertas fotografías del inmenso y almenado edificio que su amiga tuvo a bien mostrarle, un extraordinario privilegio. Refirió, pues, a tan privilegiada mujer el hecho de que el señor Osmond le había pedido que fuese a ver a su hijita, pero sin decirle que antes le hiciera una declaración de amor.

Madame Merle exclamó:

-Ab, comme cela se trouve! Precisamente, yo también estaba pensando en ir a ver a la chiquilla antes de marcharme.

A lo cual respondió Isabel sensatamente:

-Podemos ir juntas si le parece.

Digo «sensatamente» porque no fue una proposición hecha con verdadero entusiasmo. Se había hecho ella la ilusión de realizar aquella corta peregrinación a solas, cosa que le habría gustado seguramente más. No obstante, estaba gentilmente dispuesta a sacrificar tal sentimiento un tanto místico a la consideración que por su amiga sentía.

Sin embargo, después de pensarlo detenidamente, la importante dama dijo:

-¿Para qué vamos a ir las dos, teniendo como tenemos tantas cosas que hacer ambas en estas últimas horas?

-Bueno; en tal caso puedo ir yo sola.

-No sé hasta qué punto está bien que vaya usted sola... a casa de un apuesto soltero. Estuvo casado, como sabe.,., pero hace ya tanto tiempo...

-Pero, si se halla ausente, ¿qué importancia tiene eso? -repuso Isabel, turbada.

-Tenga en cuenta que ellos no saben que se encuentra ausente.

-¿Quiénes son ellos? ¿A quiénes se refiere usted?

-A todo el mundo. Aunque, a lo mejor, no tiene la menor importancia.

-Si usted puede ir, ¿por qué no he de poder ir yo también? -preguntó Isabel.

-Porque yo soy una vieja cascarrabias y usted es una joven hermosa.

-Admitido todo eso, usted no ha hecho ninguna promesa de ir.

-¡Cuánto le preocupan a usted sus promesas! -exclamó la dama con acento levemente burlón.

-Me preocupan mucho. ¿Le llama eso la atención?

-Tiene usted razón -murmuró madame Merle-. De veras, creo que debe portarse bien con la muchachita, ser buena con ella.

-Tengo un gran deseo de serlo.

-Entonces, vaya a verla; nadie podría ser más prudente que usted. Y dígale que, si usted no hubiera ido, habría ido yo. O mejor -añadió madame Merle-, no se lo diga; va a importarle un comino.

Mientras Isabel se dirigía públicamente en coche abierto por el empinado camino hacia la villa del señor Osmond, iba pensando en qué habría querido decir madame Merle con aquello de que nadie podría ser más prudente. El hecho era que, de vez en cuando, aquella dama cuya discreción viajera parecía por lo general más avezada a los embates del mar abierto que a los riesgos de los canales ocultos, dejaba caer una frase de índole ambigua o hacía sonar una nota falsa. ¿Qué le importaba Isabel Archer el juicio vulgar de la gente insignificante? ¿Cómo podía imaginar madame Merle que ella era capaz de hacer las cosas a hurtadillas? No era eso, seguramente. Debía de haber algo más..., algo que, en el apresuramiento de las horas que preceden a la partida, no había tenido tiempo de explicar. Isabel tendría que volver sobre ello algún día, porque había cosas en las que deseaba actuar siempre con toda claridad. Al llegar a la villa, oyó a Pansy aporreando el piano en una habitación distinta de aquella donde la introdujeron en su primera visita al salón del señor Osmond. La muchachita estaba «practicando», e Isabel tuvo la satisfacción de notar que ponía en ello todo su empeño. La jovencita acudió enseguida su encuentro alisándose el trajecito e hizo los honores de la casa de su padre con gran desenvoltura y exquisita cortesía. Isabel permaneció sentada allí durante una media hora, y Pansy supo encumbrarse a sus ojos en tal ocasión como el hada diminuta y alada de la pantomima que se eleva por medio de hilos invisibles, sin ponerse a chismorrear sino a conversar, mostrando por las cosas de Isabel el mismo interés respetuoso que la otra se dignaba mostrar por las de ella. Isabel la miraba con arrobamiento; jamás había tenido ante los ojos la flor blanca de la afabilidad tan minuciosamente cultivada. Nuestra joven admiradora manifestó su complacencia al ver lo bien enseñada que estaba la jovencita, lo inteligentemente que la habían ido formando y modelando y, pese a ello, lo sencilla, natural e inocente que hasta entonces se había conservado. Le gustaba mucho a Isabel conocer el carácter y la calidad de las personas, bucear, como quien dice, en las profundidades misteriosas de las almas, pero hasta entonces .le había agradado dudar si aquel tierno pimpollo lo sabría ya todo. Se preguntaba si su extrema ingenuidad era un disfraz de la perfecta conciencia de sí misma que empleaba para agradar a una conocida de su padre, o si era la manifestación pura y sincera de una naturaleza todavía inmaculada. La hora que Isabel pasó en las hermosas salas vacías y penumbrosas -pues las ventanas estaban medio entornadas para evitar el calor y la luz del espléndido día casi estival que se filtraba a través de algunas rendijas prendiendo un fulgor de color desvaído, o de oro apagado, en la rica oscuridad-, tal hora en conversación con la muchachita le proporcionó la solución del inquietante problema que la atormentaba. Se convenció, pues, de que Pansy era una hoja en blanco, una superficie alba y pura, por fortuna conservada cuidadosamente en tal estado. Carecía de artificio, de estratagema, de temperamento, de talento..., y sólo poseía dos o tres instintos exquisitos, si bien insignificantes: el de conocer al amigo, el de evitar un error, el de cuidar una vieja muñeca o un nuevo vestido. Sin embargo, siendo tan tierna tenía que ser además conmovedora, y daba la impresión de que sería una víctima fácil del destino. No tendría jamás voluntad ni fuerza para resistir, ni el sentido de su propia importancia; se prestaría fácilmente al engaño y no costaría trabajo amilanarla; su única fuerza consistiría en saber cómo y cuándo tendría que adherirse a algo. Acompañó a su visitante por las habitaciones de la casa, que la otra había deseado ver de nuevo, y supo exponer su opinión personal respecto a algunas de las obras de arte en ellas contenidas. Habló igualmente de sus proyectos, de sus ocupaciones, de los propósitos de su padre. No se mostró excesivamente egocéntrica, pero se consideró en el deber de ofrecer a aquella distinguida amiga de su padre toda la información que pudiera necesitar.

-Dígame, por favor, ¿sabe si, en Roma, mi papá fue ver a la madre Catherine? -preguntó-. El me dijo que lo haría, pero tal vez no haya tenido tiempo. Creo que quería hablarle sobre el asunto de mi educación. Un día, papá me dijo que tendría que terminarla él mismo porque el último o los dos últimos años los profesores que enseñan en el convento son muy caros. Papá no es rico, y yo sentiría mucho que tuviese que pagar tanto dinero por mí, porque creo que no lo valgo. No soy muy lista para aprender, no tengo memoria suficiente. Para lo que me cuentan sí la tengo, sobre todo si es algo divertido; pero no para las cosas que se aprenden en los libros. Había una muchacha que era mi mejor amiga, y la retiraron del convento a los catorce años para hacerle..., ¿cómo se dice en inglés?..., para hacerle una dot [1]. ¿No se dice también así en inglés? A mí no me parece mal. Yo creo que no está mal. Bueno, lo que quiero decir es que querían guardar el dinero para poder casarla. Yo no sé si es para eso para lo que papá quiere también ahorrar dinero..., para casarme. Debe de costar mucho dinero casarse. -Pansy se detuvo un instante, suspiró y prosiguió-: Me parece que papá quiere ahorrarse ese gasto del convento. De todas formas, yo soy todavía demasiado joven y no me importan nada los señores; el único que me interesa es papá. Si no fuera mi papá, me gustaría casarme con él, pero, siendo así, prefiero ser su hija que la esposa... de un extraño. Lo echo mucho de menos, aunque no tanto como usted podría creer, porque he estado lejos de él mucho tiempo. Con papá he pasado, sobre todo, las vacaciones. También echo mucho de menos a la madre Catherine, pero no se lo diga a él. ¿No va a volver a verle? Pues lo siento mucho, y estoy segura de que él también lo sentirá. De todas las personas que vienen aquí, la que más me gusta es usted. No es un gran cumplido, porque la verdad es que viene muy poca gente. Ha sido usted muy buena viniendo hoy..., con lo lejos que estamos de su casa, porque, después de todo, yo no soy todavía más que una niña. Hasta ahora no tengo más entretenimientos que los de las niñas. ¿Cuándo dejó usted de tener esos entretenimientos de niña? Me gustaría saber la edad que tiene, pero no es correcto preguntarlo. En el convento nos enseñaron que no debíamos preguntar nunca la edad a los demás. A mí no me gusta hacer nada que no se espere, porque parece que no le han enseñado a una como es debido. Tampoco me gustaría que me pillaran por sorpresa. Papá me dio instrucciones para todo. Me acuesto muy temprano. Cuando el sol da de ese lado, me voy al jardín. Papá me dio órdenes muy estrictas de que no dejara que el sol me quemase la piel. La vista desde aquí me encanta cada vez más, y las montañas son cada día más hermosas. En Roma, desde el convento, no se ven más que techos de casas y campanarios. Todos los días practico piano tres horas, pero no toco muy bien. ¿Toca usted también? Me gustaría mucho que tocase algo para mí. Madame Merle ha tocado varias veces para mí sola, y eso es lo que más me gusta de ella. A papá le gusta que oiga buena música. Madame Merle tiene una facilidad enorme, pero yo no tendré nunca verdadera facilidad. Además, no tengo voz..., mi voz es como el chirrido de un pizarrin cuando se garabatea en él.

Isabel satisfizo aquel respetuoso deseo; se quitó los guantes y se sentó al piano, teniendo a su lado a Pansy, que admiraba sus blancas y finas manos deslizándose ligeramente sobre el teclado. Cuando terminó, dio a la niña un beso de despedida, la estrechó contra su corazón, la miró durante un rato y le dijo:

-Procura ser muy buena y dar gusto a tu padre.

-Creo que es precisamente para eso para lo que vivo -repuso Pansy-. El pobre no lo pasa muy bien; es más que nada un hombre triste.

Isabel escuchó semejante declaración con un interés tal que le pareció un) tormento la sola idea de querer ocultarlo. La detenían su orgullo y un indiscutible sentimiento de la conveniencia, pues eran muchas otras las cosas que le rondaban por la cabeza y que ella sentía irrefrenable impulso de hacerle decir a Pansy acerca de su padre; impulso que, sin

[1] Dote.

embargo, lograba contener. Muchas cosas le habría gustado oír de boca de la muchachita, pero, en cuanto se dio cuenta de su malsano deseo, desechó con horror la idea de aprovecharse de la joven -toda su vida habría tenido que estar arrepintiéndose de ello- y de dejar flotando en aquel ambiente, donde él podía luego tener la sensación de estar respirándolo, el aroma de su encantada persona. Ella había ido..., había ido, pero sólo para permanecer una hora. Isabel se levantó rápidamente del taburete del piano, pero permaneció allí un poco más todavía, enlazando cada vez con más afecto el tierno busto de la muchachita y mirándola casi con envidia. No podía por menos de confesarse a sí misma que habría experimentado un inmenso placer en hablarle de Gilbert Osmond a aquella diminuta criatura que tan unida estaba a él por los lazos de la sangre.

Pero no dijo una palabra más y se limitó a besarla otra vez. Fueron juntas por el vestíbulo hasta la puerta que daba al patio. La muchachita se detuvo allí y dijo mirando con anhelo hacía fuera:

-No puedo ir más allá; le prometí a papá que no pasaría de esta puerta.

-Haces muy bien en obedecerle, porque nunca te pedirá nada que no sea razonable.

-Yo le obedeceré siempre. Pero ¿cuándo volverá usted?

-Me temo que tardaré bastante.

-Espero que sea cuanto antes -dijo Pansy-. Yo no soy más que una chiquilla, pero la esperaré siempre.

Y la pequeña silueta de la jovencita quedó recortada en el alto y oscuro umbral mientras Isabel atravesaba el ancho y claro patio y desaparecía en la gloriosa luz de la tarde por el portone, que, al abrirse, dio paso a una claridad más intensa.

31

Isabel no volvió a Florencia hasta pasados unos cuantos meses, intervalo de su vida cargado de incidentes. Sin embargo, no es lo sucedido en tal intervalo lo que de ella nos interesa. Nuestra atención se concentra de nuevo en el Palazzo Crescentini, en cierto día del final de la primavera y justamente un año después de los acontecimientos de que acabamos de dar cuenta. En aquel instante se encontraba Isabel sola en uno de los diversos salones dedicados por la señora Touchett a las atenciones sociales, y por su actitud se podría creer que esperaba a algún visitante. La gran ventana de la habitación estaba abierta y, aunque sus verdes celosías quedaban entornadas, el aire del jardín penetraba en la estancia llenándola de su inefable aroma y su tibieza. Nuestra heroína permaneció junto a ella durante algún tiempo con las manos cruzadas detrás de la espalda y mirando hacia el exterior con cierta inquietud. Incapaz de centrar su atención, se movía en un círculo de escaso radio. Sin embargo, no podía esperar divisar al visitante cuando llegara a la casa, porque la entrada del palacio no daba precisamente al jardín, en el que reinaban la calma y la intimidad más completas. Intentaba más bien adivinar su llegada haciendo conjeturas y, a juzgar por la expresión de su semblante, era cosa que le costaba no poco esfuerzo. Se veía ahora a sí misma más seria y mucho más serena gracias a la experiencia de todo un año pasado viajando. Como ella decía, había recorrido mucho espacio y observado a gran parte de la humanidad, y a sus propios ojos se sentía una persona bien distinta de la frívola joven de Albany que, dos años antes, se había dedicado, empezando por la mansión de Gardencourt, a tomarle medida al mundo. Enorgullecíase con razón de haber atesorado mucha más sabiduría y de haber conocido de la vida mucho más de lo que nunca hubiera sospechado. Si sus ideas se hubiesen complacido en llevarla hacia atrás en vez de agitar sus nerviosas alas en torno a lo presente, habrían evocado

en ella un gran número de interesantes cuadros, unos de meros paisajes, los otros de figuras y estos últimos mucho más numerosos que los primeros. Ya conocemos sobradamente a muchas de las figuras susceptibles de ser proyectadas en ese campo visual. Por ejemplo, no podría faltar allí la acomodaticia Lily, hermana de nuestra heroína y esposa de Edmund Ludlow, que había llegado de Nueva York para pasar cinco meses con Isabel. La hermana había dejado a su marido en América, pero se había llevado a sus hijos, con los que Isabel desempeñaba con igual generosidad que ternura el simpático papel de tía soltera.

Hacia el final de la estancia de Lily en Europa, el señor Ludlow logró concederse unas pocas semanas de asueto en sus triunfos forenses y, después de atravesar con gran celeridad el océano, pasó todo un mes con las dos damas en París antes de volver con su mujer a su casa de América. Los pequeños Ludlow no estaban todavía en edad turística ni siquiera con arreglo al criterio americano, de manera que, mientras su hermana estuvo con ella, Isabel hubo de restringir sus actividades a un pequeño círculo. Lily y los niños se habían reunido con ella en Suiza durante el mes de julio, y pasaron un delicioso período estival en un valle alpino donde las praderas rebosaban de flores y las frondosas copas de los castaños brindaban con la hospitalidad de su fresca sombra un exquisito lugar de reposo para las fatigosas excursiones que pudieran emprender montaña arriba niños y señoras en las calientes tardes veraniegas. Después de Suiza habían ido a la capital francesa, a la que Lily rindió tributo en el acto con ceremonias altamente costosas, pero que Isabel consideraba tan ruidosamente vacía que en tal tiempo echó mano de sus recuerdos de Roma, como podía haber echado mano en una habitación abarrotada de gente, e insoportable por el calor, de un frasco de sales oculto en su pañuelo.

Como ya queda dicho, la señora Ludlow presentó su ofrenda a París, pero tuvo dudas y asombros imposibles de aliviar en semejante altar; y, una vez que su marido se reunió con ella, experimentó todavía más pena al ver la incapacidad de éste para entregarse de lleno a tales especulaciones que tenían siempre a Isabel como tema del máximo interés. Como había hecho siempre hasta entonces, no se prestó a mostrarse sorprendido, o apenado, o defraudado, o entusiasmado, por nada de lo que pudiera hacer o dejar de hacer su cuñada. Las nociones mentales de la señora Ludlow eran de lo más variadas. Unas veces pensaba que su joven hermana debía volver a su país y tomar una casa en Nueva York, como por ejemplo la de los Rossiter, que tenía un precioso invernadero y estaba cerca de la de ellos, a la vuelta de la esquina; en cambio, otras no podía por menos de manifestar su gran sorpresa por que la muchacha no estuviera ya casada con uno de los personajes más distinguidos de las grandes familias. Como ya se ha dicho, no había logrado establecer contacto con las probabilidades. Experimentaba más satisfacción corla prosperidad de Isabel que con la idea de que le hubiesen dejado a ella todo aquel dinero; le parecía que proporcionaba el merecido reposo a la figura un tanto endeble, pero no por ello menos eminente, de su hermana. Sin embargo, Isabel había progresado menos de lo que su hermana esperaba, consistiendo para Lily aquel progreso en algo misterioso relacionado con las visitas de la mañana y las reuniones de la tarde y de la noche. No le cabía duda de que intelectualmente había avanzado a pasos de gigante, pero en cuanto a lo social no parecía haber realizado las numerosas conquistas cuyos trofeos ella esperaba haber podido admirar. La idea que Lily se había forjado de tales conquistas era sumamente vaga, pero eso era precisamente lo que ella esperaba de su hermana, que les diese cuerpo y forma palpables. Sin duda alguna, Isabel podía haber logrado todo aquello en Nueva York, y la señora Ludlow apeló a su marido para que le dijera si había un privilegio de cualquier índole del que su hermana disfrutase en Europa y que no pudiera ofrecerle la sociedad de Nueva York. Ya sabemos que Isabel había hecho conquistas; si eran superiores o inferiores a las que habría logrado realizar en su propio país, es cosa que no nos incumbe definir en este momento. Y es para nosotros un gran placer volver a declarar que se abstuvo de dar publicidad a tales victorias. Así, no había dicho una sola palabra a su hermana

sobre la historia de lord Warburton, ni tampoco sobre el estado de ánimo del señor Osmond, aunque no tenía más motivos para querer guardar silencio que para querer hablar, salvo que era mucho más romántico no mencionar tales asuntos. Y, como estaba saboreando profundamente y en el mayor secreto aquella novela de su vida, se sentía tan poco dispuesta a pedir consejo a su hermana Lily como lo habría estado a cerrar para siempre aquel delicioso volumen. Pero Lily no podía comprender todos esos distingos y lo único que estaba a su alcance era sentenciar que la carrera de su hermana parecía una extraña contra culminación, impresión confirmada por el hecho de que su silencio respecto al señor Osmond, por ejemplo, estuviera en proporción directa con la frecuencia con que éste ocupaba su pensamiento. Dado que ello sucedía con harta frecuencia, lo menos que la señora Ludlow llegó a pensar es que su hermana había perdido su anterior ánimo. Resultado tan insólito de un hecho tan extraordinario como el haber heredado una fortuna llovida del cielo no podía menos de sumir en honda perplejidad a la ingenua y alegre Lily, y la ratificaba en su idea de que Isabel no era como el resto de la gente.

Sin embargo, se habría dicho que el ánimo de nuestra heroína llegaba a su cénit una vez que sus parientes regresaron a su país. Indudablemente, era capaz de imaginar cosas de mayor envergadura que pasar el invierno en París -por lo pronto, París tenía muchos puntos en común con Nueva York, era como una atildada y minuciosa prosa-, y su correspondencia ininterrumpida con madame Merle hizo no poco por estimular aquellas pretensiones. Nunca había experimentado una sensación tan exacta de la liberación, del denuedo y regocijo que la libertad proporciona, como el día en que dejó atrás el andén de la estación de Euston, uno de los últimos días del mes de noviembre, después de la salida del tren que conducía a Lily y los suyos hacía el vapor que debía retornarles a Nueva York desde Liverpool. Había complacido a Isabel el ser espléndida y hacerles dichosos; se daba perfecta cuenta de ello. Era muy observadora de lo que le resultaba conveniente y vivía en-un constante esfuerzo por hallar cosas que resultaran buenas. Y, a fin de poder disfrutar de tales ventajas, había hecho el viaje desde París con los no envidiados viajeros. Lo mismo podría haberles acompañado hasta Liverpool, pero Ludlow le suplicó que no lo hiciera; Lily se ponía muy nerviosa y hacía las más extrañas preguntas. Isabel estuvo allí contemplando cómo el tren se movía lentamente, besó la mano al mayor de sus sobrinitos, un chiquillo muy efusivo que provocó gran hilaridad con la escena de la separación y que sacaba todo el cuerpo por la ventanilla del vagón, y luego salió de la estación y se perdió en las brumosas calles londinenses. Ante ella se abría el mundo. Podía hacer lo que quisiese. Había indudablemente en ello una profunda emoción llena de posibilidades; pero, por el momento, a lo único que se decidió fue a regresar tranquilamente al hotel. El pronto anochecer de la tarde de noviembre había adensado ya las sombras. Las farolas brillaban con un débil luz rojiza en el aire espeso y oscuro, nadie esperaba a nuestra heroína y la estación de Euston estaba a buena distancia de Piccadilly. Isabel realizaba el trayecto con perfecta conciencia de los peligros que la amenazaban y se perdió casi deliberadamente dos o tres veces con el propósito de experimentar sensaciones para ella desconocidas; por eso se sintió defraudada cuando un policía la puso de nuevo amablemente en el buen camino. Tanto la atraía el espectáculo de la vida humana que hasta le encantaba el aspecto del anochecer en las calles de Londres: la multitud fluida, los presurosos carruajes, las tiendas iluminadas, los escaparates refulgentes, la humedad oscura y brillante de todas las cosas. Aquella noche, una vez en el hotel, escribió una carta a madame Merle anunciándole su partida para Roma dos o tres días más tarde. Fue a Roma sin pasar por Florencia, sino por Venecia y luego por Ancona.

Realizó todo el viaje sin más compañía que la de su doncella, pues sus protectores naturales no se hallaban entonces en el país. Por su parte, Ralph Touchett estaba pasando el invierno en Corfú y la señorita Stackpole había sido reclamada el pasado mes de septiembre por el Interviewer, que ofrecía a la brillante cronista un campo más propicio para su genio

que el de las decadentes ciudades de Europa. Henrietta tuvo cuando menos el consuelo, en el momento de partir, de oírle prometer al señor Bantling que no tardaría en ir a América a reunirse con ella. Isabel escribió a la señora Touchett excusándose por detenerse en Florencia, pero su tía le contestó en la forma que le era peculiar. Las excusas tenían para ella, decía la señora Touchett, la misma utilidad que las burbujas, y ella era de las que jamás incurrían en necedades semejantes. O se hacía una cosa o no se hacía, y lo que uno «habría» hecho pertenecía a la categoría de lo desatinado, como la idea de la vida futura o del origen de las cosas. Su carta era franca, pero (caso bien raro tratándose de la señora Touchett) mucho menos franca de lo que pretendía ser. La tía no tardó en perdonar a la sobrina por no haberse detenido en Florencia, porque con ello creyó adivinar que el asunto Gilbert Osmond estaba perdiendo terreno. Trató, además, de enterarse de si él hallaba algún pretexto para ir a Roma y, al ver que no había incidido en culpabilidad por ausencia, se quedó mucho más tranquila.

Por su parte, Isabel llevaba tan sólo dos semanas en Roma cuando le propuso a madame Merle hacer juntas un viaje al este. Madame Merle comentó a su amiga que estaba como azogada, pero añadió que había tenido siempre el deseo de visitar Atenas y Constantinopla. Así pues, las dos damas iniciaron la expedición y permanecieron tres meses en Grecia, Turquía y Egipto. Isabel se interesó enormemente por las cosas de tales países, si bien madame Merle continuó observando que, aun en los sitios de mayor prestigio clásico y en medio de los escenarios de la naturaleza que más pudieran sugerir el reposo y la meditación, parecía persistir en el espíritu de Isabel cierta incoherencia. Isabel viajaba con celeridad y sin descanso, como una persona que bebe ávidamente copa tras copa. Y madame Merle, cual la dama de compañía de una princesa que viajase de incógnito, la seguía jadeante. Había accedido a acompañar a Isabel, invitada por ella, y con su presencia y prestancia rodeaba de la debida dignidad aquella irrefrenable ansiedad de la muchacha. Madame Merle desempeñaba su papel con el tacto que de ella cabía esperar, sabiendo no destacar cuando era conveniente y aceptando su situación de compañera cuyos gastos son con extraordinaria liberalidad sufragados. Sin embargo, la situación era por ambas partes mantenida con una delicadeza exquisita, sin que jamás se produjera el menor roce, hasta el punto que la gente que se encontraba en los viajes con aquella curiosa pareja no podía decir quién era la acompañada y quién la acompañante. Afirmar que madame Merle ganaba con el trato supondría ignorar la impresión que producía en su amiga, quien desde el primer momento la encontrara tan amplia de miras y tan condescendiente. Al cabo de tres meses de intimidad Isabel creía conocerla mejor, pues su carácter se había revelado en toda su verdad. Ya no había por qué continuar con misterios, y la admirable mujer se creía en la obligación de referir su historia desde su propio punto de vista, necesidad que se hacía sentir cada vez más dado que Isabel ya la había oído desde el punto de vista de los demás. Tal historia era tan triste (por cuanto concernía al difunto monsieur Merle -un verdadero aventurero, bien podía ella decirlo, aunque al principio pareciera digno de todo elogio-, que años atrás se había aprovechado de su juventud y de una inexperiencia en la que a las personas que la conocían les resultaba inverosímil), estaba tan repleta de conmovedores y lamentables incidentes que su compañera se hacía cruces al ver cómo una persona tan eprouvée era capaz de conservar todavía aquella frescura y aquel interés por la vida. Buceó ella con el mayor empeño en esa frescura de madame Merle y llegó a considerarla algo profesional y un tanto mecánica, llevada con la misma desenvoltura que el virtuoso lleva a todas partes su violín, o alisada y cepillada como el «favorito» del jockey. Y, después de verla así, la quería y le gustaba tanto como antes, pero aún quedaba un extremo del velo por levantar. Era como si, después de todo, siguiera siendo un personaje condenado a no aparecer más que caracterizado y vestido para representar. Una vez había dicho que ella venía de muy lejos, que pertenecía al mundo «antiguo», e Isabel siempre tuvo la impresión de que aquella mujer era algo así como el

producto de un clima moral y social distinto del suyo, de que había crecido y se había desarrollado bajo otras constelaciones.

Creía, desde luego, que en el fondo tenía una moral distinta. Como es natural, todas las personas civilizadas tienen una moral muy parecida; pero a los ojos de nuestra heroína la de madame Merle era una moral de valores un tanto falsos o, como suele decirse en lenguaje comercial, rebajada de precio. Con la vanidad y presunción propias de la juventud, pensaba ella que toda moral que no fuera exactamente como la suya tenía que ser inferior; convencimiento que la ayudaba a descubrir todo rasgo accidental de crueldad, todo ocasional olvido de la ingenuidad en una persona que había hecho de la bondad un arte exquisito y cuya soberbia era demasiado altiva para dejar sitio en su ánimo a la decepción. Tal vez su opinión sobre los motivos humanos determinantes de la acción, a juzgar por ciertos detalles, fuera producto de la convivencia en una corte decadente, y en su lista figuraban varios de los que nuestra heroína ni siquiera tenía noticia. No lo sabía todo, eso era indiscutible, y lo era también que en el mundo había infinidad de cosas que era preferible no saber. Una o dos veces llegó a llevarse un verdadero susto, pues el hecho le había afectado tanto que no pudo por menos de exclamar: «¡Dios la perdone, no me comprende!». Y, por absurdo que pudiera parecer, tal descubrimiento actuaba en ella como una verdadera conmoción, le producía un vago desaliento en el que había una especie de corazonada. Pero semejantes desalientos se diluían súbitamente en inmediatas pruebas de la extraordinaria inteligencia de madame Merle, lo que no impedía que aquel momento de perplejidad quedara como la marca del nivel alcanzado por el agua en el flujo y reflujo de la confianza. Madame Merle había expuesto más de una vez su creencia de que, cuando una amistad cesa de aumentar, comienza a decrecer, sin que haya un punto de equilibrio entre el querer más y el querer menos. Dicho de otro modo, era absolutamente imposible la existencia de un afecto estable, siempre el mismo; tenía que oscilar forzosamente en un sentido o en otro. Fuera como fuese, la joven tenía en aquel momento más que sobrada materia para dar rienda suelta a su espíritu romántico, ahora más fuerte en ella que nunca hasta entonces. No tratamos de eludir con esto al extraordinario impulso que ese espíritu recibió al contemplar Isabel las Pirámides en su excursión desde El Cairo, ni estando entre las acanaladas columnas del Partenón con la vista fija en el punto señalado como el estrecho de Salamina, aunque tales emociones quedaron honda y perdurablemente grabadas en ella. A fines de marzo volvió de su excursión a Egipto y Grecia y pasó unos cuantos días en Roma. Pocos después de su llegada, Gilbert Osmond fue allá desde Florencia y permaneció tres semanas en la Ciudad Santa; y, como se alojaba en casa de madame Merle, su antigua amiga, era inevitable que viera a Isabel a diario. A fines de abril ésta escribió a su tía aceptando la invitación que tiempo atrás le había hecho, y marcho a Florencia a pasar una temporada en el Pallazo Crescentini, en tanto que madame Merle permanecía en Roma. Isabel encontró a su tía sola, pues su primo seguía en Corfú. Sin embargo, se le esperaba de un día para otro en Florencia, e Isabel, que no le había visto desde hacía más de un año, estaba dispuesta a darle la bienvenida más afectuosa.

32

Pero no era en él precisamente en quien estaba Isabel pensando mientras permanecía junto a la ventana donde la encontramos hace un rato, ni tampoco en ninguno de los asuntos que con tanta rapidez acabo de describir. Tenía toda la razón en esperar una escena, y ella era de lo más reacia a toda clase de escenas. No se preguntaba tampoco lo que le diría a su visitante, interrogante despejado hacía ya tiempo. Lo que le preocupaba era lo que él pudiese

decirle. Seguramente no sería nada amable, de eso estaba harto convencida, convicción que se mostraba bien claramente en un fruncimiento de entrecejo. Por lo demás, en su espíritu reinaba la más diáfana claridad. Se había quitado ya el luto por su tío, y luciendo un vestido claro, se movía con una gracia llena de s ave esplendor. Se sentía con más años, muchos más, y le parecía que ello la revalorizaba, como a una curiosa moneda o una medalla sin par en la colección de un anticuario o un numismático. Pero no pudo permanecer por mucho tiempo entregada a sus vacilaciones, pues en aquel momento vio ante sí a un criado que le presentaba en una bandeja una tarjeta de visita.

-Haga pasar a ese caballero -dijo, y continuó mirando por la ventana aun después que el criado se hubo retirado. No se volvió hasta que oyó el ruido de la puerta al cerrarse detrás de la persona a la que habían dejado paso.

Quien estaba allí de pie era Caspar Goodwood, que por un instante sintió sobre sí, recorriéndole de pies a cabeza, la mirada seca, fulgente y acerada con que ella, más que brindarle un saludo, se lo negaba. Si la sensación de mayor madurez en él corría pareja con la de Isabel, es cosa que probablemente no tardemos en averiguar. Sin embargo, dicho sea en honor a la verdad, la mirada de Isabel no advirtió en él daño alguno inferido por el tiempo. Como antes, erguido, fuerte y recio, no había en su apariencia nada que expresase positivamente ni juventud ni edad madura, y, de igual suerte que carecía de inocencia y debilidad, carecía de toda filosofía práctica. Su mandíbula denotaba el mismo carácter voluntarioso de siempre, pero era inevitable que una crisis como aquella por la que estaba pasando se manifestara en un aspecto ceñudo. Tenía el aire de un hombre que ha viajado a costa de muchos esfuerzos. Al principio no dijo nada, como si le faltara el aliento, silencio que aprovechó Isabel para decirse: «¡Pobre hombre! ¡De cuántas cosas es capaz y qué lástima que derroche tan inútilmente su admirable fuerza! ¡Y qué lastima también que una no pueda contentar a todo el mundo!». Y, como el silencio duró un minuto entero, tuvo tiempo de decirle:

-No se imagina hasta qué punto habría preferido que no viniera.

-No lo dudo -repuso él, y miró a su alrededor buscando un asiento. Acababa de llegar y ya quería sentarse.

-Debe de estar muy cansado -dijo Isabel al tiempo que se sentaba, pensando generosamente en darle una oportunidad.

-No, no estoy cansado, en absoluto. ¿Cuándo me ha visto usted cansado?

-Nunca. ¡Ojalá le hubiera visto! ¿Cuándo llegó?

-Anoche, ya muy tarde, en un tren tortuga. Estos trenes italianos marchan al paso de los funerales americanos.

-Al tener que soportar esa marcha..., se habrá sentido como si viniera a enterrarme.

Isabel sonrió forzadamente, como para alentarle a que afrontara la situación. Ya había expuesto anteriormente con claridad el asunto, de modo que tenía claro que no quebrantaba fe dada ni falsificaba contrato suscrito, pero aun así sentía miedo ante él. Y se avergonzaba de experimentar aquel miedo, si bien le consolaba la idea de que no había ninguna otra cosa de la cual tuviera que avergonzarse. Él le dirigió una mirada dura e insistente carente por completo de tacto, una mirada que caía sobre ella con un peso casi físico.

-No, no he sentido semejante cosa -declaró él ingenuamente-. ¡Ojalá hubiese podido sentirla!

-Le agradezco infinito su buen deseo.

-Más quisiera pensar en usted muerta que casada con otro.

-Eso es una prueba de su enorme egoísmo -replicó ella como enardecida por una firme convicción-. Si usted no es feliz, los demás tienen derecho a serlo.

-Sí, es muy posible que sea egoísmo por mi parte, pero no me importa que lo diga. No me importa nada de lo que usted pueda decirme ahora..., no lo siento. Las cosas más crueles

que usted fuera capaz de idear y decirme no pasarían de ser meros alfilerazos. Después de lo que ha hecho usted, no sentiré nunca nada..., quiero decir, nada más que eso. Eso lo sentiré toda mi vida.

El señor Goodwood profirió estas afirmaciones con una seca determinación, con el duro y grave acento americano absolutamente desprovisto de suavidad incluso al pronunciar palabras tan crudas. Aquel tono exasperó a Isabel en lugar de emocionarla; pero su enojo fue tal vez acertado por cuanto le proporcionó una razón de más para dominarse a sí misma. Gracias a tal dominio, pudo permitirse mostrar cierta ligereza:

-¿Cuándo salió usted de Nueva York?

El levantó la cabeza como si estuviera calculando y contestó:

-Hace diecisiete días.

-Por lo visto, ha viajado de prisa a pesar de la lentitud de los trenes.

-Vine todo lo de prisa que pude. Si hubiera podido, hace cinco días que habría llegado.

-Habría sido exactamente igual, señor Goodwood -dijo ella sonriendo.

-Para usted, sí; pero no para mí.

-Nada gana usted con ello.

-Eso nadie puede juzgarlo más que yo.

-Por supuesto, pero me parece que se está usted atormentando en vano.

Luego, por cambiar de tema, le preguntó si había visto a Henrietta Stackpole. Él pareció asombrado, como dando a entender que no había ido desde Boston a Florencia por el mero placer de hablar de Henrietta Stackpole; pero, de todos modos, contestó con toda claridad diciendo que la señorita en cuestión había estado con él justamente poco antes de su partida de América.. Al oírlo, Isabel preguntó:

-¿Fue ella a verle?

-Sí, estaba en Boston y fue a verme a mi oficina precisamente el día que recibí su carta.

-¿Se lo dijo usted? -preguntó Isabel con cierta ansiedad.

-Oh, no, nada de eso -respondió sencillamente Caspar-. No quise hacerlo; pero no tardará en enterarse, porque se entera de todo.

-Le escribiré, y ella me contestará para regañarme -dijo Isabel intentando sonreír de nuevo.

Caspar permaneció sumamente grave y declaró:

-Me parece que no tardará en volver.

-¿Para qué, para regañarme acaso?

-Lo ignoro. Parece ser que no ha conocido Europa lo bastante a fondo.

-Me alegro de que me lo diga. Me prepararé para recibirla como es debido.

El señor Goodwood clavó por un momento los ojos en el suelo; por fin los levantó y preguntó:

-¿Conoce ella al señor Osmond?

-No mucho. Y no le gusta. Pero, como es natural, yo no tengo que casarme a gusto de Henrietta.

Habría sido mejor para el pobre señor Goodwood si hubiese tratado de favorecer a Henrietta, pero se abstuvo de hacerlo y limitóse a preguntar cuándo tendría lugar la boda, a lo que ella contestó que aún no lo sabía.

-Lo único que sé es que será pronto -añadió-. No se lo he dicho todavía a nadie más que a usted y a otra persona..., un antiguo amigo del señor Osmond.

Él siguió preguntando:

-¿Acaso no estarán sus amigos de acuerdo con ese matrimonio?

-No tengo la menor idea de ello; pero, como antes

le dije, no me caso para dar satisfacción a mis amigos.

Caspar Goodwood se abstuvo de hacer ningún comentario o proferir exclamación de ninguna clase, pero' continuó preguntando sin la menor delicadeza:

-¿Qué y quién es ese señor Osmond?

-¿Quién y qué? Pues, nadie y nada, a no ser un caballero muy bueno y honrado. No se dedica a los negocios. No es rico, y no es conocido por ninguna otra particularidad.

Aunque no le gustaban las preguntas del señor Goodwood, se dijo que le debía una mínima satisfacción. Pero la satisfacción que el pobre Caspar mostraba era poca; permanecía allí inmóvil, tieso, sin saber qué decir.

-¿De dónde ha salido, a qué país pertenece? -insistió. Nunca le había agradado a Isabel la manera en que él utilizaba el verbo pertenecer. Así, le contestó:

-No ha salido de ninguna parte y ha vivido en Italia casi toda su vida.

-En su carta decía usted que es americano. ¿No tiene lugar de nacimiento?

-Lo ha olvidado. Partió de él cuando era muy niño. -¿Y no ha vuelto nunca?

-¿Para qué había de volver? -preguntó Isabel enardecida, a la defensiva-. No tiene profesión.

-Podía haber vuelto por gusto. ¿Es que no le gusta Estados Unidos?

-No lo conoce. Y, como es muy tranquilo y muy sencillo..., se contenta con Italia.

-Con Italia y con usted -dijo Goodwood con crudeza, sin la menor intención de parecer ingenioso-. ¿Qué ha hecho, entonces? -añadió bruscamente.

-¿Para que me case con él? Nada en absoluto -replicó Isabel, a quien se le estaba agotando la paciencia-. ¿Me disculparía usted más si él hubiera hecho grandes cosas? Déjelo ya, señor Goodwood. Voy a casarme con un don nadie. No se esfuerce en interesarse por él, porque no puede.

-Ya entiendo. Lo que usted quiere decir es que no puedo apreciarlo. Además, no diga que es un don nadie, porque está usted pensando todo lo contrario. Lo que usted piensa es que es un hombre extraordinario, un gran hombre, aunque los demás no lo crean así.

Isabel se puso colorada, pues comprendió que aquellas palabras encerraban una apreciación exacta de los hechos y constituían una prueba flagrante de cómo la pasión puede aguzar la percepción de la realidad en una persona que ella no creyó jamás la tuviese muy fina. Pero se sobrepuso al instante y preguntó:

-¿Por qué ha de salir siempre con lo que piensan los otros? Yo no puedo discutir con usted sobre la personalidad del señor Osmond.

-Lo reconozco -admitió Caspar Goodwood. Y se quedó sentado con su aire de desvalimiento, como si no sólo fuese verdad lo que acababa de oír sino como si, además, no hubiese ninguna otra cosa de la que pudiera seguir departiendo.

Ella, dueña de la situación, dijo ensañándose:

-Ya ve usted mismo lo poco que tiene que ganar..., el escaso consuelo y la poca o ninguna satisfacción que está en mi mano darle.

-No esperaba tampoco que fuera a darme mucha.

-Entonces no comprendo cómo se le ocurrió venir.

-Porque deseaba, por lo menos, verla a usted de nuevo... exactamente tal como es todavía.

-Se lo agradezco en lo que vale; pero, si hubiese usted esperado, seguro que más tarde o más temprano habríamos vuelto a vemos, y nuestro encuentro habría sido mucho más agradable para los dos que éste de ahora.

-¿Esperar hasta que estuviese usted casada? Eso es precisamente lo que yo no quería. Entonces será usted otra.

-No lo creo. Seguiré siendo siempre una gran amiga suya. Ya lo verá.

-Eso sería peor aún -dijo torvamente Caspar.

-Es usted muy difícil de contentar. Pero yo no puedo detestarle para ayudarle de tal forma a que se resigne.

-No me importaría que lo hiciera.

Isabel se levantó impacientemente y se dirigió a la ventana, junto a la que permaneció un rato mirando hacia fuera. Cuando se volvió, su visitante seguía inmóvil en el mismo sitio. Se acercó a él y apoyó una mano en el respaldo del sillón que acababa de abandonar.

-¿De veras quiere usted decir que vino sólo para verme? Puede que eso sea mejor para usted que para mí.

-Quería oír una última vez el sonido de su voz.

-Ya la ha oído, y ha podido comprobar que no dice nada que a usted le parezca grato.

-De todas maneras, me ha proporcionado un gran placer.

Tras estas palabras, se puso en pie.

Ella se había sentido apenada y molesta al saber que Caspar estaba en Florencia y que iría a verla una hora más tarde. Le había contrariado, a pesar de lo cual respondió a través del mensajero que podía ir cuando lo estimase oportuno. Y, al verlo, no experimentó mayor satisfacción, pues su presencia allí suponía un cúmulo de desagradables incidentes, entrañaba derechos, reproches, rechazo, la esperanza de hacerla cambiar de propósito y otras molestias. Todo lo cual, si bien implícito, no había llegado a ser directamente expresado.

Y he aquí que, ahora, a la joven empezaba a molestarle aquel admirable dominio de sí mismo de que él estaba dando fehaciente prueba. Tal silenciosa infelicidad era lo que más la irritaba, tal varonil contención de su mano lo que precipitaba los latidos de su corazón. Se daba cuenta de que su agitación iba en aumento y decíase a sí misma que estaba enojada como puede estarlo una mujer cuando ha cometido un error. Ella no lo había cometido, sin embargo; afortunadamente, no tenía que tragarse tal píldora, pero, de todas formas, habría preferido que él la acusase de algo. Habría deseado que la visita fuese corta, puesto que carecía de todo objeto y no era en absoluto adecuada. Y, no obstante, ahora que él se disponía a alejarse, experimentaba un súbito horror de que la dejase sin decir una sola palabra que le proporcionase la oportunidad de defenderse mejor de lo que lo había hecho en la carta escrita un mes antes, con unas cuantas palabras escogidas anunciándole su compromiso. Pero, sí era cierto que no se sentía culpable, ¿por qué deseaba defenderse? Eso de desear que el señor Caspar Goodwood se enojara, constituía un exceso de generosidad por parte de Isabel. Y, si hasta aquel momento él no hubiera puesto todo su empeño en contenerse, tal vez habría surtido ese efecto el tono en que ella exclamó, como si le echase en cara haberla acusado:

-¡Yo no le he engañado! ¡Era completamente libre!

-Sí, lo sé -se limitó a decir él.

-Además, le advertí bien claramente que haría lo que me pareciera bien.

-Usted dijo que tal vez no se casaría nunca, y lo dijo de tal manera que lo creí a ciegas.

Reflexionó ella un instante y replicó:

-La primera sorprendida por mi actual decisión soy yo misma.

-Usted me dijo que, si oía decir que estaba comprometida, no lo creyese -prosiguió Caspar-. Hace veinte días lo supe por usted misma y, al recordar aquellas palabras, supuse que debía de haber algún error. Esa es, en parte, la razón por la que he venido.

-Si quiere que se lo repita de viva voz, nada más fácil. No ha habido ni hay error alguno.

-Ya me di perfecta cuenta de ello al entrar en esta habitación.

Isabel preguntó en un tono de descontento:

-¿Qué bien habría de representar para usted el que yo no me casara?

-Para mí habría sido preferible a esto.

-Repito que es usted muy egoísta.

-Lo sé. Soy egoísta como el hierro.

-Hasta el hierro se ablanda a veces. Si es usted razonable, no tendré inconveniente en volver a verle.

-¿La parece que ahora no lo soy?

-No sé qué decirle -contestó ella con inesperada humildad.

-No la molestaré mucho más. -El joven se adelantó hacia la puerta, pero se detuvo para añadir-: Otra de las razones por las que vine fue para ver qué explicación daba usted de su cambio de actitud.

La humildad se desvaneció en el acto al oír aquello.

-¿Ha dicho usted explicación? ¿Acaso tengo yo el deber de dar explicación de ninguna clase?

Él la miró silenciosamente un momento y contestó:

-Parecía usted muy convencida, de modo que así lo creí.

-Yo también, pero ¿cree usted por ventura que podría explicarlo aunque quisiera?

-No, supongo que no... Bueno, ya he hecho lo que quería: verla a usted.

-Ya ve lo poco que ha sacado de días tan terribles como los que acaba de pasar. -Y en el acto se dio cuenta de la insignificancia de la contestación que había dado.

-Si teme que no sea capaz de resistir... este tipo de cosas..., puede tranquilizarse. -Se volvió inmediatamente y, sin darle la mano ni decir frase alguna de despedida, se dirigió a la puerta. La abrió y, con la mano en el tirador, añadió sin la menor emoción en la voz-: Mañana mismo me iré de Florencia.

-Encantada de oírlo -replicó ella con firmeza.

A los cinco minutos escasos de haberse marchado Caspar, Isabel rompía en amargo llanto.

33

Toda huella de llanto había desaparecido y las lágrimas estaban ya olvidadas cuando, una hora después, Isabel le espetó la noticia a su tía. Empleo esta expresión porque Isabel daba por seguro que a la señora Touchett iba a desagradarle sobremanera. La joven había esperado para decírselo hasta ver al señor Goodwood. Se le antojaba que no era honesto dar publicidad al propósito antes de haber oído lo que el señor Goodwood tuviera que decir al respecto. En realidad, había dicho mucho menos de lo que ella esperaba, y en aquel momento la joven tenía la sensación de haber perdido el tiempo. Pero no lo perdería más en lo sucesivo. Esperó, pues, a que la señora Touchett llegase al comedor para el almuerzo y empezó de esta forma:

-Tía Lydia, tengo que decirle una cosa.

La señora Touchett dio un breve respingo, la miró casi enfurecida y contestó:

-No necesitas decírmelo. Ya sé lo que es.

-No ¡he explico cómo puede usted saberlo.

-Igual que sé que la ventana está abierta al... notar la corriente de aire. Vas a casarte con ese hombre.

-¿A qué hombre se refiere usted? -preguntó Isabel con altiva dignidad.

-Al amigo de madame Merle..., al señor Osmond.

-No sé por qué le llama usted el amigo de madame Merle, como si no tuviera otro título mejor con qué. designarle.

-Si no es amigo de ella, debería serlo... después de todo lo que ha hecho por él -exclamó la señora Touchett-. Nunca me habría esperado semejante cosa de ella. Ha sido un gran desengaño para mí.

-Si con eso quiere usted decir que madame Merle ha tenido algo que ver con mi compromiso, está usted equivocada del todo -declaró Isabel con enérgica frialdad.

-O sea, que han bastado tus atractivos, que no ha habido necesidad de espolearlo. Sí, sin duda tienes razón. Tus atractivos son extraordinarios. Pero seguro que nunca se le habría ocurrido pensar en ti si ella no se lo hubiera metido en la cabeza. Tiene demasiada buena opinión de sí mismo, y no es capaz de tomarse tales molestias. Madame Merle se las ha tomado por él.

-Pues le aseguro a usted que sí se ha esforzado, y mucho -exclamó Isabel riendo de buena gana.

La señora Touchett movió bruscamente la cabeza y dijo:

-En realidad, tiene que haberlo hecho para lograr que te guste tanto.

-Creí que a usted también le gustaba.

-Hubo un tiempo en que sí. Por eso estoy enojada con él.

-Pues entonces enójese usted conmigo y no con él-replicó la muchacha.

-¡Bah! Contigo lo estoy siempre. ¡Valiente satisfacción! ¿Por eso fue por lo que rechazaste a lord Warburton?

-Por favor, no volvamos a eso. ¿Por qué no habría de gustarme a mí el señor Osmond cuando ha gustado a tantas otras?

-Pero esas otras no quisieron jamás casarse con él, ni siquiera en sus momentos de mayor ofuscación. Porque ese hombre no es nada -añadió la señora Touchett a guisa de explicación.

-Entonces no puede herirme.

-¿Crees que vas a ser dichosa? Deberías saber que nadie lo es en estos asuntos.

-Entonces yo lo pondré de moda. ¿Para qué se casa la gente?

-Sólo Dios sabe para qué te vas a casar tú. Por lo general, la gente se casa por lo mismo que se asocia: para fundar una casa. Pero, en vuestra asociación, tú vas a aportarlo casi todo.

-¿Se refiere usted a que el señor Osmond no es rico? ¿Es por ventura de eso de lo que está usted hablando?

-Ni tiene dinero, ni apellido, ni prestigio. Yo valoro como es debido esas cosas y me atrevo a decirlo. Creo que son de un gran valor. Muchos otros piensan lo mismo y también lo demuestran, aunque dan razones distintas.

Isabel dudó un instante y replicó:

-Yo creo que le doy su valor a todo cuanto lo tiene. El dinero me importa enormemente, y por eso quiero que el señor Osmond disponga de un poco.

-Dáselo, entonces; pero cásate con cualquier otro.

-Su apellido me basta. Por cierto, es muy bonito. ¿Acaso tengo yo uno tan ilustre?

-Razón de más para que trates de elevarlo. No hay más que una docena de apellidos americanos que cuenten. ¿Te casas con él para hacer una obra de caridad?

-Tía Lydia, considero que era mi deber decírselo, pero no creo que lo sea también explicárselo. Aun cuando lo fuera, no podría hacerlo. De manera que no me reprenda, por favor. Me encuentro en posición desventajosa respecto a usted, porque yo no puedo hablar del asumo.

-No te reprendo ni te reconvengo. Lo único que hago es contestarte, porque debo demostrar que tengo la cabeza sobre los hombros. Estaba viendo venir la cosa y no decía nada, porque no me gusta meterme en asuntos ajenos.

-Es cierto, no lo hace nunca; le estoy muy agradecida por ello. Ha sido usted verdaderamente considerada conmigo.

-No era por consideración sino por conveniencia... -dijo la señora Touchett-. Pero ya hablaré yo con madame Merle.

-No comprendo por qué se empeña usted en mezclarla en esto. Se ha portado como una buena amiga conmigo.

-Es posible. Pero menos buena conmigo.

-¿Qué le ha hecho a usted?

-Me ha defraudado. Su amistad conmigo era tan buena que me había prometido impedir ese compromiso.

-Pero ella no habría podido evitarlo.

-Para ella todo es posible. Por eso siempre la he admirado. Sabía que es capaz de representar cualquier papel, pero suponía que representaba uno después de otro. Lo que jamás supuse es que hiciera dos al mismo tiempo.

-Ignoro qué papel ha representado ante usted; eso es cosa suya. Conmigo se ha portado como una mujer honesta, buena y abnegada.

-Abnegada, no hay duda, puesto que quería casarte con su candidato. A mí me dijo que te vigilaba para interponerse.

-Si lo dijo fue por complacerla -replicó la joven, si bien dándose cuenta de la impropiedad de tal explicación.

-¿Para complacerme defraudándome? No me conoce tan mal. ¿Estoy acaso contenta ahora?

-Me parece que usted no lo está nunca mucho -se vio Isabel obligada a observar-. Si madame Merle sabía que usted acabaría por conocer la verdad, ¿qué ganaba con su falta de sinceridad?

-Ya lo has visto; ganaba, por lo pronto, tiempo. Mientras yo esperaba que interviniera, tú empezabas a desfilar y ella iba delante abriendo camino.

-Supongamos que así sea. Pero usted misma ha admitido que me estaba viendo desfilar y que, aun cuando ella hubiese dado la voz de alarma, usted no habría tratado de detenerme.

-Yo no, pero algún otro tal vez sí.

-¿A quién se refiere usted? -preguntó Isabel mirando a su tía duramente.

Los diminutos ojos de la señora Touchett, con su acostumbrada movilidad, más que devolver, sostuvieron la mirada de Isabel.

-¿Habrías escuchado el consejo de Ralph?

-Si hubiera insultado al señor Osmond, no.

-Ralph es incapaz de insultar a nadie, lo sabes perfectamente. Te quiere de veras.

-Ya lo sé -dijo Isabel-. Ahora es cuando podré apreciar su afecto en todo lo que vale, porque él sabe que tengo mis razones para hacer todo lo que hago.

-Nunca creyó que hicieras esto. Yo le dije que eras perfectamente capaz de ello, y sostuvo lo contrario.

-Por el placer de discutir, nada más -dijo la muchacha sonriendo-. Si no le acusa usted a él de haberla defraudado, ¿por qué acusa de ello a madame Merle?

-Porque él jamás dijo que lo evitaría.

-Celebro saberlo -repuso Isabel alegremente-. Cuando vuelva, me gustaría que fuese usted la primera en anunciarle mi compromiso.

-Desde luego que lo haré. A ti no volveré a decirte ni una palabra del asunto, pero te advierto que hablaré de ello a los demás.

-Haga lo que te parezca. Yo únicamente me refería a que me parece preferible que sea usted quien se lo anuncie.

-Estoy de acuerdo contigo. Es lo más apropiado.

Terminada así la pequeña discusión, se pusieron tía y sobrina a almorzar, sin que durante el almuerzo, cumplidora de su palabra, la señora Touchett hiciese la menor alusión al señor Osmond. Después de un silencio bastante prolongado, preguntó a su sobrina quién había ido a visitarla una hora antes.

-Un antiguo amigo..., un caballero americano -contestó Isabel ruborizándose un poco.

-Americano tenía que ser. Sólo a un americano puede ocurrírsele hacer visitas a las diez de la mañana.

-Eran ya las diez y media, y tenía mucha prisa porque se va esta misma noche.

-Podía haber venido ayer a una hora más apropiada.

-Llegó anoche.

-¿No va a pasar más que veinticuatro horas en Florencia? -exclamó la señora Touchett-. No hay duda de que es un caballero americano.

-Ciertamente lo es -replicó Isabel, que en aquel instante pensaba con profunda admiración en lo que Caspar Goodwood había hecho por ella.

Ralph llegó dos días después; y, aun cuando Isabel estaba absolutamente segura de que la señora Touchett se había apresurado a comunicarle la gran noticia, él pareció al principio no saber nada del asunto. De lo primero que hablaron fue, naturalmente, de la salud. Isabel deseaba, además, hacerle varias preguntas acerca de Corfú. Se había quedado bastante sorprendida al verle aparecer, pues ya no recordaba su aspecto enfermizo. A pesar de su estancia en Corfú parecía muy enfermo en aquel momento, y ella se preguntaba si realmente estaba peor o si era que no tenía ya la costumbre de vivir con un inválido. Con la edad, el pobre Ralph no se acercaba precisamente a los cánones oficiales de belleza, y su actual completa pérdida de la salud hacía bien poca cosa por atenuar la natural extravagancia de su persona. Marchito y exhausto, pero todavía irónico, su semblante parecía un desvencijado farol de papel. Sus ralas patillas le lamían los enjutos carrillos, y el arco ya prominente de su nariz había aumentado extraordinariamente su curva. Estaba más delgado que nunca; flaco, largo y desmadejado: una especie de reunión fortuita de ángulos descoyuntados. Su oscura chaqueta de pana parecía eterna, pues no se la quitaba de encima, y diríase que sus manos estaban ya incrustadas en los bolsillos. Andaba a tropezones, vacilando y arrastrando los pies, cosa que revelaba su estado de gran decadencia física. Tal vez se debiera a su continente tan estrafalario el que su carácter se acercara cada vez más al de un inválido de humor sarcástico para quien hasta sus propios achaques constituyen motivo de burla. A ello se debía acaso también su falta de seriedad ante las cosas de un mundo en el 'que su existencia no tenía ya razón alguna de ser. A Isabel le había gustado su fealdad, y su aspecto estrafalario le resultaba sumamente simpático, de manera que apenas notaba tales imperfecciones, gracias al continuo trato, y eran para ella unos rasgos característicos que le hacían encantador. Y tanto lo era para su prima que la sensación que a ésta le producía su enfermedad venía a ser una especie de consuelo, toda vez que semejante estado de salud tan precario parecía no sufrir limitación en el sentido intelectual, sino incluso favorecer tal actividad, al haberle relevado de toda clase de emociones profesionales y oficiales y permitiéndole el lujo de vivir exclusivamente en personal. De tal modo, la personalidad de ello resultante era en verdad deliciosa. Él constituía una prueba fehaciente del triunfo sobre la ranciedad de la dolencia y, si bien no tenía más remedio que resignarse a estar lamentablemente enfermo, había logrado en cierto modo librarse de ser un enfermo importante y solemne. Tal era la impresión de Isabel sobre la enfermedad de su primo; si alguna vez llegaba a compadecerle, lo hacía por pura reflexión.

Y, como gustaba tanto de la reflexión, por fuerza debía compadecerle grandemente, pero tenía siempre un verdadero temor de perder aquella esencia..., aquel algo precioso y mucho más valioso para ella que para todos 1-os demás. Ahora no necesitaba una gran sensibilidad para darse cuenta de que el hilo que sostenía la vida del pobre Ralph era menos elástico de lo que debiera. Sabía que su primo era un espíritu brillante, generoso y libre, con todas las luces de la sabiduría y sin el menor asomo de pedantería, y con sus propios ojos lo veía encaminarse derecho a la muerte.

Isabel pensó de nuevo en cuán ardua era la vida para algunos seres y sintió cierto cosquilleo de vergüenza al ver hasta qué punto se presentaba prometedora de dichas para ella. Se había preparado para oír decir que a Ralph no le agradaba su compromiso, pera, a pesar del afecto que le profesaba, no se sentía dispuesta a permitir que tal desagrado echase a perder la situación. Tampoco estaba dispuesta, al menos así lo creía, a molestarse por su disconformidad, ya que era no sólo privilegio suyo, sino incluso natural en él, encontrar defectos a cualquier determinación que ella pudiera tomar respecto al matrimonio. Que el primo de una mujer detestase a su marido era lo tradicional y clásico; formaba parte de la común creencia de que el primo debe adorar siempre a su prima. Ralph era por encima de todo un crítico encarnizado. Y aunque, aparte de otras consideraciones, habría sido para ella un placer contentar a él y a los demás con un matrimonio a gusto de todos, era absurdo pretender que su decisión tuviera que acomodarse al punto de vista de su primo. Después de todo, ¿en qué consistía tal punto de vista? Hubo un momento en que dio a entender que habría sido mejor para ella casarse con lord Warburton, pero fue debido al hecho de que Isabel hubiese rechazado a personaje tan importante. Y es seguro que, si le hubiera aceptado, Ralph habría adoptado otro tono, pues le gustaba llevar siempre la contraria. Todo matrimonio era susceptible de crítica, ya que lo esencial de semejante unión es precisamente prestarse a toda suerte de críticas. Si le diese la ventolera, ¿quién se hallaba en mejores condiciones que ella misma para criticar su matrimonio? Pero tenía otras cosas de que ocuparse y Ralph venía como agua de mayo para relevarla de tal cuidado. Estaba Isabel predispuesta a mostrar la paciencia más grande y una indulgencia insuperable. Ralph debía haberse dado cuenta de ello y por eso resultaba tanto más extraño que no dijera una sola palabra. Después de tres días sin que él hubiese hablado para nada del asunto, Isabel se cansó de esperar; aunque le desagradase, pensaba ella, no podía dejar de hacerlo. Nosotros, que le conocemos bastante mejor que su prima, tenemos motivos para pensar que, durante las horas que siguieron a su llegada al Palazzo Crescentini, había investigado en silencio y habíase entregado a múltiples actos.

Su madre le recibió dándole la noticia a bocajarro, lo cual le resultó más escalofriante que el beso maternal. Ralph se sintió defraudado y humillado; sus cálculos habían resultado fallidos y la persona a quien él más quería estaba irremisiblemente perdida. Se dio a vagar por la casa como un bajel abandonado en mar proceloso cerca de la costa roqueña. A veces se sentaba en el jardín, en el amplio sillón de mimbre, y estiraba las piernas cuan largas eran, apoyaba la cabeza en el respaldo y se bajaba el sombrero sobre el rostro tapándose los ojos.

Sentía frío en el corazón, jamás tuvo menos gusto ni inclinación por nada. ¿Qué podía entonces decir, qué hacer? El intento de reclamar no era aceptable más que en el caso de que produjese un resultado satisfactorio. Tratar de convencerla de que había algo sórdido o siniestro en los propósitos del hombre a cuyo arte mágico había llegado a sucumbir sólo sería hasta cierto punto discreto en el caso de que lograra convencerla. De lo contrario corría el riesgo de perjudicarse simplemente a sí mismo. Costaba exactamente lo mismo decir lo que pensaba que disentir; ni le era posible prestar asentimiento sinceramente, ni protestar con fundada esperanza.

Entretanto, sabía -o tal vez suponía- que los novios renovaban a diario sus juramentos de amor. El señor Osmond no se dejaba ver ahora muy a menudo por el Palazzo Crescentini,

pero Isabel lo veía todos los días en otra parte, como tenía absoluta libertad de hacer una vez que se había dado publicidad a su compromiso. A tal efecto, había ella alquilado por meses un coche, para no tener que deberle a su tía los medios de proseguir unas relaciones que desaprobaba, y en tal coche se iba todas las mañanas a las Cascine. Durante las primeras horas del día aquel parque suburbano estaba completamente vacío, y allí reuníanse ambos enamorados, en la parte más tranquila de su arbolado, paseaban bajo la rumorosa fronda por las anchas avenidas italianas y dejaban que cautivara sus oídos el canto de los ruiseñores.

34

Una mañana, a su vuelta del paseo, como media hora antes del almuerzo, bajó Isabel del coche en el patio del palacio y, en lugar de subir hasta el piso de arriba por la grande y solemne escalera, cruzó el patio y fue derecha al jardín. No era posible imaginar en aquel instante lugar más deleitoso. Flotaba en él la calma imperturbable del mediodía y la templada penumbra, cerrada y quieta, que hacía de los cenadores espaciosas cuevas. Ralph estaba sentado en un claro, al pie de una estatua de Terpsícore, ninfa danzante con crótalos en los dedos y flotantes velos, a la manera de Bernini. El gran abandono del cuerpo de Ralph hizo al punto creer a Isabel que estaba dormido. Sus ligeros pasos sobre la hierba no le habían hecho incorporarse y, antes de irse de allí, la joven se detuvo un moho para contemplarlo. Abrió él los ojos y entonces ella se sentó en una silla rústica que había cerca. Aunque en su enojo pudiera Isabel acusarle de indiferencia, no dejaba de ver que estaba cociendo en su interior algo que poder decirle. Se había ella explicado aquel aire ausente por la debilidad cada vez mayor que de él se iba apoderando y, en parte también, por las preocupaciones que le causaban los bienes heredados de su padre, cuyos excéntricos arreglos hacíanse acreedores a las más acerbas censuras de la señora Touchett y, como ésta había comunicado a Isabel, encontraban gran oposición en los otros socios de la casa bancaria. Decía su madre que, en vez de ir a Florencia, debía haber ido a Inglaterra, donde no había estado desde hacía muchos meses. Le dedicaba el mismo interés a los asuntos del banco que el que le habría podido dedicar a las cosas de la lejana Patagonia.

-Siento haberte despertado -dijo Isabel-. Pareces algo cansado.

-No algo, sino mucho. No dormía. Estaba pensando en ti.

-¿Y eso te cansa?

-Mucho. No conduce a nada. El camino es largo y no llego nunca.

-¿A dónde quieres llegar? -preguntó ella cerrando la sombrilla.

-A expresarme apropiadamente a mí mismo lo que pienso acerca de tu compromiso.

-No pienses demasiado en eso -le contestó Isabel con dulzura.

-¿Quieres decir que es asunto que no me concierne?

-Hasta cierto punto, sí.

-Ése es precisamente el punto que quiero aclarar. Se me antoja que has debido de encontrarme un tanto grosero por no haberte felicitado.

-La verdad, lo he echado en falta, y me preguntaba por qué permanecías tan callado.

-Tenía mis razones para ello y voy a exponértelas -dijo Ralph quitándose el sombrero y dejándolo en el suelo. Luego se incorporó y la miró fijamente, se echó hacia atrás protegido por Bernini, apoyó la cabeza en el pedestal de mármol, dejó caer los brazos a ambos lados del sillón y empezó a acariciar con las manos el mimbre. Parecía molesto, azorado, y estuvo dudando largo tiempo. Isabel no decía nada. Solía compadecer a la gente cuando estaba en un trance apurado, pero no quería ayudar a Ralph a proferir una sola palabra y dejó a su elección

que se dignara hacerlo cuando le pareciese bien. Finalmente él dijo-: No me he repuesto todavía de mi sorpresa. Tú eras la última persona que creía que se dejaría atrapar.

-No sé lo que quieres decir con eso de atrapar.

-Que te van a meter en una jaula.

-Si la jaula es de mi gusto, no debes preocuparte por ello.

-Eso es precisamente lo que me admira; y por eso es por lo que he estado pensando.

-Pues, si tú has estado pensando, imagínate lo que no habré pensado yo. Y tengo la satisfacción de ver que me sienta admirablemente.

-Por lo visto, has cambiado enormemente. Hace un año ponías tu libertad por encima de cualquier otra cosa. Sólo querías contemplar la vida.

-Ya la he visto -contestó Isabel-. Y, la verdad, convengo en que no me parece ahora tan extraordinaria.

-Ni yo pretendo decir que lo sea. Lo que creía es que tú pensabas formarte una idea de ella y seguir contemplándola desde lo alto.

-Pero he llegado a convencerme de que no se puede tener esa visión tan general. Hay que limitarse a escoger el rincón que mejor le parezca a cada cual y cultivarlo con cuidado.

-Eso es justamente lo que yo creo. Cada uno debe escoger el mejor rincón que le sea posible. Durante todo el invierno, mientras leía tus deliciosas cartas, no me pasó ni por un momento por la imaginación que estuvieses dedicándote a escoger. No decías nada de ello, tu silencio me engañó y no pude ponerme en guardia.

-Era un asunto del que no me gustaba hablarte por carta. Además, no sabía nada del porvenir. Eso llegó después. -Calló un instante, pareció reflexionar y luego añadió-: ¿Qué habrías hecho si hubieses estado en guardia, como dices?

-Habría dicho, sencillamente: espera un poco más.

-¿Esperar qué?

-Un poco más de claridad, de luz -dijo Ralph con una sonrisa más bien absurda mientras sus manos buscaban sus bolsillos.

-¿De dónde tenía que haberme venido esa luz..., de ti?

-Yo podría haber producido unos pocos destellos.

Isabel se quitó los guantes y los alisó contra su rodilla. La suavidad de aquel movimiento exquisito fue puramente usual, pues su expresión no tenía nada de conciliadora.

-Ralph -dijo-, estás dando palos de ciego. Quieres decir que no te gusta el señor Osmond y no te atreves.

-«Deseoso de herir y temeroso de asestar el golpe.» Que quiero herirle a él, eso sí es cierto..., pero a ti no. Tengo miedo de ti, no de él. Y, si te casas con él, no habrá sido una satisfacción para mí el haber hablado.

-¿Si me caso con él? ¿Confías en llegar a disuadirme?

-Supongo que te parecerá una fatuidad por mi parte.

Tras un instante de vacilación, Isabel dijo:

-No es eso; lo que me parece es sumamente enternecedor.

-Es lo mismo. Me pone tan en ridículo que te doy lástima. Isabel alisó nuevamente sus guantes con unos leves golpecitos.

-Ya sé que me tienes un gran cariño -dijo-. No puedo zafarme de ello.

-Ni lo intentes, por favor. No lo pierdas nunca de vista. Él te convencerá de hasta qué punto deseo tu bien.

-Ya veo la poca confianza que en mí tienes.

Hubo un momento de profundo silencio. La copa azul y cóncava del cielo de mediodía parecía estar escuchando, recogiendo el sonido de sus voces.

-Confío en ti, pero no en él.

Isabel alzó la vista y le dirigió una mirada larga y profunda.

-Me alegro de que hayas dicho eso tan claramente. Te pesará.

-Si eres justa, no.

-Soy justa, muy justa -repuso Isabel-. ¿Qué mayor prueba quieres de que lo soy que el no enojarme contigo? No sé qué me ocurre, pero el hecho es que no me enojo. Tal vez debería hacerlo, pero estoy segura de que el señor Osmond pensaría de otra manera. El quiere que yo lo sepa todo; por eso me gusta tanto. Yo sé que tú no tienes nada que ganar. Nunca he sido tan buena contigo, de soltera, como para que quieras que siga siéndolo. Sabes dar muy buenos consejos y lo haces con gran frecuencia. Por mi parte, estoy absolutamente tranquila porque he creído siempre en tu buen juicio. -Continuó presumiendo altivamente de su gran tranquilidad y, al mismo tiempo, hablando como con exaltación contenida. La exaltaba su apasionado deseo de ser justa, lo cual le llegó a Ralph hasta el mismo corazón y le afectó como si le estuviese acariciando una criatura a la que acababa de herir. Le entraron ganas de interrumpir aquella conversación, de tranquilizarla del todo; y, durante unos instantes, sintió su propia inconsistencia hasta el punto de que de buena gana se habría retractado de cuanto acababa de decir. Pero ella no le dio oportunidad de hacerlo; prosiguió, pues se había ya lanzado a ello, y le pareció vislumbrar un destello de la heroica línea de acción que le estaba destinada y en cuya dirección le era forzoso seguir-. Ya sé que tienes una idea y me gustaría mucho conocerla, porque tengo la seguridad de que es completamente desinteresada, me doy perfectamente cuenta de ello. Parece una cosa extraña, por lo demás, para hablar de ella. Por lo pronto, lo primero que debo decirte es que, si crees poder disuadirme, pierdes el tiempo. No me harás mover ni una sola pulgada de mi sitio; ya es demasiado tarde. Como bien has dicho, estoy atrapada. Seguramente, para ti no será nada grato acordarte de esto, pero no tendrás más dolor que el de tus pensamientos. Yo no te lo echaré en cara jamás.

-No creo que lo hagas -dijo Ralph-. En cualquier caso, no es la clase de matrimonio que pensé que fueras a hacer.

-¿Qué clase de matrimonio esperabas de mí? Dímelo, por favor.

-Bueno, no sé qué decirte, porque no tengo una opinión positiva de ello sino puramente negativa. Nunca pensé que te decidieras por..., por ese tipo de persona.

-¿Puede saberse qué tiene de malo el señor Osmond, si es que hay algo? Lo que yo veo sobre todo en él es su manera de ser tan independiente, tan distinta -dijo firmemente la joven-. ¿Tienes algo en contra suya? Tú mismo confiesas que apenas le conoces.

-Cierto -dijo Ralph-. Le conozco muy poco y confieso que no estoy en posesión de datos ni de hechos que puedan acusarle de villanía. Pero, de todos modos, no puedo por menos de pensar que vas a correr un gran riesgo.

-El matrimonio es siempre un gran riesgo, y tanto va a correrlo él como yo.

-Eso es cosa suya. Si le da miedo, que abandone. ¡Ojalá quisiera Dios que lo hiciese!

Isabel se reclinó en su sillón y, cruzando los brazos y mirando fijamente a su primo durante un momento, declaró con frialdad:

-Creo que no te comprendo. No sé de qué estás hablando.

-Siempre pensé que te casarías con un hombre de más importancia.

Si hacía un momento ella le había replicado con frialdad, ahora el rubor le cubrió intensamente el rostro, y exclamó:

-De más importancia, ¿para quién? Me parece que para quien debe tener importancia un marido es para su mujer.

Ralph se ruborizó también. Se sentía molesto por la actitud que había adoptado. Trató de hallarle un remedio, físico por lo pronto; y se estiró, se inclinó luego hacia delante y, apoyando una mano en cada rodilla, clavó los ojos en el suelo, pareciendo meditar hondamente. Al cabo de un instante de reflexión, dijo:

-Voy a exponerte lo que pienso.

Parecía agitado, presa de gran ansiedad, pero, ya que había dado comienzo a la discusión del asunto, quería decir cuanto pensaba y descargar su conciencia. Al mismo tiempo, quería comportarse lo más amablemente posible.

Isabel esperó un instante y luego tomó la palabra con majestad:

-En todo cuanto puede hacerle a una interesarse por la gente, el señor Osmond ocupa enseguida un lugar de indiscutible preeminencia. Puede que haya almas más nobles que la suya, pero yo no he tenido hasta ahora la dicha de conocer a ninguna. El señor Osmond es el ser más bueno que conozco hasta hoy. Para mí es todo lo bueno, interesante e inteligente que es preciso. Me llama mucho la atención, infinitamente más lo que tiene y representa que lo que pueda faltarle.

-Yo había llegado a hacerme grandes ilusiones sobre ti -dijo Ralph sin contestar a las últimas palabras de su prima-, a forjarme una encantadora visión de tu porvenir en la que no había nada de este estilo. En mi visión, tú no descendías tan fácilmente ni tan pronto.

-¿Has dicho descender?

-Bueno, eso es lo que a mí me parece que te ha sucedido. Yo te imaginaba volando en lo azul del cielo..., desplegando tus alas a la radiante luz del día, flotando por encima de los hombres. Y de aquí que de pronto alguien arroja al aire un capullo de rosa marchito..., proyectil que jamás debió alcanzarte..., y en el acto caes, precipitándote hacia el suelo. -Se detuvo un instante y prosiguió, armándose de valor-: Te aseguro que me ha dolido, que me ha dolido tanto como si hubiese caído yo mismo.

Ella le envolvió en una mirada de compasión y asombro.

-No te comprendo en absoluto. Dices que te entretenías forjando proyectos acerca de mi posible carrera futura..., pues no lo entiendo. Procura no entretenerte, no divertirte demasiado con ello, porque no tendré más remedio que pensar que estás divirtiéndote a mi costa.

Ralph meneó tristemente la cabeza y replicó:

-Tengo la seguridad de que en ningún momento has pensado que yo no abrigara grandes ideas respecto a ti.

-¿Qué has querido decir con esa imagen de volar en el azul y desplegar las alas? Por lo que a mí respecta, jamás me he movido en un plano superior a aquel en el que ahora me estoy moviendo. Para una muchacha no puede haber y no hay nada más elevado que casarse con la persona a quien quiere -concluyó la infeliz Isabel, perdiéndose en el camino de lo didáctico.

-Mi querida primita, precisamente lo que yo me atrevo a criticar es que hayas llegado a querer a la persona de que se trata. Lo que yo quiero decir es que me hubiese gustado que el hombre elegido por ti fuera más activo, más amplío, de espíritu más libre. -Dudó un segundo y añadió-: No puedo avenirme a la idea de no pensar que Osmond es..., bueno, lo diré..., es poca cosa.

Pronunció estas dos últimas palabras con escasa seguridad, temeroso de que ella montase nuevamente en cólera, pero, con gran sorpresa por su parte, permaneció tranquila, aparentando considerar el hecho concienzudamente.

-¿Poca cosa? -repitió Isabel, dando a aquellas palabras una sonoridad de gran resonancia.

-Se me antoja que es un hombre estrecho de miras, egoísta..., que se toma muy en serio a sí mismo.

-Que se tiene un gran respeto a sí mismo, es cierto; y no seré yo quien le censure por ello. Eso le hace a uno respetar más a los otros.

Ralph se sintió tranquilizado al oírla expresarse en aquel tono de gran mesura.

-En efecto-dijo-. Pero todo es relativo. Uno debe sentirse a sí mismo en relación con las cosas que le rodean..., con los demás; y yo no creo que el señor Osmond lo haga.

-Lo que me interesa a mí es, ante todo, su relación conmigo. Y en eso, no puedo por menos de decir que es excelente.

-Es la encarnación del gusto-prosiguió Ralph, pensando con empeño cómo podría manifestar que Gilbert Osmond era hombre de siniestras cualidades sin ponerse a sí mismo en evidencia por parecer describirle rudamente. Quería tratar de describirlo de manera impersonal, científicamente-. Todo lo reduce a eso: juzga, mide, aprueba o condena en todo y por todo con arreglo al gusto.

-Pues me parece admirable, toda vez que su gusto es exquisito.

-Teniendo en cuenta que le ha conducido a escogerte por esposa, no hay duda alguna dé qué su gusto es exquisito. Pero ¿por ventura has visto tú a semejante buen gusto..., un gusto verdaderamente exquisito..., enojado?

-Espero tener la suerte de no desagradar jamás al dé mi marido.

Al oír tales palabras, Ralph sé encendió de pasión incontenida y exclamó:

-¡Ah! ¡Eso es ya testarudez por parte tuya, cosa indigna de ti! Tú no has nacido para que sé té mida con ése rasero..., tú has nacido para algo más y mejor qué montar guardia a la puerta dé la sensibilidad de un dilettante estéril.

Isabel sé levantó como accionada por un resorte, y lo mismo hizo Ralph. Se quedaron mirándose fijamente él uno al otro, como si él hubiera lanzado un desafío o un insulto a la cara dé ella; pero la joven sé contentó con exclamar casi suspirando:

-¡Té estás propasando!

-No he hecho más qué decirte lo qué pienso..., y lo he dicho porqué te amo.

Isabel palideció al oírlo. ¿También él figuraba en la lista de enamorados? Le dieron ganas de golpearle, pero sé contuvo.

-¡Ah! ¡Entonces no hablas desinteresadamente! -exclamó.

-Yo té amo, pero té amo sin esperanza-replicó Ralph en el acto, sonriendo forzadamente y sintiendo que con aquella declaración había dicho infinitamente más de lo que hubiese querido.

Isabel se separó un poco y sé quedó con la mirada extraviada en la quietud del jardín iluminado por el sol. Tras un instante, volvió hacia él y dijo:

-Me temo que tus palabras estén dictadas por la rabia de la desesperación. No lo comprendo, pero no importa. No quiero discutir contigo, me sería imposible hacerlo. Lo único que he hecho ha sido tratar dé escucharte, y te quedó muy agradecida por haber procurado explicarte.-Puso en sus palabras gran dulzura, como si se hubiera disipado por completo la cólera que al principio sé había apoderado de ella-. Si verdaderamente estás alarmado reconozco qué es una buena obra por tu parte tratar dé prevenirme, pero no quiero prometerte qué pensaré en lo qué me has dicho; lo qué haré será olvidarlo lo antes posible, y es lo qué debes hacer tú también: procurar olvidar. Tú has cumplido con tu deber y no hay quién pueda hacer más qué eso No me es posible explicarte ahora lo que pienso y lo qué siento, y tampoco lo haría si pudiese.-Se quedó callada un instante y luego prosiguió con una inconsecuencia qué hizo concebir a Ralph, en su gran ansiedad, la posibilidad dé una concesión por pequeña qué fuese-. No voy a discutir la opinión qué té has formado del señor Osmond. No puedo tomarla en consideración porqué yo le veo de una manera muy distinta. No es un hombre importante..., desde luego, no lo es. Al contrario, es una persona a quien la importancia le tiene soberanamente sin cuidado. Si eso es lo qué quieres expresar cuando dices dé él qué es «poca cosa», entonces, de acuerdo, es todo lo «poca cosa» qué te parezca. Yo, en cambio, llamo a eso grandeza..., y no conozco nada de mayor grandeza. No puedo discutir contigo sobré la persona con quién me voy a casar, como ya té he dicho. Ni tampoco tengo él menor interés en defender a Osmond, porqué no es tan débil qué haya menester dé mi defensa. Ya me imagino qué té parecerá extraño qué hablé de él con tanta frialdad y tanta calma, como si sé tratase de una persona cualquiera. Pero es qué no hablaría dé él con

ninguna otra persona, sólo contigo lo hago, y, después de lo que has dicho, creo que debo contestarte de una vez por todas. Dime, por favor, ¿te gustaría verme en un matrimonio de conveniencia, como un mercenario..., que me casara, como suele decirse, por ambición? Yo tengo una sola ambición: la de ser libre de seguir un impulso noble. Si otras tuve antes, ya son cosa pasada. ¿Te parece mal lo del señor Osmond porque no es rico? Pues por eso es precisamente por lo que me gusta. Por suerte, yo ahora tengo suficiente dinero y nunca he agradecido tanto como ahora el tenerlo. Hay momentos en que me dan ganas de ir a arrodillarme ante la tumba de tu padre. Tal vez hizo una cosa mejor de lo que creía al proporcionarme los medios para poder casarme con un hombre pobre... que ha sabido llevar su pobreza con tanta dignidad e indiferencia. El señor Osmond no ha querido trepar nunca, no ha luchado..., no se ha preocupado por conseguir ninguna recompensa mundana. Si esto merece calificarse de estrechez de miras, de egoísmo, entonces estamos de acuerdo; las palabras no me asustan, ni siquiera me molestan. Lo único que siento es que hayas incurrido precisamente tú en error tan grande. Que otros lo hayan hecho, bueno; pero me sorprende en tu caso. Tú debes conocer a un caballero a simple vista..., sobre todo cuando es un caballero distinguido. El, el señor Osmond, no comete tales errores, porque lo sabe todo, lo comprende todo y tiene el alma más buena, afable y generosa que pueda existir. Tú te has forjado una idea falsa. Es lástima que así sea, pero no puedo remediarlo porque es cosa tuya y no mía.

Isabel se quedó un instante en silencio, mirando a su primo con ojos en los que brillaba un sentimiento que estaba en flagrante contradicción con la irreprochable calma de que acababa de hacer gala..., un sentimiento extraño, mezcla del enojo que las palabras de él provocaran y de su orgullo herido al verse obligada a justificar una elección que para ella sólo encerraba nobleza y pureza. Ralph no la interrumpió al verla hacer aquella pausa porque comprendió que aún tenía más que decir. La veía altiva, pero sumamente solícita; indiferente y, al mismo tiempo, apasionada. De pronto, ella preguntó:

-¿Con qué clase de persona te hubiese gustado verme casada? Hablas de volar por lo alto, pero para casarse hay que pisar tierra firme. Tenemos sentimientos humanos y necesidades, un corazón dentro del pecho, y debemos casarnos con una persona concreta. Tu madre no me ha perdonado todavía que no llegara a entenderme con lord Warburton y se horroriza ante la idea de que me contente con un hombre que no posee ninguna de las condiciones que el otro tenía: ni grandes propiedades, ni títulos nobiliarios, ni honores, ni casas, ni campos, ni posición, ni fama, ni ninguna otra de las brillantes cualidades que se aprecian. Pues precisamente lo que a mí me agrada es la ausencia total de todas esas cosas. El señor Osmond es un hombre muy solo, muy culto y muy honrado..., y no un terrateniente extraordinario.

Ralph la escuchó con la mayor atención, como si cada una de las cosas por ella dichas mereciesen ser profundamente consideradas. Pero, en realidad, sólo pensaba a medias en esas cosas y, en cuanto a lo demás, ateníase únicamente a la impresión por él experimentada, la impresión de la ardiente fe de su prima. A su juicio, ésta se había equivocado, pero tenía fe; estaba decepcionada, pero seguía firme en su empeño. Era admirablemente característico en ella, después de haber inventado una admirable teoría sobre Gilbert Osmond, que le amase no por lo que poseía sino precisamente por su pobreza, elevada a la categoría de honor. Y Ralph recordó entOnces lo que le había dicho a su padre: que quería que le proporcionase a Isabel los recursos para satisfacer los anhelos de su imaginación. Su padre lo hizo, y ella sabía aprovechar todas las ventajas de semejante lujo. El pobre Ralph se sintió desfallecido y avergonzado. Isabel había pronunciado las últimas palabras en un tono bajo y solemne, con la solemnidad de la convicción, poniendo punto final a aquella larga discusión y acabando definitivamente con ella al apartarse de allí y dirigirse hacia la casa. Ralph echó a andar a su lado; juntos atravesaron el jardín y juntos llegaron al pie de la amplia y suntuosa escalera. Se detuvo él, e Isabel hizo una breve pausa, mirándole con cara de alborozo..., de una gratitud

completa y perversa. La oposición de su primo le había dado una idea más clara todavía de la conducta que debía seguir.

-¿No subes a almorzar? -preguntó.

-No, no necesito almorzar, no tengo hambre.

-Pero debes comer, parece que estés viviendo del aire.

-Es mi mejor alimento, de modo que vuelvo al jardín a tomar otro bocado. Te he acompañado hasta aquí solamente para decirte una cosa. El año pasado te dije que, si te veía en algún triste aprieto, entonces yo estaría lastimosamente acabado. Pues bien: es lo que siento que me está pasando ahora.

-¿Crees acaso que estoy en algún grave aprieto?

-Cuando se está cometiendo un error se está en grave aprieto.

-Muy bien. No acudiré nunca a ti a quejarme cuando me vea en alguno de importancia. -Y comenzó a subir la escalera.

Ralph se quedó abajo, con las manos en los bolsillos, viéndola subir. El fresco del patio de altos muros le hizo estremecer, y retornó al jardín para almorzar unos cuantos bocados de sol florentino.

35

Cuando al día siguiente Isabel fue a las Cascine a pasear con su prometido, no sintió el menor deseo de comunicarle la escasa aprobación que su matrimonio hallaba en el Palazzo Crescentini. A decir verdad, no le causaba gran impresión la oposición que discretamente ofrecían su tía y su primo; la moraleja de todo ello era que no tenían más razón sino que él no les gustaba. Tal desafección no resultaba alarmante para Isabel y apenas si la deploraba, ya que para lo único que servía era para poner en evidencia el hecho, desde todo punto de vista altamente ' honroso, de que se casaba porque así le placía. Unos hacían cosas por complacer a los demás; otros para su propia y personal satisfacción; pero la de Isabel se fundaba en la conducta admirable de su enamorado. Que Gilbert Osmond estaba enamorado era un hecho irrefutable, como también lo era el que nunca merecía menos que entonces la crítica acerba que de él hiciera Ralph Touchett; nunca menos que en aquellos días tranquilos y brillantes, contados uno tras otro, que precedieron a la realización de sus esperanzas. La impresión más profunda que en el espíritu de Isabel produjera tal crítica fue que la pasión amorosa distanciaba a su víctima de todos, menos del objeto amado. Así, ella se sentía alejada de cuantos hasta entonces había conocido: de sus hermanas, que le escribieron para expresarle sus augurios de una felicidad en la que parecían no creer demasiado y manifestarle la sorpresa un tanto vaga de que no hubiese elegido a una persona que contara en su haber con anécdotas más interesantes; de Henrietta, de quien estaba segura que antes o después saldría con sus reproches; de lord Warburton, que acabaría seguramente por consolarse; de Caspar Goodwood, que tal vez no lo consiguiera; de su tía, que tenía sobre el matrimonio no pocas ideas, todas ellas huecas, y no se tomaba la molestia de disimular su desprecio por el matrimonio; y de Ralph, cuya afirmación acerca de las ambiciosas perspectivas que para ella imaginaba era seguramente una caprichosa manera de ocultar su decepción personal. Ralph parecía no querer que ella se casara porque se divertía con sus aventuras de mujer soltera; eso y no otra cosa era lo que, en realidad, quería él decir. Su desengaño era lo que le hacía decir todas aquellas cosas desagradables acerca del hombre que ella había elegido, anteponiéndolo incluso a él; e Isabel se enorgullecía al pensar que Ralph se había sentido tremendamente enojado. Le resultaba infinitamente más fácil pensar de tal manera sobre ello porque, como

ya se ha dicho, en aquellos días su ánimo no albergaba pensamientos menores y consideraba un accidente, incluso un verdadero ornamento de su actuación, el hecho de que preferir a Gilbert Osmond como ella le prefería supusiera forzosamente romper los lazos anteriores. Complacíase en paladear el dulzor de tal preferencia y dábase casi con verdadero asombro exacta cuenta del carácter malévolo e hiriente de estar poseído y embrujado, por mas que tradicionalmente se imputara todos los honores y virtudes a enamorarse. Esa era la parte trágica de la felicidad: que el bien de unos se fraguase con el mal de otros.

El júbilo del triunfo que, sin duda alguna, debía de inflamar el ánimo de Osmond, desprendía muy poco humo en relación con la brillante llama en que se consumía. Su contento no adoptó forma vulgar alguna. En la mayoría de los hombres conscientes, la excitación era una especie de éxtasis de autodominio. Y esta disposición de su ánimo le convertía en un enamorado perfecto, dándole una visión constante del estado de encantamiento y dedicación. Como ya hemos dicho, jamás se olvidaba a sí mismo y, de tal suerte, no se olvidaba jamás de ser tierno y agradecido, de adoptar la apariencia -cosa que no le ofrecía dificultad alguna- de mantener los sentidos siempre alerta y mostrar siempre hondas intenciones. Se sentía sobremanera complacido con la joven. Madame Merle le había hecho un regalo de incalculable valor, pues no podía haber dicha comparable a la de vivir con un espíritu elevado, perfectamente armonizado con la dulzura. ¿Acaso no seria aquella suavidad toda para él, y la energía para los otros, que admiraban los aires de superioridad? ¿Qué don podría ser más apreciado en una compañera que el de poseer un espíritu despierto y fantástico que le ahorrase a uno toda clase de repeticiones y reflejara los propios pensamientos en una elegante y pulida superficie? A Osmond le desagradaba profundamente ver sus pensamientos e ideas reproducidos literalmente, cosa que los hacía aparecer necios e insípidos; prefería que adquiriesen frescura en la reproducción, como las «palabras» mediante la magia de la música. Su egolatría no llegaba hasta el extremo de desear una esposa triste y aburrida. La inteligencia de la dama de sus sueños debía ser como una bandeja de plata cincelada, no de barro, una magnífica bandeja que él pudiese llenar a su gusto de frutos maduros y sabrosos, a los que ya se encargaría de dar un valor decorativo a fin de que la conversación se convirtiese para él en una especie de postre del festín. Y halló tal cualidad de plata cincelada en la perfección de Isabel, pues no tenía más que apelar levemente a su imaginación para que aquélla emitiera en el acto la correspondiente sonoridad argentina. Aunque nadie se lo dijera, él sabía perfectamente que su unión no gozaba de gran favor entre los parientes de la joven, pero la había tratado siempre como a una persona tan por completo independiente de ellos que no le parecía del menor interés manifestar su contrariedad por la actitud de su familia. No obstante, una mañana hizo una súbita alusión a ello.

-Lo que les molesta es la diferencia de nuestras fortunas, porque se imaginan que de lo que estoy enamorado es de tu dinero -dijo.

-¿Te refieres a mí tía y a mi primo? -preguntó Isabel-. ¿Cómo sabes lo que piensan?

-¿No me has dicho tú misma el placer que les causó cuando el otro día escribí a la señora Touchett, no contestar a mi carta? Si les hubiera agradado, habrían dado alguna muestra de ello, y el hecho de que yo sea pobre y tú rica es la explicación más razonable de la reserva que me muestran. Desde luego, todo hombre pobre que se casa con una mujer rica debe estar preparado para esperar semejantes imputaciones. Por fortuna, a mí me tienen sin cuidado. Lo único que me interesa es que tú no tengas ni la menor sombra de duda. A mí no me importa nada lo que puedan pensar individuos a quienes nada pregunto-, ni siquiera me siento capaz de desear saberlo. Jamás me he tomado tantas molestias, Dios me lo perdone; entonces, ¿por qué habría de comenzar ahora que pretendo recompensarme a mí mismo por todo? Decir que deploro el que seas rica sería faltar a la verdad; estoy encantado de que lo seas, porque me encanta todo cuanto contigo se relaciona, lo mismo la fortuna que la virtud. El dinero es una cosa horrenda cuando uno anda tras él y una cosa encantadora cuando se lo

encuentra. Me parece que yo tengo más que de sobra probado lo poco que me desazona. No me he preocupado en toda mi vida de ganar un solo penique, por lo que soy menos susceptible de tal sospecha que la mayoría de la gente que se pasa la vida escarbando donde hay y apoderándose de lo que encuentra. Me imagino que es cosa de la familia eso de abrigar semejante sospecha, y en el fondo me parece natural que lo hagan. Algún día me apreciarán más, y también tú. Mientras tanto, no tengo por qué hacerme mala sangre;. debo limitarme a sentirme agradecido a la vida y al amor.

En otra ocasión Gilbert Osmond le dijo:

-El amarte me ha hecho mucho más bueno; me ha hecho más sensato y afable, e incluso, no cabe negarlo, más brillante y más fuerte. Antes quería muchas cosas y me disgustaba no poseerlas. Me sentía satisfecho en teoría y, creo habértelo dicho al principio, me enorgullecía de haber sabido limitar mis necesidades. Pero también es verdad que solía ser víctima de accesos de cólera; solían darme ataques morbosos, estériles y denigrantes de hambre, de deseo. Ahora me siento totalmente satisfecho porque no me es posible concebir nada mejor. Es como cuando uno trata de leer a la débil luz del crepúsculo y, de pronto, se encienden las luces. Hasta ahora yo había estado tratando de ver en el libro de la vida sin hallar en él nada que recompensase mis esfuerzos, pero ahora puedo leerlo con la máxima facilidad... y veo que se trata de una historia maravillosa. Amor mío, no sé cómo decirte que la vida se ofrece ahora ante nosotros como una interminable tarde de estío, una de estas tardes de Italia, con esa especie de flotante neblina dorada y las sombras que comienzan a invadirlo todo con la divina delicadeza del aire y del paisaje que tanto he amado toda mi vida, y que ahora tú comienzas a amar igualmente. Mi palabra de honor, no veo por qué razón no habríamos de gustar de todas estas delicias juntos. Tenemos lo que queremos, además de tenernos el uno al otro. Tenemos la capacidad de saber admirar, amén de muchas otras importantes convicciones. No somos tontos, ni mezquinos, ni estamos sujetos por lazos de ninguna especie a la ignorancia o al miedo. Tú eres admirablemente fresca y yo soy admirablemente maduro. Para que nos solace, tenemos a mi hijita, a la que trataremos de hacerle un hueco en la vida. Todo es dulce y suave..., y tiene el color de las cosas de Italia.

Ni que decir tiene que hicieron juntos muchos planes, pero se dejaron también un amplio margen. Desde luego, era cosa convenida que, de momento, vivirían en Italia. Allí se habían conocido, Italia les había proporcionado las primeras sensaciones comunes e Italia debería, por tanto, proporcionarles la mejor parte de su felicidad. Osmond sentía el apego a las cosas de antaño conocidas, y ella el estímulo de las nuevas, que parecía asegurarle el porvenir con un alto grado de conocimiento y disfrute de lo bello. Su deseo por la expansión sin límite y sin fin había dejado paso en el ánimo de la joven a la sensación de que la vida resultaba completamente vacía sin alguna obligación de carácter privado que pudiera reunir todas las energía en un punto dado y en un determinado momento. Le había dicho a Ralph que había «visto la vida» en uno o dos años y que ya estaba cansada, no tanto de vivir como de observar. ¿Qué quedaba, pues, de todos aquellos ardores, aspiraciones y teorías, de su alta estimación de la independencia y sus incipientes convicciones de que nunca llegaría a casarse? Todos estos movimientos del espíritu habían sido totalmente absorbidos por una necesidad más primitiva: la necesidad de responder a lo que desvanecía muchas preguntas al satisfacer numerosos deseos. Era algo que simplificaba de golpe todas las situaciones, que descendía de lo alto como la luz de las estrellas y que no requería explicación alguna. Ya había más que sobrada explicación en el hecho real de que él estuviese enamorado de Isabel y de que ella estuviera en condiciones de serle útil. Ella podía rendírsele con una sensación de humildad, podía casarse con él con una sensación de verdadero orgullo, con lo cual no sólo daba sino que también recibía.

Dos o tres veces llevó él consigo a las Cascine a Pansy, que, si bien un poco más alta que el año anterior, aún no había madurado mucho. Su padre manifestaba la convicción de

que seguía siendo tan niña como antes. La llevaba todavía de la mano y le decía que fuera a jugar mientras él se sentaba con la linda joven. Llevaba Pansy un traje corto y un abrigo largo, y el sombrero parecía quedarle siempre demasiado grande. Le producía un gran placer caminar de prisa, con pasos cortos y rápidos, hasta el final de la avenida y regresar de la misma manera, sonriendo alegremente como pidiendo aprobación por su hazaña. Isabel aprobaba con largueza, y aquella largueza y aquella magnanimidad surtían el efecto que la naturaleza afectiva de la muchacha precisaba. Se esmeraba en todas las indicaciones que le hacía, como si fueran muy importantes para ella misma. En realidad, Pansy formaba ya parte del servicio que la joven disponíase a ofrecer, de la responsabilidad que se preparaba para asumir. Su padre atribuía a su manera infantil de ser el hecho de no haberle explicado todavía la relación que mantenía con la elegante señorita Archer.

-No sabe todavía y no adivina -le dijo a Isabel-. Le parece perfectamente natural que tú y yo vengamos aquí tranquilamente a conversar y pasear como simples buenos amigos. Se me antoja que en eso hay algo encantadoramente inocente, y así es como yo deseo que sea. Por tanto, no tengo razón para considerarme un fracasado, como antes solía considerarme a mí mismo. No lo soy, porque voy a casarme con la mujer que adoro y he criado a mí hija a la antigua usanza, como era mi deseo.

Era un admirador, en todos los sentidos, de la antigua usanza, cosa que había impresionado a Isabel como una de sus notas características más finas, tranquilas y sinceras.

-Me parece que hasta que se lo digas no podrás estar seguro de si has fracasado o no -repuso ella-. Debes ver cuál es su reacción ante la noticia, cuando se la des. Tal vez se horrorice..., tal vez sienta celos.

-No tengo el menor temor de ello; por lo que a eso respecta, te quiere ya demasiado. Me parece que la dejaré todavía un poco más de tiempo en ayunas a ver si a ella misma se le ocurre que, si no estamos comprometidos, deberíamos estarlo.

Isabel quedó grandemente impresionada por la visión artística, casi plástica que, al parecer, tenía Osmond de la inocencia de Pansy; su propia apreciación era más ardientemente moral. Así, pocos días después quedó sumamente complacida cuando él le comunicó que ya se lo había dicho a su hija, cuya respuesta fue: «¡Oh! Entonces voy a tener una hermana muy guapa». Y, contra lo que él esperaba, no se había sorprendido ni alarmado, y tampoco se había echado a llorar.

-A lo mejor ya lo había adivinado -dijo Isabel.

-No digas eso; me habría disgustado mucho que así fuera. Lo que yo esperaba es que le hubiera chocado un poco, pero se ve que prima sobre todo su urbanidad. Eso es precisamente lo que yo deseaba. Ya lo verás tú misma. Mañana te felicitará personalmente.

El encuentro tuvo lugar al día siguiente en casa de la condesa Gemini, adonde la llevó su padre, conocedor de que Isabel iría a devolver la visita que aquélla le hiciera al saber que iban a ser cuñadas. Al presentarse en casa de la señora Touchett, la visitante no había encontrado a Isabel. Pero, cuando la joven llegó a la casa de la condesa y entró en el salón, Pansy acudió a su encuentro para decirle que su tía saldría enseguida a recibirla. La muchacha estaba pasando el día en casa de la condesa, quien opinaba que la jovencita estaba ya en edad de empezar a aprender cómo comportarse en sociedad. Isabel era de la opinión de que era la sobrina quien podía dar lecciones de buena educación a su tía, y la confirmó en tal creencia la conversación que ambas sostuvieron mientras esperaban que apareciese la condesa. La decisión adoptada por su padre el año anterior había sido finalmente enviarla de nuevo al convento para que recibiera los últimos toques en su educación, y la madre Catherina se había encargado de poner en práctica su teoría de que era preciso preparar a la muchachita para la vida del gran mundo.

-Papá me ha dicho que usted se ha dignado acceder a casarse con él -dijo, pues, la discípula de la eficiente monja-. Es maravilloso. Creo que es muy apropiada para él.

-¿Crees que también seré apropiada para ti?

-Para mí será perfecta; pero lo que quiero decir es que usted y papá hacen una pareja magnífica. Los dos son personas tranquilas y serias. Usted no es tan tranquila como él..., ni como madame Merle, pero es más tranquila que muchas otras personas. A él no le conviene una esposa como mi tía, por ejemplo, que está a todas horas agitándose, moviéndose, hoy sobre todo; ya lo verá cuando venga. En el convento nos decían que no está bien eso de criticar a las personas mayores, pero no creo que tenga nada de malo si las juzgamos favorablemente. Estoy segura de que usted será una compañera deliciosa para papá.

-Espero que también para ti -dijo Isabel.

-He hablado primero de él a propósito. Ya le he dicho lo que pienso de usted; desde el primer día me gustó muchísimo. La admiro tanto que me parece una gran suerte poder tenerla siempre delante. Usted será mi modelo. Trataré de imitarla, aunque me temo que no tendré bastante habilidad para ello. Me alegro mucho por papá; necesitaba a alguien además de mí. Sin usted, no sé cómo se las habría arreglado. Usted será mi madrastra, pero no emplearemos esa palabra porque, según todos, las madrastras suelen ser crueles y no creo que usted lo sea nunca hasta el extremo de pellizcarme ni de empujarme. No tengo miedo de nada de eso con usted.

-Querida Pansy, yo seré siempre buena contigo -dijo Isabel, y en ese momento tuvo como una visión inconsecuente y vaga de que la muchachita se aproximaba a ella de extraña manera, como necesitando su protección, y ello le produjo un leve escalofrío.

-Bueno, entonces no tengo nada que temer -replicó Pansy con notable presteza, como quien lo dice como una lección aprendida... o por temor de un severo castigo en caso de no cumplir bien su cometido.

La descripción que de su tía hiciera no pecaba de inexacta, pues la condesa estaba más lejos que nunca de haber plegado las alas. Se presentó la condesa en el salón agitando el aire como un verdadero remolino y besó a Isabel
primero en la frente y luego en cada una de las mejillas,
por lo visto, con arreglo a un antiguo rito de ella conocido.
A continuación condujo a la visitante al sofá y, observándola con rápidos movimientos de cabeza, empezó a hablar mucho y muy versátilmente, como si, sentada ante el caballete, paleta y pinceles en mano, diera rápidas pinceladas a algunas figuras previamente dibujadas.

-Si espera usted que la felicite, tiene que perdonarme que no lo haga. Ya me figuro que le importará un comino que me abstenga; debo suponer que a usted, siendo tan inteligente como es, no le preocupan las cosas corrientes. Pero yo me guardo mucho de decir embustes. Jamás los digo, a no ser que con ello gane algo. Y no veo qué podría ganar en su caso, entre otras cosas porque no me creería. No hago declaraciones, del mismo modo que no hago pantallas fruncidas ni flores de papel; no sé cómo se hacen. Mis pantallas se quemarían enseguida y mis rosas y mis embustes resultarían demasiado grandes. Por lo que a mí respecta, estoy contentísima de que se case usted con Osmond, pero no puedo decir lo mismo por lo que respecta a usted. Usted es una mujer brillante... ya sabe que así se expresan todos cuando hablan de usted; es una rica heredera, muy bien parecida y original, sin nada que la haga parecer banal; de suerte que es una gran cosa tenerla en la familia. Nosotros somos de muy buena familia, supongo que Osmond se lo habrá dicho ya. Mi madre era una mujer muy distinguida; la llamaban la Corina americana. Pero ahora estamos en una decadencia tremenda y puede que usted nos devuelva nuestro rango. Tengo gran confianza en usted y muchas cosas importantes de que hablarle. Nunca felicito a ninguna muchacha por el hecho de casarse; pienso que habría que hacer algo para que el matrimonio no fuese una trampa de acero. Quizá Pansy no debería escuchar estas cosas. Pero para eso viene a verme, para ir adquiriendo el tono de la buena sociedad. No le perjudicará ir aprendiendo los males que pueden esperarla. La primera vez que me di cuenta de que mi hermano tenía ciertas ideas

acerca de usted, estuve tentada de escribirle para recomendar le que no le hiciese ningún caso. Pero luego pensé que eso sería obrar deslealmente, y yo detesto todo lo que sea obrar de tal modo. Además, como ya le he dicho, por mi parte estaba verdaderamente encantada... y, después de todo, soy una egoísta. Estoy segura de que usted no sentirá el menor respeto hacia mí y de que no llegaremos a ser íntimas jamás. A mí me gustaría, pero a usted no. Sin embargo, día llegará en que seremos mucho mejores amigas de lo que usted habría creído en un principio. Mi marido irá a verles, aunque, como tal vez ya sepa, no está en muy buenos términos con Osmond. Se pirra por ver mujeres bonitas, pero en ese aspecto usted no me da ningún miedo. En primer lugar, porque me tiene sin cuidado lo que él haga; y en segundo lugar, porque a usted no le interesará lo más mínimo. Jamás será persona para usted; por su parte, y a pesar de lo idiota que es, se convencerá enseguida de que tampoco usted es para él. Algún día, si tiene el valor de resistirlo, le contaré todo lo referente a él. ¿No le parece que mi sobrina debería salir del salón? Pansy, ve y practica un poco en mi boudoir.

-Deje que se quede, por favor -dijo Isabel-. Prefiero no oír yo tampoco nada que ella no pueda oír.

36

Una tarde de otoño del año 1876, a eso del anochecer, tiraba de la campanilla de un departamento del tercer piso de una casa de Roma un joven de agradable presencia. Cuando le abrieron la puerta, preguntó por madame Merle; y, en el acto, la criada, una limpia y sencilla mujer con cara de francesa y modales de doncella de una gran dama, le introdujo en un diminuto salón, pidiéndole que tuviera a bien darle su nombre.

-Edward Rosier -dijo el joven, y se sentó en espera de que la señora de la casa saliese a recibirlo.

Acaso no haya olvidado el lector que el señor Rosier era uno de los elementos decorativos del círculo norteamericano de París en aquel entonces, pero cabe recordar que a veces durante un tiempo desaparecía de ese horizonte. Había pasado muchos inviernos en Pau y, como era hombre de inveteradas costumbres, podría haber repetido durante años y años su visita invernal a ese lugar encantador. Sin embargo, en el verano de 1876 le ocurrió un incidente que determinó un cambio radical, no sólo en sus ideas sino también en sus costumbres de siempre. Pasó un mes en la Alta Engadina, y en Saint Moritz trabó conocimiento con una joven encantadora. De inmediato, comenzó a dedicarle una asidua atención, pues le parecía exactamente aquel ángel del hogar que llevaba tanto tiempo buscando. El señor Rosier no se precipitaba jamás, era en todo de lo más discreto, por lo que de momento se abstuvo de declarar su pasión; pero sintió, cuando se despidieron -ella para ir a Italia y él a Ginebra, donde se había comprometido a reunirse con algunos amigos...- que sería terriblemente desgraciado si no la volvía a ver.

La manera más sencilla de verla sería ir a Roma en otoño, donde la señorita Osmond residía con su familia. Así pues, el señor Rosier emprendió su peregrinación a la capital italiana, donde llegó en el mes de noviembre. Era en sí una empresa agradable, pero al joven se le antojó que entrañaba un elemento de heroísmo. Podía exponerse, sin estar habituado a ello, al aire malsano de Roma que, sobre todo en el mes de noviembre, representaba una amenaza. Pero la fortuna favorece al valiente, y nuestro aventurero, que ingería tres granos de quinina diarios, al cabo de un mes no tenía motivos para deplorar su temeridad.

Hasta cierto punto había hecho buen uso de su tiempo tratando en vano de hallar algún defecto en la composición de Pansy Osmond. La muchacha tenía un acabado perfecto;

le habían dado hasta el último toque; era una consumada pieza de arte. El señor Rosier se sumía en amorosas meditaciones, pensando en ella como en una pastorcilla de porcelana de Dresde. En verdad que la señorita Osmond, con su esplendor juvenil, tenía algo de rococó que el joven Rosier, cuyos gustos se inclinaban hacía este género, no podía por menos de apreciar. Fácil era suponer que estimaba las obras de épocas comparativamente frívolas al ver la atención que concedió al salón de madame Merle, que, si bien adornado con muestras de varios estilos, era especialmente rico en artículos de los dos últimos siglos. De inmediato se colocó una lente en un ojo y miró a su alrededor murmurando: «¡Por Júpiter, madame Merle tiene cosas verdaderamente admirables!». El salón era pequeño y estaba lleno de muebles, produciendo al visitante la impresión de que las sedas descoloridas y las estatuillas de varios estilos podrían tambalearse si uno se movía. Por lo cual, el señor Rosier avanzó con gran cuidado entre todos aquellos objetos, inclinándose sobre las meses cubiertas de chucherías y los cojines con bordados de escudos principescos. Al entrar en el salón madame Merle le encontró ante la chimenea, con la nariz casi pegada a un chal de encaje adherido al damasco que cubría la repisa, y que él había levantado con delicadeza, como para olerlo.

-Encaje antiguo de Venecia -dijo ella al verle-; es bastante bueno.

-Demasiado bueno para darle este destino; debería usted llevarlo puesto.

-Pues, según me han dicho, usted tiene en París algunos mejores y en la misma situación que éste.

-Es que yo no puedo ponérmelos -dijo sonriendo el visitante.

-No veo por qué. Tengo encajes todavía mejores que éste para vestir.

Los ojos del señor Rosier recorrieron complacidos la habitación.

-Tiene algunas cosas magníficas -comentó.

-Sí, pero las detesto.

-¿Es que quiere deshacerse de ellas? -preguntó rápidamente el joven.

-No. Es conveniente tener algo que odiar; así se desahoga una.

-Pues yo, en cambio, adoro mis cosas -dijo el señor Rosier, ya sentado y ruborizándose al hacer tal confesión-. Pero no he venido a verla a usted para hablarle de ellas, ni de las suyas. -Hizo una breve pausa y luego prosiguió más suavemente-: Me interesa mucho más la señorita Osmond que todos los bibelots de Europa.

Madame Merle abrió de par en par los ojos y preguntó:

-¿Y para decirme eso ha venido usted a verme?

-Para pedirle consejo.

Ella lo miró complacida, se acarició la barbilla con su mano ancha y blanca y contestó:

-Hombre enamorado no pide consejo.

-¿Por qué no, si se halla en situación difícil? Ese suele ser el caso del hombre enamorado. Yo he estado enamorado ya otras veces y lo sé, Pero, la verdad, nunca lo he estado tanto como ahora. Me interesa sobre todo la opinión que le merece mi propósito. Mucho me temo que para el señor Osmond yo no soy... bueno, no soy una pieza de coleccionista.

-¿Y quiere usted que yo interceda? -preguntó madame Merle cruzando los hermosos brazos y levantando la comisura izquierda de su bonita boca.

-Le quedaría eternamente agradecido si pudiera usted decir algo en favor mío. Sería inútil molestar a la señorita Osmond hasta tener buenas razones para creer que su padre va a aceptarme.

-Es usted muy considerado y eso dice no poco en su favor. Pero supone usted un tanto a la ligera que yo sí le tengo por un buen partido.

-Usted siempre me ha tratado bien. Por eso he venido a verla -respondió el joven.

-Yo siempre trato bien a la gente que tiene buenos objetos Luis XIV; hoy son verdaderamente raros y no se sabe lo que pueden valer -dijo madame Merle subrayando la broma con un gesto todavía más pronunciado de la comisura de la boca.

A pesar de lo cual, él mantuvo su actitud aprensiva y tenaz.

-¡Ah! Yo creía que usted me apreciaba por mí mismo.

-Yo le aprecio mucho. Pero, por favor, no analicemos. Disculpe si le parezco paternalista, pero es porque le creo un perfecto caballero. De todos modos, debo decirle que la boda de Pansy Osmond no depende de mí.

-No he pensado tal cosa, pero me pareció que usted era íntima de su familia y pensé que podría tener alguna influencia. Madame Merle reflexionó.

-¿Qué entiende usted por su familia?

-¿Quién ha de ser? Su padre y su... ¿cómo dicen ustedes en inglés... su belle-mére?

-Su padre, el señor Osmond, ciertamente lo es, pero su mujer no puede decirse que sea miembro de la familia de la muchacha. La señora Osmond no tiene nada que ver con la boda de Pansy.

-Lo lamento -dijo Rosier con un hondo suspiro de buena fe-. Creí que la señora Osmond me favorecería.

-Es muy probable... si el padre se opusiera.

-¿Es que le lleva la contraria? -preguntó él enarcando las cejas.

-En todo y por todo. Piensan de un modo muy distinto.

-Lo siento de veras -contestó el señor Rosier-, aunque es cosa que no me incumbe. Lo cierto es que ella quiere mucho a Pansy.

-Sí, la quiere mucho.

-También Pansy a ella. La misma Pansy me ha dicho que la quiere tanto como si fuese su verdadera madre.

-Ya veo que, después de todo, ha tenido alguna conversación íntima con la pobre niña. ¿Le ha declarado usted sus sentimientos?

-Jamás -contestó Rosier levantando su mano finamente enguantada-. Ni lo haré hasta que conozca los de sus padres.

-¿Siempre espera a saber eso? Se ve que tiene muy buenos principios y que observa las conveniencias.

-Me parece que se está usted burlando de mí -dijo el joven recostándose en el sillón y acariciándose el bigotito-. No esperaba semejante cosa de usted, madame Merle.

Movió ella lentamente la cabeza, como persona que veía las cosas muy claras.

-Es usted injusto conmigo. Creo que su conducta acredita su buen gusto y es la mejor que podría adoptar. Ésta es mi opinión.

-Yo no querría turbar a Pansy por el simple placer de turbarla. La quiero demasiado para eso -dijo Ned Rosier.

-En el fondo, me alegro de que me lo haya dicho -prosiguió madame Merle-. Déjelo un poco de mi cuenta. Creo que podré ayudarle.

Su visitante exclamó con incontenible júbilo:

-¡Ya sabía yo que usted era la persona a quien había que acudir!

A lo que madame Merle contestó algo secamente:

-Es usted muy agudo. Si le digo que puedo ayudarle es partiendo de la base de que su causa lo merezca. Examinemos si es así.

-Ya sabe usted que soy una persona formal -dijo Rosier con seriedad-. No diré que no tenga defectos, pero sí que no tengo vicios.

-Todo eso es puramente negativo, y, además, depende de lo que la gente considere como vicios. ¿Cuál es su lado positivo? ¿Cuál el virtuoso? ¿Qué posee usted además de sus encajes españoles y sus tazas de porcelana de Sajonia?

-Tengo una fortunita desahogada... unos cuarenta mil francos de renta anuales. Y dado mi talento para la administración, podemos vivir espléndidamente con esos ingresos.

-Espléndidamente no, pasablemente sí. Y eso dependerá de dónde vivan.

-En París, desde luego. Me establecería en París.

Madame Merle levantó la comisura izquierda de la boca.

-No sería muy famoso el asunto; tendrían ustedes que usar las tazas de Sajonia y acabarían por romperse.

-No queremos ser famosos. Bastaría con que la señorita Osmond lo tuviera todo bonito. Cuando se es tan hermosa como ella se puede hasta usar... ¿cómo decirlo?... en fin, hasta faience barata. No debería vestir más que muselinas, y sin adornos -dijo Rosier reflexivamente.

-¿Ni los adornos le permitiría usted? Pues le quedaría agradecida por semejante teoría.

-Es la correcta, se lo aseguro, y no dudo de que ella también la aceptará, porque lo comprende todo. Por eso la quiero.

-Es una muchachita muy buena, muy ordenada y agraciada. Pero, por lo que sé, su padre no puede darle nada.

-Ni yo deseo que lo haga -afirmó Rosier sin inmutarse-. Pero me permito señalarle que vive como un hombre muy acaudalado.

-El dinero es de su mujer, que aportó una gran fortuna.

-Entonces, como la señora Osmond quiere mucho a su hijastra, podrá hacer algo por ella.

-¡Para ser un zagal enamorado, no se le escapa nada! -exclamó madame Merle echándose a reír.

-Yo estimo mucho una dote. Puedo pasarme sin ella, pero la estimo.

-Es muy probable que la señora Osmond trate de conservar su dinero para sus propios hijos -observó madame Merle.

-¿Para sus hijos? ¡Si no los tiene!

-Pero puede tenerlos. Ya tuvo un hijito hace dos años, y el pobrecillo murió a los seis meses de, nacer. Pueden venir otros más.

-Si han de hacerla feliz, ojalá los tenga. Lo merece porque es una mujer espléndida.

Madame Merle tardó un poco en contestar.

-¡Ah! De ella hay mucho que decir. Todo lo espléndida que usted quiera. Pero aún no hemos establecido que sea usted un buen partido. La ausencia de vicios no suele ser una fuente de ingresos.

-Perdone, yo creo que puede serlo -dijo Rosier con harta lucidez.

-Formarán ustedes una pareja deliciosa, viviendo de su inocencia.

-Creo que usted me subestima.

-¿Acaso no es tan inocente como todo eso? ¿De veras no lo es? -dijo madame Merle-. Por supuesto, cuarenta mil francos al año y un buen carácter son una combinación digna de tomarse en cuenta. No diré que irresistible, pero podría haber ofertas peores. De todas suertes, es muy posible que el señor Osmond crea que puede conseguir algo mejor.

-Tal vez pueda. Pero ¿y su hija? ¿Qué puede ella
hacer mejor que casarse con el hombre a quien ama? Porque sepa usted que me ama -dijo Rosier con orgullo.

-Cierto, le ama... lo sé perfectamente.

-¡Ah! -exclamó el joven-. Ya decía yo que era usted la persona a quien debía acudir.

-Pero lo que no comprendo -dijo madame Merle- es cómo lo sabe usted si no se lo ha preguntado.

-En un caso así no hacen falta preguntas ni respuestas; como usted dice, somos una pareja inocente. ¿Cómo lo sabía usted?

-¿Yo que no soy inocente? Pues, siendo astuta. Déjelo de mi cuenta. Ya lo averiguaré por usted.

Rosier se levantó y, alisando el sombrero, dijo:

-Lo dice con cierta frialdad. No se trata sólo de saber cómo está el asunto, sino de hacer que sea como debe ser.

-Haré cuanto me sea posible. Trataré de sacar ventaja de los méritos de usted.

-Se lo agradezco en el alma. Mientras tanto, yo le diré algo a la señora Osmond.

-Gardez-vous-en-bien -dijo madame Merle poniéndose en pie-. Si la mezcla usted en el asunto, lo echará todo a perder.

Rosier se quedó contemplando el interior de su sombrero, preguntándose si su anfitriona sería de veras la persona a quien acudir.

-La verdad, no la comprendo a usted. Soy un antiguo amigo de la señora Osmond y creo que se alegraría de que yo tuviera éxito.

-Puede ser todo lo antiguo amigo que quiera. Cuantos más antiguos amigos tenga, mejor para ella, pues no se lleva muy bien con los nuevos. Pero por ahora no le haga romper lanzas por usted. Su marido puede tener un punto de vista distinto, y, como la quiero bien, le aconsejo a usted que no multiplique los motivos de fricción entre los dos.

El pobre Rosier pareció alarmarse mucho; aspirar a la mano de Pansy Osmond era asunto todavía más complicado de lo que había previsto su gusto por las transacciones correctas. Pero el extremado buen sentido que poseía oculto bajo una apariencia de cuidadosa elegancia vino en su ayuda.

-No veo por qué tengo que preocuparme tanto del señor Osmond -exclamó.

-Si no de él, de ella sí. Dice usted ser un antiguo amigo. ¿Querría hacerla sufrir?

-¡Por nada del mundo!

-Entonces, ándese con mucho tiento y deje las cosas como están hasta que yo haya sondeado...

-¡Dejar las cosas como están! Pero, querida madame Merle, no olvide que estoy enamorado.

-¡Ah, vaya! ¡No se irá usted a morir por eso! ¿Para qué ha acudido a mí, si no es para hacer caso de lo que
yo le diga?

-Es usted muy amable; me portaré muy bien -prometió el joven-. Pero me temo que el señor Osmond es un hombre bastante duro -añadió a medía voz mientras se dirigía hacia la puerta.

Madame Merle soltó una pequeña carcajada y dijo: -Ya es cosa sabida, pero tampoco su mujer es fácil de manejar.

-¡Ah, es una mujer espléndida! -comentó Ned a modo de despedida.

Decidió que su conducta fuese digna de un pretendiente como él, que hasta la fecha había sido un modelo de discreción. Sin embargo, en las promesas que hiciera a madame Merle no le pareció ver nada que le desautorizara a mantenerse en buen ánimo haciendo una visita ocasional a la señorita Osmond. No dejaba de pensar en las advertencias de su consejera y le daba vueltas a aquel tono bastante circunspecto. Como solía decirse en París, había acudido a ella de confiance, pero tal vez hubiese obrado con precipitación. Le costaba trabajo tildarse de temerario, pues raras veces se había expuesto a tal reproche. Sin embargo, lo cierto era que sólo hacía un mes que conocía a madame Merle y que el mero hecho de considerarla una mujer encantadora no le daba motivo para creer que había de estar deseosa de arrojar a Pansy en sus brazos, por muy dispuestos que estuvieran estos miembros a recibirla. Por otra parte, madame Merle se había mostrado afable con él y parecía gozar de toda la estimación de los parientes de la joven, en relación con los cuales producía un efecto notable (Rosier se había preguntado más de una vez cómo lo conseguía) de intimidad exenta

de familiaridades. Pero posiblemente hubiera él exagerado esas ventajas. A decir verdad, no veía razón alguna para que madame Merle tuviese que molestarse por él. Una mujer encantadora lo era generalmente con todo el mundo, por lo que Rosier se sentía un poco tonto al pensar que se había dirigido a ella convencido de que lo había distinguido con su afabilidad. Era posible -aunque parecía haberlo dicho en broma que ella no pensara más que en los bibelots que él poseía. ¿Acaso se le había ocurrido que él podría regalarle dos o tres de las joyas de su colección? Si ella le ayudaba a casarse con la señorita Osmond, él estaba dispuesto a regalarle el museo entero. Naturalmente, no le diría tal cosa, porque parecería un soborno demasiado grosero, pero le gustaría que ella lo creyera.

Con esos pensamientos, se dirigió de nuevo a casa de la señora Osmond en una de las tardes en que ella «recibía» -los jueves de cada semana-, cuando no cabía atribuir a su visita otro objetivo que el de cumplir con un deber de cortesía. El objeto del afecto mesurado del señor Rosier moraba en una de las casas altas del centro de Roma, un edificio oscuro y macizo que daba a una soleada plazuela cerca del Palazzo Farnesio. También vivía en un palacio la pequeña Pansy... un palacio para los cánones de Roma, pero una mazmorra para el espíritu aprensivo del pobre Rosier. Le parecía de mal agüero que la joven con quien quería casarse y a cuyo hosco padre dudaba mucho poder conquistar estuviese encerrada en una especie de fortaleza doméstica, un edificio que ostentaba un antiguo y austero nombre romano, que olía a hechos históricos, a crímenes, tretas y violencias; que figuraba en la guía Murray y era visitado por los turistas que, después de echarle una ojeada, parecían decepcionados y deprimidos; que poseía frescos del Caravaggio en el piano nobile y una hilera de estatuas mutiladas y polvorientas hornacinas en la amplia loggia de nobles arcos que daba al húmedo y fresco patio, donde una fuente manaba de un nicho musgoso. En un estado de ánimo más tranquilo habría apreciado en su justa medida el palacio Roccanera; habría podido comprender el sentir de la señora Osmond, quien le había dicho una vez que al establecerse en Roma con su esposo habían escogido aquella morada por su afición al color local. Indudablemente, color local no le faltaba y, aunque el señor Rosier entendía menos de arquitectura que de esmaltes de Limoges, se daba cuenta de que las proporciones de las ventanas e incluso los detalles de la cornisa tenían un gran estilo. Pero a Rosier le atormentaba la convicción de que en los tiempos pintorescos de la ciudad se encerraba allí a las muchachas para apartarlas de sus enamorados y, luego, bajo amenaza de recluirlas para siempre en los conventos, se les obligaba a contraer matrimonios impíos. Sin embargo, había un aspecto que jamás dejaba de reconocer cada vez que recorría los cálidos y opulentos salones de la señora Osmond, situados en el segundo piso. Admitía que aquellas gentes eran especialistas en «cosas buenas». Todo era del gusto de Osmond, no de ella; así se lo había dicho ella misma la primera vez que él visitó la casa, cuando, tras un cuarto de hora de preguntarse si tendrían allí mejores cosas «francesas» que él en París, se vio obligado a confesarse al momento que sí lo tenían, y dominó su envidia, como cumplía a un caballero, hasta el extremo de manifestar a su anfitriona su profunda admiración por los tesoros allí reunidos. Por la señora Osmond supo que, ya antes del matrimonio, su marido había reunido una colección extensa y que, aunque había añadido algunas piezas de gran valor en los tres últimos años, sus mejores adquisiciones las realizó Osmond cuando todavía no contaba con su consejo. Rosier interpretó aquellas palabras a su manera, sustituyendo la palabra «consejo» por la palabra «dinero». Pero el hecho de que Osmond hubiese conseguido sus mejores piezas durante su período de vacas flacas venía a confirmar su teoría más preciada, la de que se puede ser un gran coleccionista siendo pobre, a condición de tener mucha paciencia. Por lo general, cuando Rosier iba a visitarlos los jueves por la tarde, su primer saludo era para las paredes del salón, en las que colgaban dos o tres objetos que le quitaban el sueño. Pero, después de su conversación con madame Merle, se dio cuenta de la seriedad de su situación; y ahora entraba buscando la figura de la hija de la casa con toda la avidez que podía

permitirse un caballero cuya sonrisa, cada vez que cruzaba un umbral, denotaba su confianza en todas las comodidades de la vida.

37

No se hallaba Pansy en el primero de los salones, una amplia estancia de techo cóncavo y paredes tapizadas de rojo damasco antiguo; era allí donde solía sentarse la señora Osmond -si bien no estaba allí aquella tarde- rodeada del círculo de sus más íntimos amigos, frente al fuego del hogar. El salón, iluminado por una claridad leve y difusa, contenía las cosas de mayor tamaño y casi siempre estaba perfumado por una suave fragancia de flores. Aquel día Pansy debía de hallarse en uno de los salones próximos, refugio de los visitantes más jóvenes y donde se servía el té. Osmond se hallaba ante la chimenea con las manos a la espalda; tenía un pie levantado, para calentarse la suela. Agrupadas a su alrededor, media docena de personas charlaban entre sí; pero él no atendía a la conversación; sus ojos tenían aquella expresión, frecuente en ellos, de estar contemplando objetos más dignos de consideración que las apariencias que se ofrecían ante su vista. Como Rosier no había sido anunciado, no atrajo su atención; pero el joven, siempre amante de las buenas formas, aun siendo excepcionalmente consciente de que su visita era para la esposa y no para él, se le acercó para darle la mano. Osmond, sin cambiar de postura, le tendió la mano izquierda.

-¿Cómo le va? -dijo-. Mi mujer anda por ahí, no sé dónde.

-No se moleste, ya la encontraré -dijo alegremente Rosier.

Sin embargo, Osmond le retuvo, mirándole de arriba abajo; Rosier nunca se había sentido tan eficazmente calibrado. «Madame Merle se lo ha dicho, y no le gusta», razonó para sus adentros. Había esperado encontrar allí a madame Merle, pero no la veía por ninguna parte; acaso estuviese en otro salón, o llegara más tarde. Nunca le había hecho mucha gracia Osmond, que a su juicio se daba mucho tono; pero él no era quisquilloso y, en materia de cortesía, experimentaba la necesidad imperiosa de hacer siempre lo correcto. Miró a su alrededor y sonrió, todo eso sin ayuda, y luego dijo:

-Hoy he visto una magnífica pieza de Capodimonte. Osmond no contestó, pero al cabo de un momento y mientras seguía calentándose la suela, dijo:

-Me importan un rábano las Capodimonte.

-¿Cómo? No creo que hayan dejado ya de interesarle.

-¿Qué, las fuentes y los cacharros? Sí, han dejado ya de interesarme.

Rosier olvidó por un instante lo delicado de su posición.

-¿No estará pensando en desprenderse de algunas cositas? -preguntó.

-No, no pienso desprenderme absolutamente de nada, señor Rosier-dijo Osmond con los ojos aún fijos en los de su visitante.

-Ah, vamos; quiere conservar, pero no añadir -comentó Rosier con animación.

-Exacto. No tengo nada que quiera emparejar.

El pobre Rosier notó que se ponía colorado y se avergonzó de su falta de aplomo.

-¡Ah!, yo sí -fue todo lo que pudo murmurar; y supo que al alejarse se perdía parte de su murmullo.

Se dirigió al salón contiguo y en el profundo umbral se topó con la señora Osmond, que salía. Iba vestida de terciopelo negro y en aquel momento era una mujer imponente y espléndida, tal como él había dicho, y sin embargo, ¡tan radiante de dulzura! Ya sabemos lo que de ella pensaba el señor Rosier y en qué términos había expresado su admiración al

hablar con madame Merle. Al igual que su apreciación de la pequeña hijastra de Isabel, la admiración de Rosier estaba en parte basada en su buen ojo para el aspecto decorativo, en su instinto de lo auténtico; pero también en una fina intuición para los valores no catalogados y para el secreto del «lustre» que se mantiene a salvo de pérdidas o nuevos descubrimientos y que su afición a los géneros quebradizos no le impedía reconocer. En aquel momento la señora Osmond habría podido gratificar ampliamente aquella clase de gustos. Los años sólo la habían rozado para enriquecerla, pues la flor de su juventud no se había deslucido, tan sólo se erguía más serena en el erecto tallo. Había perdido algo de aquella pronta vehemencia que su marido había criticado privadamente, y ahora tenía más el aspecto de poder esperar. En cualquier caso, ahora, enmarcada por el dorado quicio, le pareció a nuestro joven la imagen de una distinguida dama.

-Ya ve usted que soy asiduo. Pero si yo no lo fuera, ¿quién lo iba a ser?

-Cierto, a usted le conozco desde hace más tiempo que a ninguno de los presentes. Pero no es cosa de abandonarnos ahora a los recuerdos. Quiero presentarle a una señorita.

-¿A qué señorita, por favor? -Rosier era inmensamente complaciente, pero no era a eso a lo que había venido.

-A la que va vestida de rosa, y que se encuentra sentada cerca del fuego, que no tiene con quién hablar.

Rosier dudó un momento.

-¿Cómo que no tiene? ¿No puede hablar con ella el señor Osmond? La tiene a menos de seis pies.

La señora Osmond titubeó a su vez.

-Es que no es muy animada y a él no le gusta la gente sosa.

-Pero ¿para mí sí está bien? ¡Vaya! Eso es duro de aceptar.

-Lo que quiero decir es que a usted le sobran temas de conversación... y es además tan amable.

-También lo es su marido.

-No, no conmigo. -La señora Osmond, sonrió vagamente.

-Por consiguiente, debería serlo el doble con otras mujeres.

-Eso es lo que yo le digo -replicó ella, aún sonriendo.

-Es que yo querría tomar un poco de té -contestó Rosier mirando hacia dentro con cierta añoranza.

-Perfecto. Vaya a ofrecerle una taza a mi joven amiga.

-Lo haré, pero después la abandonaré a su suerte. La verdad monda y lironda es que me estoy muriendo por charlar un poquito con la señorita Osmond.

-¡Ah!, en eso no puedo ayudarle -dijo Isabel al tiempo que se alejaba.

Cinco minutos más tarde, mientras Rosier servía una taza de té a la damisela vestida de rosa, a la que había conducido al otro salón, éste se preguntaba si al hacerle a la señora Osmond la confesión que acabo de citar no habría quebrantado el espíritu de la promesa que antes hiciera a madame Merle. Una cuestión de esta índole podía ocupar la mente de nuestro joven durante largo rato. Sin embargo, acabó decidiéndose -hablando en términos relativos- por la osadía: le importaba poco las promesas que pudiera romper. La suerte a la que había amenazado con abandonar a la damisela de rosa resultó no ser tan terrible, pues Pansy Osmond, que le había dado el té para su acompañante -Pansy seguía con la misma afición a preparar el té-, se le había acercado y estaba charlando con ella. Edward Rosier no tomó gran parte en aquel coloquio y se limitó a permanecer sentado mirando pensativo a su amada. Si nosotros la miramos ahora a través de los ojos del joven Rosier, al pronto no veremos mucho que nos recuerde a la sumisa jovencita a quien tres años antes se enviaba a pasear en la Cascine de Florencia mientras su padre y la señorita Isabel Archer hablaban de temas reservados a las personas mayores. Sin embargo, al cabo de un momento advertiremos que si

a los diecinueve años Pansy era toda una señorita, no cumplía en verdad su cometido; que, si bien había embellecido mucho, carecía deplorablemente de esa cualidad que en la apariencia de las mujeres se conoce y estima con el nombre de estilo; y que, si bien vestía con mucha gracia, lucía sus galas con no disimulado cuidado, como si se las hubieran prestado para aquella oportunidad. Se diría que Edward Rosier era el hombre más indicado para notar tales defectos; y de hecho no había en aquella joven cualidad alguna que él no hubiese observado. Pero a esas cualidades les ponía Rosier nombres de su cosecha, algunos realmente acertados. Así, solía decirse: «No cabe duda, es única... absolutamente única» y podríamos estar seguros de que ni por un instante habría admitido que ella carecía de estilo. ¿Estilo? Si ella tenía el estilo de una princesa, y el que no lo viera no tenía ojos en la cara. No era un estilo moderno ni consciente, seguro que no produciría impresión en Broadway.

Lo único que parecía aquella seria y linda damisela, con su vestidito almidonado, era una infanta de Velázquez. Y eso satisfacía el gusto de Rosier, que la encontraba deliciosamente anticuada. Sus ojos anhelantes, sus labios encantadores, su figura delgadita eran tan conmovedores como una plegaria infantil. Rosier sentía la comezón irresistible de averiguar hasta qué punto él le gustaba, una comezón que le hacía removerse en su asiento. Se sofocaba, y tuvo que enjugarse la frente con el pañuelo; nunca se había sentido tan incómodo. Pansy era una perfecta jeune filie, y a una jeune filie no se le podía plantear la pregunta indispensable para arrojar luz sobre tal punto. Rosier había soñado siempre con la perfecta jeune falle... pero una jeune filie que no fuese francesa, porque pensaba él que si fuera de tal nacionalidad podrían complicarse las cosas. Estaba seguro de que Pansy no había hojeado nunca un periódico, y de que, en lo referente a novelas, todo lo más habría leído a sir Walter Scott. ¿Qué podía haber en el mundo mejor que una jeune falle americana? Sería franca y alegre, pero no saldría a pasear sola, ni recibiría cartas de los hombres, ni la llevarían al teatro a ver comedias de costumbres. Rosier no podía negar que, tal como estaban las cosas, sería una afrenta a la hospitalidad el apelar directamente a aquella inocente criatura; pero ahora corría el peligro inminente de preguntarse si la hospitalidad era la cosa más sagrada del mundo. ¿Por ventura no era infinitamente más importante el sentimiento que le inspiraba la señorita Osmond? Para él sí, desde luego... pero tal vez no para el dueño de la casa. Le quedaba un consuelo: aun en el caso de que ese caballero hubiese sido alertado por madame Merle, seguramente él no le habría dicho nada a Pansy, pues no formaría parte de su táctica el hacerle saber que un joven atractivo estaba enamorado de ella. Sin embargo, era cierto que el joven atractivo estaba enamorado de ella, y todas aquellas restricciones circunstanciales habían acabado por irritarle. ¿Qué es lo que había pretendido Gilbert Osmond al tenderle sólo dos dedos de la mano izquierda? Si Osmond se mostraba grosero, bien podía él mostrarse audaz. Y se sintió tremendamente audaz cuando la aburrida joven, tan inútilmente vestida de color de rosa respondió a la llamada de su madre que entró para decir, con una tonta sonrisa significativa hacia Rosier, que iba a conducirla a nuevos triunfos. Madre e hija partieron juntas, y ahora sólo dependía de él quedarse a solas con Pansy.

Hasta entonces nunca había estado a solas con ella ni con ninguna otra jeune falle. Era por tanto un gran momento y el pobre Rosier comenzó a enjugarse de nuevo la frente con su pañuelo. Había otro salón más allá de aquel que ahora ocupaban, un salón cito que había sido abierto e iluminado pero que, como la concurrencia no era muy numerosa, permanecía vacío. Estaba tapizado de color amarillo pálido y lo alumbraban varias lámparas. Visto a través de la puerta, semejaba el mismísimo templo para el amor autorizado. Rosier atisbo un instante por aquella abertura; temió que Pansy se escapara, y casi se sentía capaz de extender el brazo para retenerla. Pero ella se demoraba allí donde la otra muchacha la había dejado, sin hacer ademán de reunirse con el grupo de visitantes que se hallaba en el extremo opuesto del salón. Durante unos instantes, a Rosier se le ocurrió que estaba asustada, tal vez tan asustada que no se atrevía a moverse, pero una segunda ojeada le convenció de que no, y se dijo que era de-

masiado inocente para estarlo. Tras un momento de suprema vacilación, Rosier le preguntó a la muchacha si le permitía ir a ver el salón amarillo, que parecía tan atrayente como virginal. En realidad, ya había estado en él con Osmond para examinar el mobiliario, que era del Primer Imperio francés, y sobre todo para admirar el reloj (que a decir verdad él no admiró), una inmensa y clásica obra de arte de esa época. Por ello ahora Rosier tuvo el convencimiento de que estaba empezando a maniobrar.

-Puede usted ir, no faltaba más -dijo Pansy-, y si quiere, yo se lo mostraré.

No estaba nada asustada.

-Es lo que estaba deseando que me dijera; es usted muy amable -murmuró Rosier.

Entraron juntos en aquel otro salón, que a Rosier se le antojó feísimo y muy frío. Lo mismo pareció sentir Pansy, que comentó:

-No es para las tardes de invierno, sino más bien para el verano. Todo está según el gusto de papá, que tiene mucho.

Rosier pensó que tendría mucho, pero en parte muy malo. Miró en derredor; no sabía qué decir en semejante situación.

-¿La señora Osmond no se interesa por la decoración de sus salones? -preguntó-. ¿Es que no tiene gusto?

-¡Oh, ya lo creo! ¡Y mucho! -dijo Pansy-, sobre todo para la literatura y la conversación. Pero a papá también le interesan esas cosas; yo creo que lo sabe todo.

Rosier se quedó un instante silencioso.

-¡Hay una cosa que estoy seguro que sabe! -exclamó-, y es que, cuando vengo aquí, con todos los respetos hacia él y con todos los respetos hacia la señora Osmond, que es encantadora... es, en realidad, para verla a usted.

-¿Para verme a mí? -dijo Pansy elevando hacia él los ojos, vagamente turbados.

-Sí, para verla a usted. Para eso nada más -repitió Rosier sintiendo la embriaguez de una ruptura con la autoridad.

Pansy se le quedó mirando con fijeza, atenta y francamente; no hacía falta rubor para dar mayor modestia a su expresión.

-Ya me figuraba yo que era por eso -dijo.

-¿Y no le desagradaba?

-No habría podido decirlo; no lo sabía. Usted no me dijo nunca nada.

-Porque tenía miedo de ofenderla.

-Usted no me ofende -murmuró la jovencita sonriendo como si un ángel acabase de besarla.

-Entonces, ¿le gusto a usted, Pansy? -preguntó Rosier dulcemente, sintiendo una gran dicha en su interior.

-Sí, me gusta.

Se habían acercado hasta la chimenea, donde estaba posado el frío y enorme reloj estilo Imperio. Se hallaban en el fondo del salón, ocultos a la observación desde fuera. El tono en que ella había pronunciado esas tres palabras le pareció a Rosier el propio hálito de la naturaleza, y su reacción no pudo ser otra que tomarle la mano y retenerla un momento. Después se la llevó a los labios. Ella accedió con su sonrisa pura y confiada, en la que había algo inefablemente pasivo. El le gustaba, le había gustado siempre; ¡ahora podría suceder cualquier cosa! Pansy estaba pronta -lo había estado siempre-, en espera de que él hablase. Si él no hubiese hablado, habría esperado eternamente; pero cuando oyó pronunciar la palabra, cayó como cae del árbol la fruta madura. Rosier pensó que si la atrajera hacía sí y la estrechara contra su corazón, ella se sometería sin un murmullo, reposaría allí sin preguntar nada. Cierto que eso constituiría un experimento temerario en un salottino Imperio de color amarillo. Pansy había sabido que él venía sólo por verla y, no obstante, se había portado como una verdadera damita.

-Me es usted muy querida -murmuró él, procurando creer que, después de todo, existía una cosa llamada hospitalidad.

Ella se miró un instante la mano que él acababa de besarle y preguntó:

-¿Dice usted que papá lo sabe?

-Usted misma me ha dicho que lo sabe todo. -Pero debería usted asegurarse -dijo Pansy. -¡Ah, querida mía, mientras yo esté seguro de usted!
-le murmuró Rosier al oído, con lo que ella se encaminó
a los otros salones con aire decidido que dejaba suponer
que la consulta debía ser inmediata.

Entretanto, en las restantes estancias se había tomado conciencia de la llegada de madame Merle, que dondequiera que fuese producía sensación al entrar. Ni el más atento espectador habría sabido decir cómo lo conseguía, porque ni hablaba en voz alta, ni reía con algazara, ni se movía con excesiva soltura, ni vestía con esplendor, ni apelaba al auditorio de una manera especial. Fuerte, rubia, sonriente, serena, había algo de su propio reposo que se esparcía a su alrededor, y, cuando los demás volvían la cabeza para mirar, era porque se había producido un súbito silencio. En esta oportunidad había actuado del modo más discreto que le era posible: después de besar a la señora Osmond, que fue lo más llamativo, se sentó en un pequeño sofá a charlar con el dueño de la casa. Hubo entre ellos un breve intercambio de tópicos -siempre rendían, en público, cierto tributo formal al tópico- y luego madame Merle, que había dejado errar la mirada, preguntó si el señor Rosier había ido aquella tarde.

-Llegó hace cosa de una hora, pero ha desaparecido -dijo Osmond.

-Y Pansy, ¿dónde está?

-En el salón de al lado. Hay allí otras personas.

-Puede que él esté entre ellas -sugirió madame Merle.

-¿Quiere usted verle? -preguntó Osmond con un tono provocativamente falto de interés.

Madame Merle le miró un momento; conocía perfectamente toda la gama de sus tonos.

-Sí -respondió Quisiera decirle que le he dicho a usted lo que él quiere y que usted no siente el menor interés por el asunto.

-No se lo diga. Trataría de interesarme, que es precisamente lo que yo no quiero. Dígale que detesto su propuesta.

-Pero no es verdad, no la detesta usted.

-Para el caso es lo mismo; no me gusta. Yo mismo se lo he dado a entender esta tarde. Me mostré grosero con él adrede. Esta clase de cosas son un fastidio. No hay ninguna prisa.

-Entonces le diré que usted quiere tomarse un tiempo para pensarlo:

-No, por favor, no lo haga. Insistirá.

-También lo hará si lo desanimo.

-Sí, pero en uno de los casos tratará de hablar y dar explicaciones... lo que resultaría enormemente enojoso; en el otro caso, lo más probable es que se calle y busque una estrategia mejor. Lo cual me dejaría tranquilo. Me molesta hablar con un asno.

-¿Así califica al pobre señor Rosier?

-¡Oh! No hay quien le aguante con su eterna porcelana.

Madame Merle bajó los ojos y sonrió imperceptiblemente.

-Es todo un caballero, de muy buen carácter y, además, tiene una renta de cuarenta mil francos.

-Es un pelmazo... un pelmazo educado -la atajó Osmond-. No es lo que yo he soñado para Pansy.

-Está bien. Él me ha prometido que no le diría nada a Pansy.

-¿Y usted le cree? -preguntó Osmond como distraído.

-Claro que le creo. Pansy piensa mucho en él, pero supongo que usted no concederá a eso mucha importancia.

-No le concedo absolutamente ninguna. Ni creo que ella piense mucho en él.

-Esa opinión resulta más cómoda -contestó tranquilamente madame Merle.

-¿Le ha dicho ella que está enamorada de él?

-¿Por quién la toma usted? -Y al instante añadió-: ¿Y por quién me toma a mí?

Osmond había levantado el pie y apoyado el fino tobillo en la rodilla de la otra pierna. Se agarró familiarmente el tobillo -con el índice y el pulgar podía abarcarlo con facilidad- y permaneció un rato mirando al frente.

-Estas cosas no me toman desprevenido. Para esto precisamente la he educado. Todo, absolutamente, fue para que, cuando se presentara el caso, ella hiciese lo que yo prefiero.

-Y yo no temo que deje de hacerlo.

-Entonces, ¿dónde está el problema?

-No veo ninguno. De todos modos, le recomiendo que no ponga en fuga al señor Rosier. Consérvelo a mano, pudiera ser útil.

-Yo no puedo conservarlo. Consérvelo usted.

-Está bien. Le pondré en un rincón y le daré su ración cada día.

Mientras hablaban, madame Merle había estado casi todo el tiempo mirando en derredor suyo. Era ésa su costumbre en semejantes situaciones, como era su costumbre interponer frecuentes pausas vacías de expresión. Una de éstas, prolongada, siguió a las últimas palabras que acabo de mencionar. Antes de ponerle fin vio a Pansy salir del salón contiguo seguida por Rosier. La muchacha dio unos pasos y se detuvo, mirando a su padre y a madame Merle.

-Rosier ya le ha hablado -prosiguió madame Merle dirigiéndose a Osmond.

Su compañero ni siquiera volvió la cabeza.

-Para que se fíe usted de promesas. Merecería que lo azotaran.

-El pobrecillo quiere confesarse.

Osmond se levantó; había dirigido a su hija una mirada penetrante.

-No importa -murmuró alejándose.

Al cabo de un momento, Pansy se dirigió a madame Merle con sus aprendidos modales de cortesía exenta de familiaridad. La recepción que la otra dama le dispensó no fue más íntima. Se limitó a dirigirle una amable sonrisa, al tiempo que se levantaba del sofá.

-Llega usted muy tarde -dijo suavemente la joven.

-Hijita mía, no llego nunca más tarde de lo que me propongo.

Madame Merle no se había levantado en atención a Pansy; se adelantó hacía Rosier. Él se acercó a saludarla y susurró con presteza, como para quitarse un peso del alma:

-Ya le he hablado.

-Lo sé, señor Rosier.

-¿Se lo ha dicho ella?

-Acaba de decírmelo. Compórtese convenientemente durante el resto de la visita y vaya a verme mañana a las cinco y cuarto. -Habló en tono severo, y en su manera de volverle la espalda había un grado de desprecio que le hizo farfullar una imprecación decorosa.

Rosier no tenía la menor intención de hablar con Osmond; no era la ocasión ni el lugar propicios. Pero instintivamente se dirigió hacia Isabel, que estaba conversando con una señora de edad. Él se sentó al otro lado y, como la vieja dama era italiana, dio por sentado que no entendería el inglés.

-Hace poco ha dicho usted que no me prestaría su ayuda -le comentó a Isabel-. Tal vez cambie usted de idea cuando sepa... cuando sepa...

-¿Cuándo sepa qué? -preguntó Isabel saliendo al paso de su indecisión.

-Que todo va bien con respecto a su hijastra.

-¿Qué quiere usted decir con eso?

-Pues... que hemos llegado a un entendimiento.

-Entonces todo va mal dijo Isabel-. No puede ser.

El pobre Rosier se la quedó mirando medio implorante y medio colérico, y el súbito rubor que le cubrió el rostro puso de manifiesto que se había sentido herido.

-Nunca se me ha tratado de manera semejante -dijo- ¿Qué es, después de todo, lo que tienen contra mí? No es ésta la consideración que se me suele dar. Yo podía haberme casado ya veinte veces si hubiera querido.

-Es una lástima que no lo haya hecho. No veinte veces sino una, y felizmente -dijo Isabel sonriendo amablemente-. No es usted bastante rico para Pansy.

-A ella no le importa el dinero.

-Pero a su padre sí le importa.

-¡Ah, eso sí! ¡Bien lo ha demostrado! -exclamó el joven Rosier.

Isabel se levantó y se alejó de él dejando, sin más cumplidos, a la vieja señora con quien estaba departiendo. Durante los diez minutos siguientes Rosier fingió contemplar la colección de miniaturas de Gilbert Osmond, que estaban cuidadosamente colocadas en sus estuches de terciopelo. Pero miraba sin ver. Tenía las mejillas encendidas, la sensación de ofensa le quemaba el pecho. Era cierto que nunca le habían tratado de aquel modo, y no estaba acostumbrado a que nadie le dijera que no valía lo bastante. Él sabía bien cuánto valía y, si semejante falacia no hubiera sido tan perjudicial para él, se habría echado a reír de buena gana. Buscó con la vista a Pansy, pero había desaparecido; ahora su mayor deseo era marcharse de la casa. Antes volvió a hablar a Isabel. No le resultaba agradable pensar que él acababa de decirle una cosa descortés... lo único que podría justificar que tuviera mala opinión de él.

-Hace un momento me he referido al señor Osmond de un modo equivocado. Pero supongo tendrá usted en cuenta mi situación.

-No recuerdo ya lo que ha dicho -repuso ella fríamente.

-Ah, comprendo que está usted ofendida; ahora nunca me ayudará.

Isabel guardó silencio un instante y luego, cambiando de tono, exclamó casi con pasión:

-No es que no quiera. Es sencillamente que no puedo.

-Si usted pudiese, por poco que fuera, yo no volvería a hablar de su esposo más que para decir que es un ángel.

-El incentivo es grande -contestó Isabel con voz grave,.., inescrutable, como él más tarde se diría, para sí; y le lanzó a los ojos una mirada que también era inescrutable, que le hizo recordar que la había conocido en la infancia; pero era demasiado penetrante para su gusto, y Rosier optó por marcharse.

38

Al día siguiente fue a ver a madame Merle, y ella, para su sorpresa, estuvo bastante suave, pero le hizo prometer que no daría un paso más en tanto no hubiera algo decidido. El señor Osmond se había forjado grandes expectativas. Sin embargo, no teniendo él intención de dar una dote a su hija, tales expectativas se prestaban a la crítica, o incluso le ponían en ridículo. Pero ella le aconsejó al señor Rosier que no adoptase ese tono, pues si sabía tener paciencia, sin duda alcanzaría la felicidad anhelada. El señor Osmond no se mostraba favorable a su propósito, pero no sería un milagro que poco a poco cambiara de parecer.

Pansy no se atrevería jamás a desafiar a su padre, de eso podía estar seguro, de suerte que nada se ganaría con la precipitación. El señor Osmond tenía que acostumbrarse a considerar un tipo de oferta con el que hasta entonces no había contado, y el resultado se produciría por sí solo, por lo que era completamente inútil tratar de forzarlo. Rosier hizo notar que entre-tanto su situación iba a ser de lo más violenta, y madame Merle le aseguró que lo sentía por él. Pero, como declaró con acierto, no se podía tener todo lo que se deseaba; lección que ella sabía de corrido por experiencia propia. Por lo tanto, sería de todo punto inútil escribirle a Gilbert Osmond, el cual le había encomendado que se lo dijese. Era su deseo que no se tratara del asunto durante unas semanas, y él mismo escribiría al señor Rosier cuando tuviera algo agradable que comunicarle.

-No le ha gustado que usted hablara con Pansy; ¡no le ha gustado absolutamente nada! -dijo madame Merle.

-Estoy dispuesto a facilitarle la ocasión para que me lo diga.

-Si lo hace, le dirá más cosas de las que le agradaría oír. Procure ir lo menos posible por la casa durante el ames próximo y deje el asunto en mis manos.

-¿Lo menos posible? ¿Quién va a medir la posibilidad?

-Yo, con su permiso. Vaya usted los jueves por la tarde, cuando todo el mundo, pero no a otras horas, y no se preocupe demasiado de Pansy. Yo me encargaré de que ella lo comprenda; por fortuna tiene un carácter tranquilo y sabrá tomar las cosas con calina.

Edward Rosier se preocupó mucho de Pansy, pero hizo lo que le habían aconsejado y no volvió al Palazzo Roccanera hasta el siguiente jueves por la tarde. Como a la hora (le comer había habido varios invitados, la concurrencia era todavía bastante numerosa. Copio de costumbre, Osmond estaba en el primer salón, cerca del fuego y mirando hacia la puerta; de suerte que, para no mostrarse deliberadamente descortés, Rosier no tuvo más remedio que acercarse a él y hablarle.

-Celebro que sea capaz de recoger una indirecta -dijo el padre (le Pansy entrecerrando los acerados y perspicaces ojos.

-No recojo indirectas. Lo que recogí fue un mensaje, o algo que interpreté como tal.

-¿Que recogió usted un mensaje? ¿Dónde lo recogió?

Le pareció a Rosier que aquello era un insulto y meditó hasta qué punto debía aguantar un enamorado fiel. Y contestó:

-Madame Merle me dio -o así lo interpreté- un mensaje de usted en el sentido de que usted declinaba darme la oportunidad que deseo, la ocasión de explicar-' le mis intenciones. Y se hizo la ilusión de haber hablado con bastante severidad.

-No entiendo qué tiene que ver madame Merle en este asunto. ¿Por qué se dirigió usted a ella?

-Lo hice tan sólo para pedirle su opinión, y nada más. Y, si lo hice, fue porque me pareció que le conoce a usted muy bien.

-Mucho menos de lo que ella se cree -dijo Osmond.

-Lo siento, porque me ha dado algún motivo de esperanza. Osmond contempló fijamente el fuego.

-Yo valoro en mucho a mi hija.

-No la valorará más que yo. ¿No se lo demuestro queriendo casarme con ella?

-Yo quiero casarla muy bien -replicó Osmond con una seca impertinencia que, en otra tesitura, sin duda habría admirado al pobre Rosier.

-Yo pretendo, desde luego, que al casarse conmigo ella se casaría muy bien. No podría casarse con un hombre que la amase más, ni a quien... me atrevería a decir, ella amase más.

-Yo no tengo por qué aceptar sus teorías acerca de a quién mi hija pueda amar-dijo Osmond con una sonrisa breve y fría.

-No se trata de teorías. Su hija ha hablado.

-Conmigo, no -continuó Osmond, inclinándose un tanto hacia adelante y mirándose las puntas de las botas.

-¡Tengo su promesa, señor! -exclamó Rosier con la acritud de la exasperación.

Como hasta entonces habían hablado en voz muy queda, la exclamación de Rosier despertó cierta atención entre la concurrencia. Osmond esperó, a que se desvaneciera aquel movimiento de curiosidad y luego dijo:

-Me parece que ella ya no recuerda haber hecho promesa alguna.

Ambos estaban de pie y de cara al fuego, pero pronunciadas estas palabras, el dueño de la casa se volvió nuevamente hacia el salón.

Antes de que Rosier tuviese tiempo de replicarle, observó que un caballero, un desconocido, acababa de entrar sin ser anunciado, según la costumbre romana, y venía a presentarse a su anfitrión. Este sonrió suavemente, pero un poco perdido. El visitante, de hermosas facciones y una barba rubia y poblada, era evidentemente un inglés.

-Al parecer, no me reconoce usted -dijo con una sonrisa que expresaba mucho más que la de Osmond.

-¡Ah, sí! Ahora caigo. Lo que menos me esperaba era verle por aquí; por eso no le reconocí.

Rosier se apartó y fue directamente en busca de Pansy. Como de costumbre, la buscó en el salón contiguo, pero de nuevo volvió a tropezarse en su camino con la señora Osmond. No la saludó siquiera, pues estaba tan indignado que sólo atinó a decirle bruscamente:

-Su marido tiene una sangre fría increíble.

Ella le dirigió la misma sonrisa mística que ya advirtiera él antes.

-No esperará que todos sean tan ardientes como usted.

-Yo no presumo de frío, pero estoy sereno. ¿Qué le ha hecho él a su hija?

-No tengo la menor idea.

-¿Es que no le interesa saberlo? -preguntó Rosier dándose cuenta de que también ella empezaba a irritarle.

Isabel de momento no le contestó; luego exclamó:

-¡No! -Pero en su mirada asomaba un brillo que contradecía de plano esa palabra.

-Perdóneme si no me lo creo. ¿Dónde está Pansy?

-En el fondo, preparando el té. Por favor, déjela donde está.

Rosier descubrió en el acto a su amiga, que los corrillos interpuestos le habían ocultado. La contempló un momento, pero ella estaba completamente absorta en su tarea.

-Pero, ¿qué es lo que le ha hecho ese hombre? -volvió a preguntar en tono implorante-. Acaba de decirme que ella ha renunciado a mí.

-No es cierto, no ha renunciado a usted -dijo Isabel en voz baja y sin mirarle de frente.

-¡Ah! Gracias por decírmelo. Ahora la dejaré tranquila todo el tiempo que usted quiera.

Apenas acababa de hablar cuando vio que Isabel cambiaba de color y reparó en que Osmond venía hacia ella acompañado por el caballero recién llegado. Y le pareció que este último, a pesar de su admirable prestancia y su clara desenvoltura social, estaba un poco azorado.

-Isabel -dijo el marido-, te traigo a un viejo amigo. A pesar de su sonrisa, la expresión de la señora Osmond no parecía más tranquila que la de su antiguo amigo.

-Me alegro mucho de ver a lord Warburton -dijo.

Rosier se apartó y, ahora que su conversación con ella había sido interrumpida, se consideró relevado de la pequeña promesa que acababa de hacer. Además, se le antojó que la señora Osmond no iba a fijarse en lo que él hiciera.

Para ser justos con él diremos que, en efecto, durante un rato Isabel dejó de observarle. Se había sobresaltado, y no sabía a ciencia cierta si sentía placer o dolor. En cambio lord Warburton, ahora que se veía frente a ella, estaba muy seguro de la sensación que a él le producía el encuentro, aunque sus ojos grises conservaban su hermosa y original propiedad de reflejar con sinceridad todo reconocimiento y toda declaración. Estaba mas «lleno» que antaño y parecía más viejo, pero ahí se encontraba, todo él solidez, todo él cordura.

-Supongo que no esperaba verme -dijo-. Acabo de llegar, como quien dice. Esta misma tarde he arribado a Roma, y ya ve que no he perdido tiempo en venir a presentarle mis respetos. Sabía que los jueves recibía usted en casa.

-Ya ves que la fama de tus jueves ha llegado hasta Inglaterra -hizo observar Osmond a su esposa.

-Es muy amable por parte de lord Warburton venir tan pronto a vernos. Nos sentimos muy honrados -dijo Isabel.

-Bueno, siempre es mejor que quedarse en una de esas horribles hosterías -comentó Osmond.

-El hotel parece muy bueno. Creo que es el mismo donde lo vi a usted hace cuatro años. Recordará que nos conocimos aquí en Roma, ¡cuánto hace ya de eso! ¿Se acuerda de dónde me despedí de usted? -preguntó su señoría a su anfitriona-. Fue en el Capitol, en el primer salón.

-También yo me acuerdo -dijo Osmond-. Yo andaba por allí.

-En efecto, lo recuerdo. Sentí muchísimo marcharme de Roma entonces... tanto que, no sé por qué, guardo un recuerdo casi triste y hasta ahora no he tenido ganas de volver. -Y, dirigiéndose a Isabel, continuó-: Sabía que vivía usted aquí y le aseguro que la he recordado muchas veces. Debe de ser muy agradable vivir aquí-agregó con una ojeada circular a aquel hogar de ella, una mirada en la que ella podía haber vislumbrado al pálido fantasma de su antigua tristeza.

-Nos habría alegrado verle en cualquier momento -señaló Osmond con urbanidad.

-Muy agradecido. Desde entonces no he abandonado Inglaterra. Hasta hace cosa de un mes creí que mis viajes se habían acabado para siempre.

-He sabido de usted de tiempo en tiempo -dijo Isabel, que ya, con su rara capacidad para las proezas interiores, había calibrado lo que significaba para ella volver a verle.

-Supongo que no habrá oído nada malo. Mi vida ha sido un paréntesis total.

-Como los buenos reinados de la historia -apuntó Osmond. Pareció dar por terminados sus deberes de anfitrión... convencido de que los había llevado a cabo a conciencia. No cabía nada más propio, más ajustado, que su cortesía con el viejo amigo de su esposa. Era etiquetera, explícita, cualquier cosa menos natural... deficiencia que el mismo lord Warburton, que por lo general era bastante natural en sus actos, debió de haber advertido. Osmond añadió-: Y ahora, con su permiso, le dejo a solas con la señora Osmond. Ustedes dos tienen recuerdos en los que yo no participo.

-¡Me temo que sea mucho lo que se pierde! -le despidió lord Warburton según se alejaba, en un tono que acaso traicionaba un exceso de agradecimiento por aquella generosidad. Luego el visitante se volvió a Isabel y la contempló con una honda consciencia en la mirada, que paulatinamente se hizo más seria-. Me alegro infinito de volver a verla.

-Me complace. Es usted muy amable.

-¿Sabe usted que está un poquito cambiada?

Ella dudó un instante y dijo:

-No un poquito; mucho.

-No quiero decir que para peor, por supuesto. Y, sin embargo, ¿como le voy a decir que para mejor?

-Creo que yo no tendría escrúpulo en decirle eso a usted.

-¡Ah! Bueno, yo... ha pasado mucho tiempo. Sería una lástima que no se me notara en nada.

Tomaron asiento, y ella le preguntó por sus hermanas, junto con otras interrogaciones de rigor. El respondía a sus preguntas como si le interesasen, y ella no tardó en ver, o creyó ver, que su señoría no iba a presionarla con la fuerza de antaño. El tiempo había soplado sobre el fuego del corazón de lord Warburton y, sin llegar a helarlo, le había proporcionado la sensación reparadora de haber tomado el aire. Isabel sintió crecer de golpe su estima acostumbrada por el Tiempo. La actitud de su amigo era sin duda la de un hombre contento, que quisiera que los demás, al menos ella, le vieran como tal.

-Hay una cosa que quiero decirle sin más demora -dijo el caballero-. He traído conmigo a Ralph Touchett.

-¿Que lo ha traído con usted? -La sorpresa de Isabel fue extraordinaria.

-Sí. Está en el hotel. Estaba demasiado cansado para salir y se ha metido en la cama.

-Pues iré yo a verle inmediatamente -dijo ella.

-Eso es lo que yo esperaba que hiciese. Tenía la idea de que desde su matrimonio le había visto usted muy poco... de que las relaciones entre ustedes eran... algo distantes. Por eso he titubeado... como corresponde a un torpe británico.

-Yo sigo teniéndole a Ralph el mismo cariño de siempre -contestó Isabel-. Pero ¿por qué ha venido a Roma? -Su declaración fue muy dulce; su pregunta, un tanto brusca.

-Pues porque-está muy enfermo, señora Osmond.

-Pero Roma no es el sitio indicado para él. Él mismo me comunicó que había decidido abandonar su costumbre de invernar en el extranjero y que pensaba permanecer en Inglaterra, sin salir de casa, en lo que él llama un clima artificial.

-Al pobre no le sienta bien lo artificial. Hace tres semanas fui a verle a Gardencourt y lo encontré muy mal. Ha ido empeorando de año en año, y ya no le quedan fuerzas. Ya ni siquiera fuma. Es verdad que se ha creado un clima artificial; en la casa hacía tanto calor como en la misma Calcuta. Sin embargo, se le había metido en la cabeza irse a Sicilia. Yo no lo creí conveniente..., ni tampoco los médicos, ni ninguno de sus amigos. Ya sabrá usted que su madre está en América, de manera que no había nadie que le parase los pies. Estaba empeñado en que lo único que podía salvarle era pasar el invierno en Catania. Decía que se llevaría consigo muebles y servidumbre, todo lo preciso para estar cómodo, pero lo cierto es que no ha traído nada de eso. Yo quería que, por lo menos, hiciera el viaje por mar para que no se fatigara, pero me dijo que detestaba el mar y quería detenerse en Roma. Visto lo cual, y a pesar de que todo el asunto me parecía una insensatez, me decidí a venir con él. De modo que estoy haciendo de... ¿cómo dicen ustedes en América?... de una especie de moderador. El pobre Ralph está ya muy moderado. Hace dos semanas que partimos de Inglaterra y ha estado muy enfermo durante todo el viaje. No puede entrar en calor y, cuanto más hacia el Sur vamos yendo, más frío va sintiendo él. Aunque le acompaña un criado bastante eficiente, temo que no tenga ya remedio. Yo quería que se trajera a alguien competente, es decir, algún médico joven y despierto, pero no quiso ni oír hablar del asunto. No lo tome usted a mal, pero creo que la señora Touchett no ha podido escoger peor momento para irse a América.

Isabel le había escuchado ávidamente; su semblante reflejaba dolor y asombro.

-Mi tía tiene sus fechas fijas para irse, y nada es capaz de detenerla. Cuando llega el día se pone en marcha, suceda lo que suceda; yo creo que lo mismo habría partido aunque Ralph se estuviera muriendo.

-A veces yo también pienso que sí se está muriendo -contestó lord Warburton.

Isabel se levantó como movida por un resorte.

-Iré a verle ahora mismo.

Lord Warburton la contuvo. Estaba un poco desconcertado por el rápido efecto de sus palabras.

-No he querido decir que fuera ésta mi impresión de esta noche. Al contrario, hoy, en el tren, parecía hallarse mucho mejor. El pensar que estábamos llegando a Roma -ya sabe usted cómo le gusta esta ciudad- le daba nuevas fuerzas. Hace una hora, cuando le di las buenas noches, me dijo que se sentía muy cansado, pero muy dichoso. Vaya usted a verle mañana por la mañana, no pretendo más. Al separarnos, no le dije que iba a venir aquí. Luego recordé que, según me había dicho, usted recibía los jueves, y se me ocurrió venir y decirle a usted que está aquí, y advertirle que no espere a que él venga a visitarla. Creo que me dijo no le había escrito a usted.

No era necesario que Isabel se declarase dispuesta a actuar de acuerdo con la información que Warburton le daba; allí sentada, parecía un ser alado al que se le impide echarse a volar.

-Además, yo también quería verla -añadió su visitante con galantería.

-No comprendo el plan de Ralph. Me parece una locura. Me tranquilizaba imaginarlo entre los muros de Gardencourt.

-El pobre estaba allí completamente solo, sin más compañía que la de sus gruesas paredes.

-Fue usted muy bueno al ir a verle.

-Bueno, no tenía nada que hacer.

-Al contrario, oímos decir que está usted haciendo grandes cosas. Todo el mundo habla de usted como de un gran estadista y su nombre aparece constantemente en las columnas del Times, donde por cierto no parece que lo quieran mucho. Por lo visto, sigue usted siendo el mismo radical feroz.

-Yo no me siento tan feroz; ya sabe que el mundo me va dando la razón. Durante todo el camino, desde Londres, Touchett y yo venimos sosteniendo una especie de debate parlamentario. Yo le digo que es el último de los tories y él me llama «el rey de los godos»... porque dice que hasta en el último detalle de mi apariencia personal se adivina la marca de la barbarie. Ya ve usted que todavía conserva los ánimos.

Isabel tenía muchas preguntas que hacerle acerca de Ralph, pero se abstuvo; ya se enteraría por sí misma a la mañana siguiente. Se daba cuenta de que, al cabo de un rato, lord Warburton se cansaría de hablar de ese asunto; y tenía otros posibles temas de conversación. Cada vez se sentía más capaz de decirse a sí misma que su señoría se había recobrado y... cosa aún más importante... de decírselo sin amargura. Tiempo atrás lord Warburton había sido para ella la imagen viviente del apremio, de la insistencia, de una fuerza con la que era preciso luchar y razonar; y al principio su aparición la había amenazado con nuevas complicaciones. Pero ahora se sentía completamente tranquila, pues veía que sólo quería estar en buenas relaciones con ella, que le daba a entender que la había ya perdonado y que nunca tendría el mal gusto de hacer alusiones intencionadas. Por supuesto, no era aquello una forma de vengarse; no albergaba ella la sospecha de que quisiese castigarla mostrando su desengaño, y fue justa con él al creer que se le había ocurrido que a ella le agradaría saber que estaba resignado. Era la resignación de un temperamento sano y varonil, en el que las heridas sentimentales no llegarían nunca a enconarse. La política inglesa le había curado, como ella había pensado que ocurriría. Y pensó con envidia en la suerte de los hombres, que siempre pueden zambullirse en las aguas curativas de la acción. Lord Warburton hablaba, como no, del pasado, pero sin segundas; incluso llegó a aludir a su anterior encuentro en Roma como a un episodio feliz. Y le dijo que le había interesado mucho la noticia de su matrimonio y que le resultaba un gran placer conocer al señor Osmond... ya que no podía decirse que lo hubiera conocido en aquella otra ocasión. No había escrito a Isabel por la época de aquel pasaje de su vida, pero no le pidió disculpas por ello. Lo único que se traslucía de su

actitud era que eran viejos amigos, amigos íntimos. Muy de amigo íntimo fue el tono con el que le dijo de súbito, después de una breve pausa que llenó con su sonrisa mientras miraba a su alrededor como el que se entretiene, en una reunión provinciana, con un juego de adivinanzas...

-Bien, supongo que ahora será usted dichosa... y todo lo que suele decirse.

Isabel respondió con una carcajada: su entonación le había hecho tanta gracia como un acento de comedia.

-¿Se imagina que, si no lo fuera, se lo iba a decir?

-Pues no lo sé. No veo por qué no.

-Pues, sí, se lo diré. Afortunadamente, soy feliz.

-Tienen ustedes una casa espléndida.

-Cierto, es muy agradable. Pero el mérito no es mío, sino de mi marido.

-¿Quiere decir que la ha puesto él?

-Sólo él. Cuando llegamos no valía nada.

-Debe de ser un hombre de talento.

-Es un genio para las tapicerías -dijo Isabel.

-Ahora se ha puesto de moda ese tipo de cosas -observó lord Warburton-. Pero usted tendrá su propio gusto.

-Soy capaz de disfrutar de las cosas cuando las veo ya instaladas, pero no tengo ideas. Nunca se me ocurre proponer nada.

-O sea, que acepta lo que otros proponen.

-De muy buen grado, casi siempre.

-Me alegro de saberlo. Yo le propondré algo.

-Será muy amable por su parte. De todos modos, debo confesar que para algunas cosas pequeñas tengo cierta iniciativa. Por ejemplo, me gustaría presentarle a algunas de estas personas.

-No, por favor, no lo haga. Prefiero seguir aquí sentado. A menos que quiera presentarme a esa señorita de azul; tiene una expresión encantadora.

-¿La que está hablando con ese joven rubicundo? Es la hija de mi marido.

-¡Dichoso él! ¡Qué criatura tan encantadora!

-Venga a conocerla.

-Dentro de un instante, por favor. Me gusta contemplarla desde aquí. -Pero pronto dejó de mirarla, sus ojos volvían constantemente a la señora Osmond-. ¿Sabe usted que me equivocaba hace un momento al decirle que ha cambiado? -prosiguió al fin-. Después de todo, me parece usted la misma.

-Sin embargo, a mí me parece un gran cambio estar casada -dijo Isabel con suave jovialidad.

-A casi todo el mundo le afecta más de lo que la ha afectado a usted. Ya ve, yo no me he decidido.

-Y no deja de sorprenderme.

-Debería usted comprenderlo, señora Osmond. Pero es verdad que quiero casarme -añadió con mayor sencillez.

-Debería serle fácil -dijo Isabel levantándose. Pero en el acto pensó, con pena tal vez harto visible, que ella no era la persona más indicada para decir semejante cosa. Y, como quizás adivinó ese dolor, lord Warburton se abstuvo de recordarle que, en su momento, ella no había contribuido precisamente a esta facilidad.

Edward Rosier se había sentado entretanto en una otomana junto a la mesa donde Pansy hacía el té. Al principio simuló querer hablar de naderías y ella le preguntó quién era el caballero desconocido que conversaba con su madrastra.

-Es un lord inglés. No sé más dije Roser.

-Puede que quiera tomar una taza de té. A los ingleses les gusta mucho el té.

-No se preocupe de eso. Tengo algo muy importante que decirle.

-No hable tan alto, todo el mundo le va a oír -dijo Pansy.

-Seguro que no oirán nada si continúa usted con ese gesto como si su única preocupación en la vida fuera que el calentador llegara a hervir.

-Acaban de llenarlo, los criados no saben nunca su obligación -dijo la jovencita con un hondo suspiro, como abrumada por el enorme peso de su responsabilidad.

-¿Sabe lo que me acaba de decir su padre? Que no decía usted en serio lo que me dijo la semana pasada.

-Yo no hablo siempre en serio. ¿Qué muchacha joven puede hacer semejante cosa? Pero con usted habló en serio.

-Él dice que usted ya me ha olvidado.

-Eso sí que no, yo no olvido tan fácilmente -dijo Pansy mostrando sus bonitos dientes en una sonrisa fija.

-Entonces, ¿todo sigue exactamente igual?

-¡Ah! No, ni mucho menos. Papá ha estado muy severo conmigo.

-¿Qué le ha hecho a usted?

-Me ha preguntado qué me había dicho usted y yo se lo he contado todo. Me ha prohibido que me case con usted.

-Pero de eso no hay que hacer caso.

-Ah, sí. Tengo que hacerlo. No puedo desobedecer a papá.

-¿Ni siquiera por alguien que la quiere como yo, y a quien usted dice querer?

La jovencita levantó la tapa del recipiente y atisbo en su interior. Después dejó caer seis palabras en sus aromáticas profundidades.

-Yo le quiero a usted igual.

-¿Y eso de qué me va a servir?

-Ah, no lo sé -dijo Pansy alzando su mirada dulce e inocente.

-Me decepciona usted -gimió el pobre Rosier. Calló ella un instante, y dio una taza de té al criado diciendo por lo bajo:

-Por favor, no siga hablando.

-¿Con esto debo darme por satisfecho?

-Papá ha dicho que no debo hablar con usted.

-¿Y usted me sacrifica de esa manera? ¡Vamos, esto es demasiado!

-Debe esperar un poco -dijo la joven, en voz apenas lo bastante perceptible para que se advirtiera un temblor.

-Si me diera alguna esperanza, claro que esperaría. Pero me quita usted la vida.

-Nunca renunciaré a usted... ¡eso no! -siguió diciendo Pansy.

-Pero él tratará de que se case con otro.

-Yo no haré nunca semejante cosa.

-¿A qué esperamos, entonces?

La joven titubeó nuevamente.

-Yo hablaré con la señora Osmond y ella nos ayudará. -Era así como casi siempre llamaba a su madrastra.

-No nos ayudará gran cosa, porque tiene miedo.

-¿Miedo, de qué?

-De su padre, supongo.

Pansy meneó la cabecita en señal de negación.

-Ella no tiene miedo de nada. Tenemos que tener paciencia.

-¡Ah, qué palabra tan horrible! -gimió Rosier, profundamente desconcertado.

Olvidándose de las regías de la buena sociedad, sepultó la cabeza entre las manos y, sosteniéndola con elegante melancolía, se quedó mirando fijamente a la alfombra. Al rato notó mucho movimiento a su alrededor y, al alzar los ojos, vio que Pansy saludaba con una reverencia -la pequeña reverencia aprendida en el convento- al lord inglés a quien su madrastra la estaba presentando.

39

Al lector reflexivo no le sorprenderá demasiado el hecho de que Ralph Touchett hubiese visto mucho menos a su prima después de su boda de lo que solía verla antes de tal acontecimiento... acontecimiento que a sus ojos revestía un carácter que difícilmente confirmaba la intimidad entre ellos dos. Como ya sabemos, había formulado su pensamiento y luego había callado, toda vez que ella no le había invitado a reanudar una discusión que había marcado un hito en sus relaciones. Esa discusión había instaurado una diferencia -diferencia que él temía más que esperaba-. No había enfriado el celo de la joven por llevar adelante su compromiso, y sí había estado a punto de echar a pique una gran amistad. Jamás se volvió a aludir entre ellos a lo que Ralph opinaba acerca de Gilbert Osmond, de modo que, rodeando ese tema de un silencio sagrado, lograron ambos conservar una apariencia de recíproca franqueza. Pero había una diferencia, como Ralph acostumbraba a decirse en sus soliloquios... había una diferencia. Y era que ella no le había perdonado, que no le perdonaría jamás... y eso era todo lo que él había ganado. Isabel creía haberle perdonado, creía no dar importancia al asunto, y se sentía a la vez generosa y ufana de que tales convicciones representaran una cierta realidad. Pero, aun en el caso de que el tiempo llegara a darle la razón a Ralph Touchett, lo cierto era que él la había agraviado, y ese agravio era de los que las mujeres olvidan rara vez. En su calidad de esposa de Osmond ella no podía volver a ser su amiga. Si en esa condición llegaba a gozar de la dicha que esperaba, entonces no experimentaría sino desprecio por el hombre que de antemano había querido socavar semejante dicha; y, si, por el contrarío, la advertencia de Ralph resultaba justificada, la promesa que ella se hiciera a sí misma de que él jamás lo sabría sería una carga tan pesada sobre su ánimo que la obligaría a odiarlo. Así de fúnebre había sido, durante el año que siguió a la boda de su prima, la previsión del futuro que Ralph se hacía; y si sus meditaciones nos parecen mórbidas, preciso es recordar que su salud no era floreciente. Ralph se consoló como Dios le dio a entender, y obrando (como se lo había propuesto) con hidalguía, estuvo presente en la ceremonia que unió a Isabel en matrimonio con Osmond, la cual tuvo lugar en Florencia durante el mes de junio. Su madre le había dicho que Isabel pensó en un principio celebrar la boda en su país natal, pero, como lo que más le interesaba era la sencillez del acto, acabó por resolver, a pesar de las declaraciones de Osmond de estar dispuesto a viajar adonde hiciera falta, que lo que mejor encarnaba ese principio era casarse ante el clérigo más próximo y en el tiempo más breve. Así pues, la ceremonia tuvo lugar en la pequeña capilla americana, en un día tremendamente caluroso y con la única presencia de la señora Touchett y de su hijo, de la condesa Gemini y Pansy. Esa sencillez de actuación que acabo de referir fue en parte resultado de la ausencia de dos personas que habrían podido asistir al acto y lo hubieran sin duda realzado. Madame Merle había sido invitada, pero, al no poder abandonar Roma, escribió una deliciosa carta de excusas. Henrietta Stackpole, en cambio, no había sido invitada, pues su partida de América, que el señor Goodwood anunciara a Isabel, se había visto frustrada por deberes de su profesión; pero había enviado una carta, menos gentil que la

de madame Merle, haciendo saber que, si le hubiese sido posible cruzar el océano, habría asistido a la boda, no sólo en calidad de testigo sino también en la de crítico. Su vuelta a Europa se produjo algo más tarde, y durante el otoño tuvo un encuentro con Isabel en París, en cuya ocasión dio rienda suelta, acaso con excesiva libertad, a su ingenio crítico.

El pobre Osmond, que constituía el objeto de tan acerbas censuras, había protestado con tanta viveza que Henrietta tuvo que comunicar a Isabel que el paso que ésta había dado era una barrera alzada entre las dos. «No se trata de que te hayas casado, sino de que te hayas casado con él», se creyó Henrietta en el deber de declarar; en lo cual, sin ella sospecharlo, venía a estar de acuerdo con Ralph Touchett, aunque sin las vacilaciones y los arrepentimientos de éste.

De todos modos, la segunda visita de Henrietta a Europa no había sido en vano, pues en el preciso momento en que Osmond declaraba ante Isabel que no podía por menos de poner reparos a la periodista, y en que Isabel replicaba que era demasiado duro con ella, había entrado de pronto en escena el bueno del señor Bantling proponiendo un viaje a España. Las crónicas de Henrietta desde España resultarían ser las más celebradas de cuantas publicara hasta entonces, sobre todo una, enviada desde la Alhambra de Granada y titulada «Los moros y la luna», que en la opinión general quedó como su obra maestra. Isabel se había llevado una secreta decepción al ver que su marido no sabía optar por el sencillo recurso de tomarse a broma a la pobre chica. Y llegó a preguntarse si su sentido de la diversión, o de lo divertido –que sería su sentido del humor, ¿no?- no sería acaso deficiente. Huelga decir que, por su parte, Isabel contemplaba la cuestión como persona en cuya actual felicidad no podía hacer mella la conciencia ofendida de Henrietta Stackpole.

Osmond había considerado la alianza entre ellas algo así como una terrible monstruosidad, y no le cabía en la cabeza que pudiesen tener nada de común. A sus ojos, la compañera turística del señor Bantling era la mujer más vulgar del mundo, y a esa calificación había añadido otra: la de que era de costumbres muy relajadas. Isabel protestó contra la última cláusula del veredicto con un ardor que le hizo asombrarse, una vez más, de lo extraños que eran algunos gustos de su esposa. Isabel no tenía otra explicación del caso que la de que le gustaba conocer a personas lo más diferentes posible de sí misma. «Entonces ¿por qué no haces amistad con tu lavandera?», había inquirido su marido. Isabel le contestó que temía que su lavandera no la quisiera. Henrietta sí la quería, y mucho.

Ralph no la había visto durante los dos años siguientes a su matrimonio. El invierno que marcó el comienzo de la residencia de ella en Roma lo pasó él nuevamente en San Remo, donde en la primavera se unió su madre; después marchó con él a Inglaterra, a ver qué hacían en el banco.... operación que ella no había conseguido inducirle a realizar.

Ralph había alquilado una casa en San Remo, una pequeña villa que siguió habitando otro invierno más, pero a fines de abril de ese segundo año fue a Roma. Era la primera vez desde la boda de Isabel que se encontraba frente a frente con ella, y su deseo de volver a verla se había hecho agudísimo. Isabel había seguido su costumbre de escribirle de vez en cuando, mas sus cartas no le decían nada de lo que deseaba saber. Había preguntado a su madre qué hacía Isabel con su vida, y su madre se limitó a contestarle que suponía que estaba sacándole el f mejor partido posible. La imaginación de la señora Touchett no era de las que se comunican con lo invisible, y ahora no presumía de intimidad con su sobrina, a la que rara vez veía. Esta joven daba la impresión de llevar una existencia harto honorable, si bien la señora Touchett seguía opinando que ese matrimonio había sido un desastre. Tampoco le resultaba agradable pensar en la situación de Isabel, que consideraba lamentable. De vez en cuando, en Florencia, se topaba con la condesa Gemini, y hacía todo lo posible por reducir al mínimo el contacto, pero, por su parte, la condesa le recordaba a Osmond, lo que la llevaba a pensar en Isabel. Era cierto que en los últimos tiempos se hablaba menos de la condesa, pero eso le daba mala espina a la señora Touchett; sólo venía a demostrar lo mucho que antes se

había hablado de ella. Había sugerencias más directas de Isabel en la persona ' de madame Merle, pero las relaciones de ésta con Lydia Touchett habían sufrido un sensible cambio. La tía de Isabel le había dicho, sin rodeos, que había desempeñado un papel demasiado ingenioso en el asunto de la boda de la sobrina; y madame Merle, que jamás reñía con nadie, pues al parecer no consideraba que nadie lo valiera, y que había realizado el milagro de vivir varios años con la señora Touchett sin mostrar señales de irritación... madame Merle adoptó entonces un tono muy altanero y proclamó que aquélla era una acusación que no iba a rebajarse a rebatir. Y añadió, no obstante (sin rebajarse), que en todo caso su comportamiento había sido demasiado simple, puesto que se había limitado a creer lo que veía, o sea que Isabel no mostraba impaciencia alguna por casarse ni Osmond por agradar (a pesar de sus reiteradas visitas, que nada suponían, a no ser que el pobre se moría de aburrimiento en lo alto de su colina y la visitaba tan sólo por entretenerse). Isabel había guardado sus sentimientos para sí misma, pero el viaje a Grecia y a Egipto había sido una cortina de humo para su compañera. Madame Merle aceptó el evento... no tenía por qué parecerle escandaloso. Pero el que ella hubiese tenido parte alguna, doble o sencilla, era una imputación que rechazaba con orgullo. Debido sin duda a esa actitud de la señora Touchett y a la ofensa que entrañaba para las costumbres consagradas por tantas y tan gratas temporadas, madame Merle decidió pasar muchos meses seguidos en Inglaterra, donde su prestigio continuaba incólume. La señora Touchett la había ofendido, y hay cosas que no se pueden perdonar. Sin embargo, madame Merle sufría en silencio; siempre había algo de exquisito en su austera dignidad.

Como ya he dicho, Ralph había querido ver la verdad por sí mismo, pero al intentarlo había vuelto a percatarse de lo necio que había sido al poner en guardia a su prima. Había jugado la carta equivocada, y ahora tenía perdida la partida. Ya no iba a ver ni a saber nada, pues ella llevaría siempre una máscara para él. El acierto habría consistido en mostrarse encantado con la boda, y así después, cuando, como Ralph decía, la cosa hiciera agua, ella podría haberse dado el gusto de decirle que había sido un necio. De buena gana hubiera él pasado por mentecato con tal de conocer la verdadera situación de Isabel. Ahora, en cambio, ella no le reprochaba sus falacias, ni tampoco presumía de haber acertado al depositar su propia confianza. Si llevaba una máscara, era de las que cubrían por completo el rostro. La serenidad que en su semblante se pintaba era algo fijo y mecánico; no era una expresión, se decía Ralph, sino una representación, incluso una especie de anuncio. Isabel había perdido a su hijo, lo cual era un motivo de dolor, un dolor del que apenas hablaba; había más cosas que decir respecto de las que ella podía decirle a Ralph. Además, eso pertenecía al pasado, había ocurrido seis meses atrás, y ella se había quitado ya la ropa de luto. Al parecer, ella llevaba una vida mundana. Ralph oyó decir que su posición social era «extraordinaria». Por su parte, él observó que su prima producía la impresión de ser peculiarmente digna de envidia, incluso que suponía un gran privilegio llegar a conocerla. En efecto, su casa no se abría a todo e! mundo y tenía cada semana una tarde de recibo a la que no invitaba así como así. Vivía Isabel con cierta magnificencia, pero había que ser miembro de su círculo para advertirlo, pues en la vida ordinaria del señor Osmond y de su esposa no había nada que mirar boquiabierto, nada que criticar, nada siquiera que admirar. Ralph reconocía en todo ello la mano del maestro, pues sabía que Isabel no tenía la facultad de producir unas impresiones estudiadas. Le pareció que su prima mostraba una gran afición al movimiento, a la alegría, al trasnoche, a las largas correrías a caballo, a la fatiga; un anhelo insaciable de entretenerse, de interesarse, incluso de aburrirse, de entablar conocimientos, de ver a gente nombrada y de explorar los alrededores de Roma, de entrar en relación con algunas de las reliquias más fosilizadas de su vieja sociedad. En todo eso había mucha menos selección que en aquel deseo de una madurez que todo lo abarcara, aquel deseo que tantas veces había servido para Ralph de blanco de su ingenio. En algunos de los impulsos de Isabel había una especie de violencia, en algunos de sus experimentos había cierta tosquedad, que a Ralph le causaron honda sorpresa; y hasta le

pareció que ella hablaba más deprisa, se movía más deprisa, incluso comía más deprisa que antes de casarse. Era indudable que Isabel había incurrido en exageraciones..., ella, a la que antes tanto preocupaba la verdad, y, si en otro tiempo hallaba un verdadero deleite en la polémica bienhumorada, en el juego del intelecto (nunca parecía tan encantadora como cuando, en el calor de la discusión, recibía un tremendo golpe espiritual en pleno rostro, golpe que ella se apartaba como si fuera una pluma), ahora diríase que todo le daba igual y que no atribuía importancia ni a estar de acuerdo con los demás ni a disentir de ellos. Si antes había sido curiosa, parecía ahora indiferente, y, sin embargo, a pesar de su indiferencia, su actividad resultaba mayor que nunca. Delgada siempre, aunque más seductora que antes, no presentaba un aspecto más maduro, pero había en su arreglo personal un cuidado y un esplendor que ponían en su belleza un toque de insolencia. Pobre Isabel, de corazón tan humano ¿qué extraña perversidad la había picado? Se diría que su paso leve arrastraba en pos de sí metros y metros de tela, que su inteligente cabeza sostenía una majestuosa diadema. Aquella muchacha libre y vehemente se había trocado en una persona muy distinta; y lo que veía él era la dama elegante que, al parecer, representaba algo. ¿Y qué era lo que Isabel representaba?, se preguntó Ralph, y lo único que se le ocurrió responderse fue que representaba a Gilbert Osmond. «¡Dios santo, qué papel!», exclamó apenado. Estaba sumido en el asombro ante el misterio insondable de las cosas.

Como acabo de decir, notaba la mano de Osmond, la reconocía a cada paso. Veía cómo aquel hombre lo contenía todo dentro de ciertos límites, cómo ajustaba, regulaba y animaba el modo de vivir de los dos. Osmond se hallaba en su elemento; por fin tenía material con que trabajar. Poseía buena vista para los efectos, y esos efectos eran siempre minuciosamente calculados. No los producía por medios vulgares, pero el motivo solía ser tan vulgar como grande era el arte. Rodear el interior de su casa con una especie de aureola de odiosa santidad, atormentar a la sociedad con un sentimiento de exclusión, hacer creer que su mansión era distinta de todas las demás, prestar al rostro que ofrecía al mundo una fría originalidad... en eso consistía el ingenioso esfuerzo del individuo a quien Isabel había atribuido una moral superior. «Indudablemente ese hombre trabaja con un material superior -se decía Ralph-; es una abundancia, una opulencia comparado con sus anteriores recursos». Ralph era un hombre perspicaz, pero nunca lo había sido tanto, a su propio juicio, como cuando observó, para su coleto, que, aunque aparentaba interesarse sólo por los valores intrínsecos, Osmond vivía exclusivamente para el mundo. Lejos de ser el dueño del mundo, como pretendía ser, era su humilde siervo, cifrando la medida de su éxito en el grado de atención que el mundo le concedía. Vivía atento a él de la mañana a la noche, y el mundo era tan necio que no se daba cuenta del truco. Todo, absolutamente todo lo que hacía era pura pose... una pose tan perfectamente estudiada que había que estar ojo avizor para no tomarla por impulso. Ralph no se había tropezado jamás con un hombre que viviera hasta tal punto en el país de la consideración. Sus gustos, sus estudios, sus logros, sus colecciones, todo era intencionado. Su vida en lo alto de la colina de Florencia había sido una actitud consciente durante años y años. Su soledad, su aburrimiento, su amor por su hijita, sus modales corteses, sus modales descorteses, eran otros tantos elementos de una imagen mental que tenía siempre ante los ojos como un modelo de mistificación e impertinencia. Su ambición no consistía en complacer, al mundo, sino a sí mismo, excitando la curiosidad de los demás para luego negarse a satisfacerla. Siempre le había hecho sentirse importante conseguir embaucar al mundo. Lo que en toda su vida había hecho más directamente por darse gusto a sí mismo era casarse con la señorita Archer, si bien en ese caso el mundo crédulo estaba encarnado por la pobre Isabel, que se había dejado embaucar hasta el fondo.

Ralph, desde luego, se encontraba más a gusto siendo coherente. Había abrazado un credo y, como por él había sufrido, no podía apostatar honrosamente. Doy ese ligero esbozo de los artículos de su credo por lo que a la sazón pudieran valer. Indudablemente era en

extremo habilidoso para adaptar los hechos a su teoría... incluso el hecho de que, durante el mes que en aquel entonces pasó en Roma, el marido de la mujer a quien amaba parecía no considerarle en absoluto un enemigo.

Para Gilbert Osmond, Ralph no tenía ahora importancia. No era que tuviese la importancia de un amigo, sino que no tenía importancia de ninguna clase. Era el primo de Isabel y estaba enfermo de un modo más bien desagradable... ésa era la base sobre la cual Osmond le trató. Hizo las inquisiciones de rigor, le preguntó por su salud, por la señora Touchett, su opinión sobre los climas de invierno, si estaba cómodo en su hotel. En las contadas ocasiones en que se vieron no le dirigió ni una sola palabra que no fuera necesaria, pero sus modales mostraron siempre la cortesía propia del éxito consciente ante el fracaso también consciente. Pese a todo lo cual Ralph tuvo, ya hacia el final, ¡a aguda impresión íntima de que Osmond daba pocas facilidades a su esposa para que siguiera recibiendo al señor Touchett. No era que estuviese celoso... tenía esa excusa, pues nadie podía estar celoso de Ralph, pero hacía pagar a Isabel su cariño de antaño, del que todavía quedaba tanto. Y como Ralph no quería que Isabel pagase demasiado, una vez que su sospecha se hizo aguda, se quitó de en medio. Con ello privó a Isabel de una ocupación interesante, que era la de averiguar por qué admirable principio su primo se mantenía en vida. Isabel había decidido que no era otro que el de su amor a la conversación, que ahora era más brillante que nunca. Ralph había abandonado sus paseos, no era el caminante divertido de antaño. Permanecía sentado todo el santo día en un sillón... casi cualquier asiento servía, y dependía tanto de lo que uno pudiera hacer por él que, de no haber sido su conversación altamente contemplativa, cualquiera habría pensado que estaba ciego. El lector ya sabe acerca de él mucho más de lo que Isabel llegaría a saber nunca, y por lo tanto puede proporcionársele la clave de semejante misterio. Lo que mantenía en vida a Ralph era sencillamente el hecho de que todavía no había visto bastante de la persona que más le interesaba en el mundo; todavía no se sentía satisfecho. Aún faltaban cosas, no podía hacerse a la idea de perdérselas. Quería ver lo que Isabel hacía con su marido... o lo que su marido hacía con ella. Eso constituía sólo el primer acto de la obra, y estaba decidido a quedarse hasta el final de la representación. Su determinación había resistido; le había mantenido en pie durante dieciocho meses más, hasta su regreso a Roma con lord Warburton. Le había dado, de hecho, una apariencia tal de querer vivir indefinidamente que la señora Touchett, aunque más proclive que nunca a toda suerte de confusiones mentales respecto a aquel extraño, poco remunerador y poco remunerado hijo, no había tenido escrúpulos, como ya hemos sabido, en embarcarse para tierras lejanas. Si a Ralph le había mantenido en vida la incertidumbre, fue con muy parecida emoción -la excitación de pensar en qué estado habría de encontrarle- como Isabel subió a las habitaciones de su primo al día siguiente de que lord Warburton le comunicara la llegada de éste a Roma.

Pasó una hora con él; fue la primera de varias visitas. Gilbert Osmond fue a verle puntualmente, y el propio Ralph, como se enviara el coche a buscarle, acudió más de una vez al Palazzo Roccanera. Al cabo de dos semanas, Ralph anunció a su amigo lord Warburton que ya no pensaba ir a Sicilia. Los dos habían cenado juntos después de una jornada que el último había pasado vagando por la campiña romana. Se habían levantado de la mesa, y lord Warburton, delante de la chimenea, estaba encendiendo un cigarro que enseguida apartó de sus labios.

-Cómo, ¿ya no piensas ir a Sicilia? -preguntó-. ¿Adonde quieres ir, entonces?

-Me parece que no voy a ir a ninguna parte -dijo Ralph desde el sofá sin la menor vergüenza.

-Qué piensas entonces, ¿regresar a Inglaterra?

-Oh, nada de eso, amigo mío: quedarme tranquilamente en Roma.

-Pero no va a sentarte bien. Roma no es un sitio bastante cálido.

-Pues tendrá que convenirme. Yo haré que me convenga. Tú mismo puedes ver lo bien que me ha sentado.

Lord Warburton se le quedó mirando, dando chupadas al cigarro y como si intentara comprender.

-Estás mejor que durante el viaje, es cierto. Todavía me pregunto cómo has podido aguantarlo. Pero la verdad, yo no entiendo de tu estado. Te recomiendo que intentes ir a Sicilia.

-No puedo intentarlo -dijo el pobre Ralph-. Ya no puedo seguir intentando. No soy capaz de continuar. No puedo arriesgarme a hacer ese viaje. Imagíname entre Escila y Caribdis. No quiero morir en las llanuras sicilianas y ser arrebatado, como Proserpina en la misma localidad, hacia las regiones oscuras del averno.

-¿Para qué demonios has venido entonces? -preguntó el ilustre lord.

-Porque me dio por ahí. Sé que no va a salir bien. Lo mismo da que esté en un sitio o en otro. Ya he agotado todos los remedios, he aguantado todos los climas. Ya que estoy aquí, aquí me quedo. En Sicilia no tengo prima ninguna, y mucho menos, casada.

-Indudablemente, tu prima es un incentivo. Pero ¿qué dice a todo eso el médico?

-No se lo he preguntado, y me importa un comino. Si muero aquí, la señora Osmond se encargará de enterrarme. Pero estoy seguro de que no moriré aquí.

-Así lo espero -dijo lord Warburton, que continuaba fumando, meditabundo-. En fin -añadió-, por mi parte, estoy encantado de que no insistas en ir a Sicilia. Me daba horror ese viaje.

-Pero a ti no te afectaba. Yo no tenía la menor intención de arrastrarte conmigo.

-Y yo no pensaba dejarte ir solo.

-Mi querido Warburton, nunca he contado con que me siguieras más allá de Roma -exclamó Ralph.

-Pero yo habría ido contigo y te habría dejado instalado -dijo lord Warburton.

-Eres un buen cristiano... y un hombre bueno.

-Y luego habría vuelto aquí.

-Y después a Inglaterra.

-No, no; me habría quedado aquí.

-Entonces, si los dos estamos en lo mismo -dijo Ralph-, ¡no sé qué pinta Sicilia!

Su compañero guardó silencio; sentado, miraba fijamente el fuego. Levantó, al fin, los ojos y preguntó:

-Dime la verdad; cuando salimos, ¿pensabas de veras llegar a Sicilia?

-¡Ah! Vous m'en demandez trop! Antes, permíteme hacerte otra pregunta, Al venir conmigo, ¿lo hacías del todo platónicamente?

-No sé lo que quieres decir con eso. Quería ir al extranjero.

-Sospecho que cada uno de nosotros ha estado haciendo su pequeño juego.

-Habla por cuenta propia. Yo no tengo por qué
ocultar que deseaba permanecer aquí una temporada.

-Cierto, ahora recuerdo que dijiste que deseabas ver al ministro de Relaciones Exteriores.

-Lo he visto ya tres veces. Es muy divertido.

-Me parece que ya has olvidado lo que te traía aquí -dijo Ralph.

-Tal vez -contestó con seriedad su compañero.

Estos dos caballeros, pertenecientes a una raza que no se distingue por su falta de reserva, habían viajado juntos desde Londres hasta Roma sin hacer la menor alusión a cosas que estaban muy presentes en el ánimo de ambos. Había una cuestión ya vieja que alguna vez habían discutido, pero a la que ya no prestaban tanta atención, e incluso después de su llegada

a Roma, en donde tantas otras cosas les remitían a ella, habían guardado el mismo silencio medio receloso, medio confiado.

Después de una larga pausa, lord Warburton dijo de pronto:

-De todos modos, mi consejo es que pidas permiso al médico.

-Ese permiso le quitaría la gracia. Procuro prescindir de él siempre que puedo.

-¿Qué piensa de ello la señora Osmond? -preguntó el amigo de Ralph.

-No se lo he dicho... Tal vez diga que Roma es demasiado fría y se ofrezca a acompañarme a Catania. Es capaz de ello.

-A mí, si estuviera en tu lugar, eso me gustaría.

-Pero a su marido no le gustará.

-Me lo imagino, aunque no creo que debas preocuparte por lo que le guste o no al marido. Eso es cosa de él.

-No quiero crear discordia entre ellos -dijo Ralph.

-¿Tanta hay ya?

-Por lo menos, todo está preparado para que la haya. Si Isabel se fuera conmigo provocaría la explosión. A Osmond no le hace ninguna gracia el primo de su mujer.

-Entonces es claro que armaría un alboroto. Pero ¿no lo armará igualmente si te quedas aquí?

-Esto es lo que quiero ver. Lo armó la última vez que estuve en Roma, y entonces consideré que era mi deber desaparecer. En cambio, ahora pienso que mi deber es precisamente quedarme y tratar de defenderla.

-Mi querido Touchett... ¡lo que son tus poderes defensivos...! -empezó diciendo sonriente lord Warburton. Pero algo que vio en el rostro de su amigo le contuvo, de modo que continuó, más en serio-: Tu deber, en estas circunstancias, me parece una cuestión sutil.

Ralph estuvo un rato sin decir palabra.

-Es verdad que mis poderes defensivos son modestos -respondió al fin-, pero como mi fuerza agresiva es todavía menor, es posible que Osmond piense que no valgo siquiera lo que vale la pólvora de su pistola. De todos modos, hay cosas que tengo curiosidad por ver.

-Es decir, que vas a sacrificar tu salud a tu curiosidad.

-Mi salud no me interesa demasiado, y la señora Osmond me interesa muchísimo.

-También a mí. Pero no como antaño -se apresuró a añadir lord Warburton. Ésta era una alusión que no había tenido oportunidad de hacer hasta aquel momento.

-¿Tú crees que es muy feliz? -preguntó Ralph, envalentonado por esa confidencia.

-No sé qué decirte. Apenas he pensado en ello. La otra noche me dijo que era feliz.

-Naturalmente, a ti tenía que decirte eso -exclamó Ralph sonriendo.

-No veo por qué. Me parece más bien que yo soy la persona a quien ella podría quejarse.

-¿Quejarse? Ella no se quejará nunca. Ha hecho... lo que ha hecho... y lo sabe. Serías el último a quien ella se quejaría. Tiene mucho cuidado con lo que hace.

-Pues no tiene por qué. No pienso volver a cortejarla.

-Me encanta oírtelo decir. Al menos, no cabe duda de cuál es tu obligación.

-¡Ah, no! Ninguna, desde luego -dijo seriamente lord Warburton.

-¿Me permites una pregunta? ¿Es para dejar en claro que no piensas volver a cortejarla por lo que te muestras tan amable con la jovencita?

Lord Warburton dio un respingo, se levantó y se detuvo delante del fuego, mirándolo fijamente.

-¿Te parece muy ridículo?

-¿Ridículo? En absoluto. Si de verdad te gusta la muchacha.

-Me parece una criatura deliciosa. No recuerdo a ninguna joven de su edad que me haya gustado tanto.

-Es una muchacha encantadora. Ah, por lo menos, ella es auténtica.

-Claro que hay que pensar en la diferencia de edad... más de veinte años.

-Mi querido Warburton, ¿hablas en serio? -preguntó Ralph.

-Totalmente en serio..., hasta ahora.

-Me alegro mucho -exclamó Ralph-. ¡Cielo santo! ¡Habrá que ver lo contento que va a ponerse el bueno de Osmond!

-Oye, no lo estropees -dijo su compañero frunciendo el ceño-. No tengo la menor intención de pedir la mano de su hija para agradarle a él.

-Pero él tendrá la perversidad de sentirse halagado de todos modos.

-No creo, no me aprecia hasta ese punto -dijo el aristócrata.

-¿Hasta qué punto? Mi querido Warburton, lo malo de tu posición es que no hace falta apreciarte para querer emparentar contigo. En cambio yo, en tu caso, tendría la grata certeza de ser apreciado.

Pero lord Warburton no parecía muy inclinado a considerar axiomas generales..., estaba pensando en un caso particular.

-¿Crees que a ella le halagará? -preguntó.

-¿Te refieres a la muchacha? Le encantará, tenlo por seguro.

-No, no; me refiero a la señora Osmond. Ralph le miró fijamente un momento.

-Mi querido amigo, ¿qué tiene que ver ella con eso?

-Tiene muchísimo que ver. Quiere mucho a Pansy.

-Eso es cieno, es cierto -dijo Ralph poniéndose en pie lentamente-. He ahí una cuestión interesante... hasta dónde la llevará su cariño por Pansy. -Se detuvo con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido. Luego exclamó-: Supongo que, en fin... que estás muy... muy seguro... ¡Demonio!... No sé cómo decirlo.

-Sí que sabes. Sabes decirlo todo.

-Es que... resulta embarazoso... ¿Estás seguro de que entre los méritos de la señorita Osmond no es el principal el de estar..., eh..., tan cerca de su madrastra?

-¡Por Dios, Touchett! ¿Por quién me tomas? -exclamó lord Warburton en tono airado.

40

Desde su matrimonio, Isabel no había visto mucho a madame Merle, porque esta dama se ausentaba con frecuencia de Roma. Una vez pasó seis meses seguidos en Inglaterra, y otra, gran parte del invierno en París. Había hecho numerosas visitas a amigos distantes y daba pie a sospechar que en el futuro sería una romana menos inveterada que en el pasado. Como hasta ahora había sido una habitante inveterada de Roma sólo en el sentido de tener constantemente un pisito en uno de los más soleados rincones del Pincio..., pisito que a menudo permanecía deshabitado... ello parecía sugerir la posibilidad de una ausencia casi constante; peligro que en cierta época Isabel se había sentido inclinada a deplorar. La familiaridad había ido modificando en cierto grado su primera impresión de madame Merle, pero no la había alterado esencialmente. Todavía le despertaba una asombrada admiración. El personaje estaba armado por los cuatro costados. Era un placer ver un carácter tan admirablemente pertrechado para la batalla social. Enarbolaba discretamente su bandera, pero sus armas eran del mejor acero, y las usaba con una destreza que a Isabel le parecía cada vez más la de un veterano. No daba nunca la impresión de estar fatigada, ni embargada por algún disgusto; nunca parecía necesitar descanso ni consuelo. Tenía sus ideas propias; muchas las

había expuesto en otro tiempo ante Isabel, que sabía también que, bajo la apariencia de un extraordinario dominio de sí misma, su cultísima amiga ocultaba una exquisita sensibilidad. Sin embargo, su voluntad era dueña de su vida, y había algo aguerrido en su manera de seguir siempre adelante. Era como si hubiera descubierto el secreto, como si el arte de la vida fuese un astuto truco que hubiese adivinado. Isabel, a medida que iba creciendo en años, conocía los disgustos, las rebeldías, hasta el extremo de que algunos días el mundo se le aparecía negro y se preguntaba con cierta acritud para qué pretendía vivir. Su antigua costumbre había sido vivir gracias al entusiasmo, enamorarse de las posibilidades súbitamente percibidas, de la idea de alguna nueva aventura. Cuando era más joven, solía pasar de una exaltación a otra, sin que entre ellas se produjeran intervalos de aburrimiento. Pero madame Merle había suprimido el entusiasmo, ya no se enamoraba de nada y vivía enteramente guiada por la razón y por la sabiduría. Había momentos en que Isabel hubiera dado cualquier cosa por unas cuantas lecciones de aquel arte, y, si su ilustre amiga hubiese estado cerca, habría acudido a ella. Se daba cuenta mucho más que antes de las ventajas que proporciona el ser así... el haberse convertido en una superficie lisa, en una especie de coraza de plata.

Mas, como digo, hasta el invierno en que últimamente renovamos el contacto con nuestra heroína, no había vuelto el personaje en cuestión a pasar una larga temporada en Roma. Isabel la veía ahora mucho más de lo que la había visto desde su boda; pero a estas alturas las necesidades y aficiones de nuestra heroína habían cambiado sensiblemente. A la sazón no era a madame Merle a quien habría acudido en busca de instrucción, pues ya no experimentaba el deseo de conocer el truco clarividente de esa dama. Ahora pensaba que si tenía penas, debía callárselas, y, si la vida le resultaba difícil, no facilitaría las cosas el confesarse derrotada. Sin duda alguna madame Merle era de gran utilidad para sí misma y un ornato en cualquier círculo social; pero ¿era -seria- igualmente útil para los demás en momentos de sutil apuro? La mejor manera, pues, de aprovecharse de la sabiduría de su amiga -y eso era lo que Isabel había pensado siempre- era imitarla, ser tan firme y brillante como ella. Madame Merle no confesaba sus apuros e Isabel, considerando este hecho, decidió por enésima vez deshacerse de los suyos. Le pareció además, al reanudar unas relaciones que prácticamente se habían truncado, que su antigua aliada se mostraba diferente, casi despegada... llevando al extremo un cierto temor más bien artificial de ser indiscreta. Ralph Touchett, como ya sabemos, había sido de la opinión que aquella dama tendía a exagerar, a forzar la nota... que, como vulgarmente se dice, se pasaba de la raya. Isabel no había admitido jamás semejante acusación..., de hecho nunca la había entendido del todo. A su parecer, la conducta de madame Merle llevaba siempre el sello del buen gusto, era siempre «apacible». Sin embargo, en aquello de no querer mezclarse en la vida íntima de la familia Osmond, pensaba nuestra heroína que exageraba un poco. Eso no era, naturalmente, del mejor gusto, eso era un tanto violento. Madame Merle se acordaba demasiado de que Isabel estaba casada, de que ahora tenía otras inquietudes; de que aunque ella, madame Merle, había conocido a Gilbert Osmond y a la pequeña Pansy muy bien, casi mejor que nadie, en fin de cuentas no formaba parte de su círculo familiar. Estaba siempre en guardia y no hablaba nunca de sus asuntos a menos que se le preguntara, que se la presionara incluso..., como cuando se requería su opinión; tenía pavor a parecer entrometida.

Madame Merle era tan sincera como ya sabemos y un día expresó sinceramente ese pavor ante Isabel.

-No tengo más remedio que estar en guardia, porque, a lo mejor, sin sospecharlo, podría ofenderla. Tendría usted razón al ofenderse, aunque mis intenciones fueran de lo más puro. Yo no debo olvidar que conocí a su esposo mucho antes que usted, no debo consentir que eso me delate. Si usted fuese una mujer tonta, podría sentirse celosa; afortunadamente usted no es tonta, eso lo sé perfectamente. Tampoco yo lo soy, y por lo tanto estoy decidida a no meterme en líos. Un poco de daño se hace sin querer, y un error se comete, aun sin querer,

antes de que una pueda darse cuenta. Desde luego, si yo hubiese querido enamorar a su marido, habría tenido diez años para hacerlo sin ningún impedimento; de modo que no sería lógico que empezase ahora, cuando soy mucho menos atractiva que entonces. Pero, si yo la molestase a usted pareciendo querer ocupar un sitio que no me pertenece, usted no se haría tal reflexión, sino que me culparía de olvidar ciertas diferencias... Y yo estoy resuelta a no olvidarlas. Indudablemente, una buena amiga no está siempre pensando en estas cosas, nadie sospecha que sus amigos obren injustamente. Yo no sospecho en absoluto de usted, querida, pero sospecho de la naturaleza humana. No piense que me siento siempre incómoda, pues no me dedico a vigilarme todo el tiempo. Creo que se lo estoy demostrando suficientemente por el hecho de hablarle como le hablo. Lo único que le quiero decir, en fin, es que si usted llegara a sentirse celosa... ya que ésa sería la forma que adoptaría el caso... yo a la fuerza pensaría que era un poco por mi culpa. Desde luego que no sería por culpa de su marido.

Isabel había tenido tres años para meditar sobre aquella teoría de la señora Touchett de que madame Merle había arreglado el matrimonio de Gilbert Osmond. Y ya sabemos cómo la había recibido en un principio. Era muy posible que madame Merle hubiese compuesto la boda de Gilbert Osmond, pero en absoluto la de Isabel Archer. Ésta había sido obra de... Isabel apenas sabía de qué: de la naturaleza, del azar, de la providencia, del eterno misterio de todas las cosas. Bien es cierto que la queja de su tía no se refería tanto a la actividad de madame Merle cuanto a su duplicidad; ella había provocado el extraño acontecimiento y después había negado su culpa. Esa culpa no habría sido grande, a juicio de Isabel, pues no' podía ver delito en que madame Merle hubiese sido el agente causal de la amistad más importante que había hecho en su vida. Esto se le había ocurrido justo en vísperas de su matrimonio, tras un pequeño altercado con su tía y en una época en que era todavía capaz de aquella amplia introspección, hecha con el tono del historiador filosófico, en sus anales todavía incipientes. Si madame Merle había deseado su cambio de estado, lo único que cabía decir es que había sido una idea feliz. Con ella, además, había actuado con total franqueza, no ocultando jamás su alta opinión de Gilbert Osmond. Después de su boda, Isabel descubrió que su marido abrigaba una opinión menos cómoda del asunto, y raras veces consentía, durante sus conversaciones, en pasar entre los dedos aquella cuenta, la más suave y redonda del rosario social de los dos.

-¿No te gusta madame Merle? -le había preguntado una vez Isabel-. Pues ella tiene muy buena opinión de ti.

-Te lo diré de una vez por todas -había contestado Osmond-. Antes me gustaba más que ahora. Ya estoy cansado de ella, aunque me avergüenza decirlo. ¡Es tan antinaturalmente buena! Me alegro de que no esté en Italia; se encuentra uno más relajado... es una especie de deténte moral. No hables mucho de ella, sería como hacerla volver. Ya volverá a su debido tiempo, pierde cuidado.

En efecto, madame Merle volvió antes de que fuera demasiado tarde... es decir, demasiado tarde para recobrar las ventajas que hubiese podido perder. Entretanto, si, como ya he dicho, se mostraba sensiblemente distinta, tampoco la manera de sentir de Isabel era la misma. Su consciencia de la situación era tan aguda como antes, pero mucho menos satisfactoria. Un espíritu insatisfecho, por muchas cosas que eche de menos, nunca se halla escaso de razones: florecen como los ranúnculos en el mes de junio. El hecho de que madame Merle hubiera tenido parte en el matrimonio de Gilbert Osmond dejó de ser uno de sus títulos honoríficos; a fin de cuentas, podría haberse escrito que no era tanto lo que había que agradecerle. Con el paso del tiempo, cada vez había menos que agradecerle, e Isabel acabó por decirse que tal vez sin la intervención de su amiga esas cosas no habrían sucedido. Cierto que tal reflexión fue sofocada al instante; Isabel se horrorizó de inmediato por habérsela hecho. «Me pase lo que me pase -Isabel se dijo entonces-, no debo ser nunca injusta; mi deber es soportar mi carga y no traspasársela a los demás». Semejante disposición de ánimo fue puesta

a prueba más adelante por aquella ingeniosa apología de su conducta presente que madame Merle tuvo a bien hacer, y de la cual he dado un esbozo; porque había algo sin duda irritante..., casi un aire de burla, en sus claras convicciones y sus nítidas distinciones. En la mente de Isabel nada estaba claro a aquellas alturas; había una confusión de pesares y un enredo de temores. Parecía sentirse desamparada al separarse de su amiga, que acababa de hacer las declaraciones que he citado. ¡Madame Merle sabía tan poco de lo que ella estaba pensando! Isabel, además, se sentía incapaz de explicarlo. ¿Cómo, celos de su amiga... celos de ella con Gilbert? Tal idea no le sugería en absoluto una realidad próxima. Ojalá hubiese sido posible concebir celos, habrían constituido una especie de refrigerio. ¿No eran, en cierto modo, uno de los síntomas de la felicidad? Madame Merle, sin embargo, era sabia, tanto que podía pretender conocer a Isabel mejor aún de lo que Isabel se conocía a sí misma. Esta joven había sido siempre fecunda en decisiones... muchas de ellas de elevado carácter; pero en ningún otro período de su vida habían florecido con tanta fuerza como ahora en lo recóndito de su corazón. A decir verdad, todas ellas tenían un aire de familia y podían resumirse en la determinación de que, si tenía que ser desgraciada, no sería por su propia culpa. Su pobre espíritu alado había tenido siempre un vivo deseo de obrar lo mejor posible, y hasta el presente no había recibido serios desalientos. Deseaba, por lo tanto, aferrarse a la justicia, y no resarcirse con venganzas mezquinas. Asociar a madame Merme con su desengaño habría constituido una venganza mezquina... sobre todo porque el placer que ello le reportase habría sido del todo insincero. Habría podido alimentar su sensación de amargura, pero no podía aflojar sus cadenas. Era imposible tratar de convencerse de que no había obrado con los ojos abiertos, pues si una joven había actuado alguna vez con entera libertad, fue ella. Bien era cierto que una muchacha enamorada no era un ser libre, pero la única fuente de su error había sido ella misma. No había existido conjura ni trampa de ninguna clase; ella y sólo ella había mirado, considerado y resuelto. Cuando una mujer cometía semejante error, no había más que un modo de repararlo..., reparación inmensa (¡ah, y con la mayor grandeza!): aceptarlo. Una locura era bastante, sobre todo si iba a durar para siempre, y una segunda no la corregiría apenas. En este voto de reticencia había cierta nobleza que sostenía a Isabel; pero a pesar de todo madame Merle había hecho bien en tomar las precauciones debidas.

Un día, aproximadamente un mes después de que Ralph Touchett llegara a Roma, Isabel volvía de dar un paseo con Pansy. El mostrarse tan afable con Pansy no era tan sólo parte de su decisión de ser justa, sino que obedecía también a su ternura por todo lo que era puro y débil. Quería de veras a Pansy, y en su vida no había nada que tuviese la rectitud del afecto de aquella criatura ni la dulzura de su propia clarividencia respecto de semejante sentimiento. Era como una suave presencia... como una mano diminuta dentro de la suya; y por parte de Pansy era más que un afecto, era una especie de fe ardiente y coercitiva. Del lado de Isabel, la sensación de aquella dependencia de la jovencita era más que un placer, operaba como una razón concreta cuando otras determinaciones amenazaban abandonarla. Se había dicho a sí misma que hay que asumir el deber allí donde se lo encuentre, y buscarlo en la medida de lo posible. El afecto de Pansy era una exhortación directa, parecía como si le advirtiera de que ahí había una oportunidad, acaso no extraordinaria, pero sí inconfundible. Oportunidad de qué, Isabel apenas lo habría podido decir; en general, de ser para la muchacha más de lo que la muchacha pudiese ser para sí misma. Isabel acaso se habría sonreído al recordar que su pequeña compañera se había mostrado en cierta época algo ambigua, pues ahora comprendía que aquello que le pareció ambigüedad no era sino su propia tosquedad de visión. Isabel no había podido creer que nadie pudiera tener tanto empeño... tantísimo empeño:.. en agradar. Pero desde entonces había visto esa delicada facultad en acción, y sabía ya qué pensar de ella. Constituía todo el ser de la criatura... era una especie de genialidad. Pansy no tenía orgullo que la estorbase, y, aunque iba extendiendo de día en día sus conquistas, no se envanecía. Las dos estaban constantemente juntas. Rara

vez se veía a la señora Osmond sin su hijastra. A Isabel le agradaba su compañía; hacía el mismo efecto de llevar un ramillete compuesto todo de la misma flor. Había convertido en un artículo de su religión el propósito de no desatender a Pansy, no desatenderla en ninguna circunstancia. Por su parte, la joven daba todas las muestras de estar más a gusto en compañía de Isabel que en la de ninguna otra persona, excepto su padre, al que admiraba con una intensidad justificada por el hecho de que, como la paternidad constituía un placer exquisito para Osmond, éste había sido siempre un padre deleitosamente blando. Isabel se daba cuenta de cuánto le gustaba a Pansy estar con ella y hasta qué punto estudiaba la joven la manera de complacerla. Pansy había decidido que la mejor manera de agradarle era la negativa, que consistía en no ocasionarle molestias... convicción que desde luego no podía hacer referencia a las molestias ya existentes. Se mostraba, por lo tanto, ingeniosamente pasiva y casi imaginativamente dócil; ponía el mayor cuidado hasta en moderar el ímpetu con que asentía a las proposiciones de Isabel, y que pudiera haber implicado la posibilidad de que ella deseara otra cosa. Jamás interrumpía, no hacía jamás preguntas por pura fórmula, y aunque la aprobación la encantaba hasta el punto de hacerla palidecer, no tendía jamás la mano para pedirla. Se limitaba a esperar con anhelo..., con un gesto que, a medida que fue creciendo, hizo de sus ojos los más hermosos del mundo. Cuando, durante el segundo invierno que pasaron en al Palazzo Roccanera, empezó la muchacha a asistir a fiestas y bailes, era siempre la primera en proponer que se marchasen a casa a una hora razonable, no fuera que la señora Osmond llegara a cansarse. Isabel apreciaba ese sacrificio de los últimos bailes, pues le constaba que su pequeña compañera experimentaba una auténtica pasión por ese ejercicio, ajustando sus pasos a la música como un hada escrupulosa. Además, la vida de sociedad no encerraba para ella inconvenientes; le gustaba hasta en lo que tenía de fatigoso... el calor a veces sofocante de los salones de baile, el aburrimiento de las cenas, los apretujones en las puertas, la aburrida espera del carruaje. Durante el día, en ese vehículo, iba sentada al lado de su madrastra, con una postura rígida y atenta, un poco inclinada hacia delante y vagamente sonriente, como si fuera la primera vez que la sacaran de paseo.

En el día de que hablo habían salido por una de las puertas de la ciudad, y al cabo de media hora dejaron el coche esperándolas junto a la carretera mientras daban un paseo sobre la corta yerba de la campiña romana, que hasta en los meses de invierno está salpicada de florecillas. Era casi un hábito cotidiano de Isabel, que era muy aficionada a caminar y que lo hacía con paso largo y ligero, aunque no tan ligero como cuando llegó a Europa. Si bien no era la forma de ejercicio que Pansy prefería, le gustaba, porque le gustaba todo; de suerte que avanzaba con una ondulación más corta al lado de la esposa de su padre, que después, al regresar a Roma, accedía a sus gustos haciendo que el coche volviese por el Pincio o por Villa Borhese. Pansy había recogido unas cuantas flores en un rincón soleado, lejos de las murallas de Roma, y al llegar al Palazzo Roccanera fue directamente a su habitación para ponerlas en un búcaro. Isabel pasó por el salón que ella ocupaba de ordinario, el segundo a partir del amplio vestíbulo al que se accedía desde la escalera, y en el que ni siquiera los lujosos arreglos de Gilbert Osmond habían logrado corregir un aspecto de majestuosa desnudez. Apenas traspasado el umbral del salón, Isabel se detuvo en seco, y lo hizo motivada por una fuerte impresión. La impresión no tenía, en realidad, nada de insólito, pero ella la sintió como algo nuevo, pues lo apagado de sus pasos le dio tiempo a contemplar la escena antes de interrumpirla. Madame Merle estaba allí, con el sombrero puesto, y Osmond conversaba con ella; durante cosa de un minuto no se dieron cuenta de su presencia. No era la primera vez que Isabel veía una escena parecida, pero lo que lamas había visto, o cuando menos observado, era que su coloquio se hubiese convenido en una especie de silencio familiar, del que, como advirtió de inmediato, su entrada iba a sacarles con un sobresalto. Madame Merle estaba de pie en la alfombra, un poco apartada del fuego, mientras que Gilbert Osmond permanecía sentado en un sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo y mirándola fijamente.

Madame Merle tenía, como de costumbre, la cabeza erguida, pero bajaba los ojos para fijarlos en él. Lo que primero chocó a Isabel fue que madame Merle estuviese de pie y él sentado; había en eso una anomalía que la impresionó. Luego se percató de que en su intercambio de ideas habían llegado a una pausa espontánea y que estaban meditando frente a frente, con esa libertad de los viejos amigos que intercambian a veces ideas sin necesidad de expresarlas verbalmente. No había en eso nada de que escandalizarse, ya que eran viejos amigos. Pero la escena se plasmó en una imagen que sólo duró un instante, como un súbito fogonazo. Sus posturas respectivas, su mirada mutuamente absorta, le dieron la sensación de haber detectado algo. Pero cuando empezaba a asumirlo, se acabó: madame Merle la había visto y saludado sin moverse de su sitio, en cambio su marido se había puesto en píe de un brinco. Enseguida murmuró algo sobre salir a estirar las piernas, y, después de rogar a su visitante que le excusara, abandonó la habitación.

-Vine a verla, suponiendo que estaría ya en casa, pero como no había llegado, me quedé a esperarla -dijo madame Merle.

-¿Gilbert no le pidió que se sentara? -preguntó Isabel con una sonrisa.

Madame Merle miró en derredor suyo y dijo:

-Ah, es cierto; es que estaba a punto de marcharme.

-Pero ahora se quedará, supongo.

-Naturalmente. He venido por un motivo especial. Tengo algo que decirle.

-Como ya le he dicho en otras ocasiones, hace falta algo extraordinario para traerla a usted a esta casa.

-Y sabe también lo que yo le he dicho a usted, que tanto si vengo como si no, mis motivos son siempre los mismos... el afecto que le profeso.

-Cierto, me lo ha dicho usted.

-Pues ahora parece como si usted no lo creyera -dijo madame Merle.

-¡Ah! -respondió Isabel-. Lo último que yo pondría en duda sería la profundidad de sus motivos.

-Antes dudaría usted de la sinceridad de mis palabras.

Isabel movió la cabeza con un gesto grave.

-Usted se ha portado siempre bien conmigo.

-Cada vez que usted me lo permite. Pero a veces no lo acepta, y entonces hay que dejarla tranquila. Pero hoy no he venido para ser buena con usted, sino para otro asunto bien distinto. He venido para desembarazarme de un problema mío y pasárselo a usted. De eso estaba hablando con su marido.

-Me sorprende; usted sabe que a él no le gustan los problemas.

-Sobre todo los de los demás, lo sé perfectamente.

Ni a usted tampoco, supongo. De todas maneras, le gusten a usted o no, tiene que ayudarme. Se trata del pobre Rosier.

-¡Ah! -dijo Isabel con aire pensativo-. Entonces el problema es de él, no de usted.

-Ha conseguido cargarlo sobre mis espaldas. Viene a verme diez veces por semana para hablarme de Pansy.

-Sí, estoy al tanto. Quiere casarse con ella. Madame Merle vaciló.

-Me ha parecido, por lo que su esposo me ha dicho, que usted no lo sabía.

-¿Cómo sabe él lo que yo sé? Él no me ha hablado jamás del asunto.

-Será porque no sabe cómo hablar del tema.

-Sin embargo, es ésa una cuestión que no le suele desconcertar.

-Sí, porque por regla general sabe perfectamente qué pensar. Pero ahora, no.

-¿No se lo ha dicho a usted? -preguntó Isabel.

Madame Merle le dirigió una sonrisa radiante y algo forzada.

-¿No cree que está siendo un poco adusta?

-Sí. No puedo remediarlo. Rosier ha hablado también conmigo.

-En eso ha obrado con buen criterio. Está usted tan próxima a la muchacha.

-¡Ah! -dijo Isabel-. Pues no le he dado mucho consuelo. Si a usted le parece que soy adusta, ¿qué le pareceré a él?

-Lo que le parece, creo yo, es que usted podría hacer más de lo que ha hecho.

-Yo no puedo hacer nada.

-En todo caso podrá hacer más que yo. Yo no sé qué misteriosa conexión habrá podido descubrir entre Pansy y yo; pero desde el principio, acudió a mí como si yo tuviese su suerte en mis manos. Ahora sigue viniendo para acuciarme, para saber qué esperanzas puede tener, para desahogar sus sentimientos.

-Parece muy enamorado -dijo Isabel.

-Mucho... para lo que es él.

-Mucho para lo que es Pansy, podría usted decir.

Madame Merle bajó un momento los ojos.

-¿No la cree usted atractiva? -preguntó.

-La criatura más deliciosa que existe... pero muy limitada.

-Razón de más para que la quiera el señor Rosier. Tampoco él es ilimitado.

-No -dijo Isabel-. Tiene aproximadamente las dimensiones de un pañuelo, de esos pequeños con borde de encaje. -Su humor se había ido conviniendo en sarcasmo, pero se avergonzó de ejercitarlo contra un objeto tan inocente como el pretendiente de Pansy-. Es muy bueno y muy formal -añadió enseguida-, y no tan tonto como parece.

-Me asegura que ella está ilusionadísima con él -afirmó madame Merle.

-Lo ignoro; no se lo he preguntado.

-¿Nunca la ha sondeado usted un poquito?

-Eso no me corresponde a mí, sino a su padre.

-¡Ah! Es usted demasiado estricta -suspiró madame Merle.

-Tengo que atenerme a mi propio criterio.

Madame Merle volvió a dirigirle su sonrisa.

-No es cosa fácil ayudarla a usted.

-¿A mí? -dijo Isabel muy seriamente-. ¿Qué quiere usted decir?

-Es fácil incomodarla. ¿No ve como hago bien en andarme con cuidado? Por lo pronto, le comunico, como acabo de comunicar a Osmond, que me lavo las manos en el asunto de los amores de Pansy con el señor Edward Rosier. Je n y peux rien, moi! No puedo hablarle a Pansy acerca de él, sobre todo porque no lo considero un marido ideal.

Isabel se quedó unos instantes pensativa y luego sonrió.

-Entonces, no se lava usted las manos -dijo. Y añadió en distinto tono-: Ya no puede usted hacerlo... se ha tomado demasiado interés.

Madame Merle se levantó despacio; había lanzado a Isabel una ojeada tan rápida como la insinuación que unos momentos antes vislumbrara nuestra heroína. Sólo que en esta ocasión Isabel no la captó.

-Pregúnteselo la próxima vez, y lo verá.

-No puedo preguntárselo; ha dejado de venir por esta casa. Gilbert le dio a entender que no es bien recibido.

-Ah, es cierto -dijo madame Merle-. Ya lo había olvidado... y eso que es el tema central de sus lamentaciones. Dice que Osmond le ha insultado. De todos modos, a Osmond no le desagrada tanto como él se figura.

Se había levantado como para dar por terminada la conversación, pero se demoraba, mirando acá y allá; era evidente que le quedaba algo por decir. Isabel se dio cuenta de ello e

incluso adivinó a dónde quería ir a parar, pero también ella tenía sus razones para no dar el primer paso.

-Eso le habrá complacido, si es que usted se lo ha dicho -respondió Isabel sonriendo.

-Ya lo creo que se lo he dicho; en ese aspecto le he dado ánimos. Le he recomendado que tenga paciencia y le he dicho que su caso no es del todo desesperado con tal de que mantenga la boca cerrada y esté tranquilo. Pero, por desgracia, se le ha metido en la cabeza sentir celos.

-¿Celos?

-Sí, de lord Warburton, que según él se pasa aquí la vida.

Isabel, que estaba cansada, había permanecido sentada, pero al oír esto se levantó también.

-¡Ah! -se limitó en exclamar, dirigiéndose despacio hacia la chimenea,

Madame Merle la observó avanzar y detenerse un momento ante el espejo de encima de la chimenea para retocarse un mechón de cabello.

-El pobre Rosier cree que no es imposible que lord Warburton se enamore de Pansy -prosiguió madame Merle.

Isabel guardó silencio; después se apartó del espejo.

-Cierto... no hay nada imposible -contestó por
fin, en un tono más serio y amable.

-Es lo que he tenido que reconocer yo ante Rosier.

Y lo mismo piensa su marido.

-Eso lo ignoro.

-Pregúntele y verá.

-No le pienso preguntar -dijo Isabel.

-Discúlpeme, olvidaba que ya me lo ha señalado... Claro está -añadió madame Merle- que usted ha tenido mucha más ocasión que yo de observar la actitud de lord Warburton.

-No tengo por qué ocultarle que mi hijastra le gusta mucho. Madame Merle volvió a lanzarle otra de sus rápidas ojeadas.

-¿Que le gusta... quiere decir... del mismo modo
que le gusta al señor Rosier?

-Yo no sé lo que siente el señor Rosier; pero lord Warburton me ha dado a entender que está encantado con Pansy.

-¿Y usted no se lo ha dicho a Osmond? -Esta observación fue inmediata, precipitada, casi un estallido en los labios de madame Merle.

Isabel posó los ojos en ella.

-Me imagino que lo sabrá a su debido tiempo. Lord Warburton tiene lengua para hablar y sabe cómo expresarse.

Madame Merle se dio cuenta en el acto de que se había precipitado al hablar, cosa que no era habitual en ella, y esa reflexión la hizo ruborizarse un poco.

Esperó a que se calmara aquel impulso traicionero, y luego dijo como si lo hubiera estado meditando:

-Eso sería mucho mejor que casarse con el pobre Rosier.

-Mucho mejor, en mi opinión.

-Resultaría delicioso. Sería una boda sonada. Es verdaderamente generoso por parte de él.

-¿El qué es generoso?

-El haber posado los ojos en una muchachita tan sencilla como ella.

-No lo veo yo así.

-Es usted muy buena. Pero la verdad es que Pansy Osmond...

-¡La verdad es que Pansy Osmond es la persona

más atractiva que él ha conocido! -exclamó Isabel. Madame Merle la miró fijamente, y de hecho tenía buenas razones para asombrarse.

-Pues hace un instante parecía usted restarle valor.

-He dicho que era limitada, y lo es. También lo es lord Warburton.

-Si a eso vamos, todos los somos. Si no es más de lo que Pansy merece, mejor que mejor. Pero si ella entrega su afecto al señor Rosier, no admitiré que eso es lo que ella se merece. Sería demasiada perversidad.

-El señor Rosier es un engorro -exclamó de sopetón Isabel.

-Estamos de acuerdo, y me encanta que no se me pida que atice la llama de su amor. A partir de ahora, la puerta de mi casa estará cerrada para él. -Madame Merle, recogiéndose la capa, se dispuso a partir.

Pero en su camino hacia la puerta, la detuvo una petición incongruente de Isabel.

-De todos modos, sea amable con él.

Alzó madame Merle los hombros y las cejas y se quedó mirando a su amiga.

-,No entiendo sus contradicciones! Estoy decidida a no ser amable con él, porque sería una falsa amabilidad. Quiero ver a Pansy casada con lord Warburton.

-Debería usted esperar a que él la pida.

-Si lo que usted dice es cierto, la pedirá. Sobre todo -añadió pasado un instante- si usted le empuja.

-¿Empujarle yo?

-En su mano está. Usted tiene una gran influencia sobre él.

Isabel frunció el entrecejo.

-¿De dónde ha sacado usted eso?

-Me lo dijo la señora Touchett... Desde luego... usted nunca me lo dijo -recalcó madame Merle sonriendo.

-Cierto, nunca le dije a usted nada por el estilo.

-Sin embargo, podía haberlo hecho, porque no le faltó ocasión, cuando nos hacíamos algunas confidencias. Pero la verdad es que usted me contaba muy pocas cosas; más de una vez lo he pensado.

También Isabel lo había pensado, y a veces con cierta satisfacción. Pero ahora no lo quiso reconocer, acaso por no dar la impresión que se felicitaba por ello.

-Parece ser que en mi tía ha tenido usted una magnífica fuente de información -se limitó a decir.

-Su tía me comentó que usted había rechazado una propuesta de matrimonio de lord Warburton; me lo dijo porque estaba muy disgustada y no podía callárselo. Por lo demás, yo considero que usted supo escoger mejor. Pero, ya que no quiso casarse con lord Warburton, déle cuando menos la compensación de ayudarle a casarse con otra.

Isabel había escuchado todas esas palabras con un semblante que persistía en no reflejar la radiante expresividad del de madame Merle. Sin embargo, al cabo de un momento dijo, muy razonable y gentilmente:

-Por mi parte, me alegraría muchísimo de que, en lo que a Pansy respecta, pudiera arreglarse satisfactoriamente.

Tras de lo cual su interlocutora, que pareció tomarlo como discurso de buen augurio, la abrazó más tiernamente de lo que hubiera sido de esperar y se retiró con aire triunfal.

41

Aquella noche, Osmond tocó el tema por primera vez, entrando muy tarde en el salón, donde Isabel se hallaba sentada a solas. Habían pasado la velada en casa y Pansy se había ido ya a la cama. El propio Osmond se había recluido después de cenar en una pequeña habitación donde tenía sus libros y a la que llamaba su despacho. Lord Warburton se había presentado a las diez, como hacía siempre que sabía por Isabel que la encontraría en casa. Como se dirigía a algún otro sitio, sólo se detuvo media hora. Después de pedirle noticias de Ralph, ella apenas le dirigió la palabra, porque deseaba que hablase con su hijastra. Así, fingió leer, y al cabo de un rato se sentó al piano, incluso se preguntó si no sería mejor marcharse del salón. Poco a poco había llegado a ver con buenos ojos la idea de que Pansy se convirtiera en la esposa del propietario de la hermosa mansión de Lockleigh, si bien al principio esa perspectiva no le había suscitado un gran entusiasmo. Madame Merle, aquella tarde, había aplicado un fósforo a un montón de materia inflamable. Cada vez que Isabel se sentía desgraciada, miraba en torno suyo -en parte por impulso y en parte por teoría- en busca de alguna forma de esfuerzo positivo. No podía desprenderse de la noción de que la desdicha era un estado de enfermedad: el sufrir como opuesto al hacer. Hacer..., fuere lo que fuese, sería por lo tanto una salida, acaso en cierto grado un remedio. Además, quería convencerse de haber hecho todo lo posible por contentar a su esposo, y estaba firmemente decidida a no dejarse atormentar por el terror de ser una esposa débil, incapaz de prestar la ayuda que se le pedía. Era evidente que a él le agradaría mucho ver a Pansy casada con un aristócrata inglés, y le agradaría con razón, ya que ese aristócrata era una persona muy formal. Parecíale a Isabel que si ella lograba imponerse el deber de hacer realidad ese acontecimiento, desempeñaría el cometido de una buena esposa. Quería ser una buena esposa; quería poder creer sinceramente, y con pruebas, que lo había sido. Además, la empresa tenía otros alicientes. La mantendría ocupada, y ella anhelaba ocuparse en algo. Incluso la distraería, y, si verdaderamente conseguía distraerse, quizás entonces estaría salvada. Por último sería hacerle un favor a lord Warburton, quien evidentemente se sentía a gusto en compañía de la encantadora muchachita. A decir verdad, eso era un poco «raro» -siendo él quien era-, pero no cabía explicar semejantes impresiones. Indudablemente Pansy podía cautivar a cualquiera... por lo menos a cualquiera que no fuese lord Warburton. Isabel la consideraba demasiado insignificante, demasiado poca cosa, incluso tal vez demasiado artificial para eso. Todo lo suyo tenía algo de muñeca, y no era eso lo que lord Warburton había estado buscando. Pero ¿quién sabría decir lo que buscaban los hombres? Buscaban lo que encontraban, no sabían lo que les gustaba hasta que lo habían visto. En esos asuntos no valían teorías, ni había cosas más inexplicables o más naturales que otras. Si lord Warburton se había interesado por ella, podía parecer raro que se interesara por Pansy, que era tan distinta en todos sentidos; pero, por lo visto, ella no le había interesado tanto como él se imaginara. O, caso de que sí le hubiese interesado, ya lo había superado del todo, y era natural que, viendo fracasado aquel proyecto, pensara tener éxito en otro de muy distinta índole. Como digo, Isabel no acogió al pronto tal idea con entusiasmo, pero en aquel momento sí, y eso la hizo sentirse casi feliz. Era asombroso cuánta felicidad era aún capaz de hallar en la idea de procurarle satisfacción a su marido. ¡Qué pena, sin embargo, que Edward Rosier se hubiese cruzado en el camino!

Ante esa reflexión, la luz que de improviso había alumbrado ese camino perdió algo de su fulgor. Por desgracia, Isabel estaba tan segura de que a Pansy le parecía Rosier el más agradable de los jóvenes... tan segura como si éste hubiese conversado con ella sobre dicho asunto. Y era muy enojoso estar tan segura, cuando se había abstenido cuidadosamente de informarse; casi tan enojoso como que al pobre Rosier se le hubiese metido en la cabeza.

Ciertamente, Rosier valía mucho menos que lord Warburton. No era tanto la diferencia de fortunas cuanto la diferencia de personas, ya que el joven americano, comparado con el otro, era de bien poco pesó. Pertenecía, mucho más que el aristócrata inglés, a esa clase de caballeros elegantes e inútiles. En verdad, no existían razones particulares para que Pansy tuviese que casarse con un estadista. Pero si un estadista la admiraba, eso era cosa de él, y Pansy sería una parejita perfecta para un par de Inglaterra.

Podrá parecerle al lector que la señora Osmond se había vuelto de pronto extrañamente cínica, pues terminó diciéndose que esa dificultad seguramente podría solventarse. En cualquier caso, el obstáculo representado por el pobre Rosier no podría ser muy peligroso, y siempre habría el modo de allanar los obstáculos de menor importancia. Isabel era totalmente consciente de no haber medido la tenacidad de Pansy, que pudiera llegar a ser un gran estorbo; aunque más se inclinaba a considerarla dispuesta a ceder ante una sugerencia que a aferrarse ante una desaprobación... porque tenía mucho más desarrollada la facultad del asentimiento que la de la protesta. Pero no, Pansy se aferraría, se aferraría aunque de hecho le importaba poco a qué se aferraba. Lo mismo serviría lord Warburton que el señor Rosier... sobre todo porque parecía que aquél le gustaba bastante. La joven había expresado ese sentimiento a Isabel sin la menor reserva; había dicho que su conversación le parecía de lo más interesante, pues le había contado muchas cosas de la India.

Lord Warburton había empleado con Pansy sus maneras más correctas y afables..., eso la propia Isabel lo había notado, como asimismo había observado que no le hablaba con un tono paternalista por consideración a su juventud e inexperiencia, sino como si ella comprendiese sus temas con la misma eficiencia con que seguía los de las óperas de moda, y que le permitía distinguir la música y la voz del barítono. Por su parte, él ponía cuidado en ser sólo atento... tan atento como antaño lo fuera en Gardencourt con otra jovencita emocionada. A una muchacha eso le impresionaba. Recordaba cuan sensible había sido ella misma a semejante actitud, y pensaba que, si hubiese sido tan ingenua como Pansy, la impresión por ella recogida sin duda habría sido mucho más profunda. En cambio, cuando le rechazó, no había sido nada ingenua ni sencilla, pues tal operación le había resultado tan complicada como, más tarde, aceptar a Gilbert Osmond. A pesar de su sencillez e ingenuidad, Pansy comprendía perfectamente y le agradaba que lord Warburton no le hablase de sus compañeros de baile y de sus ramos de flores sino de la situación de Italia, de la condición de los campesinos, del impuesto sobre la molienda, de la pelagra y de sus impresiones sobre la sociedad romana. Mientras bordaba minuciosamente el tapete que tenía entre las manos, le miraba con ojos temerosos; y, cuando los bajaba, dirigía furtivas miradas de reojo a sus manos, a sus pies, a su traje, como si estuviera estudiándolo. Hasta su propio físico era mejor que el de Rosier, podría haberle hecho observar Isabel. Pero en aquellos momentos la señora Osmond se contentaba con preguntarse dónde estaría aquel caballero y por qué motivo ya no se le veía por el Palazzo Roccanera. Era en verdad sorprendente hasta qué punto la obsesionaba la idea de contribuir a que su marido se sintiera complacido.

Era sorprendente por varias razones que vamos a exponer de pasada. La noche a la que hemos hecho referencia, mientras lord Warburton estuvo allí sentado, había acudido a su mente la idea de dar un gran paso: salir del salón y dejar solos a sus compañeros. Y nos atrevemos a llamarlo gran paso porque estamos seguros de que así lo habría considerado Gilbert Osmond, y ella trataba de acomodarse en todo a la manera de pensar de éste. En cierto modo puede decirse que lo había logrado, pero, en cambio, había fracasado en el punto en cuestión. Lo cierto es que no pudo levantarse con tal propósito, pues algo parecía retenerla. No era, desde luego, nada vulgar ni insidioso, ya que, por lo general, las mujeres realizan semejantes maniobras con la conciencia absolutamente limpia, e Isabel se mostraba siempre mucho más fiel que traidora al genio común de su sexo...

Lo que se interponía, al parecer, era una duda un tanto vaga..., una extraña sensación de la que no estaba segura. De modo que decidió quedarse en el salón, y poco después lord Warburton se marchó a su reunión, de la que prometió informar a Pansy con todo detalle al día siguiente. Una vez que él hubo partidlo, Isabel se preguntó si había evitado algo que inevitablemente se habría producido en caso de que ella se hubiese ausentado, por lo menos, un cuarto de, hora; pero no tardó en decirse -siempre mentalmente, por supuesto- que si su aristocrático visitante hubiera querido que ella saliera del salón habría hallado el medio de hacérselo saber indirectamente. Después de que se marchara, Pansy no dijo una sola palabra sobre él, lo mismo que Isabel, que dejó de hacerlo intencionadamente, pues se había hecho a sí misma voto de absoluta reserva hasta que él se dignara declararse. Si nos atenemos a la descripción de sus sentimientos que a Isabel hiciera, no podremos por menos de ver que en esta ocasión tardaba más de lo esperado. Pansy se fue a la cama, e Isabel debió reconocer que no tenía la menor idea de lo que su hijastra estaría pensando en aquel momento. Su pequeña y transparente compañera parecía, por el momento, bastante opaca.

Se quedó, pues, completamente sola y con los ojos fijos en el fuego hasta que, al cabo de una media hora, apareció su esposo. Llegó él andando quedamente y, sin decir palabra, se sentó cerca de ella y clavó también los ojos, en el fuego. Isabel no tardó en llevar su mirada desde el chisporroteante leño al rostro de su marido, y le estuvo observando mientras él seguía callado. La observación muda se había convertido en una costumbre en ella, en un instinto del que no sería exagerado decir que estaba unido al de la propia defensa y que terminó por convertirse en habitual. Deseaba ella, en cuanto fuera posible, conocer sus ideas, lo que iba a decir, y saberlo por anticipado a fin de poder preparar su respuesta. Desde tiempo atrás, su fuerte no era precisamente tener respuestas preparadas; en tal sentido no había ido nunca más allá de pensar posteriormente en las brillantes respuestas que habría podido dar. Pero había aprendido a obrar con cautela, en la medida que lo exigía la contención extraordinaria de su marido. Aquel rostro era el mismo que ella mirara un día con ojos igualmente serios que ahora, si bien menos penetrantes, en la terraza de una villa situada en lo alto de una colina de Florencia, con la salvedad de que después de la boda su dueño había engordado un poco. No obstante, Osmond podía llamar la atención de cualquiera como hombre sumamente distinguido.

-¿Ha estado aquí lord Warburton? -preguntó éste.

-Sí, estuvo como una media hora.

-¿Vio a Pansy?

-Se sentó en el sofá y allí permaneció con ella todo ese tiempo.

-¿Habló mucho con ella?

-Habló casi solamente con ella.

-Me parece un hombre muy atento. ¿No es así como llamas tú a eso?

-Yo no lo llamo de ninguna manera -contestó Isabel-. Estaba esperando a que tú le dieras el nombre apropiado.

-No siempre muestras tanta consideración -comentó Osmond tras una pausa.

-Esta vez he decidido tratar de actuar como a ti te agradaría que lo hiciese. He fallado muchas veces en eso.

Osmond volvió lentamente la cabeza y se quedó mirándola.

-¿Estás intentando discutir?

-Al contrario: vivir en paz.

-Pues nada más fácil. Ya sabes que, por mi parte, no hay nunca riña.

-Entonces, ¿cómo llamas a lo que haces cuando tratas de enojarme? -preguntó Isabel.

-Nunca trato de hacerlo. Si alguna vez sucede, me sale como la cosa más natural del mundo. Además, ahora no intento en absoluto hacerlo.

Isabel sonrió y dijo:

-No importa. Estoy decidida a no volver a enojarme nunca más.

-Es una decisión admirable. Tu carácter no es muy bueno que digamos.

-No..., no es muy bueno.

La joven dejó el libro que había estado leyendo y tomó el tapete que Pansy dejara sobre la mesa.

-Por eso es por lo que, en parte, no te he hablado hasta ahora del asunto de mi hija elijo Osmond, designando a Pansy de la manera que en él era habitual-. Temía encontrar oposición..., que tú también te hicieses alguna idea sobre la cuestión al ver que había despachado al señor Rosier.

-¿Temías que intercediese por el señor Rosier? ¿No te has dado cuenta de que jamás te he hablado de él?

-Porque nunca te di la oportunidad de hacerlo. Hemos hablado muy poco últimamente, pero sé que es un antiguo amigo tuyo.

-En efecto, es un antiguo amigo mío -admitió Isabel, aunque la verdad era que le importaba menos aún que el tapete que tenía en las manos. Sin embargo, sintió el deseo de no disminuir en nada ante su marido los lazos que al otro la ligaban. Tenía Osmond una manera tal de mostrar su desdén por los demás que no lograba sino acrecentar la lealtad que ella les profesaba, aun cuando, como en el caso de ahora, se tratase de personas insignificantes. A veces, la joven experimentaba grandes accesos de cariño por ciertos recuerdos que no podían aducir más mérito que el de pertenecer a su vida de soltera-. Pero, a pesar de nuestra amistad -añadió-, por lo que a Pansy respecta no le he dado el menor aliento.

-Ha sido una verdadera suerte -observó Osmond.

-Supongo que querrás decir una suerte para mí. A él le importa un comino.

-No vale la pena hablar de él -replicó Osmond-. Ya te he dicho que lo he despachado.

-Sí, pero un enamorado despachado suele convertirse en despechado, y no deja de estar enamorado; a veces, mucho más todavía. El señor Rosier no ha perdido por completo la esperanza.

-Pues va a resultar una molestia. Por lo pronto, mi hija no tiene más que sentarse tranquilamente y esperar hasta verse convertida en lady Warburton.

-¿Te gustaría que lo fuera? -preguntó Isabel con una sencillez mucho menos afectada de lo que podría parecer.

Estaba firmemente decidida a no tomar ninguna determinación, pues Osmond tenía una especial manera de volver en contra de ella todas las determinaciones que tomaba. La base de todas sus últimas cavilaciones había sido la intensidad con que él quería que su hija se convirtiera en lady Warburton. Pero eso se lo guardaba para sí misma, y no reconocería absolutamente nada hasta que Osmond hubiera hablado del asunto. No daría por supuesto que él consideraba a lord Warburton digno de realizar un esfuerzo, cosa completamente desusada en la familia Osmond. La advertencia constante de Gilbert Osmond era que nada en la vida podía constituir para él recompensa suficiente de un esfuerzo, que trataba de igual a igual a la gente más distinguida del mundo y que a su hija le bastaba con tender displicentemente la vista en derredor para tener en seguida un príncipe rendido a sus pies. No obstante, y aun cuando otra de sus afirmaciones habituales era que siempre actuaba de forma coherente, al cabo de un tiempo tuvo que apearse de su creencia y admitir que deseaba a lord Warburton para su hija, y que, si tal aristócrata no caía, seria difícil encontrar otro que pudiera comparársele. Le habría gustado que su mujer aceptase sin más este punto. Pero, por extraño que parezca, ahora que Isabel estaba frente a él y a pesar de que una hora antes se había estado preguntando qué debería hacer para agradarle, resultaba que no se sentía acomodaticia ni con ganas de aceptar las cosas sin más. Sin embargo, sabía exactamente el efecto que en el ánimo de él produciría su pregunta, cuyo resultado podría ser el de la humillación. No importaba. El era perfectamente capaz de humillarla, aunque para ello tuviese que aguardar

una gran oportunidad y, en cambio, se mostrara altivamente desdeñoso con las pequeñas. Y si Isabel no tenía más remedio que echar mano de una oportunidad pequeña, era porque no se le había presentado ninguna de las grandes.

Osmond supo salir muy bien del aprieto diciendo:

-Me gustaría infinito; sería una gran boda. Además, lord Warburton tiene otra ventaja: es un antiguo amigo tuyo y le agradaría entrar en la familia. Verdaderamente es extraño que todos los pretendientes de Pansy sean antiguos amigos tuyos.

-Es natural que vengan a verme, y, al venir, vean a Pansy. Al verla, es natural que se enamoren de ella.

-Eso creo yo; pero tú no tienes por qué creerlo.

-Me gustaría mucho que se casara con lord Warburton -dijo Isabel con toda franqueza-. Es un hombre excelente desde todos los puntos de vista. Tú dices que ella no tiene más que sentarse tranquilamente, pero puede que no se siente tan tranquilamente como tú deseas. Si ve que va a perder al señor Rosier, puede que salte de su asiento.

Osmond hizo como si no hubiese oído tales palabras
y continuó sentado mirando al fuego. Al cabo de un momento, dijo con una voz en la que se percibía cierta emoción de cariño:

-A Pansy le gustaría ser una gran dama; y, sobre todo, le gustaría agradar.

-Al señor Rosier, tal vez.

-No. Agradarme a mí.

-Y un poco también a mí, creo yo -dijo Isabel.

-Cierto, a ti también, porque tiene una gran opinión de ti. Pero, en fin de cuentas, hará lo que yo quiera.

-Si estás seguro de ello, entonces no hay ningún problema.

-Mientras tanto, sería conveniente que nuestro distinguido visitante hablase de una vez.

-A mí ya me ha hablado. Me ha dicho que le causaría un gran placer pensar que Pansy se interesa por él.

Osmond volvió rápidamente la cabeza y la miró fijamente:

-¿Por qué no me lo habías dicho? -preguntó secamente.

-Porque no se había presentado la ocasión. Ya sabes cómo vivimos. He aprovechado la primera oportunidad que se me ha presentado.

-¿Le has hablado de Rosier?

-Unas palabras tan sólo.

-No era en absoluto necesario.

-Me pareció que era mejor que lo supiera para que... para que...

-¿Para qué? Dilo de una vez.

-Pues, para que obrara en consonancia.

-Para que se volviera atrás, sin duda.

-Al contrario; para que se adelantara mientras había tiempo para ello.

-Pues no parece ser ése el efecto producido.

-Debes tener paciencia -repuso Isabel-. Ya sabes que los ingleses son un poco tímidos.

-Ese no lo es. No lo era, al menos, cuando te hizo la corte a ti.

Siempre había temido ella que Osmond tocase tal punto, porque le resultaría muy desagradable. Así, replicó:

-Perdona que te diga que conmigo lo fue mucho.

Se quedó él un momento sin decir nada. Tomó un libro y estuvo hojeándolo distraídamente, mientras que ella continuó sentada en silencio, entreteniéndose en seguir el bordado de Pansy. Por fin, Osmond dijo:

-Tú tienes sin duda una gran influencia sobre él; en cuanto quieras, podrás hacerle abordar el asunto.

Aquello le .resultó más ofensivo todavía, pero se dio cuenta de la gran naturalidad con que él lo dijera y pensó que, después de todo, era algo muy parecido a lo que ella se había dicho a sí misma.

-¿Por qué he de tener tal influencia? ¿Acaso he hecho algo que le obligue a estarme agradecido?

-No quisiste casarte con él -contestó Osmond mirando el libro.

-No tengo por qué presumir gran cosa por ello.

Osmond dejó el libro, se levantó y se puso delante de la chimenea con las manos en la espalda.

-Bien, por mi parte, dejo el asunto completamente en tus manos. Te basta con un poquito de buena voluntad para arreglarlo a satisfacción de todos. Piénsalo despacio y no olvides que cuento contigo para llevarlo a buen término.

Esperó Osmond un momento a fin de dejarle tiempo para que le diese una respuesta, pero ella no contestó absolutamente nada. Visto lo cual, salió despacio del salón, tal como en él había entrado.

42

Si Isabel no contestó, fue porque las palabras de él le habían planteado la cuestión escuetamente y estaba absorta en su contemplación. Existía entre ellos algo que hacía que sus vibraciones fueran en el acto muy hondas, tan profundas que le había dado miedo aventurarse a contestarle. Una vez que él se hubo ido, reclinó la cabeza en el respaldo del sillón, cerró los ojos y permaneció así sentada hasta altas horas de la noche, pensando en lo que acababa de oír. Llegó un criado de la casa para atender el fuego, y ella le ordenó que trajera otros candelabros y se retirase a dormir. Osmond le había pedido que pensara en lo que él había dicho. Y eso estaba haciendo: pensar en ello, y en muchas ,otras cosas. La sugerencia de que ella tenía una influencia decisiva sobre lord Warburton la sobrecogió con el impulso que acompaña al reconocimiento de un hecho real. Indudablemente había entre ellos dos algo que podía hacer que lord Warburton se declarase a Pansy, acaso una simple proclividad por parte de él a aprobar sus deseos, un anhelo de complacerla haciendo lo que ella quería. En realidad, Isabel no se preguntaba a sí misma qué podía haber de cierto, pues no se había sentido forzada a ello en manera alguna; pero ahora que el asunto se le presentaba clara y firmemente vio la respuesta, y la respuesta la asustó. Sí, algo había... por parte de lord Warburton, por supuesto.

La primera vez que él fue a Roma, ella creyó roto por completo el lazo que les uniera antes, pero poco a poco se había ido convenciendo de que todavía existía palpablemente. Bien es verdad que era delgado y quebradizo como un cabello, mas en ciertos momentos diríase que ella lo oía vibrar. Por su parte, nada había cambiado. Lo que en otros tiempos pensara de él, seguía pensándolo ahora; no era necesario que tal manera de sentir cambiase, sobre todo porque ahora ella consideraba que ese sentimiento era mejor. Pero ¿y él? ¿Seguía pensando que ella era más que todas las demás mujeres? ¿Acaso quería evocar los momentos, si bien escasos, de intimidad que ambos pasaran antes juntos? Isabel se daba perfecta cuenta de que había visto en sus ojos señales de semejante disposición de ánimo. Pero ¿qué esperanzas abrigaba, cuáles eran sus pretensiones y de qué modo tan extraño habían llegado a

mezclarse con aquel sincero aprecio que parecía profesarle a la pobre Pansy? ¿Estaba enamorado de la esposa de Gilbert Osmond? Y, si así era, ¿qué consuelo esperaba obtener de todo ello? Una de dos: si estaba enamorado de Pansy, no estaba enamorado de la madrastra; y si estaba enamorado de Isabel, no lo estaba de la hijastra. ¿Debía ella aprovecharse de la ventaja de su posición en el corazón del otro para inducirle a entregarse a Pansy, sabiendo que lo haría sólo por ella y no por la jovencita?... ¿Y era ése el favor que su marido le pidiera antes? Cuando menos, ése era el deber que ella se veía en situación de afrontar, al no poder por menos de reconocer que su antiguo amigo continuaba sintiendo una irremisible predilección por su compañía. De todo lo cual sacaba en conclusión que su cometido no era nada grato, sino bien repulsivo. Se preguntaba con tristeza si, por desgracia, lord Warburton fingía estar enamorado de Pansy a fin de cultivar otra satisfacción y algo más, que podría llamarse otras oportunidades. Pero, después de pensarlo bien, le absolvió de semejante refinamiento de duplicidad y prefirió considerar que actuaba de buena fe. Aunque, si su enamoramiento de Pansy resultaba una desilusión, no era eso, en verdad, mejor que si fuese una ficción. Isabel se perdió en el dédalo de todas estas ingratas posibilidades, muchas de las cuales, al enfrentarlas, le parecieron sumamente feas. Se frotó los ojos como para salir de aquel laberinto, declarándose a sí misma que, si su imaginación no la honraba grandemente, mucho menos la honraba todavía la de su señor esposo. Lord Warburton se había desinteresado de ella tanto como era necesario; Isabel no significaba para él más de lo que debía significar. Y decidió aceptar esta manera de pensar hasta que no se demostrase lo contrario mediante algo más eficaz que una cínica insinuación de Osmond.

No obstante, tal decisión no le proporcionó la paz que su espíritu había menester, dominado como estaba por terrores que se adueñaban de su pensamiento en cuanto se les ofrecía el menor lugar para asentarse allí. Apenas si llegaba a darse cuenta de lo que lo había agitado, a no ser la impresión que aquella tarde recibiera al ver que su marido mantenía con madame Merle una comunicación mucho más directa de lo que ella hubiese podido jamás sospechar. Tal impresión se le presentaba, volvía a presentársele y retornaba de nuevo a su mente, y se asombraba de que no se le hubiese ocurrido antes. Aparte de ello, la conversación que acababa de mantener con Osmond era una prueba flagrante de cómo llegaba él a marchitar todo aquello en lo que ponía sus manos, de cómo echaba a perder para ella aquello en lo que posaba sus ojos. Bien estaba lo de tratar de ofrecerle una prueba de lealtad; lo malo era que el solo hecho de saber que él esperaba algo de una era más que sobrado para suscitar una presunción en contra suya. Era como si llevara consigo el mal de ojo, como si su presencia produjera agotamiento y su favor resultara una desgracia. Ahora bien, ¿radicaba en él semejante defecto o se debía a la profunda desconfianza que había llegado a inspirarle? Semejante desconfianza se le aparecía actualmente como el resultado más patente de su breve vida de casados. Entre los dos se abría un profundo abismo por encima del cual ambos se miraban uno a otro con ojos que eran como una irrebatible declaración de la decepción recíprocamente sufrida. Era aquélla una oposición en verdad extraña, que jamás hubiera Isabel soñado que llegase a producirse y en la que el principio vital de cada uno era una especie de desprecio por el otro. Ella no tenía la culpa, pues no había alimentado la decepción; no había hecho más que admirarle y creer en él. Ella dio los primeros pasos en el terreno de la confianza más pura, pero no tardó en darse cuenta de que el panorama de la vida múltiple que a sus ojos se ofrecía no era sino una estrecha y oscura avenida en cuyo final se elevaba un muro impenetrable. En vez de elevarla a la cumbre de la felicidad para que, desde allí, pudiera decir que el mundo yacía a sus pies hasta el extremo de permitirle mirar hacia abajo con exaltación y prepotencia, juzgar, decidir y compadecer a su antojo, aquella avenida conducía más bien hacia abajo, hacia regiones de escasez y depresión donde el sonido de las vibraciones de otras vidas más libres y sosegadas se escuchaba como venido de arriba, no contribuyendo, por tanto, más que a ahondar el sentimiento del fracaso. Lo que ante sus ojos

oscurecía el mundo por completo era, en resumidas cuentas, la profunda desconfianza que de su esposo sentía. Tal sentimiento es fácil de mencionar, pero no tan fácil de explicar, y tan complicado resultaba en su manera de ser que necesitó largo tiempo y hondo sufrimiento para alcanzar su perfección de aquel entonces. En Isabel el sufrimiento era una especie de condición activa; no era un estremecimiento, ni una desesperación, ni un estupor, sino una pasión por lo mental, lo especulativo, por responder a cualquier presión. Se enorgullecía de haber guardado para sí misma el secreto del fracaso de su fe, y el único que podía sospecharlo era Osmond. Seguramente éste lo sabía de sobra, y había veces en que ella pensaba que le resultaba un verdadero placer. Semejante realidad no se hizo patente de forma súbita, sino que fue presentándose poco a poco, pues únicamente al final del primer año de su vida en común, que tan admirablemente íntima pareciera al principio, escuchó ella en su interior la voz de alarma. E inmediatamente después, las nubes comenzaron a adensarse, como si deliberadamente, casi perversamente, Osmond se hubiese complacido en ir apagando todas las luces una tras otra. Al principio, la oscuridad era vaga y leve hasta el punto de que ella podía seguir viendo su camino a través de ella; pero no tardó en espesarse, y si de vez en cuando parecía aclararse en algunos puntos, había siempre regiones de la perspectiva donde las sombras resultaban impenetrables. No eran pura emanación de su intelecto tales sombras, de eso estaba segura Isabel, que había hecho cuanto en su mano estaba por ser justa y afable por no ver más que la verdad. Eran una parte, una especie de creación y consecuencia de la presencia de su marido. No eran ni desvaríos ni delitos suyos, de nada le acusaba... a no ser de algo que en realidad no era un pecado, una falta, un crimen. No sabía ella de mala acción alguna por él cometida; no era cruel ni violento. Lo único que creía Isabel era que la detestaba. Eso y no otra cosa era lo que le reprochaba, y lo más triste de todo era que aquello no constituía precisamente un crimen, pues ante un crimen era indudable que habría podido rebelarse. Osmond había descubierto que ella era muy diferente de lo que él había creído que podía llegar a ser. Al principio pensó que podría cambiarla, y, por su parte, ella trató de hacer lo que él quería. Pero, después de todo, ella era ella..., no lo podía remediar, y ahora resultaba completamente inútil fingir, poniéndose una máscara o un disfraz, porque él la conocía ya perfectamente y se había hecho su composición de lugar. Isabel no le temía, no tenía miedo de que la hiriese, pues la mala voluntad que le profesaba no era de semejante índole. A ser posible, él no le daría jamás el menor pretexto, ni cometería el menor error. Había veces en que ella casi le compadecía, porque si bien no había llegado a decepcionarle en la intención, se daba cuenta perfectamente de hasta qué punto le había decepcionado en realidad. Cuando se conocieron, ella quiso borrarse casi del todo, empequeñecerse, incluso pretendiendo que era más pequeña de lo que realmente era. Ello se debía a que sucumbió al encanto extraordinario que, por su parte, se había esforzado él en mostrar. Osmond no había cambiado, y, durante el año que duró su cortejo, no se distinguió en nada por encima de ella. Pero la verdad es que ella no vio más, que no logró ver más que la mitad de su verdadero carácter, como se ve el disco de la Luna cuando queda tapado en parte, durante un eclipse, por la sombra de la Tierra. Ahora, en cambio, veía toda la Luna, al hombre completo tal cual era. Sin embargo, había permanecido en silencio a fin de dejarle el campo libre, y a pesar de ello había tomado la parte por el todo. ¡Ah! No cabía la menor duda de que había sucumbido al hechizo, y éste no se había desvanecido, continuaba actuando. Ella sabía de sobra qué era lo que hacía tan extraordinariamente delicioso a Osmond cuando a él se le antojaba serlo. Se le antojó serlo cuando le hacía la corte, y, como ella no deseaba sino que la encantaran, no era de extrañar que él lo hubiese logrado. Y lo consiguió porque entonces fue sincero, y ahora jamás se le ocurría a ella negar que lo hubiera sido. El la admiró y le explicó el porqué de su admiración: porque era la mujer más imaginativa que había conocido. Nada se oponía a que eso fuera la verdad, pues durante todos aquellos meses su imaginación construyó cosas que parecían privadas de sustancia real. Ella concibió una visión maravillosa de él, alimentada

por sensaciones sorprendentes y una fantasía exaltada, porque no leyó bien en su alma. Le había llamado la atención una especial combinación de elementos, en los cuales ella había querido verle como la más notable de todas las figuras. El hecho de que fuera pobre y estuviese solo, y a pesar de ello mantuviera una altiva dignidad, la interesó profundamente y pareció ofrecerle la oportunidad anhelada. Diríase que todo parecía rodearle con una belleza indefinible, belleza que no era sólo la de su situación sino que incluso se extendía a su figura física, a su rostro, a su inteligencia. Al mismo tiempo, Isabel se había dado cuenta de que él carecía de protección y de eficacia, y el sentimiento que tal carencia le inspiró se transformó en un cariño que era la forma misma del respeto. A sus ojos, él era una especie de viajero escéptico que se paseara por la playa esperando que subiera la marea, mirando al mar, pero sin atreverse a lanzarse a él. Y he aquí donde ella veía la ocasión que le estaba deparada. Ella botaría el barco que él necesitaba, sería su providencia. Y pensó que debía de ser una gran cosa amarle de veras. Y le amó. Ansiosamente le amó, ardientemente se le entregó, en gran parte por lo que halló en él, pero en gran parte también por lo que ella le aportaba y que podía enriquecer la dádiva. Cuando, en sus momentos de reflexión, volvía la vista hacia aquellas semanas, le parecía ver en todo ello tina especie de instinto materno, la felicidad que experimenta una mujer consciente de que va a contribuir soberanamente a la felicidad del ser amado, de que va hacia él con las manos llenas. Bien claro veía ahora que no lo habría hecho de no ser por su dinero. Y al llegar a este punto su pensamiento voló en pos del pobre señor Touchett, que dormía su sueño eterno allá lejos, bajo el húmedo césped de la tierra inglesa, hacia el benéfico autor de tantas y tantas angustias e infortunio. Porque esta y no otra era la fantástica realidad. En el fondo, aquel dinero había constituido una verdadera carga, había caído como una losa sobre ella, que experimentaba el deseo de ceder su peso a otra conciencia, a otro receptáculo mejor preparado. ¿Y qué podría descargarle la conciencia tan perfectamente como el ceder aquel peso al hombre de mejor gusto del inundo? A menos que lo hubiese donado a un hospital, no había cosa mejor en qué emplearlo, y no existía institución caritativa de ninguna clase que le inspirara interés tan profundo como Gilbert Osmond. El podría emplear su fortuna de modo que la hiciese a ella pensar mejor sobre el echo de poseerla y la despojara de ciertas prevenciones contra su buena suerte y su inesperada herencia. No existía delicadeza alguna en el hecho de haber heredado sesenta mil libras; la delicadeza estaba en el señor Touchett, que había tenido la idea de dejárselas. Pero, en lo de casarse con Gilbert Osmond y aportarle tan considerable suma de dinero..., en eso sí había delicadeza por parte de ella. Por parte de él, desde luego, había mucha menos, era cierto; mas eso era cosa exclusivamente suya, y, si la quería, no tendría por qué hacer objeción alguna por el hecho de que fuese rica. En efecto, ¿no había él tenido el valor de decirle que se alegraba de que lo fuese?

Isabel sintió que el calor le quemaba las mejillas al pensar y preguntarse si, en realidad, había contraído matrimonio sobre la base de una falsa creencia, pensando poder hacer algo verdaderamente digno de aprecio con su dinero. A lo cual podía en el acto contestarse que aquello no era sino la mitad del cuento. Lo cierto es que se había adueñado de ella una especie de ardor, una sensación de la seriedad de su cariño y de deleite por las cualidades personales del futuro esposo, que le parecía mejor que todos los demás. Este supremo convencimiento de tal superioridad le llenó por completo el espíritu durante meses y meses, y aún le quedaba de sobra para hacerle comprender que, cuando así lo hizo, no podía obrar de otra manera. El mejor de todos los organismos -en el sentido de la sutileza- había llegado a pertenecerle, y para ella, en aquel entonces, llegó casi a constituir un acto de devoción el mero hecho de alargar la mano y sentir su contacto. Por lo que respecta a la belleza extraordinaria de la inteligencia de su amado, no había sentido jamás la menor decepción; conocía perfectamente aquella facultad. Con ella había vivido, casi parecía que dentro de ella, como si hubiese sido su propia morada. Si había sido capturada, había hecho falta una mano poderosa,

reflexión que a sus ojos entrañaba cierto mérito por su parte. No había encontrado hasta la fecha entendimiento más ingenioso, flexible, cultivado y acostumbrado a los ejercicios admirables; y era precisamente con instrumento espiritual tan exquisito con el que debía ella actuar en lo sucesivo. Así, cayó en un desaliento profundo cuando pensó en la magnitud de la decepción por él experimentada. Por ello era hasta casi milagroso que no la detestase más todavía. Acordábase perfectamente de la primera señal que diera él de semejante actitud y que fue como el timbre que hizo levantar el telón antes de la representación del drama de su vida. Un día le dijo que tenía demasiadas ideas y que debía deshacerse de ellas, cosa que ya le dijera también antes del matrimonio y a la que entonces ella no prestara atención, pero a la que había vuelto después a la carga. Cuando se lo dijo una vez casados, ella hubo de tomarlo en consideración porque vio que él pensaba lo que decía y decía lo que quería. Superficialmente consideradas, aquellas palabras no eran en realidad gran cosa; pero, vistas luego a la luz de la profunda experiencia, le parecieron portentosas. Es decir, que si él decía lo que pensaba, lo que quería era que no tuviese de sí misma más que su linda apariencia externa. De tal suerte, Isabel había sabido que tenía demasiadas ideas; pero el caso es que tenía aún más de las que él suponía, muchas más de las que ella le había mostrado cuando le pidió que se casaran. Cierto, había sido hipócrita, pero era porque le gustaba tanto... Sin duda tenía muchas ideas propias, pero precisamente para eso se casaba una, para compartirlas con otra persona. En último término, una o podía arrancarlas de cuajo, si bien podía suprimirlas, procurar no proclamarlas. Lo de menos había sido lo que él dijera de sus opiniones; nada, en verdad. Ella no tenía realmente opiniones; ninguna, desde luego, que no hubiese estado pronta a sacrificar por la satisfacción de sentirse amada. Lo que él había querido significar era el conjunto, es decir su carácter, su manera de sentir, su propio juicio. Eso era lo que ella se había reservado y lo que él no había conocido hasta que se encontró cara a cara frente a ello y como con la puerta cerrada a su espalda. Ella tenía una manera de considerar la vida que a él le parecía una ofensa personal. ¡Sabía Dios que, por lo menos ahora, era una manera muy adaptable y humilde! Lo extraño es que, al principio, jamás habría Isabel sospechado que la manera de él fuese tan diametralmente opuesta. Había creído que era tan amplia, ilustrada y perfecta como correspondía a un hombre honrado y a un caballero. ¿Acaso no le había dicho él que no tenía supersticiones de ninguna especie, que carecía de tristes limitaciones, que todos sus anteriores prejuicios habían fenecido? ¿Acaso no tenía la apariencia de un hombre que vive independiente del mundo, ajeno a toda preocupación de segundo orden, exclusivamente preocupado por la verdad y el saber, convencido de que dos seres inteligentes deben darse a la tarea de buscarlos juntos y sentirse felices con su búsqueda, los encuentren o no los encuentren? Le había él declarado que le gustaba lo convencional, pero eso tenía en cierto sentido los visos de una declaración bien noble. En tal sentido -el de la armonía, el orden y la conveniencia en todas las cuestiones ya establecidas en la vida- ella aceptó de buen grado sus puntos de vista, y todas su admoniciones no contenían para ella nada de humillante. Pero cuando, al cabo de los meses, le siguió hasta llegar a su morada, se dio cuenta exactamente del lugar donde verdaderamente estaba.

En su imaginación revivió aquellos instantes, el incrédulo terror que se había adueñado de ella y con el que afrontó su nueva morada. Desde entonces había vivido entre las cuatro paredes de aquella mansión, y entre ellas le parecía que debía pasar el resto de su vida. Era una morada de oscuridad, de sordera, de sofocación. La maravillosa mente de Osmond no le proporcionaba luz ni aire; en todo caso, parecía mirar hacia abajo por una alta claraboya y burlarse de ella. No había habido sufrimiento físico de ninguna clase, por supuesto; a tales sufrimientos se les halla remedio eficaz bien pronto. Tenía libertad completa; podía entrar y salir como le pluguiese, y su marido era siempre perfectamente cortés con ella.

Pero se tomaba tan en serio a sí mismo que casi resultaba espantoso. Bajo su aspecto de gran cultura, de ingeniosidad, amenidad, buen carácter, facilidad para todo, conocimiento

de la vida, bajo todo eso yacía su tremendo egocentrismo, oculto como una serpiente en un macizo de flores. Por su parte, ella le había tomado también en serio, mas no hasta tal extremo. ¿Cómo podía ser de tal suerte, sobre todo cuando le había conocido siendo mucho mejor? Debía verle como él se veía a sí mismo: como el hombre más grande de Europa. Así es como lo consideró al principio; y ésa fue, desde luego, la razón por la que se casó con él. Pero, en cuanto empezó a darse cuenta de lo que todo ello suponía, fue haciéndose atrás. Había mucho más en aquel compromiso de lo que ella estaba dispuesta a aceptar. Suponía un desprecio soberano por todo el mundo, excepto tres o cuatro personas sumamente eximias a las que Osmond envidiaba, y un no menor desprecio por todo lo del mundo salvo media docena de ideas suyas. Todo lo cual estaba muy bien e incluso se sentía capaz de acompañarle en tal manera de ser más lejos todavía, pues le mostraba con tanta fuerza la bajeza y suciedad de vida, le abría hasta tal punto los ojos ante la estupidez ajena, la depravación y la ignorancia de la humanidad, que había quedado profundamente impresionada por la vulgaridad infinita de las cosas y por la virtud de conservarse incontaminado. Pero, después de todo, para tal mundo innoble era para el que uno tenía que vivir, el que había de contemplar constantemente con sus propios ojos, no ya con el deseo de ilustrarlo, convertirlo o redimirlo, sino para extraer de él algún reconocimiento de la propia superioridad. Si por una parte podía decirse que tal cosa era despreciable, por la otra proporcionaba un baremo. Osmond le había hablado a Isabel de sus renuncias, su indiferencia, la facilidad con que desdeñaba los concursos ajenos en el logro del éxito; todo lo cual era verdaderamente admirable a los ojos de ella, que consideraba tal manera de ser como una gran indiferencia, como una independencia exquisita. Sin embargo, la indiferencia era la última de sus cualidades, pues ella no recordaba haber visto jamás a ninguna otra persona que viviera tan pendiente de los demás. En cambio, Isabel podía decir sin ambages de ninguna especie que lo que más le interesaba siempre era el mundo, y que nada le apasionaba tanto como el estudio de los demás seres humanos. No obstante, habría estado dispuesta a renunciar a todas sus curiosidades y simpatías por una vida personal, a condición de que la persona interesada le hiciese creer que con ello obtenía un verdadero beneficio. Tal era, cuando menos, su actual convicción, y habría sido sin duda alguna mucho más sencillo que preocuparse por la sociedad hasta el extremo que Osmond se preocupaba.

No le era posible vivir sin ella, e Isabel constataba que nunca hasta entonces lo había hecho, pues siempre estaba contemplándola desde la ventana, incluso cuando más indiferente parecía. Acariciaba él su propio ideal, de igual manera que ella había tratado de lograr el suyo; mas era verdaderamente extraño ver de qué distinto modo buscaban dos personas la realización de la justicia. Consistía el ideal de Osmond en una gran prosperidad y en la posesión de cuantiosa riqueza, en llevar una vida aristocrática que él creía, según Isabel veía ahora con claridad meridiana, haber llevado siempre, al menos en lo esencial. Ni un solo instante dejaba él de pensar en ello, nunca se habría repuesto de la vergüenza que le hubiese causado haber pensado en algo distinto. Pero no era eso lo censurable; le parecía a ella perfectamente, y se mostraba de acuerdo con tal manera de ser; el escollo estaba en que los dos aplicaban, a la realización de un posible único ideal, procedimientos e ideas, deseos y asociaciones completamente distintos. La noción que Isabel tenía de la vida aristocrática era sencillamente la unión de una gran cultura con una gran libertad, correspondiendo a la cultura infundir la sensación del deber, y a la libertad, la sensación del posible disfrute. Para Osmond, en cambio, todo era una actitud perfectamente estudiada y consciente, cuestión de puras formas. Él prefería lo antiguo, lo consagrado, lo transmitido de generación en generación; también a ella le gustaba infinito todo eso, pero se reservaba el derecho de utilizarlo como mejor le pareciese. Profesaba él un culto extraordinario a la tradición, y una vez llegó a decirle que lo mejor del mundo era tenerla, y que, si alguien era tan desgraciado que no la tenía, su obligación era hacer en el acto cuanto le fuera posible para obtenerla. Isabel se daba

perfecta cuenta de que con tales palabras quería darle a entender que ella carecía de semejante tradición y que, por tanto, él era superior, pese a lo cual jamás llegó a saber de dónde arrancaban las tradiciones de que él parecía blasonar. Por descontado, tenía una gran colección de ellas, y su esposa no tardó en comenzar a verlo. Lo esencial, al parecer, era conducirse de acuerdo con ellas..., lo esencial no sólo para él sino también para su mujer. Isabel estaba vagamente convencida de que las tradiciones debían ser algo de calidad extraordinariamente superior para poder servir al que las poseyera, de suerte que nunca se prestó a su exigencia de marchar al son de una música antigua que parecía venir de los períodos ignotos del pasado de su marido; imposible habría de ser prestarse a eso, siendo, como ella era, persona de tan libre porte, tan desviado, variable y rebelde a cuanto significara rigidez procesional. Había cosas que debían forzosamente hacer, personas que debían conocer y otras que no debían conocer, actitudes fijas que debían adoptar. Cuando ella se percató de que semejante rígido sistema se cerraba en torno suyo, por envuelto que estuviera en pintados tapices, apoderóse de su ánimo la sensación de sofoco, ahogo y oscuridad a la que ya nos hemos referido, y antojósele que tenía que callar envuelta en un olor a moho y a cosa periclitada. Ni que decir tiene que se resistió a ello; al principio, lo hizo de manera irónica, humorística, afectuosa; luego, a medida que la situación se tornaba más seria, de manera apasionada, con ansiedad, suplicando. Había abogado en defensa de su mutua libertad de acción, de obrar como mejor les pareciera, de no preocuparse por el aspecto ni la clasificación ajena de su vida conjunta..., en favor de otros instintos y anhelos, de un ideal diferente.

Entonces fue cuando la personalidad de su esposo, revestida como nunca antes lo estuviera, se irguió con firmeza. Lo que Isabel se aventuraba a decir no merecía más que sarcasmo por respuesta, y al fin llegó a comprender que su marido se sentía inefablemente avergonzado de ella. ¿Acaso la consideraba baja, innoble y vulgar? Cuando menos, ahora sabía que carecía de tradiciones. En su minuciosa previsión de las cosas y acontecimientos no figuraba el que ella revelase semejante falta de altura; a su juicio, los sentimientos de Isabel eran, a lo sumo, dignos de un diario radical o de un predicador unitario. Como ella descubrió finalmente, el verdadero pecado consistía en tener una inteligencia independiente. Su inteligencia tenía que pertenecerle a él, estar adherida a la suya como un jardincillo a un gran coto de caza mayor. El se encargaría de remover suavemente la tierra y de regar las flores, él dispondría los macizos y de vez en cuando prepararía un ramo florido. Sería una diminuta y grata propiedad para un propietario harto distante. No quería él que ella fuese tonta. Al contrario, si por algo le gustó fue porque era en extremo inteligente. Pero esperaba que aquella inteligencia actuase a su favor y, lejos de desear que el entendimiento de su esposa fuese nulo, se enorgullecía de que fuera tan admirablemente receptivo. Había confiado que su esposa sintiera con él y para él, que compartiera todas sus opiniones, ambiciones y preferencias. E Isabel no tenía más remedio que decirse a sí misma que, después de todo, no representaba una extraordinaria insolencia por parte de un marido tan completo y, en un principio, tan cariñoso. No obstante, había muchas cosas que no podía en modo alguno aceptar. Por lo pronto, eran escandalosamente sucias. Si bien ella no era hija de puritanos, creía en ciertos sentimientos y virtudes como los de la castidad e incluso la decencia, por los que, al parecer, no tenía Osmond la menor consideración; y algunas de tales tradiciones le hacían rechazar los líos de faldas. ¿Tenían, por ventura, amantes todas las mujeres? ¿Acaso todas mentían y obtenían de ello buena recompensa? ¿Era cierto que no existían sino dos o tres que no engañasen a sus maridos? Cuando Isabel le oyó decir tales cosas, sintió por ellas todavía más desdén que por los comadres de pueblo, desdén que logró conservar con toda su frescura aun en una atmósfera sumamente viciada. ¿Viciada tal vez por su hermana política? ¿Es que su marido no juzgaba más que por la actitud de la condesa Gemini? Tal dama no sólo mentía descaradamente, sino que incluso ponía de manifiesto que el engaño no era cosa

simplemente verbal. Ya resultaba, pues, bastante que tales hechos estuviesen admitidos por las tradiciones de Osmond, ya era más que bastante sin darles una extensión más general. El sarcasmo por ella mostrado ante tal admisión fue lo que hizo a Osmond estirarse, erguirse orgullosamente. Atesoraba él desprecio para dar y vender, y era justo que su esposa recibiese la parte alícuota que le correspondía. En cambio, lo que no podía en modo alguno admitir era que ella se permitiese enfocar con la linterna de su desdén aquella concepción de las cosas por él mantenida. Creyó Osmond que debía haber moldeado las emociones de ella antes de que se hubiera producido tal estado de cosas, e Isabel podía fácilmente columbrar hasta qué punto debió de quedarse sorprendido al descubrir que se había confiado en exceso. Y cuando un hombre tiene una esposa que le produce semejante sensación, no le queda más remedio que aborrecerla.

Isabel estaba ya absolutamente convencida de que tal sentimiento de odio, que en un comienzo constituyó un refugio y un mero solaz, había acabado por convertirse en una verdadera ocupación y en el consuelo de su vida. Tal sentimiento era profundo porque era sincero, y Osmond llegó a tener la revelación clarísima de que ella podría, después de todo, prescindir de él. Si a los mismos ojos de ella semejante obra resultaba abrumadora, si llegaba a antojársele a Isabel una especie de infidelidad, una capacidad para la corrupción posible, ¿qué efecto desolador y formidable no había de causarle a él? La cosa era bien sencilla: él la despreciaba profundamente porque carecía de tradiciones y tenía la moral de un pastor protestante unitario. ¡Y la verdad es que la pobre Isabel jamás había entendido la teoría de la secta unitaria! Con tal certidumbre había estado viviendo durante un tiempo del que ya había perdido la noción. ¿Qué vendría luego, qué le aguardaba en el horizonte de la vida conyugal? Esta era la pregunta que ahora se hacía constantemente. ¿Qué iba a hacer él, qué iba a hacer ella? ¿A dónde podía llegarse cuando un hombre odiaba a su esposa? En cambio, ella tenía el convencimiento de que no le aborrecía, pues muy a menudo sentía la imperiosa necesidad de ofrecerle una pequeña demostración de su deseo de agradarle, alguna delicada sorpresa. Sin embargo, con frecuencia sentía miedo cuando le venía a las mientes, como ya hemos dicho, el recuerdo de haberle engañado al principio. Estaban, en verdad, extrañamente casados y su vida en común era realmente horrible. Durante la última semana apenas le había dirigido la palabra y su actitud con ella era tan seca como una hoguera consumida. Isabel sabía cuál era la razón de tal actitud: que Ralph Touchett estaba en Roma. Le parecía que veía demasiado a su primo; la semana anterior, sin ir más lejos, le había dicho que consideraba indecente que fuese a verlo a su hotel. Seguro que habría dicho más todavía si no le hubiese puesto en evidencia el estado de completa invalidez del pobre Ralph; pero el haber tenido que contenerse por tal consideración había ahondado aún más el abismo entre ellos existente y aumentado aún más su disgusto. Isabel veía todo aquello con la misma claridad con que veía la hora en el reloj de enfrente, y era tan consciente de la rabia que en Osmond suscitaba el interés por ella demostrado hacia su primo como si la hubiese encerrado en su habitación, que estaba segura de que era lo que habría querido hacer. Pensaba Isabel honradamente que su actitud no era en absoluto desafiante, pero no podía fingir que Ralph le era indiferente. Creía sinceramente que estaba muriéndose y que no volvería a verle más, lo que le infundía hacia su primo un cariño que jamás sintiera antes en tal forma. Nada le proporcionaba ya el menor placer. ¿Cómo podría algo causar placer a quien, como ella, sabía perfectamente que había desperdiciado por completo su vida? Su corazón soportaba un peso constante y todo parecía alumbrado con una luz mortecina. De tal suerte, la visita de Ralph vino a ser como una claridad en las tinieblas, pues durante la hora que solían pasar juntos, la tortura del dolor que por ella misma experimentaba tornábase en dolor sufrido por causa de él. Aquel día sintió ella como si Ralph fuera su hermano. No había tenido ningún hermano, pero presentía que, si lo hubiera tenido y si ella se hubiese hallado en el estado de desasosiego en que ahora se hallaba y él moribundo, lo habría querido de igual forma que entonces quería a Ralph. Cierto, si

Osmond estaba celoso de ella, tal vez tenía sus razones, porque Isabel lo veía con un aspecto realmente deplorable tras pasar media hora en compañía de Ralph. No era necesario que hablasen de él, ni siquiera que lo mencionaran. Su nombre no era jamás pronunciado entre los dos. La única razón de ello consistía en que Ralph era un hombre generoso y su marido no lo era en absoluto. Había algo en la conversación de Ralph, en su sonrisa, en el hecho de su permanencia en Roma, que hacía que el maldito círculo en que ella se movía ensanchara de pronto su diámetro. Su primo le hacía ver y sentir la bondad del mundo, lo que podía haber sido. Después de todo, Ralph era tan inteligente como Osmond, amén de ser infinitamente más bueno. De tal suerte, le parecía a ella una demostración de afecto hacia él no hacerle partícipe de su desgracia. Por eso la ocultaba cuidadosamente, hasta el extremo de que diríase que, en su conversación, estaba todo el tiempo corriendo cortinas y colocando biombos aquí y allá. Aún tenía viva en la imaginación -jamás llegó a morir en ella- aquella mañana en el jardín de Florencia, cuando él la había prevenido contra Osmond. No tenía más que cerrar los ojos para ver inmediatamente el lugar, oír su voz, sentir la palpitación suave y acariciadora del aire. Y se preguntaba cómo podía él haberlo adivinado. Le parecía un verdadero milagro semejante capacidad de visión. ¿Era, pues, tan inteligente como Osmond? No tanto, sino mucho más tenía que serlo para haber llegado a concebir semejante juicio. Nunca había sido Gilbert ni tan profundo ni tan justo. Isabel le había dicho entonces que, por lo menos en cuanto de ella dependía, nunca sabría él si hacía bien o mal; y eso era precisamente lo que procuraba en esos momentos. Le resultaba un poco trabajoso, ya que en lograrlo ponía su pasión, su exaltación, incluso su religión. Las mujeres practican a veces la religión de muy extraña manera, con raros ejercicios, e Isabel, al representar el papel que ante su primo estaba representando, creía firmemente estar haciendo una buena obra. En realidad, lo habría sido si por un solo instante hubiese logrado engañarle. En la situación actual, la buena obra consistía principalmente en hacerle creer que una vez él la hirió gravemente, lo que redundaba en desdoro suyo; pero, como era generosa y él estaba enfermo, ella no le guardaba rencor e incluso no dudaba en hacer ostentación de su propia dicha en la cara del otro. Ralph sonrió en el sofá donde estaba tendido al oír que era objeto de semejante consideración, y la perdonó, complacido por el hecho de que ella le hubiese perdonado a él. Isabel no quería causarle el dolor de hacerle saber que era desgraciada. Eso era lo esencial, y no importaba que semejante conocimiento le hubiese dado la razón.

Isabel permaneció largo tiempo en el salón después de que el fuego se hubo apagado. No era de temer que sintiera frío, pues se hallaba en un estado febril. Oyó sonar las horas una tras otra, pero en su vigilia no hizo caso del tiempo. Su mente, asaltada por varias visiones, funcionaba con actividad extraordinaria; y las visiones podían bailar mejor su ronda en torno a ella en aquel lugar, donde estaba sentada, que en otro, sí tuviera la cabeza en la almohada y quisieran perturbar su sueño. Como ya hemos dicho, no creía ella que su actitud fuese desafiante. ¿Qué mejor prueba de ello que el haberse pasado allí media noche, tratando de convencerse a sí misma de que no había más razón para que Pansy no se casase que para que una no echase una carta al correo, por ejemplo? Cuando sonaron las cuatro en el gran reloj, Isabel se levantó, disponiéndose a irse a la cama, pues hacía ya tiempo que la lámpara se había apagado y las velas se habían consumido. Antes de abandonar el salón, se detuvo y de nuevo acudió a su mente la escena allí vista, con su esposo y madame Merle departiendo sin preocuparse de nada y en franca asociación familiar.

Tres noches después, Isabel llevó a Pansy a una gran fiesta, a la que Osmond, enemigo de ir a bailes, no las acompañó. Pansy estaba tan dispuesta a bailar como de costumbre. No tenía por norma generalizar, de suerte que no aplicaba a los demás placeres aquella severa prohibición que veía impuesta sobre los del amor. Que estuviese tomándose el tiempo necesario o que tratara de embaucar a su padre era cosa que habría acusado en ella cierta previsión del éxito posible. Isabel no creía que hubiera nada de semejante intención y pensaba que Pansy se había limitado a ser una buena muchacha. Nunca había tenido ocasión tan propicia y ella estimaba grandemente las buenas ocasiones. Consagró, pues, a su persona la atención acostumbrada y contempló con la misma ansiedad de siempre su vaporoso vestido; asió con firmeza su ramo y contó las flores por lo menos veinte veces. A su lado, Isabel se sentía vieja. Le parecía que hacía un tiempo infinito desde que ella sintiera agitación al ir a un baile. Pansy, que gozaba de la admiración general, poco después de llegar tenía ya todos los bailes comprometidos y confió inmediatamente su ramo a Isabel, que no bailaba, para que se lo guardase. Hacía algunos minutos que Isabel lo sostenía cuando reparó en la presencia cercana de Edward Rosier, que estaba de pie ante ella; su amable sonrisa se había desvanecido y su mirada acusaba una decisión casi militar. Si Isabel no hubiese pensado que la situación de su amigo estaba a punto de ser verdaderamente desesperada, no habría podido por menos de sonreír al ver aquella adusta apariencia en quien siempre había olido más a heliotropo que a pólvora. El la miró un instante con cierto enojo, como para hacerle saber que era hombre peligroso, y luego se fijó en el ramo. Tras haberlo examinado a satisfacción, suavizó la fiereza de su mirada y dijo precipitadamente:

-Son pensamientos[2], ¡debe de ser de ella! Isabel sonrió amablemente.

-Sí, es su ramo -contestó-. Me ha encargado que se lo guarde.

-¿Puede dejármelo un momento, señora Osmond?

-No, no puedo. Tengo miedo de que quiera quedárselo.

-No estoy seguro de que no intentase hacerlo. Tal vez me marcharía enseguida con él. Pero ¿no puedo, por lo menos, quedarme una de sus flores?

Dudó Isabel un instante, y, luego, tendiendo el ramo, dijo:

-Escójala usted mismo. Es una temeridad lo que estoy haciendo por usted.

-¡Ah, si no hace usted más que esto, señora Osmond! -exclamó Rosier poniéndose el monóculo para escoger una florecilla.

-No se la ponga en el ojal -le pidió Isabel-. No lo haga por los demás.

-Quisiera que ella lo viese. Se ha negado a bailar conmigo, pero me gustaría hacerle ver que aún sigo creyendo en ella.

-Está muy bien eso de hacérselo ver a ella, pero fuera de lugar el hacérselo ver a los demás. Su padre le ha prohibido que baile con usted.

-¿Eso es todo lo que puede hacer usted por mí? La verdad, esperaba mucho más de usted, señora Osmond -exclamó el joven sin entrar en detalles-. Ya sabe que somos viejos amigos..., desde el tiempo de nuestra inocente infancia.

-No me envejezca demasiado -repuso Isabel con amable paciencia-. Siempre está usted con lo mismo, y yo no lo niego nunca. Pero, por dejos amigos que seamos, debo decirle que, si usted me hubiese pedido que nos casáramos, me habría negado en el acto.

-¡Ah! Ya veo que usted no siente aprecio por mí. Diga de una vez que me considera un parisiense frívolo.

-Le aprecio de veras, pero no estoy enamorada de usted. Desde luego, lo que quiero decir es que no estoy enamorada de usted para Pansy.

-Está bien..., comprendo. Usted me compadece..., eso es todo.

[2] «Pansy»: pensamiento.

Edward Rosier miró a su alrededor, muy apenado, a través de su brillante monóculo. Para él resultaba una verdadera revelación que la gente no se mostrase complacida a su respecto, pero, al fin y al cabo, era demasiado orgulloso para demostrar que tal deficiencia le afectaba hondamente.

Isabel permaneció callada un instante. La actitud y apariencia de su amigo no tenían la dignidad de la honda tragedia, pues lo primero que a ella le impedía pensar era aquel monóculo reluciente. Pero, de pronto, se sintió conmovida. Después de todo, su desdicha tenía algo en común con la del otro, y cayó en la cuenta de que, más que nunca -de forma reconocible, si bien no romántica-, aquello era lo más emotivo del mundo: el amor joven en lucha contra la adversidad. Así, al cabo de un momento le preguntó afablemente:

-¿Sería usted verdaderamente bueno con ella?

Bajó él mansamente los ojos, llevó a sus labios la florecilla que tenía entre los dedos y, mirándola, dijo:

-Usted me compadece a mí, pero ¿por qué no siente también un poco de lástima por ella?

-No sé por qué, no estoy segura. Ella disfrutará siempre de la vida.

A lo que el señor Rosier contestó acertadamente:

-Eso depende de lo que usted considere vida. Puede tener la seguridad de que no la hará disfrutar el que la torturen.

-Eso no sucederá.

-Me alegro infinito de oírlo. Ella sabe lo que le interesa. Ya lo verá.

-Pienso que lo sabe, y que no desobedecerá nunca a su padre. Pero veo que viene hacia mí -añadió Isabel, rápida y cautelosa-. Por favor, le ruego que se retire.

El señor Rosier se apartó lo suficiente para ver acercarse a Pansy del brazo de su acompañante y se situó a distancia conveniente para poder mirarla cara a cara. Acto seguido se retiró con la cabeza alta y de tal manera que, al ver Isabel la forma en que aceptaba su sacrificio, quedó convencida del gran amor que a su hijastra profesaba.

Pansy, que rara vez se descomponía al bailar, aparentando una deliciosa frescura después de tal ejercicio, esperó un momento y recogió de nuevo su ramo de flores. Isabel la observó y vio que las estaba contando, de lo que dedujo que, por lo visto, había en juego algunas fuerzas que ella ignoraba que existiesen. Pansy había visto a Rosier retirándose, pero no dijo a su madrastra nada de él. Limitóse a hablar de su compañero del baile anterior, una vez que se hubo marchado después de saludarla; habló también de la música, del piso del salón, de la infrecuente desgracia de haberse desgarrado el vestido. Isabel tenía la seguridad absoluta de que había descubierto ya la falta de la flor que su enamorado se llevara, si bien disimuló tal descubrimiento con la exquisita gracia con que respondió a la petición de su siguiente compañero de danza.

Aquella admirable amabilidad expresada con una contención extraordinaria, con un perfecto disimulo, formaba parte de todo un complicado sistema. De nuevo se alejó en brazos de un ruboroso joven, llevando el ramo consigo. No hacía sino breves minutos que se había alejado, cuando he aquí que Isabel vio a lord Warburton que avanzaba hendiendo la multitud, abriéndose paso entre los bailarines. El joven se acercó a ella y, tras saludarla, miró a su alrededor y preguntó:

-¿Por dónde anda la doncellita? -Tal era el modo en que había tomado por costumbre llamar a la hija del señor Osmond.

-Por ahí anda bailando. No tardará usted en dar con ella. Dirigió él la mirada a la multitud del salón y al momento divisó a Pansy.

-Me ha visto -dijo-, pero hace como si no me viera. Y usted, ¿no baila? -añadió, volviéndose hacía Isabel.

-Como ve, estoy de mirona.

-¿No quiere bailar conmigo?

-Mil gracias. Prefiero que baile con la doncellita.

-Lo cortés no quita lo valiente. Además, parece que está comprometida.

-Pero no para toda la noche; puede hablar con ella y reservar su turno. Ella no para de bailar y usted entrará de refresco.

-Baila admirablemente -afirmó lord Warburton siguiéndola con los ojos. Y enseguida añadió-: ¡Vaya, por fin! Se ha dignado sonreírme.

Permanecía él allí de pie, con su hermosa, fiable e importante figura, y a Isabel, que le estaba observando, se le ocurrió preguntarse, como ya en otra ocasión lo hiciera, cómo era posible que un hombre de su empuje se interesara por una muchachita como aquélla. Eso le chocaba como una soberana incongruencia. Ni los múltiples y pequeños atractivos de Pansy, ni su propia bondad, ni su amable condescendencia, ni su deseo de entretenerse, que era considerable y continuo, bastaban para justificar semejante inclinación. Y, sin volverse de frente a Isabel, continuó:

-Me gustaría mucho bailar con usted, pero prefiero que hablemos.

-Sí, es mejor, desde luego, y más apropiado para su dignidad. A los grandes estadistas no les va bien eso del bailoteo.

-No sea cruel. Entonces, ¿por qué acaba de recomendarme que baile con la señorita Osmond?

-¡Ah! Eso es distinto. Si baila con ella, parecerá una simple amabilidad, una condescendencia por su parte..., como si lo hiciera por entretenerla. Si bailase conmigo, parecería que lo hace por divertirse.

-Diga, por favor, ¿acaso no tengo yo también derecho a divertirme?

-No, cuando tiene los asuntos del Imperio británico en sus manos.

-¡Al cuerno el Imperio británico! No hace usted más que reírse de eso.

-Pues diviértase usted hablándome -replicó Isabel.

-No estoy seguro de que eso constituya un verdadero recreo. Usted es demasiado puntillosa y tengo que estar constantemente defendiéndome. Además, esta noche parece más agresiva conmigo que de costumbre. ¿Definitivamente no quiere bailar conmigo?

-No puedo abandonar este sitio; Pansy debe encontrarme aquí.

Permaneció él callado un instante y, de pronto, dijo:

-Es usted admirablemente buena con ella.

Isabel se azoró un poquito y sonrió.

-¿Le cabe a usted en la cabeza que alguien no lo sea?

-No, ciertamente. Sé perfectamente hasta qué punto queda uno subyugado por su encanto. Usted ha debido de tener gran parte en ello.

-Me he limitado a hacerla salir conmigo y a procurar que vaya bien vestida.

-Su compañía debe de haberle hecho mucho bien, hablándole, aconsejándola, ayudándola a desenvolverse.

Ah, desde luego; si no es la rosa misma, ha vivido muy cerca de ella.

Isabel rió y rió también su compañero, pero en la expresión de éste, cierta preocupación le impedía que se abandonara a una total hilaridad.

-Todos intentamos vivir lo más cerca posible de ella -dijo tras un momento de duda.

Isabel se apartó un poco de él; Pansy estaba a punto de llegar de nuevo, y ella estaba impaciente porque fuera cuanto antes. Ya es sabido cuánto le gustaba lord Warburton, que le parecía mucho más agradable de lo que justificaba la lista de sus numerosos méritos. En aquella amistad había algo que venía a ser una fuente de recursos en caso de necesidad, una especie de cuantiosa cuenta corriente en un banco. Sentíase ella más feliz cuando él estaba en la habitación porque había algo tranquilizador en su voz que le traía a la imaginación los beneficios de la naturaleza. Por todo lo cual, no estaba bien que él permaneciese demasiado

tiempo cerca de ella, que considerase demasiado otorgada por anticipado su buena voluntad. Sentía miedo de semejante posibilidad, se apartaba voluntariamente de ella, y quería que él no estuviese cerca. Tenía el presentimiento de que, si él se aproximaba demasiado, la haría estallar como un trueno para pedirle que se alejara. Pansy se acercó de nuevo a Isabel con otro desgarrón en el vestido, lógica consecuencia del primero y que le mostró con expresión afligida. Había demasiados caballeros de uniforme que calzaban aquellas terribles espuelas tan temibles para los vestidos y las faldas de las jovencitas. No tardó en hacerse a todas luces patente que los recursos de las mujeres son inagotables, pues Isabel se consagró al vestido de la doncellita; consiguió un alfiler y reparó el desaguisado. Después de lo cual, sonrió y escuchó el relato de la aventura que la jovencita le hiciera. Su atención y su simpatía pusiéronse inmediatamente en juego y en relación directa con un sentimiento con el que no guardaba ningún nexo: la viva suposición de que lord Warburton estaba haciéndole la corte, suposición que no derivaba de sus palabras de entonces sino de otras muchas, de la referencia y la continuidad. Así pensaba mientras reparaba con el alfiler el desperfecto del vestido de Pansy. Si, como ella temía, era así, resultaba poco inteligente por parte de él, que no debía de haberse dado verdadera cuenta de su intención. Mas eso no presentaba el asunto bajo mejores auspicios ni tornaba la situación menos imposible. De tal suerte, cuanto antes reanudara él sus relaciones correctas con las cosas, tanto mejor. Lord Warburton comenzó enseguida a hablar con Pansy, a la que sin duda estaba tratando de engañar prodigándole sonrisas de casta admiración. Como de costumbre, Pansy le contestaba con su aire de reflexiva aspiración. Al hablar, tenía él que inclinarse no poco hacia ella, y, como de costumbre, la mirada de ella subía y bajaba a lo largo de su robusto cuerpo como si él estuviese exhibiéndolo.

Pansy siempre parecía un poco asustada, pero tal temor no era de la índole dolorosa de los que surgen del desagrado. Por el contrario, le miraba como si supiera que él sabía que le gustaba. Isabel les dejó un instante solos para reunirse con una amiga que había visto allí cerca y con la que se puso a charlar hasta que dio comienzo el siguiente baile, para el que le constaba que Pansy tenía ya compromiso. La jovencita fue en su busca un tanto ruborosa y agitada, e Isabel, que seguía al pie de la letra las instrucciones de Osmond relativas a su hija, la consignó como quien entrega un precioso objeto en depósito a su nuevo compañero de baile. Naturalmente, ella se forjaba sus propias ideas al respecto, al igual que tenía sus propias reservas mentales; había momentos en que la excesiva sumisión de Pansy las hacía parecer a ambas un tanto desequilibradas. Pero Osmond le había dado unas cuantas instrucciones relativas a sus funciones de dueña en relación con su hija, consistentes en amables alternativas de condescendencia y rigor, y algunas de ellas quería observarlas concienzudamente e imaginarse que las obedecía sin quitar una tilde. Acaso lo hiciera así, porque, al pensar en algunas de ellas y observarlas fielmente, se le antojaba que las reducía al absurdo.

Una vez que Pansy se alejó, vio a lord Warburton que se acercaba a ella nuevamente. Le miró de frente, como deseando que adivinara sus pensamientos, pero él no dio la menor señal de confusión y dijo:

-Me ha prometido bailar conmigo más tarde.

-Me alegro mucho. Supongo que la habrá usted comprometido para el cotillón.

Él pareció un poco azorado y replicó:

-No. No le pedí eso. Le pedí el rigodón.

-¡Bah! No es usted muy inteligente que digamos. Le he dicho que reserve el cotillón por si usted le pedía bailar con ella.

-¡Pobre doncellita! ¡Imagínese usted! -Y lord Warburton se echó a reír de buena gana-. Desde luego, si a usted le gusta, lo haré.

-¿Si a mí me gusta? ¡Pues si ha de bailar con ella porque a mí me guste...!

-Tengo miedo de aburrirla. He visto que tiene apuntados a muchos jóvenes en su carnet.

Isabel bajó en el acto los ojos. Lord Warburton siguió mirándola, y ella, al notar su mirada, experimentó un gran deseo de decirle que le quitase la vista de encima. De todos modos, no se aventuró a hacerlo y, al cabo de un minuto, elevado hacia él la suya, dijo:

-Por favor, ayúdeme a comprender.

-Comprender qué?

-Hace diez días, si mal no recuerdo, me dijo usted que le gustaría casarse con mi hijastra. ¿No lo habrá olvidado ya?

-¿Olvidado? Precisamente esta misma mañana he escrito al señor Osmond sobre esa cuestión.

-¡Ah! Pues no me ha dicho que haya tenido noticias suyas -comentó Isabel.

Lord Warburton titubeó un tanto y confesó:

-Es que... no he enviado la carta.

-A lo mejor se le ha olvidado nada menos que eso.

-No. Lo que pasa es que no me sentía satisfecho de ella. Resulta endiabladamente difícil escribir ese tipo de cartas. Pero la enviaré esta noche.

-¿A las tres de la mañana?

-Quiero decir luego, en el transcurso del día.

-Perfecto. Entonces, ¿insiste usted en casarse con ella?

-Desde luego.

-¿Y no tiene miedo de aburrirla? -Y, como su compañero pareciera sorprenderse ante tal pregunta, añadió-: Si no puede bailar con usted durante media hora, ¿cómo podrá hacerlo durante toda la vida?

-¡Ah! -replicó lord Warburton con viveza-, la dejaré bailar con otros. Por lo que respecta al cotillón..., la verdad es que usted..., que usted...

-Debería bailarlo con usted, ¿no es eso? Ya le he dicho antes que no.

-Exacto; es lo mismo que yo pienso. De suerte que, mientras lo bailan los demás, yo podría encontrar un rincón tranquilo donde sentarnos y hablar.

-¡Oh! Es usted muy amable conmigo.

Al llegar el cotillón, resultó que Pansy ya se había comprometido, pues creía humildemente que lord Warburton no tenía intención de bailarlo. Isabel le recomendó que buscara otra pareja, pero él dijo que no bailaría con nadie si no era con ella. Mas, como ella, a pesar de las reconvenciones de la anfitriona, no había querido aceptar otras invitaciones so pretexto de que no era en absoluto aficionada al baile, no le resultaba posible en modo alguno hacer una excepción en favor de lord Warburton.

-Después de todo, me da lo mismo no bailar -dijo él-. Es una costumbre verdaderamente salvaje. Prefiero mil veces charlar con usted.

Y en el acto insinuó que ya había descubierto el rincón que buscaba, una especie de escondrijo en uno de los salones más pequeños, adonde la música llegaba débilmente y no les impediría conversar. Isabel había resuelto dejarle llevar a cabo su idea, quería darse esa satisfacción. Así pues, abandonaron juntos el salón de baile, aunque recordaba que su marido no quería que perdiese de vista a su hija. Pero tenía la excusa de que estaba con su pretendiente, lo que no podría por menos de parecerle bien a Osmond. Al salir del salón de baile se encontró con Edward Rosier, que estaba en una de las puertas mirando el baile, como hombre que ha perdido ya todas sus ilusiones. Ella se detuvo un momento y le preguntó si no bailaba.

-Desde luego que no, si no puedo bailar con ella... -respondió él.

-Entonces, más vale que se marche -le dijo Isabel a guisa de buen consejo.

-No me iré mientras ella esté aquí. -Y dejó paso a lord Warburton sin dignarse siquiera mirarle.

El aristócrata había observado a aquel triste joven y preguntó a Isabel quién era su desconsolado amigo, haciéndole saber que ya le había visto en alguna otra parte.

-Es el joven que le he dicho que está enamorado de Pansy.

-¡Ah! Sí, ya me acuerdo. No parece muy contento que digamos.

-Sus motivos tiene. Mi marido no quiere saber nada de él.

-¿Por qué? -preguntó lord Warburton-. ¿Qué le pasa? Parece un muchacho inofensivo.

-No tiene bastante dinero y no es muy brillante.

Lord Warburton escuchó con gran interés y pareció quedar un tamo sorprendido por la descripción de Edward Rosier.

-¡Caramba! -exclamó-. A fe mía que parece un joven distinguido.

-Y lo es; pero mi esposo es muy especial.

-Sí, ya lo veo. -Lord Warburton se detuvo un momento y se atrevió a preguntar-: ¿Cuánto dinero tiene?

-Unos cuarenta mil francos por año.

-¿Dieciséis mil libras? Eso es una suma muy apreciable.

-Eso mismo creo yo; pero, por lo visto, mi esposo tiene ideas más ambiciosas.

-En efecto, ya he notado que su marido tiene ideas muy ambiciosas. ¿Es que ese joven es verdaderamente tonto?

-¿Tonto? Nada de eso. Al contrario, es muy simpático. Cuando tenía doce años yo estaba locamente enamorada de él.

-Pues no parece que ahora tenga muchos más -contestó vagamente lord Warburton mirándolo-. ¿Le parece bien que nos sentemos aquí? -añadió, deteniéndose.

-Donde usted quiera.

Aquella habitación era una especie de salita-tocador iluminada por una suave luz rosada. Al entrar allí nuestros amigos, abandonaron la habitación una dama y un caballero que en ella estaban.

-Es muy gentil de su parte interesarse tanto por el señor Rosier -dijo Isabel.

-Me da la impresión de que se le trata excesivamente mal. Tiene una expresión muy seria. Me preocupa lo que le hace sufrir de ese modo.

-Es usted un hombre verdaderamente generoso. Hasta para un rival suyo sabe tener un pensamiento amable.

Lord Warburton se volvió súbitamente con extraña mirada y preguntó:

-¿Un rival mío? ¿Ha dicho usted que es mi rival?

-Así parece..., desde el momento que los dos quieren casarse con la misma persona...

-Cierto..., pero si él no tiene posibilidades...

-De cualquier forma, me gusta que se ponga en su lugar. Eso: demuestra imaginación.

-¿Le gusta? -Lord Warburton la miró con desconfianza-. No sé por qué me da la sensación de que se está burlando de mí.

-Así es, me estoy riendo un poco de usted. Pero es que me gusta hacerlo.

-¡Ah! Déjeme pensar un poco más detenidamente en la situación de ese joven. ¿Qué cree usted que podría hacer en favor suyo?

-Ya que acabo de rendir tributo admirativo a su imaginación, lo dejo por cuenta de ella -dijo Isabel-. A Pansy también le gustaría usted por eso.

-¿La señorita Osmond? ¡Ah! A ella, me enorgullezco de poder decirlo, yo le gusto.

-Mucho, según me parece.

Detúvose él un instante y la miró fijamente, como queriendo penetrar en su pensamiento.

-Bueno, vamos a ver -dijo-, creo que no la comprendo. Lo que usted quiere decir, ¿es que ella se interesa por él?

-Ni más ni menos. Ya se lo he dicho: creo que a ella le interesa.

El se ruborizó un poco y frunció el entrecejo.

-Lo que usted me ha dicho es que ella no tiene más voluntad que la de su padre..., y como he podido deducir que él estaría dispuesto a favorecerme... -Hizo una pausa, se ruborizó otro poco y añadió-: ¿Comprende?

-Sí. Le he dicho que ella siente un gran deseo de complacer a su padre y que eso podría llevarla muy lejos.

-Me parece un sentimiento admirable -replicó lord Warburton.

-Sin duda alguna lo es. -Isabel se quedó .callada un momento. El saloncito seguía vacío y el sonido de la música llegaba hasta ellos apagado por la distancia y el recorrido a través de las otras habitaciones. Finalmente dijo-: Pero lo que me preocupa hondamente es la clase de sentimiento que un hombre quisiera poder agradecer a su esposa.

-Lo ignoro. Si la esposa es buena y él cree que actúa correctamente...

-Desde luego, usted piensa de esa manera.

-En efecto. No puedo remediarlo. Pero supongo que usted dirá que ésa es una manera netamente inglesa.

-No, no lo digo. Pienso que Pansy hará admirablemente en casarse con usted, y no creo que haya nadie que lo sepa mejor que usted mismo. Pero usted no está enamorado.

-Sí lo estoy, señora Osmond.

Isabel movió pausadamente la cabeza y dijo:

-A usted le agrada pensar que efectivamente lo está mientras permanece sentado aquí conmigo, pero no es ésa la impresión que a mí me da.

-Que no estoy como el joven aquel de la puerta es evidente, de acuerdo. Pero ¿qué hay de malo en ello? ¿Puede haber en el mundo una mujer tan adorable como la señorita Osmond?

-Es posible que ninguna. Pero el amor no tiene gran cosa que ver con las razones, por buenas que sean.

-No estoy de acuerdo con usted. A mí me encanta tener buenas razones.

-No niego que le encante. Pero si estuviera verdaderamente enamorado, le importarían un comino.

-¡Ah, verdaderamente enamorado..., verdaderamente enamorado! Ésas son palabras mayores -exclamó lord Warburton cruzando los brazos, apoyándose en el respaldo de la butaca y estirándose un poco-. No olvide usted que tengo ya cuarenta y dos años. No puedo aspirar a estarlo tanto como antes lo estuve.

-Bien; si está usted seguro, la cosa es perfecta -replicó Isabel.

Él se abstuvo de contestar y permaneció como estaba, con la cabeza echada hacia atrás y mirando al frente.

Pero, de pronto, cambió de postura y, volviéndose hacia su amiga, preguntó:

-¿Por qué se muestra usted de tan mala voluntad, tan escéptica?

Los ojos de ella se clavaron en los suyos y durante un momento ambos permanecieron mirándose fijamente. Si lo que ella buscaba era una confirmación, vio indudablemente algo que se la proporcionó; vio en su expresión el fulgor de una idea que la intranquilizaba, que incluso le inspiraba miedo, que delataba una sospecha, aunque no una esperanza, y que, al manifestarse de tal modo, le decía cuanto deseaba saber. Ni por un segundo llegó él a sospechar que ella detectase en su propósito de casarse con su hijastra un deseo de estar más cerca de ella, ni que por tal causa el hecho le pareciera vergonzoso. En aquella vivida, fúlgida, rápida y recíproca mirada se cruzaron entre ellos hondos pensamientos, de los que durante, un instante tuvieron ambos plena conciencia.

-Mi querido lord Warburton -dijo ella al fin, sonriendo-, por lo que a mí respecta, puede usted hacer lo que le pase por la cabeza.

Acto seguido se levantó y se dirigió a la habitación contigua, donde, en presencia de su compañero, fue inmediatamente abordada por dos caballeros, personajes conspicuos de la alta sociedad romana que, al parecer, andaban buscándola. Al ponerse a hablar con ellos, deploró haberse movido de donde estaba, pues le pareció que había actuada; como si se diera a la fuga, especialmente al ver que lord Warburton no la seguía. De eso se alegró, sin embargo, y de todas formas se sentía satisfecha. Hasta tal punto que, al pasar de nuevo al salón de baile y encontrar a Edward Rosier, que no se había movido de donde antes lo viera, se detuvo y le dijo:

-Ha hecho usted bien en no marcharse. Tengo algo con que consolarle un poco.

-Bien lo necesito -suspiró blandamente el enamorado-, pues al verla a usted tan terriblemente amigada con él...

-No lo mencione. Yo haré por usted lo que pueda. Temo que no podrá ser gran cosa, pero, en todo caso, haré lo que pueda.

Él la miró con torva tristeza y preguntó:

-¿Qué le ha hecho a usted venir aquí tan de repente?

-La creencia de que es usted un estorbo en las puertas -replicó ella, y se alejó.

Media hora después Isabel y Pansy se despidieron, y al pie de escalera las dos damas tuvieron que aguardar, como tantos otros invitados, a que su coche fuera a buscarlas. Lord Warburton, que salía en ese momento de la casa, se acercó a ellas y las ayudó a buscar su coche. Una vez localizado, permaneció un instante junto a la portezuela del vehículo, preguntando a Pansy si se había divertido; tras contestar, ella se recostó en el asiento como si estuviera cansadísima. Isabel le retuvo un instante más para decirle por lo bajo antes de que se pusieran en marcha los caballos:

-No se olvide de enviarle la carta a su padre.

44

La condesa Gemini se sentía con frecuencia tremendamente aburrida; según ella misma decía, se moría de aburrimiento. Sin embargo, aún sobrevivía y luchaba a brazo partido con su destino, que era el de haberse casado con un intolerante caballero de Florencia empecinado en vivir en su ciudad natal, donde gozaba de todo el predicamento que suele alcanzar una persona cuya habilidad para perder en los juegos de naipes no tenía el mérito de obedecer a su deseo de agradar. Así pues, al conde Gemini no le apreciaban ni aun aquellos que le ganaban en el juego. Su apellido era de los que, teniendo gran valor en su propio terruño, carecían-de valor en otras regiones de la península italiana. En Roma no era más que un florentino aburrido, y así, no es de extrañar que no hiciera visitas frecuentes a un lugar donde, para hacerle soportable, había que dar explicaciones harto prolijas de su estolidez. La condesa vivía siempre con los ojos puestos en Roma, y el gran rencor que contra su esposo abrigaba era por no tener allí casa donde alojarse. Se avergonzaba de decir las pocas veces que había visitado la gran urbe, sin que pudiera servirle de consuelo el hecho de que hubiese muchas otras familias de la nobleza florentina que jamás pusieron el pie en ella. Todo lo que podía decir es que iba cada vez que podía. 0 eso era lo único que, según ella, podía decir. En realidad, tenía no poco que decir, y más de una vez había expuesto las razones por las que detestaba Florencia y deseaba terminar sus días a la sombra de San Pedro. Muchas de tales razones carecen de verdadero interés para nosotros y, por lo general, se resumían en la

declaración de que Roma era la Ciudad Eterna y Florencia una pequeña y linda ciudad como tantas otras. Y, por lo visto, la condesa precisaba relacionar la idea de eternidad con la de perennidad de sus diversiones. Tenía el convencimiento de que la sociedad era infinitamente más' interesante en Roma, donde, en invierno, se coincidía en todas las cenas con las celebridades del momento. En Florencia, en cambio, no se encontraban personalidades, por lo menos ninguna de la que se oyera hablar. A raíz del matrimonio de su hermano, su impaciencia en tal sentido había ido en aumento, porque tenía la convicción de que la esposa de Osmond llevaba una vida social mucho más brillante que la suya. Aunque no era tan intelectual como Isabel, su conocimiento bastaba para hacer justicia a Roma, no ya en lo referente a sus ruinas y catacumbas, ni a sus museos y monumentos, sino en lo relativo a todo lo demás. Oía hablar mucho de su cuñada y sabía perfectamente que Isabel lo estaba pasando muy bien. Por lo demás, había podido convencerse de ello por sí misma la única vez que disfrutara de la hospitalidad del Palazzo Roccanera. Había pasado una semana en él durante el primer invierno después de la boda de su hermano, pero no se le había insistido para que renovara tal satisfacción. Osmond no la quería ver, de eso estaba plenamente convencida; pero, de todos modos, habría ido porque, a fin de cuentas, su señor hermano le importaba un rábano. Quien no la dejaba era su marido, y la dificultad estribaba siempre en la cuestión del dinero. Isabel se había portado muy gentilmente. A la condesa, que había quedado encantada con su cuñada desde el primer momento, no la había cegado la envidia hasta el extremo de impedirle ver loa, verdaderos méritos de Isabel. Por el contrario, tenía observado que se. llevaba infinitamente mejor con las mujeres inteligentes que con las, tontas como ella; las tontas no llegaban a comprender su clarividencia, y, en cambio, las inteligentes se daban cuenta enseguida de su tontería. Le parecía que, a pesar de lo distintas que en realidad eran en aspecto y estilo, Isabel y ella tenían una base común que, un día u otro, acabaría por acercarlas. No era todavía muy ancha, pero sí bastante firme, y ambas se darían perfecta cuenta de ello en el momento preciso. Con la señora Osmond vivía bajo la promesa de una sorpresa agradable, de suerte que esperaba constantemente que Isabel la requiriese y veía que tal deseo se postergaba sin cesar. Se preguntaba cuándo empezaría, como si se tratara de unos fuegos artificiales, de las comidas de vigilia o de las funciones de ópera. No es que ello le importase gran cosa, pero le intranquilizaba saber a qué se debía que siguiera aún en suspenso. Su cuñada la miraba con poco interés y sentía por la pobre condesa tan escasa admiración como poco desdén. En realidad, Isabel se preocupaba tan poco de desdeñarla como de juzgar moralmente a un saltamontes. Sin embargo, la hermana de su marido no le era indiferente y le tenía un poco de-miedo. Algunas veces pensaba en ella y entonces la consideraba verdaderamente extraordinaria, le parecía que la condesa no tenía alma. Su imagen se le aparecía como un brillante y raro cascarón vacío de cuya superficie cuidadosamente pulimentada emergieran unos labios exageradamente rojos, por los cuales escapaba un extraño sonido, como de sonajero, cuando se la sacudía. Lo que allí dentro tan extrañamente sonaba era, al parecer, el principio espiritual de la condesa, que como una especie de pequeña almendra se agitaba en el interior. Era demasiado estrambótica para inspirar desdén y demasiado singular para las comparaciones. Isabel la habría invitado gustosa otra vez (ni que decir que tiene que quedaba descartado invitar al conde), pero, después de la boda, Osmond no había tenido el menor recato en decir que su hermana era una loca de la peor especie..., una loca cuya locura tenía la incontenible fuerza del genio. Otra vez dijo de ella que no tenía corazón, añadiendo que lo había repartido a pedacitos como un pastel de boda ya seco. El que no la hubiesen invitado era otro de los obstáculos que se oponían a la visita de la condesa a Roma. Sin embargo, en el momento de que estamos hablando recibió una invitación en la que se le pedía que fuera a pasar unas semanas al Palazzo Roccanera. La invitación provenía del mismo Osmond, quien escribió a su hermana diciéndole que se preparase para estar bien callada. Si ella fue o no capaz de adivinar el sentido oculto de tal frase, es cosa que no

podremos decir, pero el caso es que aceptó la invitación con todas las condiciones que comportaba. Además, sentía gran curiosidad, pues una de las impresiones que de su primera visita se llevó fue la de que, al fin, su hermano había encontrado la persona que precisaba. Antes de la boda había sentido gran pena por Isabel, hasta el punto de que llegó a pensar seriamente -si es que cabía en su magín algún pensamiento serio- ponerla en guardia. Pero dejó pasar aquel impulso y no tardó en tranquilizarse. Osmond continuaba siendo tan altivo como siempre, pero su esposa no sería una fácil víctima. Aunque la condesa no tenía un sentido muy fino de la medida, se le antojó que si Isabel se erguía con empeño sería, de los dos espíritus, el de más altura. Lo que ahora le interesaba era saber si Isabel había logrado erguirse lo suficiente, pues le habría proporcionado un placer sin límites ver a Osmond superado.

Algunos días antes de partir para Roma, el criado le presentó una tarjeta de visita en la que simplemente se leía: «Henrietta C. Stackpole». La condesa se oprimió la sien con la yema del dedo índice, pues no recordaba a nadie que se llamase de aquel modo, a ninguna Henrietta. El criado informó a la condesa que la visitante le había dicho que, si la señora no se acordaba de su nombre, la reconocería en cuanto la viese. Pero antes de acudir a verla, recordó que una vez conoció a una literata en casa de la señora Touchett, la única literata que había visto en su vida..., es decir, la única en vida, ya que ella era hija de una poetisa difunta. En cuanto vio a la señorita Stackpole, la reconoció, sobre todo porque Henrietta estaba exactamente igual que antes, aparentemente no había cambiado absolutamente en nada, y la condesa, que era buena de naturaleza, consideró lo más natural del mundo que fuera a visitarla una persona tan distinguida como la literata americana. Se imaginó que tal vez la señorita Stackpole había ido a verla por algo referente a su madre, pues sin duda habría oído hablar de la Corina americana. Su madre no se parecía en absoluto a aquella amiga de Isabel, de lo cual se dio cuenta en el acto la condesa al observar que ésta era infinitamente más moderna en todos los sentidos; y se quedó impresionada por los progresos que estaban en vías de realizarse -en los países lejanos sobre todo- en lo referente al carácter (profesional, desde luego) de las damas literatas. Recordaba que su madre solía llevar un leve chal romano sobre los hombros, que tímidamente emergía de la prisión del terciopelo negro del corpiño (oh, los deliciosos vestidos de antaño), y una áurea diadema de laurel sobre una alborotada multitud de brillantes rizos. Su manera de hablar era suave y vaga, con el acento de sus antepasados «criollos», como solía confesar, por lo demás, suspiraba con harta frecuencia y no tenía absolutamente nada de emprendedora. En cambio, Henrietta, como bien podía observar la condesa, llevaba siempre los ribeteados vestidos sólidamente abotonados y tenía el aspecto de una mujer muy vivaracha, dispuesta para los negocios y de maneras casi estudiadamente familiares. De forma que tenía tan poco sentido imaginársela en un suspiro como poco sentido tenía echar al correo una carta sin escribir en el sobre la correspondiente dirección. La condesa no podía, pues, dejar de advertir que la corresponsal del Interviewer estaba infinitamente más integrada en el movimiento moderno que la Corroa americana. Henrietta manifestó que había ido a visitarla porque era la única persona que conocía en Florencia, y, cuando iba a una ciudad, fuera la que fuese, procuraba ver algo más que a los frívolos turistas. Conocía también a la señora Touchett, pero ésta se hallaba en aquel entonces en América, y aun cuando hubiese estado en Florencia, Henrietta no se habría molestado en ir a verla porque tal señora no era santo de su devoción.

-¿Quiere usted decir con eso que yo lo soy? -preguntó ingenuamente la condesa.

-La verdad, usted me gusta más que ella -admitió la señorita Stackpole-. Me parece recordar que, cuando la vi a usted por vez primera, me pareció muy interesante. Ignoro si fue por casualidad o porque es en usted lo habitual. Lo cierto es que me llamó la atención mucho de lo que usted dijo. Y después, lo utilicé en parte en mis escritos, -¡Santo Dios! -exclamó la

condesa, azorándose y casi terriblemente alarmada-. No tenía la menor idea de haber dicho nada notable. Me hubiera gustado saberlo con tiempo.

-Fue acerca de la situación de la mujer en esta ciudad -recordó la señorita Stackpole-. Me pareció que' lo dicho por usted arrojaba mucha luz sobre el asunto.

-La situación de la mujer es muy incómoda. Supongo que sería eso lo que usted me atribuyó. ¿Lo escribió y lo publicó así? ¡Ah! Déjemelo ver.

-Ya escribí a la redacción diciendo que le enviasen el periódico -dijo Henrietta-. Por supuesto, me abstuve de mencionar su nombre, limitándome a aludir a una dama de alto rango en la sociedad, y luego expuse sus puntos de vista en la materia.

La condesa se recostó en la butaca, agitando en lo alto las manos cruzadas.

-¿Sabe usted que casi lamento que no dijera mi nombre? Me hubiese gustado verlo en los periódicos. Ya no me acuerdo de cuáles eran mis opiniones entonces, pues tengo tantas... Pero no me avergüenzo de ello. No me parezco a mi hermano..., supongo que usted le conocerá. El cree que es poco menos que escandaloso verse citado en los periódicos. Si alguna vez lo menciona usted, puede tener la seguridad de que no se lo perdonará nunca.

-No tiene nada que temer. No pienso nombrarle jamás -contestó la señorita Stackpole con suave sequedad-. Ésa es otra de las razones por las que deseaba verla. Usted sabe que el señor Osmond se casó con mi amiga más querida.

-¡Ah! Sí, ahora caigo; estaba tratando de recordar qué sabía acerca de usted.

-Para mí es un placer que se me conozca por eso -declaró Henrietta-. Pero no es precisamente por eso por lo que a su hermano le gusta conocerme. Él ha tratado de hacernos romper nuestra amistad.

-No lo consienta usted -dijo la condesa.

-De eso es de lo que deseo hablarle. Voy a ir a Roma.

-Yo también voy a ir -exclamó la condesa-. Podríamos ir juntas.

-Con mucho gusto. Así, cuando describa mi viaje la citaré a usted personalmente como compañera.

La condesa se levantó casi de un brinco de la butaca y fue a sentarse en el sofá al lado de su visitante.

-¡Ah! No deje de hacer que me envíen el periódico. Seguramente a mi marido no le gustará nada, pero no tiene por qué verlo. Además, no sabe leer.

Henrietta abrió los ojos con sorpresa.

-¿Cómo, no sabe leer? ¿Puedo escribir eso en mi carta?

-¿En qué carta?

-En mi crónica, en la carta que mando al Interviewer, el periódico que represento.

-Por supuesto, si usted lo cree conveniente; y con su nombre y todo. ¿Se alojará en casa de Isabel en Roma?

Henrietta levantó la cabeza y se quedó un rato mirando en silencio a su compañera.

-No me lo ha pedido. Le escribí diciéndole que iba para allá y contestó que me buscaría alojamiento en una pensión, aunque no me explicó el porqué de esa medida.

La condesa escuchó con gran interés y declaró rotundamente:

-Eso es cosa de Osmond.

-Isabel tiene que ponerse en su sitio -dijo la señorita Stackpole-. Me parece que ha cambiado enormemente. Ya le advertí yo que le pasaría eso.

-No sabe cuánto siento tener que oírlo. Yo habría querido que ella se mantuviese firme. ¿Por qué mi hermano no la quiere a usted? -preguntó ingenuamente la condesa.

-No lo sé, y me tiene completamente sin cuidado. Está en su perfecto derecho de tenerme antipatía. No pretendo gustarle a todo el mundo. Si así lo hicieran, pensaría yo menos en mí misma. Una periodista no puede aspirar a hacer nada que valga la pena si no

despierta grandes odios. Así es como se entera de que su trabajo es apreciado. Lo mismo ocurre con una verdadera dama. Pero yo no creí a Isabel capaz de eso.

-¿Cree que la detesta? -preguntó la condesa.

-Lo ignoro, y eso es lo que deseo averiguar. Para eso precisamente voy a Roma.

-¡Santo Dios, un viaje tan fatigoso para eso! -exclamó la condesa.

-Ya no me escribe de la misma manera que antes; la diferencia es bien visible. Si usted sabe algo a ese respecto, me gustaría conocerlo de antemano para trazar mi línea de conducta -declaró resueltamente Henrietta.

La condesa adelantó el labio inferior y se encogió poco a poco de hombros.

-Por mi parte, sé bien poca cosa. Veo y oigo muy rara vez a Osmond. Tampoco le gusto yo mucho más de lo que, al parecer, le gusta usted.

-Y eso que usted no es periodista -dijo Henrietta preocupada.

-Eso a él no le importa. Razones no le faltan, las tiene a porrillo. Pero aun así me han invitado, y me alojaré en su casa.

La condesa sonrió casi con orgullo. Su satisfacción no tuvo en aquel instante en cuenta para nada la decepción de la señorita Stackpole, quien consideró el asunto tranquilamente y dijo:

-De todas maneras, aunque me lo hubiese pedido, yo no habría ido. Es decir, creo que no habría ido, y me alegro mucho de no tener que tomar una decisión al respecto. Habría sido un asunto muy delicado. No me habría gustado tener que irme de su casa, y sin embargo, no habría sido feliz allí. Me parece mejor lo de la pensión. Pero no es eso todo.

-Éste es un magnífico momento para ir a Roma -dijo la condesa-. La ciudad está ahora repleta de gente ilustre. ¿No ha oído usted hablar nunca de lord Warburton?

-¿Si he oído hablar de él? Le conozco perfectamente ¿Le considera usted tan brillante como dicen?

-No lo conozco, pero he oído decir que es un verdadero grand seigneur. Ahora le está haciendo la corte a Isabel.

-¿Que le está haciendo la corte?

-Por lo menos, eso he oído decir -respondió la condesa sin darle gran importancia-. Pero Isabel está completamente segura.

Henrietta se quedó mirando muy seria a su compañera y estuvo un momento sin decir palabra. Luego, preguntó bruscamente:

-¿Cuándo sale usted para Roma?

-No creo que pueda ser antes de una semana.

-Yo saldré mañana. Me parece mejor no esperar.

-Lo siento en el alma, querida. Tengo que hacerme varios vestidos, pues he oído decir que Isabel recibe muchísimo. Pero la veré allí, iré a buscarla a su pensión. Henrietta continuó sentada, perdida en la tremenda confusión de sus pensamientos. De pronto, la condesa exclamó:

-Pero, si no vamos juntas, no podrá usted hacer la descripción de nuestro viaje.

La señorita Stackpole pareció no alterarse por semejante observación, pues estaba pensando en otra cosa.

-Creo que no he entendido bien lo que ha dicho de lord Warburton.

-¿Entendido? He querido decir que es muy gentil; eso es todo.

-¿Considera usted gentil hacerle la corte a una mujer casada? -preguntó Henrietta con pausada claridad.

La condesa se quedó un tanto sorprendida, abrió los ojos cuan grandes eran, soltó una pequeña carcajada y respondió:

-Es lo que hacen todos los hombres verdaderamente gentiles. Cásese usted y lo sabrá por experiencia.

-Bastaría esa sola idea para impedirme hacerlo. Yo me contentaría con mi marido y no querría ningún otro hombre... ¿Cree usted que Isabel es culpable..., culpable de...? -Y se detuvo un instante como buscando la palabra apropiada.

-¿Cómo que si la creo culpable?... No, querida, todavía no; por lo menos, así lo espero. Lo único que quiero decir es que Osmond es insoportable y que lord Warburton, según me han dicho, frecuenta bastante la casa. Me temo que se ha escandalizado usted.

-No -replicó Henrietta-. Simplemente estoy preocupada.

-No le hace usted mucho favor a Isabel. Debe tener más confianza. Si ha de servirle de consuelo -añadió precipitadamente la condesa-, me comprometo a quitárselo de encima, si usted quiere.

La señorita Stackpole se limitó, al principio, a contestar con la más profunda y solemne de sus miradas.

-No me comprende usted -dijo al cabo de un momento-. No tengo esa idea que supone. No temo por Isabel... en ese sentido. Lo único que temo es que sea desgraciada... y por eso quiero ir a verla.

La condesa hizo varios movimientos de cabeza. Parecía impaciente y sarcástica, y es que la señorita Stackpole empezaba a aburrirla.

-Es muy posible -dijo-. Por mi parte, yo quisiera saber si también lo es Osmond.

Henrietta prosiguió:

-Si verdaderamente Isabel ha cambiado, ésa debe de ser la razón de fondo.

-En fin, usted lo ha de ver. Ella se lo dirá -repuso la condesa.

-¡Ah! Tal vez no me lo diga..., ¡eso es lo que temo!

-Bueno, pues si Osmond no está divirtiéndose... a . su antigua manera, me enorgullezco de decir que yo lo descubriré.

-Eso a mí no me preocupa -dijo Henrietta.

-A mí muchísimo -contestó la otra-. Si Isabel fuera desgraciada, lo sentiría con toda el alma, pero no me sería posible remediarlo. Yo podría decirle cosas que la harían sentirse todavía peor, pero ninguna que le sirviera de consuelo. ¿Por qué se le ocurrió casarse con él? Si me hubiera hecho caso a mí, lo habría mandado a paseo. De modo que, si le ha dado su merecido, yo no tendré el menor reparo en perdonarla. Sí, en cambio, se ha limitado a dejarse aplastar por él, no sé si tendré siquiera ánimos para compadecerla. Pero no creo que haya sucedido así. Cuando menos espero que, si ella es desgraciada, se habrá tomado el desquite haciendo que él lo sea igualmente.

Henrietta se levantó. Semejante expectativa le parecía sencillamente espantosa. Creyó sinceramente que no tenía el menor deseo de ver desdichado al señor Osmond. Por lo demás, a sus ojos no podía aparecer como el objeto de una simple fantasía. En conjunto, estaba decepcionada con la condesa, cuya mente se movía en un círculo mucho más estrecho de lo que al principio ella había creído, si bien conservaba su gran capacidad para decir vulgaridades. Sin embargo, como para acabar de manera edificante, exclamó:

-Después de todo, lo mejor será que los dos se amen de veras.

-No es posible. Él no puede amar a nadie.

-Me figuré que así sería. Y eso no hace más que agravar el asunto en relación con Isabel. Decididamente, tomaré el tren mañana mismo.

-Indudablemente, Isabel tiene muchos amigos fieles -dijo la condesa sonriendo con vivacidad-. Por mi parte, declaro que no la compadezco.

-Tal vez yo pueda socorrerla -prosiguió la señorita Stackpole como si ya no hubiera que hacerse ilusiones.

-De todos modos, lo habrá intentado, y algo es algo. Me imagino que para eso ha venido usted de América -añadió inopinadamente la condesa.

-Sí. Quería ofrecerle mi ayuda.

Su compañera permaneció de pie sonriéndole con sus ojillos brillantes, las aletas de la nariz palpitantes, las mejillas arreboladas y dijo:

-¡Ah! Eso sí que es verdaderamente hermoso..., c'est bien gentil! ¿No es eso lo que llaman verdadera amistad?

-Ignoro lo que aquí entienden por ella. Yo pensé que hacía bien en venir.

-Isabel es muy feliz..., verdaderamente afortunada. Además, tiene muchas otras cosas. -De pronto, exclamó con apasionamiento-: ¡Es mil veces más dichosa que yo! Yo soy tan desgraciada como ella... porque tengo un marido muy malo, mucho peor que Osmond. Y además, no tengo amigos. Creí que los tenía, pero han desaparecido. Ningún hombre, ninguna mujer haría por mí lo que usted ha hecho por ella.

Henrietta se sintió emocionada porque vio que aquella amarga efusión era natural. Contempló a su compañera un momento y dijo:

-Mire, condesa, estoy dispuesta a hacer por usted todo lo que quiera. Esperaré para que podamos viajar juntas.

La condesa cambió en el acto de tono y replicó:

-No se preocupe por mí. Lo que sí debe hacer es describirme en su periódico.

Antes de marcharse, Henrietta le hizo comprender que no haría una descripción ficticia de su viaje a Roma, porque era una reportera completamente veraz. Al salir de la casa, Henrietta siguió andando por el Lung'Arno, la orilla soleada del amarillo río donde se alinean todos los establecimientos de comer y beber con fachadas de brillantes colores, tan conocidos por los turistas. Ya había aprendido a andar por las calles de Florencia (tenía una especial capacidad de orientación) y, gracias a ello, pudo dar la vuelta con gran decisión y salir de la plazuela que constituye el acceso al puente de la Santa Trinidad. De allí tomó hacia la izquierda en dirección al Ponte Vecchio y se detuvo ante uno de los hoteles situados frente a aquella admirable construcción. Sacó de una cartera de bolsillo una tarjetita y, tras meditar un momento, escribió en ella unas líneas. Ya que es uno de nuestros privilegios poder mirar por encima del hombro de quien escribe, diremos que, en tal tarjeta, pergeñó estas palabras: «¿Puedo verle esta noche para un asunto de verdadera importancia?». Después de esto, que era lo esencial, añadió que a la mañana siguiente salía para Roma. Provista del pequeño documento se dirigió al portero, que acababa de situarse ante la puerta del establecimiento, y preguntó si el señor Goodwood se hallaba en el hotel. El portero replicó, como suelen siempre hacer, que el señor había salido hacía veinte minutos, y entonces la periodista le entregó la tarjeta para que se la dieran en cuanto volviese. A continuación se alejó del hotel y prosiguió su paseo a lo largo del muelle hasta llegar al severo pórtico de los Uffizzi, por donde se adentró en la famosa galería de pinturas. Una vez dentro, subió la alta escalera que conduce a las salas superiores. El largo corredor, acristalado en uno de sus lados y adornado en el otro con profusión de bustos antiguos alineados contra la pared, por el que se accede a dichas salas, estaba completamente vacío, sin más animación que la pálida luz del sol invernal que brillaba débilmente sobre el lustroso pavimento de mármol. La galería es verdaderamente fría y, durante las semanas de pleno invierno, son escasos los curiosos que la visitan. La señorita Stackpole puede, tal vez, parecer más ardiente en su anhelo de belleza artística de lo que hasta ahora había parecido, pero el caso es que, después de todo, tenía también sus preferencias y admiraciones exclusivamente personales. Una de éstas era el pequeño Correggio de la Tribuna, en el que se presenta a la Virgen arrodillada ante el divino niño, quien reposa en su lecho de paja, y haciéndole palmas al tiempo que él ríe y grita de contento. Henrietta experimentaba una admiración sin límite por aquella íntima escena familiar y creía que la pintura que la representaba era la mejor obra de arte del mundo. En su viaje de Nueva York a Roma, sólo pasaría tres días en Florencia y aun así recordó que no debía dejarlos transcurrir sin ir a ver de nuevo su obra de arte favorita. Poseía un gran sentido de la belleza en todas sus formas, lo que suponía no pocos desvelos de índole intelectual. Es-

taba a punto de entrar en la Tribuna cuando vio a un caballero que de ella salía y con el cual estuvo a punto de darse de bruces. Y he aquí que tal caballero no era otro que su amigo Caspar Goodwood.

-Acabo de estar en su hotel y le he dejado una tarjeta -dijo Henrietta.

A lo cual contestó Caspar Goodwood, como si realmente sintiera lo que decía:

-Es un gran honor para mí.

-No ha sido para hacerle ningún honor para lo que he ido. Ya fui a verle otra vez antes y sé que no le gusta. Era para hablarle acerca de un asunto.

Contempló él un momento la hebilla del sombrero de Henrietta y declaró:

-Tendré mucho gusto en oír lo que usted quiera decirme.

-A usted no le gusta hablar conmigo -dijo Henrietta-, pero eso me tiene sin cuidado; yo no hablo para entretenerle. Le he escrito unas líneas para pedirle que fuera a verme, pero, ya que le encuentro aquí, aprovecharé la ocasión.

-Ya me iba -repuso Caspar-, pero, desde luego, esperaré lo que sea necesario.

Su actitud era cortés, aunque no entusiasta. Sin embargo, Henrietta, que nunca buscaba cumplidos ni grandes demostraciones y que estaba seriamente preocupada, le agradeció que estuviera dispuesto a escucharla donde fuese. Con todo, empezó por preguntarle si había visto todos los cuadros de la galería.

-Todo los que deseaba. He estado aquí una hora.

-Acaso no haya visto mi Correggio. He venido aquí ex profeso para escribir un libro sobre él.

Henrietta se dirigió a la Tribuna y él la acompañó a paso lento.

-Debo de haberlo visto, pero no sabía que fuera suyo. No tengo buena memoria para los cuadros, sobre todo los de esa clase.

Henrietta señaló su cuadro favorito y Caspar le preguntó si quería hablarle de él.

-No -respondió Henrietta-. Es sobre algo menos... armonioso. -Tenían a su disposición toda aquella pequeña y brillante sala, que guardaba tan preciosos y preciados tesoros. El único vigilante de tal parte del edificio estaba vagando alrededor de la Venus de Mediéis. Henrietta añadió-: Quisiera que me hiciese un favor.

Caspar Goodwood frunció un poco el entrecejo, mas no dio muestras de molestia alguna al no manifestar la menor inquietud. Su rostro aparentaba muchos más años que cuando le vimos por primera vez.

-Estoy seguro de que se trata de algo que no me agradará -contestó, más bien de mal humor.

-Tal vez; no creo que le agrade. Si le agradase, no habría favor en ello.

-Bien; veamos de qué se trata -dijo con el tono del hombre que sabe perfectamente hasta dónde puede llegar su paciencia.

-En realidad, no hay ninguna razón concreta para que usted me haga un favor, aunque yo sé de una. De manera que si usted me lo hace, le pagaré con otro.

Henrietta puso gran sinceridad en su tono, en el que no había el menor deseo de producir efecto; y fue tan suave y preciso que su compañero, a pesar de poner cara de vinagre, no pudo por menos de sentirse afectado por él. Cuando algo le afectaba, Goodwood no presentaba ningún signo exterior de tal estado de ánimo; ni parecía preocupado, ni miraba a otra parte, ni se sonrojaba; se limitaba a mirar más fijamente y aparentaba considerar la cuestión con más decisión. Así pues, Henrietta continuó desinteresadamente y sin dejar ver la ventaja que al otro llevaba.

-Puedo decirle, por lo pronto..., me parece una buena ocasión para hacerlo..., que si alguna vez le he molestado, y creo habrá sido más de una, es porque sabía que no tenía reparo en sufrir contratiempos por su causa. Indudablemente, te he molestado, pero es que yo estaría dispuesta a tomarme molestias por usted.

Goodwood dudó un instante y dijo:

-Como, al parecer, le está ocurriendo ahora.

-Así es..., un poco. Quisiera que pensase si, después de todo, sería mejor que no fuese usted a Roma.

A lo que él replicó, sin gran ingenio:

-Me figuraba que iba usted a salir con ésas.

-Entonces, ¿lo ha pensado bien?

-Naturalmente, con todo detenimiento. He considerado todos los aspectos de la cuestión. De no ser así, no habría venido de tan lejos para ello. Por eso me detuve dos meses completos en París, para pensarlo detenidamente.

-Mucho me temo que, si lo hizo, fue porque le gustó. Si decidió que era mejor quedarse allí tanto tiempo fue porque sintió que le atraía.

-¿Mejor para quién? -preguntó Caspar.

-Bien, para usted en primer lugar, y luego para la señora Osmond.

-Bah, no creo que ello pueda hacerle bien alguno.

-Lo que interesa es saber si le ocasionará algún mal.

-No veo qué pueda importarle el que yo vaya. Ya no soy nada para la señora Osmond. Pero, si desea que le diga la verdad, le diré que quiero verla.

-Claro. Y para eso va usted.

-Naturalmente. ¿Qué razón mejor que ésa?

-Lo que yo me pregunto es: ¿a santo de qué..., qué bien puede hacerle a usted tal cosa?

-Eso es precisamente lo que no puedo decirle a usted, y lo que estuve meditando todo ese tiempo en París.

-Lo único que sacará usted en claro será quedarse más descontento.

-¿Por qué dice usted «más» de esa manera? -preguntó Goodwood con cierta dureza-. ¿Cómo sabe usted que yo estoy descontento?

Henrietta dudó un instante y, al fin, dijo:

-Pues porque..., porque parece que nunca se ha interesado usted por ninguna otra.

-¿Y cómo sabe usted por qué cosa puedo yo interesarme? -exclamó él, sonrojándose levemente-. Lo que ahora me interesa, por lo pronto, es ir a Roma.

Henrietta le miró en silencio, con una expresión triste pero clarividente.

-Está bien. Lo que yo quería era únicamente decirle lo que pienso, porque me estaba dando vueltas en la cabeza. Ya me imagino que usted pensará que no me importa; pero, si a eso vamos, a nadie le importa nada de nadie.

Caspar Goodwood no pudo por menos de contestar:

-Es muy amable por su parte y le agradezco infinito el interés que se toma. Iré a Roma y sabré no herir en nada a la señora Osmond.

-Quizá no la mortifique, pero ¿podrá auxiliarla en algo? Ésa es la cuestión.

-¿Necesita acaso que la socorran? -preguntó Goodwood lentamente, con intensa y penetrante mirada.

-La mayoría de las mujeres lo necesita -dijo Henrietta, tratando de zafarse y de generalizar con menos esperanzas que de costumbre. Y añadió-: Si va usted a Roma, confío en que se mostrará como un verdadero amigo, no como un amigo egoísta. -Y se alejó un poco de él para ponerse a mirar los cuadros.

Caspar Goodwood la dejó ir y la estuvo observando mientras ella admiraba algunas obras de arte. Luego se acercó y dijo ansiosamente:

-Usted ha debido de oír algo acerca de ella. Quisiera saber de qué se trata.

Henrietta siempre había tenido por norma de vida no faltar jamás a la verdad y, aunque en aquella ocasión pudiera haber alguna buena finalidad en intentarlo, decidió,

después de pensar en ello un momento, no hacer excepción alguna que pudiese parecer superficial. Así pues, contestó francamente:

-En efecto, he oído bastante; pero, como quiero que no vaya usted a Roma, no se lo diré.

-Como usted guste. Lo averiguaré yo mismo. -Luego con una insistencia que en nada le favorecía, añadió-: Usted ha oído decir que es desgraciada.

-Eso no podrá usted averiguarlo -repuso Henrietta.

-Me figuro que no. ¿Cuándo parte usted?

-Mañana, en el tren de la noche. ¿Y usted?

Caspar Goodwood se contuvo, pues no tenía el menor deseo de hacer el viaje a Roma en compañía de la señorita Stackpole. Su indiferencia ante tal privilegio no era de la misma índole que la de Gilbert Osmond, pero en tal momento tenía la misma claridad, y consistía más en un tributo a las cualidades de la señorita Stackpole que en un reconocimiento de sus defectos. La consideraba él verdaderamente notable y brillante, y, en teoría, no tenía el menor reparo que oponer a la clase de donde provenía. Le parecía que las damas periodistas formaban parte indispensable del sistema de progreso de un país que avanzaba a pasos de gigante, y, aunque no leía jamás sus crónicas, suponía de buen grado que contribuían no poco a la prosperidad social. Pero precisamente por esa situación de eminencia que él no tenía por qué no reconocerle era por lo que no quería que la señorita Stackpole lo diera todo por supuesto. Y ella daba por supuesto que Goodwood estaba deseando hacer una alusión a la señora Osmond. Así lo pensó cuando le vio en París seis semanas después de su llegada, y se había reiterado a sí misma tal suposición en cada nueva oportunidad. Sin embargo, él no experimentaba el menor deseo de aludir a la señora Osmond, por la sencilla razón de que no pensaba constantemente en ella..., y de eso estaba seguro. Era el más reservado y menos parlanchín de los hombres, he aquí que aquella inquisitiva escritora no le dejaba en paz dirigiendo constantemente la linterna de su investigación a las ya tranquilas sombras de su alma. Habría él querido que ella no se preocupara tanto, incluso, por brutal que ello pudiera parecer, que le dejase completamente solo. No obstante todo ello, acababa de hacerse otras reflexiones que ponen de manifiesto cuán distinto era, en sus efectos, su mal humor del mal humor de Gilbert Osmond. Experimentó, pues, el deseo de partir para Roma en el acto y hubiera querido poder ir solo en el tren nocturno. Detestaba esos vagones de los trenes europeos en los que uno se ve obligado a permanecer sentado durante horas y horas como atornillado, casi pegado a las rodillas y a la nariz del pasajero de enfrente, con un compañero de viaje que protesta acaloradamente si uno desea abrir la ventana; y, si el viaje resulta peor aún durante la noche que durante el día, por lo menos durante la noche puede uno dedicarse a dormir y a soñar con el coche salón tipo americano. Pero él no podía tomar un tren distinto al de la señorita Stackpole, se le antojó que eso iba a ser un insulto a una mujer que carecía de protección. Ni podía tampoco esperar a que ella se hubiese ido, a menos que esperase más de lo que su paciencia le permitía. No bastaría, desde luego, con salir al día siguiente. Henrietta le preocupaba, le oprimía, y la idea de pasarse todo el viaje con ella en el vagón de un tren europeo presagiaba un sinfín de irritaciones. Pero el caso era que Henrietta viajaba sola y era una dama, y, por tanto, él tenía el deber de molestarse por ella. No había modo de escabullirse, se trataba de una necesidad inexcusable. Así, Goodwood pareció sumamente preocupado durante un largo momento y luego dijo sin el menor asomo de galantería, sino con la mayor claridad:

-Por supuesto, si usted parte mañana, yo también partiré y podré servirle de algo, por si acaso me necesitara.

-Está bien, señor Goodwood -repuso Henrietta amablemente-. No esperaba menos de usted.

45

He tenido razón al decir que Isabel sabía cómo y cuánto le desagradaba a Gilbert Osmond que Ralph prolongara su estancia en Roma. Tal convicción la tenía bien presente al dirigirse al hotel de su primo el día después de haber invitado a lord Warburton a que diese prueba palpable de su sinceridad. En tal momento, como en otros muchos, se daba perfecta cuenta de dónde provenía la oposición de Osmond. Este no quería que su esposa tuviese libertad alguna de pensamiento, y le constaba que Ralph era un apóstol incansable de semejante libertad. Por lo cual, Isabel pensaba precisamente todo lo contrario y consideraba un verdadero alivio para ella el ir a verle. Era evidente que estaba decidida a procurarse ese alivio a pesar de la aversión de su marido, pero se lo procuraba discretamente, o eso quería creer. En realidad, no estaba aún decidida a obrar directamente contra la voluntad de su marido, en el que debía ver a su dueño reconocido y consagrado, hecho que miraba más de una vez con una especie de ausente incredulidad. Sin embargo, pesaba sobre su imaginación; siempre tenía presentes en su ánimo las dignidades y las santidades tradicionales del matrimonio. La simple idea de transgredirlas la llenaba de vergüenza y de miedo, ya que al entregarse había perdido de vista semejante posibilidad, en su creencia de que su marido no le iba a la zaga en cuanto a generosidad de propósitos. No obstante, le parecía ver aproximarse el día en que tendría que recuperar algo que había cedido solemnemente. Semejante ceremonia sería abominable y monstruosa, y trataba de cerrar los ojos para no verla. Desde luego, Osmond no se lo haría más fácil dando el primer paso, echaría esa carga sobre los hombros de ella hasta el final. Todavía no le había prohibido formalmente que fuera a visitar a su primo, pero tenía la plena seguridad de que, si Ralph no se marchaba pronto de Roma, la prohibición no tardaría en producirse. ¿Y cómo iba a poder marcharse el pobre Ralph? El mal tiempo le impedía de momento hacerlo. Isabel comprendía perfectamente las ganas que tenía su marido de que se produjera ese acontecimiento y, para hablar con justicia, no se le alcanzaba que a su esposo pudiera agradarle que estuviese con su primo. Ralph no decía jamás nada contra él, pero no por eso era menos fundada la protesta amarga y muda de Osmond. Si éste llegaba a interponerse decididamente, si pretendía hacer valer su autoridad, ella tendría que tomar partido, y no sería cosa fácil. La perspectiva de semejante posibilidad le hacía latir el corazón y arder las mejillas, como dije por anticipado. Momentos había en que, en su deseo sincero de evitar una ruptura, se sorprendía deseando que Ralph partiera en el acto, incluso con riesgo de su vida. De nada servía que, al sorprenderse a sí misma en ese estado de ánimo, se reprochara su actitud llamándose débil de espíritu y cobarde. No es que amara menos a Ralph, sino que casi todo le parecía preferible a repudiar el acto más serio -el único acto sagrado- de su vida. Con ello el futuro se le aparecía odioso. El romper con Osmond una vez sería romper para siempre. Cualquier reconocimiento expreso de necesidades irreconciliables conduciría a admitir el fracaso del intento por los dos realizado.

Para ellos no podía haber perdón, ni compromiso, ni olvido fácil, ni reajuste formal. Habían perseguido tan sólo una cosa, y ésta tenía que haber sido exquisita en todos sentidos. Una vez perdida, ninguna otra haría sus veces, no existía sustituto posible para tal logro. De momento, Isabel continuó yendo al Hotel de París con la frecuencia que le parecía apropiada; la medida de lo que era apropiado residía en las normas del buen gusto, y no cabía mejor prueba de que la moralidad era, por así decirlo, cuestión de sabia apreciación. La aplicación que hacía Isabel de tal medida había sido particularmente libre aquel día, porque, aparte de la verdad general de que no podía dejar que Ralph muriera solo, tenía algo importante que preguntarle; y ese algo se refería tanto a Gilbert como a ella misma.

No tardó, pues, en entrar en materia.

-Quiero que me contestes a una pregunta sobre lord Warburton.

-Creo adivinarla -respondió Ralph desde su butaca, de la cual salían sus piernas, más delgadas que nunca.

-Es posible que la adivines. Hazme, pues, el favor de contestarla.

-¡Ah! No digo que me sea posible.

-Sois íntimos -dijo ella-, tienes muchas ocasiones de observarle.

-Pero, ¡imagínate cuánto tendrá que disimular!

-¿A santo de qué tendría que disimular? Eso no cuadra con su manera de ser.

-Pero no debes olvidar que las circunstancias son extraordinarias- contestó Ralph, como si eso le produjera una íntima diversión.

-Hasta cierto punto, sí... desde luego. Pero ¿está
realmente enamorado?

-Creo que mucho. Puedo asegurarlo.

-¡Ah! -dijo Isabel con cierta sequedad.

Ralph la miró con una expresión en la que la suave hilaridad había dado paso al asombro.

-Lo dices como si eso te decepcionara.

Isabel se levantó, y alisó sus guantes observándolos con detenimiento.

-Después de todo -dijo-, no es cosa mía.

-Muy filosófica estás -comentó él. Y luego de un instante, preguntó-: ¿Puedo saber de qué hablas?

Isabel le miró fijamente.

-Creí que lo sabías. Lord Warburton me dice que su mayor deseo en la vida es casarse con Pansy. Ya te lo he dicho antes, sin sacarte el menor comentario. Bien podrías aventurar uno esta mañana, me parece. Di, ¿crees que de veras se interesa por ella?

-¡Ah, por Pansy, desde luego que no! -exclamó Ralph, muy seguro.

-Pero si acabas de decir que sí.

Ralph esperó un momento.

-Que le interesas tú, señora Osmond. Isabel movió gravemente la cabeza.

-Eso es un disparate.

-Claro que lo es. Pero el disparate es de lord Warburton, no mío.

-Sería mucha complicación -dijo Isabel, deseosa de creer que se expresaba con mucha sutileza.

-Aunque debo decirte que a mí me lo ha negado -prosiguió Ralph.

-¡Me parece muy bonito que habléis los dos del tema! ¿Te ha dicho también que está enamorado de Pansy?

-Me ha hablado muy bien de ella... como resulta adecuado. Me ha dado a entender, cómo no, que considera que ella haría muy buen papel en Lockleigh.

-Pero ¿lo piensa de veras?

-¡Ah! ¡Lo que lord Warburton piensa de veras... eso...!

Isabel volvió a alisarse los guantes: unos guantes largos, holgados, con los que podía juguetear a gusto. Pronto, sin embargo, levantó la vista y exclamó brusca y apasionadamente:

-¡Ay, Ralph, no me ayudas!

Era la primera vez que aludía a su necesidad de auxilio, y aquellas palabras impresionaron a su primo por su violencia. Exhaló éste un largo murmullo de alivio, de compasión y de afecto; le pareció que por fin se colmaba el abismo que había entre los dos. Eso fue lo que le hizo exclamar, después de un momento:

-¡Qué desdichada debes de ser!

No había terminado de hablar cuando ella recobró por completo el dominio de sí misma, y el primer uso que hizo de él fue aparentar que no le había oído. Así, sonrió prestamente y dijo:

-Cuando hablo de ayuda estoy diciendo una sandez. ¡Cómo voy a molestarte con mis contrariedades de carácter doméstico! El asunto es sencillo: lord Warburton tendrá que arreglárselas solo. Yo no puedo comprometerme a ayudarte a salir del paso.

-No creo que tenga la menor dificultad en lograr su deseo -dijo Ralph.

-Puede. Pero ya sabes que... no siempre lo ha logrado.

-Es verdad. Sin embargo, tú sabes lo mucho que eso me ha sorprendido siempre. ¿Será la señorita Osmond capaz de darnos una sorpresa?

-Más bien vendría de parte de él. Me da la impresión de que, al final, abandonará el caso.

-No creo que haga nada deshonroso -dijo Ralph.

-Ni yo tampoco. Lo más honrado que podría hacer sería dejar tranquila a la pobre muchacha. Ella quiere a otro y es una crueldad deslumbrarla con maravillosos ofrecimientos para que renuncie.

-Una crueldad para la otra persona tal vez... para el hombre a quien ella quiere; pero lord Warburton no está obligado a preocuparse de eso.

-No, sería una crueldad para ella -afirmó Isabel-. Sería muy desdichada si se dejara convencer para abandonar al señor Rosier. Parece que esta idea te divierte, ¿verdad? Bien se ve que no estás enamorado. Para Pansy, Rosier tiene el mérito inmenso de estar enamorado de ella, y a Pansy le basta con mirar a lord Warburton para ver que no lo está.

-Pero sería muy bueno con ella.

-Hasta ahora lo ha sido. Por fortuna, no le ha dicho una sola palabra que la desasosiegue. Mañana mismo podría venir a decirle adiós sin faltar a las normas de corrección.

-¿Qué le parecería eso a tu mando?

-Muy mal. Y podría ser que en eso tuviera razón.
Pero deberá obtener la explicación por sí mismo.

-¿Te ha encomendado a ti que se la proporciones?
-se atrevió a preguntar Ralph.

-Era natural que como antigua amiga de lord Warburton... más antigua que Gilbert, quiero decir... me tomara cierto interés en lo que respecta a sus intenciones.

-¿Un interés por que renuncie a ellas, quieres decir? Isabel vaciló, arrugando el ceño.

-Vamos a ver si lo entiendo. ¿Acaso estás defendiendo su causa?

-En absoluto. Celebraré infinito que no llegue a ser el marido de tu hijastra. ¡Sería un parentesco tan extraño contigo! -dijo Ralph sonriendo-. Pero me inquieta un poco que tu marido crea que no le has empujado todo lo que debías.

Isabel se vio capaz de sonreír lo mismo que él.

-Me conoce lo bastante para no esperar que yo lo empuje. Además, él tampoco tiene intención de empujarle. ¡No tengo miedo de no poder justificarme! -dijo con cierta ligereza.

Por un instante se le había caído la máscara, pero se la había vuelto a poner, ante el gran desencanto de Ralph. Éste había atisbado su rostro al natural, y anhelaba intensamente observarlo de cerca. Sentía un deseo casi salvaje de oírla quejarse de su marido... de oírla confesar que éste la haría responsable a ella de la defección de lord Warburton. Ralph estaba convencido de que era ésa la situación; conocía instintivamente y por anticipado qué forma tomaría el disgusto de Osmond llegado el caso. No podría ser sino la más mezquina y cruel. Le habría gustado advertírselo a Isabel... hacerle ver, cuando menos, hasta qué punto juzgaba por ella y sabía lo que pasaba. Poco importaba que Isabel lo supiese mucho mejor. Si anhelaba demostrarle que a él no se le engañaba, era más por su propia satisfacción que por la

de ella. Una y otra vez trataba de que ella delatase a Osmond; el empeño le hacía sentirse inhumano, cruel, incluso casi innoble. Pero eso no importaba, porque fracasaba siempre. Entonces, ¿a qué había venido Isabel y para qué parecía brindarle casi la oportunidad de quebrantar su tácito convenio? ¿Por qué le pedía consejo si no le daba libertad para contestar? ¿Cómo iban a hablar de sus contrariedades domésticas, como ella humorísticamente había querido llamarlas, si el principal factor no podía ser mencionado? Tales contradicciones no eran sino una indicación del mal que la aquejaba, y su anterior impetración de auxilio era, en realidad, lo único que él debía tomar en consideración.

-De todas formas, estaréis en desacuerdo -dijo. Y como ella no contestó, mirándole como si apenas le entendiera, añadió-: Os daréis cuenta de que pensáis de modo diametralmente opuesto.

-Eso puede suceder hasta en las parejas más unidas. -Recogió ella su sombrilla, y él adivinó que tenía miedo de lo que pudiera decirle-: En fin de cuentas -prosiguió Isabel-, es un asunto por el que difícilmente podemos llegar a reñir, ya que el interés radica en su lado y no en el mío; después de todo, Pansy es hija suya y no mía. -Y le tendió la mano para despedirse.

Ralph adoptó en su interior la resolución de no dejarla marchar sin darle a entender que lo sabía todo; parecía una oportunidad demasiado buena para perderla.

-¿Sabes lo que ese interés le va a hacer decir? -preguntó tomándole la mano. Ella sacudió la cabeza secamente, aunque con un gesto que no era disuasorio, y él prosiguió-: Pues le hará decir que tu falta de empeño en el asunto se debe a los celos. -Se detuvo al momento: el semblante de Isabel le daba miedo.

-¿Los celos?

-Exactamente; que estás celosa de su hija.

Ella enrojeció hasta la raíz del cabello, echó atrás la cabeza y exclamó con un tono que él jamás le había oído:

-No eres amable.

-Vamos, sé franca conmigo y tú misma lo verás -respondió él.

Isabel no replicó; se limitó a retirar de la mano de Ralph la suya, que él todavía seguía aprisionando, y salió rápidamente del salón. Decidió hablar con Pansy, y aquel mismo día encontró la ocasión yendo a la habitación de la joven antes de cenar. Pansy estaba ya vestida, pues siempre lo hacía con bastante anticipación; lo cual parecía corroborar su inalterable paciencia y la graciosa quietud con que era capaz de sentarse a esperar. En aquel momento estaba sentada, recién compuesta, ante el fuego de la chimenea de su alcoba. Había apagado las velas después de su aseo, con arreglo a las leyes de sabia economía doméstica que le infundieran las monjitas y que ahora tenía más cuidado que nunca en observar; de suerte que la habitación estaba sólo alumbrada por un par de leños que chisporroteaban en la chimenea. En el Palazzo Roccanera, las habitaciones eran tan amplias como numerosas, y el virginal retiro de Pansy era una inmensa cámara de tenebroso techo artesonado. En medio de semejante vastedad, su diminuta ocupante parecía una mota de humanidad y, cuando se levantó deferentemente para saludar a Isabel, a ésta la impresionó más que nunca su tímida sinceridad. La misión de Isabel era difícil de desempeñar... y no cabía sino cumplirla con la mayor sencillez posible. Venía Isabel enojada y amargada, pero diciéndose que no debía dejar traslucir su enojo. Tenía incluso miedo de aparecer demasiado seria, o cuando menos demasiado severa, pues con ello podría suscitar alarma. Pero Pansy pareció haber adivinado que venía más o menos como confesor, pues una vez que hubo acercado más al fuego la butaquita en que había estado sentada, y que Isabel hubo tomado asiento en ella, se arrodilló en un cojín a su lado, alzando los ojos y apoyando las manos juntas en las rodillas de su madrastra. Lo que Isabel quería era oír de sus labios que no tenía el pensamiento puesto en lord Warburton; pero si deseaba esa garantía, no se sentía con libertad suficiente para provocarla. El padre de la

joven lo habría sin duda calificado de vil traición; y bien sabía Isabel que, si Pansy mostraba el menor indicio de estar dispuesta a dar alientos a lord Warburton, ella tendría que mantener la boca cerrada. La mayor dificultad estribaba en hacer preguntas sin aparentar sugerir las respuestas. La extraordinaria sencillez de Pansy, cuya inocencia era todavía mucho mayor de lo que Isabel había llegado a suponer, prestaba un efecto de admonición al más leve sondeo.

Pansy, arrodillada allí ante el vago resplandor del fuego, con su lindo vestido reluciendo tenuemente, las manos cruzadas en actitud medio suplicante y medio sumisa, los dulces ojos alzados y fijos, conscientes de la gravedad del momento, miraba a Isabel, un mártir infantil engalanado para el sacrificio y sin concederse apenas esperanzas de escapar. Cuando Isabel le dijo que si no le había hablado aún de lo que pudiera estar pasando en relación con su futuro matrimonio, no era por indiferencia o ignorancia, sino por su deseo de dejarla en libertad de decidir, Pansy elevó el rostro hacia Isabel acercándolo cada vez más, y con un tenue murmullo que sin expresaba su incontenible anhelo, contestó que había estado deseando que se decidiese a hablar y que la rogaba la aconsejara en aquel momento.

-Es muy difícil para mí aconsejarte -contestó Isabel-. No veo cómo voy a poder hacerlo. Eso es cosa de tu padre; debes escuchar su consejo y, sobre todo, obrar de acuerdo con lo que él te diga.

Al oír aquello, Pansy bajó los ojos y durante un momento no dijo una sola palabra. Pero al fin, declaró:

-Me parece que prefiero su consejo al de papá.

-No es eso lo que debe ser -replicó Isabel con frialdad-. Yo te quiero mucho, es cierto, pero tu padre te quiere más todavía.

-No es porque usted me quiere, sino porque es una señora... y una señora puede aconsejar .a una muchacha mejor que un hombre-dijo Pansy como si su declaración fuera de lo más razonable.

-Entonces, mi deber es aconsejarte que acates con el mayor respeto la voluntad de tu padre.

-¡Ah, claro! -dijo la joven con vehemencia-. Tengo que hacerlo.

-Pero si te hablo ahora del asunto de tu posible matrimonio -continuó Isabel-, no lo hago por ti, sino por mí. Si procuro saber por ti misma lo que esperas, lo que deseas, es únicamente para poder obrar en consecuencia.

Pansy la miró fijamente y con gran presteza preguntó:

-¿Va usted a hacer todo lo que yo le pida?

-Antes de decir que sí, tengo que saber de qué se trata.

Pansy le confesó que lo único que quería en la vida era casarse con el señor Rosier. El se lo había pedido y ella le había contestado que lo haría si su padre tenía a bien consentirlo. El caso era que papá no lo consentía.

-Perfectamente. Entonces, es de todo punto imposible -sentenció Isabel.

-Sí, es imposible -dijo Pansy sin suspirar y con la misma atención extraordinaria en su delicada carita.

-En ese caso, tienes que pensar en alguna otra cosa.

Pansy, suspirando esta vez al oírlo, confesó que ya lo había intentado sin el menor éxito.

-Una piensa en los que piensan en una -dijo sonriendo con dulzura-, y yo sé que el señor Rosier piensa seriamente en mí.

-Pues no debes hacerlo -dijo Isabel enfáticamente-. Tu padre le ha hecho saber claramente que debe abandonar esa idea.

-Pero él no puede remediarlo porque sabe que yo pienso en él.

-Es que tú no debes pensar en él. Para él quizás haya una excusa, pero no la hay para ti.

-Yo quisiera que usted procurase encontrar una -exclamó la joven como si estuviera elevando una plegaria a la Virgen.

-Sentía tener que hacerlo -replicó la supuesta Virgen con una frialdad en ella desacostumbrada-. Si sabes de algún otro que piense en ti, ¿pensarás en él?

-Nadie puede pensar en mi como piensa Rosier; nadie tiene el derecho de hacerlo.

-¡Ah! Es que yo no admito tal derecho del señor Rosier -exclamó Isabel con cierta hipocresía.

Pansy la miró fijamente con evidente desconcierto. E Isabel, aprovechándose de ello, procedió a exponerle las terribles consecuencias que le acarrearía el hecho de desobedecer a su padre. Pansy la detuvo asegurándole que no le desobedecería jamás, que nunca se casaría sin su consentimiento. Pero añadió con su tono más afable y sereno que, .aunque no se casara con el señor Rosier, no dejaría nunca de pensar en él. Parecía haber aceptado de buen grado la idea de permanecer soltera toda la vida, pero Isabel era libre de pensar que la joven no tenía idea de lo que eso representaba. La muchacha era completamente sincera y estaba dispuesta a abandonar a su enamorado. Eso podía parecer un paso muy importante para aceptar a otro pretendiente, pero, evidentemente, no era por ahí por donde iba Pansy. No sentía resquemor contra su padre, pues no lo había en su tierno corazón, en el que sólo tenía cabida la dulzura de la fidelidad hacia Rosier y una rara y exquisita insinuación de que tal vez valdría más, en último término, quedarse soltera que casarse con nadie, incluso con él.

-Lo que quiere tu padre es que hagas una boda mejor -dijo Isabel-. La fortuna del señor Rosier no es muy grande.

-¿Cómo habla usted de una boda mejor... si ésa sería bastante para mí? Además, yo tengo también muy poco dinero; ¿por qué me habría de preocupar por poseer una gran fortuna?

-Por lo mismo que tienes tan poco, debes tratar de tener más.

Al decir semejante cosa, Isabel sintió un gran alivio por la penumbra que reinaba en el aposento virginal, pues sentía como si su rostro se hubiese tornado horriblemente falso. Pensaba que estaba haciendo aquello por Osmond, ¡y era aquello lo que debía hacer por él! Los ojos cándidos de Pansy se fijaron solemnemente en los suyos y casi la turbaron, porque estaba avergonzada de haber tratado con tan ligereza las preferencias sentimentales de su linda hijastra.

-¿Qué quiere usted que haga? -preguntó dulcemente su compañera.

La pregunta era, en verdad, terrible, Por lo que Isabel consideró prudente refugiarse tras una respuesta vaga.

-Que recuerdes la satisfacción que está en tu mano proporcionarle a tu padre.

-¿Quiere usted decir que me case con otro... si el me lo pide?

Isabel tuvo que dejar pasar un momento antes de responder. Y luego se oyó a sí misma decir en aquel silencio profundo, creado gracias a la calma conque Pansy aguardaba su respuesta:

-Eso... casarte con otro.

La mirada de la joven se hizo más penetrante todavía. A Isabel le pasó por las mientes la idea de que Pansy estuviera dudando de su sinceridad y esa convicción se acentuó al ver que la muchacha se levantaba pausadamente del cojín en que se había arrodillado. Esta permaneció un momento en pie con las manos desunidas y, con voz temblorosa, exclamó:

-Bueno. ¡Ojalá no haya nadie que pida mi mano!

-Ya ha habido algo de eso. Por lo visto alguien ha estado dispuesto a hacerlo.

-No creo que nadie pueda estar dispuesto -dijo la joven.

-Pues al parecer lo habría estado si tuviera la seguridad de que no iba a fracasar.

-¿Si tuviese la seguridad? Entonces es que no está verdaderamente dispuesto.

Isabel no pudo por menos de pensar que semejante respuesta denotaba bastante agudeza. Se levantó a su vez de la butaquita, se quedó un instante mirando al fuego y luego dijo:

-Lord Warburton se ha mostrado muy atento contigo; desde luego, me imagino que sabes que he estado hablándote de él. -Contra lo que ella misma esperaba, se había visto en la necesidad de justificarse, lo cual la obligó a mencionar al aristócrata británico más claramente de lo que hubiese deseado.

-Lord Warburton ha sido muy amable conmigo y me resulta muy simpático. Pero si cree que va a pedir mi mano, está usted completamente equivocada.

-Tal vez lo esté; pero a tu padre eso le gustaría mucho. Pansy movió suavemente la cabeza con una ligera sonrisa.

-Lord Warburton no va a casarse precisamente para darle gusto a papá.

-A tu padre le agradaría que tú le dieras alientos -contestó mecánicamente Isabel. -¿Y cómo hacerlo?

-No sé. Es cosa de tu padre, él te lo dirá.

Pansy se quedó callada un momento, pero su cándida sonrisa daba a entender que conocía un secreto que le daba seguridad.

-De todos modos, ¡no hay peligro... no hay peligro! -declaró finalmente.

Parecía haber tal convicción en su manera de decirlo y tanta satisfacción en esa creencia, que Isabel sintió cierto embarazo. Intuía que se la acusaba de falta de honradez en su proceder, y tal idea era repugnante; para reparar su amor propio estuvo a punto de decir que lord Warburton le había hecho saber que sí había peligro. Pero se contuvo; lo único que dijo -arrastrada por la turbación bastante lejos del tema-, fue que, desde luego, él se había mostrado de lo más amable y de lo más cordial.

-Sí, ha sido muy amable conmigo; por eso le aprecio.

-Bueno. Entonces, ¿dónde está esa dificultad tan grande?

-Yo he tenido siempre la seguridad de que él sabe que no quiero... ¿cómo dice usted?... que no quiero darle alientos. Sabe que yo no quiero casarme, y quiere darme a entender que en vista de eso no me va a molestar. Eso es lo que significa su amabilidad. Es como si me dijera: «Usted me gusta mucho, pero si no le agrada que se lo diga, no se lo diré nunca más...». Y me parece que eso es muy amable y muy noble -prosiguió Pansy con aplomo creciente-. Eso es todo lo que nos hemos dicho. Además, yo no le intereso. No hay peligro, se lo aseguro.

Isabel se quedó maravillada de la profundidad de percepción de que era capaz aquella jovencita tan sumisa; le dio miedo la clarividencia de Pansy... y casi empezó a retroceder ante ella.

-Creo que debes decirle eso a tu padre -observó con reservas.

-Yo creo que será mejor no decírselo -respondió Pansy sin reservas.

-Pero no deberías dejar que conciba falsas esperanzas.

-Quizá no. Pero para mí es bueno que las tenga.

Mientras papá siga creyendo que lord Warburton pretende hacer lo que usted dice, no propondrá a ningún otro, y eso será una gran ventaja para mí -terminó diciendo la muchacha con gran lucidez.

Había algo brillante en aquella lucidez, algo que hizo que su compañera respirara hondo, porque sintió que la relevaba de una grave responsabilidad. Pansy tenía suficientes luces para guiarse por sí misma, e Isabel intuyó que en aquel momento a ella no le sobraban luces de la pequeña reserva que poseía. Sin embargo, sentía que debía continuar siendo leal a Osmond, pues se jugaba el honor al tratar el asunto de su hija. Inspirada por ese sentimiento, lanzó otra sugerencia antes de retirarse, una sugerencia con la que le pareció haber hecho cuanto estaba en su mano.

-Tu padre da, cuando menos, por sentado que te gustaría casarte con un aristócrata.

Pansy estaba en la puerta y había levantado la cortina para dar paso a Isabel.

-¡Yo creo que el señor Rosier lo parece! -observó con gran seriedad.

46

Lord Warburton no se dejó ver en varios días por los salones de la señora Osmond, e Isabel no pudo dejar de observar que su marido no le decía una palabra de si había recibido carta de él. Tampoco dejó de notar que Osmond parecía hallarse a la expectativa y que, aunque no le resultaba agradable dejarlo traslucir, pensaba que su distinguido amigo le hacía esperar demasiado. Al cabo de cuatro días aludió a su ausencia.

-¿Qué ha sido de Warburton? ¿A qué viene eso de tratarnos como si fuéramos el tendero que espera con la factura?

-No sé nada de él -contestó Isabel-. Le vi el viernes pasado en el baile de los alemanes, y me dijo que pensaba escribirte.

-Pues no me ha escrito.

-Ya me lo figuro, cuando no me lo has dicho.

-Es un tipo raro -dijo Osmond para definirlo.

Y, al no contestar Isabel, pasó a preguntar si su señoría tardaba cinco días en pergeñar una carta-. ¿Tanto le cuesta poner una palabra detrás de otra?

-No lo sé -se vio Isabel obligada a contestar-. Nunca he recibido ninguna carta suya.

-¿Que no has recibido ninguna carta suya? Se me antojaba que en un tiempo mantuvisteis una íntima correspondencia.

Isabel respondió que no había sido así y dejó decaer la conversación. Al día siguiente, sin embargo, entrando a última hora de la tarde en el salón, su marido la reanudó.

-¿Qué le dijiste a lord Warburton cuando te manifestó su intención de escribirme?

Ella vaciló un instante.

-Creo que le dije que no se le olvidara.

-¿Pensabas que existía ese riesgo?

-Tú mismo has dicho que es un tipo raro.

-Pues, por lo visto, lo ha olvidado -dijo Osmond-. Ten la bondad de recordárselo.

-¿Pretendes que le escriba? -inquirió Isabel.

-No veo inconveniente.

-Me parece que esperas demasiado de mí.

-Cierto, espero muchísimo de ti.

-Temo que voy a decepcionarte.

-Mis expectativas han sobrevivido a muchísimas decepciones.

-Lo sé de sobra. Imagínate la decepción que me he causado a mí misma. Si verdaderamente quieres echar el lazo a lord Warburton, tendrás que echárselo tú mismo.

Osmond permaneció callado un par de minutos, y luego dijo:

-Si tú actúas en contra mía, no será cosa fácil.

Isabel se sobresaltó, notó que comenzaba a temblar. Él tenía una manera de mirarla con los párpados semicerrados, como si estuviera pensando en ella pero apenas llegara a verla, que le pareció cargada de una intención enormemente cruel. Parecía reconocerla como una necesidad desagradable del pensamiento pero apartarla de su mente como presencia real. Semejante efecto no había sido nunca tan marcado como ahora.

-Me parece que estás acusándome de algo muy bajo -replicó.

-Te acuso de no ser de fiar. Si, al final, este hombre no se decide, será porque tú se lo

has quitado de la cabeza. Yo no sé si eso es bajo, pero desde luego es cosa que una mujer siempre se cree autorizada a hacer. No dudo de que a ti se te ocurren muy buenas ideas.

-Ya te dije que haría cuanto me fuera posible -afirmó Isabel.

-Con lo cual ganabas tiempo.

Al oír aquella recriminación, Isabel recordó que en tiempos ese hombre le había parecido perfecto.

-¡Cuántas ganas debes de tener de atraparlo! -exclamó al cabo de un instante.

No más decirlo, se dio cuenta del verdadero alcance de sus palabras, pronunciadas sin pensar. Establecían automáticamente una comparación entre ella y su esposo, y le recordaban que en otro tiempo ella tuvo aquel codiciado tesoro entre las manos y se había sentido lo bastante rica para dejarlo caer. Y un júbilo momentáneo se apoderó de ella... el horrible deleite de haberlo herido, pues adivinó por su expresión que la fuerza de aquella exclamación no se había perdido en el vacío. Sin embargo, él no lo manifestó, y se limitó a decir con presteza:

-¡Oh, sí! Unas ganas inmensas.

En aquel momento apareció un criado anunciando a una visita, y tras él entró el propio lord Warburton, quien, al ver a Osmond, se quedó visiblemente desconcertado. Miró rápida y alternativamente del dueño a la dueña de la casa, como quien se siente molesto por haber interrumpido una conversación o se da cuenta de que hay algo desagradable en el ambiente. Y avanzó con su británica soltura, en la que cierta vaga timidez aparecía como un elemento de la buena educación, cuyo único defecto consistía en la dificultad de realizar transiciones. Osmond se azaró. No sabía qué decir, pero Isabel declaró con presteza que precisamente estaban hablando de su visitante. A esto agregó su esposo que no sabían qué había sido de él... temían que se hubiera ido.

-No -explicó él, sonriendo y mirando a Osmond-, pero estoy con el pie en el estribo, como suele decirse.

-A continuación mencionó que le habían llamado urgentemente de Inglaterra y que partiría al día siguiente o al otro. Y acabó exclamando-: ¡Siento en el alma tener que abandonar al pobre Touchett!

Sus dos compañeros guardaron silencio durante un momento. Osmond escuchaba, arrellanado en su asiento, e Isabel no le miraba; tenía que imaginarse la expresión de su esposo. Ella mantenía los ojos clavados en el rostro de su visitante, donde podían detenerse con toda libertad, pues los de su señoría los esquivaban con cuidado. Pero Isabel estaba segura de que, si sus miradas se hubieran cruzado, la de él habría sido sumamente expresiva. Oyó que su marido decía con ligereza al cabo de un momento:

-Más valdría que se llevara usted al pobre Touchett.

-Le conviene esperar a que el tiempo mejore y haga más calor -respondió lord Warburton-. Por mi parte, yo no le aconsejaría que emprendiese ahora el viaje.

Lord Warburton permaneció un cuarto de hora allí sentado, hablando como si tal vez no hubiera de volver a verles.., a menos que ellos se decidieran a ir a Inglaterra, posibilidad que les recomendó vivamente, sugiriéndoles que se dieran una vuelta por allá durante el otoño... lo que le parecía una idea excelente. Para él seria un placer atenderles en lo que pudiera... recibirles en su casa y que pasaran un mes con él. Según él mismo confesara, Osmond no había estado más que una vez en Inglaterra, cosa inadmisible en un hombre de su cultura y libre de ocupaciones. Era el país ideal para él... donde sin duda se sentiría a gusto. Después, lord Warburton preguntó a Isabel si se acordaba de lo bien que lo había pasado allí y si no le gustaría volver a probar. ¿No le apetecía volver a Gardencourt? Aquél era un lugar muy agradable. Touchett no lo cuidaba como debía, pero era uno de esos sitios que no se echan a perder por el hecho de tenerlo abandonado. ¿Porqué no le hacían una visita a Touchett? Seguro que él se lo había pedido. ¿No se lo había pedido? ¡Había que ver qué mal

educado!... Ya le tiraría él luego de las orejas. Por supuesto que era un mero accidente: a Touchett le encantaría tenerlos a su lado. Si se decidían a pasar un mes con Touchett y otro mes con él y conocían a toda la gente que debían conocer allí, no lo pasarían del todo mal. Lord Warburton añadió que también sería entretenido para la señorita Osmond, que le había dicho que no conocía Inglaterra, y a quien él había asegurado que era un país que ella merecía conocer. Por descontado, no necesitaba ir a Inglaterra para ser admirada... cosa que tenía que ocurrirle en todas partes, pero allí tendría un éxito inmenso, y eso podría constituir un incentivo más para el viaje. Preguntó si Pansy estaba en casa; ¿no podría despedirse de ella? No era que le gustasen las despedidas, las detestaba con toda su alma. Prueba de ello era que al partir de Inglaterra no se había despedido de ningún ser humano. Y ahora mismo, casi había estado a punto de abandonar Roma sin molestar a la señora Osmond con una última visita. ¿Había nada más triste que un último encuentro? Nunca decía uno las cosas que quería decir y sólo las recordaba una hora después y en cambio uno decía muchas cosas que no debía decir, por el hecho de sentirse obligado a decir algo... era una sensación muy fastidiosa y que a uno le confundía las ideas. Él la tenía en ese momento y le producía ese mismo efecto. Si a la señora Osmond no le parecía que hablaba como era debido, tenía que achacarlo a los nervios, pues no era cosa fácil despedirse de ella. La verdad, sentía en el alma tener que marcharse. Había pensado escribirle a Isabel en vez de venir a despedirse... de todos modos le escribiría para decirle un montón de cosas que seguro que se le ocurrirían en cuanto saliera de la casa. Tenían que pensar seriamente en lo de ir a Locldeigh.

Si había algo embarazoso en las condiciones de su visita o en el anuncio de su partida, nada afloró a la superficie. Lord Warburton habló de su intranquilidad, pero no la mostró de ninguna otra manera, e Isabel comprendió que, una vez decidido a emprender la retirada, sabría llevarla a cabo con gallardía. Ella se alegraba mucho por él. Le apreciaba lo bastante para desear verle salir airoso de un trance apurado. Y tenía la seguridad de que él así lo haría en cualquier situación, y no por descaro sino sencillamente por la costumbre de triunfar, y sentía Isabel que no estaba al alcance de su marido el frustrar esa facultad. Mientras permanecía allí sentada, en su mente se desarrollaba una complicada operación. Por una parte escuchaba a su visitante, le decía lo que consideraba oportuno, leía más o menos entre líneas lo que él quería decir, y se preguntaba lo que habría dicho si la hubiese encontrado sola. Por otra parte, tenía conciencia de la emoción de Osmond, y casi le daba lástima, condenado como estaba a sufrir el dolor de la pérdida sin el consuelo de poder maldecir. Había concebido una inmensa esperanza, y ahora la veía desvanecerse sin poder hacer otra cosa que seguir sentado, sonriendo y dando vueltas a los pulgares. No es que se molestara en sonreír demasiado, se limitaba a volver hacia su común amigo un semblante todo lo inexpresivo que podía admitirse en un hombre tan listo. Parte de la listeza de Osmond consistía, en efecto, en saber aparentar una indiferencia consumada.

Su aspecto presente no era, sin embargo, una confesión de desencanto, sino simplemente parte del sistema en él habitual, consistente en aparecer tanto menos expresivo cuanto más estaba al acecho. Y había estado al acecho de esta presa desde el primer momento, pero nunca había dejado que la avidez se asomara a su refinado rostro. Había tratado a su posible yerno como trataba a todos los demás... con aire de interesarse por él sólo por su propio bien, no por el provecho que de ello pudiera derivarse para una persona tan bien provista ya en todos sentidos como Gilbert Osmond. No mostraría ahora la más leve señal de la rabia interior que le consumía, resultado de que la perspectiva de beneficio se disipaba... ni la más leve señal, ni la más sutil. De eso Isabel podía estar segura, le diera o no alguna satisfacción. Por extraño, por muy extraño que pudiera parecer, era una satisfacción. Quería que lord Warburton triunfara delante de su marido y, al mismo tiempo, que su marido apareciese superior a lord Warburton. A su manera, Osmond resultaba verdaderamente admirable, pues, al igual que su visitante, contaba con la ventaja de un hábito adquirido: no el

de triunfar sino el de otro que casi valía otro tanto... el de no esforzarse. Apoltronado en su asiento y escuchando sin mucha atención los amistosos ofrecimientos y las medias explicaciones del otro -como si lo correcto fuera considerar que se dirigían esencialmente a su mujer-, tenía cuando menos (ya que le quedaban tan pocas cosas) el consuelo de pensar en lo bien que había sabido mantenerse ajeno al asunto y en que ese aire de indiferencia que ahora podía adoptar poseía la belleza añadida de lo consecuente. Tenía su mérito poder considerar que los movimientos de su visitante no guardaban relación alguna con su propio pensamiento. La actuación del presunto viajero era sin duda magnífica, pero la representación de Osmond era en sí misma mucho más acabada. Después de todo, la situación de lord Warburton era fácil, ya que no existía razón alguna que le impidiese marcharse de Roma. Había tenido designios bien intencionados, pero éstos no habían llegado a cumplirse; en ningún momento se había comprometido, y su honor quedaba a salvo. Osmond pareció tomar un interés sólo modesto en la propuesta de que fuera a su casa y en la alusión al éxito que Pansy podría cosechar durante esa visita. Murmuró una expresión de agradecimiento, y dejó que Isabel manifestara que el asunto requería una seria reflexión. Incluso mientras hacía tal observación, Isabel veía el inmenso panorama que de repente se abría ante la mente de su marido, en el que la figurita de Pansy avanzaba por en medio.

Lord Warburton había solicitado permiso para despedirse de Pansy, pero ni Isabel ni Osmond habían hecho ademán de mandar a buscarla. Aquél parecía querer indicar que su visita iba a ser corta; se había sentado en una silla bajita, como si sólo fuera a permanecer un momento, y conservaba el sombrero en la mano. Pero allí seguía, y no se marchaba. Isabel se preguntaba qué estaría esperando. Creía que él no confiaba en ver a Pansy, y tenía la impresión de que, en fin de cuentas, preferiría no verla. Lo que él deseaba era verla a ella a solas... Quería decirle algo. Isabel no tenía muchas ganas de oírlo, porque temía que fuera una explicación, y podía pasarse sin ella. Osmond, por su parte, acabó por levantarse, como hombre de buen gusto a quien acababa de ocurrírsele que tan asiduo visitante quizá desearía decir sus últimas frases de despedida a las damas.

-Le ruego que me disculpe -dijo-. Tengo que escribir una carta antes de la cena. De paso veré si mi hija no está ocupada y, si puede venir, le diré que está usted aquí.
Espero que, si vuelve a Roma, no dejará de venir a vernos. La señora Osmond hablará con usted acerca de esa excursión a tierra inglesa. Estas cosas las decide ella solamente.
La inclinación de cabeza con que, en lugar del apretón de manos, remató esa pequeña alocución, fue tal vez una forma de salutación un tanto exigua; pero, en realidad, era lo adecuado a la situación. Isabel pensó que cuando Osmond hubiera salido de la habitación, lord Warburton no tendría motivo para decir: «Su marido está muy enojado», cosa que le habría resultado muy desagradable oír, y a la que habría tenido que contestar: «Bah, no se preocupe, no es a usted a quien aborrece; a quien detesta es a mí».

Únicamente después de quedarse solos los dos su amigo mostró cierto vago azoramiento... pues se sentó en otra silla y manoseó dos o tres chucherías que tenía cerca.

-Espero que haga venir a la señorita Osmond -comentó al poco-. Tengo verdaderos deseos de verla.

-Me alegro de que sea la última vez -respondió Isabel.

-También yo. Me he dado cuenta de que no le intereso.

-Verdad. No le interesa usted.

-No me extraña -replicó él, y enseguida añadió con inconsecuencia-: Por supuesto, irán ustedes a Inglaterra, ¿verdad?

-Me parece que será mejor no ir.

-Recuerde que me debe una visita. ¿Ha olvidado que tenía que haber ido una vez a Lockleigh y que nunca fue?

-Las cosas han cambiado desde entonces.

-Espero que no para peor, en cuanto a nosotros se refiere. Verla a usted en mi casa -y aquí hizo una breve pausa- sería una gran satisfacción.

Ella había temido una explicación, pero aquélla fue la única. Hablaron un poco de Ralph, y, al cabo de un momento, Pansy se presentó, vestida ya para la cena y con las mejillas un tanto arreboladas. Tendió la mano a lord Warburton y se quedó mirándole al rostro con aquella sonrisa fija... una sonrisa que Isabel sabía, aunque su señoría a buen seguro jamás llegaría a sospecharlo, que disimulaba un gran deseo de romper en llanto.

-Me marcho -dijo lord Warburton-. Quería despedirme de usted.

-Adiós, lord Warburton. -Su voz temblaba de un modo perceptible.

-Quiero, además, decirle que deseo de todo corazón que sea feliz.

-Gracias, lord Warburton -respondió Pansy.

Él se demoró un instante y lanzó una mirada a Isabel.

-Por fuerza ha de ser feliz... tiene usted un verdadero ángel de la guarda.

-Estoy segura de que lo seré -replicó Pansy con el tono de la persona cuyas certidumbres son siempre alegres.

-Ese convencimiento le ayudará mucho a serlo; pero si alguna vez le faltara, recuerde que... que... -Titubeó un poco y, al fin, añadió con una vaga risa-: ¡Piense en mí, ya sabe! -Estrechó en silencio la mano de Isabel y desapareció rápidamente.

Una vez que hubo dejado el salón, Isabel creyó que Pansy rompería a llorar; pero, con gran sorpresa suya, su hijastra la obsequió con algo muy distinto, pues exclamó con dulzura:

-¡También yo creo que es usted mi ángel guardián! -No soy un ángel de ninguna clase -contestó Isabel-. Todo lo más, una buena amiga.

-Pues entonces, una amiga muy buena... por haberle pedido a papá que me trate bien.

-No le he pedido nada a tu padre -dijo Isabel, extrañada.

-Acaba de decirme que viniera al salón, y me ha dado un beso muy cariñoso.

-¡Ah! Eso ha sido sólo idea suya.

Ella reconocía perfectamente la idea; era muy característica de él, y aún habría de verla en muchas otras ocasiones. Ni siquiera frente a Pansy quería Osmond aparecer culpable. Aquel día cenaron fuera, y, después de la cena, fueron a otra diversión, de suerte que Isabel no pudo verlo a solas hasta altas horas de la noche. Cuando Pansy lo besó antes de irse a acostar, Osmond correspondió a su abrazo con más afecto de lo que tenía por costumbre, e Isabel se preguntó si sería una insinuación de que su hija había sido perjudicada por las maquinaciones de su madrastra. Era una expresión parcial, en cualquier caso, de lo que seguía esperando de su esposa. Ésta se disponía a seguir a Pansy, pero él le señaló su deseo de que se quedase, pues tenía algo que decirle. Luego dio unos cuantos pasos por el salón, mientras ella aguardaba de pie, sin quitarse la capa.

-No comprendo lo que quieres hacer -dijo al cabo de un momento-. Me gustaría saberlo, para obrar en consecuencia.

-Ahora mismo, lo que quiero es irme a la cama. Estoy rendida.

-Siéntate y descansa; no voy a detenerte mucho tiempo. No, ahí no; donde estés cómoda. -Juntó unos cuantos cojines que yacían desordenadamente esparcidos en un vasto diván; pero ella no se sentó en él sino que se dejó caer en la butaca más próxima. El fuego se había extinguido y las luces eran pocas para la gran estancia. Ella se arrebujó en su capa; sentía un frío mortal-. Creo que estás tratando de humillarme -continuó Osmond-. Es una empresa por demás absurda.

-No tengo la menor idea de a qué te refieres -replicó ella.

-Has estado jugando un juego difícil y lo has organizado bien.

-¿Qué es lo que he organizado?

-Pero no creas que lo has dejado zanjado. Volveremos a verle.

Y se detuvo ante ella con las manos en los bolsillos y mirándola pensativamente,

según su costumbre, con aquella mirada que parecía querer decirle que ella no era el objeto sino un simple incidente, más bien desagradable, de su pensamiento.

-Si te refieres a que lord Warburton tiene alguna obligación de volver, estás completamente equivocado -dijo Isabel-. Nada le obliga.

-De eso es precisamente de lo que me quejo. Pero cuando digo que volverá, no me refiero a que venga impulsado por su sentido del deber.

-Pues no creo que haya ningún otro motivo. Roma está ya agotada para él.

-No lo creas; ése es un juicio superficial. Roma es inagotable. -Comenzó de nuevo a andar de un lado para otro y añadió-: De todos modos, sobre eso quizá no haya prisa. Ha tenido una buena idea con lo de que vayamos a Inglaterra. Si no fuera por el temor de encontrar allí a tu primo, creo que yo mismo trataría de convencerte de que fuéramos.

-Tal vez no encuentres a mi primo.

-Quisiera estar seguro de ello. Pero me aseguraré lo más que pueda. Por otra parte, me gustaría ver su casa, de la que tanto me has hablado en otros tiempos... ¿cómo se llama?... Gardencourt, si mal no recuerdo. Debe de ser un lugar encantador. Ya sabes que, además, tengo una gran veneración por la memoria de tu tío; tú me hiciste tomarle mucho cariño. Me gustaría ver dónde vivió y murió. Pero esto no es más que un pequeño detalle. Tu amigo tenía razón: Pansy debe conocer Inglaterra.

-No me cabe duda de que le gustará -dijo Isabel.

-Pero de aquí al otoño hay un largo trecho -continuó Osmond-, y entretanto hay otras cosas que nos tocan más de cerca. ¿De veras me crees tan soberbio? -preguntó de súbito.

-Me pareces muy extraño.

-Es que no me comprendes.

-No; ni siquiera cuando me insultas.

-Yo no te insulto. Soy incapaz de ello. Lo único que hago es traer a colación algunos hechos, y si aludir a ellos te hace daño, no es culpa mía. No hay la menor duda de que este asunto lo has manejado tú sola.

-¿Vas a volver a lo de lord Warburton? -preguntó Isabel-. Ya estoy harta de oír ese nombre.

-Pues volverás a oírlo, porque todavía no hemos terminado con este asunto.

Ella había dicho que él la insultaba, pero, de pronto, a Isabel le pareció que eso no le causaba ya dolor. Él estaba cayendo... cayendo, y la visión de un descenso así casi le producía vértigo; ése era todo su dolor. Él era demasiado extraño, demasiado distinto, tanto que ya no la rozaba. Sin embargo, el funcionamiento de la mórbida pasión de su marido era extraordinario, y ella sentía una curiosidad creciente por saber de qué manera se justificaba ante sus propios ojos.

-Podría decirte que creo que no tienes nada que decirme que merezca la pena escuchar -replicó pasado un momento-. Sin embargo, tal vez esté equivocada; hay una cosa que vale la pena que oiga... y es que me digas, con las palabras más claras posible, de qué me acusas.

-De haber impedido que Pansy se casara con lord Warburton. ¿Te parece suficiente claridad?

-Por el contrario, he puesto mucho interés. Te lo dije; y cuando me dijiste que contabas conmigo... creo que eso es lo que dijiste... acepté la obligación. Fui una tonta al aceptarla, pero lo hice.

-Fingiste aceptarla, e incluso fingiste no querer hacerlo para que yo confiara más en ti. Luego comenzaste a emplear tu inventiva para quitarle de en medio.

-Creo comprender lo que quieres decir.

-¿Dónde está la carta que me dijiste que me había escrito? -preguntó su marido.

-No tengo la menor idea. No se lo he preguntado.

-La interceptaste tú.

Isabel se levantó poco a poco y permaneció un momento inmóvil; envuelta en aquella capa blanca que la cubría hasta los pies, podía haber representado el ángel del desdén, pariente cercano de la compasión.

-¡Oh, Gilbert! Para un hombre que era tan exquisito... -exclamó en un largo murmullo.

-Nunca lo he sido tanto como tú. Has hecho todo lo que has querido. Lo has quitado de en medio sin parecer hacerlo y me has colocado en la situación en que querías verme... la del hombre que ha procurado casar a su hija con un lord y ha fracasado grotescamente.

-Pansy no se interesa por él. Está muy contenta de que se vaya.

-Eso no tiene nada que ver con la cuestión.

-Y a él no le interesa Pansy.

-Eso no vale. Tú me dijiste que sí. No comprendo por qué necesitabas esta satisfacción, podrías haberte procurado cualquier otra. Creo que no he sido presuntuoso... que no he dado demasiadas cosas por supuestas. He sido muy modesto en todo ello, muy discreto. La idea no partió de mí. Él comenzó a dar muestras de que la muchacha le gustaba antes de que a mí se me hubiera pasado por la cabeza. Y yo te confié todo el asunto.

-Bien que te agradó entonces dejarlo en mis manos. Pues en adelante tendrás que ocuparte tú de estas cosas.

Él la miró un momento y luego se alejó.

-Creí que estabas encariñada con mi hija.

-Nunca lo ha estado tanto como ahora.

-Por lo visto, tu afecto está lleno de inmensas limitaciones. Es posible que eso sea lo natural.

Isabel tomó un candelabro que había sobre una de las mesas y preguntó:

-¿Es eso todo lo que querías decirme?

-¿Estás satisfecha? ¿Me ves suficientemente defraudado?

-No creo que en el fondo estés tan decepcionado. Has tenido una oportunidad más para intentar dejarme estupefacta.

-No es eso. Lo que se ha demostrado es que Pansy puede picar más alto.

-¡Pobrecita Pansy! -dijo Isabel mientras se dirigía hacia la puerta con el candelabro en la mano.

47

Isabel supo por Henrietta Stackpole que Caspar Goodwood estaba en Roma, lo que aconteció tres días después de la partida de lord Warburton. Este incidente había l estado precedido por otro de cierta importancia para Isabel: la ausencia temporal, una vez más, de madame Merle, que había ido a pasar una corta temporada en Nápoles, invitada por una amiga, afortunada propietaria de una villa en Posilippo. Madame Merle había cesado de contribuir a la felicidad de Isabel, quien se quedó preguntándose si la mujer más discreta del mundo no sería también la más peligrosa. A veces, por la noche, tenía extrañas visiones. Le parecía estar viendo a su marido y a su amiga... la amiga también de él... formando una borrosa e indistinguible combinación. Se le antojaba que esa señora no había terminado aún con ella, que todavía le reservaba algo. La imaginación de Isabel se aplicaba activamente a este punto huidizo, pero de vez en cuando la refrenaba un pavor sin nombre, de tal suerte que, cuando la encantadora dama se hallaba ausente de Roma, tenía Isabel algo así como una

sensación de alivio. Ya antes había sabido por Henrietta Stackpole que Caspar Goodwood estaba en Europa, pues la periodista se lo había comunicado por escrito en cuanto se encontró con él en París. Por su parte, él no escribía jamás a Isabel y ésta creyó que, a pesar de estar en Europa, él no quería verla. La última entrevista, antes del matrimonio de ella, había tenido todo el carácter de una ruptura definitiva; y, si no recordaba mal, Caspar le había dicho que quería verla por última vez. Desde aquel entonces, aquel hombre venía siendo la nota más discordante de su etapa anterior..., la única, de hecho, que llevaba asociada un dolor permanente. La mañana de su despedida la había dejado con la sensación del más innecesario de los golpes, y la escena entre los dos sucedida se le representaba como la colisión de dos barcos en pleno día. No había habido niebla ni corrientes ocultas que la justificaran, y, por su parte, ella trató de esquivarla. Pero él había chocado contra su proa, mientras ella tenía la mano en el timón, y-para completar la metáfora- había causado en el navío más ligero un daño que esporádicamente se delataba en un débil crujido. Había sido horrible verle, ya que él representaba, a juicio de Isabel, el único daño serio que ella ocasionara en toda su vida, la única persona que tenía contra ella una reclamación no satisfecha. Le había hecho desgraciado, no pudo evitarlo; y su infelicidad era una dura realidad. Isabel había sollozado de rabia cuando él la dejara... no sabía por qué, y quiso pensar que había sido por la falta de consideración de Caspar. El se había presentado ante ella con su infelicidad justo cuando la dicha de ella era más perfecta; había hecho lo posible por empañar el fulgor de aquellos puros rayos. No se había mostrado violento, pero produjo una impresión de violencia. Sea como fuere, en algo y en alguna parte había existido violencia; acaso únicamente en el ataque de llanto de Isabel y en el regusto que le quedó durante tres o cuatro días después de la escena.

El efecto de aquella súplica final se había desvanecido y, durante el primer año de matrimonio, Goodwood desapareció por completo de su imaginación. Era un tema de referencia ingrato, y resultaba desagradable pensar en un individuo que estaba dolido y resentido con una, y a quien sin embargo no se podía ayudar. Otra cosa habría sido si ella hubiese podido dudar, aun cuando sólo fuera un poco, de su desconsuelo, como dudaba del de lord Warburton. Por desgracia, eso estaba fuera de duda, y era precisamente aquel cariz agresivo, insobornable de la situación lo que la hacía tan desagradable. Jamás podría ella decirse que aquel hombre dolorido tuviera compensaciones, como podía decirse en el caso del aristócrata inglés. Carecía de fe en las compensaciones de Goodwood y no les concedía valor. Una fábrica de tejidos de algodón no era una compensación por nada... y menos por no haber podido casarse con Isabel Archer. Aparte de esto, ella no sabía apenas lo que él poseía -salvo sus cualidades intrínsecas. Oh, todo lo de Caspar era intrínseco; jamás se le ocurrió pensar que buscara ayuda artificial de ninguna clase. Si ampliaba su industria -lo cual, a juicio de ella, era la única forma que podían tomar sus esfuerzos-, era porque eso suponía una actitud emprendedora, un beneficio para su negocio, de ningún modo porque esperara así encubrir el pasado. Eso le daba a su figura una especie de desolación y desnudez que hacían que el hecho de recordarla o de tener que recordarla constituyese una peculiar conmoción. Su figura carecía de esa pañería social que en tiempos supercivilizados como los actuales amortigua la dureza de los contactos humanos. Su absoluto silencio, el hecho de no saber de él directamente y muy rara vez oírle nombrar, ahondaba aún más esa impresión de soledad en que él vivía. De vez en cuando le pedía noticias de él a su hermana Lily, pero Lily no sabía absolutamente nada de Boston... su imaginación limitaba por el este con Madison Avenue. A medida que el tiempo iba pasando, Isabel pensaba en él más a menudo y con menos restricciones. Más de una vez estuvo tentada de escribirle y se contuvo. Nunca había hablado de él a su marido... no le había informado de las visitas que Caspar le hiciera en Florencia; reserva ésta que en los primeros tiempos no venía dictada por falta de confianza en Osmond, sino simplemente por creer que el secreto del desengaño del joven no le pertenecía a ella sino a él. Habría sido un craso error por su parte -así lo creía- comunicárselo a otro, ya que,

después de todo, los asuntos de Goodwood poco podían interesar a Gilbert. De suerte que, a la hora de escribirle, nunca se decidió a hacerlo. Se le antojaba que, considerando lo dolido que estaba Caspar, lo mejor que podría hacer era dejarle tranquilo. Aun así, se habría alegrado de estar en cierta forma más cerca de él. No es que se le ocurriera jamás que podía haberse casado con él. Ni siquiera en los momentos en que las consecuencias de su actual unión se le aparecían con más nitidez había esa reflexión pasado por su mente, a pesar de las otras muchas que sí se le presentaban. Pero cuando Isabel se vio en apuros, Caspar pasó a ser miembro de aquel círculo de seres y cosas con quienes quería ponerse en regla. Ya he consignado con cuánta pasión deseaba convencerse de que la desdicha que padecía no era fruto de sus propios errores. No tenía previsión cercana de morir y, sin embargo, quería quedar en paz con el mundo... poner en orden sus asuntos espirituales. De tiempo en tiempo, se le ocurría pensar que tenía una cuenta pendiente con Caspar, y ahora se veía capaz de saldarla y dispuesta a hacerlo en términos más favorables para él que en ninguna otra ocasión. No obstante, al enterarse de que se encaminaba a Roma, tuvo verdadero miedo; sin duda sería más desagradable para él que para nadie averiguar -porque seguro que averiguaría la verdad, como al repasar un balance falseado o algo por el estilo- el íntimo desbarajuste de los asuntos de Isabel. En lo más hondo de su corazón, ella creía que Caspar lo había invertido todo en que fuera feliz, mientras que los demás sólo habían invertido una parte. Era una persona más a quien tenía que ocultar su angustia. Sin embargo, se tranquilizó después de que él llegara a Roma, porque Caspar dejó transcurrir varios días sin ir a verla.

Fácil es suponer que Henrietta Stackpole fue mucho más puntual, e Isabel se vio grandemente favorecida con la compañía de su antigua amiga. Se arrojó en brazos de tal amistad porque, ahora que estaba decidida a tener limpia la conciencia, era ésa una manera de probar que no había sido superficial... tanto más cuanto que los años, en su transcurrir, habían enriquecido más que agostado aquellas singularidades de Henrietta que fueran jocosamente criticadas por personas menos interesadas que Isabel, unas peculiaridades que seguían siendo lo bastante marcadas como para poner un punto de heroísmo en la lealtad de Isabel. Henrietta se mostraba tan aguda, viva y fresca como siempre, e igual de clara, sincera y brillante. Sus ojos extraordinariamente abiertos, iluminados como grandes y acristaladas estaciones de ferrocarril, no tenían postigos que los protegieran; su atavío no había perdido nada de su tiesura, sus opiniones conservaban el perfume de la referencia nacional. Sin embargo, no estaba en absoluto inalterada; Isabel creyó encontrar en ella cierta vaguedad. Anteriormente nunca la había tenido, y aunque acometiera muchas investigaciones a la vez, se las había compuesto para estar entera e incisiva en cada una. Tenía siempre una razón para cada cosa que hacía; disponía de una profusión de motivos. Antes, cuando vino a Europa fue porque quería conocer ese continente, pero ahora que ya lo conocía no podía aducir semejante excusa. No se le ocurrió ni por un momento pretender que el deseo de estudiar las decadentes civilizaciones tuviera nada que ver con su periplo actual; su excursión era más bien una demostración de independencia respecto del viejo mundo que un reconocimiento de deberes para con él.

-Esto de venir a Europa no es nada -le dijo a Isabel-, y no creo que hagan falta tantas razones para hacerlo. Quedarse en su propio país no está mal, pero esto es mucho más importante.

No fue, pues, con la sensación de hacer nada de importante como se concedió una nueva peregrinación a Roma. Ya había visto la ciudad y la había estudiado a fondo, de modo que su visita de ahora constituía más bien una muestra de familiaridad, de conocerla perfectamente, de tener tanto derecho como el que más a estar allí. Todo esto estaba muy bien, y Henrietta era una mujer inquieta; cosa que tenía también derecho a ser. Pero en el fondo tenía para venir a Roma una razón mucho más poderosa que la de la ciudad, la cual no le importaba nada. Su compatriota lo detectó enseguida, y con ello apreció como nunca la

fidelidad de la periodista. Esta había cruzado el océano a mitad del invierno, la peor de las estaciones, porque vislumbraba que su amiga estaba triste. Henrietta adivinaba muchas cosas, pero nunca había tenido una intuición tan atinada. Isabel gozaba por entonces de bien pocas satisfacciones, pero, aun cuando hubiesen sido numerosas, aún habría habido algo de personal alegría en aquel sentirse justificada por haber tenido siempre tan alto concepto de Henrietta. Había hecho grandes concesiones a su respecto, pero insistía en que, a pesar de los pesares, seguía siendo muy valiosa. Sin embargo, no era su propio triunfo lo que la satisfacía, sino el alivio de confesar a esta confidente, la primera persona ante quien lo reconocía, que no estaba a gusto ni mucho menos. Henrietta tuvo la virtud de abordar el tema sin perder tiempo, y acusó cara a cara a su amiga de ser desgraciada. Henrietta era una mujer, una hermana; no era Ralph, ni lord Warburton, ni Caspar Goodwood; por tanto, Isabel podía hablar.

-Sí, soy desgraciada -dijo muy suavemente. Le desagradó oírselo decir a sí misma, y trató de expresarlo lo más juiciosamente posible.

-¿Qué te hace tu marido? -preguntó Henrietta frunciendo el ceño como si estuviera investigando las operaciones de un médico charlatán.

-No me hace nada. Pero no le gusto.

-¡Es difícil de contentar! -exclamó la señorita Stackpole-. ¿Por qué no lo dejas?

-No puedo cambiar de esa manera -contestó Isabel.

-¿Por qué no, vamos a ver? Lo que ocurre es que no quieres confesar que has cometido un error. Eres demasiado orgullosa.

-Ignoro si lo soy, pero no puedo pregonar mi equivocación. Me parece que eso no es decoroso. Preferiría morir.

-No siempre pensarás así.

-No sé a qué extremos me podría llevar el ser muy desdichada, pero creo que siempre sentiría una gran vergüenza. Hay que aceptar las propias acciones. Me casé con él ante el mundo; era libre de hacer mi santa voluntad, era imposible hacer nada más meditado. No se puede cambiar de ese modo -repitió Isabel.

-Por imposible que parezca, tú has cambiado. Espero que no me vayas a decir que le quieres.

Isabel dudó un momento.

-No, no le quiero. A ti te lo puedo decir porque estoy harta de guardar el secreto. Pero basta con esto. No voy a pregonarlo por calles y plazas.

Henrietta se echó a reír.

-¿No te parece que le guardas demasiadas consideraciones?

-No se las guardo a él, sino a mí misma -respondió Isabel.

No era de extrañar que Gilbert Osmond no hubiese tomado afición a Henrietta Stackpole. Su instinto le había colocado naturalmente en oposición a una joven dama capaz de aconsejar a su esposa que abandonase la morada conyugal. Al llegar ella a Roma, Osmond le dijo a Isabel que esperaba que dejase en paz a su amiga la periodista, pero su esposa le contestó que, para él al menos, no había nada que temer. A Henrietta le comunicó que, como su marido le tenía antipatía, no podía invitarla a cenar, pero que les sería fácil verse de otras maneras. Isabel recibía en su salón particular y la llevó varías veces de paseo en su coche sentada frente a Pansy, que, un poco inclinada hacia adelante, contemplaba a la prestigiosa escritora con una atención respetuosa que en ocasiones llegaba a irritar a la misma Henrietta. Esta se quejó a Isabel de que la señorita Osmond la miraba de un modo como si quisiera recordar todo lo que decía.

-No quiero que se me recuerde de esa manera -declaró la señorita Stackpole-. Entiendo que mi conversación se refiere sólo al momento, como los diarios de la mañana. Tu

hijastra, ahí sentada, parece como si fuera guardando todos los números atrasados para poder algún día sacarlos para contradecirme.

Por más que lo intentaba, no podía mirar con buenos ojos a Pansy, cuya ausencia de iniciativa, de conversación, de anhelos personales le parecía algo poco natural e incluso inquietante en una joven de veinte años. Isabel vio enseguida que a Osmond le habría gustado que ella defendiera con más calor la causa de su amiga, que insistiera para que él la recibiera, a fin de poder aparentar soportarla en honor de los buenos modales. El que Isabel hubiera aceptado sin rechistar las objeciones de su marido le dejaba a éste mal parado... pues una de las desventajas de manifestar desprecio consiste en no poder al mismo tiempo ganarse la aprobación ajena mostrando simpatía. Osmond no renunciaba a esa aprobación, pero tampoco a sus objeciones, elementos ambos difíciles de reconciliar. Lo bueno habría sido que la señorita Stackpole fuera a cenar un par de veces al Palazzo Roccanera, a fin de que (a pesar de la cortesía superficial, siempre extraordinaria, del anfitrión) pudiera juzgar por sí misma lo poco que le agradaba al señor Osmond. En vista, sin embargo, de que las dos damas eran tan poco complacientes, no le quedaba sino desear que la dama de Nueva York se marchase. Era sorprendente la poca satisfacción que a Osmond le daban las amistades de su mujer; así se lo señaló a Isabel.

-Desde luego no has tenido suerte con tus amigos íntimos; ojalá pudieras hacerte otra colección -le dijo una mañana sin referirse a nada visible en aquel momento, pero en un tono de madurada reflexión que despojaba a ese comentario de toda brusquedad brutal-, Es como si te hubieras tomado la molestia de escoger, entre todas las del mundo, a las personas con quienes tengo menos en común. Tu primo me ha parecido siempre un asno engreído... aparte de ser el animal menos agraciado que conozco. Además, resulta insoportable no podérselo decir; hay que ahorrárselo en atención a su salud. Yo diría que su salud es lo mejor que posee porque le concede unos privilegios de que nadie puede disfrutar. Si tan gravemente enfermo está no hay más que una manera de demostrarlo, pero no parece muy dispuesto a ello. Tampoco cabe decir mucho más en favor del gran Warburton. Pensándolo bien, la fría insolencia de su actuación ha sido cosa digna de ver. El hombre llega y contempla a la hija de uno como si se tratara de una casa de alquiler; prueba los tiradores, se asoma a las ventanas, golpea las paredes y casi está a punto de arrendar el local.. ¿Quiere usted hacer el favor de extender el contrato? Pero después se le ocurre que las habitaciones son pequeñas, que no se acostumbraría a vivir en un tercer piso, tiene que buscarse un piano nobile. Y se marcha tan tranquilo después de haberse alojado gratis un mes entero en el pobre pisito. La señorita Stackpole, ni que decir tiene, es tu hallazgo más prodigioso. A mí me produce la impresión de estar viendo a un monstruo. No hay nervio del organismo que ella no ponga en tensión. Ya sabes que no la he considerado nunca una mujer. ¿Quieres saber a qué me recuerda? A una pluma de acero nueva... la cosa mas odiosa del universo. Habla igual que escriben las plumas de acero. ¿No vienen sus cartas, por cierto, en papel rayado? Piensa, se agita, camina y mira exactamente igual que habla. Tú dirás que no puede molestarme, porque no la veo. Cierto, no la veo, pero la oigo, la oigo todo el día. Tengo su voz metida en los oídos, no lo puede evitar. Sé exactamente lo que dice y conozco cada inflexión del tono con que lo dice. Dice cosas encantadoras acerca de mí, que a ti te proporcionan un gran consuelo. No me gusta nada pensar que habla de mí... me produce la misma sensación que si supiera que uno de mis lacayos lleva puesto mi sombrero.

Como Isabel le aseguró, Henrietta hablaba de Gilbert Osmond mucho menos de lo que él presumía. Poseía multitud de otros temas de conversación, por dos de los cuales cabe suponer que el lector sentirá especial interés. La periodista comunicó a su amiga que Caspar Goodwood había descubierto por sus propios medios que Isabel no era feliz, aunque Henrietta, pese a su inventiva, no pudo explicarle qué clase de consuelo pensaba él proporcionar a Isabel estando en Roma y no tratando de verla. Le habían visto ya dos veces en la

calle, pero él no pareció haberlas divisado pues ellas iban en coche, y él tenía la costumbre de ir mirando al frente, como si se propusiera no ver más que un objeto cada vez. Para Isabel fue como si lo hubiera visto la víspera; debió de ser con la misma cara e idéntico paso como saliera del portal de la señora Touchett después de su última entrevista. Vestía igual que en aquel día, Isabel recordaba el color de su corbata; y no obstante, a pesar de aquel aspecto para ella familiar, había también algo extraño en su figura, algo que le hizo sentir nuevamente que era terrible el hecho de que hubiese ido a Roma. Parecía más grande y más descollante que antaño, y eso que en aquellos días llegaba ya a buena altura. Ella observó que la gente, al pasar, se volvía a mirarlo, pero él seguía imperturbable hacia delante, alzando por encima de ellos un rostro que era como un cielo de febrero.

El otro tema de conversación de la señorita Stackpole era del todo distinto y se refería al señor Bantling, del que dio a Isabel las últimas noticias que poseía. El año pasado él había ido a Estados Unidos y Henrietta celebraba haber podido prestarle bastante atención. No podría decir si lo había pasado muy bien, pero lo cierto es que la excursión le sentó de maravilla, pues no era, al marcharse, el mismo hombre que al llegar. Aquello le había abierto los ojos y le había demostrado que Inglaterra no lo era todo. Había caído muy bien en casi todas partes y le encontraron extraordinariamente sencillo... mucho más sencillo de lo que allí se consideraba a los ingleses. No faltó quien le considerase afectado; pero no sabía Henrietta si sería que tomaban su sencillez por afectación. Hacía preguntas verdaderamente lamentables; creía que todas las camareras eran hijas de agricultores o que todas las hijas de agricultores eran camareras, ella no lo recordaba con exactitud. Al parecer tampoco fue capaz de comprender el gran sistema escolar americano, eso era demasiado para él. En conjunto, se había comportado como si todo fuera demasiado, como si sólo pudiera digerir una pequeña parte. Lo que más le había interesado era la organización de los hoteles y la navegación fluvial. En realidad, se diría que estaba fascinado por los hoteles, y había guardado una fotografía de cada uno de los que visitó. Pero lo que más le interesó fueron los vapores fluviales. Nada le gustaba tanto como navegar en aquellos grandes barcos. Habían viajado juntos de Nueva York a Milwaukee deteniéndose en las principales ciudades del trayecto y, cada vez que reanudaban la marcha, él preguntaba si podían ir en vapor. Era como si no tuviese la menor idea de la geografía... creía que Baltimore era una ciudad del Oeste y esperaba constantemente llegar al Mississipi. Por lo visto el único río de América del que había oído hablar era el Mississipi, y no se hallaba preparado para reconocer la existencia del Hudson, aunque al cabo tuvo que admitir que era tan importante como el Rin. Habían pasado horas muy gratas en los vagones de lujo de los trenes, y él siempre estaba encargando helados al mozo de color. Nunca llegó a acostumbrarse a la idea de que se pudiese pedir helados en un tren. Naturalmente, en los trenes ingleses no los hay, ni tampoco ventiladores, ni caramelos, ni nada de nada. El calor le pareció sofocante y ella le dijo que esperaba que fuera el más intenso que él hubiera experimentado. Ahora el señor Bantling estaba cazando, de coto en coto, como decía Henrietta, diversión que era la que practicaban los pieles rojas de América, y de la que nosotros habíamos prescindido hace ya muchos años. En Inglaterra existía la creencia general de que llevábamos todavía el hacha de los indios y sus plumas, pero semejante atuendo era más propio de las costumbres inglesas. El señor Bantling no tenía ahora tiempo para venir a verla a Italia, pero, cuando fuera a París, él iría a reunirse allí con ella. Tenía muchos deseos de ver otra vez Versalles, pues era un gran admirador del Antiguo Régimen. En eso no estaban de acuerdo; pues eso era lo que a ella le gustaba tanto de Versalles; que allí se veía que el Antiguo Régimen había sido barrido. Ya no había duques ni marquesas, y Henrietta recordaba que un día había cinco familias americanas paseándose tranquilamente por el parque. El señor Bantling le insistía mucho en que ella volviese a abordar el tema de Inglaterra, porque pensaba que ahora podría verla bajo mejor aspecto, pues Inglaterra había cambiado mucho en los dos o tres últimos años. Ahora estaba decidido, si

ella iba allá, a ir en persona a ver a su hermana lady Pensil, y tenía la seguridad de que esta vez la invitación le llegaría en el acto. Jamás había podido explicarse el misterio de lo que pasara con la otra.

Por fin, Caspar Goodwood fue al Palazzo Roccanera, no sin antes haber escrito a Isabel unas líneas pidiéndole permiso para visitarla, cosa que le fue inmediatamente concedida; Isabel estaría en casa aquella tarde, a las seis. Pasó ella todo el día preguntándose a qué vendría Caspar... qué provecho esperaba sacar. Hasta entonces, Goodwood se había presentado como persona desprovista de la facultad de transigir, que o se llevaba lo que pedía o no se llevaba nada. Isabel le acogió con una hospitalidad desprovista de preguntas, y a ella no le fue difícil aparentar ser lo bastante dichosa para engañarle. Al menos tuvo el convencimiento de que le había engañado, de haberle hecho creer que estaba mal informado.

Pero vio también, o le pareció ver, que él no se sentía defraudado, como seguramente a juicio de ella se habrían sentido muchos otros. No había ido él a Roma en busca de una oportunidad. Nunca averiguó Isabel para qué había ido, porque él no dio la menor explicación, y no cabía otra cosa que la muy simple de que quería verla. En otras palabras, había ido a Roma por placer. Isabel se aferró a tal suposición con avidez y estuvo encantada de haber encontrado una fórmula que desvaneciera de una vez el fantasma del antiguo agravio de ese caballero. Si había venido a Roma por simple recreo, eso era precisamente lo que ella deseaba, porque si le apetecía un placer era que ya tenía olvidada su antigua congoja; si se le había quitado la pena, todo estaba como debía estar, y su propia responsabilidad había terminado. Verdad era que Caspar se tomaba su esparcimiento con cierta rigidez, pero nunca había sido desenvuelto ni campechano, y ella tenía todos los motivos para creer que estaba satisfecho con lo que veía. Henrietta no gozaba de su confianza, aunque él sí de la de ella, de suerte que Isabel no recibió ninguna aclaración indirecta acerca del estado de ánimo de su amigo. Por lo general,. él era hombre poco dado a conversar sobre temas generales. Recordaba Isabel que años antes había dicho de él que era hombre que hablaba mucho pero decía poco. Ahora hablaba también mucho, pero decía quizá tan poco como antaño; sobre todo, si se tenía en cuenta lo mucho que se podía decir de Roma. Su llegada no contribuyó gran cosa a facilitar las relaciones de Isabel con su esposo, pues si el señor Osmond no sentía la menor simpatía por sus amigos, el señor Goodwood no podía aducir más mérito que el de haber sido uno de los primeros. No tenía ella otra cosa que decir de él sino que era el más antiguo; en esa síntesis bastante parca se agotaban los hechos. Isabel se había visto obligada a presentárselo a Gilbert; era imposible dejar de invitarle a cenar y a sus recepciones de los jueves, de las que ya estaba cansada pero a las que Osmond seguía aferrándose, no tanto por el placer de invitar a la gente cuanto por no invitarla.

El señor Goodwood acudía a las reuniones de los jueves de un modo asiduo y solemne, llegando bastante pronto; parecía tomárselas con mucha gravedad. Isabel de vez en cuando sentía un momento de ira ante aquel hombre tan falto de imaginación. Se decía que ya podría haberse dado cuenta de que ella no sabía qué hacer con él. Pero no podía llamarle obtuso, porque no lo era en absoluto, sólo era extraordinariamente sincero. Ser así lo hacía muy diferente de la mayoría de la gente y le obligaba a una a ser igualmente sincera con él. Esta última reflexión se la hizo al tiempo que se felicitaba por haberle hecho creer que era la más despreocupada de las mujeres. Él nunca manifestó la menor duda acerca de ese punto, ni le hizo jamás la menor pregunta personal. Con Osmond se llevaba mucho mejor de lo que habría podido creerse. A Gilbert le desagradaba profundamente que se contara con él, y en tal caso experimentaba un irresistible deseo de defraudar a los demás. En virtud de ese principio se concedió el entretenimiento de interesarse por aquel bostomano perpendicular al que se esperaba que tratase con frialdad. Le preguntó a Isabel si también Goodwood había pretendido casarse con ella, y se mostró muy sorprendido de que no lo hubiera aceptado, pues habría sido algo excelente, algo así como vivir al pie de un alto campanario que diera todas

las horas y produjese una extraña vibración en el aire. Declaró que le gustaba hablar con el gran Goodwood; al principio no era fácil, pues había que trepar por una escalera empinada e interminable hasta lo alto de la torre; pero una vez allí se disfrutaba de un hermoso panorama y se aspiraba una brisa tonificante. Como ya sabemos, Osmond poseía cualidades muy gratas, y dejó que Goodwood disfrutara de todas ellas. Isabel veía que Caspar miraba a su marido con más favor de lo que habría querido. Aquella distante mañana de Florencia Caspar le había parecido impermeable a cualquier buena impresión. Gilbert le invitó repetidas veces a cenar, luego Goodwood fumaba con él un buen cigarro y hasta manifestaba el deseo de que le enseñara sus colecciones de arte. Gilbert le comentó a Isabel que su amigo era muy original; tan fuerte y de tan buen estilo como un baúl inglés... lleno de correas y de hebillas que nunca se desgastarían y una cerradura. Caspar se aficionó a pasear a caballo por la Campagna y dedicaba a ese deporte mucho tiempo, así que era a última hora de la tarde cuando veía a Isabel. Un día a ésta se le ocurrió decirle que, si él quisiera, podría hacerle un gran favor.

-En realidad, no sé con qué derecho se lo pido-añadió sonriendo.

-Si alguna persona en el mundo tiene derecho a pedírmelo es usted -respondió él-. Yo le he dado garantías que no he dado a nadie más.

El favor era que fuese a ver a su primo, que estaba solo y enfermo en el Hotel de París, y que estuviese con él lo más amable posible. El señor Goodwood no le había visto jamás, pero sabría reconocerlo; si no estaba equivocado, Ralph le había invitado una vez a Gardencourt. Caspar recordaba perfectamente la invitación y, aunque no se le tenía por persona de mucha imaginación, poseía la suficiente para ponerse en él lugar de un pobre hombre que estaba muriéndose en una fonda romana. Fue al Hotel de París, y cuando le condujeron a presencia del propietario de Gardencourt, encontró a la señorita Stackpole sentada junto a su sofá. De hecho, las relaciones de esta dama con Ralph Touchett habían experimentado un gran cambio. Isabel no le había pedido a Henrietta que fuera a verle, pero al oír ésta que estaba tan enfermo que no podía salir, fue a visitarle por propio impulso. Después había seguido visitándole a diario... siempre con la convicción de que eran grandes enemigos.

-¡Sí, somos enemigos íntimos! -decía Ralph, y la acusaba francamente... todo lo francamente que el humor de la situación lo permitía... de ir allí para matarle a disgustos.

Resultó que se hicieron muy amigos, y Henrietta se extrañaba de que aquel hombre nunca le gustara hasta entonces. A Ralph ella le gustaba lo mismo que siempre, pues jamás había dudado de que Henrietta fuese un excelente compañero. Hablaban de todo, pero no estaban de acuerdo en nada; es decir, hablaban de todo menos de Isabel, tema acerca del que Ralph parecía tener siempre el flaco índice sobre los labios. En cambio, el señor Bantling resultó una mina, pues Ralph era capaz de pasarse horas enteras conversando acerca de Bantling con Henrietta.

La conversación se veía estimulada, desde luego, por la inevitable diferencia de puntos de vista. Ralph se divertía sosteniendo la tesis de que el jovial ex oficial de la guardia era un verdadero Maquiavelo. Caspar Goodwood no podía aportar nada a ese debate, pero cuando se quedó a solas con el enfermo, descubrió que había otros posibles asuntos que tratar. Hay que reconocer que la dama que acababa de dejarles no era uno de ellos. Caspar admitía de antemano todos los méritos de la señorita Stackpole, pero no tenía nada más que decir de ella. Ni tampoco, después de las primeras alusiones, se explayaron los dos caballeros sobre la señora Osmond... tema en el que Goodwood percibía tantos peligros como el propio Ralph. Caspar sintió mucha lástima por aquel personaje tan extraño. No podía soportar el ver a un hombre agradable, agradable a pesar de todas sus rarezas, tan fuera del alcance de todo cuanto pudiera hacerse por él. Pero para Goodwood siempre había algo que hacer, y en este caso lo hizo repitiendo sus visitas al Hotel de París. A Isabel le parecía que ella había obrado con mucha inteligencia, pues se había librado del superfluo Caspar proporcionándole una

ocupación al convertirle en el cuidador de Ralph. Tenía incluso el proyecto de enviarle hacia el norte tan pronto como el tiempo lo permitiese. De tal suerte, lord Warburton habría traído a Ralph a Roma y Caspar Goodwood se lo llevaría. Parecía haber en ello una fantástica simetría, e Isabel experimentaba un ansia enorme de que Ralph mejorase y pudiese partir de una vez. Tenía un miedo insuperable de que su primo pudiera morir allí, ante su vista, y el horror de que ello ocurriese en un albergue y tuviesen que sacarle por aquella puerta que él tan pocas veces había franqueado. A su juicio, Ralph debía sumirse en el sueño eterno en su querida casa, en una de aquellas sombrías habitaciones de Gardencourt, donde la oscura hiedra se adhiere a las molduras exteriores de la ventana pálidamente iluminada. Para Isabel, en aquel entonces, Gardencourt era como un lugar sagrado, donde no había capítulo de lo pasado que fuera tan admirablemente irrecuperable. Cuando se ponía a pensar en los meses que allí había pasado, los ojos se le llenaban de lágrimas. Como ya se ha dicho, se ufanaba de su inventiva, pero le hacía falta toda la que pudiera acopiar, pues se produjeron varios acontecimientos que parecieron darse cita para afrontarla y desafiarla. Uno de ellos fue la condesa Gemini, que llegó un buen día de Florencia... con sus numerosos baúles, sus vestidos, su inagotable parloteo, su falsedad, su frivolidad y la extraña y perversa leyenda de sus numerosos amantes. El otro fue Edward Rosier, que había estado ausente en alguna parte nadie, ni aun la misma Pansy, sabía dónde-, y que también un buen día reapareció en Roma y comenzó a escribirle largas cartas que ella no contestó. Y, por último, madame Merle, que regresó de Nápoles y le dijo con una extraña sonrisa: «Pero ¿qué hizo usted de lord Warburton?». ¡Como si eso fuera cosa que a ella le importase en absoluto!

48

Un día de fines del mes de febrero, Ralph Touchett decidió regresar a Inglaterra. Tenía poderosas razones para haberlo decidido así, pero no quería comunicarlas a nadie. Sin embargo, Henrietta Stackpole, a quien se las había participado, se enorgulleció de haberlas adivinado con anterioridad. Pero se abstuvo de manifestar su previsión y se limitó a decir tras un momento, acercándose más al sofá:

-Supongo que se dará cuenta de que no puede ir solo.

-Ni pienso en ello -contestó Ralph-. Desde luego, tendré gente que me acompañe.

-¿Qué quiere usted decir con eso de «gente»? ¿Sirvientes mercenarios?

-¡Ah! -exclamó Ralph riendo-. Después de todo, son también seres humanos.

-¿Hay alguna mujer entre ellos? -quiso saber la señorita Stackpole.

-Habla usted como si hubiese de haber una docena. Confieso que no hay ni una sola pizpireta doncella a mis órdenes.

-Bueno -dijo tranquilamente Henrietta-, usted no puede viajar de tal modo hasta Inglaterra. Precisa los cuidados de una mujer.

-Me ha prodigado usted tantos en estas dos últimas semanas que creo que me bastarán para una temporada.

-Todavía no le he prodigado bastantes. Me parece que voy a acompañarle -dijo Henrietta.

-¿Acompañarme usted? -preguntó con asombro Ralph, incorporándose poco a poco.

-Sí. Ya sé que no le gusto, pero iré de todos modos. Ande, échese otra vez, que más le valdrá para su salud.

Ralph la miró un instante y se tendió de nuevo.

-Al contrario -dijo al cabo de un momento-, usted me gusta mucho.

-No crea que va a conquistarme con tan poca cosa -dijo la señorita Stackpole soltando una de sus raras carcajadas. Y añadió-: No solamente iré con usted, sino que, además, le cuidaré lo mejor posible.

-Es usted una mujer admirable -exclamó Ralph.

-Espere, para decirlo, a que le deje cómodamente instalado en su casa. A decir verdad, no será tan fácil. Pero, de todos modos, creo sinceramente que es lo mejor que puede usted hacer.

Antes de que ella se marchara, Ralph le preguntó:

-¿De veras está usted dispuesta a cuidarme?

-Sí; estoy dispuesta, desde luego, a intentarlo.

-Entonces tengo el placer de comunicarle que acepto. ¡Oh, acepto con toda el alma!

Acaso fuera una patente prueba de su aceptación sumisa el que minutos después de haberlo ella dejado estallara en una gran carcajada. Hacer aquel largo viaje a través de toda Europa bajo la cuidadosa vigilancia de la señorita Stackpole se le aparecía en aquellos momentos como una muestra concluyente de su abdicación de toda suerte de actividades, de su renuncia a todo ejercicio. Y lo verdaderamente estrafalario del asunto es que la idea le gustaba muchísimo pues le convidaba a una suntuosa y grata pasividad. Así, pues, sentía impaciencia por partir cuanto antes y experimentaba un incontenible anhelo de volver a ver su casa. Tenía el fin de todo al alcance de la mano; le parecía que no necesitaba sino tenderla para tocarlo. Quería morir en su propia casa. No le quedaba ya más voluntad que ésa: tenderse tranquilamente en la amplia y silenciosa habitación donde su padre había muerto, y cerrar para siempre los ojos al comienzo del verano.

Aquel mismo día Caspar Goodwood fue a verle y Ralph le hizo saber que la señorita Stackpole le había tomado a su cargo e iba a acompañarlo a Inglaterra.

-Entonces me temo que voy a ser la quinta rueda del coche -dijo Goodwood al oír tal cosa-, porque la señora Osmond me ha hecho prometerle que iré con usted.

-¡Santo cielo, esto es la edad de oro! Son todos ustedes demasiado amables.

-Por mi parte, la amabilidad es hacia ella; escasamente hacia usted.

-Pues siendo así -dijo Ralph sonriendo-, ella es verdaderamente amable.

-¿Por hacer que haya quien le acompañe? En cierto modo, indudablemente, es una gran prueba de amabilidad -contestó Goodwood sin tomarlo a broma ni por asomo-. Por lo que a mí respecta -añadió-, confieso que prefiero mil veces viajar con usted y la señorita Stackpole que con la señorita Stackpole sola.

-Pero más que cualquiera de esas dos cosas, lo que le gustaría es quedarse aquí -dijo Ralph-. En realidad, no es necesario que usted venga. Henrietta se basta y sobra, es una mujer de gran disposición.

-No lo dudo. Pero se lo he prometido a la señora Osmond.

-¡Bah! Nada le será a usted más fácil que hacer que le releve de su compromiso.

-Por nada del mundo me relevaría de él. Quiere que yo cuide de usted; pero no es ése el principal motivo. La razón principal es que quiere que me vaya de Roma.

-Usted interpreta su pensamiento -sugirió Ralph.

-La verdad es que la aburro. No sabe qué decirme. Por eso ha inventado lo de acompañarlo, para quitárseme de en medio.

-Entonces, si es por conveniencia de ella, accedo a que usted me acompañe. Aunque, a decir verdad -añadió tras un instante-, no veo en qué pueda estribar tal conveniencia.

-En que cree que la estoy vigilando -contestó Caspar sin tapujos.

-¿Vigilándola?

-Ni más ni menos; tratando de averiguar si es feliz.

-Eso es bien fácil de averiguar -replicó Ralph-. Aparentemente es la mujer más dichosa que conozco.

-Lo mismo creo, de modo que me doy por satisfecho -respondió Goodwood secamente. Sin embargo, a pesar de aquella sequedad, añadió-: En efecto, he estado observándola. Soy un viejo amigo suyo y me pareció que tenía perfecto derecho a hacerlo. Ella finge ser feliz, eso es precisamente lo que se proponía; y me pareció que debía averiguar por mí mismo hasta qué punto era cierto. Ya lo he visto -continuó en tono cortante- y no quiero ver más. Ahora estoy dispuesto para partir.

-¿Sabe que me llama profundamente la atención el tiempo que ha necesitado para averiguarlo? -dijo Ralph.

Y he aquí la única conversación que acerca de la señora Osmond mantuvieron los dos caballeros.

Henrietta hizo todos los preparativos para la partida, entre los cuales le pareció conveniente aclarar algunas cosas con la condesa Gemini cuando ésta le devolvió en la casa de huéspedes de Roma la visita que ella le había hecho en Florencia.

-Estaba usted equivocada acerca de lord Warburton -le dijo-, y considero mi deber informarla.

-¿Acerca de que estaba cortejando a Isabel? Pero, mi pobre señora, ¡si iba a verla tres veces al día! -exclamó la condesa-. Le aseguro que ha dejado bastantes huellas de su paso.

-Lo que él quería era casarse con su sobrina. Por eso iba a la casa.

La condesa se quedó mirándola fijamente y soltó una carcajada insolente.

-¡Ah! ¿Es eso lo que cuenta Isabel? No está mal, para como van las cosas. Si quiere casarse con mi sobrina, dígame, por favor, ¿por qué no lo hace? Puede que haya ido a comprar el anillo de boda y que vuelva el mes próximo cuando yo ya no esté aquí.

-Volver no volverá, desde luego, porque la señorita Osmond no quiere casarse con él.

-Es formidablemente acomodaticia, por lo visto. Yo sabía que quería mucho a Isabel, pero no creía que llevase su cariño hasta ese extremo.

Henrietta se percató de la perversidad de la condesa y contestó fríamente:

-No comprendo lo que quiere usted decir. Insisto en lo mío: que Isabel no alentó jamás las atenciones de lord Warburton.

-Mi querida amiga, ¿qué sabemos usted y yo acerca de eso? Lo único que sabemos es que mi hermano es capaz de cualquier cosa.

-Yo no sé de qué es su hermano capaz -replicó Henrietta dignamente.

-De lo que yo me quejo no es precisamente de que haya alentado a Warburton, sino de que lo haya despachado. Tengo gran interés en verlo. ¿Cree que ella pensó que yo le haría ser desleal? -prosiguió la condesa con una audacia y una insistencia increíbles- Lo que pasa es que quiere retenerlo para ella, eso salta a la vista. Parece como si la casa estuviera llena de su persona, como si su nombre flotase en el aire. No le quepa duda de que ha dejado profunda huella. A buen seguro que lo veré.

Henrietta, con uno de aquellos golpes de inspiración que tanto éxito habían proporcionado a sus crónicas en el Interviewer, exclamó:

-Bueno, puede que con usted tenga más éxito que con Isabel.

Cuando la periodista le habló a su amiga del ofrecimiento que le había hecho a Ralph, Isabel contestó que no podía haber hecho ninguna otra cosa que más le agradase. Siempre había confiado en que, a la postre, Ralph y ella acabarían por entenderse. Al oír esto, Henrietta declaró:

-A mí me tiene sin cuidado que me entienda o deje de entenderme. Lo importante es que no se muera en un vagón del tren.

-No se morirá -dijo Isabel moviendo suavemente su cabeza, como con súbita exaltación de ilimitada confianza.

-No se morirá, si yo puedo asistirle. Ya me doy cuenta de que quieres vernos a todos lejos, aunque ignoro por completo con qué propósito.

-Porque quiero estar sola -contestó Isabel sencillamente.

-Con toda la gente que pulula a tu alrededor, te va a ser difícil.

-¡Bah! Ellos forman parte de la comedia; y vosotros sois espectadores.

-¿Y a esto lo llamas tú comedia, Isabel Archer? -preguntó Henrietta con gravedad.

-Llámalo tragedia, si te place. Lo cierto es que todos vosotros me observáis y eso me hace sentirme desasosegada.

Henrietta consideró el asunto.

-Pareces un ciervo herido tratando de esconderse en lo más espeso del bosque -dijo tras unos instantes. Y exclamó súbitamente-: ¡Qué sensación de inutilidad me produces!

-No soy inútil en absoluto. Me propongo hacer muchas cosas.

-No me refiero a ti, sino a mí misma. Verdaderamente, es demasiado: ¡haber venido ex profeso para esto y tener que marcharme dejándote como te encontré!

-No es cierto, me dejas con una grata sensación de haberme refrescado -dijo Isabel.

-Valiente refresco..., una limonada amarga. Quisiera que me prometieses una cosa.

-Eso sí que no. No volveré a hacer jamás otra promesa. Hace cuatro años hice una muy solemne y mira lo mal que la he mantenido.

-Porque no has tenido quien te alentara. Pues bien, yo quiero hacerlo diciéndote que dejes de una vez a tu marido antes de que sobrevenga lo peor. Eso es lo que quiero que me prometas.

-¿Lo peor? ¿A qué llamas tú lo peor, Henrietta?

-Déjalo antes de que eche a perder tu hermoso carácter.

-¿Quieres decir mi buena disposición de ánimo? Eso no hay quien me lo pueda echar a perder -contestó Isabel sonriendo-. Tengo buen cuidado de ello. Verdaderamente -añadió, apartándose un poco-, me lastima ver con qué facilidad hablas de abandonar a un marido. Cómo se ve que nunca lo has tenido.

-Bueno -dijo Henrietta como si se dispusiera a discutir los pormenores de una interesante cuestión-, nada es tan corriente como eso en las ciudades de nuestro país, y a ellas es adonde debemos volver la vista en el futuro.

Sin embargo, su argumento no afecta a esta historia, que tiene muchos otros hilos que desenredar.

Henrietta le anunció a Ralph que estaba preparada para partir de Roma en el tren que él dispusiera, y Ralph decidió que fuera inmediatamente.

Isabel fue a verle en el último momento, y él le hizo la misma observación que le hiciera Henrietta. Le llamaba la atención el contento que experimentaba Isabel al verles marchar a todos ellos.

Por toda respuesta a semejante observación, Isabel le puso la mano afectuosamente en el hombro y dijo:

-¡Mi querido Ralph...!

Era más que sobrada respuesta, y él se dio por satisfecho. No obstante, añadió en su peculiar estilo ingenuo y jocoso:

-En verdad, no puedo decir que te haya visto tanto como podía haberte visto, pero más vale algo que nada. Menos mal que he oído mucho acerca de ti.

-No sé a quién, llevando la vida que llevas.

-A las voces del aire. A ninguna otra, desde luego, pues ya sabes que no dejo que nadie me hable de ti. Siempre dicen que eres una mujer encantadora, y eso es tan vulgar...

-Ciertamente, podía haberte visto más -contestó Isabel-, pero cuando luna está casada tiene tantas ocupaciones...

-Por fortuna para mí, yo no estoy casado. Cuando vayas a verme a Inglaterra, podré dedicarme a ti con toda la libertad de que dispone un soltero.

Ralph siguió hablando como si de veras hubiesen de volver a encontrarse, y llegó hasta a hacerle creer en la posibilidad de tal suposición. No hizo la menor alusión a su creencia de que el final estuviese próximo, a la probabilidad de no durar más que el verano. Si así lo prefería él, Isabel estaba de acuerdo en secundarle en su deseo. La realidad era lo suficientemente diáfana para que no hubiera necesidad de tener que ir señalándola con el dedo en el curso de la conversación. Eso habría estado bien en los primeros tiempos, aunque acerca de ello, como acerca de sus otros asuntos, Ralph no se mostró jamás egoísta. Habló Isabel del viaje, de las etapas en que debía dividirlo, de las precauciones que debía tomar; pero Ralph contestó:

-La mayor de todas mis precauciones es Henrietta. La conciencia de esa mujer es verdaderamente sublime.

-Seguro que lo hará todo a conciencia.

-¿Lo hará? Ya lo ha hecho. Si viene conmigo es porque considera su deber hacerlo. Ahí tienes una concepción del deber digna de considerar.

-Es verdaderamente generoso por su parte -dijo Isabel-. Me da vergüenza pensar que soy yo quien debería acompañarte y que no lo hago.

-A tu marido no le gustaría.

-Seguro que no; pero, de todos modos, podría ir.

-Me asombra la osadía de tu imaginación. Imagíname a mí siendo la manzana de la discordia entre tu marido y tú.

-Precisamente por eso es por lo que no voy -dijo Isabel tan sencilla como misteriosamente.

Ralph, sin embargo, la comprendió a la perfección.

-No puedo pensar de otro modo..., con todas esas ocupaciones de que hablas.

-No es eso. Es que tengo miedo -repuso Isabel. Y tras una breve pausa, repitió como si quisiera oír ella misma sus propias palabras más que hacérselas oír a él-: Tengo miedo.

Ralph no acertaba a comprender exactamente lo que aquel tono encerraba, pues parecía tan extrañamente meditado, tan vacío de emoción que le dejó atónito. ¿Quería acaso hacer acto de pública contrición por un pecado del que no se la acusaba? ¿O aquellas palabras representaban más bien un esfuerzo de triste introspección? Fuera lo que fuere, Ralph aprovechó la magnífica oportunidad que se le presentaba para decir:

-¿Miedo de tu marido?

-No. Miedo de mí misma -dijo ella levantándose. Permaneció un momento en pie y luego añadió-: Si tuviese miedo de mi marido, no haría más que cumplir con mi deber. Es lo que se espera de las mujeres.

-¡Ah, sí! -exclamó riendo Ralph-. Pero, en compensación, no falta nunca el hombre que tenga un miedo terrible de su mujer.

Ella fingió no haber oído la broma y adoptó en el acto un tono distinto.

-Se me ocurre que, con Henrietta al frente de tu pequeña tropa, el señor Goodwood no tendrá mucho que hacer.

-Mi querida Isabel, ya está acostumbrado -contestó Ralph-. El señor Goodwood nunca ha tenido nada que hacer.

Ella se ruborizó un tanto y dijo que no tenía más remedio que dejarle. Permanecieron un instante de pie el uno frente al otro con las manos entrelazadas.

-Tú has sido siempre mi mejor amigo -confesó ella.

-Era por ti por quien yo quería..., por quien quería vivir. Pero ya no puedo servirte de nada.

Al pensamiento de ella acudió con más triste fuerza que nunca la idea de que no volvería a verle. Y eso era algo que no podía en absoluto aceptar. No podía despedirse de él de tal modo. Por lo cual no pudo por menos que decir con toda sinceridad:

-Si necesitas que vaya, iré.

-Pero tu marido no lo consentiría.

-Oh, sí; yo lo arreglaría.

-Recordaré esto como mi última satisfacción -dijo Ralph.

Por toda respuesta, ella no supo hacer otra cosa que besarle.

Aquel día era jueves, y por la noche Caspar Goodwood fue al Palazzo Roccanera, adonde llegó uno de los primeros. Así, pudo pasar un rato a solas conversando con Gilbert Osmond, que estaba casi siempre presente en las recepciones de su mujer. Se sentaron, pues, juntos, y Osmond, comunicativo, hablador y expansivo, parecía presa de un júbilo intelectual. Éste se arrellanó en el asiento, cruzó las piernas y comenzó a charlar y a divagar mientras Goodwood, menos tranquilo y nada vivaz, trataba de adoptar una postura cómoda, manoseaba su sombrero y hacía crujir el pequeño sofá bajo el peso de su humanidad. Animaba el rostro de Osmond una sonrisa agresiva y afilada, nacida al calor de las buenas noticias que le habían proporcionado. Manifestó a Goodwood que sentía mucho que fueran a perderle, y que él, por su parte, le echaría de menos. Veía al cabo del año a tan pocos hombres inteligentes..., escaseaban tanto en Roma que iba a notar enormemente su falta. Le gustaría estar seguro de que pensaba volver. Había algo de vivificante para un italiano inveterado, como él, en poder hablar con un genuino extranjero.

-Ya sabe usted que soy un entusiasta de Roma -dijo Osmond-, pero lo que más me agrada es tratar con gente que no tiene tal superstición. Después de todo, hay que confesar que el mundo moderno es muy hermoso. Usted, por ejemplo, es verdaderamente moderno, y sin embargo, no tiene nada de vulgar. Pero muchos de los individuos modernos que vemos son de lo más insignificante que darse puede. Si ésos son los hombres de mañana, la verdad, dan ganas de morirse. Eso no quiere decir que los antiguos no sean verdaderamente aburridos. A mi mujer y a mí nos encanta todo lo que sea verdaderamente nuevo..., no lo que tenga la mera pretensión de serlo. Por desgracia, no hay nada nuevo en la ignorancia y en la sandez. Mucho de ello puede verse en lo que nos ofrecen como revelación del progreso, de la luz. En fin de cuentas, mera revelación de la vulgaridad. En cambio, hay cierta revelación de la vulgaridad que no me parece del todo nueva; no creo que haya habido jamás nada parecido hasta la fecha. Por lo pronto, yo no veo absolutamente nada que sea vulgar antes del presente siglo. Se ve indudablemente cierto conato de ella aquí y allá en el siglo pasado, pero, lo que es hoy, el aire se ha vuelto ya tan denso que resulta casi imposible reconocer las cosas. De modo que usted nos ha resultado agradable... -Pareció dudar un instante, puso amablemente su mano en la rodilla de Goodwood y, sonriendo con un si es no es de azotamiento y confianza al mismo tiempo, continuó-: Voy a decir algo sumamente ofensivo y condescendiente, pero supongo que me concederá usted la satisfacción de hacerlo. Si nos ha resultado usted tan grato, si nos ha gustado, es porque..., porque nos ha reconciliado un poco con el porvenir. Si en lo sucesivo ha de haber en abundancia personas como usted, entonces... á la bonne heure. Por supuesto, hablo en nombre de mi mujer tanto como en el propio, ya se lo figurará usted. Mi mujer habla por mí; ¿por qué no habría de hablar yo por ella? Estamos íntimamente unidos, somos carne y uña. ¿Exagero acaso al decir que me parece haber comprendido que sus actividades han sido..., en fin, comerciales? En ello hay un serio peligro, pero lo que nos ha admirado es la manera en que ha sabido usted no hacerlo ver. Perdóneme si este pequeño elogio le parece tal vez de un gusto deplorable; afortunadamente mi mujer no me está oyendo. Lo que quiero decir es que usted podía haber sido lo que..., lo que acabo de mencionar, ya que toda la organización del mundo americano conspiraba para hacer de usted tal cosa; pero se resistió porque en usted hay algo que le ha salvado de caer en ello. ¡Y eso a pesar de lo moderno que es, de lo moderno que parece, de ser el hombre más moderno que conocemos! Para nosotros será siempre un gran placer verle.

Ya he dicho que Osmond estaba aquella noche de buen humor, y, por si de ello cupiese duda alguna, las mencionadas observaciones lo prueban más que sobradamente. Tales observaciones eran infinitamente más personales de lo que, por lo general, solían ser, y si Caspar Goodwood las hubiera escuchado con más atención tal vez habría pensado que la defensa de la delicadeza estaba confiada a manos verdaderamente raras. Cabe, sin embargo, creer que Osmond sabía perfectamente con quién se las entendía, y que, si se había arriesgado a emplear aquel tono protector con una grosería en él no acostumbrada, era porque tenía excelentes razones para permitírselo. Goodwood tenía la vaga sensación de que en cierto modo su anfitrión estaba cargando las tintas, pero ignoraba en qué exactamente. Por lo demás, comprendía a duras penas el galimatías de Osmond. Lo que quería era estar a solas con Isabel, y tal idea resonaba con más fuerza en su interior que la voz estudiadamente bien entonada de su marido. La vio hablando con otras personas, y se preguntó cuándo quedaría libre para poder pedirle que pasara a otro de los salones y hablar allí con ella. No estaba de tan buen humor como Osmond, ni mucho menos; por el contrario, en su comprensión de la realidad había un tanto de sorda rabia. Hasta aquel momento no había llegado a sentir antipatía hacia Osmond personalmente; le había considerado una persona muy instruida y cortés, y mucho más semejante de lo que se habría imaginado al tipo de compañero que Isabel Archer debía tener en calidad de esposo. Su anfitrión le había aventajado grandemente en la liza, y Goodwood tenía demasiado desarrollado el sentido del juego limpio para menospreciarle por tal causa. No se había propuesto nunca pensar bien de él. Goodwood era absolutamente incapaz de un impulso de benevolencia sentimental, ni aun en los días en que más a punto había estado de resignarse a aceptar lo ocurrido. Le consideraba más bien un personaje brillante, de temperamento de gran aficionado y con un exceso de holganza que se dedicaba a rellenar artificiosamente con los refinamientos de la conversación. Pero no se fiaba de él más que a medias; nunca había podido explicarse a santo de qué Osmond se dignaba prodigar refinamientos de ninguna clase con él. Y ello le hacía sospechar que se divertía con tal cosa y le producía la impresión de que su victorioso rival realizaba semejante tarea con una cierta perversidad. Sabía, desde luego, que Osmond no podía tener motivos para quererle mal, pues no tenía nada que temer de él. Después de haber logrado la ventaja suprema, bien podía mostrarse generoso con un hombre que lo había perdido todo. Bien es verdad que en algunos momentos Goodwood deseaba con toda el alma que el otro muriese, e incluso le habría matado con sus propias manos; pero, por su parte, Osmond carecía de medios de enterarse de ello, ya que, a fuerza de práctica, el joven de Boston había perfeccionado el arte de parecer inaccesible a toda emoción violenta. Cultivaba asiduamente tal arte con el fin de engañarse a sí mismo, pero a quienes engañaba ante todo y sobre todo era a los demás. Por otra parte, no lograba grandes éxitos en su cultivo, como lo demostraba patentemente el hecho de la sorda irritación que en su interior reinó al oír hablar a Osmond en nombre de su mujer y de sus sentimientos como si fuera el encargado de responder por ellos.

Esto era lo único a lo que había prestado oídos de todo cuanto el otro le dijo aquella noche. Le pareció que Osmond había insistido más de lo que sería lógico en referirse a la armonía conyugal reinante en el Palazzo Roccanera. Había puesto más esmero que nunca en dar a entender que él y su esposa consideraban todas las cosas en la más amigable compañía, como si para ellos fuese igual de natural decir «nosotros» o «yo». En todo ello había indudablemente una intención que desconcertaba y enojaba grandemente al pobre joven de Boston, quien se consolaba pensando que las relaciones entre la señora Osmond y su marido eran cosa que no le incumbía en absoluto. Por lo demás, no tenía prueba alguna de que él las falsease en nada y, a juzgar por las apariencias, no podía por menos de reconocer que a ella le encantaba aquella vida. Por lo pronto, Isabel nunca había dado la menor señal de descontento.

La señorita Stackpole le dijo que Isabel había perdido ya todas las ilusiones, pero sabido era que la señorita Stackpole escribía para los periódicos, y que eso la obligaba a lo

sensacional, por ser demasiado aficionada a las noticias frescas. Además, desde que pusiera el pie en Roma se había comportado con gran cautela y había dejado de enfocarle con su linterna; lo cual, dicho sea en honor de ella, hubiera sido obrar contra su propia conciencia. Una vez que se hubo convencido de la verdadera situación de Isabel, se impuso una justa reserva. Tratar de incitar a sus antiguos enamorados exponiendo los errores de Isabel era la peor manera de prestarle la ayuda que había menester. Así pues, la señorita Stackpole continuó tomándose un gran interés por los sentimientos del señor Goodwood, pero se limitaba a demostrárselo enviándole recortes de noticias escogidas y cosas humorísticas de los periódicos americanos, varios de los cuales recibía por correo y que leía siempre armada de sus tijeras. Los artículos que recortaba los metía en un sobre destinado al señor Goodwood, sobre que ella misma depositaba en el hotel de éste. Él no le hacía jamás ninguna pregunta acerca de Isabel, ya que había hecho un viaje de cinco mil millas con el objeto de averiguarlo por sí mismo. Así pues, nada parecía autorizarle a considerar desdichada a la señora Osmond; pero esa misma falta de autorización actuaba a modo de revulsivo administrado al mal humor con que, pese a su creencia de que había perdido el interés, reconocía, en lo concerniente ella, que nada le reservaba ya el porvenir. Ni siquiera tenía la satisfacción de saber la verdad; al parecer, no se confiaba en que la respetase en caso de saber que era verdaderamente desdichada. Se sentía, pues, un hombre totalmente inútil, abandonado y desesperanzado. Y ella se lo había hecho ver con su ingenioso proyecto para hacerle partir de Roma. En tal sentido, no tenía reparo que oponer y estaba dispuesto a hacer cuanto fuese necesario en favor de su primo, pero le hacía rechinar los dientes de rabia pensar que, de todos los favores que podía haberle pedido, hubiese sido aquél el que con más empeño escogiera. Podía haber escogido cualquier otro que no le obligara a alejarse de Roma, en la seguridad de que no habría habido el menor peligro en hacerlo así.

Estaba él pensando aquella noche en que al día siguiente la dejaría y en que lo único a que su visita a Italia le había conducido era a convencerse de que hacía tan poca falta como siempre. Por lo que a ella respectaba, bien poco lograra saber; continuaba siendo inescrutable, imperturbable, impenetrable, impasible. Le pareció que aquella antigua amargura que tratara de devorar en su interior le apretaba de nuevo la garganta, y sabía perfectamente que hay desengaños que duran tanto como la misma vida. Osmond continuaba hablando, pero Goodwood no se daba apenas cuenta de que estaba tocando otra vez el punto de su intimidad con su mujer. Le pareció por momentos que aquel hombre poseía una imaginación endemoniada, pues no era posible que hubiese escogido semejante tema de conversación sin una refinada malicia. Pero ¿qué importaba, en último término, que fuese o no demoníaca su imaginación, y que Isabel le amara o le aborreciese? Ella podía perfectamente odiarle con toda su alma sin que por eso hubiese uno de salir ganando absolutamente nada por tal causa.

-Parece que va usted a emprender el viaje con Ralph Touchett -dijo Osmond-. Eso quiere decir que irán ustedes despacio.

-Lo ignoro. Haré lo que él quiera.

-Es usted muy amable. Le estamos verdaderamente agradecidos, permítame que se lo diga. Tal vez mi mujer le haya manifestado ya nuestra manera de sentir. Nos hemos pasado todo el invierno pendientes del estado de salud de Ralph Touchett; en más de una ocasión nos pareció que se quedaría en Roma por toda la eternidad. La verdad es que no debió haber venido. Es cometer algo mucho peor que una imprudencia el lanzarse a viajar en un estado de salud tan extremadamente delicado. Por nada del mundo querría yo tener que quedarle tan obligado a Touchett como él ha debido quedarnos a mi mujer y a mí. Forzosamente, los demás han de mirar por él, pero todo el mundo no tiene tan buenos sentimientos como usted.

-No tengo otra cosa que hacer:-contestó Caspar secamente.

Osmond le miró de soslayo y dijo:

-Procure casarse y entonces tendrá bastante que hacer. Cierto que, en tal caso, no podrá estar disponible para las obras inspiradas por la misericordia.

-¿Cree usted que, por su condición de hombre casado, está tan cargado de ocupaciones? -preguntó Goodwood mecánicamente.

-Verá, estar casado es ya en sí una verdadera ocupación, no siempre activa y con frecuencia pasiva, pero esta segunda forma exige mucha mayor atención. Mi mujer y yo hacemos infinidad de cosas juntos. Leemos, estudiamos, dedicamos largos ratos a la música, paseamos a pie y en coche..., incluso hablamos como lo hacíamos en los primeros tiempos de conocernos. Hoy, mi mayor delicia la constituye la conversación de mi mujer. Si, por desgracia, está usted aburrido, siga mi consejo y cásese. Es posible que, en tal caso, su mujer llegue a aburrirle, pero usted no se aburrirá. Tendrá siempre algo que decirse a sí mismo, un tema de reflexión.

-Yo no me aburro nunca -contestó Goodwood-. Tengo mucho en que pensar y que decirme a mí mismo.

-¡Más que a los demás! -exclamó Osmond con una leve risa-. ¿Adonde piensa ir después? Quiero decir, después de haber depositado a Touchett en manos de quienes deben naturalmente cuidarle..., pues creo que su madre está de vuelta para atenderle. ¡La pequeña señora es formidable! Hay que ver con qué tranquilidad pasa por alto sus deberes... ¿Piensa usted pasar el verano en Inglaterra?

-No lo sé. No tengo plan ninguno.

-¡Hombre feliz! La cosa parece un poco fría, pero muy libre.

-Sin duda; estoy totalmente libre.

-Entonces lo estará para volver otra vez a Roma -dijo Osmond levantándose al ver a un grupo de amistades que entraban en aquel momento en el salón. Y añadió-: No olvide, cuando vuelva aquí, que contamos con usted.

Goodwood se había hecho el propósito de marcharse pronto, pero la velada transcurrió sin que tuviese oportunidad de hablar con Isabel más que en presencia de otras personas. Se diría que había algo perverso en la habilidad con que ella le esquivaba, y su rencor le hacía ver una determinada intención donde, a decir verdad, no existía la menor en tal sentido. Ella le miró con sus claros ojos serenos y su acogedora sonrisa como si quisiera pedirle que la ayudase a atender a algunos de aquellos visitantes. Pero él opuso a tal sugerencia no expresada una rígida impaciencia. Vagó un poco por el salón y habló con las escasas personas que conocía, quienes por primera vez le encontraron un tanto contradictorio consigo mismo, cosa rara en él que, no obstante acostumbraba a contradecir frecuentemente a los demás. En el Palazzo Roccanera se solía interpretar música, y por lo general buena música. Gracias a ella había logrado contenerse, pero al final, cuando vio que la gente empezaba a marcharse, se acercó a Isabel y le preguntó por lo bajo si podía hablar con ella unas palabras en alguno de los otros salones, que había visto que estaban vacíos. Sonrió ella como queriendo agradecérselo, pero se vio completamente imposibilitada de hacerlo.

-Me parece que es del todo imposible -dijo-. La gente se está despidiendo y no tengo más remedio que estar donde me vean.

-Entonces esperaré hasta que todos se hayan ido.

Isabel vaciló un momento.

-¡Ah! -exclamó-. Eso será verdaderamente delicioso.

Y él se quedó esperando, aunque tuvo que hacerlo durante largo tiempo. Algunas personas parecían atornilladas a la alfombra. La condesa Gemini, que, según decía, no empezaba a ser ella sino después de medianoche, no parecía darse cuenta de que la fiesta había tocado a su fin y estaba de pie con unos cuantos caballeros delante de la chimenea, haciéndoles soltar de vez en cuando a todos una carcajada unánime. Osmond ya había desaparecido -nunca se molestaba en despedirse de la gente y la condesa iba extendiendo el

círculo de sus contertulios, de acuerdo con su inveterada costumbre a tales horas de la noche. Isabel, que había mandado a Pansy a acostarse, se sentó un poco aparte, al parecer con ganas de que su cuñada tocase alguna nota menos aguda y dejara que los últimos rezagados se marchasen en paz.

Goodwood se acercó a ella y le preguntó:

-¿Puedo hablar ahora con usted?

Isabel se levantó en el acto y respondió sonriendo:

-¿Cómo no? Vamos a otra parte, si quiere.

Salieron juntos, dejando a la condesa con su pequeño círculo, y ambos permanecieron un momento en silencio tras haber cruzado el umbral. Isabel no se sentó, sino que se detuvo en medio del otro salón abanicándose lentamente; para él tenía el mismo encanto de siempre. Parecía esperar que el otro hablase. Y ahora que estaba solo con ella, toda la pasión que Caspar jamás lograra sofocar embargó sus sentidos, se agolpó en sus ojos y le nubló la vista. El salón brillante y vacío se le antojó que se tornaba oscuro y borroso, y la vio como a través de un espeso velo, flotando ante él con los ojos resplandecientes y los labios entreabiertos. Si hubiera podido ver mejor, habría observado que la sonrisa era un poco forzada y que ella tenía miedo de lo que veía en su rostro.

-Supongo que querrá usted despedirse de mí -dijo finalmente Isabel.

-Sí, pero no me gusta hacerlo. No me gusta marcharme de Roma -contestó con una perfecta y casi suplicante honradez.

-Ya me lo imagino. Es usted admirablemente bueno. La verdad, no sé cómo decirle lo bondadoso que me parece.

Calló él un momento y luego repuso:

-Con unas cuantas palabras como ésas me obliga usted a irme.

-Tiene que volver algún día -contestó ella en tono jovial.

-¿Algún día? ¿Quiere usted decir lo más tarde posible?

-No se me ha ocurrido semejante cosa.

-Entonces ¿qué quiere decir? No comprendo absolutamente nada. Pero he dicho que me iría, y me iré -añadió Goodwood.

-Vuelva cuando quiera -dijo Isabel intentando no mostrarse brusca.

-¡Su primo me importa un rábano! -estalló Caspar.

-¿Era eso lo que quería decirme?

-No, yo no quería decirle nada. Lo que quena era preguntarle... -Se detuvo un momento y añadió en voz baja, con precipitación-: ¿Qué ha hecho usted de su vida? -Hizo una pausa como esperando respuesta, pero al ver que ella no decía nada prosiguió-: No puedo comprenderlo, no puedo penetrar en su pensamiento, ¿Qué debo pensar...? ¿Qué quiere usted que piense? -Mas ella siguió sin contestar, no haciendo otra cosa sino mirarle fijamente, incluso sin pretender calmarle-. Me han dicho que es usted desgraciada y, si de veras lo fuese, yo debería saberlo. Eso significaría algo para mí. Pero usted dice, en cambio, que es feliz, y en cierto modo adopta una actitud tan callada, tan afable, tan dura... Está completamente cambiada. Usted oculta algo. Es como si yo no estuviese cerca de usted.

Isabel contestó amablemente, pero en tono de advertencia:

-Usted está muy cerca de mí.

-Sin embargo, no la alcanzo, no llego a tocarla. ¡Y yo necesito saber la verdad! '¿Ha actuado usted bien haciendo lo que ha hecho?

-Pregunta usted demasiado.

-Ya sabe que siempre he preguntado mucho. Por supuesto, no me lo dirá; no llegaré jamás a saberlo si usted puede remediarlo. Además, lo sé perfectamente, es cosa que no me importa. -Goodwood hacía visibles esfuerzos por dominarse, a fin de poder dar una forma sensata a un insensato estado de ánimo; pero la sensación de que era su última oportunidad,

de que la quería y la había perdido, de que ella le creería un necio dijera lo que dijese, le aguijoneó ferozmente y prestó una honda vibración al tono quedo de su voz-. Usted se mantiene terriblemente inescrutable -prosiguió-, y eso es lo que me obliga a pensar que oculta algo. Y le he dicho que su primo me tiene sin cuidado, pero eso no quiere decir que no le aprecie. Lo que quiero decir es que no es precisamente por apreciarlo por lo que me marcho con él. Iría igualmente si fuera un verdadero idiota y usted me lo hubiese pedido. Si usted me lo pidiera, iría hasta la misma Siberia mañana mismo. ¿Por qué quiere usted que me marche de aquí? Debe de tener sus razones para ello. Si, en realidad, estuviera usted tan contenta como pretende hacer creer, no le importaría que me fuese o me quedase. Yo preferiría saber toda la verdad sobre usted, aunque fuera algo perverso y condenable, antes que haber venido para nada. Yo no he venido para esto.

He venido porque tenía la imperiosa necesidad de convencerme de que no tengo por qué seguir pensando en usted. No he pensado en ninguna otra cosa, y usted está en su perfecto derecho de desear que me vaya. Pero, si tengo que marcharme, no habrá nada malo en que me desahogue un poco, ¿verdad? Si la maltratan..., si él la maltrata, no le molestará nada de lo que yo pueda decirle. Si le digo que la amo con toda mi alma, es porque he venido para eso. Yo creí honradamente que era por otro motivo, pero la verdad es que era sólo por eso. Yo no le diría lo que le estoy diciendo si no creyera que no la volveré a ver. Esta es la última vez; déjeme, pues, arrancar una flor tan sólo. Sé perfectamente que no tengo derecho a decir esto, y que usted está en su perfecto derecho de no escucharlo. De todos modos, usted no escucha nunca, siempre está pensando en otra cosa. Desde luego, después de esto, no me queda más que marcharme; así tendré, cuando menos, alguna razón. El que usted me lo pida no es una verdadera razón. Por lo que su marido dice, no me es posible juzgar -continuó casi incoherentemente, sin tino-: Yo no comprendo a ese hombre. Me ha dicho que ustedes dos se adoran. ¿A santo de qué me ha dicho semejante cosa? ¿Qué ha de importante a mí? Pone usted al oír esto una cara muy extraña, pero siempre la pone. No hay duda de que oculta algo. Ya sé que eso no es cosa mía, es cierto, pero no es menos cierto que la adoro -concluyó Goodwood.

Verdaderamente, como él había declarado, Isabel tenía una expresión extraña. Miró hacia la puerta del salón y levantó un poco el abanico como para prevenirle.

-Se ha comportado usted muy bien; no lo eche todo a perder -dijo afablemente.

-Nadie nos oye. Es increíble cómo ha tratado de desanimarme. La quiero como nunca la ha querido.

-Lo sé. Me di cuenta de ello al ver que se avenía a marcharse.

-De todos modos, no puede usted remediarlo. Lo remediaría si pudiera, pero, por desgracia, no puede. Por desgracia para mí, por supuesto... No pido nada..., nada. Es decir, no debería pedir nada, pero pido una sola satisfacción... Que me diga usted..., que me diga...

-¿Que le diga qué?

-Si puedo compadecerla.

-¿Le gustaría? -preguntó Isabel, tratando de sonreír nuevamente.

-¿Compadecerla? ¡Claro que sí! Por lo menos, sería hacer algo... y daría mi vida por ello.

Se cubrió ella el rostro con el abanico, dejando tan sólo sus bellos ojos al descubierto, que se posaron un instante en los de él. Al fin, dijo:

-No es preciso que dé su vida por ello, pero, de vez en cuando, conságrele un pensamiento afectuoso.

Tras estas palabras, regresó junto a la condesa Gemini.

49

Madame Merle no había aparecido por el Palazzo Roccanera la noche de ese jueves cuyas incidencias acabamos de narrar, e Isabel, aun cuando notó su ausencia, no se mostró grandemente sorprendida. Entre ambas habían pasado ciertas cosas que no eran precisamente un estímulo a la sociabilidad; para apreciarlas convendría retroceder un poco en nuestra historia. Ya se dijo que madame Merle había regresado de Nápoles poco después de la partida de lord Warburton de Roma, y que en su primera entrevista con Isabel (hay que hacerle la justicia de decir que fue inmediatamente a verla) sus primeras palabras fueron para inquirir acerca de la conducta de aquel aristócrata, de la que parecía hacer responsable a su amiga.

Por toda respuesta, Isabel dijo:

-Por favor, no lo mencione; bastante hemos tenido que oír de él últimamente.

Madame Merle inclinó un poco la cabeza hacia un lado como protestando, elevó un poco la boca, con su habitual sonrisa, hacia la comisura izquierda y replicó:

-Usted, sí; pero debe recordar que yo estaba en Nápoles y no he oído hablar tanto de él. Al contrario, esperaba encontrarlo aquí y poder felicitar a Pansy.

-A Pansy puede, de todos modos, felicitarla, pero no precisamente por casarse con lord Warburton.

-¿Cómo puede decir semejante cosa? ¿No sabe usted que yo había puesto toda mi alma en ese empeño? -preguntó madame Merle con bastante viveza, pero en un tono de indudable buen humor.

Isabel se quedó azorada, pero pareció disponerse también a dar prueba de su buen humor.

-Pues entonces -contestó-, no tenía que haberse marchado a Nápoles. Debió quedarse aquí para no perder de vista el asunto.

-Tenía absoluta confianza en usted. ¿Cree que ya será demasiado tarde?

-Más valdrá que se lo pregunte a Pansy -dijo Isabel.

-Tiene razón. Le preguntaré qué le dijo usted.

Tales palabras justificaban de sobra el impulso defensivo que en Isabel suscitó la actitud crítica de su amiga. Como es sabido, madame Merle se había abstenido hasta entonces de criticar nada, manteniéndose constantemente discreta, temerosa de mezclarse en nada. Pero, por lo visto, no había hecho sino reservarse para esta ocasión, a juzgar por la viva y fulgurante mirada de sus ojos y su aire de irritación, que ni su admirable capacidad de contención podía disimular del todo. Había, en efecto, sufrido un profundo desengaño, que produjo honda sorpresa en Isabel, ya que nuestra heroína no tenía la menor idea de su extraordinario interés por la boda de Pansy, y lo puso de manifiesto de manera tal que no pudo por menos de alarmar a la señora Osmond. Isabel oyó entonces con más claridad que en ninguna otra ocasión una voz fría y burlona que le llegaba no sabía de dónde y llenaba el tenebroso vacío que la rodeaba por doquier, y cayó en la cuenta de que aquella mujer tan fuerte, brillante, definitiva y mundana, aquella encarnación de lo práctico, de lo personal y de lo inmediato constituía una poderosa fuerza de acción en su destino. Estaba mucho más cerca de ella de lo que Isabel hubiera jamás llegado a suponer, y tal proximidad le parecía ahora que no era el accidente agradable que ella había imaginado durante tanto tiempo. Por lo pronto, aquella sensación de la existencia de tal accidente había desaparecido para siempre el día en que sorprendió en insospechada intimidad a la extraordinaria dama y a su esposo, sentados juntos y hablando en privado. Sin embargo, ninguna sospecha había llegado a definirse todavía, aunque era suficiente para obligarla a considerar a su amiga de manera bien distinta, y para hacerle pensar que en toda su conducta pasada había habido mucha más

segunda intención de lo que ella sospechara anteriormente. De que hubiese habido tal segunda intención no cabía la menor duda, se dijo Isabel, pareciéndole que despertaba de un prolongado y pernicioso sueño. ¿Qué era lo que le traía a la mente la idea de que la intención de madame Merle pudiera haber sido maligna? Pues la desconfianza que de ella se había apoderado y que venía a corroborar ahora el asombro extraordinario que le produjera aquel insospechado desafío de su visitante por causa de Pansy. En tal desafío había sin duda algo que al manifestarse, suscitó en respuesta una gran desconfianza; y había también una extraña vitalidad que Isabel no había llegado a percibir jamás en las manifestaciones de delicadeza y prudencia de su amiga. Cierto era que madame Merle no manifestó nunca el menor deseo de intervenir, pero fue únicamente mientras no se produjo nada que requiriese su intervención. Al lector podrá tal vez parecerle que Isabel obraba precipitadamente al concebir sospechas de una sinceridad puesta a prueba con los servicios prestados durante varios años. Pero no podía por menos de actuar con celeridad porque acababa de filtrarse en su ánimo una extraña verdad, a saber: el interés de madame Merle parecía idéntico al de su marido, y eso era ya bastante. Así, contestó a la última observación de su amiga diciendo:

-No creo que Pansy le diga a usted nada que pueda enojarla.

-Yo no estoy enojada en absoluto. Lo único que deseo es ver si todavía es posible deshacer el entuerto. ¿Cree usted que lord Warburton se nos ha esfumado para siempre?

-No puedo decírselo. No la comprendo. Creo que todo se acabó. Por favor, dejemos el asunto. Osmond me ha hablado harto de ello y no tengo nada más que decir ni oír al respecto. No me cabe la menor duda -añadió de que a él le agradará discutir el caso con usted.

-Sé perfectamente lo que piensa. Anoche fue a verme.

-¿En cuanto usted llegó? Pues, entonces, ya está al corriente de todo y no necesita que yo le dé más detalles.

-No son detalles lo que necesito sino cooperación. Yo había puesto toda mi alma en esa boda. Era algo que lograba lo que muy pocas cosas suelen lograr..., llenaba la imaginación.

-La de usted tal vez, pero no la de las personas interesadas.

-Por lo visto, usted cree que yo no figuro entre los interesados. Por supuesto, no directamente; pero, cuando se es amiga tan antigua como yo, no puede una por menos de poner algo de sí misma en ello. No se olvide del tiempo que hace que conozco a Pansy. Y madame Merle añadió-: Ya me doy cuenta, desde luego, de que cree que usted sí es una de las personas interesadas.

-No, nada de eso; es la última cosa en que se me ocurriría pensar. Estoy ya tan cansada de todo que no puedo más.

Madame Merle dudó un instante y dijo:

-Claro, su trabajo ya está terminado.

-Tenga cuidado con lo que dice -aconsejó Isabel gravemente.

-No se preocupe, que ya lo tengo, acaso más cuando menos lo parece. Ha de saber que su marido la juzga severamente en este caso.

Isabel permaneció un momento sin contestar; se sentía presa de una profunda amargura. No era ciertamente la insolencia de que madame Merle le comunicara que Osmond le había hecho confidencias desfavorables acerca de su mujer lo que más le chocaba, pues no se le antojó que lo dijera por insolencia. Madame Merle se mostraba muy rara vez insolente y siempre en el momento oportuno. Pero aquél no lo era o, cuando menos, aún no. Lo que a Isabel le dolía profundamente, como una gota de ácido corrosivo en una herida, era que su marido la deshonrase de palabra tanto como de pensamiento.

-¿Quiere saber lo que pienso yo de él? -se arriesgó a preguntar.

-No, porque usted no me lo diría nunca. Además, me resultaría doloroso saberlo.

Se produjo una pausa, y, por primera vez desde que Isabel la conocía, madame Merle le pareció antipática. Estaba deseando que se fuera. Por lo cual y como para poner fin a la entrevista dijo:

-Tenga usted presente lo encantadora que es Pansy y no pierda la esperanza.

Pero la expansiva presencia de madame Merle pareció no darse por enterada, pues la dama se limitó a recoger su capa y, al revuelo de tal movimiento, esparció por el aire un suave y delicado perfume.

-No sólo no pierdo la esperanza, sino que me siento más reconfortada -dijo-. Además, no he venido para regañarla sino, si es posible, para saber la verdad, porque estoy segura de que, si se la pregunto, me la dirá. Es una verdadera bendición del cielo tener la seguridad de que se puede contar siempre con usted. No puede imaginarse el consuelo que eso supone para mí.

-¿A qué verdad se refiere? -preguntó Isabel extrañada.

-Simplemente a ésta: si lord Warburton cambió de idea por su propio impulso o porque usted se lo aconsejó; por complacerse a sí mismo o por complacerla a usted. Imagínese la confianza que tengo en usted..., a pesar de haber debido perder un poquitín de ella añadió madame Merle con maliciosa sonrisa. Se sentó para ver el efecto que en su amiga producían aquellas palabras y luego prosiguió-: No se le ocurra ahora dárselas de heroica, ni ofenderse, ni dejar de ser razonable. A mi modo de ver, le estoy haciendo un honor al hablarle de esta manera, porque no sé de ninguna otra mujer a quien se me ocurriría hacérselo. No tengo la menor constancia de que haya ninguna otra mujer capaz de decir la verdad en tal caso. ¿Y no le parece que sería admirable que su marido la supiera? Cierto que él no ha tenido, por lo visto, un tacto exquisito en su manera de querer averiguarla y se ha permitido hacer suposiciones gratuitas. Sin embargo, eso no altera el hecho de que habría significado una gran diferencia en sus planes respecto a su hija el saber a ciencia cierta lo que ocurría. Que lord Warburton se aburriera de la infeliz criatura, es una cosa y una verdadera lástima. Si la abandonó para darle gusto a usted, es otra muy distinta. Una lástima también, pero en otro sentido. En este caso tal vez debió usted resignarse a no darse tal gusto..., y a ver simplemente a su hijastra casada. Si se ha quedado fuera..., hay que hacer que entre de nuevo.

Madame Merle había hablado con toda intención, observando a su compañera y, al parecer, figurándose que podía seguir tranquila por tal camino. Pero, a medida que hablaba, Isabel se ponía más pálida, cruzaba con más fuerza las manos sobre el regazo. No era que su visitante se hubiese propuesto ser insolente, no había apariencia de tal cosa. Era algo mucho más horrible que eso; e Isabel no pudo por menos de murmurar:

-¿Quién es usted..., qué es usted? ¿Qué tiene usted que ver con mi marido?

Y pareció cosa extraña que en tal instante ella tratase de acercarse a él como si, en realidad, le amara entrañablemente.

-Ah, ¿de modo que lo toma por la tremenda? Lo siento infinito. Pero no piense ni por un momento que yo voy a hacer otro tanto.

-¿Qué tiene usted que ver conmigo? -prosiguió Isabel.

Madame Merle se levantó despacio, sacudió su manguito sin apartar los ojos de los de ella y contestó:

-Todo.

Isabel se quedó sentada, mirando a la otra, y su rostro parecía ser una especia de súplica de que le aclarasen todo aquello. Pero lejos de proporcionarle luz, los ojos de su compañera parecían ser la oscuridad misma.

-¡Oh, qué horror! -murmuró al fin con indefinible acento de congoja, y se echó hacia atrás, tapándose la cara con las manos.

De improviso le había venido, como una gigantesca ola llegada de lo más remoto del océano, la idea de que la señora Touchett tenía razón, de que su casamiento había sido obra

de madame Merle. Al cabo de un momento retiró sus manos del rostro; pero madame Merle había abandonado ya el salón.

Aquella tarde Isabel salió a pasear sola en coche, porque quería ir lejos, bajo el alto cielo azul, y dejar el carruaje donde le pluguiese para caminar entre margaritas silvestres. Desde hacía mucho tiempo había convenido a Roma en la confidente de sus pesares y tristezas, por parecerle que en un mundo en ruinas no estaría desplazada, ni semejaría una catástrofe incomprensible la ruina de su felicidad. Hacía descansar su fatiga sobre cosas que ya se habían desmoronado desde luengos siglos y que, sin embargo, permanecían erectas; vertía su tristeza en el silencio de los lugares solitarios, donde la condición de extraordinaria modernidad de tal sentimiento destacaba vigorosamente y se hacía meramente objetiva, como cuando se sentaba los días de invierno en una esquina caldeada por el sol, o cuando permanecía largo rato de pie en una vieja y enmohecida iglesia sonriendo extáticamente y pensando en su pequeñez. Pequeño era, en verdad, en medio de aquella inmensidad de la historia romana; y la obsesiva conciencia que tenía Isabel de la continuidad de la suerte humana la elevaba sin dificultad de lo menor a lo mayor. Había acabado por ser una profunda y amorosa conocedora de Roma, pues la admirable ciudad calmaba y endulzaba su pasión. Pero pensaba en ella como en un lugar donde las gentes habían sufrido de extraordinaria manera. Así se le antojaba en las tambaleantes iglesias, donde las columnas de mármol llevadas de ruinas paganas ofrendaban un sólido compañerismo en el sufrimiento, y donde el incienso rancio semejaba una mezcla de imprecaciones y plegarias no atendidas. En realidad, no había hereje más contemporizador ni más amable que Isabel. Ni el más férvido devoto, al contemplar las polícromas figuras de los venerados retablos o los candelabros repujados de múltiples brazos, habría experimentado más íntimamente la sugestión de tales objetos, ni habría sido tan susceptible como ella en tal momento a las visiones espirituales. Como ya hemos dicho, Pansy la acompañaba casi siempre, y en los últimos tiempos la condesa Gemini, con su sombrilla de color rosa, añadía la prestancia de su extraña figura a la brillantez del conjunto femenino; pero, cuando a su estado de ánimo convenía y cuando el sitio la atraía, hallaba el medio de estar sola consigo misma. En tales ocasiones tenía determinados sitios favoritos; el más accesible de ellos era el bajo parapeto que limita el amplio espacio cubierto de grama delante del alto y frío frontispicio de San Juan de Letrán, desde donde se divisa a través de la campiña romana, allá a lo lejos, la orgullosa silueta del monte Albano y la inmensa llanura todavía habitada por las acciones a que sirviera en otros tiempos de escenario. Después de la partida de su primo y de su amiga de Roma, se dio a vagar más que de costumbre, trasladando su triste y sombrío espíritu de un lugar sagrado a otro. Incluso cuando la acompañaban Pansy y la condesa se sentía en contacto con un mundo ya desaparecido. Su coche dejaba atrás los muros de la gran urbe y se adentraba por estrechas veredas donde la madreselva se desbordaba por encima de los tapiales de los huertos, o la esperaba en sitios tranquilos a la linde de los campos, mientras ella seguía caminando sobre la hierba florida o se sentaba en una piedra que antaño tuvo su utilidad y, a través del velo de su tristeza personal, contemplaba la espléndida tristeza del paisaje... a la luz cálida y densa, con la casi imperceptible graduación de suaves colores, con los inmóviles pastores en actitud solitaria y las colinas donde las sombras de las nubes tenían la liviandad de un rubor.

La tarde de que hemos empezado a hablar Isabel adoptó la firme resolución de no pensar más en madame Merle, pero en vano, pues la imagen de la mencionada dama parecía flotar constantemente sobre ella. Se preguntaba con terror casi infantil si a aquella íntima amiga de varios años se le podía aplicar el gran epíteto histórico de perversa. La idea de semejante personaje se había asentado en su cerebro a través de sus lecturas de la Biblia y de ciertas obras literarias, pero personalmente jamás había tenido el menor contacto con la perversidad. Su constante anhelo fue siempre establecer un continuo contacto con la vida humana, y, a pesar de que se enorgullecía de cultivarlo con éxito, lo cierto es que nunca llegó

a disfrutar de tan grato privilegio. Acaso no pudiera calificarse de perverso -en el significado histórico del vocablo- el ser profundamente falso; porque, en resumidas cuentas, eso es lo que había sido madame Merle: falsa, constantemente falsa, constante y terriblemente falsa. La tía de Isabel, Lydia, había realizado tal descubrimiento mucho antes, y se lo comunicó a su sobrina; pero en aquel entonces Isabel se enorgullecía de tener una apreciación más amplia de las cosas, sobre todo la espontaneidad de su propia carrera y de la nobleza de sus propias interpretaciones, que la señora Touchett, con su raquítica y tiesa manera de razonar. Madame Merle había realizado lo que quería: llevar a cabo la unión de sus dos amigos; y no podía por menos de llamar la atención que hubiese puesto empeño tan tenaz en que esa unión fuera un día un hecho. Había personas que tenían la obsesión casamentera como los partidarios del arte la tenían por el arte; pero madame Merle, aunque gran artista, no era de ese tipo. Pensaba con demasiada acritud del matrimonio, incluso de la vida misma; si había sentido el deseo de ver realizada aquella boda, en cambio, no había experimentado el de ver otras. Además, tenía un claro concepto de la ganancia, e Isabel se preguntaba cómo y dónde podía haber hallado con ello beneficio alguno. Necesitó mucho tiempo para realizar su descubrimiento, e incluso, una vez realizado, fue de lo más imperfecto. Le vino a la memoria el hecho de que, si bien madame Merle había aparentado cobrarle gran afecto desde que la conoció en Gardencourt, se había mostrado mucho más cariñosa con ella después de la muerte del señor Touchett y de saber que su joven amiga había sido objeto de la caridad del anciano señor. Ella había encontrado su beneficio, no en el grosero sistema de pedir dinero prestado, sino en el infinitamente más refinado de poner a uno de sus amigos íntimos en contacto con la fortuna todavía fresca e ingenua de la joven heredera. Como era natural, había escogido para ello a su amigo más íntimo, e Isabel veía ahora con claridad meridiana que era Gilbert el que ocupaba tal posición. De tal suerte, se encontró ante la triste convicción de que el hombre en quien menos habría creído jamás que hubiese algo de sordidez, se había casado con ella, como el aventurero más vulgar, por el simple hecho de que tenía dinero. Por extraño que pudiera parecer, jamás se le había ocurrido semejante cosa; si había pensado no poco en contra de Osmond hasta aquel instante, nunca le infirió tal ofensa. Aquella era lo último que podría ocurrírsele a ella, y por algo había estado diciéndose reiteradamente que faltaba aún lo peor por venir. Indudablemente, un hombre podía casarse con una mujer por su dinero; ocurría con gran frecuencia. Pero, por lo menos, él debía hacérselo saber. Se preguntaba si, puesto que lo que quería era su dinero, se daría ahora por satisfecho con él. ¿Se quedaría con el dinero y la dejaría marcharse de su vera? Verdaderamente, si la gran caridad hecha por el señor Touchett sirviera al menos para ayudarla en semejante ocasión, bendita mil veces. Isabel no tardó en pensar que, si madame Merle había querido prestar a Gilbert aquel señalado servicio, su agradecimiento hacia ella por la inesperada dádiva tenía que haber perdido ya mucho de su primer calor. ¿Cuál sería, pues, su manera de sentir respecto a su celosa bienhechora y con qué expresión habría llegado a concretarse en un hombre que era tan consumado maestro en la ironía? El hecho singular pero característico era que, antes de regresar de su paseo silencioso de aquella tarde, Isabel interrumpió su silencio para exclamar: «¡Pobre madame Merle!».

Su compasión acaso se habría visto justificada si aquella misma tarde hubiese podido esconderse detrás de alguna de las valiosas cortinas de damasco antiguo que decoraban el interesante saloncito de la dama en cuestión; el elegante aposento que ya visitamos una vez en compañía del señor Rosier. Pues, a eso de las seis de la tarde de aquel día, Gilbert Osmond estaba sentado y su amiga en pie delante de él, como Isabel les había visto en la ocasión ya mencionada en esta historia con un énfasis no tan propio de su importancia aparente como de su importancia real.

Madame Merle decía:

-No creo que seas desgraciado; creo que esto te agrada.

-¿Acaso he dicho que sea desagraciado? -preguntó Osmond con rostro lo bastante serio como para hacer creer que podía serlo.

-No; pero no has dicho lo contrario, como era tu deber elemental de gratitud.

-No me hables de gratitud -replicó él secamente. Y al cabo de un momento añadió-: Y no me exasperes.

Madame Merle se sentó lentamente con los brazos cruzados y las manos dispuestas a modo de soporte de uno de ellos y bello ornato del otro. Parecía exquisitamente tranquila, pero impresionantemente triste.

-Y tú no trates de asustarme. Me pregunto si me adivinas el pensamiento.

-Procuro dedicarle la mínima atención. De sobra tengo con el mío.

-Será por lo delicioso que es.

Osmond reclinó la cabeza en el respaldo del sillón que ocupaba y dijo a su compañera, dirigiéndole una cínica mirada que parecía al propio tiempo expresión de una gran fatiga:

-No me exasperes, te lo repito. Estoy verdaderamente cansado.

-Et moi donc! -exclamó madame Merle.

-Tú te fatigas a ti misma; en mi caso, el cansancio es involuntario.

-Si me fatigo es por ti. Te he proporcionado un objeto de interés; es un gran regalo.

-¿Cómo lo llamas, objeto de interés? -preguntó Osmond con displicencia.

-Indudablemente, puesto que te ayuda a pasar el tiempo.

-Jamás me pareció el tiempo tan largo como este invierno.

-Pues nunca has tenido mejor aspecto; nunca has estado tan agradable ni tan brillante.

-¡Al cuerno mi brillantez! -murmuró pensativo, y añadió-: Después de todo, hay que ver qué poco me conoces todavía.

Madame Merle contestó sonriendo:

-Pues si no te conozco a ti, no conozco nada en el mundo. ¡Bah! Estás convencido de tu gran éxito.

-No; no estaré de veras convencido hasta que consiga que dejes de juzgarme.

-Hace tiempo que dejé de hacerlo. Hablo por lo que sé de tiempos pasados. Aunque ahora te expresas bastante más.

-En cambio, quisiera que tú te expresaras bastante menos -contestó Osmond sulfurado.

-¿Acaso te gustaría reducirme al silencio? Recuerda que no soy ninguna charlatana. No obstante, hay dos
o tres cosas que quiero decirte. En primer lugar -prosiguió cambiando de tono-, tu esposa no sabe qué hacer de sí misma.

-Perdona, pero lo sabe perfectamente. Se ha fijado una línea inflexible de conducta y se propone llevar a cabo sus ideas.

-Sus ideas pueden ser en este momento verdaderamente notables.

-Lo son. Y tiene más que nunca.

-Pues esta mañana no ha podido mostrarme ni una sola de ellas. Parecía hallarse en un estado de ánimo verdaderamente simple, casi de estupidez. Estaba por completo aturdida.

-Di de una vez que se sentía patética.

-Ah, no; no quiero hacértelo creer demasiado.

Continuó él sentado como estaba, echado hacia atrás, el tobillo de un pie apoyado en la rodilla de la otra pierna.

-Me gustaría saber qué te ocurre -dijo al fin.

-Lo que me ocurre..., lo que me ocurre... -Madame Merle hizo una pausa. Luego prosiguió en un desahogo incontenible de la pasión, como el estallido de un trueno durante

una tempestad de verano-: Lo que me ocurre es que daría mi mano derecha por romper a llorar..., ¡y no puedo!

-¿A qué te conduciría llorar?

-Me haría sentir como me sentía antes de conocerte.

-Si sequé tus lágrimas, ya es algo; pero luego te he visto derramarlas.

-Oh, creo que tú serías capaz de hacerme llorar; mejor dicho, aullar como un lobo. Tengo una gran ansia, una gran necesidad de hacerlo. Esta mañana he sido vil, estuve horrenda.

-Si Isabel se hallaba en ese estado de estupidez que dices, probablemente no se habrá dado cuenta.

-Precisamente lo que la horrorizó fue mi perversidad. No pude remediarlo, me sentía acuciada por algo verdaderamente maligno. Acaso fuera algo bueno, cualquiera sabe. Lo que has secado tú no son mis lágrimas, lo que has secado ha sido mi alma.

-De tal suerte, no soy yo el responsable del estado de ánimo de mi esposa -dijo Osmond, y añadió-: Es agradable pensar que he de cargar con el resultado de tu influencia sobre ella. ¿Acaso no sabes que el alma es un ente inmortal? Y, si lo es, ¿cómo podría sufrir alteración de ninguna clase?

-Yo no creo en absoluto que sea un ente inmortal; al contrario, creo que se la puede destruir. Es lo que ha ocurrido con la mía, que en sus comienzos era admirable..., y a ti es a quien tengo que agradecerlo. -Calló un segundo. Luego con énfasis y suma gravedad, declaró-: Eres una mala persona.

-¿Es así como hemos de acabar? -preguntó Osmond con estudiada frialdad.

-Ignoro cómo hemos de acabar. ¡Ojalá lo supiera! ¿Cómo acaba la mala gente..., sobre todo cuando tiene crímenes comunes? Me has hecho tan mala como tú.

Osmond replicó, haciendo que su indiferencia perfectamente consciente proporcionase un gran efecto a las palabras:

-No te comprendo. A mí me parece que eres bastante buena.

El dominio de sí misma, tan constante en madame Merle, parecía ir disminuyendo; estaba más a punto de perderlo que en ninguna otra de las ocasiones en que hemos tenido el placer de encontrarla. Se tornó sombrío el brillo de sus ojos y su sonrisa delató un penoso esfuerzo.

-Me imagino que quieres decir lo bastante buena para lo que he hecho de mí misma.

-¡Lo bastante buena para ser siempre encantadora! -exclamó Osmond con generosa sonrisa.

-¡Dios mío! -murmuró su compañera; y, sentada como estaba, con su inalterable frescura, recurrió al mismo gesto que ella había provocado en Isabel por la mañana: inclinó la cabeza y se la cubrió con las manos.

-¿Por fin vas a llorar? -preguntó Osmond. Y, al ver que ella continuaba inmóvil, prosiguió-: ¿Me he quejado acaso alguna vez?

Ella apartó rápidamente las manos del rostro y replicó:

-No, te has tomado la venganza de otra manera..., te la has tomado con ella.

Osmond se echó más atrás todavía. Miró un momento al techo, se diría que apelando, de manera informal, a los poderes del cielo.

-¡Qué imaginación la de las mujeres! -exclamó-. En el fondo, siempre vulgar. Hablas de venganza como un novelista de tercera categoría.

-No te has quejado, por supuesto. Te has entregado al disfrute de tu triunfo.

-Tengo verdadera curiosidad por saber a qué llamas mi triunfo.

-A haber conseguido que tu mujer te tenga miedo.

Osmond cambió de postura, apoyando los codos en las rodillas, echándose hacia adelante y contemplando un instante la hermosa alfombra persa que estaba a sus pies. Tenía

el aire de quien se niega a aceptar de ningún otro cualquier valoración de cualquier cosa, ni siquiera del tiempo, prefiriendo hacerla siempre él mismo; una peculiaridad que a veces le hacía odioso para los que conversaban con él. Por fin, dijo:

-Isabel no tiene miedo de mí, ni es eso lo que yo quiero. ¿Por qué tratas de provocarme diciendo cosas por el estilo?

-He estado pensando en todo el mal que puedes hacerme -respondió madame Merle-. Tu mujer me tenía miedo esta mañana, pero yo creo que es a ti a quien temía.

-Tal vez has dicho cosas que han resultado de muy mal gusto, pero yo no soy responsable de ello. No comprendo la utilidad de tu visita, ya que eres perfectamente capaz de actuar sin ella. Por lo que veo, a ti no te he inspirado miedo. ¿Cómo podría entonces habérselo inspirado a ella? Sois tan valientes la una como la otra. No sé de dónde has sacado semejante majadería; creí que habías llegado a conocerme. -Se levantó y fue hacia la chimenea, frente a la cual se detuvo un instante, bajando los ojos como si por primera vez hubiese visto las chucherías de rara porcelana que en ella había. Tomó un tacita y, conservándola en la mano y apoyándose en la repisa de la chimenea, continuó-: Quieres ver siempre demasiado en todo, lo sobrepasas y llegas a perder de vista lo real. Yo soy infinitamente más simple de lo que crees.

-Yo creo que eres muy simple -dijo madame Merle sin quitarle el ojo a la tacita-. He acabado por llegar a ese convencimiento. Te juzgaba por lo de antes, pero, como he dicho, he comenzado a comprenderte de verdad desde que te casaste. He visto infinitamente mejor lo que has sido para tu mujer que lo que fuiste para mí. Por favor, lleva cuidado con ese objeto precioso.

-Ya tiene una pequeña rajadura -dijo Osmond en tono seco, dejando la taza en su sitio-. Si no me comprendías antes de casarme fue tremendamente temerario por tu parte meterme en semejante celda. Sin embargo, llegué a encapricharme con la celda, porque pensé que sería un capricho cómodo. Lo que yo pedía era bien poco; simplemente que me quisiera.

-Que te quisiera mucho.

-Naturalmente; mucho, no lo niego. En tales casos, puestos a pedir, se pide el máximo. Pongamos, si te parece, que me adorase. La verdad, sí, eso quería.

-Yo no te adoré nunca -dijo madame Merle. -Cierto, pero lo aparentabas.

-Y también es cierto que nunca me acusaste de ser un capricho cómodo.

-Mi mujer se ha negado..., se ha negado a ser nada por el estilo. Si te propones hacer una tragedia de eso, la tragedia no va a ser para ella.

-Ya lo sé, ¡la tragedia es para mí! -exclamó madame

Merle levantándose y exhalando un hondo suspiro, aunque sin quitarle el ojo a los preciosos objetos de la repisa de su chimenea-. Por lo visto, tengo que aprender a costa de duras penas los inconvenientes de una falsa situación.

-Te expresas como una frase de cuaderno de caligrafía. Debemos buscar consuelo donde podamos encontrarlo. Si mi mujer no me quiere, por lo menos me quiere mi hija. De modo que buscaré en Pansy las compensaciones que he menester. Afortunadamente, no puedo encontrar en ella defecto alguno.

-¡Ah, si yo tuviera un hijo...! -dijo ella con desmayo.

Osmond esperó un instante y luego, con aire un tanto solemne, replicó:

-Los hijos de los demás pueden inspirar un gran interés.

-Tú sí que pareces un cuaderno de caligrafía. Después de todo, hay algo que nos mantiene fuertemente unidos.

-¿Acaso la idea del mal que puedo hacerte? -preguntó Osmond.

-No; la ida del bien que puedo hacerte yo. -Calló un segundo, pero inmediatamente prosiguió-: Eso es lo que me vuelve tan celosa de Isabel. Quiero que sea mi obra -añadió, mientras su rostro, que se había tornado hosco y duro, recobraba su habitual dulzura.

Osmond cogió el sombrero y el paraguas y, después de pasarle al primero dos o tres veces por encima el puño de la manga de su chaqueta, dijo:

-En cualquier caso, creo que es preferible que dejes el asunto de mis manos.

En cuanto hubo salido, lo primero que ella hizo fue examinar detenidamente la tacita de café en que Osmond dijera había una leve rajadura y, contemplándola con actitud distraída, exclamó vagamente:

-¿Y he sido tan vil para nada?

50

La condesa Gemini estaba poco familiarizada, por no decir nada, con los monumentos antiguos, por lo que Isabel creyó oportuno dar a sus paseos vespertinos en coche un carácter de inspección de anticuario. La condesa, que consideraba a su cuñada un prodigio de sabiduría, no ponía el menor inconveniente a aquellos paseos arqueológicos y contemplaba las masas imponentes de ladrillos romanos como si fuesen montones de telas modernas. Carecía en absoluto de todo sentido histórico, si bien debemos confesar que poseía en bastantes temas el anecdótico y por lo que a ella respectaba el apologético; pero tan encantada se sentía de verse en Roma que estaba dispuesta a dejarse arrastrar por la corriente. De tal suerte, no habría puesto el menor reparo a pasarse una hora cada día en las Termas de Tito, si ello hubiera sido condición sine qua non para seguir disfrutando de la hospitalidad del Palazzo Roccanera. Por lo demás, Isabel no se mostraba una «cicerone» intransigente, y si acostumbraba visitar las ruinas de la gran urbe era para variar de tema y no oír hablar continuamente de los amoríos de las damas de Florencia, de los que su compañera, manantial inagotable, no se cansaba de proporcionarle abundantísima información. A ello hay que añadir que, durante tales visitas, la condesa se abstenía de llevar a cabo por sí misma la menor investigación y se limitaba a decir, con abundancia de exclamaciones y aspavientos, que todo aquello era interesantísimo. De tal modo había examinado hasta entonces el Coliseo, con gran sentimiento por parte de su sobrina, que, a pesar del gran respeto que le profesaba, no comprendía por qué se negaba a abandonar el coche y penetrar en el prestigioso recinto. A la ingenua Pansy se le presentaban tan pocas oportunidades de corretear a sus anchas que su expectación por tal visita no debía de ser del todo desinteresada. Ella esperaba, en efecto, que una vez dentro del inmenso circo sus parientes experimentasen el deseo de subir a lo más alto del monumento, a las últimas gradas. Llegó, pues, el día en que la condesa se declaró dispuesta a acometer la hazaña. Era una tarde deleitosa del mes de marzo, en que ese mes ventoso se expresaba con caprichosas y suaves ráfagas de brisa primaveral. Se adentraron en el gran Coliseo las tres damas, pero Isabel dejó que sus compañeras vagasen solas por el inmenso recinto. Ella había subido ya reiteradamente a los desolados bancos de piedra desde los que la muchedumbre romana se enardecía prodigando aplausos y por entre cuyos profundos intersticios aparecían ahora florecillas silvestres. Aquella tarde se sentía abatida y prefería esperarlas sentada tranquilamente. Por lo demás, aquello representaría un descanso, pues la condesa casi siempre exigía más atención de la que ofrecía a cambio, e Isabel confiaba en que, una vez a solas con su sobrina, podría ella olvidar por un instante los chismes y comadres referentes a las damas de la alta sociedad florentina. De modo que permaneció abajo mientras Pansy guiaba a su atolondrada tía hasta la escalera de ladrillo a cuyos pies abría el guardián la maciza y pesada puerta de madera. El inmenso espacio vacío del edificio se hallaba medio sumido en la penumbra. El sol, de camino hacía el ocaso, destacaba el tono rojo pálido de los enormes bloques de piedra calcárea, color que constituye

el único elemento vivo de aquellas ruinas inmensas. Unos pocos campesinos y turistas vagaban por allí en aquel momento, alzando la cabeza hacía el lejano cielo donde incontables golondrinas revoloteaban vertiginosas en su embriaguez de luz y aire, trazando círculos y zambulléndose alegres en el mar etéreo. Isabel salió un momento de su abstracción al darse cuenta de que uno de aquellos visitantes la contemplaba desde el centro de la arena, con una leve inclinación de cabeza que varías semanas antes ella había percibido como característica de una resolución frustrada pero indestructible. Aquella actitud no podía pertenecer más que a Edward Rosier. Este caballero, en efecto, había estado meditando si debía o no dirigirse a ella. Una vez seguro de que nadie la acompañaba, se acercó a Isabel confiando en que, si bien no se había dignado contestar a sus cartas, tal vez ahora se dignase prestar atención a sus elocuentes palabras. Así se lo hizo saber, a lo que ella repuso que su hijastra andaba por allí cerca y que sólo podría concederle cinco minutos. En vista de lo cual, sacó él su reloj de oro y se sentó en un bloque de piedra partido.

-Lo que tengo que decirle es muy breve. He vendido todos mis bibelots -declaró Edward Rosier.

Al oírlo, Isabel prorrumpió en una exclamación de horror, como si le hubiera dicho que se había hecho sacar de golpe toda la dentadura.

-La venta ha tenido lugar en pública subasta en el hotel Druot hace tres días -continuó Rosier-, y acabo de recibir un telegrama con el resultado obtenido, que ha sido espléndido.

-Lo celebro, pero me habría gustado que conservara usted todas aquellas cosas tan admirables.

-En su lugar tengo el dinero que han producido, cincuenta mil dólares. ¿Me considerará ahora suficientemente rico el señor Osmond?

-¿Lo hizo usted por eso? -preguntó Isabel amablemente.

-¿Por qué otra cosa en el mundo cree usted que podría haberlo hecho, si ésa es la única en que pienso a todas horas? Por eso fui a París, para hacer los arreglos y preparativos necesarios, aunque me sentí incapaz de presenciar la venta. No habría podido soportar el ver que iba a quedarme sin todo ello; creo que me hubiera muerto de pena. Pero los confié a manos expertas y se han logrado altos precios. Debo decirle que he conservado los esmaltes. Supongo que, ahora que tengo en mi poder el dinero, no podrá el señor Osmond decir que soy un pobre -exclamó desafiante el joven Rosier.

-Pero dirá que es un necio -replicó Isabel, como si Gilbert Osmond no hubiese dicho ya aquello repetidas veces.

-¿Quiere usted decir que ya no soy nada sin mis bibelots? ¿Que eran lo que mejor me recomendaba? Eso mismo me decían en París; con toda franqueza me lo dijeron... ¡Pero es que no la han visto a ella!

-Amigo mío, creo que merece usted triunfar -dijo Isabel en un tono de gran afabilidad.

-Lo dice usted tan triste que parece como si supiera por adelantado que no voy a lograrlo.

Sus ojos se clavaron en los de ella con una indecible ansiedad. Tenía Rosier la pose altiva de quien había sido durante toda una semana la comidilla de París y se consideraba, por ello, extraordinariamente crecido a sus propios ojos; pero, aun así, abrigaba la sospecha de que, pese a aquel aumento de estatura, seguía habiendo una o dos personas que todavía lo consideraban casi enano.

-Estoy enterado de cuanto ha sucedido aquí desde que estuve ausente -prosiguió-. ¿Qué espera el señor Osmond toda vez que ella ha rechazado a lord Warburton?

-Que se case con otro aristócrata.

-¿Con qué otro aristócrata?

-Oh, él se encargará de buscarlo.

Rosier se levantó despacio, se metió en el bolsillo el reloj y dijo:

-Usted se está riendo de alguien, pero creo que no es de mí.

-No he pretendido reírme -replicó Isabel-. Río muy rara vez. Bien, ahora creo que debe usted marcharse.

Rosier no hizo movimiento alguno en tal sentido y observó:

-Me siento perfectamente seguro.

Lo cual podía ser cierto, mas lo que mayormente contribuyó a infundirle entonces tal seguridad fue proclamarlo en voz alta en medio de aquel prestigioso lugar, balanceando orgullosamente un poco el cuerpo sobre las puntas de los pies y mirando en derredor como si el Coliseo estuviera repleto de una entusiasta concurrencia dispuesta a oírle. Y he aquí que, de pronto, el rostro le mudó de color porque, en efecto, el auditorio era mayor de lo que él sospechara. Se volvió Isabel al ver aquel súbito cambio y divisó a sus dos compañeras, que regresaban de la incursión. Se apresuró, pues, a decir:

-En verdad, debe usted marcharse enseguida.

-Compadézcame usted, mi querida señora -murmuró Edward Rosier con una voz extrañamente distinta de la voz con que acababa de hacer su fanfarrón anuncio. Y acto seguido añadió, como hombre que en medio de su infortunio ve una tabla de salvación a la cual poder asirse-: ¿Es esa dama la condesa Gemini? Precisamente tengo un gran deseo de ser presentado a ella.

Isabel le miró de frente un segundo y contestó:

-Le advierto que no tiene ninguna influencia con su hermano.

-La está usted haciendo aparecer como un verdadero monstruo -dijo Rosier, y miró a la condesa, que avanzaba prestamente delante de Pansy, muy animada al ver que su cuñada estaba conversando con un apuesto joven.

-Me alegro de que haya conservado usted sus esmaltes -dijo Isabel, dejándole. Y se dirigió inmediatamente a Pansy, que al ver a Edward Rosier se detuvo en seco, bajando sus lindos ojos. Isabel le dijo cariñosamente-: Vámonos al coche.

-Sí. Ya se está haciendo tarde -contestó Pansy más cariñosamente todavía.

Y se marchó sin una sola frase de protesta, sin titubear, sin volver la vista atrás. Isabel pudo, en cambio, tomarse tal libertad, y vio que la condesa y el señor Rosier habían trabado en el acto conocimiento. El se había quitado el sombrero y la estaba saludando sonriente, mientras a los ojos de Isabel apareció la espalda de la condesa moviéndose en una leve inclinación hacia delante. Pero aquella visión apenas duró un instante, pues Isabel tomó asiento enseguida en el coche con Pansy. La jovencita tenía la mirada baja, clavada en sus manos, y éstas apoyadas en el regazo; pero, al fin, la levantó y la fijó en la de Isabel. Los ojos de ambas brillaron al mismo tiempo cual encendidos por un mismo secreto pensamiento, un poco melancólicamente, y en los de la hijastra fulgió como un tímido destello de pasión que le llegó a la otra al alma. En aquel instante, Isabel sintió como si una gran oleada de envidia la invadiera, al comparar el tembloroso anhelo de amor de la linda jovencita con su propia y triste desesperanza. Y dijo cariñosamente:

-Pobrecita Pansy.

-Oh, no se aflija usted -respondió Pansy como si tuviese que pedir disculpas.

Se produjo un largo silencio mientras esperaban a la condesa. Al fin, Isabel creyó oportuno preguntar:

-¿Se lo enseñaste todo a tu tía? ¿Le ha gustado?

-Sí, se lo enseñé todo, y creo que ha quedado muy contenta.

-Supongo que no estarás cansada.

-No, nada de eso; muchas gracias.

Como la condesa tardaba en volver, Isabel pidió al lacayo que entrara en el Coliseo y le dijera que la estaban esperando en el coche. El lacayo volvió poco después con el anuncio

de que la signora contessa rogaba que no la esperasen..., que volvería a casa en un coche de alquiler.

Poco más o menos una semana después de tal entrevista, cuando la condesa estaba ya por completo de parte del señor Rosier, al ir una tarde Isabel a su habitación a vestirse para la cena se encontró a Pansy allí, sentada y esperando. En cuanto la vio entrar, la muchacha se levantó de la silla que ocupaba y dijo en voz queda:

-Perdone que me haya tomado esta libertad. Será la última... por algún tiempo.

Su voz sonaba extraña y en sus ojos, muy abiertos, se reflejaba un gran temor.

-¿Es que quieres marcharte? -preguntó Isabel.

-Vuelvo al convento.

-¿Al convento?

Pansy se acercó más a ella, le echó los brazos al cuello y apoyó su cabeza en el hombro de Isabel. Así permaneció un momento en silencio, pero su compañera sentía el temblor que la agitaba. La vibración de aquel pequeño cuerpo expresaba todo lo que ella no podía decir. Isabel la estrechó afectuosamente y preguntó de nuevo:

-¿Por qué vuelves al convento?

-Porque papá cree que es lo mejor. Dice que es conveniente que las muchachas pasen de vez en cuando una temporada en el retiro, que el mundo es siempre el mundo y mal lugar para una joven. Ésta es una pequeña oportunidad para una temporadita de reclusión... y de reflexión. -Pansy dijo lo anterior con frases breves, entrecortadas, como si ella misma no quisiera darle crédito, y luego añadió como si conservara un admirable dominio de sí misma-: Creo que papá tiene razón. He vivido demasiado en el mundo todo este invierno.

A Isabel le produjo un efecto verdaderamente extraño aquel anuncio de la joven, que parecía perseguir un fin mucho más importante de lo que la propia Pansy pensaba.

-¿Cuándo se ha decidido tal cosa? -preguntó-. No he oído comentar nada al respecto.

-Hace una hora que papá me lo ha dicho. Él creía que era mejor no hablar mucho de esto por anticipado. Madame Catherine vendrá a buscarme a las siete y cuarto, y no llevaré conmigo más que dos vestidos. Es solamente por unas semanas, y tengo la seguridad de que será para bien. Volveré a ver a las hermanitas, que se han portado siempre muy bien conmigo, y a las nueve niñas que están educando ahora. Las niñas pequeñas me gustan mucho -dijo Pansy con un efecto de grandeza diminuta-. También quiero mucho a madame Catherine. Así estaré bien tranquila y podré reflexionar a mis anchas.

Isabel la escuchaba conteniendo el aliento, pues estaba verdaderamente espantada.

-Piensa alguna vez en mí.

-¡Ah, venga a verme pronto! -exclamó Pansy en un tono muy distinto del de las heróicas observaciones que había hecho un momento antes.

Isabel no pudo decir nada más, ya que nada comprendía de todo aquello. Lo único que se le ocurrió fue lo poco que conocía aún a su marido. Y por toda respuesta dio a su hijastra un largo y cariñoso beso.

Media hora después se enteró por su doncella de que madame Catherine había llegado en un coche de alquiler y se había marchado en el acto con la señorita. Al ir al salón antes de la cena encontró sola a la condesa Gemini, quien comentó el incidente exclamando, con un enérgico movimiento de cabeza:

-Et voilá, ma chére, une pose!

Sin embargo, si todo ello era simple afectación, no llegaba a comprender qué pretendía fingir su marido. Lo único que pareció vislumbrar era que estaba mucho más apegado a las tradiciones de lo que ella suponía.

Isabel se había acostumbrado a ser tan cautelosa en todo cuanto tenía que decirle que, por extraño que pueda parecer, permaneció varios minutos dudando, sin aludir a la marcha imprevista de su hijastra. No se decidió a hacerlo hasta que se sentaron a la mesa. Pero se

había impuesto a sí misma el deber de no preguntarle nada a Osmond, de manera que se limitó a hacer una declaración que sonara natural.

-Voy a echar mucho de menos a Pansy -dijo.

Se puso él a mirar con la cabeza un poco inclinada el centro de flores que había en la mesa y, al fin, declaró:

-Ah, sí, ya he pensado en eso. Por lo pronto, debes ir a verla, aunque no con demasiada frecuencia. Me atrevería a decir que te preguntas por qué la mando de nuevo con las monjitas, pero temo no poder hacértelo comprender. No tiene importancia, no te preocupes de ello. Por esa razón no he querido hablar del asunto. Creí que no compartirías mi modo de ver. Pero yo he tenido siempre esa idea, he creído siempre que forma parte de la educación de una hija, que debe ser siempre fresca y alegre, inocente y amable. Y con los modales al uso hoy en día corre el peligro de arrugarse y ensuciarse. De vez en cuando conviene apartarla un poco de esa bulliciosa y avasalladora plebe que se llama a sí misma sociedad. En cambio, los conventos son muy tranquilos, convenientes y saludables. Me agrada pensar en ella allí, en el viejo jardín o bajo las altas arcadas del claustro, en medio del virtuosas y tranquilas mujeres, muchas de las cuales son de muy buena familia e incluso algunas nobles. Allí podrá tener sus propios libros, su dibujo, su piano. Ya lo he arreglado todo de la manera más conveniente y agradable para ella. Desde luego, no habrá nada ascético, tan sólo una mínima sensación de reclusión. Así tendrá tiempo para pensar, y yo quiero que se dedique a pensar en algo.

Osmond hablaba pausadamente, razonando bien, con la cabeza todavía un poco ladeada, como si estuviese contemplando el centro de flores. Su tono, sin embargo, era el de quien más que explicar algo, lo describe con palabras, casi con imágenes, para ver qué tal queda. De manera que contempló el cuadro que acababa de trazar y pareció muy complacido del mismo, por lo que prosiguió diciendo:

-Los católicos son gente muy sensata, desde luego. El convento es, en verdad, una magnífica institución, de la que no es posible prescindir y que corresponde en la sociedad a una necesidad esencial de las familias. Es una escuela sin par de buena educación y de reposo. -Calló un segundo y luego añadió-: Por supuesto, nada más lejos de mí que el pretender apartar a mi hija del mundo, ni que fije sus miradas en el otro. Éste está perfectamente bien, y ella se quedará en él y podrá pensar en él cuanto le plazca; sólo que de recta manera.

Isabel escuchó con gran atención aquel breve bosquejo. Lo encontró en extremo interesante y pareció mostrarle hasta la saciedad hasta qué extremos era capaz de llegar su marido para prestar mayor eficacia a sus deseos..., hasta el extremo de ensayar combinaciones teóricas en el delicado organismo de su hija. Ella no llegaba a comprender completamente su propósito, pero, de todas formas, lo comprendió mejor de lo que él suponía o deseaba, toda vez que se dio perfecta cuenta de que todo aquello no era sino una complicada mistificación preparada ex profeso para impresionarla, y destinada exclusivamente a herir su imaginación. Con lo que había hecho pretendía realizar algo imprevisto y arbitrario, insospechado y de sutil refinamiento, sentando claramente la diferencia entre las simpatías de él y las de ella, mostrando que, si consideraba a su hija como una verdadera obra de arte, era harto natural que pusiera cada vez más cuidado en los últimos toques. Si lo que se proponía era producir efecto, ciertamente lo había logrado, pues consiguió provocar un helado escalofrío en el corazón de Isabel. Pansy había estado en el convento desde sus años de infancia y encontró en él un hogar agradable; quería mucho a las hermanitas, que le pagaban con la misma moneda, y por el momento no había sospecha alguna de que se intentase tratarla con dureza. Pero lo cierto era que la muchacha estaba asustada, y la impresión que su padre quería producirle parecía bastante severa. Por otra parte, en la imaginación de Isabel seguían viviendo las tradiciones protestantes y, como sus pensamientos

no podían por menos de concentrarse entonces en aquel ejemplo sin igual del modo de ser de su marido -también estaba ella sentada con los ojos fijos en el centro de flores-, la infeliz Pansy se le antojaba poco menos que una heroína de tragedia. Osmond quiso dejar bien sentado que él no se arredraba ante nada, e Isabel no logró tragar bocado. De suerte que sintió un verdadero alivio al oír la voz chillona de su cuñada. Por lo visto, la condesa había estado también pensando mientras su hermano hablaba, pero la conclusión a que había llegado era harto distinta de la de Isabel. Así, se arriesgó a decir:

-Mi querido Osmond, es completamente absurdo querer inventar tantas y tan bellas razones para desterrar a la pobre Pansy. ¿Por qué no dices de una vez por todas que lo que quieres es alejarla de mí? ¿Acaso no has descubierto que tengo al señor Rosier en el mejor concepto? Pues no hay por qué ocultarlo; me parece un joven simpatiquísimo, que ha llegado a hacerme creer en el amor, cosa en la que nunca hasta ahora había creído. Es indudable que, con tales ideas, has llegado a la conclusión de que soy una temible compañía para Pansy.

Osmond tomó un sorbo de vino y pareció ponerse de buen humor. Luego contestó sonriente, como si fuera a decir una galantería:

-Mi querida Amy, yo no sé nada acerca de tus ideas, pero, si sospechase que chocan con las mías, sería infinitamente más sencillo desterrarte a ti.

51

La condesa no fue desterrada, pero ya no se sintió segura de la continuidad hospitalaria de su hermano. Una semana después de aquel acontecimiento Isabel recibió un telegrama de Inglaterra, fechado en Gardencourt y con el sello inconfundible de la señora Touchett. Rezaba así: «Ralph no durará ya muchos días, y si posible querría verte. Me encarga te diga vengas si no tienes otros compromisos. Por mi parte añado acostumbrabas hablar mucho de tus deberes y preguntarte cuáles eran; siento curiosidad por ver qué averiguaste al respecto. Ralph está realmente muriéndose y carece otra compañía». Isabel estaba de antemano preparada para tal noticia por haber recibido ya de Henrietta Stackpole una relación detallada de su viaje a Inglaterra con su agradecido paciente. A decir verdad, Ralph había llegado más muerto que vivo, pero ella se las compuso para llevarle hasta Gardencourt. En cuanto llegaron, él se metió en la cama, de la que probablemente no volvería a levantarse. Su amiga le había escrito que, en realidad, tenía que cuidar a dos enfermos, pues el señor Goodwood, que no había sido de ninguna utilidad, estaba en cierto modo, aunque de distinta forma, casi tan enfermo como el señor Touchett. En otra carta escribió que había tenido, como quien dice, que entregar la plaza a la señora Touchett, que acababa de llegar de América y le había dado a entender en el acto que no quería nada de entrevistas periodísticas en Gardencourt. Pocos días después de la llegada de Ralph a Roma, Isabel había escrito a su tía participándole el estado de salud verdaderamente crítico de Ralph y sugiriéndole que se diera prisa en volver a Europa. La señora Touchett había telegrafiado agradeciendo tal precaución, y la única noticia de ella que Isabel había recibido desde entonces fue el telegrama que acabamos de mencionar.

Isabel permaneció un rato inmóvil, con el telegrama en la mano, contemplándolo. Luego se lo metió en el bolsillo y se fue derecha al despacho de su marido. Se detuvo un instante ante la puerta, se decidió a abrirla y entró. Osmond estaba sentado ante la mesa, cerca de la ventana, contemplando un gran volumen infolio apoyado en un montón de libros. El volumen estaba abierto por una página de pequeñas láminas coloreadas, e Isabel observó

que estaba copiando de la misma el dibujo de una medalla antigua. Cerca de él tenía una caja de acuarelas y unos pinceles finísimos, con los que acababa de reproducir en una hoja de impoluto papel blanco el círculo tan delicadamente pintado. Estaba de espaldas a la puerta, pero reconoció en el acto a su mujer sin necesidad de volverse.

-Perdona que te moleste -dijo ella.

-Cuando yo voy a tu habitación, llamo siempre antes de entrar -contestó él sin dejar su trabajo.

-Lo olvidé porque tenía algo más importante en que pensar. Mi primo se está muriendo.

-No lo creo -contestó Osmond mientras contemplaba el dibujo a través de una lente de aumento-. Cuando nos casamos también se estaba muriendo. Ése nos enterrará a todos.

Isabel no se tomó el tiempo preciso para pensar y apreciar el cauto cinismo de semejante declaración y se limitó a continuar apresuradamente, guiada de su sana intención:

-Mi tía me ha telegrafiado. Tengo que ir a Gardencourt.

-¿Para qué precisas ir a Gardencourt? -preguntó él en tono imparcial curiosidad.

-Para ver a Ralph antes de que muera.

Osmond estuvo un momento sin replicar y continuó dedicado con toda atención a su trabajo, que era de los que no se podía dejar una vez empezados.

-No veo la necesidad de ese viaje -dijo al fin-. El vino a verte aquí, cosa que no me agradó y que me pareció un gran error; pero lo toleré porque era la última vez que debías verle. Y ahora resulta que no tenía que ser la última. No eres agradecida.

-¿A qué tengo que estar agradecida?

Gilbert Osmond dejó a un lado sus útiles de trabajo, sopló una de mota de polvo de su dibujo, se levantó lentamente y miró por primera vez a su mujer.

-A que yo no me metiera en nada mientras estaba él aquí.

-Cierto, lo estoy. Recuerdo perfectamente que me hiciste comprender bien claro que eso no te gustaba. Por eso me alegré tanto cuando, al fin, se marchó.

-Entonces, déjale solo. No corras tras él.

Isabel apartó sus ojos de él y los fijó en el pequeño dibujo.

-Debo ir a Inglaterra -dijo con plena conciencia de que su tono no podía por menos de chocar a un hombre fácilmente irascible, de tan buen gusto como neciamente obstinado.

-Te advierto que no me agradaría que lo hicieras -observó Osmond.

-¿Y eso qué más da? Si no voy, tampoco te gustará. No te gusta nada de lo que hago o dejo de hacer. Además, crees que estoy mintiendo.

Osmond se puso algo pálido y sonrió fríamente.

-¿De modo que quieres ir para eso? No para ver a tu primo, sino para vengarte de mí.

-No sé absolutamente nada acerca de la venganza.

-Pues yo sí -contestó Osmond-. ¡Y te aconsejo que no me des ocasión para ella!

-Por lo visto, ardes en deseos de encontrarla. Lo que quisieras con toda el alma es que yo cometiese alguna locura.

-En tal caso, tendría que agradecer que me desobedecieras.

-¿Qué te desobedeciera? -repuso Isabel en un tono quedo que produjo el efecto de la mansedumbre.

-Hablemos claro. Si te vas hoy a Roma, ello constituirá un acto de oposición perfectamente meditado y calculado.

-¿Cómo puedes llamarlo calculado si no hace más de tres minutos que acabo de recibir el telegrama?

-Tú calculas rápidamente. Es admirable la facilidad que tienes para hacerlo. Además, no veo la necesidad de que continuemos esta discusión. Ya conoces mí voluntad.

Osmond se quedó inmóvil como si esperase que ella se retirara de la habitación. Pero Isabel no se movió. Por extraño que parezca, lo cierto es que no podía siquiera moverse porque sentía la necesidad de justificarse. Poseía él el extraordinario poder de hacerle sentir tal necesidad. En la imaginación de Isabel había siempre algo a lo que él podía apelar en contra del juicio de ella misma.

-No tienes razón alguna para que tu voluntad sea ésa; en cambio, yo tengo sobradas razones para ir. Me es imposible decirte lo injusto que a mis ojos apareces, aunque me imagino que ya lo sabes. Lo que es completamente calculado y malintencionado es tu oposición.

Nunca hasta entonces se había arriesgado a expresar aquel pensamiento tan denigrante en presencia de su esposo, e indudablemente a él debió de producirle, al escucharlo, una sensación completamente nueva. Sin embargo, no manifestó la menor sorpresa, y aquella frialdad constituía una prueba evidente de su firme creencia de que su mujer no resistiría perpetuamente a su ingenioso empeño de hacerla hablar.

-De modo que, por lo visto, las cosas van de mal en peor -dijo. Y añadió, como dándole un consejo de amigo-: Te advierto que esto es una cuestión muy importante.

En efecto, ella reconocía que lo era, tenía perfecta conciencia de la solemnidad de la ocasión y sabía que estaban ya al borde de la crisis. La gravedad de ésta le hizo andarse con pies de plomo. Así pues, no dijo una palabra, y él prosiguió:

-¿Dices que no tengo ninguna razón? Pues tengo la mejor de todas. Me desagrada profundamente, hasta lo más profundo de mi alma, lo que pretendes hacer. Es deshonroso, falto de delicadeza, indecoroso. Tu primo no es absolutamente nada mío y no estoy en el deber de hacerle concesiones de ninguna especie. Ya le hice la más extraordinaria que estaba en mi mano hacer. Tus relaciones con él, mientras permaneció aquí, me tuvieron constantemente sobre ascuas, pero hube de pasarlas por alto porque esperaba semana tras semana que se fuera de una vez para siempre. Nunca he podido tragarle, ni él a mí tampoco. Por eso le quieres tú..., ¡porque me aborrece! -exclamó Osmond con un intenso y perceptible temblor en la voz-. Yo tengo una idea perfecta de lo que mi mujer debe hacer y de lo que no debe hacer. Ella no debería viajar sola a través de toda Europa, en contra de mi ferviente deseo y al lado de otros hombres. Tu primo no es nada para ti, no significa nada para nosotros. Ya veo que sonríes con exquisita expresión cuando hablo de «nosotros», pero «nosotros», señora Osmond, «nosotros» lo es todo para mí. Yo me tomo muy en serio nuestra unión, aunque, por lo visto, tú has encontrado el medio de tomártela de otra manera_ Yo no puedo concebir que nos divorciemos ni que nos separemos; para mí estamos eterna e indisolublemente unidos. Tú estás más próxima a mí que ninguna otra criatura humana, y yo más próximo a ti. Puede que te resulte una proximidad desagradable, pero, aun así, lo ha sido por nuestra propia y libre voluntad. Ya sé que no te gusta que te lo recuerden, pero yo quiero recordártelo porque..., porque... -Se detuvo un segundo como sí considerase de la máxima importancia lo que iba a decir-. Porque creo que debemos aceptar las consecuencias de nuestros propios actos y lo que para mí tiene más valor en la vida es el honor empeñado en algo.

Había dicho lo anterior con acento grave y hasta cierto punto amable, sin que asomase para nada el sarcasmo en sus palabras. Su gravedad desvaneció la presta emoción de su esposa, y aquella resolución con la que ésta se había arriesgado a traspasar el umbral de la puerta pareció quedar envuelta en una malla de apretados hilos. Sus últimas palabras no contenían un mandato, eran una especie de apelación, y, aunque ella sintiese que todas las expresiones de respeto de su marido no eran síno expresiones de un insuperable egoísmo, representaban sin duda algo trascendental y absoluto, comparable al signo de la cruz o el emblema de la patria. Había hablado en nombre de algo verdaderamente precioso y sagrado, que era la observancia de una forma engrandecedora. Sentimentalmente estaban tan distantes

el uno del otro como jamás lo estuvieran dos amantes desilusionados, pero nunca habían llegado a estarlo de hecho.

Isabel no había cambiado en su manera de pensar. Su antiguo anhelo de justicia seguía viviendo férvidamente en el interior de su alma; y sin embargo, en su clara visión de la blasfema adulteración de su marido, parecía acompasarse a un sonido que tendía a darle a él la victoria. Se le antojó que aquel deseo de Osmond de salvar las apariencias era totalmente sincero y que, después de todo, había en él un verdadero mérito. No hacía ni diez minutos se sentía presa de la alegría de la acción irreflexiva, alegría que nunca antes se había apoderado de ella; pero tal acción había ido convirtiéndose paulatinamente en una suave renuncia ocasionada por el contacto del fuego de Osmond. De todas formas, sí se veía impelida a renunciar, le haría ver que era una víctima y no una incauta. Así, le dijo:

-Sé que eres un maestro consumado en el arte del sarcasmo. ¿Cómo puedes hablar de unión indisoluble ni decir que estás contento? ¿En qué reside nuestra unión sí me estás acusando de falsía? ¿Dónde está tu contento sí sólo abrigas en tu corazón las sospechas más odiosas?

-En nuestra decorosa manera de vivir juntos, a pesar de esos inconvenientes.

-¡Nosotros no vivimos juntos decorosamente! -exclamó Isabel.

-Sí te vas a Inglaterra, desde luego que no.

-Eso es muy poca cosa, no es nada. Puedo hacer mucho más. Alzó él las cejas e incluso un poco los hombros, pues había vivido ya más que sobradamente en Italia para hacer caso de tales naderías.

-Sí pretendes amenazarme -dijo-, prefiero volver a mí dibujo.

Acto seguido se dirigió hacía su mesa, de la cual tomó la hoja de fino papel con la que estaba trabajando y se puso a examinarla atentamente.

-Supongo que ya te imaginarás que, si me voy, es para no volver nunca más -declaró Isabel.

El se volvió rápidamente y ella se dio perfecta cuenta de que tal movimiento, cuando menos, no era premeditado. La miró despacio un momento y luego preguntó:

-Pero ¿estás en tu sano juicio?

-¿Qué otra cosa podría ser sino una ruptura, sobre todo si es cierto cuanto dices?

No le cabía a ella en la cabeza que pudiese ser algo distinto y deseaba sinceramente saber si había posibilidad de que fuese otra cosa.

-No puedo, en verdad, discutir contigo sobre la base de que pretendes desafiarme -dijo Osmond tras sentarse ante su mesa y tomar uno de los delicados y pequeños pinceles.

Isabel permaneció ex profeso un instante más en la habitación, el tiempo suficiente para observar su rostro, en realidad sumamente expresivo a pesar de que deliberadamente afectaba un aire de indiferencia. Inmediatamente después salió del despacho de su marido. De pronto se dio cuenta de que sus facultades, su apasionamiento y su energía la abandonaban, y se sintió como envuelta en una niebla densa, oscura y fría. Poseía Osmond un arte extraordinario para sonsacar a toda persona débil. Al dirigirse a su habitación, Isabel se encontró con la condesa Gemini en la puerta de un saloncito de paso, donde habían dispuesto una interesante colección de libros de diversa índole. La condesa tenía abierto entre las manos uno de aquellos libros, al parecer interesada en algo contenido en una de sus páginas. Al oír los pasos de Isabel, que se aproximaba, levantó la cabeza y dijo:

-Querida, usted que es tan versada en cosas literarias, dígame qué libro entretenido hay aquí que yo pueda
leer. Todo lo que he visto es de una tristeza tremenda... ¿Le parece que éste me distraería un poco?

Isabel echó una mirada al librito que la otra elevaba hacia ella, pero ni leyó ni comprendió nada de él.

-Temo no poder aconsejarla -contestó-. He recibido noticias muy malas. Mi primo Ralph Touchett se está muriendo.

La condesa dejó de lado el libro y exclamó:

-¡Ah, qué pena! Era tan simpático. Lo siento de veras por él.

-Más lo sentiría si supiera...

-¿Si supiera qué? Tiene usted muy mala cara -añadió-. Seguro que viene de hablar con Osmond.

Apenas media hora antes, sin duda Isabel habría acogido con suma frialdad la menor insinuación que le hubiesen hecho atribuyéndole el deseo de contar con la simpatía de su cuñada, y no puede haber mejor prueba del desorden de su espíritu que el hecho de verla asiéndose a la inconsistente atención de mujer tan versátil como aquélla. Así respondió a la condesa, que la contemplaba inquieta con los ojos como ascuas:

-Sí, he estado hablando con Osmond.

-Tengo la seguridad de que se ha portado odiosamente -exclamó la otra-. ¿No le habrá dicho, por casualidad, que se alegra de que el pobre señor Touchett esté muriéndose?

-Lo que ha dicho es que es imposible que yo vaya a Inglaterra.

Cuando algo afectaba a los intereses de la condesa, su mente trabajaba con insospechable agilidad, de suerte que en el acto vislumbró la desaparición de todo atractivo durante el resto de su estancia en Roma. El pobre Ralph Touchett iba a morir, Isabel se pondría de luto, y adiós a las cenas alegres. Semejante porvenir dibujó en su rostro una triste mueca expresiva, pero aquella rápida y pintoresca comedia de su actitud fue la única licencia que le permitió a su decepción. De todos modos, pensó, la diversión tocaba definitivamente a su fin; ya había prolongado su estancia más de lo convenido en la invitación. Además, se interesó por la contrariedad de Isabel lo bastante para olvidar la propia, y comprendió que la de su cuñada era de las verdaderamente profundas. Por lo pronto, parecía más honda que la causada por el mero fallecimiento de un primo, y a la condesa le resultó muy fácil relacionar la actitud de su insoportable hermano con la expresión que brillaba en los ojos de su cuñada. Y el corazón empezó a latirle con una esperanza casi fausta, pues si, como ella deseaba, Osmond quedaba sometido, las condiciones se tornarían mucho más favorables. Desde luego, ni que decir tiene que, si su cuñada partía para Inglaterra, ella abandonaría en el acto el Palazzo Roccanera, donde por nada del mundo se quedaría sola con su hermano. Sin embargo, experimentaba un deseo acuciante de oírle decir a Isabel que iría a Inglaterra.

-Nada hay imposible para usted, querida -dijo en tono cariñoso-. ¿De qué le serviría entonces el ser, como es, rica, inteligente y buena?

-Eso mismo digo yo, ¿de qué? El caso es que me siento estúpidamente débil.

-Pero ¿por qué dice Osmond que es imposible? -preguntó la condesa en un tono que dejaba bien a las claras que no alcanzaba a imaginar el motivo.

Sin embargo, al darse cuenta de que su cuñada comenzaba a inquirir la verdad, Isabel retrocedió. Retiró su mano de la mano de la condesa, quien se la había tomado afectuosamente, y contestó con amarga franqueza:

-Porque somos tan felices juntos que, por lo visto, no podemos separarnos por un par de semanas.

-¡Ah! -exclamó la condesa al tiempo que Isabel se marchaba-. Cuando yo quiero irme de viaje, lo único que mi marido me dice es que no tendré dinero para hacerlo.

Isabel se fue a su habitación y estuvo allí paseando arriba y abajo durante una hora. Algunos lectores pensarán que se preocupaba en exceso por aquel contratiempo, e indudablemente, para una mujer de espíritu tan elevado como el suyo, era aquél un motivo demasiado parco para detenerla en su camino. Le parecía que hasta entonces no se había dado cuenta de lo que en realidad significaba el matrimonio. Significaba que, en casos apurados como el suyo, cuando a una le tocaba decidirse, tenía que hacerlo en favor del interés del

marido. Así, se detenía una y otra vez en sus cortos paseos por la habitación para decirse: «Tengo miedo..., sí, tengo miedo». Pero, en realidad, de lo que ella tenía miedo no era de su marido..., de su resquemor, de su disgusto, de su venganza; ni tampoco lo sentía del propio juicio sobre su conducta, cosa que más de una vez la había detenido; era simplemente la violencia que tendría que emplear para marcharse contra la voluntad de Osmond, cuando éste quería que se quedara. Conocía perfectamente la exquisita fineza con que él era capaz de acoger cualquier objeción. Sabía lo que de ella pensaba, había sentido ya de lo que era capaz; sin embargo, estaban casados, y el matrimonio implicaba que la mujer debía permanecer adherida al hombre de cuyo brazo había ido ante el altar, ante el cual había proferido votos tremendamente comprometedores. Y se dejó caer en el sofá, hundiendo la cabeza en un montón de cojines.

Cuando la levantó vio a la condesa Gemini, que estaba de pie ante ella contemplándola. Había entrado sin hacerse oír; en sus labios, se dibujaba una extraña sonrisa y toda su cara había sufrido una gran transformación en el curso de una hora, apareciendo en aquel instante alegremente iluminada. Era una mujer de quien bien podía decirse que vivía asomada a la ventana de su alma, pero en aquel momento tenía todo el cuerpo fuera.

-He llamado pero como no me contestaba me he atrevido a entrar. La he estado contemplando durante cinco minutos y comprendo que es usted muy desgraciada.

-Lo soy, pero no creo que usted pueda proporcionarme ningún consuelo.

-¿Me permite que lo intente? -Y la condesa se sentó en el sofá al lado de ella, continuó sonriendo, y pareció como si en su expresión se trasluciese algo comunicativo y regocijante. Tenía, al parecer, no poco que decir, y a Isabel se le antojó que tal vez su cuñada fuese capaz de expresar por vez primera algo verdaderamente humano. La condesa jugaba con sus ojos maliciosos, en los que había una fascinación tan cierta como desagradable-. En fin de cuentas -prosiguió-, para empezar, debo decirle que no comprendo en absoluto su manera de pensar, porque parece como si tuviera infinitos escrúpulos, innumerables razones, incontables lazos que la atasen. Hace diez años, cuando descubrí que el empeño mayor de mi marido consistía en hacerme desgraciada..., últimamente se contenta con dejarme en paz..., su actitud resultó ser una admirable simplificación para mí. Y usted no es lo bastante simple para ciertas cosas, mi pobre Isabel.

-Cierto, no soy lo bastante simple -contestó ella.

-Quiero que sepa usted algo, porque considero necesario que lo sepa. Tal vez ya lo sabe o lo ha adivinado. En caso de que así sea, le confieso que entiendo mucho menos todavía por qué no hace lo que mejor le parezca.

-¿Qué quiere usted que sepa? -preguntó Isabel, cuyo corazón se puso a latir con mayor violencia al presentir algo de lo que iba a escuchar.

La condesa estaba a punto de justificarse, lo cual ya era de por sí algo verdaderamente sin igual. Pero antes parecía dispuesta a divertirse un poco con el asunto.

-En su lugar, hace siglos que yo lo habría adivinado. ¿De verdad no ha sospechado usted nunca nada?

-No he adivinado nada. ¿Qué es lo que debía haber sospechado? No comprendo lo que quiere decir.

-Eso se debe a que tiene usted un espíritu incomprensiblemente puro -exclamó la condesa, y añadió-: Confieso que no he conocido jamás una mujer con un alma tan pura como la suya.

Isabel se levantó poco a poco y dijo casi temblando:

-Usted va a decirme algo verdaderamente terrible.

-Llámelo como mejor le parezca -replicó la condesa levantándose también, al tiempo que su innata perversidad se hacía más palpitante y espantosa. Pareció reconcentrarse un

instante como en una mirada de fiereza de intención, que a Isabel le pareció de una extraordinaria fealdad, y luego declaró-: Mi primera cuñada no tuvo hijos.

Isabel se quedó atónita mirándola, pues el anuncio resultaba una convulsión total para ella.

-¿Su primera cuñada? -preguntó.

-Debo, cuando menos, suponer que usted sabe que Osmond ha estado ya casado antes. Si no le he hablado nunca de la anterior mujer de Osmond es porque no me parecía respetuoso ni decoroso. Pero otros, menos considerados que yo, tal vez lo hayan hecho. La pobre mujer vivió tres años casada con él y murió sin tener hijos. Después de su muerte fue cuando Pansy vino al mundo.

Isabel frunció el entrecejo y sus labios se entreabrieron con una vaga y pálida expresión. Trataba de seguir lo que su cuñada decía, y pensaba que tendría que seguir mucho más de lo que podía ver.

-Entonces, ¿Pansy no es hija de mi marido?

-Lo es..., ¡y cabalmente! No es del marido de otra mujer, sino de la mujer de otro marido. Mi buena Isabel, ¡a usted hay que decírselo todo con pelos y señales, explicárselo de pe a pa! -exclamó la condesa.

-Pues sigo sin comprender. ¿De la mujer de quién? -preguntó Isabel.

-De la esposa de un horrible e insignificante suizo que murió..., ¿cuánto hace?..., acaso doce, no, más de quince años. Ni reconoció a Pansy ni quiso saber nada de ella; de hecho, no había razón alguna para que lo hiciera. En cambio, lo hizo Osmond, lo cual fue mucho mejor, aunque luego tuvo que armar un lío de todos los demonios contando que su mujer murió de parto y que él, resentido con la niña por ser la causante de la muerte de su madre, la mantuvo los primeros años alejada, en casa de una nodriza, hasta que se decidió a acogerla en la suya. Lo cierto era que su esposa había muerto por causa bien distinta y en sitio bien distante. Su muerte tuvo lugar en tina montaña del Piamonte, adonde habían ido un verano en el mes de agosto porque, al parecer, ella necesitaba aquel clima de altura y donde sucedió precisamente todo lo contrario; que, de repente, empeoró y cayó fatalmente enferma. Así pudo pasar la historia y se cubrieron las apariencias, toda vez que nadie oyó hablar del asunto y a nadie le preocupó ponerse a averiguar la verdad. Pero yo me enteré..., sin hacer averiguación de ninguna especie, desde luego..., y, como puede usted fácilmente imaginarse, sin que mediara una sola palabra sobre ello entre nosotros... es decir, entre Osmond y yo.
¿Se lo imagina usted mirándome en silencio, a su manera, tratando de aclararlo..., mejor dicho, de contenerme si yo decía algo? Pero yo no dije jamás una sola palabra a ninguna otra persona, puede creerlo, se lo juro. Le doy mi palabra de honor que hablo de este asunto por vez primera después de tanto tiempo como ha pasado. Ya tenía yo bastante, al principio, con que la niña fuera sobrina mía..., desde el momento en que era hija de mi hermano. Y por lo que respecta a la verdadera madre...

La prodigiosa tía de Pansy se calló de repente, como involuntariamente inducida a ello por la impresión causada en su cuñada, desde cuyo rostro se diría que la miraban más ojos de los que nunca tuviera que soportar.

Si bien no había pronunciado nombre alguno, Isabel apenas pudo reprimir en sus propios labios un eco de lo impronunciado. Y se dejó caer de nuevo en el sofá con la cabeza entre las manos.

-¿Por qué me lo ha dicho? -preguntó con una voz que a la condesa le costó reconocer.

-Porque ya estaba harta de ver que usted no lo sabía. Francamente, hija mía, me sentía molesta por no habérselo dicho, ¡como si durante todo este tiempo no pudiera haberlo hecho! La verdad, ¡a me dépasse. Si no le importa que se lo diga, es inconcebible que no haya logrado adivinarlo en cuanto la rodea. Yo no he sido nunca hábil para prestar ayuda a la ignorancia inocente, y, en este caso, confieso que la necesidad de permanecer callada en

beneficio de mí hermano constituye una virtud que me ha sido del todo imposible seguir practicando por más tiempo. Por lo demás, lo que le he contado no es una baja mentira -añadió de inimitable manera la condesa-. Los hechos son tal y como acabo de exponerlos.

-No tenía la menor idea de ello -dijo Isabel, y levantó los ojos hacia ella mirándola de un modo totalmente acorde con la candidez de aquella confesión.

-Eso me parecía a mí..., por difícil que resultase creerlo. ¿No se le ocurrió jamás pensar que él había sido durante unos años su amante?

-No sé qué decir. Indudablemente se me han ocurrido varias cosas..., y acaso era eso lo que todas ellas significaban.

-Ella ha sido verdaderamente inteligente y magnífica en lo relativo a Pansy -exclamó la condesa, como considerándolo a distancia.

-No -insistió Isabel-, ninguna idea tomó en mí tal forma definida. -Parecía como si tratase de dilucidar por sí misma lo que había ocurrido y lo que no-. Pero, aun así-, no lo comprendo.

Hablaba como sorprendida y desconcertada, si bien la pobre condesa parecía considerar que su revelación no había producido, ni mucho menos, el efecto que ella esperaba. Se imaginaba que iba a prender una llamarada y apenas sí brotaba una insignificante chispa de fuego. Isabel se mostraba mucho menos impresionada de lo que, sintiendo como era una joven de reconocida imaginación, pudiera haberlo estado ante un hecho siniestro cualquiera de la vida corriente.

-¿Entiende por qué la criatura no podía pasar como hija de su marido..., es decir, de monsieur Merle? Llevaban separados demasiado tiempo, y él se había marchado a un país lejano, creo que a Sudamérica. Si ella tuvo alguna vez hijos..., cosa de la que no estoy segura..., los perdió. Tales condiciones hicieron comprensible que bajo la fuerza de la realidad, es decir, en un aprieto de tal dificultad, Osmond se decidiera a adoptar a la niña. Su mujer había muerto ya, eso es cierto; pero no lo es menos que hacía tanto tiempo de su muerte como para que no pudiesen relacionarse fechas ni surgir suspicacias al respecto, que era de lo que había que tener cuidado. ¿Qué cosa más natural que la infeliz señora Osmond, a una distancia considerable y para un mundo que no se preocupaba de tales menudencias, hubiera dejado tras de sí la prueba viva de aquella felicidad que le había costado la vida? Con la complicidad de un cambio de residencia, porque Osmond había vivido con ella en Nápoles en la época del viaje a los Alpes y luego abandonó definitivamente esa ciudad, podía componerse admirablemente toda la historia. Desde su sepultura, mi pobre, cuñada no lograría enmendar el entuerto, y mientras tanto la verdadera madre, para salvar su reputación, renunció a toda propiedad visible sobre la niña.

-¡Ah, pobre mujer! -exclamó Isabel rompiendo a llorar. Hacía mucho tiempo que no vertía lágrimas, por haber experimentado una gran reacción contra la facilidad del llanto. Pero en aquel instante fluyeron con tal abundancia que la condesa Gemini no vio en ello sino otra contrariedad.

-Es muy amable de su parte el compadecerla... -comentó, riendo sin que viniera a cuento-. Verdaderamente, tiene usted una manera de ser que...

-Por lo visto, fue muy falso con su mujer..., ¡y tan pronto! -exclamó Isabel, conteniéndose súbitamente.

-¡No faltaba otra cosa sino que ahora saliera usted en su defensa! -replicó la condesa-. Pero en que fue demasiado pronto estoy completamente de acuerdo.

-¿Y conmigo, conmigo...? -Dudó como si no se hubiera oído a sí misma, como si aquella pregunta..., que bien clara tenía ante los ojos..., fuese tan sólo para ella.

-¿Con usted? ¿Si le ha sido fiel a usted?... Depende, querida mía, según a lo que llame usted fiel. Cuando se casó con usted, no era amante de ninguna otra mujer..., amante como solía ser, cara mía, con todos los riesgos y las infinitas precauciones que había de adoptar

mientras la cosa duraba. Eso se había acabado del todo. La dama estaba arrepentida, o, cuando menos, por razones que son de su única incumbencia, se retiró de la escena. Ella ha rendido siempre un culto a las apariencias tan excesivo que el mismo Osmond acabó por aburrirse de tanta exageración. Ya puede usted imaginarse lo que sería... ¡cuando ni él podía aguantar todos esos formalismos que hoy lleva tan a punta de lanza! Pero el pasado los une con todo su peso.

-Sí -dijo Isabel, como si fuera el eco de aquellas palabras-. El pasado los une.

-¡Bah! El pasado reciente no es nada. Lo importante son los seis o siete años que, como digo, duró lo otro.

Isabel permaneció callada un instante y luego preguntó:

-Entonces, ¿por qué quiso que yo me casara con él?

-¡Ah, amiga mía, en eso está su gran superioridad! Porque usted tenía dinero y porque pensó que se portaría bien con Pansy.

-¡Pobre mujer! ¡Y pensar que Pansy no la quiere! -exclamó Isabel.

-Por eso precisamente buscaba alguien a quien Pansy pudiera querer. Ella sabe eso, como todo lo demás, porque esa mujer lo sabe todo.

-¿Sabrá entonces que usted me ha contado esto?

-Dependerá de que usted se lo diga o no. Ya está preparada para ello, ¿y sabe usted con qué cuenta para defenderse? Conque usted crea que miento. Tal vez lo crea. Por mí, no se moleste en ocultarlo. Pero da la casualidad de que en este caso no lo he hecho. Yo he dicho con frecuencia bastantes mentiras estúpidas, pero nunca para hacer daño a nadie, y la única que ha sufrido las consecuencias he sido yo misma.

Isabel adoptaba ante la historia de su compañera la misma actitud de pasmo que si una gitanilla errante hubiera extendido sobre la alfombra, a sus pies, una colección de fantásticas mercancías.

-¿Por qué no se casó Osmond con ella? -preguntó.

-Muy sencillo: porque no tenía dinero. -La condesa tenía una respuesta lista para cada cosa, y si mentía lo hacía muy bien-. Nadie sabe ni ha sabido nunca de qué vive, ni cómo ha adquirido todos esos valiosos objetos que tiene en su casa. Creo que ni el mismo Osmond lo sabe. Además, tampoco ella se habría casado con él.

-Entonces, ¿cómo ha podido quererle?

-Es que no le quiere de esa manera. Así lo quiso al principio y tengo la seguridad de que entonces se habría casado con él, pero su marido vivía. Luego, cuando su marido fue a reunirse..., no diré que con sus antepasados, porque es muy posible que no los haya tenido..., sus relaciones con Osmond sufrieron un cambio radical y se volvió mucho más ambiciosa. Por otra parte -prosiguió la condesa para que Isabel tuviera con qué rumiar trágicamente en lo sucesivo-, ella no le había tenido nunca por un gran intelecto. Había concebido la esperanza de casarse con un gran hombre; ésa era su obsesión constante. Para ello supo esperar, observar, intrigar y suplicar, pero siempre fracasó en su empeño. Yo, la verdad, no considero a madame Merle una mujer de éxito. Ignoro lo que será capaz de lograr de ahora en adelante, pero hasta la fecha tiene muy poco de que presumir. El único resultado verdaderamente tangible que ha podido lograr, aparte, desde luego, de conseguir conocer a todo el mundo y de vivir en casa de todo el mundo sin que le cueste un penique, ha sido el de unirles a usted y a Osmond. ¡Oh!, ella fue quien lo hizo, querida; no me mire como si lo pusiera en duda. Yo les he estado observando durante años y sé todo lo que les concierne, absolutamente todo. Muchos me creen una verdadera atolondrada, y tal vez lo sea, pero de lo que puede estar segura es de que a esos dos los he seguido paso a paso con el mayor cuidado. Ella me odia con toda su alma, y su mejor manera de probarlo es pretender defenderme en cada ocasión que se presenta. Cuando alguien dice que he tenido quince amantes, se hace cruces, finge horrorizarse y declara que no se ha podido demostrar de más de la mitad de ellos. Me ha

tenido un miedo cerval durante años, y lo único que la consolaba un poco era escuchar los horrores que la gente iba diciendo de mí por todas partes. Tenía miedo de que yo la pusiera en evidencia y hasta llegó a amenazarme un día, cuando Osmond empezó a hacerle a usted la corte. Fue en casa de él, en Florencia. ¿Se acuerda de la tarde en que la llevó a usted allí y tomamos el té en el jardín? Entonces me dijo que, si yo contaba historias, seríamos dos las que entraríamos en la ronda. Cree que ella puede decir mucho más de mí que yo de ella. Y le aseguro que sería una comparación interesante de verdad. A mí me tiene sin cuidado lo que ella diga de mí, por la sencilla razón de que a usted le tiene sin cuidado lo que yo haga o deje de hacer. Usted no está para preocuparse más de lo que ya lo esta. i je modo y manera que puede tomarse la revancha conmigo como mejor le plazca; no creo que usted se asuste por eso. Su gran estrategia ha sido mostrarse siempre tremendamente irreprochable..., una especie de blanca azucena terriblemente hinchada..., la encarnación misma de la corrección. Ya sabe usted lo de la mujer del César, eso de que no basta que sea honrada, sino que tiene que parecerlo; y, como ya he dicho, su gran ilusión era casarse con una especie de César. Por eso no le interesaba casarse con Osmond. Al verlos juntos y con Pansy, la gente podría llamarse a hacer cábalas, a unir cabos sueltos..., incluso a notar el parecido. Siempre tuvo un verdadero terror de que la madre que en ella había pudiera llegar a traicionarla. Ha puesto en ello un cuidado exquisito, y la madre no la ha traicionado jamás.

-Sí, sí, la madre la ha delatado -contestó Isabel, cada vez más pálida-. Ella misma se traicionó conmigo el otro día, aunque entonces no me di cuenta. Fue cuando parecía que Pansy tenía la oportunidad de hacer una gran boda y al ver que todo había quedado en agua de borrajas estuvo a punto de caérsele la máscara.

-¡Ah! Ahí es donde se salió de sus casillas -exclamó la condesa-. Ha fracasado tan lastimosamente en sus propias aspiraciones que está decidida a que su hija la compense de su fracaso.

Isabel se conmovió al oír las palabras «su hija», que su compañera acababa de pronunciar con la mayor naturalidad del mundo.

-Parece increíble -murmuró; y, bajo el influjo de aquella sensación desconcertante, casi perdió la noción de que la historia la afectaba de cerca.

-No vaya ahora a ocurrírsele a usted volverse en contra de la infeliz criatura -prosiguió la condesa-. La pobrecilla es muy buena, a pesar de su deplorable origen. Hasta yo misma he llegado a quererla, no por ser de ella, naturalmente, sino porque ahora parecía de usted.

-Cierto, ya es como si fuera mía. ¡Cómo debe de haber sufrido la pobre mujer al verme...! -exclamó Isabel ruborizándose al pensar en lo que estaba diciendo.

-No creo que haya sufrido nada con ello; al contrario, pienso que ha debido de sentirse muy satisfecha, porque la boda de Osmond le ha dado a su hija un gran impulso. Antes, la pobre vivía metida en un agujero. ¿Y quiere saber lo que había llegado a pensar la madre? Que usted se encapricharía de tal modo con la chiquilla que llegaría incluso a hacer algo por ella. Osmond no podía darle nada, porque era de lo más pobre... pero eso ya lo sabe usted de sobra. ¡Ay, hija mía! -exclamó la condesa-, ¿por qué tendría usted la ocasión de heredar tanto dinero? -Se detuvo un momento, como si estuviese viendo algo extraño en el rostro de Isabel-. No vaya a decirme ahora que piensa darle una dote. Usted es muy capaz de hacerlo, pero me niego a creerlo. No pretenda pasarse de buena. Trate de ser natural, espontánea y aviesa. Por su propio bien, trate de ser un poco mala aunque sólo sea una vez en su vida.

-Es extraño. Supongo que debo saberlo, y sin embargo, siento haberlo sabido -dijo Isabel-. Le estoy agradecida de veras.

-¡Pues nadie lo diría! -exclamó la condesa riendo burlonamente-. Puede que lo esté o puede que no, pero, por lo pronto, no parece habérselo tomado como yo esperaba.

-¿Cómo debería tomármelo?

-No sé qué decirle, pero cabría pensar que como una mujer a la que han utilizado -Isabel no contestó y siguió escuchando atentamente a la condesa-. Ellos han seguido estando ligados aun después de haber roto, aun después que ella rompió..., o de que rompió él, vaya usted a saber. Sin embargo, lo cierto es que él ha significado para ella mucho más que ella para él. Cuando se acabó su pequeño carnaval, se comprometieron a dejarse libertad completa el uno al otro a condición de que el uno prestaría siempre al otro la mayor ayuda posible. Quizá se pregunte cómo he llegado a saber todo eso. Pues, lo he ido induciendo y deduciendo de la manera de conducirse de ambos. Y ahora, vea usted cuánto mejor se portan las mujeres con los hombres que viceversa. Ella ha llegado incluso a buscarle una esposa a Osmond; en cambio, él no ha levantado jamás por ella ni el dedo meñique. Esa mujer se ha afanado por él, intrigado a favor de él, padecido por él, y al final de cuentas, él está cansado de ella. Para él, ella representa un hábito, una vieja costumbre. Ciertamente hay momentos en que la necesita, pero, en conjunto, si ella desapareciese no la echaría de menos. Lo peor de todo es que ella ya está convencida de eso. ¡Bah!, no tiene usted por qué sentirse celosa.

Isabel se levantó del sofá como movida por un resorte. Se sentía herida y sin aliento; la acumulación de noticias le embotaba la cabeza.

-Le estoy agradecida de veras -repitió. Luego preguntó bruscamente, en tono bien distinto-: ¿Cómo sabe usted todo eso?

Semejante pregunta pareció irritar a la condesa mucho más de lo que le agradaba la expresión reiterada de la gratitud de Isabel.

-Supongamos que me lo he inventado -dijo la condesa mirando a su compañera con cinismo y descaro. Pero cambió de tono en el acto y, poniendo afablemente su mano en el brazo de Isabel, añadió con una sonrisa penetrante y tan inteligente como decidida-: Y ahora, ¿desistirá usted de su viaje?

Isabel se sobrecogió un poco y se apañó; pero inmediatamente se sintió tan débil y a punto de desfallecer que tuvo que apoyar un brazo en la repisa de la chimenea para no caerse. Permaneció así un minuto, y luego
dejó caer sobre el brazo su aturdida cabeza, con los ojos cerrados y los labios intensamente pálidos.

-¡He hecho mal en hablar! -exclamó la condesa-. Se ha puesto usted enferma.

-¡Ah! Tengo que ver a Ralph -dijo Isabel como en un suspiro. No con resentimiento ni apasionamiento, como su compañera había esperado que sería, sino en un tono de infinita melancolía.

52

Aquella misma noche había un tren para Turín y París. Una vez que la condesa dejó a Isabel, ésta tuvo una conversación rápida y decisiva con su doncella, que era sumamente discreta, activa y afecta a ella. Después de lo cual, pensó en una sola cosa, además de su próximo viaje: en ir a ver a Pansy, a la que no quería abandonar. No la había visto desde que dejara el Palazzo Roccanera, porque Osmond le había indicado que era demasiado pronto. Así pues, a las cinco de la tarde llegó en su coche ante el portón de un gran edificio, en una estrecha calle de los alrededores de la plaza Navona, donde la recibió la hermana portera del convento, amable y obsequiosa. Isabel conocía ya la institución por haber ido allí alguna que otra vez a visitar a las hermanas en compañía de Pansy. Le constaba que eran buenas mujeres, y vio que las grandes estancias estaban limpias y bien iluminadas y que en el jardín, excelentemente orientado, daba el sol durante el invierno y la sombra en primavera. Pero le

desagradaba tal lugar, que parecía querer rechazarla y casi le infundía pavor, hasta el extremo de que por nada del mundo habría pasado una noche en él. Aquel convento le producía más que nunca la impresión de una cárcel bien frecuentada, pues no cabía pensar en que Pansy tuviese libertad para abandonarla. La inocente criatura había aparecido ante sus ojos bajo una luz completamente nueva e intensa, pero el efecto de tal revelación fue impulsarla a tender una mano hacía ella.

La portera la hizo esperar en el vestíbulo del convento mientras iba a anunciar que la señorita tenía una visita.

El vestíbulo era una habitación grande y fría con muebles nuevos, una gran estufa de porcelana blanca, apagada, una colección de flores de cera bajo campanas de vidrio y unos cuantos grabados de temas religiosos en las paredes. En otra de sus visitas Isabel había pensado que parecía menos propio de Roma que de Filadelfia, pero en aquel momento no se le ocurrió hacer ninguna clase de reflexión. Simplemente le pareció que estaba muy vacío y silencioso. La portera volvió al cabo de cinco minutos para introducir a otra persona. Isabel se puso de pie creyendo que sería alguno de los miembros de la hermandad, pero, para su gran sorpresa, se encontró con que era madame Merle. El efecto que ello le produjo fue verdaderamente extraño, pues la tenía tan presente en la imaginación que, al verla en persona, en carne y hueso, se le antojó estar viendo a una figura de un cuadro, que avanzaba hacia ella. Isabel se había pasado todo el santo día pensando en su falsedad, su audacia, su habilidad y también en su probable dolor, y todas aquellas cosas sombrías parecieron iluminarse cuando la otra hizo su aparición en la sala de espera. Su presencia allí tenía el carácter de la prueba acusatoria, del escrito delator, de las reliquias profanadas, de las cosas horrendas exhibidas ante un tribunal de justicia. Todo lo cual la hizo sentirse a punto de desfallecer. Si hubiese sido necesario hablar de inmediato, habría carecido de fuerzas para hacerlo. Pero no experimentó semejante necesidad; le pareció que no tenía absolutamente nada que decirle a madame Merle. Sin embargo, en la relación con aquella dama no había nunca necesidades absolutas; tenía una habilidad especial para hacer disculpables no sólo sus propias deficiencias, sino también las de los demás. Pero estaba distinta de lo acostumbrado. Mientras avanzaba despacio detrás de la hermana portera, Isabel se dio cuenta de que probablemente no utilizaría sus recursos habituales. La ocasión también era excepcional para ella, y se había propuesto encararla a la luz de aquel momento preciso. Eso le infundió una gravedad tal que ni siquiera intentó sonreír, y, aunque Isabel se hizo cargo en el acto de que estaba representando como otras veces su papel, se le antojó que, en conjunto, aquella admirable mujer jamás había estado tan natural como entonces. Contempló ésta a su joven amiga de pies a cabeza, pero no con dureza ni con actitud desafiadora, sino más bien con fría amabilidad y sin querer hacer la más leve alusión a su última entrevista. Al contrario, diríase que intentaba establecer una clara distinción; si antes se había sentido irritada, ahora se sentía reconciliada del todo.

Madame Merle miró a la portera y dijo:

-Puede usted dejarnos solas, hermana; la señora la llamará con la campanilla dentro de unos cinco minutos.

A continuación se volvió hacia Isabel, que, tras haber observado la escena, se había desentendido de ésta y dirigía su mirada lo más lejos que le permitía la espaciosa sala, pues no quería mirar a madame Merle.

-Le sorprenderá verme aquí y me temo que no sea de su agrado -prosiguió la dama-. No entiende por qué he venido; es como si me hubiera adelantado a usted. Confieso que he sido indiscreta, pues debía haberle pedido permiso. -Ciertamente no había nada de ironía en la forma en que estas palabras fueron dichas; más bien las pronunció sencilla y afablemente, pero Isabel, que parecía estar flotando en un mar de dolor y asombro, no podía adivinar la intención con que las pronunciaba-. Pero no he estado mucho tiempo con Pansy. Vine a verla

porque esta tarde se me ocurrió que debía de sentirse más bien sola y tal vez un tanto desgraciada. Acaso sea bueno para una jovencita, no puedo decirlo porque no entiendo de jovencitas. De todas maneras, es un poco triste. Por eso me decidí a venir..., sin darle más vueltas. Desde luego, sabía que usted vendría, y también su padre, pero no se me ha dicho que se le haya prohibido recibir otras visitas. Esa santa mujer..., ¿cómo se llama, que no me acuerdo?..., ¡ah!, sí!, madame Catherine..., no puso inconveniente de ninguna clase. Pero sólo he estado unos veinte minutos con Pansy. Tiene una habitacioncita encantadora, nada conventual, con un piano y flores en abundancia. Ella misma la ha arreglado, y muy bien; tiene muy buen gusto. Aunque no es cosa que me importe, ya lo sé, me parece que me siento más feliz desde que la he visto. Si quiere, puede tener una doncella pero sería completamente innecesario porque no tiene oportunidad de vestirse con frecuencia. Lleva un sencillo vestidito negro y está encantadora. Después fui a ver un momento a la madre Catherine, que también tiene una habitación estupenda; le aseguro que este lugar no ofrece en absoluto un aspecto de terrible severidad monacal. La madre Catherine tiene un tocador muy coquetón en el que había algo extraordinariamente parecido a un frasco de agua de colonia. Habla de Pansy que da gusto oírla, y dice que para ellas es una gran dicha tenerla en su compañía; que es una verdadera santa y un modelo para las niñas más mayores. Precisamente, cuando ya iba a despedirme, la portera entró para anunciar que una dama había venido a ver a la signorina. Desde luego, me imaginé en el acto que era usted y le rogué que me dejara recibirla en su lugar. A decir verdad, puso no pocas dificultades y adujo que debía pedir venia a la madre superiora, pues era sumamente importante que se la tratase a usted con todos los respetos debidos. Pero yo insistí en que dejara tranquila a la madre superiora y le pregunté cómo suponía que iba a tratarla yo a usted.

Madame Merle continuó hablando en el mismo tono, con la brillantez propia de una mujer que había sido durante años una verdadera maestra en el arte de la conversación. Sin embargo, en su profundo parlamento hubo ciertas fases y gradaciones que no pasaron en absoluto inadvertidas para el oído de Isabel, pese a que sus ojos se hallaban totalmente alejados del rostro de su interlocutora. No había seguido mucho más cuando Isabel advirtió que la voz se le quebraba, que se producían interrupciones en su relato, asumiendo todo ello la apariencia de un verdadero drama. Tal sutil modulación marcaba un súbito descubrimiento por parte de la que hablaba del cambio de actitud en la que escuchaba. En un segundo, madame Merle se dio cuenta de que todo había terminado entre ellas, y le bastó otro segundo para columbrar el porqué del cambio. La mujer que estaba inmóvil en pie allí delante no era la misma que tantas veces viera, sino una bien distinta... y que sabía su secreto. El descubrimiento era, en verdad, terrible, y he aquí que, desde que lo hizo, aquella mujer, que parecía la más inmutable y portentosa de todas, empezó a titubear y a perder el valor. Sin embargo, no tardó en recobrarse, y el suave fluir de su conversación se encauzó de nuevo tan fácilmente como al principio, dirigiéndose ya tranquila hacia el final. Pero únicamente porque tenía ya ese final a la vista le fue posible proseguir, pues había sentido como si la tocasen con la punta de un instrumento que la hiciera estremecerse, y hubo menester de toda su perspicacia y fuerza de voluntad para reprimir su agitación.

Su tabla de salvación estaba en lograr no traicionarse. Resistió, pero la calidad de su voz no adquiría el timbre acariciador de siempre -no le era posible recobrarlo -y se oía decir cosas que le parecían irreconocibles. La marea de su confianza en sí misma comenzó visiblemente a bajar, y a duras penas pudo llegar a puerto rozando un poco el fondo.

Isabel vio todo aquel rápido proceso con la misma claridad que si se hubiese reflejado brillantemente en un espejo. Aquél pudo haber sido para ella un gran momento, pues le traía aparejado el triunfo. El hecho de que madame Merle hubiese perdido el aplomo y contemplase pasmada el fantasma del posible escándalo, constituía ya de por sí una inicial venganza y era casi la promesa de un día más brillante. E Isabel saboreó aquella incipiente si-

tuación mientras, medio vuelta de espaldas, fingía mirar por la ventana. Al otro lado quedaba el jardín del convento, mas no era eso lo que veían sus ojos, cerrados a las plantas henchidas y a la tarde luminosa. Lo que veían entonces con meridiana claridad, a la cruda luz de la revelación que ya formaba parte de su experiencia y a la que daba un intrínseco valor la fragilidad del vehículo por el que había llegado hasta ella..., lo único que veían era que no había sino un mero instrumento enarbolado y manejado sin el menor miramiento por los demás, y tan insensible y conveniente como una herramienta de madera o de hierro. La inmensa amargura de tal certidumbre le anegó el alma y afloró a sus labios con un regusto de deshonra personal. Estaba segura de que, si en tal momento se hubiese vuelto hacia la otra y hubiera hablado, sus palabras habrían silbado y hendido el aire como un trallazo. Pero cerró los ojos, y la horrenda visión se desvaneció. Y, sin ésta, lo que quedaba allí en pie, cerca de ella, era simplemente la mujer más inteligente del mundo reducida, como si fuera la más insignificante de todas, a no saber qué pensar ni decir. La única venganza de Isabel consistió, pues, en permanecer callada..., en dejar a madame Merle en la desairada situación en que se hallaba. Y la dejó así por un lapso de tiempo que a la otra debió de parecerle demasiado largo por cuanto no supo hacer otra cosa que sentarse, de tal manera que parecía una confesión de su impotencia. Isabel volvió entonces lentamente los ojos hacia madame Merle, mirándola desde arriba, y vio que estaba intensamente pálida y que la miraba a su vez. Pero, viera lo que viese, su peligro había pasado ya. Isabel no la acusaría jamás, no le haría nunca el menor reproche, acaso porque tampoco le daría jamás la oportunidad de defenderse.

La más joven de las dos damas acabó por declarar:

-He venido a decir adiós a Pansy. Parto para Inglaterra esta noche.

-¿Se va a Inglaterra esta noche? -repitió madame Merle quedándose sentada y mirándola fijamente.

-Voy a Gardencourt. Ralph Touchett se está muriendo.

-Ah, usted lo sentirá de veras. -Madame Merle se rehizo, aprovechando la oportunidad que se le ofrecía de mostrar su pena-. ¿Va sola? -preguntó.

-Sí, sin mi esposo.

Madame Merle murmuró unas vagas palabras como refiriéndose a la triste suerte de las cosas.

-El señor Touchett no me tuvo nunca simpatía, pero siento en el alma que esté muriéndose. ¿Verá usted a su madre?

-Sí; ya ha regresado de América.

-Ella sí fue siempre muy buena conmigo, pero ha cambiado. También han cambiado otras personas -añadió con una noble y tranquila emoción. Hizo una pausa
y luego prosiguió-: Volverá usted a ver aquella vieja y deliciosa morada de Gardencourt.

-No podré disfrutar mucho de ella -contestó Isabel.

-Es natural..., en medio de su dolor. ¡Qué casa tan admirable! De todas las que conozco, y conozco infinitas, ésa es la mansión donde más me gustaría vivir. No me atrevo a enviarles un mensaje de condolencia -añadió madame Merle-, pero me gustaría ver de nuevo aquel lugar.

-Debo ir a ver a Pansy. No me queda mucho tiempo -dijo Isabel.

Mientras buscaba la salida, la puerta del fondo se abrió para dar paso a una de aquellas recoletas damas, quien se adelantó hacia las otras dos con discreta sonrisa y frotándose suavemente las blancas manos regordetas bajo unas largas y anchas mangas de estameña azul. Isabel reconoció a madame Catherine, a quien ya conocía de antes, y le rogó que le permitiese ir a ver inmediatamente a la señorita Osmond. Madame Catherine, con su discreción aún más acentuada, sonrió suavemente y dijo:

-A ella le agradará mucho verla. Yo misma la acompañaré. -Y dirigió su apacible mirada a madame Merle.

-¿Me permite que me quede un poquito más? -preguntó ésta-. ¡Se está tan bien aquí!

La hermana sonrió, comprensiva, y replicó:

-Puede quedarse aquí toda la vida, si le place.

La monjita condujo a Isabel a lo largo de varios corredores y por una larga escalera. Todas las estancias por las que iban pasando eran sólidas y estaban desnudas de mobiliario, aunque llamaba la atención su pulcritud y claridad; e Isabel pensó que el mismo aspecto presentaban los grandes establecimientos penitenciarios. Madame Catherine empujó suavemente la puerta del cuarto de Pansy
y dejó entrar a la visitante. Se quedó luego sonriendo con las manos cruzadas mientras las otras dos se besaban.

-Está muy contenta de verla -repitió-. Su visita le hará mucho bien. -Acercó solícitamente la mejor silla para Isabel, pero ella no hizo ademán de tomar asiento. Antes de retirarse, la monja preguntó-: ¿Qué aspecto le parece que tiene nuestra querida niña?

-Parece pálida -contestó Isabel.

-Es la emoción de verla a usted. Pero se siente muy dichosa. -Y la monjita añadió-: Elle éclaire la maison.

Como madame Merle había dicho, Pansy llevaba un sencillo trajecito negro, a lo que tal vez se debía que pareciera tan pálida. La joven exclamó con su habitual propensión acomodaticia:

-Son muy buenas conmigo..., piensan en todo.

-Pensamos siempre en ti..., eres para nosotras una carga preciosa -observó madame Catherine en el tono de quien tiene la benevolencia por hábito y cuyo concepto del deber se basa en la aceptación de todos los cuidados a realizar. Pero aquella respuesta cayó como un peso de plomo en los oídos de Isabel, porque representaba la anulación de una personalidad, la autoridad de la Iglesia.

Cuando madame Catherine las dejó solas, Pansy se arrodilló y hundió la cabeza en el regazo de su madrastra. Así permaneció unos segundos mientras Isabel le acariciaba suavemente los cabellos. Luego se incorporó, miró en derredor y dijo:

-¿Le parece que lo he arreglado bien? Tengo lo mismo que en casa.

-Está muy bonito, tienes muchas comodidades. -Isabel no sabía lo que debía decir. No podía permitir que pensara que había ido a compadecerla, y, al mismo tiempo, habría sido una verdadera burla fingir que
se alegraba de verla así. Al cabo de un momento, declaró-: Vengo a despedirme de ti. Parto para Inglaterra.

El rostro de Pansy enrojeció.

-¡A Inglaterra! Pero ¿para no volver?

-No sé cuándo volveré.

-¡Cuánto lo siento! -dijo Pansy, exhalando un suspiro de fallecimiento. Hablaba como si no tuviese derecho a criticar, pero su tono expresaba una profunda decepción.

-Mi primo, el señor Touchett, está gravemente enfermo; es muy posible que muera, y quiero verle antes -explicó Isabel.

-Ah, sí, ya recuerdo, usted me dijo que moriría pronto. Naturalmente, debe usted ir. ¿Irá también papá?

-No, voy sola.

La muchacha permaneció un momento callada. Isabel se había preguntado más de una vez qué pensaría de la apariencia de las relaciones entre su padre y ella; pero la jovencita jamás había manifestado ni con la mirada ni con la más leve insinuación que le pareciese deficiente la intimidad que en ellas reinaba. Isabel estaba segura de que no dejaría de hacerse sus reflexiones al respecto y de que suponía que existirían matrimonios que tuvieran más intimidad de la por ella presenciada. Pero Pansy no se permitía ser indiscreta ni siquiera con

el pensamiento, y habría puesto tanto esmero en no criticar a su madrastra como en no censurar a su magnífico señor padre. Tal vez su corazón permaneciese tan en suspenso como si estuviera contemplando a dos de los santos del gran cuadro del convento volver sus pintadas cabezas el uno al otro y darse la mano. Pero al igual que en tal caso, y respetuosa de la solemnidad del lugar, no habría mencionado jamás tan extraordinario fenómeno, de igual suerte dejó de lado cuanto pudiera saber acerca de la vida de personas más importantes que ella.

-Va a estar usted muy lejos.

-Sí, estaré muy lejos; pero eso no importa, porque mientras esté aquí, tampoco podré estar cerca de ti.

-Sí, pero podrá venir a verme cuando guste. No ha venido mucho, por cierto.

-Si no he venido mucho es porque tu padre lo ha prohibido. Hoy no te traigo nada; no puedo distraerte.

-No debo distraerme. Papá no quiere.

-Entonces, lo mismo da que esté en Italia que en Inglaterra.

-Señora Osmond, usted no es feliz -dijo Pansy.

-No gran cosa; pero eso no tiene importancia.

-Es lo que yo me digo. ¿Qué es lo que tiene importancia? Pero, la verdad, querría salir de aquí.

-¡Ojalá pudieses!

-No me deje aquí -suplicó Pansy amablemente.

Isabel se quedó callada un instante, porque el corazón le latía violentamente.

-¿Vendrías conmigo ahora? -preguntó.

Pansy la miró como esperanzada.

-¿Le ha dicho papá que me lleve?

-No. Soy yo quien lo propone.

-Entonces, creo que será mejor esperar. ¿No le dijo papá nada para mí?

-No creo que sepa que he venido.

-Él piensa que aún no he tenido bastante de esto, pero ya tengo de sobra -se lamentó Pansy-. Las hermanas se portan muy bien conmigo y las niñas vienen a verme. Hay algunas que son una verdadera preciosidad. Y mi cuarto..., puede verlo usted misma. Todo esto es verdaderamente delicioso, pero ya estoy harta. Papá quería que reflexionase un poco... y he reflexionado ya mucho.

-¿Y en qué has pensado?

-Pues en que no debo contrariar a papá.

-Eso ya lo sabías antes.

-Cierto; pero ahora lo sé mejor. No haré nada..., no haré nada -dijo Pansy. Y se ruborizó intensa y puramente..

Isabel comprendió el significado de todo ello, es decir, que la pobre criatura había sido vencida. ¡Qué bien había hecho el señor Rosier en conservar sus esmaltes! Isabel la miró profundamente a los ojos y vio en ellos un ruego de que se la tratase con ternura. Puso una mano en el hombro de la muchacha como para darle a entender que su mirada no suponía disminución alguna de estima, ya que aquel decaimiento en la resistencia momentánea por parte de la joven (por mudo y modesto que pareciera) no era en realidad otra cosa que su homenaje a la verdad de las cosas. No pretendía juzgar a los demás, pero se había juzgado a sí misma y había visto la realidad. No tenía vocación para luchar contra las combinaciones de la adversidad. Y en la solemnidad de aquel secuestro había algo que la sobrecogía. Así pues, bajaba la cabeza ante la autoridad, y lo único que le pedía era que fuese misericordiosa. No había duda; era un acierto de Edward Rosier haber conservado algunos objetos de arte.

Isabel se levantó, porque le iba quedando poco tiempo, y dijo:

-Adiós, pues; me voy de Roma esta misma noche.

Pansy se agarró a su vestido y se le mudó el color del rostro.

-Tiene usted un aire extraño; me asusta -dijo.

-No hay por qué. Soy completamente inofensiva.

-Puede que no vuelva nunca.

-Tal vez. No podría decirlo.

-¡Ah, señora Osmond, no me deje!

Isabel se dio cuenta de que lo había adivinado todo y dijo:

-Querida mía, ¿qué puedo hacer yo por ti?

-No lo sé, pero cuando pienso en usted soy más dichosa.

-Siempre podrás pensar en mí.

-No si se va usted tan lejos. Tengo miedo.

-¿De qué?

-De papá... un poco. Y de madame Merle también. Acaba de venir a verme.

-No debes decir eso -observó Isabel.

-Oh, de todos modos, haré lo que ellos quieran. Pero, si usted estuviese aquí, me costaría menos hacerlo.

Isabel meditó un segundo y contestó para despedirse:

-Yo no te abandonaré. Adiós, hija mía.

Permanecieron abrazadas un instante como dos hermanas. Luego Pansy acompañó a Isabel a lo largo del corredor hasta el rellano de la escalera.

-Madame Merle ha estado aquí -dijo la muchacha mientras caminaban. Y, como Isabel no contestase nada, añadió-: No me gusta madame Merle.

Isabel dudó un segundo y se detuvo para observarle:

-No debes decir nunca... que no te gusta madame Merle.

Pansy la miró con asombro, pero en ella el asombro no había sido jamás una razón para no ceder. Así, contestó con exquisita amabilidad:

-No lo volveré a decir.

Se separaron en lo alto de la escalera, pues era parte esencial de la disciplina a que Pansy estaba sometida que no bajase de aquel piso. Isabel descendió lentamente, y, cuando llegó abajo, la muchacha le preguntó desde arriba con una voz que Isabel habría de recordar después:

-¿Volverá?

-Sí..., volveré.

Madame Catherine salió al encuentro de la señora Osmond y la condujo a la puerta de la sala de espera. Al llegar allí, la monja dijo:

-La dejo a usted. Madame Merle está esperándola.

Al oír tal anuncio, Isabel se puso rígida y estuvo a punto de preguntar si no había por ventura otra puerta de salida del convento. Pero le bastó un instante de reflexión para comprender que no era conveniente hacerle ver a la monja que quería esquivar a la otra amiga de Pansy. La buena mujer la tomó afablemente del brazo y, mirándola un instante con bondad y comprensión, le preguntó en francés en tono familiar:

-Et bien, chère madame, qu'en pensez vous?

-¿De su hijastra? Me tomaría mucho tiempo decírselo.

-Nosotras creemos que ya es bastante -dijo con toda claridad madame Catherine; y abrió la puerta de la sala de espera.

Madame Merle permanecía sentada en la misma postura en que Isabel la dejara. Se hubiera dicho que, entregada por completo a sus pensamientos, no había siquiera movido un dedo. Cuando madame Catherine cerró la puerta, se levantó, e Isabel se percató en el acto de que había estado pensando en algo. Observó que ya estaba de nuevo en completa posesión de

sí misma.

-Pensé que debía esperarla; pero no es para hablar de Pansy -dijo madame Merle con gran cortesía.

Isabel se preguntó de qué podría querer hablarle y, a pesar de la declaración que la otra acababa de hacer, observó:

-Madame Catherine dice que ya es bastante.

-Eso mismo me parece a mí. Quería preguntarle algo más del pobre señor Touchett. ¿ Le consta a usted que está verdaderamente en las últimas?

-No tengo más noticias que las recibidas mediante un telegrama. Y, por desgracia, no hacen sino confirmar esa probabilidad.

-Voy a hacerle una pregunta muy rara -dijo madame Merle-. ¿Quiere usted mucho a su primo? -Y acompañó sus palabras con una sonrisa tan rara como la pregunta.

-Sí, le quiero mucho; pero no comprendo a dónde pretende ir a parar.

Madame Merle pareció animarse y contestó:

-Resulta difícil de explicar. Se me ha ocurrido algo que seguramente no se le ha ocurrido a usted, y le cedo el valor de mi idea. Su primo le hizo en una ocasión un gran favor. ¿No lo ha adivinado?

-Me ha hecho no uno, sino muchos favores.

-Sí, pero uno sobre todos los demás, y más importante que los otros. La hizo a usted rica.

-¿Que él me hizo rica...?

Madame Merle, considerándose de nuevo triunfante, prosiguió ya más segura de sí misma:

-Él fue quien le proporcionó ese lustre que le hacía falta para convertirse en una persona tan brillante. En el fondo, a quien tiene usted que agradecérselo es a él.

Tras estas palabras se detuvo, pues le pareció observar algo extraño en los ojos de Isabel.

-No la comprendo. El dinero era de mi tío, que fue quien me lo dejó.

-Indiscutible. El dinero era de su tío, pero la idea fue de su primo. Él fue quien se la inspiró a su padre. Ah, bien podía hacerlo; lo que sobraba era dinero.

Isabel se quedó mirándola de hito en hito. Se le antojaba que aquél era para ella un día iluminado por torvos relámpagos.

-No sé por qué dice usted tales cosas, ni sé tampoco lo que usted pueda saber -replicó.

-No sé más que lo que he adivinado; y he adivinado eso.

Isabel se dirigió hacia la puerta. Una vez allí, se quedó con la mano apoyada en el picaporte y se volvió para decir, como si aquellas palabras fuesen su única venganza:

-Me parece que a quien tengo que darle las gracias es a usted.

Humilló madame Merle los ojos, los mantuvo en tal actitud como a modo de impuesta penitencia, y exclamó:

-Usted es verdaderamente desgraciada, pero yo lo soy más todavía.

-Lo creo. Y también creo que no quiero volver a verla nunca más.

Madame Merle alzó lentamente sus ojos y dijo con humildad, mientras Isabel desaparecía de su vista:

-Partiré para América.

53

No fue ciertamente una sorpresa, sino un sentimiento que en otras circunstancias le hubiera producido verdadera alegría, lo que experimentó Isabel al descender del tren correo de París en la estación inglesa de Charing Cross y caer, si no en brazos, sí en manos de Henrietta Stackpole. Había telegrafiado a su amiga desde la ciudad de Turín, y, aun cuando no estaba totalmente convencida de que fuese a esperarla, pensaba que su telegrama no podría por menos de producir alguna respuesta. En su largo viaje desde Roma, su imaginación gozó de tiempo sobrado para vagar, pero no podía barruntar su porvenir inmediato. Realizó la larga excursión con ojos ciegos, sin disfrutar de los atractivos naturales de las comarcas atravesadas, a pesar de que expandían sus mejores galas en el embriagador marco de la primavera. Sus pensamientos parecían seguir su triste camino por otros países de extraño aspecto, lóbregamente iluminados, de tierras sin senderos y en los que no existía cambio alguno de estación, sino la perpetua melancolía del invierno interminable. Tenía muchas cosas en que pensar, mas lo que ocupaba por completo su pensamiento no era precisamente ni un propósito deliberado ni la madura reflexión. En cambio, de él se apoderaban ora visiones dispares e inconexas, ora repentinos y lóbregos destellos del recuerdo, ora inquietudes de expectativa. Lo pasado y lo futuro se juntaban en su espíritu a su antojo, pero ella los veía tan sólo en falsas imágenes que aparecían y se esfumaban sin justificación, por la lógica de su propia voluntad versátil. Era formidable la cantidad de cosas que recordaba tan claramente. Ahora que estaba en el secreto de todo, que sabía algo que le concernía tan directamente y cuyo eclipse había hecho que la vida pareciese un conato de jugar a las cartas con baraja incompleta, la verdad de todo lo acaecido, las relaciones recíprocas de las cosas, su verdadero significado y, en gran parte, su espantoso horror, se alzaban ante ella con grandiosidad arquitectónica. Recordaba multitud de nimios detalles que cobraban vida con la espontaneidad de un escalofrío. En otro tiempo llegó a considerarlos meras fruslerías, pero ahora veía con toda claridad que pesaban como el plomo. Después de todo, podía seguir teniéndolas por simples bagatelas, ya que de nada le servía comprenderlas. Se diría que nada le era ya útil. Habían quedado en suspenso en su espíritu los propósitos, las intenciones de toda índole, incluso los deseos, con la única excepción del de llegar al refugio acogedor que la esperaba. Gardencourt había sido su punto de partida, y la solución, por lo menos temporal, de todos sus problemas era volver al triste seno de aquellas estancias de muebles enfundados. De allí partiera en la plenitud y el apogeo de sus energías, y allí volvería en la decadencia de su debilidad, como si aquel lugar antes hubiese constituido para ella un descanso y ahora fuese un santuario. Envidiaba a Ralph porque iba a morir, pues, si una se daba a pensar en lo demás, se convencía de que aquello era lo más perfecto de todo. Acabar por completo, abandonarlo todo de una vez y no saber ya nada más se le antojaba tan grato como un baño tibio en una bañera de pulido mármol, en la habitación en penumbra de una tierra tórrida.

En su viaje de Roma a Londres hubo momentos que le parecieron tan deleitosos y exquisitos como la muerte misma. Sentada en su rincón del vagón del tren, inmóvil e impasible, tenía la sensación de ser arrastrada, completamente ajena a toda esperanza y a toda añoranza, y se comparaba a aquellas grandes imágenes etruscas que yacen en el recipiente de sus propios restos. No le quedaba nada que echar de menos..., todo había terminado para ella; no sólo el tiempo de su locura sino incluso el de su arrepentimiento se perdían en la lejanía. Lo único que se le ocurría deplorar era que madame Merle hubiese sido tan.... ¿cómo decirlo?..., tan inimaginable. Al llegar a este punto se consideraba falta de inteligencia, literalmente incapaz de decir qué había sido en realidad madame Merle. Fuera lo que fuese, la

primera en deplorarlo habría de ser la misma interesada, y no cabía duda de que eso le sucedería en América, adonde había anunciado que estaba pronta a partir. Isabel ya estaba, pues, al margen de ese asunto; únicamente tenía la impresión de que no volvería a verla en su vida. Aquella idea la fue llevando como de la mano al tiempo futuro, del que parecía haber recortado un trozo para examinarlo despacio. Se veía al cabo de unos cuantos años en la situación de una mujer que tiene la vida por delante, y tales intuiciones le conturbaban el espíritu en aquel momento. Acaso fuera una buena cosa para ella irse lejos, mucho más allá de la pequeña y perennemente verdeante Inglaterra, pero no le era posible disfrutar de privilegio semejante. En su alma se arraigaba, más hondamente que ninguna de sus ansias de renuncia, el convencimiento de que la vida seguiría envolviéndola durante mucho tiempo en las fuertes mallas de su tráfago. Lo cual constituía una prueba patente de su fuerza, de su posibilidad de ser aún dichosa. No era posible que hubiese de vivir tan sólo para penar; todavía era, joven y podían acontecerle muchas cosas. Le parecía que era demasiado valiosa, demasiado capaz para sentir el inmenso dolor de la vida aumentado y reiterado. Pero, de pronto, le asaltaba la duda de si sería necio y vano pensar tan elogiosamente de sí misma. ¿Desde cuándo era una garantía ser valioso? ¿Acaso no estaba la historia repleta de ejemplos de destrucción de cosas preciosas? ¿No era por ventura infinitamente más probable sufrir si se era refinado? Ello suponía admitir que había en ella algo burdo. Porque Isabel reconocía, al verla pasar ante sus ojos, la vaga y rápida imagen de un largo porvenir. Así pues, no escaparía, duraría hasta el fin. Y, de nuevo, los años centrales de la vida la envolvían y la cortina gris de su indiferencia se cerraba a su alrededor.

Henrietta la besó como solía hacerlo, es decir, como con miedo de que la sorprendiesen haciéndolo. Isabel se quedó un momento parada en medio de la multitud, buscando con los ojos a su doncella. No preguntó absolutamente nada; quería ante todo esperar. Tenía la sensación de que iban a acudir en su auxilio. Y se alegró de que Henrietta hubiese estado esperándola, porque era una cosa verdaderamente terrible llegar sola a Londres. Aquella bóveda sombría, humeante y alta de la estación, aquella luz extraña y lívida, aquella muchedumbre compacta, oscura y atosigante le infundieron un temor nervioso y la impulsaron a asirse del brazo de su amiga. Recordó que en otros tiempos todo esto la encantaba porque le parecía parte de un formidable espectáculo en el que había algo que tenía el poder de conmoverla. Recordó que, hacía cinco años, había ido a pie de la estación de Euston al hotel envuelta en la densa oscuridad de un día invernal, por las calles rebosantes de inmenso gentío. En este momento, no se sentía capaz de hacer una cosa así, y aquel episodio le parecía llevado a cabo por otra persona.

-Es estupendo que hayas venido -dijo Henrietta mirando a Isabel como si creyera que ésta se hallaba dispuesta a contradecirla-. Si no hubieses venido..., si no hubieses venido, la verdad..., no sé... -añadió la periodista como aludiendo a su gran poder de desaprobación.

Isabel miraba a todas partes sin que sus ojos dieran con su doncella. En cambio, tropezaron con otra figura que le parecía haber visto antes y en la que en el acto reconoció la gallarda apostura del señor Bantling. Se había quedado un poco apartado, y la densa muchedumbre, con su impetuosa corriente, no tuvo fuerza bastante para moverle una sola pulgada del lugar donde se había plantado y desde el que contemplaba la escena del encuentro y los besos de las dos amigas.

-Allí está el señor Bantling -dijo Isabel amablemente, familiarmente, sin preocuparse ya de si encontraba o no a su doncella.

-Ah, sí. Va conmigo a todas partes. ¡Venga acá, señor Bantling! -exclamó Henrietta. Oído lo cual, el simpático solterón avanzó sonriendo..., con una sonrisa que atenuaba la gravedad de la situación-. ¿Verdad que es estupendo que haya venido? Él está al corriente de todo-añadió a continuación-. Tuvimos casi una discusión porque él sostenía que no vendrías y yo que sí.

-Creí que estaban siempre de acuerdo -dijo Isabel esbozando una leve sonrisa. Tuvo la sensación de que podía sonreír, pues se le antojó haber visto en la mirada del señor Bantling que tenía buenas noticias para ella. Era como si sus ojos quisieran recordarle que era un buen amigo de su primo..., que lo comprendía todo y que le parecía que estaba muy bien. Isabel le tendió gentilmente la mano; lo veía como un noble caballero sin miedo y sin tacha.

-¡Oh!, yo siempre estoy de acuerdo; pero ella no, ya la conoce -contestó el señor Bantling.

-¿No te decía yo que una doncella es siempre un estorbo? A lo mejor la tuya se ha quedado tranquilamente en Calais -comentó Henrietta.

-No me importa -dijo Isabel mirando al señor Bantling, a quien encontró más interesante que nunca.

-Quédese un instante con ella mientras yo voy a ver -dijo Henrietta dejándoles solos un momento.

Permanecieron unos segundos callados, al cabo de los cuales el señor Bantling preguntó a Isabel qué tal había ido la travesía del Canal.

-Perfectamente. No, creo que fue muy movida -respondió ella con gran sorpresa de su compañero. Y añadió-: Usted ha estado en Gardencourt, lo sé.

-¿Y cómo lo sabe?

-Bueno, en realidad lo único que sé es que tiene el aspecto de alguien que ha estado en Gardencourt.

-¿Cree usted que tengo un aspecto tremendamente triste? Porque debe saber que la situación allí no es nada alegre.

-No creo que usted haya tenido jamás un aspecto tremendamente triste. Tiene aspecto de ser extraordinariamente bueno -dijo Isabel en un pronto que no le costó el menor esfuerzo. Y le pareció que en lo sucesivo ya no experimentaría el menor azoramiento superficial.

Sin embargo, el bueno del señor Bantling aún no había superado esa etapa. Se sonrojó no poco, rió de buena gana, y dijo que a veces se sentía muy alicaído, y que eso le hacía ponerse terriblemente agresivo.

-Si quiere convencerse, puede preguntárselo a la señorita Stackpole. En cuanto a lo de Gardencourt, estuve allí hace dos días.

-¿Vio usted a mi primo?

-Sólo un momento. Pero había estado con otras personas. Warburton le visitó el día anterior. Estaba como siempre, con la diferencia de que no se levantaba de la cama, de que parecía desesperadamente enfermo y de que no podía hablar. De todos modos, estaba extraordinariamente alegre y divertido -prosiguió el señor Bantling-, y tan ingenioso como de costumbre. El pobre está que da pena verle.

Aun en medio del estrépito de la ruidosa estación, la sencilla descripción resultaba vívida y palpitante.

-¿Fue a última hora del día? -preguntó Isabel.

-Sí. Lo hice a propósito. Nos figuramos que le gustaría a usted saber las últimas novedades.

-Se lo agradezco con toda el alma. ¿Podría ir allí esta misma noche?

-Ah, no creo que Henrietta la deje -contestó el señor Bantling-. Quiere que usted se quede con ella esta noche. Por mi parte, yo le hice prometer al mayordomo de Tonchett que me telegrafiaría hoy; hace una hora encontré un telegrama en mi club en el que dice que el enfermo sigue «tranquilo y callado», y el telegrama ha sido puesto a las dos de la tarde. De manera que podrá esperar perfectamente hasta mañana. Además, debe de estar usted terriblemente cansada.

-Ah, sí, estoy cansadísima. Mil gracias de nuevo.

-Oh, estábamos seguros de que le agradaría saber las últimas noticias.

De esta afirmación, Isabel pudo deducir que, después de todo, él y Henrietta parecían estar de acuerdo en algo. La señorita Stackpole volvió con la doncella de Isabel, a quien habían encontrado en plena demostración de su utilidad. La buena mujer, en lugar de lanzarse en medio de la muchedumbre a la búsqueda de su señora, se había preocupado únicamente de hacer despachar su equipaje, de manera que Isabel podía abandonar 14 estación en aquel mismo instante si quería.

-Desde luego, queda descartado ir esta noche al. campo. Lo mismo da que haya tren o no lo haya. Ahora vendrás conmigo a mi alojamiento de la calle Wimpole. No es el sitio más apropiado para ti, pero, de todas maneras, te he reservado una habitación. No es un palacio romano, que digamos, pero para pasar una noche cualquier cosa es buena.

-Haré lo que tú quieras -contestó Isabel.

-Todo lo que quiero es que vayamos allá y me contestes a unas cuantas preguntas.

El señor Bantling interrumpió bromeando:

-¿Ha dicho algo acerca de la cena? Parece que no, ¿verdad, señora Osmond?

Henrietta le echó una mirada fulminante y dijo:

-Se nota que tiene prisa por la suya. Mañana, a las diez de la mañana, no deje de estar en la estación de Paddington.

-Si es por mí, no venga, señor Bantling -dijo Isabel.

-Si no viene por ti, vendrá por mí -dijo Henrietta mientras ayudaba a su amiga a subir a una berlina.

Poco después, en una amplia y sombría sala de la calle Wimpole -donde, seamos justos, hubo cena sobrada-, empezó a hacer las preguntas a que había aludido en la estación.

-¿Te montó tu marido alguna escena con motivo de este viaje?

-No. En realidad, no se puede decir que me montara una escena.

-Entonces, ¿no puso reparos?

-Bastantes. Pero no fue, en resumen, lo que tú llamas una escena.

-¿Qué fue entonces?

-Una conversación muy tranquila.

Henrietta observó un momento a su amiga.

-Debió de ser un infierno -declaró, cosa que Isabel no negó en absoluto, limitándose a contestar a las preguntas concretas que le hacía Henrietta.

Así pues, de momento no le proporcionó una información demasiado abundante. Por último, la señorita Stackpole dijo:

-No tengo más que una cosa que criticar. La verdad, no acierto a comprender por qué prometiste a la señorita Osmond que volverías.

-Ni yo misma lo sé ahora. Pero entonces lo prometí.

-Pues si has olvidado ya la razón, es posible que no vuelvas.

-También es posible que encuentre otra -contestó Isabel tras un momento.

-Pero seguro que no será una legítima.

-Sin embargo, a falta de una legítima, podría hacer sus veces el haber hecho una promesa-sugirió Isabel.

-Sí; por eso me parece odiosa.

-Bueno, no hablemos de eso ahora; no disponemos de mucho tiempo para ello. Si partir ha resultado una complicación tan grande, figúrate lo que será volver.

-Después de todo, debes recordar que él no te hará una escena -dijo Henrietta con aviesa intención.

-Sí, la hará -contestó Isabel gravemente; y añadió-: Aunque no será una escena del momento, sino la del resto de mi vida.

Las dos mujeres se quedaron silenciosas un breve rato pensando en tan desagradable perspectiva, y la señorita Stackpole, cambiando de conversación, como la otra le había

pedido, anunció de pronto:

-Me complazco en decirte que he estado unos días en casa de lady Pensil.

-Vamos, por fin llegó la invitación.

-Sí, al cabo de cinco años. Pero en esta ocasión ella necesitaba verme.

-Era bien natural.

-Mucho más natural de lo que me parece que te figuras -dijo Henrietta, con la mirada perdida en el vacío. Y, volviéndose súbitamente, añadió-: Isabel Archer, tienes que perdonarme. ¿No sabes por qué? Pues porque te critiqué y, a pesar de ello, he ido todavía más lejos que tú. Por lo menos el señor Osmond nació al otro lado del Atlántico.

Transcurrió un momento antes de que Isabel cayese en la cuenta de lo que quería decir, pues el sentido de ello estaba velado con suma modestia, con suma ingenuidad cuando menos. Isabel no se hallaba en condiciones de ver el lado cómico de las cosas, pero acogió con una franca risa la imagen de lo que su compañera había sugerido. No obstante, se rehizo y, fingiendo gran intensidad en el reproche, preguntó:

-¿Es posible? Henrietta Stackpole, ¿vas a desertar de tu país?

-Así parece, mi pobre Isabel. No puedo negarlo y no me queda mas remedio que mirar las cosas cara a cara. Voy a casarme con el señor Bantling y a establecerme definitivamente en Inglaterra.

Isabel sonrió amablemente y dijo:

-Parece verdaderamente extraño.

-Sí, ya me lo figuro. La cosa se ha ido produciendo poco a poco. Me parece que sé perfectamente lo que voy a hacer; lo que no sé es cómo explicarlo.

-Nadie puede explicar las razones por las que se casa. Y las tuyas no requieren explicación. El señor Bantling no es ninguna adivinanza.

-No, no es un chiste malo..., ni siquiera una insigne manifestación del humor americano. Tiene un agradable carácter. Yo lo he estudiado a conciencia durante años y veo perfectamente lo que ocurre en su interior. Es tan diáfano como el estilo de un buen prospecto. No es intelectual, pero aprecia grandemente el intelecto. Por lo demás, no exagera su importancia. Creo que nosotros solemos hacerlo en Estados Unidos.

-Ya veo que estás muy cambiada-dijo Isabel-. Es la primera vez que te oigo decir algo en contra de tu país natal.

-Lo único que digo es que estamos demasiado engreídos con nuestra fuerza intelectual; lo cual, después de todo, no es un defecto vulgar. Pero es verdad que he cambiado. Una mujer no puede por menos de cambiar para casarse.

-Deseo de todo corazón que seas muy feliz. Ahora podrás observar al fin la vida íntima del país desde dentro.

Henrietta exhaló un suspiro significativo y dijo:

-Ahí está la clave del misterio, me parece. Ya no podía resistir estar fuera. ¡Ahora tengo tanto derecho como el que más!-añadió con mal disimulado júbilo.

Isabel estaba todo lo contenta que cabía esperar, pero en su manera de ver las cosas había una intensa melancolía. Después de todo, Henrietta se había revelado femenina y hondamente humana; precisamente Henrietta, a la que en otros tiempos ella había considerado una llama perennemente encendida, una voz incorpórea y desmaterializada. Para ella resultaba una verdadera decepción descubrir que tenía susceptibilidades personales como los demás, que estaba sujeta a las pasiones comunes y que su intimidad con el señor Bantling carecía completamente de originalidad. Pero lo que no comprendía es cómo podía Henrietta abandonar a su país. Si bien era cierto que ella había hecho otro tanto, podía decirse que su país no significaba para ella lo mismo que para su amiga.

Isabel le preguntó si lo había pasado bien en casa de lady Pensil.

-Oh, sí-contestó Henrietta-. No sabía qué hacer conmigo.

-Y eso te resultaba muy agradable.

-Muchísimo, porque se le atribuye una gran capacidad intelectual. Cree que lo sabe todo, pero no comprende en absoluto a la mujer moderna. Para ella sería mucho más fácil que yo fuera un poco peor o un poco mejor. Parece tan desconcertada que se me antoja que cree que tengo el deber de hacer algo inmoral. Se imagina que es una inmoralidad que yo me case con su hermano, pero, después de todo, no es tan inmoral como todo eso. Por lo demás, nunca llegará a comprender mi idiosincrasia..., nunca.

-Por lo visto no es tan inteligente como su hermano-dijo Isabel-. Por lo menos, él parece haberte comprendido.

La señorita Stackpole exclamó con firmeza:

-No, él tampoco. En realidad me figuro que es por eso por lo que quiere casarse conmigo..., para tratar de descifrar el misterio y conocer sus proporciones. Es una idea fija en él, una especie de fascinación que le domina.

-Pues es todo un detalle por tu parte seguirle el juego.

-Bueno-contestó Henrietta-, indudablemente yo también tengo cosas que averiguar.

E Isabel se percató de que su caso no era el de quien renuncia a una fidelidad, sino el de quien prepara un ataque. Al fin iba a entendérselas con la verdadera Inglaterra.

Isabel pudo asimismo darse cuenta al día siguiente en la estación de Paddington, donde se encontraba a las diez en punto en compañía de Henrietta y del señor Bantling, de que a éste no parecían preocuparle gran cosa las perplejidades mencionadas por la otra. Si él no lo había descubierto ya todo, por lo menos sí lo más interesante, a saber: que no carecía de iniciativa. Era a todas luces evidente que, por lo que a la elección de esposa respecta, había sabido estar siempre en guardia contra semejante deficiencia.

Al darle la mano, Isabel le manifestó:

-Henrietta me ha puesto al corriente, y lo celebro de veras.

El señor Bantling, apoyándose un poco en su fino paraguas, replicó:

-Estoy por decir que debe de parecerle muy extraño.

-Cierto, me parece enormemente extraño.

-No puede parecérselo tanto como a mí. Pero es que a mí siempre me ha gustado actuar en esa línea -respondió tranquilamente el señor Bantling.

54

La llegada de Isabel en esta segunda ocasión fue más tranquila todavía que en la primera. Ralph Touchett tenía un servicio más reducido y la señora Osmond resultaba para los nuevos criados totalmente desconocida; de suerte que, en vez de conducirla directamente a su habitación, la hicieron pasar fría y ceremoniosamente al salón y esperar allí mientras anunciaban su presencia a su tía. Y tuvo que esperar largo rato, porque la señora Touchett no se dio prisa alguna en salir a recibirla. De manera que no pudo por menos de impacientarse; se puso nerviosa y se asustó, como si los objetos que la rodeaban hubieran comenzado a dar pruebas de ser cosas conscientes que contemplasen con ridículas muecas su gran turbación. Era un día oscuro y frío; la oscuridad se adensaba en los rincones de aquellos inmensos aposentos sombríos. La casa estaba en la más completa calma, la misma calma que Isabel recordaba y que la llenaba por completo en los días inmediatamente anteriores a la muerte de su tío. Salió del salón y vagó un poco por la casa; entró en la biblioteca y recorrió la galería de cuadros, donde sus pasos resonaban, produciendo un eco que interrumpía el profundo silencio de tal sitio. Todo estaba exactamente igual que la otra vez, y reconoció, una por una,

todas las cosas que había visto hacía unos años; le parecía haber estado allí ayer mismo. Y envidió la seguridad de los objetos valiosos, que no se alteran en absoluto sino que aumentan de valor con el tiempo, mientras que sus dueños van poco a poco perdiendo dicha, juventud, belleza. Se dio cuenta de que en aquel momento estaba merodeando por allí igual que lo hiciera su tía el día en que fue a verla a Albany. Desde aquella fecha había cambiado no poco..., aquello constituyó el comienzo de todo lo demás. Y se le ocurrió que, si su tía Lydia no hubiese llegado aquel día tal como llegó y no la hubiese encontrado sola, toda su vida habría sido distinta. Podría haber seguido otra dirección, y ella sería tal vez más feliz. Se detuvo en la galería enfrente de un pequeño cuadro, un precioso y lindo Bonington que estuvo contemplando largo rato. Pero, en realidad, no puede decirse que estuviese mirando la pintura; estaba pensando en que, si su tía no hubiese ido aquel día a Albany, tal vez se habría casado con Caspar Goodwood.

La señora Touchett apareció, por fin, en el momento en que Isabel se hallaba otra vez de vuelta en el salón. Parecía muy avejentada, pero sus ojos tenían el mismo brillo de siempre y su cabeza estaba tan erguida como antaño, mientras que sus delgados labios eran como el depósito de sus pensamientos latentes. Llevaba un sencillo traje gris sin adornos de ninguna clase, e Isabel se preguntó, como hiciera la primera vez, si aquella mujer tenía más el aspecto de una reina regente o el de la gobernanta de una cárcel. Sus labios apenas rozaron la encendida mejilla de Isabel.

-Te he hecho esperar tanto rato porque estaba acompañando a Ralph-dijo la señora Touchett-. La enfermera había ido a almorzar y yo ocupé su puesto. Ralph tiene un mayordomo que se supone que también debe atenderle, pero que no sirve para maldita la cosa porque se pasa el día mirando por la ventana..., ¡como si hubiera algo que ver! No quise moverme porque parecía que estaba durmiendo y temía que el ruido lo molestase. Así que esperé hasta que volvió la enfermera. Además, me acordé de que conocías perfectamente la casa y te hallarías en ella a tus anchas.

-He podido convencerme en este rato de que la conozco mucho mejor de lo que creía. Ya he dado una vuelta por ella -dijo Isabel, tras lo cual preguntó si Ralph dormía mucho.

-Permanece acostado con los ojos cerrados y sin moverse en absoluto, pero eso no quiere decir, a mi juicio, que esté siempre dormido.

-¿Quiere verme? ¿Me podrá hablar?

La señora Touchett no creyó oportuno contestar directamente

-Puedes intentarlo -fue todo lo que se dignó decir. A continuación se ofreció a acompañar a Isabel a su aposento-. Creí que te habrían llevado ya a tu habitación, pero ésta no es ya mi casa sino la de Ralph, y yo no sé lo que hace aquí la gente. Me imagino que, por lo menos, habrán llevado allí tu equipaje. No creo que hayas traído mucho, aunque no es que eso me moleste, desde luego. Me parece que te han asignado el mismo cuarto que ocupaste la otra vez. Cuando Ralph se enteró de que ibas a venir, dijo que te lo preparasen.

-¿Dijo algo más?

-¡Ay, hija mía! Ya no charla por los codos como solía hacer-exclamó la señora Touchott mientras subía la escalera precediendo a su sobrina.

Era la misma habitación, en efecto, y algo le decía a Isabel que no la había ocupado nadie desde que ella la abandonó. Su equipaje, que no tenía nada de voluminoso, estaba allí. La señora Touchett se sentó un momento contemplándolo. Nuestra heroína, que estaba de pie delante de ella, preguntó:

-¿No hay ninguna esperanza para Ralph?

-Absolutamente ninguna. Nunca la hubo. La suya ha sido una vida bien triste.

-No..., ha sido muy hermosa.

Isabel cayó en la cuenta de que estaba contradiciendo a su tía, y era que tanta sequedad la sacaba de quicio.

-No sé qué quieres decir con eso. Sin salud no hay hermosura ninguna. Llevas un traje verdaderamente raro para viajar.

Isabel contempló su vestido y contestó:

-Partí de Roma a toda prisa y me puse lo primero que encontré.

-Tus hermanas, en América, deseaban saber cómo te vistes. Parecía que eso era lo que más les interesaba. No me fue posible decírselo, pero parece que están en lo cierto..., que no llevas más que trajes de brocado negro.

-Deben de figurarse que soy más brillante de lo que en realidad soy. Y tengo miedo de decirles la verdad. Lily me escribió diciéndome que usted había cenado con ella.

-En efecto, me invitó cuatro veces, pero sólo fui una. A partir de la segunda seguro que no me habría hecho caso. La cena fue verdaderamente buena; debieron de echar la casa por la ventana. Su marido tiene muy malos modales. ¿Que si estaba disfrutando de mi viaje a América? Y por qué razón habría de disfrutar? No había ido por placer.

Aquellos temas de conversación eran bastante interesantes, pero la señora Touchett no tardó en abandonar a su sobrina, a la que volvería a ver media hora después, en el almuerzo. Hicieron las dos damas aquella comida en una mesa acortada, en el melancólico y sombrío comedor. Allí, al poco rato, Isabel vio que su tía estaba menos seca de lo que aparentaba, y de nuevo experimentó su antigua compasión por la inexpresividad de aquella pobre mujer, por su falta de añoranzas, su carencia de decepciones. No cabía duda de que ahora consideraría una bendición sentir una derrota cualquiera, un engaño, incluso uno o varios motivos de vergüenza. Isabel se preguntó si no echaría de menos incluso esos enriquecimientos del espíritu y estaría intentando en secreto..., buscando como un regusto de la vida, como las migajas del banquete: el testimonio del dolor o el frío solaz del remordimiento. Por otra parte, era muy posible que tuviera miedo, y, si se entregaba al remordimiento, Dios sabe hasta dónde podría llegar. Isabel se daba cuenta de hasta qué punto, mirándose en aquel espejo, percibía oscuramente que había fracasado en algo de suma importancia, y se veía en los días por venir como una especie de mujer sin recuerdos. El pequeño y agudo rostro de su tía le pareció verdaderamente trágico. Le dijo ésta que Ralph no se había movido aún, pero que probablemente podría recibirla antes de la hora de la cena. Luego declaró que el día antes había recibido a lord Warburton; referencia que no pudo por menos de conmoverla un poco, por parecer una indicación de que el mencionado personaje no se hallaba tan distante y de que una casualidad cualquiera podría hacer que se encontraran de nuevo. Tal casualidad no sería seguramente grata para ella, toda vez que no había ido a Inglaterra para vérselas con lord Warburton. No obstante, no quiso ocultarle a su tía que había sido muy bueno con Ralph en Roma, como ella tuvo oportunidad de comprobar por sí misma.

-¡Ahora tiene otras cosas importantes de que preocuparse! -exclamó la señora Touchett. Y se quedó en silencio, dirigiéndole una mirada penetrante como una barrena.

Isabel intuyó que aquellas palabras significaban algo y en el acto adivinó, además, de qué se trataba. Pero ocultó
su pensamiento tras su respuesta; el corazón le latía con fuerza y quería ganar tiempo.

-Sí, ya me figuro: la cámara de los lores... y todo lo demás.

-Nada de cámara de lores ni cosas por el estilo; no piensa en nada de eso. En lo que está pensando es en las damas..., por lo menos, en una dama; le ha dicho a Ralph que está ya comprometido para casarse.

-¡Ah, para casarse!-exclamó suavemente Isabel.

-A menos que rompa el compromiso. Debió de parecerle que a Ralph le gustaría saberlo. Pero el pobre Ralph no podrá asistir a la boda, que creo que se celebrará muy pronto.

-¿Y quién es la dama?

-Una de la nobleza. Lady Flora, lady Felicia... o algo así.

-Lo celebro infinito-dijo Isabel-. Debe de haber sido una decisión bien rápida.

-Bastante, según he oído decir: un noviazgo de unas tres semanas. Hace muy poco que la cosa se ha hecho pública.

-Pues lo celebro infinito -repitió Isabel con más énfasis que la vez anterior. Sabía perfectamente que su tía la observaba tratando de sorprender en ella cualquiera señal de tristeza, pero su deseo de no mostrar nada que diera pábulo a algo por el estilo le permitió expresarse en el tono de satisfacción ya visto, casi con cierto alivio. Ni que decir tiene que la señora Touchett seguía fiel a la tradición según la cual las damas, incluso una vez casadas, deben considerar como ofensa a ellas inferida el que sus antiguos enamorados se casen. Por ello, el mayor interés de Isabel era dejar claro que no tenía por qué sentirse ofendida. Pero, entretanto, como acabamos de decir, el hecho era que su corazón latía con fuerza en su pecho, y, si permaneció un momento sentada y pensativa, no obstante haber olvidado ya la observación de la señora Touchett, no era precisamente por la pérdida de su antiguo enamorado. Era que su imaginación había atravesado media Europa y se había detenido, jadeante y casi temblorosa, en la ciudad de Roma, donde se veía a sí misma anunciando a su marido que lord Warburton iba a llevar a su novia al altar, y no se le ocultaba el penoso aspecto que presentaría al tener que realizar semejante esfuerzo intelectual. Pero no tardó en recobrarse y dijo a su tía-: Era seguro que tendría que hacerlo un día u otro.

Se quedó callada la señora Tonchett y comenzó a hacer pequeños y breves movimientos de cabeza; mas, de pronto, exclamó:

-¡Ah, querida, estás fuera de mi alcance!

Las dos continuaron el almuerzo en silencio. Isabel tenía la sensación de que le habían comunicado la muerte de lord Warburton. Le había conocido como pretendiente tan sólo, y ahora aquello había terminado.

Estaba, además, muerto para la pobre Pansy, junto a la cual podría haber continuado viviendo a sus ojos. Uno de los criados merodeaba por el comedor, y la señora Touchett le indicó que las dejara solas. Ya habían dado fin al almuerzo, y la tía de Isabel permaneció sentada y con las manos juntas en el borde de la mesa. Después, al ver que el criado había desaparecido, dijo:

-Quisiera hacerte tres preguntas.

-Tres preguntas son muchas preguntas.

-No pueden ser menos, ya lo he pensado bien; pero las tres son igualmente buenas.

-De eso es de lo que tengo miedo. Las mejores preguntas suelen ser las peores -respondió Isabel.

La señora Touchett empujó hacia atrás su silla, y su sobrina se dirigió lentamente hacia una de las profundas
ventanas del comedor, sintiendo instintivamente que los ojos de su tía la seguían y estaban clavados en ella.

-¿No te ha ocurrido nunca haber deplorado no ser la esposa de lord Warburton? -preguntó la señora Tonchett.

Isabel movió la cabeza lentamente, pero sin pesadez, y replicó:

-No, querida tía.

-Está bien. Te diré que estoy decidida a creer lo que dices.

-Eso de que usted me crea es una gran tentación -declaró Isabel sonriendo.

-¿Una tentación... para mentir? Pues no te recomiendo que lo hagas, porque cuando se me engaña me vuelvo tan peligrosa como una rata envenenada. No me propongo cantar victoria en lo que a ti respecta.

-Es que mi marido no se entiende bien conmigo.

-Eso podría habértelo dicho yo desde el principio. Pero no es a esto a lo que yo llamo cantar victoria. -Y añadió-: ¿Sigue gustándote Serena Merle?

-No como en otros tiempos, pero eso no tiene ya la menor importancia porque va a marcharse a América.

-¿A América? Algo muy malo tiene que haber hecho.

-Sí..., muy malo.

-¿Puedo permitirme preguntar qué?

-Se sirvió de mí.

Y la señora Touchett exclamó:

-¡Ah, también de mí! Se sirve de todo el mundo.

-Entonces, se servirá también de América -dijo Isabel sonriendo de nuevo y encantada de que ya se hubieran acabado las preguntas de su tía.

Hasta aquella noche no pudo Isabel ver a Ralph. Había estado todo el día dormitando y, por tanto, inconsciente. El médico de cabecera, al que tanto. quería él y que había atendido a su padre, acababa de marcharse. Este doctor iba a verle tres o cuatro veces al día, pues tenía un gran interés por el estado de su enfermo. También le había visitado sir Matthew Hope, pero Ralph estaba ya harto de aquel célebre caballero y le pidió a su madre que le enviase un telegrama diciéndole que él había muerto y no precisaba más atención médica. Pero la señora Touchett se limitó a escribirle diciéndole que su hijo le tenía antipatía. El día de la llegada de Isabel, Ralph, como ya hemos dicho, no dio señales de volver en sí; pero hacia la hora del crepúsculo se incorporó y dijo que sabía que ya había llegado. Parecía imposible saber cómo había logrado enterarse, toda vez que, por miedo de impresionarle, nadie se había atrevido a comunicárselo. Isabel fue a verle y se sentó junto al lecho en la parca claridad que allí reinaba, pues no había sino una vela encendida en uno de los rincones de la habitación. Dijo a la enfermera que podía retirarse, pues ella se quedaría allí lo que restaba de tarde. Él abrió los ojos, la reconoció y logró mover la mano que yacía inservible a su lado para que ella pudiera tomarla. Pero no pudo hablar. Volvió a cerrar los ojos y permaneció sumido en un profundo sopor, conservando en su mano la de ella.

Estuvo Isabel sentada a su lado durante largo tiempo, hasta que regresó la enfermera, pero él no volvió a dar la menor señal de vida. Podía haber expirado mientras ella estaba allí, a juzgar por su lívido rostro, que era la verdadera imagen de la muerte. Ya en Roma le había creído en trance de desaparecer, pero lo de ahora era mucho peor; sólo existía una probabilidad. Cubría su faz una tranquilidad inmensa; estaba tan quieta como la tapadera de una caja. Por lo demás era todo huesos y, cuando abrió los ojos para darle a entender que la reconocía y le estaba agradecido, le pareció a ella que estaba contemplando el espacio infinito. La enfermera no llegó hasta medianoche; pero a Isabel no le habían parecido tan largas aquellas horas, puesto que había ido sólo para eso. Si no hubiese ido más que para esperar, habría tenido tiempo sobrado para ello, pues Ralph pasó tres días en una especie de agradecido silencio. De vez en cuando la reconocía, y se diría que quería hablarle, pero no tenía fuerzas para emitir sonido alguno. Y cerraba otra vez los ojos como si también él estuviese esperando algo..., algo que por fuerza tenía que suceder. Permanecía tan absolutamente inmóvil que ella se daba a creer que ya había llegado lo que se esperaba, pero no la abandonó un solo instante la sensación de que estaban y habían estado juntos. Sin embargo, no lo estaban siempre. Había otras horas en que ella vagaba por la casa vacía, escuchando en el fondo de su alma otra voz que no era la del pobre Ralph. Sentía un temor constante. Creía en la posibilidad de que su marido le escribiese. Pero éste guardó absoluto silencio, y ella recibió solamente una carta de Florencia, de la condesa Gemini. Por fin, al término del tercer día, Ralph pudo hablar.

De pronto, en la triste claridad de la habitación y la sorda lobreguez de la vigilia de Isabel, murmuró:

-Me siento mejor esta noche. Creo que voy a poder decir algo.

Se hincó ella de rodillas junto a su cabecera, tomó en la suya, suave y fina, la mano descarnada de él, y le rogó que no se cansara, que no hiciera esfuerzos. El semblante de Ralph estaba forzosamente serio, pues no era capaz de realizar el pliegue muscular indispensable para producir la sonrisa; no obstante, parecía no haber perdido el sentido del humor.

-¿Qué importa que me canse cuando tengo ante mí toda la eternidad para reposar? -replicó-. No hay peligro en hacer un esfuerzo cuando ha de ser el último de todos. ¿No suele la gente sentirse mejor cuando se acerca el final? Con frecuencia lo he oído decir; y eso es lo que estaba precisamente esperando. Desde que viniste, supuse que eso tenía que llegar. Y lo intenté dos o tres veces porque temía que te cansaras de estar sentada ahí.-Hablaba despacio y quedo, respirando difícilmente y haciendo pausas prolongadas, y su voz parecía venir desde muy lejos. Cuando acababa, se quedaba con el rostro vuelto hacia Isabel, y sus grandes e inmóviles ojos fijos en los de ella-. Has sido muy buena por haber venido -añadió-. Suponía que vendrías, pero no estaba seguro.

-Tampoco yo estaba segura hasta que vine -contestó Isabel con suavidad.

-Has sido como un ángel al lado de mi lecho. Ya sabes que se habla del ángel de la muerte. Ése es el más hermoso de todos. Eso has sido tú para mí, como si hubieses estado esperándome.

-Yo no esperaba tu muerte... Esto -era lo que esperaba, esto. Y esto no es la muerte, mi querido Ralph.

-Para ti, desde luego, no... Nada nos hace sentir tanto en nosotros mismos la vida como el ver morir a los demás. Ésa es la sensación de la vida..., el darnos cuenta de que nos quedamos. Hasta yo he llegado a sentirla. Pero para lo único que puede servir ahora es para proporcionarla a los demás. Todo ha terminado para mí.

Ralph hizo una pausa. Isabel inclinó todavía más la cabeza hasta que quedó reposando en sus manos, que aprisionaban la de él. No podía ver a su primo, pero en sus oídos continuaba estando su voz, venida de tan lejos.

-Quisiera, por tu bien -dijo él de pronto-, que todo hubiese terminado ya, Isabel.-Ella no contestó, sollozó reiteradamente y siguió con la cabeza hundida en las manos. Él permaneció silencioso, escuchando el intermitente sollozar de ella, y, por último, prorrumpió en un largo gemido-: ¡Ah, si supieras lo que has hecho por mí!

-Si supieras lo que tú has hecho por mí -exclamó Isabel una vez que su propia actitud había logrado calmar su gran agitación. Había perdido toda sensación de vergüenza, toda voluntad de seguir ocultando las cosas. Ya era hora de que él supiese. Ella quería que lo supiera en aquel instante que los unía supremamente y en que ya estaba más allá del dolor. Así, dijo, llevada de su profundo impulso-: Tú hiciste algo una vez, ya sabes qué... ¡Oh, Ralph, tú lo has sido todo para mí! ¿Qué he hecho yo por ti..., qué puedo hacer ahora? Si a costa de mi vida pudieras vivir, la daría con gusto. Pero no quiero que vivas; lo que yo querría sería morir también para no perderte.

Y su voz pareció tan rota como la de él, llena de lágrimas, tocada de inmensa aflicción.

-No me perderás sino que me conservarás. Guárdame en tu corazón. Estaré más cerca de ti de ahora en adelante de lo que nunca lo estuve. Mi querida Isabel, la vida es mejor porque en ella existe el amor. La muerte es buena..., pero en ella no existe amor.

-Yo no te di jamás las gracias..., no te hablé nunca de ello..., no fui nunca lo que debía ser -prosiguió Isabel. Experimentaba una aguda necesidad de llorar y de acusarse a sí misma, de abandonarse a su inmenso dolor. Todas sus penas se convirtieron entonces en una sola y se mezclaron en la de aquel instante-: ¿Qué has debido de pensar de mí? Pero ¿cómo podía yo saberlo? Jamás lo supe, y si lo sé hoy es porque hay otros menos necios que yo.

-No hables de los demás-dijo Ralph-. Creo que estoy contento de tener que dejarlos.

Alzó ella la cabeza y, al propio tiempo, sus manos unidas, como implorante, y preguntó:

-¿Es de veras..., es verdad?

-¿Verdad que has sido necia? Oh, no, nada de eso -contestó Ralph con un deseo de ser todavía ingenioso.

-Que fuiste tú quien me hizo rica..., que todo lo que tengo es tuyo.

Volvió él la cabeza hacia el otro lado y estuvo un momento sin contestar.

-No hables de eso-dijo al fin-, no ha sido una idea feliz.-De nuevo volvió la cabeza hacia ella y se contemplaron otra vez el uno al otro-. Lo que hice con eso... fue arruinar tu vida -terminó como en un suspiro.

Tenía ella plena conciencia de que Ralph estaba más allá del dolor, de que nada significaba ya en este mundo. Pero, aun cuando no la hubiera tenido, habría dicho lo mismo, ya que lo único que en tal momento tenía importancia era el pleno conocimiento de que aquello no era una mera angustia, el saber a ciencia cierta que ambos estaban mirando la verdad cara a cara.

-Se casó conmigo sólo por el dinero -declaró. Y es que quería decirlo todo y tenía verdadero miedo de que él pudiera morir antes de que se lo hubiese dicho.

El la contempló un instante y por primera vez bajó los párpados; pero volvió a levantarlos enseguida y murmuró:

-Sí, lo estaba, pero no se habría casado conmigo si yo hubiera sido pobre. No creo que te lastime diciéndote esto. No podría hacerlo. Lo único que quiero es que comprendas. Hice siempre lo posible por que no comprendieses, pero ahora ya no.

-Lo comprendí siempre todo.

-Eso creía yo, y no me gustaba que así fuera; pero hoy me alegro.

-Lejos de lastimarme..., me haces muy feliz diciéndolo.-Y pareció como si una súbita y extraordinaria alegría se hiciera visible en su voz. Inclinó ella otra vez la cabeza y oprimió sus labios contra el dorso de la mano de él, que continuó diciendo-: Lo comprendí siempre todo..., por más que fuera tan extraño..., tan lamentable. Tú querías contemplar la vida por ti misma... y no se te ha permitido..., se te ha castigado por haberlo querido. Te redujeron a simple polvo en el molino de lo convencional.

-Cierto, bien se me ha castigado-dijo Isabel suspirando.

-¿Se portó muy mal contigo por lo del viaje?

-Fue bastante duro, pero no me importa.

-¿Ha terminado ya todo entre vosotros?

-Eso no; no creo que haya terminado todo.

-¿Piensas volver con él? -preguntó Ralph entrecortadamente.

-No lo sé..., no sabría decirlo. Me quedaré aquí todo lo que pueda. No quiero pensar, necesito no pensar. No me importa nada aparte de ti, de tu persona. Eso me basta por el momento; y durará bastante. Aquí, de rodillas, teniéndote moribundo en mis brazos, soy más dichosa de lo que lo he sido desde hace mucho tiempo. Quiero que tú seas también dichoso..., que no pienses en nada triste..., que pienses tan sólo en que yo estoy cerca de ti y te quiero. ¿Cómo habría, pues, de haber dolor en ello? ¿Qué tenemos que hacer con el dolor en momentos como éstos? Ésta no es la cosa más profunda de todas, hay algo todavía más profundo.

A Ralph le costaba cada vez más hablar, por lo que tuvo que esperar bastante hasta recobrar fuerzas. Por de pronto, pareció no dar respuesta alguna a estas palabras y dejó transcurrir un rato. Luego murmuró sencillamente:

-Debes quedarte aquí.

-Me gustaría estar... tanto como parezca correcto.

-¿Como parezca correcto..., como parezca correcto?-Repitió lentamente sus palabras y añadió-: Me parece que piensas demasiado en eso.

-No tiene una más remedio que pensar... Pero estás muy fatigado-dijo Isabel.

-Sí que lo estoy, pero acabas de decir con razón que el dolor no es la más profunda de las cosas. No..., no. Pero es verdaderamente profundo... ¡Si pudiese quedarme...!

-Para mí, tú seguirás estando siempre aquí... -le interrumpió ella, ya que no era difícil hacerlo en las condiciones en las que se hallaba.

Tras un momento, él prosiguió:

-Pero después todo pasa, como está pasando ahora. Lo único que queda es el amor. No sé por qué hemos de sufrir tanto. Acaso llegue a averiguarlo. En la vida hay tantas cosas ... Tú eres muy joven.

-Pero me siento muy vieja -replicó Isabel.

-Volverás a ser joven de nuevo. Así es como yo te veo. No creo no creo... -Y se detuvo, porque las fuerzas le abandonaban.

Ella le rogó que se quedase callado y dijo:

-Nosotros no tenemos necesidad de hablar para entendernos.

-No creo que un error tan generoso como el tuyo pueda lastimarte ya mucho más tiempo.

Ella exclamó, dando libre curso a sus lágrimas:

-Oh, Ralph, ahora me siento completamente dichosa.

-Y acuérdate siempre de que, si bien te han odiado..., también has sido muy amada... No sólo amada, Isabel, ¡sino adorada!-exclamó exhalando un suspiro prolongado y apenas perceptible.

Isabel prorrumpió en un sollozo, exclamando en un arrebato de gran postración:

-¡Oh, Ralph, hermano mío!

55

Ralph había dicho a Isabel la primera noche de su llegada a Gardencourt, procedente de Estados Unidos, que, si llegaba a vivir lo suficiente para sufrir en alto grado, tal vez pudiera ver un día el duende que vagaba por aquella mansión. En el momento presente parece ser que ella tenía más que sobradamente satisfechas las condiciones, ya que a la mañana siguiente, a la hora de la débil y fría luz del alba, se dio cuenta de que un espíritu estaba de pie junto a su cama. Se había echado vestida en la cama en la creencia de que Ralph no sobreviviría a la noche. No sentía gran deseo de dormir, estaba esperando, y aquella espera la mantenía en constante duermevela. De. todos modos, se decidió a cerrar los ojos en la seguridad de que en el transcurso de la noche oiría llamar a su puerta. No oyó llamada alguna, pero en el momento en que las tinieblas comenzaban a teñirse del gris pálido del alba se incorporó de pronto, alzando la cabeza de la almohada como si hubiera recibido una premonición, y durante un momento se imaginó que él estaba allí de pie, vagando como una incorpórea figura en la recoleta penumbra de la habitación. Y se quedó mirándole fijamente; vio su blanco rostro, sus ojos bondadosos y luego... nada. No sentía miedo, pero estaba segura de lo acaecido. Salió de la habitación y, con la seguridad que la acuciaba, atravesó corredores y bajó los pocos escalones de madera de bien encerado roble que brillaba vagamente a la escasa luz de la ventana próxima. Se detuvo un momento ante la puerta de la habitación de Ralph para escuchar, mas le pareció que no oía sino el denso silencio que por completo la llenaba. Abrió cautamente la puerta con una sola mano, con igual levedad que si

alzase el velo que cubriera la cabeza del difunto, y vio a la señora Tonchett inmóvil, sentada junto a la cabecera del lecho teniendo en la suya una mano de su hijo. Al otro lado estaba el doctor, con el dedo índice de su mano derecha apoyado en el reverso de la muñeca de Ralph, y las dos enfermeras al pie de la cama, entre la madre y el médico. La señora Touchett no se dio por enterada de la presencia de Isabel, pero el doctor la miró de manera bien significativa y luego dejó reposar suavemente la mano de Ralph junto a su cuerpo. La enfermera la miró igualmente de manera significativa, y nadie dijo una sola palabra; pero Isabel contemplaba tan sólo aquello que había ido a ver. Ralph estaba más hermoso de lo que jamás había estado en vida, y había un extraordinario parecido entre él entonces y el rostro de su padre que ella había visto seis años antes yaciendo en igual postura sobre la misma almohada. Se acercó a su tía y la rodeó con un brazo. La señora Touchot, que nunca solicitaba ni recibía a gusto las caricias, se sometió durante unos segundos al placer de aquélla, levantándose de la silla para recibirla mejor. No obstante, su rostro estaba completamente inalterado, secos sus ojos, toda ella rígida y altiva.

-¡Mi querida tía Lydia! -se limitó a murmurar Isabel.

Y la señora Touchett, separándose blandamente de aquel abrazo, contestó:

-Ve a dar gracias a Dios por no tener hijos.

Tres días después de este acontecimiento, numerosas personas hallaron tiempo, en plena «temporada» londinense, para tomar el tren de la mañana hasta una tranquila estación en el Berkshire y pasar media hora en una pequeña iglesia gris no muy distante de la estación. La señora Touchett entregó para siempre a la tierra el cuerpo de su hijo, en el verde y callado cementerio del diminuto templo. Permaneció ella al pie de la sepultura e Isabel a su lado, y ni el mismo sepulturero parecía sentir tanto interés práctico como la señora Touchett en escena semejante. Era una ocasión verdaderamente solemne, pero no desagradable ni pesada, y parecía como si las cosas se hubieran puesto de acuerdo para quitarle toda aspereza.

El tiempo había mejorado, y el día, uno de los últimos del mes de mayo, a veces traicionero, era templado y sin viento, mientras que el aire tenía la brillantez del espino y la suavidad del canto del mirlo. Era triste pensar en el pobre Ralph, pero no en exceso, pues la muerte no había tenido para él violencia alguna. Llevaba mucho tiempo muriéndose y estaba perfectamente preparado para ello; todo había sido esperado y se hallaba preparado para el caso. Las lágrimas que brotaron de los ojos de Isabel no llegaron a cegarla. A través de ellas podía contemplar la hermosura de aquel día, el esplendor de la naturaleza, la quietud del pequeño cementerio, las cabezas inclinadas de los amigos de su primo. Allí estaba lord Warburton, y un grupo de caballeros que le eran por completo desconocidos y que pertenecían a la administración y gerencia del banco, y varios otros que conocía. Entre éstos se hallaba la señorita Stackpole, con el bueno del señor Bantling a su lado; y Caspar Goodwood, cuya cabeza sobresalía por encima de las de los demás y, en cambio, se inclinaba menos. Isabel fue consciente durante gran parte del tiempo de que Caspar Goodwood no le quitaba ojo de encima mientras los demás asistentes tenían los suyos fijos en el verde césped. Pero ella no le hizo comprender ni una sola vez que le había visto, y se preguntaba por qué permanecía aún en Inglaterra. Había dado por supuesto que, una vez que hubiese dejado a Ralph instalado en Gardencourt, tomaría el primer vapor para América, pues sabía lo poco que el país le agradaba. Pero a pesar de todo estaba allí, bien tranquilo y erguido, y en su actitud había un no sé qué que parecía patentizar su permanencia como obedeciendo a un complicado propósito. Isabel no quería que sus ojos se encontraran con los de él, aunque en ellos había sin duda verdadero sentimiento por el difunto; su presencia acabó por hacerla sentirse molesta. Desapareció él junto con el pequeño grupo de amigos, y la única persona que a ella se acercó -casi todas fueron a ofrecer su pésame a la señora Touchett- fue Henrietta Stackpole, que había estado llorando.

Ralph le había manifestado a Isabel su deseo de que permaneciese en Gardencourt, y ella no hizo movimiento alguno que mostrase su intención de abandonar el lugar. Se justificaba a sí misma pensando que era una obra de caridad permanecer, cuando menos, algunos días con su tía. Y fue verdaderamente afortunado para ella haber encontrado tal fórmula, porque, de lo contrario, habría tenido que preocuparse de buscar otra. Su misión estaba ya terminada; había hecho aquello para lo que había dejado a su marido. Tenía un esposo, allá en la ciudad distante, que contaba las horas de su ausencia, y en tal caso se necesitaba un motivo harto poderoso para prolongarla. Sin duda no era él uno de los mejores maridos que existían, mas eso no cambiaba la realidad, no alteraba el resultado final. En el matrimonio, como tal, había implícitamente ciertas obligaciones que eran independientes de la satisfacción que aquél pudiera proporcionar. Isabel procuraba pensar en su marido lo menos posible, pero ahora que estaba lejos de él y sin sufrir su maligna influencia, pensaba en Roma con una especie de estremecimiento espiritual. En aquella imagen había sin duda algo de tremenda frialdad que la hacía recluirse en las más tranquilas penumbras de la mansión de Gardencourt. De tal suerte, vivía día tras día, postergando su partida, cerrando los ojos, tratando de no pensar. Sabía perfectamente que debía decidir algo, pero no decidía absolutamente nada. Su mismo viaje a Inglaterra no había sido fruto de una decisión. Lo único que en tal oportunidad hizo fue partir. Osmond no daba señales de vida y era evidente que no daría ninguna, dejándolo todo en manos de ella. Tampoco sabía nada de Pansy, pero la explicación era bien sencilla: su padre le había prohibido escribir.

La señora Touchett aceptaba la compañía de Isabel, pero no le prestaba ninguna ayuda; parecía absorta por completo -sin entusiasmo alguno, aunque con gran lucidez- en las conveniencias de su nueva situación. Si bien no era optimista, la señora Touchett sabía sacar fuerzas de flaqueza y cierta utilidad de todas las ocasiones dolorosas. Utilidad que consistía en pensar que, después de todo, tales hechos les ocurrían a los demás y no a ella. Cierto que la muerte era algo desagradable, pero en aquel caso se trataba de la muerte de su hijo, no de la suya, y se vanagloriaba de pensar que la suya no le resultaría desagradable absolutamente a nadie, a no ser a ella misma. Ella estaba mucho mejor que el pobre Ralph, que había dejado tras de sí todas las comodidades de la vida y, desde luego, la seguridad material; pues, a juicio de la señora Touchett, lo peor de la muerte era que le exponía a uno a privarlo de sus ventajas. Por lo que a ella respectaba, seguía en su sitio, y no había cosa mejor que ésa. La noche misma del día del entierro hizo saber a Isabel, con toda exactitud, algunas de las interesantes disposiciones testamentarias de Ralph. Él se lo había contado todo, todo se lo había consultado. No le dejaba a su madre dinero alguno, que ella, por lo demás, no había menester. Le dejaba el mobiliario de Gardencourt, excepto los cuadros y libros, y el uso de la mansión durante un año a contar desde la fecha de su muerte, después de lo cual debía sacarse a la venta. El dinero obtenido de ella se destinaría a financiar un hospital para personas aquejadas de la enfermedad que le llevara a él al sepulcro, quedando lord Warburton nombrado albacea y ejecutor de tal parte del testamento. El resto de sus bienes, que deberían ser retirados del banco, quedaba distribuido en varios legados, algunos de ellos para los primos de Vermont, con quienes su padre se había mostrado ya muy generoso. A continuación había una serie de legados de menor cuantía.

-Algunos de sus legados son verdaderamente curiosos -dijo la señora Touchett-, pues ha dejado una gran suma de dinero a personas de las que ni siquiera he oído hablar en mi vida. El me proporcionó una lista completa de ellas, y me dijo que eran personas que en varías oportunidades demostraron profesarle afecto. Por lo visto, debía de pensar que tú no le querías, porque no te ha dejado un solo penique. Creía que su padre ya te había tratado con esplendidez, opinión que yo comparto, si bien jamás le oí la menor crítica al respecto. Los cuadros tomarán cada uno su camino, pues los ha dejado a distintas personas a quienes pudiera agradar tenerlos. Los de más valor de la colección se los deja a lord Warburton. Lo

que no puedes imaginarte es lo que hace con la biblioteca. Cualquiera diría que se trata de una broma pesada. Se la deja a tu amiga la señorita Stackpole, en reconocimiento a los servicios por ella prestados a la literatura. ¿Se referirá a que le acompañó hasta aquí desde Roma? ¿Consideraba él semejante compañía un servicio a la literatura? La biblioteca contiene algunos volúmenes muy raros y de gran valor, y, como ella no puede llevarlos por todas partes en el fondo de su baúl, él mismo le recomienda que los venda en pública subasta. Indudablemente los hará vender en la casa Christie y con el producto fundará un periódico. ¿Consistirá acaso en eso el servicio a la literatura?

Isabel consideró que no tenía por qué contestar a semejante pregunta, ya que excedía al pequeño interrogatorio a que había accedido a prestarse a su llegada a Gardencourt. Además, nunca había sentido tan poco interés por la literatura como entonces, como se demostraba cuando accidentalmente abría cualquiera de aquellos raros y preciosos libros de que su tía le hablara. En realidad le era casi imposible leer, ya que nunca le había resultado tan difícil como ahora centrar la atención. Una tarde, la semana siguiente del entierro de Ralph, se había pasado más de una hora en la biblioteca haciendo esfuerzos por concentrarse, pero apartaba continuamente la mirada del libro y se ponía a mirar por la ventana, frente a la cual se extendía la espaciosa y larga avenida. Y he aquí que, mientras contemplaba la verde lejanía, vio un modesto cabriolé que se acercaba a la puerta, y en él, en un rincón, sentado en postura harto incómoda, a lord Warburton en persona. Grande había sido siempre su sentido de la cortesía, por lo cual no era de extrañar que se tomara la molestia de trasladarse a Londres para visitar a la señora Touchett. Desde luego, era a la señora Touchett y no a la señora Osmond a quien él deseaba ver; y, para demostrarse a sí misma la verdad de tal presunción, Isabel salió de la casa y se fue a dar una vuelta por el parque. A causa del mal tiempo, nada favorable para vagar por los alrededores, había salido poco de la casa desde su llegada a Gardencourt. Pero aquélla era una tarde muy agradable y se le antojó que sería una buena idea salir a dar un paseo. La presunción a que antes nos hemos referido era en cierto modo acertada, pero no le produjo, en fin de cuentas, gran beneficio, y no se necesitaba una gran astucia para convencerse, con sólo verla, de que se hallaba en un momento de gran inquietud. No había logrado todavía calmarse cuando, al cabo de un cuarto de hora, al estar de nuevo ante la casa, vio a la señora Touchett salir de ella acompañada de su visitante. Era evidente que su tía había propuesto a lord Warburton ir juntos en su busca. Pero ella no estaba de humor para visitas y, si le hubiera sido posible, de buena gana se habría escondido detrás de uno de los añosos y corpulentos árboles. Pero se convenció de que la habían visto y no le quedaba más remedio que seguir avanzando. Y, como el prado de Gardencourt era de extensión considerable, tardó algún tiempo en recorrerlo, tiempo que aprovechó para observar que, mientras caminaba al lado de su anfitriona, lord Warburton llevaba las manos rígidamente enlazadas tras la espalda y los ojos fijos en el suelo. Una y otro parecían guardar silencio, pero la aguda y penetrante mirada que la señora Touchett dirigía a Isabel parecía decir en tono tajante: «Aquí tienes al extraordinariamente condescendiente y noble caballero con quien debiste haberte casado». Sin embargo, cuando lord Warburton alzó los ojos no fueron aquellas altisonantes palabras las que éstos parecían pronunciar, sino otras mucho más sencillas, a saber: «Es una cuestión bien peliaguda, como puede ver, y cuento con su ayuda». Su aspecto era muy grave, muy adecuado a las circunstancias, y, por primera vez desde que la conocía; saludó a Isabel sin una previa sonrisa. Incluso en los días de su desgracia, siempre había comenzado con una sonrisa. Pero ahora se diría que estaba sumamente preocupado.

-Lord Warburton ha tenido la amabilidad de venir a verme -dijo la señora Touchett-. Dice que no sabía que estuvieras todavía aquí. Como sé que sois buenos y viejos amigos y me han dicho que no estabas en la casa, le he acompañado para que te viera.

-Oh, he visto que hay un tren que pasa por la estación a las seis cuarenta y que me permitirá estar de vuelta en casa para la hora de la cena -dijo sin venir a cuento y a guisa de

explicación el acompañante de la señora Touchett. Y añadió-: Me alegro mucho de que no sé haya marchado todavía.

-Pero no me quedaré mucho tiempo -replicó Isabel con cierta, vehemencia.

-Ya me lo imagino, aunque espero que sean algunas semanas ¿Acaso ha vuelto usted a Inglaterra antes de..., de... lo que pensaba?...

-Sí. Tuve que venir súbitamente, por lo de Ralph.

La señora Touchett hizo como si se alejara un poco para examinar el césped, que desde luego no estaba como debía estar, y lord Warburton titubeó un poco. Isabel se figuró que había estado a punto de preguntarle por su marido, a juzgar por su turbación, y que luego se había contenido. Persistía en su inmutable actitud de gravedad, fuera por creer que así convenía mostrarse en un lugar por donde había pasado la muerte, fuera por razones de pura índole personal. Si, en verdad, tenía razones puramente personales, era una suerte para él poder encubrirlas bajo otros motivos. Isabel pensó en todo ello. No se trataba de que tuviese el semblante triste, pues para ello había un motivo, sino que se observaba en él una extraña falta de expresión.

-Mis hermanas habrían tenido mucho gusto en venir a verla si hubiesen sabido que usted estaba todavía aquí... y que las recibiría -dijo-. ¿Tendría usted la bondad de permitirles verla antes de abandonar Inglaterra?

-Será para mí un placer, pues guardo de ellas el mejor recuerdo.

-No sé si a usted le agradaría ir a pasar uno o dos días a Lockleigh, pues ya sabe que está aún pendiente su antigua promesa. -El aristócrata se ruborizó un tanto al hacer tal sugerencia, que, a pesar de ello, comunicó a su cara mayor expresión y familiaridad. Y se arriesgó a añadir-: Acaso no hago bien en decírselo en estos momentos, pero no ha de pensar usted en que va de visita, pues ésta no tendría carácter de' tal. Mis hermanas pasarán cinco días en Lockleigh durante la próxima Pascua de Pentecostés; y si para entonces pudiese usted ir, ya que dice que no estará mucho más tiempo en Inglaterra, yo me las arreglaría para que no hubiese allí ninguna otra persona.

Isabel se preguntó si ni siquiera estaría allí la joven aristócrata con quien debía casarse, acompañada de su mamá, pero no hizo ninguna alusión al respecto.

-Se lo agradezco infinito -se limitó a contestar-. Pero no sé qué será de mí para la Pascua de Pentecostés.

-De todos modos tengo su promesa..., ¿no es cierto?..., para otra ocasión.

En tal respuesta se encerraba una verdadera pregunta, pero Isabel hizo como si la pasara por alto. Ella lo contempló un instante y como resultado de tal contemplación dedujo -como ya otra vez le aconteciera -que sentía pena por él.

-Tenga cuidado; no vaya a perder el tren -dijo. Y luego añadió-: Le deseo toda clase de felicidad.

Él se ruborizó más todavía que antes y miró su reloj.

-Las seis y media; no me queda mucho tiempo, pero tengo un coche en la puerta. Mil gracias. -Y el caso es que no sería fácil decir si aquella manifestación de gratitud se debía a que le hubiera recordado la hora del tren o al comentario más sentimental-. Adiós, señora Osmond, adiós.

Le dio la mano sin mirarla a los ojos y se volvió hacia la señora Touchett, que iba un poco detrás de ellos. Se despidió de ella con idéntica premura y, al cabo de un momento, las dos damas le vieron alejarse a grandes zancadas por el prado..

-¿Está usted segura de que se va a casar? -preguntó Isabel a su tía.

-No puedo estar más segura que él, pero él parece estarlo. Lo he felicitado por su próxima boda y ha aceptado la felicitación.

Y, mientras su tía se internaba de nuevo en la casa para entregarse a las ocupaciones que el visitante había interrumpido, Isabel dijo:

-¡Bah! Renuncio a entenderlo.

Renunciaba a entenderlo, es verdad, lo cual no evitó que continuara pensando en tal cosa..., mientras volvía a pasar bajo los grandes robles cuyas sombras se alargaban sobre el profuso y fresco césped. Al cabo de unos minutos se encontró frente a un banco rústico que la hizo detenerse; lo contempló despacio y le pareció un objeto conocido. Pero no le resultaba conocido por el mero hecho de haberlo visto antes ni de haberse sentado en él, sino porque precisamente en tal sitio le había ocurrido algo importante, y, por ende, se le presentaba con un aire de asociación propicia de ideas.

Isabel recordó que, hacía seis años, estaba sentada en aquel banco cuando un criado de la casa le entregó una carta en la que Gaspar Goodwood le comunicaba que había ido a Europa en pos de ella; y que, en cuanto acabó de leer la carta, vio a lord Warburton en pie ante ella y le oyó pedirle que se casara con él. Por tanto, para ella era un banco interesante; más todavía, histórico. Así pues, se detuvo al verlo como si aquel asiento tuviera algo que decirle. No, ya no se volvería a sentar en él..., parecía inspirarle miedo. De suerte que se quedó inmóvil ante él, mientras el recuerdo del pasado acudía a su memoria en una de esas oleadas que de vez en cuando parecen sepultar a personas de gran sensibilidad en ciertos extraños momentos. El efecto que tal agitación le produjo fue el de un intenso y súbito cansancio que la obligó a olvidar sus escrúpulos y dejarse caer en el rústico asiento. Como ya se ha dicho, se sentía desasosegada e incapaz de concentrarse en nada; y aun cuando, por una u otra razón, pudiera considerarse justo o inapropiado el epíteto con que acabamos de describirla, no se puede por menos de reconocer que en tal momento era la viva imagen de la indolencia. En toda su actitud podía adivinarse la carencia completa de propósito: sus manos languidecían inactivas sobre la falda del negro vestido, y su mirada estaba absorta. Nada había que le incitase a entrar de nuevo en la casa, pues las dos damas, tan solas en la morada inmensa, solían cenar pronto y el té lo tomaban a cualquier hora. Imposible sería decir cuánto tiempo permaneció en actitud semejante. Lo cierto es que el crepúsculo había ido adensándose, y entonces se dio cuenta de que no estaba sola. Volvió en sí, enderezó su abandonado cuerpo y, esparciendo la mirada en derredor, vio que estaba compartiendo su soledad con Gaspar Goodwood. Éste se hallaba de pie a poca distancia de ella, que no había oído sus sordos pasos sobre el césped blando, por cercanos que eran. Y, en medio de aquella rápida visión, Isabel se acordó instantáneamente de que del mismo modo y en el mismo sitio la había sorprendido lord b Warburton seis años antes.

Isabel se levantó en el acto, y Goodwood, en cuanto se dio cuenta de que le había visto, avanzó hacia ella. Apenas había tenido tiempo Isabel de levantarse cuando, con un gesto que parecía de violencia y, sin embargo, trascendía a no sabía ella qué otra cosa, él la asió de la muñeca y la obligó a sentarse nuevamente en el banco. Cerró Isabel los ojos y, pese a no sentir daño alguno, pues él apenas la había tocado, obedeció aquel mudo mandato. Algo había, sin embargo, en el semblante de Goodwood que habría preferido no haber visto: la misma expresión con que días atrás la mirara en el pequeño cementerio..., sólo que en el momento actual era mucho peor. Al principio, él no dijo palabra; sólo le sintió a su vera, en el banco, con el rostro vuelto hacia ella. Le parecía que nadie había estado jamás tan cerca de su cuerpo como en aquel instante lo estaba Gaspar Goodwood, mas fue sólo un instante.

-Me ha asustado usted -dijo la dama, mirándole de frente y liberando la muñeca de la mano de él.

-No ha sido ésa mi intención -contestó Goodwood sinceramente-, pero si la asusté, no tiene importancia. Llegué hace un rato de Londres en el tren, pero no pude venir enseguida porque en la estación había otro hombre que se me adelantó; tomó un cabriolé que allí había y le oí dar la orden de que le condujeran aquí. Ignoro quién era, pero no quise venir con él porque quería verla a usted a solas. Por eso estuve esperando y merodeando por aquí cerca, y ya me disponía a dirigirme a la casa cuando la vi sentada aquí. Me encontré a un guarda,

pero, como me conocía de cuando vine acompañando a su primo, no me molestó para nada. ¿Se fue ya ese caballero? ¿Está usted verdaderamente sola? Porque estoy decidido a hablar con usted.

Goodwood dijo todo esto muy deprisa, pues se sentía muy excitado, como cuando se separaron en Roma. Isabel había estado esperando que mejoraran las condiciones, pero vio que tenía que replegarse en sí misma al darse cuenta de que el otro no había hecho sino empezar a largar velas. Y experimentó una sensación que él no le había producido nunca antes: le daba miedo, e indudablemente se debía al carácter extraordinario de su resolución. Ella miró al frente con la vista fija en el vacío, mientras él, con una mano sobre cada una de sus rodillas, se inclinaba hacia delante mirándola con avidez al rostro. El crepúsculo comenzó a oscurecerse cada vez más en torno a ellos, y entonces Goodwood repitió:

-Necesito hablar con usted; tengo algo muy importante que decirle. No quiero molestarla... como hice en Roma en otra ocasión. Era completamente inútil y no conseguí más que inquietarla. No pude remediarlo, a pesar de que sabía que hacía mal. Pero ahora no hago mal; por favor, no vaya a pensar que hago mal. -Calló un segundo y prosiguió con aquella voz profunda y dura, con una mezcla de súplica-: Hoy he venido aquí con un propósito perfectamente definido, lo cual es bien distinto. Entonces era inútil que le hablase, pero ahora sé que puedo prestarle una valiosa ayuda.

Imposible le habría sido a Isabel decir entonces si era miedo, o que aquella voz en la oscuridad le parecía un verdadero regalo, pero lo cierto es que le escuchó como no le había escuchado jamás y que sus palabras fueron filtrándose lentamente hasta lo más profundo de su alma de mujer, produciéndole una especie de sosiego, hasta el extremo de obligarla a preguntarle:

-¿Cómo puede usted prestarme ayuda? -Y lo preguntó en un tono bajo, como si se tomara lo dicho por
él lo suficientemente en serio para hacer su pregunta confidencialmente.

-Convenciéndola de que confíe en mí. Ahora ya sé..., hoy ya sé. ¿Se acuerda de lo que le pregunté en Roma? Entonces, yo estaba casi por completo en las tinieblas. Pero hoy sé lo que sé de buena fuente, y todo se me aparece con claridad meridiana. Fue una buena idea hacer que me marchase de Roma acompañando a su primo. Era un buen hombre, un hombre excelente. Y él me explicó la situación en que usted se halla. Me lo explicó todo porque vislumbró mis verdaderos sentimientos. El era uno de los miembros de su familia y la dejó a usted a mi cuidado durante el tiempo que permaneciese en Inglaterra. -Diciendo esto, Goodwood parecía querer dejar sentado un punto de la máxima importancia-. ¿ Sabe lo que me dijo la última vez que le vi..., acostado en el mismo lecho donde murió? Pues me dijo: haga por ella cuanto pueda, todo cuanto ella le permita hacer.

Isabel se levantó de pronto y dijo rotundamente:

-No tenían por qué hablar de mí.

-¿Por qué no, si lo hicimos de la manera que digo? -replicó él rápidamente-. Además, el pobre estaba moribundo, y cuando un hombre se está muriendo todo cambia. -Contuvo ella el movimiento que había iniciado con intención de alejarse; prestaba más atención que nunca a lo que entonces decía, pues tenía razón al afirmar que no era como la última vez. Entonces era una pasión sin objeto, completamente infructuosa, mientras que ahora él estaba como poseído de una idea fija que a ella le parecía que estaba trascendiendo a todo su ser-.

Pero no importa -exclamó él acorralándola más todavía, aunque sin tocarle siquiera la ropa-. Si Touchett no hubiese abierto la boca, yo lo habría sabido exactamente igual. Me habría bastado con mirarla en el entierro
de su primo para ver claramente lo que le pasa. Usted no puede seguir engañándome por más tiempo. ¡Por los clavos de Cristo, sea usted sincera con un hombre que es completamente

sincero con usted! Usted es la más infeliz de todas las mujeres y su marido el más fatal de los malvados.

Ella se revolvió contra él como si la hubiera golpeado y exclamó:

-¿Está usted loco?

-Nunca he estado tan cuerdo como ahora. Ahora lo veo todo claro. No hay que defenderle, pero no diré una sola palabra más en contra de él. Hablaré sólo de usted. -Y añadió rápidamente-: ¿Pretende por ventura decir que no tiene destrozado el corazón? No sabe qué hacer, ni adonde ir. Ya es demasiado tarde para fingir, ha debido de dejar en Roma ese método. Touchett estaba al corriente de todo... y yo también... sabía lo que le costaría venir. ¿No le ha costado la vida misma?... Dígalo, tenga el valor de decir que sí... -Y parecía que se encendía de rabia-. Por favor, dígame la verdad, aunque sólo sea una palabra de verdad. ¿Cómo no voy a querer salvarla sabiendo todo ese horror? ¿Qué pensaría de mí si me quedara tan tranquilo viendo que vuelve a recibir su merecido? «¡ Es horrible lo que tendrá que sufrir por ello!», me dijo Touchett. ¿Acaso no puedo decirle esto? ¡Él era un pariente muy cercano! -exclamó Goodwood, tratando de dejar bien sentado de nuevo ese estrambótico y siniestro punto-. Habría preferido mil veces que me mataran antes de que otro hombre me dijese una cosa semejante, pero él era distinto y me pareció que tenía perfecto derecho a decirlo. Fue estando ya en su casa, cuando vio que estaba muriéndose y yo también lo vi. Comprendo cuanto le ocurre. Usted tiene miedo de volver allá. Está completamente sola y no sabe adonde ir. No le es posible ir a ninguna parte, lo sabe perfectamente. Por eso quiero que piense usted en mí.

-¿Que piense en usted? -preguntó Isabel permaneciendo de pie en la oscuridad cada vez mayor. La idea que le había parecido vislumbrar hacía un instante brillaba ahora con toda fuerza. Echó la cabeza atrás y le miró fijamente corno si estuviera contemplando un cometa que vagara por el espacio.

-Usted no sabe adonde ir -repitió Goodwood-. ¡Venga directamente hacia mí! Quiero convencerla de que deposite su confianza en mí. -Se detuvo un momento, con los ojos brillantes, y prosiguió-: ¿Para qué va a volver allá..., para qué va a pasar por esa espantosa formalidad?

-Para alejarme de usted -respondió ella. Pero con tales palabras no expresaba más que una parte de lo que sentía. El resto era que nunca hasta entonces la habían amado de veras. Ella había creído que sí, pero esto era cosa bien distinta; era como el viento abrasador del desierto, que anula a todos los demás como si fuesen leves brisas de jardín. Y aquel viento abrasador la envolvía, la elevaba, al tiempo que su sabor, como algo extraño, poderoso y acre, penetraba entre sus dientes.

Isabel pensó que él contestaría a lo que acababa de decirle con un estallido aún más violento. Pero, al cabo de un instante, él se mostró completamente tranquilo, porque quería hacer ver que estaba en su sano juicio y que todo lo dicho lo había razonado.

-Yo quiero evitar todo eso, y creo que podré conseguirlo si usted se aviene a escucharme una sola vez. Es verdaderamente monstruoso que piense en volver a hundirse en aquella desgracia, en volver a abrir la boca para respirar aquel aire emponzoñado. Es usted quien no está en sus cabales. Confíe en mí como si estuviera a mi cargo. ¿ Por qué no vamos a ser felices..., cuando la felicidad está aquí ante nosotros y es tan fácil alcanzarla? Yo soy suyo para siempre..., para siempre, por toda la eternidad. Aquí me tiene, firme como una roca. ¿Qué puede retenerla? No tiene usted hijos, lo cual sería acaso el Cínico obstáculo. Tal como están las cosas, no tiene usted nada que pensar. Su deber es salvar del naufragio de su vida cuanto le sea posible. No puede resignarse a perderlo todo por la simple razón de que ha perdido ya una parte. Sería un insulto a sí misma pretender decir que lo que la detiene es la mera apariencia de las cosas, el qué dirán, la insondable estupidez de la sociedad. Nosotros no tenemos absolutamente nada que ver con todo eso, usted está ya completamente fuera y

por encima de todo ello, y los dos miramos las cosas cara a cara, tal como son. El primer gran paso ya lo dio usted marchándose, y el siguiente no es nada; es el natural. Juro, como que estoy aquí de pie ante usted, que una mujer a la que se hace sufrir intencionadamente tiene derecho a hacer cualquier cosa..., incluso a lanzarse a la calle, si eso ha de servirle de algo. Yo sé perfectamente cómo sufre usted, y por eso estoy aquí. Los dos podemos hacer lo que nos agrade; no hay nadie en el mundo a quien le debamos absolutamente nada. ¿Qué puede, pues, retenernos, qué puede tener el derecho más insignificante de oponérsenos en una cuestión semejante? Esto es un asunto entre usted y yo... Y el mero hecho de decirlo ya es resolverlo. ¿Por ventura nacimos para pudrirnos en la desgracia, para tener siempre miedo? Yo no he visto nunca que usted tuviera miedo. Si confía en mí, no se llevará la menor decepción. Tenemos el mundo entero por delante, y el mundo es inmenso. Yo sé algo de eso.

Isabel prorrumpió en un largo murmullo, como una criatura en medio de su dolor, como si él estuviera oprimiéndole algo que le hiciese daño.

-El mundo es muy pequeño -dijo al azar.

Parecía experimentar un gran deseo de resistir. Por eso contestó al azar, para oírse a sí misma decir algo; pero no era aquello lo que, en realidad, sentía. El mundo, a decir verdad, jamás le había parecido tan inmenso. La envolvía como un mar poderoso en cuyas aguas insondables flotase. Quería auxilio, y el auxilio había llegado hasta ella como un torrente desbordado. Imposible sería saber si ella creía todo lo que él decía, pero en aquel instante creyó que lo mejor que podía acontecerle, después de la felicidad de la muerte, sería dejar que él la estrechase fuertemente en sus brazos. Tal idea fue para ella durante un momento como una especie de arrebato en el que le parecía hundirse cada vez más. Y en tal movimiento se le antojaba estar agitando los pies para agarrarse a algo, para sentir algo en lo que apoyarse.

-¡Sea mía como yo soy suyo! -oyó exclamar a su compañero. Este había prescindido súbitamente de toda clase de argumentos, y su voz parecía llegar de lo hondo, áspera y terrible, en medio de la gran confusión de otros sonidos más vagos.

Sin embargo, aquello no pasaba de ser un hecho meramente subjetivo, como diría un metafísico. La confusión, el ruido de las aguas enfurecidas, todo lo demás no existían más que en su cabeza, a la deriva. Enseguida se dio cuenta de ello y con voz suspirante dijo:

-Le suplico que se vaya.

-Por favor, no diga eso; no quiera matarme -contestó él enardecido.

Juntó ella las manos, y sus ojos se anegaron en lágrimas calientes.

-Ya que me ama, ya que me compadece, déjeme sola.

El la contempló un momento a través de la penumbra, y en el acto ella sintió que sus brazos la estrechaban y que sus labios oprimían los suyos. Aquel beso fue como un blanco relámpago que se extendía, se extendía cada vez más y permanecía fijo. Y sucedió que, mientras ella lo estaba recibiendo, le pareció sentir aquellas cosas de su implacable virilidad que menos le agradaban, cada gesto agresivo de su rostro, su figura, su presencia misma, que justificaban su profunda identidad y se confundían con aquel acto de posesión. Recordó lo que había oído contar de ciertos ahogados, que bajo el agua ven desfilar una serie de imágenes de cosas vividas al tiempo que se van ahogando. Pero cuando las sombras se adueñaron nuevamente de todo se sintió perfectamente libre. Ya no volvió a mirar en derredor suyo lo único que hizo fue huir de aquel sitio. Había luz en las ventanas de la casa, y alumbraba desde lejos el prado. En un tiempo extraordinariamente breve, dada la gran distancia que de ella la separaba, Isabel llegó a la puerta atravesando la negrura, pues no veía absolutamente nada. Una vez allí se detuvo un instante y miró a su alrededor; escuchó un instante y puso la mano sobre el picaporte. Tal como él dijera, hasta entonces no había sabido adonde ir; pero ahora ya lo sabía. Veía una senda bien recta ante ella.

Dos días después Gaspar Goodwood llamó a la puerta de la casa de la calle Wimpole, donde Henrietta ocupaba varias habitaciones amuebladas. Apenas había apartado la mano del

llamador cuando apareció la señorita Stackpole en persona. Tenía el sombrero puesto y la chaqueta, pues estaba preparándose para salir.

-Buenos días -dijo el señor Goodwood-. Esperaba encontrar a la señora Osmond.

Henrietta le hizo esperar un momento su respuesta, pero el rostro de la señorita Stackpole era sumamente expresivo incluso cuando ella permanecía en silencio.

-Y qué le ha hecho suponer que estuviese aquí?

-Esta mañana fui a Gardencourt y un criado me dijo que estaba en Londres y que creía que venía a verla.

La señorita Stackpole le tuvo de nuevo, a todas luces con buena intención, en suspenso.

-Vino ayer, es cierto, y ha pasado aquí la noche. Pero esta misma mañana partió para Roma.

Gaspar Goodwood no la miraba, pues sus ojos estaban clavados en los escalones de la puerta.

-¡Ah! Partió... -consiguió balbucir. Y sin terminar la frase ni levantar la vista, se apartó. Pero no pudo seguir moviéndose.

Henrietta ya había salido, cerrando la puerta tras de sí, y le cogió del brazo.

-Mire, señor Goodwood, lo que debe usted hacer es esperar.

Al oír esto, él la miró fijamente, pero no fue sino para adivinar por su semblante, bien a su pesar, que lo único que había querido decir es que todavía era joven. Ella sonreía al ofrecerle aquel pobre consuelo, que en aquel mismo instante le echó treinta años encima. Y empezó a caminar cogida de su brazo, como si creyera haberle proporcionado la clave de la paciencia.